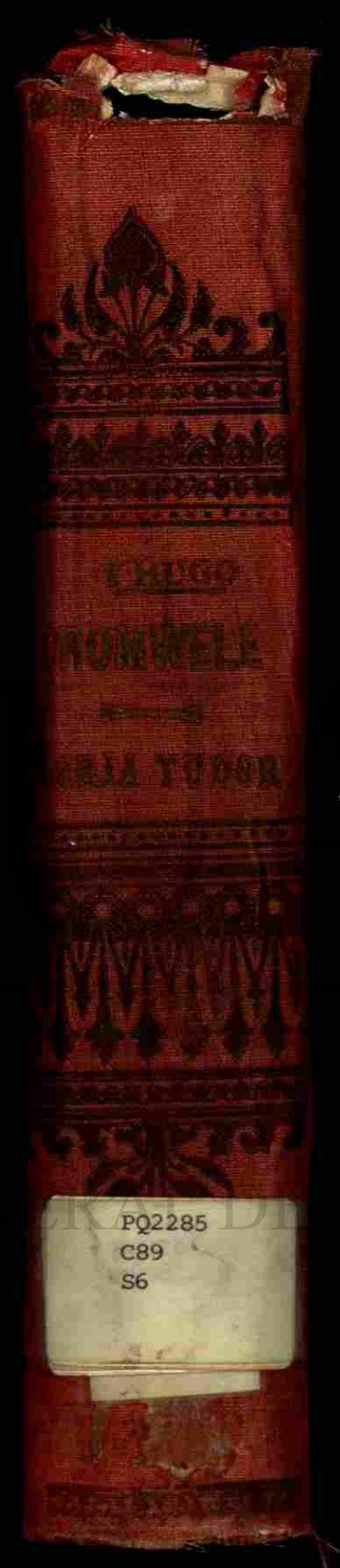


OBRAS COMPLETAS DE VICTOR HUGO


PQ2285
C89
S6

1020026586

UNIVERSIDAD AVTONOMA D NVEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

MJ KK
80.00
16 vols

CAPILLA ALFONSINA
U.A.N.L.
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA D NVEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

OBRAS COMPLETAS DE VÍCTOR HUGO

CROMWELL

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
099334
30347

920
H

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

VÍCTOR HUGO

CROMWELL

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL

DE

E. S.

ILUSTRACIONES

DE

LORENZO BRUNET

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BARCELONA
F. SEIX-EDITOR

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ2285
C89
S6



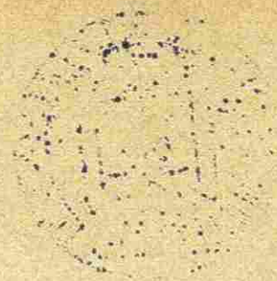
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

Edición española sobre la definitiva hecha en París á la vista de los manuscritos originales.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Tipolit. Seix, S. Agustín, 1 á 7, Barcelona (Gracia).—Teléfono 3.541



Á MI PADRE

QUE ESTE LIBRO LE SEA DEDICADO
COMO EL AUTOR LE ES ADICTO.

V. H.

1827.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El drama que se va á leer en las siguientes páginas, no tiene nada que le recomiende á la atención ó á la benevolencia del público. No posee, para llamar sobre sí el interés de las opiniones políticas, la ventaja del *veto* de la censura administrativa; ni siquiera, para proporcionarle en primer lugar la simpatía literaria de los hombres de buen gusto, el honor de haber sido oficialmente rechazado por una comisión de lectura infalible.

Se ofrece, pues, á las miradas, solo, pobre y desnudo, como el enfermo del Evangelio, *solus, pauper, nudus*.

No sin alguna vacilación se ha decidido el autor á cargarlo con notas y prólogo. Estas cosas son generalmente muy indiferentes para los lectores. Más bien se informan acerca del talento de un escritor que de su manera de apreciar las cosas; y, sea una obra buena ó mala, poco les importan las ideas sobre que se asienta y el espíritu en el cual ha germinado. No es frecuente visitar los sótanos de un edificio cuyas salas se ha recorrido, y cuando se come la fruta de un árbol, no se acuerda uno de sus raíces.

Por otra parte; las notas y los prólogos son algunas veces un medio cómodo para aumentar el peso de un libro y acrecentar, aparentemente á lo menos, la importancia de un trabajo; es una táctica semejante á la de aquellos generales de ejército que, para hacer más imponente su frente de batalla, ponen en línea de formación hasta los bagajes. Luego, mientras los críticos se ceban y encarnizan en el prólogo y los eruditos en las notas, puede ocurrir que la obra escape y pase intacta entre sus fuegos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cruzados, como un ejército que sale de un mal paso entre dos combates de vanguardia y de retaguardia.

Esos motivos, por importantes que sean, no son los que decidieron al autor. Este volumen no necesitaba ser *hinchado*, ya es bastante grueso por sí mismo. Luego, y el autor no sabe por qué, sus prefacios, francos y cándidos, han servido siempre á los críticos, más bien para comprometerle que para protegerle. En vez de ser buenos y leales escudos, le jugaron la mala pasada de aquellos trajes extraños que señalan en la batalla al soldado que los lleva, atrayendo sobre ellos todos los golpes y no estando á prueba de ninguno.

Consideraciones de otro orden influyeron sobre el autor. Le ha parecido que si, en efecto, no se visitan con gusto los sótanos de un edificio, algunas veces no le sabe á uno mal examinar los cimientos. Se entregará, pues, una vez más, con un prólogo, á la cólera de los folletines. *Che sara, sara.* Nunca ha tenido gran inquietud por la fortuna de sus obras, y no le asusta mucho el *qué dirán* literario. En esa flagrante discusión que lleva á las manos los teatros y la escuela, el público y las academias, quizás se oirá con algún interés la voz de un solitario *aprendedor* de naturaleza y de verdad, que se ha retirado temprano del mundo literario por amor á las letras, y que lleva buena fe á falta de *buen gusto*, convicción en cambio de talento, estudios á falta de ciencia.

Se limitará, además, á consideraciones generales respecto del arte, sin hacer con ello un arrabal para su propia obra, sin pretender escribir una requisitoria ni una defensa en pro ó en contra. El ataque ó la defensa de su libro es para él menos importante que cualquiera otra cosa. Y luego las luchas personales no le agradan. Es siempre un espectáculo miserable ver al amor propio espadachinear. Protesta, pues, anticipadamente, contra cualquiera interpretación de sus ideas, ó aplicación de sus palabras, diciendo con el fabulista español:

Quien haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.

En verdad que algunos de los principales campeones de las *sanas doctrinas literarias*, le honraron arrojándole el guante, hasta en su profunda obscuridad, á él, simple é imperceptible espectador de esa curiosa revuelta. No será bastante fatuo para recogerlo. He aquí, en las páginas siguientes, las observaciones que podría oponerles; he aquí su honda y su piedra; pero otros, si quieren, las arrojarán á la cabeza de los Goliats *clásicos*.

Dicho esto, pasemos adelante.

Partamos de un hecho. La misma naturaleza de civilización, ó, empleando una expresión más precisa, aunque más extensa, la misma sociedad no ha ocupado siempre la tierra. El género humano en su conjunto ha crecido, se ha desenvuelto, ha madurado como uno de nosotros. Ha sido niño, ha sido hombre; asistimos ahora á su imponente vejez. Antes de la época que la sociedad moderna ha bautizado con el nombre de antigua, existe otra era, que los antiguos llamaron *fabulosa*, y que fuera más exacta llamar *primitiva*. He aquí, pues, tres grandes órdenes de cosas sucesivos en la civilización, desde su origen hasta nuestros días. Pues bien, como la poesía se superpone siempre á la sociedad, vamos á procurar esclarecer, según la forma de ésta, cuál debió ser el carácter de la otra, en esas tres grandes edades del mundo: los tiempos primitivos, los tiempos antiguos y los tiempos modernos.

En los tiempos primitivos, cuando el hombre despierta en un mundo que acaba de nacer, la poesía despierta con él. En presencia de las maravillas que le deslumbran y le embriagan, su primera palabra es un himno. Está tocando todavía tan cerca á Dios, que todas sus meditaciones son éxtasis, todos sus sueños visiones. Se desahoga, canta lo mismo que respira. Su lira sólo tiene tres cuerdas: Dios, el alma, la creación; pero ese triple misterio lo envuelve todo; pero esa triple idea lo comprende todo. La tierra está aún casi desierta. Hay familia, pero no hay pueblos; padres, y no reyes. Cada raza existe con holgura; ninguna propiedad, ninguna ley, nada de roces, nada de guerras. Todo pertenece á cada uno y á todos. La sociedad es una comunidad. Nada molesta al hombre. Lleva esa vida pas-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toril y nómada por la cual comienzan todas las civilizaciones y que tan propicia es para las contemplaciones solitarias, para los caprichosos ensueños. Deja hacer y se deja ir. Su pensamiento y su vida se parecen á una nube que cambia de forma y de camino, según el viento que la impele. He ahí al primer hombre, he ahí al primer poeta. Es joven, es lírico. La plegaria es toda su religión, la oda toda su poesía.

Ese poema, esa oda de los tiempos primitivos, son el Génesis.

Poco á poco, sin embargo, esa adolescencia del mundo se va. Todas las esferas se engrandecen, la familia se vuelve tribu, la tribu se convierte en nación. Cada uno de esos grupos de hombres se reunen al rededor de un centro común, y ahí están los reinos. El instinto social sucede al instinto nómada. El campamento deja su puesto á la ciudad, la tienda al palacio, el arca al templo. Los jefes de esos Estados nacientes son todavía pastores, pero pastores de pueblos; su cayado tiene ya la forma de cetro. Todo se detiene y se fija. La religión toma una forma; los ritos arreglan la plegaria; el dogma encierra al culto. Así el sacerdote y el rey comparten la paternidad del pueblo; así á la comunidad patriarcal sucede la sociedad teocrática.

Sin embargo, las naciones comienzan á estar demasiado estrechas en el globo. Se molestan unas á otras y se querellan; de ahí los choques, los imperios, la guerra. Se desbordan unas sobre otras; de ahí las emigraciones de los pueblos, los viajes. La poesía refleja eso, grandes acontecimientos; de las ideas pasa á las cosas. Canta los siglos, los pueblos, los imperios. Se convierte en épica, da vida á Homero.

Homero, en efecto, domina á la sociedad antigua. En esa sociedad todo es sencillo, todo es épico. La poesía es religión, la religión es ley. A la virginidad de la primera edad ha sucedido la castidad de la segunda. Una especie de gravedad solemne se ha impreso en todo, en las costumbres domésticas lo mismo que en los usos públicos. Los pueblos no han conservado de la vida errante más que el respeto al extranjero y al viajero. La familia tiene una

patria; todo le une á ella; hay el culto del hogar, el culto de la tumba.

Volvemos á decirlo: la expresión de semejante civilización sólo puede ser la epopeya. La epopeya tomará diversas formas, pero no perderá nunca su carácter. Píndaro es más sacerdotal que patriarcal, más épico que lírico. Si los autores de anales, contemporáneos necesarios de esa segunda edad del mundo, se ponen á recoger las tradiciones y empiezan á contar con los siglos, por más que hagan, la cronología no puede echar ó despedir á la poesía; la historia sigue siendo epopeya. Herodoto es un Homero.

Pero de donde brota más particularmente la epopeya, es de la tragedia antigua. Sube á la escena griega, sin perder nada en cierto modo de sus gigantescas y desmesuradas proporciones. Sus personajes siguen siendo héroes, semidioses, dioses; sus resortes, sueños, oráculos, fatalidades; sus cuadros, enumeraciones, funerales, combates. Lo que cantaban los rápsodas, los actores lo declaman, ni más ni menos.

Hay algo mejor aun. Cuando la acción entera, todo el espectáculo del poema épico han pasado por la escena, lo que queda lo recoge el coro. El coro comenta la tragedia, alienta á los héroes, hace las descripciones, llama y despide el día, se regocija, se lamenta, algunas veces da la decoración, explica el sentido moral del asunto, adula al pueblo que le escucha. ¿Y qué es el coro, extraño personaje colocado entre el espectáculo y el espectador, sino el poeta que completa su epopeya?

El teatro de los antiguos es, como su drama, grandioso, pontificio, épico. Puede contener treinta mil espectadores; se representa al aire libre, en pleno sol; las representaciones duran todo el día. Los actores ahuecan la voz, ocultan su rostro, aumentan su estatura; se hacen gigantes, como los papeles que representan. La escena es inmensa. Puede representar á la vez el interior y el exterior de un templo, de un palacio, de un campamento, de una ciudad. Se desarrollan vastos espectáculos. Es, y aquí sólo citamos de memoria, es Prometeo en la montaña; es Antígona buscando desde lo alto de una torre á su hermano Polinice

entre el ejército enemigo *(las Fenicias);* es Evadné arrojándose desde lo alto de una roca á las llamas donde arde el cuerpo de Capanea *(las Suplicantes,* de Eurípides); es un bajel que se ve entrar en el puerto, y del cual desembarcan en la escena cincuenta princesas con sus séquitos *(las Suplicantes,* de Esquilo). La arquitectura y la poesía, allí, llevan un carácter monumental. La antigüedad no cuenta con nada que sea más solemne, más majestuoso. Su culto y su historia se mezclan con su teatro. Sus primeros actores son sacerdotes; sus aparatos escénicos son ceremonias religiosas, fiestas nacionales.

Ultima observación que acaba de señalar el carácter épico de aquellos tiempos, es, sin duda, la de que, por los asuntos de que trata, tanto como por las formas que adopta, la tragedia no hace más que repetir la epopeya. Todos los trágicos antiguos detallan á Homero. Las mismas fábulas, iguales catástrofes, idénticos héroes. Todos beben en el río homérico. Siempre se vuelve á la Ilíada y á la Odisea. Como Aquiles arrastrando á Héctor, la tragedia griega gira al rededor de Troya.

Sin embargo, la edad de la epopeya toca á su fin. Lo mismo que la sociedad á la cual representa, esa poesía se va usando al girar sobre sí misma. Roma imita á Grecia, Virgilio copia á Homero; y, como para concluir dignamente, la poesía épica fenece en ese último parto.

Ya era tiempo. Otra era va á empezar para el mundo y para la poesía.

Una religión espiritualista suple al paganismo material y exterior, se escurre, penetra hasta el corazón de la sociedad antigua, la mata, y en ese cadáver de una civilización decrépita coloca el germen de la civilización moderna. Esta religión es completa, porque es verdadera; entre su dogma y su culto, sella profundamente á la moral. En primer lugar, y como primeras verdades, enseña al hombre que tiene dos vidas, una pasajera y otra inmortal; una de la tierra, la otra del cielo. Le enseña que es doble como su destino, que hay en él un animal y una inteligencia, un alma y un cuerpo; en una palabra, que es el punto de intersección, el anillo común de dos cadenas de seres que

abarcan la creación, de la serie de los seres materiales y de la serie de los seres incorpóreos, partiendo la primera de la piedra para llegar al hombre, y la segunda que parte del hombre para llegar á Dios.

Una parte de esas verdades había sido quizás sospechada por ciertos sabios de la antigüedad; únicamente desde el Evangelio data su plena, luminosa y amplia revelación. Las escuelas paganas caminaban á tientas en la obscuridad, adhiriéndose lo mismo á las mentiras que á las verdades en su camino de azar. Varios de sus filósofos echaban á veces sobre los objetos débiles luces que sólo iluminaban un costado y hacían mayor la sombra en el otro. De ahí todos esos fantasmas creados por la filosofía antigua. La sabiduría divina podía tan sólo sustituir por una vasta é igual claridad todas esas iluminaciones vacilantes de la sabiduría humana. Pitágoras, Epicuro, Sócrates, Platón, son antorchas: Jesucristo es la luz del día.

Además, nada tan material como la teogonía antigua. Está muy lejos de haber pensado, como el cristianismo, en dividir el espíritu del cuerpo; da forma y rostro á todo, hasta á las esencias, hasta á las inteligencias. Todo en ella es visible, palpable, carnal. Sus dioses necesitan una nube para ocultarse á la vista del hombre. Beben, comen y duermen. Se les hiere y brota su sangre; se les estropea y quedan eternamente cojos. Esa religión tiene dioses y mitad de dioses. Sus rayos se fraguan en un yunque, y se les proporciona, entre otros ingredientes, tres rayos de lluvia retorcidos, *tres imbris torti radios*. Su Júpiter cuelga el mundo de una cadena de oro; su sol anda en un carro con cuatro caballos; su infierno es un precipicio del cual la la geografía señala la boca en el globo; su cielo es una montaña.

Por eso el paganismo, que amasa todas sus creaciones con la misma arcilla, disminuye á la divinidad y engrandece al hombre. Los héroes de Homero son casi del mismo tamaño que sus dioses. Ayax desafía á Júpiter. Aquiles equivale perfectamente á Marte. Acabamos de ver cómo el cristianismo, por el contrario, separa profundamente el aliento-espíritu de la materia. Establece un abis-

mo entre el alma y el cuerpo, un abismo entre el hombre y Dios.

En esa época, y para no omitir ningún rasgo del bosquejo á que nos hemos atrevido, haremos observar que con el cristianismo, y por él, se introdujo en el espíritu de los pueblos un sentimiento nuevo, desconocido de los antiguos y singularmente desarrollado entre los modernos, un sentimiento que es más que la gravedad y menos que la tristeza, la melancolía. Y, en efecto, el corazón del hombre, hasta entonces entumecido por cultos puramente jerárquicos y sacerdotales, ¿podía acaso dejar de despertar y sentir germinar en sí alguna facultad inesperada, al aliento de una religión humana porque es divina, de una religión que hace de la plegaria del pobre la riqueza del rico, de una religión de igualdad, de libertad, de caridad? ¿Podía dejar de ver todas las cosas con un aspecto nuevo, después que el Evangelio le había enseñado el alma á través de los sentidos, la eternidad detrás de la vida?

Por otra parte, en aquel mismo momento, el mundo sufría una revolución tan profunda, que era imposible que no se efectuase otra en los espíritus. Hasta entonces, las catástrofes de los imperios habían llegado rara vez hasta el corazón de las poblaciones; eran reyes que caían, majestades que se desvanecían, nada más. El rayo sólo estallaba en las altas regiones, y, como lo hemos indicado ya, los acontecimientos parecían desarrollarse con toda la solemnidad de la epopeya. En la sociedad antigua, el individuo estaba colocado tan abajo, que, para herirle, para llegar hasta él, era preciso que la adversidad descendiese hasta su familia. De modo que poco conocía el infortunio, fuera de los dolores y disgustos domésticos. Era casi inaudito que las desgracias generales del estado molestasen su vida. Pero en el instante en que fué á establecerse la sociedad cristiana, el antiguo continente se hallaba trastornado. Todo estaba agitado hasta las raíces. Los acontecimientos, encargados de arruinar la antigua Europa y reconstruir una nueva, tropezaban, se precipitaban sin descanso y empujaban á las naciones

revueltas, éstas á la luz del día, aquéllas á la obscuridad de la noche. Se hacía tanto ruído en la tierra, que era imposible que algo de aquel tumulto no llegase hasta el corazón de los pueblos. Fué más que un eco, fué una repercusión. El hombre, replegándose sobre sí mismo en presencia de esas altas vicisitudes, comenzó á tener lástima de la humanidad, á meditar sobre las amargas burlas de la vida. De ese sentimiento, que había sido para el pagano Catón la desesperación, el cristianismo hizo la melancolía.

Al mismo tiempo nacía el espíritu de examen y de curiosidad. Esas grandes catástrofes eran también grandes espectáculos, sorprendentes peripecias. Era el norte echándose sobre el mediodía; el universo romano cambiando de forma, las últimas convulsiones de todo un mundo que agonizaba. Así que ese mundo hubo muerto, nubes de retóricos, de gramáticos, de sofistas, cayeron, como mosquitos, sobre su inmenso cadáver. Se les vió pulular, se les oyó zumbar en aquel foco de putrefacción. Era de ver quién examinaría, comentaría y discutiría. Cada miembro, cada músculo, cada fibra del gran cuerpo yacente era revuelto en todos sentidos. Sin duda que debió ser una alegría para los anatomistas del pensamiento, poder, desde sus primeros ensayos, hacer experimentos en grande escala; tener por *sujeto* á una sociedad muerta para disecarla.

Así vemos aparecer á la vez, y como dándose la mano, el genio de la melancolía y de la meditación, el demonio del análisis y de la controversia. En uno de los extremos de esa era de transición está Longino, en la otra san Agustín. Hay que guardarse mucho de mirar con desdén esa época en la cual estaban los gérmenes de todo cuanto ha dado fruto después, esa época acerca de la que los más insignificantes escritores, si se nos permite una expresión trivial, pero franca, han hecho estiércol para recoger la cosecha que debía seguir. La edad media está injertada en el bajo-imperio.

He aquí, pues, una nueva religión, una sociedad nueva; sobre esa doble base, es preciso que veamos crecer

una nueva poesía. Hasta entonces, y perdónesenos el exponer un resultado que por sí mismo habrá podido deducir el lector de lo que se ha dicho más arriba, hasta entonces, obrando en eso como el politeísmo y la filosofía antigua, la musa puramente épica de los antiguos no había estudiado la naturaleza más que bajo un solo aspecto, rechazando sin piedad del arte casi todo lo que, en el mundo sometido á su imitación, no se refería á cierto tipo de lo bello. Tipo magnífico primeramente; pero, como ocurre siempre con lo sistemático, convertido en los últimos tiempos en falso, mezquino y convencional.

El cristianismo conduce la poesía á la verdad. Como él, la musa moderna verá las cosas con una mirada más alta y más vasta. Comprenderá que todo en la creación no es humanamente *bello*, que lo feo existe junto á lo bello, lo disforme junto á lo gracioso, lo grotesco en el reverso de lo sublime, el mal con el bien, la sombra con la luz. Ella se preguntará, también, si la razón estrecha y relativa del artista debe triunfar sobre la razón infinita, absoluta del creador; si el hombre es quien ha de rectificar á Dios; si una naturaleza mutilada será por eso más bella; si el arte tiene derecho de *desforrar* al hombre, por decirlo así, á la vida, á la creación: si cada cosa andará mejor cuando se le haya quitado su músculo y su muelle; si, finalmente, el ser incompleto es el medio de ser armónico. Entonces será cuando, con la mirada fija sobre acontecimientos risibles y formidables al mismo tiempo, y bajo la influencia de ese espíritu de melancolía cristiana y de crítica filosófica que observábamos hace poco, la poesía dará el gran paso, un paso decisivo, un paso que, semejante á la sacudida de un temblor de tierra, cambiará por completo la faz del mundo intelectual. Hará como la naturaleza, y mezclará en sus creaciones, pero sin confundirlos, la sombra con la luz, lo grotesco con lo sublime; en otros términos, el cuerpo con el alma, la bestia y el espíritu; pues el punto de partida de la religión ha sido siempre el punto de partida de la poesía. Todo se da la mano.

Por eso he ahí un principio ajeno á la antigüedad, un

tipo nuevo introducido en la poesía; y, como una condición más en el ser modificada por completo al mismo ser, he ahí una forma nueva que se desarrolla en el arte. Ese tipo es lo grotesco. Esa forma es la comedia.

Y aquí, permítasenos insistir; pues acabamos de indicar el rasgo característico, la diferencia fundamental que separa, á nuestro juicio, el arte moderno del arte antiguo, la forma actual de la forma muerta, ó, para usar palabras más vagas, pero más acreditadas, la literatura *romántica* de la literatura *clásica*.

—¡Al fin!, van á decir aquí las gentes, que desde hace rato nos *ven venir*. ¡Ya le hemos cogido con las manos en la masa! ¡De modo que hace usted de lo *feo* un tipo de imitación, de lo *grotesco* un elemento de arte! Pero las gracias... pero el buen gusto... ¿No sabe usted que el arte debe rectificar á la naturaleza? ¿Que se le debe *ennoblecer*? ¿Que es preciso *elegir*? ¿Pusieron acaso en obra los antiguos á lo feo y lo grotesco? ¿Mezclaron jamás la comedia con la tragedia? ¡El ejemplo de los antiguos, señores! Además, Aristóteles... Además, Boileau... Además, Laharpe...—¡De veras!

Esos argumentos son sólidos, sin duda, y sobre todo de una novedad rara y sorprendente. Pero nuestro papel no consiste en contestarlos. No edificamos aquí ningún sistema, porque ¡líbrenos Dios de los sistemas! Hacemos constar un hecho. Somos historiadores y no críticos. Agrade ó no el hecho ¡poco importa!, existe.—Volvamos, pues, y procuremos demostrar que de la fecunda unión del tipo grotesco con el tipo sublime, nace el genio moderno, tan complejo, tan vario en sus formas, tan inagotable en sus creaciones, y bien opuesto en eso á la uniforme sencillez del genio antiguo; demostremos que de ahí se ha de partir para establecer la diferencia radical y real de las dos literaturas.

No es que fuese cierto decir que la comedia y lo grotesco eran enteramente desconocidos de los antiguos. La cosa sería, además, imposible. Nada nace sin raíz; la segunda época está siempre germinando en la primera. Desde la *Ilíada*, Tersites y Vulcano dan la comedia: uno

á los hombres, el otro á los dioses. Hay harta naturaleza y originalidad en la tragedia griega, para que alguna vez no haya en ella comedia. Así, y citando nada más que lo que nuestra memoria recuerda, la escena de Menelao con la portera de palacio *(Helena*, acto I); la escena del frigio *(Orestes*, acto IV). Los tritones, los sátiros, los cíclopes, son grotescos; las sirenas, las furias, las parcas, las arpías, son grotescos; Polifemo es un grotesco terrible; Sileno es un grotesco bufo.

Pero se comprende en eso que esta parte del arte está aún en la infancia. La epopeya, que en esa época marca su forma en todo, la epopeya, descansa pesada sobre ella y la ahoga. Lo grotesco antiguo es tímido y procura siempre ocultarse. Se ve que no está en su terreno, porque no está en su naturaleza. Se oculta cuanto puede. Los sátiros, los tritones, las sirenas, casi no son disformes. Las parcas y las arpías son más bien repugnantes por sus atributos que por su aspecto; las furias son hermosas, y se las llama *euménides*, es decir, *dulces, bienhechoras*. Hay como un velo de grandeza ó de divinidad echado sobre otros grotescos. Polifemo es gigante; Midas es rey; Sileno es dios.

Por eso la comedia pasa casi inadvertida en el gran conjunto épico de la antigüedad. Junto á los carros olímpicos, ¿qué significa la carreta de Tespis? Cerca de los colosos homéricos, Esquilo, Sófocles, Eurípides, ¿qué son Aristófanes y Plauto? Homero se los lleva consigo, como Hércules se llevaba á los pigmeos, ocultos en su piel de león.

En el pensamiento de los modernos, al contrario, lo grotesco tiene un papel inmenso. Está en todas partes; por un lado crea lo disforme y lo horrible, por otro lo cómico y lo bufo. Ata al rededor de la religión mil supersticiones originales, al rededor de la poesía mil imaginaciones pintorescas. Él es quien siembra á manos llenas en el aire, en el agua, en la tierra, en el fuego, esos miles de millones de seres intermedios que volvemos á hallar vivos en las tradiciones populares de la Edad media; él quien hace girar en la obscuridad el espantoso aquelarre del sábado; él quien da á Satanás los cuernos y las pezuñas de macho cabrío y las alas de murciélago. Él es quien unas veces echa en el infierno cristiano esas asquerosas figuras que evocará el áspero genio de Dante y de Milton, á veces el pueblo de esas formas ridículas, en medio de las cuales se distraerá Callot, el Miguel Angel burlesco. Si del mundo ideal pasa al mundo de la realidad, desenvuelve inagotables parodias de la humanidad. Son creaciones de su fantasía los *Escaramoscas*, los Crispines, los Arlequines, siluetas con muecas del hombre, tipos enteramente desconocidos de la grave antigüedad y salidos, sin embargo, de la clásica Italia. Él es, por último, quien, dando color sucesivamente al mismo drama de la imaginación del Mediodía y de la imaginación del Norte, hace brincar á Leporelo *(Sganarelle)* al rededor de Don Juan, y arrastrarse á Mefistófeles al rededor de Fausto.

¡Y qué libertad y franqueza demuestra en sus gestos! ¡De qué modo tan atrevido sabe hacer resaltar todas las formas extrañas que la edad precedente había envuelto entre pañales con tanta timidez! La poesía antigua, obligada de dar compañeros al cojo Vulcano, había procurado disfrazar sus deformidades, extendiéndolas en cierto modo en proporciones colosales. El genio moderno conserva ese mito de los herreros sobrenaturales, pero le imprime bruscamente un carácter del todo opuesto y que le hace resaltar más; cambia los gigantes en enanos; convierte á los cíclopes en gnomos. Con la misma originalidad con la cual á la hidra, un poco vulgar de Lerna, substituye todos esos dragones locales de nuestras leyendas, la atarjea de Ruán, la canal de Metz, la carne salada de Troyes, la tarasca de Tarascón, monstruos de formas tan varias y cuyos nombres extravagantes son un carácter más. Todas esas creaciones sacan de su propia naturaleza ese acento enérgico y profundo, ante el cual parece que á veces retrocedió la antigüedad. Sin duda que las euménides griegas son mucho menos horribles, y, por consiguiente, mucho menos verdaderas, que las brujas de *Macbeth*. Plutón no es el diablo.

Habría, á nuestro juicio, un libro muy nuevo que es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cribir acerca del empleo de lo grotesco en las artes. Se podría hacer ver qué poderosos efectos los modernos han sacado de ese tipo fecundo sobre el cual sigue encarnizándose todavía una crítica estrecha. Seremos quizás llevados por este asunto á señalar de paso algunos rasgos de ese vasto cuadro. Diremos únicamente aquí que, como objetivo cerca de lo sublime, como medio de contraste, lo grotesco es, en nuestra opinión, el manantial más rico que la naturaleza pueda abrir al arte. Rubens lo comprendía sin duda así, cuando se complacía en mezclar al desenvolvimiento de pompas reales, coronaciones y brillantes ceremonias, alguna repugnante figura de enano de la corte. Esa belleza universal que la antigüedad esparcía solemnemente sobre todo, no dejaba de tener monotonía; la misma impresión, repetida siempre, puede cansar á la larga. Lo sublime sobre lo sublime produce mal un contraste, y necesita uno descansar de todo, hasta de lo bello. Parece, por el contrario, que lo grotesco sea un punto de descanso, un término de comparación, un punto de partida desde donde se eleva uno hacia la belleza con una percepción más fresca y más excitada. La salamandra hace aquilatar el mérito, apreciar más á la ondina; el gnomo embellece al silfo.

Y se podría decir también, con exactitud, que el contacto de lo disforme ha dado á lo sublime moderno algo más puro, más grande, más sublime, en fin, que lo bello antiguo; y así debe ser. Cuando el arte es consecuente consigo mismo, conduce con mayor seguridad cada cosa á su fin. Si el elíseo homérico está muy lejos de ese encanto etéreo, de esa angélica suavidad del paraíso de Milton, es que debajo del edén hay un infierno mucho más horrible que el tártaro pagano. ¿Serían acaso tan encantadoras Francisca de Rímini y Beatriz, presentadas por un poeta que no nos encerrase en la torre del Hambre y no nos obligase á compartir la repugnante comida de Ugolino? Dante no tendría tanta gracia si no tuviese tanta fuerza. Las náyades carnosas, los robustos tritones, los céfiros libertinos, ¿tienen la fluidez diáfana de nuestras ondinas y de nuestras sílfides? ¿No será porque la imaginación moderna sabe hacer rondar los vampiros en los cementerios, los ogros, los alisos, los psilos, los gules, los brucólacos y los aspioles, por lo que puede dar á sus hadas esa forma incorpórea, esa pureza de esencia de que tanto distan las ninfas paganas? La Venus antigua es hermosa, admirable, sin duda; pero ¿quién ha dado á las figuras de Juan Goujón esa elegancia esbelta, extraña, aérea? ¿Quién les ha dado ese carácter desconocido de vida y de grandiosidad, sino la proximidad de las esculturas rudas y poderosas de la Edad media?

Si entre estos desenvolvimientos necesarios, y que podrían ser mucho más profundos, el hilo de nuestras ideas no se ha roto en el espíritu del lector, habrá comprendido, sin duda, con cuánto poder lo grotesco, germen de la comedia, recogido por la musa moderna, ha debido crecer y engrandecerse en cuanto fué transportado á un terreno más propicio que el paganismo y la epopeya. En efecto, en la poesía nueva, mientras que lo sublime representará al alma tal cual es, depurada por la moral cristiana, él representará el papel de la bestia humana. El primer tipo, libre de toda aleación impura, tendrá por bienes todos los encantos, todas las gracias, todas las bellezas; es preciso que pueda crear algún día á Julieta, Desdémona, Ofelia. El segundo recogerá todos los ridículos, todas las enfermedades, todas las fealdades. En ese reparto de la humanidad y de la creación, á él corresponderán las pasiones, los vicios, los crímenes; él será lujurioso, adulador, goloso, avaro, pérfido, enredador, hipócrita; él será sucesivamente Yago, Tartufo, Basilio, Polonio, Harpagón, Bartolo, Falstaff, Escapino, Fígaro. Lo bello no tiene más que un tipo; lo feo tiene mil. Es que lo bello, hablando humanamente, no es más que la forma considerada en su relación más sencilla, en su simetría más absoluta, en su armonía más íntima con nuestra organización. Por eso nos ofrece siempre un conjunto completo, pero restringido, como nosotros. Lo que llamamos feo, por el contrario, es un detalle de un gran conjunto que nos escapa, y que se armoniza, no con el hombre, sino con la creación entera. Por eso nos presenta incesantemente aspectos nuevos, pero incompletos.

Es un estudio curioso seguir la aparición y la marcha de lo grotesco en la era moderna. Primero parece una invasión, una irrupción, un desbordamiento; es un torrente que ha roto sus diques. Atraviesa al nacer la literatura latina que se muere, y colorea á Petronio, Persio, Juvenal, y deja el *Asno de oro* de Apuleyo. De allí se extiende en la imaginación de los pueblos nuevos que rehacen á Europa. Abunda en los cuentistas, en los cronistas, en los romanceros. Se le ve extenderse del sur al septentrión. Está en los ensueños de las naciones tudescas, y al mismo tiempo vivifica con su aliento esos admirables *romanceros* españoles, verdadera Ilíada de la caballería. El es quien, por ejemplo, en el *Romance de la Rosa*, pinta así una ceremonia augusta, la elección de un rey:

Un grand vilain lors ils esleurent
Le plus ossu qu' entre eux ils eurent.

Imprime en todo su carácter en esa maravillosa arquitectura, que en la Edad media ocupa el puesto de todas las artes. Coloca su estigma en la frente de las catedrales, encierra sus infiernos y sus purgatorios bajo la ojiva de los pórticos, los hace brillar en los cristales, desarrolla sus monstruos, sus mastines, sus demonios al rededor de los capiteles, á lo largo de los frisos, en el borde de los techos. Se presenta con innumerables formas, en las fachadas de madera de las casas, en las fachadas de piedra de los castillos, en la fachada de mármol de los palacios. De las artes pasa á las costumbres; y mientras hace aplaudir por el pueblo á los *graciosos* de comedia, da á los reyes los bufones de corte. Después, en el siglo de la etiqueta, nos enseñará á Scarrón en la orilla misma de la cama de Luis XIV. Mientras tanto, él es quien llena el blasón, y quien dibuja en el escudo de los caballeros los simbólicos jeroglíficos del feudalismo. De las costumbres penetra en las leyes; mil usos extraños atestiguan su paso por las instituciones de la Edad media. Del mismo modo que había hecho saltar en su volquete á Tespis

embadurnado con heces de vino, baila en su curia sobre aquella famosa mesa de mármol que sirvió á la vez de teatro á las farsas populares y en los banquetes de los reyes. Finalmente, admitido en las artes, en las costumbres, en las leyes, penetra hasta en la iglesia. Le vemos ordenar en cada ciudad de la catolicidad, alguna de esas ceremonias extrañas, de esas procesiones raras en que la religión anda acompañada de todas las supersticiones, lo sublime rodeado de todo lo grotesco. Para pintarlo con un solo rasgo, tal es, en aquella aurora de las letras, su verbosidad, su vigor, su savia de creación, que echa de golpe en el umbral de la poesía moderna á tres Homeros bufos: Ariosto, en Italia; Cervantes, en España; Rabelais, en Francia.

Sería excesivo hacer resaltar más esa influencia de lo grotesco en la tercera civilización. Todo demuestra, en la época llamada *romántica*, su alianza íntima y creadora con la belleza. Hasta las más cándidas leyendas populares explican algunas veces con un admirable instinto ese misterio del arte moderno. La antigüedad no hubiera hecho *la Bella y la Bestia*.

Debe decirse, en verdad, que en la época en la cual acabamos de detenernos, el predominio de lo grotesco sobre lo sublime, en las letras, está vivamente demostrado. Pero es una fiebre de reacción, un ardor de novedad que pasa; es una primera ola que se retira poco á poco. El tipo de lo bello recobrará pronto su papel y su derecho, que no consiste en excluir el otro principio, sino en prevalecer sobre él. Es tiempo ya de que lo grotesco se contente con ocupar un rincón del cuadro en los frescos reales de Murillo, en las páginas sagradas del Veronés; con verse mezclado á los dos admirables *Juicios finales* con que se enorgullecen las artes, á esa escena encantadora y horrible con que Miguel Angel enriqueció el Vaticano, á esas espantosas caídas de hombres que Rubens precipitará á lo largo de las bóvedas de la catedral de Amberes. Ha llegado el momento en que el equilibrio entre los dos principios va á establecerse. Un hombre, un poeta rey, *poeta soberano*, como dice Dante

de Homero, va á fijarlo todo. Los dos genios rivales unen su doble llama, y de esa llama brota Shakespeare.

Hemos llegado á la cima poética de los tiempos modernos: Shakespeare, es el drama; y el drama, que funde en un mismo aliento lo grotesco y lo sublime, lo terrible y lo bufo, la tragedia y la comedia, el drama es el carácter propio de la tercera época de poesía, de la literatura actual.

Así, resumiendo rápidamente los hechos que hemos observado hasta aquí, la poesía tiene tres edades, cada una de las cuales corresponde á una época de la sociedad: la oda, la epopeya, el drama. Los tiempos primitivos son líricos, los tiempos antiguos son épicos, los tiempos modernos son dramáticos. La oda canta la eternidad, la epopeya solemniza la historia, el drama pinta la vida. El carácter de la primera poesía es la candidez; el carácter de la segunda es la sencillez; el carácter de la tercera la verdad. Los rápsodas señalan la transición de los poetas líricos á los poetas épicos, como los romanceros, de los poetas épicos á los poetas dramáticos. Los historiadores nacen con la segunda época; los cronistas y los críticos con la tercera. Los personajes de la oda son colosos: Adán, Caín, Noé; los de la epopeya son gigantes: Aquiles, Atreo, Orestes; los del drama son hombres: Hamlet, Macbeth, Otelo. La oda vive de lo ideal, la epopeya de lo grandioso, el drama de la realidad. En fin, esa triple poesía brota de tres grandes manantiales: la Biblia, Homero, Shakespeare.

Tales son, pues, y nos limitamos en esto á tomar nota de un resultado, las diversas fisonomías del pensamiento en las diferentes eras del hombre y de la sociedad. He ahí sus tres rostros, de juventud, de virilidad y de vejez. Y sea que se examine una literatura particularmente, ó todas las literaturas en conjunto, se llegará siempre al mismo resultado: los poetas líricos antes que los poetas épicos, los poetas épicos antes que los poetas dramáticos. En Francia, Malherbe antes que Chapelain, Chapelain antes que Corneille; en la antigua Grecia, Orfeo antes que Homero, Homero antes que Esquilo; en el libro primitivo, el *Génesis*, antes que los *Reyes*, los *Reyes* antes que *Job;* ó, tomando de nuevo esa grande escala de todas las poesías que recorríamos hace un instante, la *Biblia* antes que la *Ilíada*, la *Ilíada* antes que Shakespeare.

La sociedad, en efecto, comienza por cantar lo que sueña, luego refiere lo que hace, y, finalmente, se pone á pintar lo que piensa. Es, digámoslo de paso, debido á esta última razón, evidente, que el drama, reuniendo las cualidades más opuestas, puede ser á la vez profundo y tener gran relieve filosófico y pintoresco.

Se debería añadir aquí que todo en la naturaleza y en la vida pasa por esas tres faces, de lo lírico, de lo épico y de lo dramático, porque todo nace, obra y muere. Si no fuese ridículo mezclar fantásticas aproximaciones de la imaginación á las deducciones severas del raciocinio, un poeta podría decir que la salida del sol, por ejemplo, es un himno, su medio día una brillante epopeya, su ocaso un sombrío drama en el cual luchan el día y la noche, la vida y la muerte. Pero eso fuera poesía, locura quizás; y *¿qué probaría?*

Atengámonos á los hechos reunidos más arriba; completémoslos, además, con una observación importante. Es que de ningún modo hemos pretendido asignar á las tres épocas de la poesía un dominio exclusivo, sino únicamente fijar su carácter dominante. La Biblia, divino monumento lírico, contiene, como lo indicábamos hace poco, una epopeya y un drama en germen, los *Reyes* y *Job*. Se advierte en todos los poemas homéricos un resto de poesía lírica y un principio de poesía dramática. La oda y el drama se cruzan en la epopeya. Hay de todo en todo; sólo que existe en cada cosa un elemento generador, al cual se subordinan todos los demás, y que impone al conjunto su carácter propio.

El drama es la poesía completa. La oda y la epopeya sólo le contienen en germen; y él las contiene á ambas en desenvolvimiento; las resume y las encierra á las dos. Sin duda que quien dijo: *los franceses no tienen la cabeza épica*, empleó una frase exacta y aguda; si hubiese añadido *los modernos*, la palabra aguda hubiese sido una pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

labra profunda. Es incontestable, sin embargo, que sobre todo hay ingenio épico en esa prodigiosa *Atalía*, tan alta y tan sencillamente sublime que el siglo real *(de la realeza)* no la pudo comprender. Es cierto también que la serie de los dramas-crónicas de Shakespeare presenta un gran aspecto de epopeya. Pero es sobre todo la poesía lírica la que corresponde al drama; no le estorba jamás, se plega á todos sus caprichos, acepta todas sus formas, unas veces sublime con Ariel, otras grotesca con Calibán. Nuestra época, dramática ante todo, es, por lo tanto y por lo mismo, eminentemente lírica. Es que hay más de una relación entre el principio y el fin; la puesta del sol tiene algunos rasgos de semejanza con su salida; el anciano se vuelve niño. Pero esta última infancia no se parece á la primera; es tan triste como la otra fué alegre. Lo mismo ocurre con la poesía lírica. Deslumbradora, soñadora en la aurora de los pueblos, reaparece sombría y pensativa cuando declinan. La Biblia se abre sonriente con el *Génesis*, y se cierra con el *Apocalipsis* amenazador. La oda moderna es siempre inspirada, pero es ya ignorante. Medita más que contempla; su ensueño es melancolía. Se ve, por sus partos, que esta musa se ha unido al drama.

Para hacer sensibles por medio de una imagen las ideas que acabamos de aventurar, compararíamos la poesía lírica primitiva á un lago apacible que refleja las nubes y las estrellas del cielo; la epopeya es el río que sale de él y corre, reflejando sus orillas, bosques, campos y ciudades, á echarse en el Océano del drama. En fin, como el lago, el drama refleja al cielo; como el río, refleja sus riberas; pero sólo él tiene abismos y tempestades.

Al drama, pues, va á parar todo en la poesía moderna. El *Paraíso perdido* es un drama antes de ser una epopeya. Sabido es que, bajo la primera de estas formas, fué como se presentó en un principio á la imaginación del poeta, y que queda siempre impreso en la memoria del lector. ¡tan aparente es el antiguo andamiaje dramático encubierto por el edificio épico de Milton! Cuando Dante Alighieri concluyó su temible *Infierno* y cerró sus puertas, no quedándole más que nombrar su obra, el instinto

de su ingenio le hizo ver que ese poema multiforme es una emanación del drama, no de la epopeya; y en el frontispicio del gigantesco monumento escribió con su pluma de bronce: *Divina Comedia*.

Se ve, pues, que los dos únicos poetas de los tiempos modernos que sean de la estatura de Shakespeare, se reunen á su unidad. Concurren con él para imprimir la huella del tinte dramático en toda nuestra poesía; están como él embebidos en la mezcla de lo grotesco y lo sublime; y, lejos de tirar á ellos en ese gran conjunto literario que se apoya en Shakespeare, Dante y Milton, son en cierto modo los dos arbotantes del edificio del cual él es el pilar central, los contrafuertes de la bóveda de la cual él es la clave.

Permítasenos volver á tomar aquí algunas ideas ya enunciadas, pero respecto de las que es preciso insistir. Hemos llegado; ahora es necesario que volvamos á marchar.

Desde el día en que el cristianismo dijo al hombre:—Eres doble, estás compuesto de dos seres, uno perecedero, otro inmortal, uno carnal, otro etéreo, uno encadenado por los apetitos, las necesidades y las pasiones, el otro llevado en alas del entusiasmo y del ensueño; éste, finalmente, siempre inclinado hacia la tierra, su madre; aquél incesantemente lanzado hacia el cielo, su patria;—desde ese día quedó creado el drama. ¿Qué otra cosa es, en efecto, ese contraste de todos los días, esa lucha de todos los instantes entre dos principios opuestos que siempre están uno frente á otro en la vida, y que se disputan al hombre desde la cuna hasta la tumba?

La poesía nacida del cristianismo, la poesía de nuestro tiempo, es, pues, el drama, el carácter del drama es lo real; lo real resulta de la combinación natural de dos tipos, lo sublime y lo grotesco, que se cruzan en el drama, como se cruzan en la vida y en la creación. Pues la poesía verdadera, la poesía completa, está en la armonía de los contrarios. Luego, es hora de decirlo muy alto, y aquí particularmente las excepciones confirmarían la regla: todo lo que está en la naturaleza está en el arte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Colocándonos en ese punto de vista para juzgar nuestras pequeñas reglas convencionales, para desenmarañar todos los laberintos escolásticos, para resolver todos esos problemas mezquinos que los críticos de los dos últimos siglos construyeron laboriosamente al rededor del arte, sorprende la prontitud con la cual la cuestión del teatro moderno se limpia. El drama no tiene más que dar un paso para romper todas esas telarañas con que las milicias de Liliput han creído encadenarlo durante su sueño.

Así como algunos pedantes atolondrados (una cosa no excluye á la otra) pretenden que lo disforme, lo feo, lo grotesco, no debe ser nunca para el arte objeto de imitación, se les contesta que lo grotesco es la comedia, y que, aparentemente, la comedia forma parte del arte. Tartufo no es bello, Pourceaugnac no es noble; y Pourceaugnac y Tartufo son admirables chorros de arte.

Y si, desalojados de ese atrincheramiento á una segunda línea de aduanas, renuevan su prohibición de lo grotesco aliado á lo sublime, de la comedia fundida en la tragedia, se les hace ver que, en la poesía de los pueblos cristianos, el primero de esos dos tipos representa la bestia humana, el segundo el alma. Esas dos ramas del arte, si se impide á sus brotes toda mezcla, si se les separa sistemáticamente, producirán para todos frutos; por una parte, abstracciones de vicios, ridiculeces; por otra, abstracciones de crimen, de heroísmo y de virtud. Los dos tipos, separados así y entregados á sí mismos, tomarán cada uno por su lado, dejando entre ellos lo real, uno á su derecha, el otro á su izquierda. De donde resulta que, después de esas abstracciones, quedará algo que representar, el hombre; después de estas tragedias y estas comedias, algo que hacer, el drama.

En el drama, tal cual se puede, si no ejecutarlo, á lo menos concebirlo, todo se encadena y se deduce como en la realidad. El cuerpo representa su papel lo mismo que el alma; y los hombres y los acontecimientos, puestos en juego por ese doble agente, pasan sucesivamente bufos y terribles, algunas veces terribles y bufos á un tiempo.

Así el juez dirá: *¡A muerte, y vamos á comer!* Así el senado romano deliberará acerca del *Rodaballo* de Domiciano. Así Sócrates, bebiendo la cicuta y conversando acerca del alma inmortal y del dios único, interrumpirá su discurso para recomendar que sacrifiquen un gallo á Esculapio. Así Isabel de Inglaterra jurará y hablará latín. Así Richelieu aguantará al capuchino José, y Luis XI á su barbero, Oliverio el Diablo. Así Cromwell dirá: *Tengo al parlamento en mi saco y al rey en mi bolsillo;* ó, con la mano que firma la sentencia de muerte de Carlos I, embadurnará de tinta el rostro de un regicida que se lo devolverá riendo. Así César en el carro triunfal tendrá miedo de volcar. Porque los hombres de genio, por grandes que sean, llevan siempre consigo su bestia que parodia su inteligencia. Por ahí están en contacto con la humanidad, pues por ahí es por donde son dramáticos. «De lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso», decía Napoleón, cuando se convenció de que era hombre; y ese relámpago de un alma de fuego que se entreabre ilumina á la vez el arte y la historia, ese grito de angustia es el resumen del drama y de la vida.

Cosa sorprendente: todos esos contrastes se encuentran hasta en los mismos poetas considerados como hombres. A fuerza de meditar acerca de la existencia, de hacer estallar su punzante ironía, de verter á raudales el sarcasmo y la burla sobre nuestras enfermedades, esos hombres que tanto nos hacen reir se vuelven profundamente tristes.

Esos Demócritos son también Heráclitos. Beaumarchais era huraño, Molière era sombrío, Shakespeare melancólico.

Lo grotesco es, pues, una de las supremas bellezas del drama. No es sólo una conveniencia, es á veces una necesidad. Algunas veces llega por masas homogéneas, por caracteres completos: Dandín, Prusias, Trisotino, Brid'oison, la nodriza de Julieta; algunas veces poseído de terror, como Ricardo III, Begears, Tartufo, Mefistófeles; algunas veces hasta velado de gracia y de elegancia, como Fígaro, Osrick, Mercutio, Don Juan. Se infiltra por todas partes, pues como hasta los más vulgares tienen á veces sus acce-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sos de sublimidad, los más elevados pagan con frecuencia tributo á lo trivial y á lo ridículo. Por eso, impalpable á menudo, á menudo imperceptible, siempre está presente en la escena, hasta cuando se calla, hasta cuando se oculta. Gracias á él, no hay impresiones monótonas. Unas veces arroja risas, otras horror en la tragedia. Hará encontrar al boticario en Romeo, á las tres brujas en Macbeth, á los enterradores en Hamlet. A veces, en fin, puede, sin desacuerdo, como en la escena del rey Lear y de su bufón, mezclar su voz chillona con las más sublimes, las más lúgubres y las más embriagadoras músicas del alma.

Eso es lo que ha sabido hacer entre todos, de una manera que le es propia y que sería tan inútil como imposible imitar, Shakespeare, dios del teatro, en quien parecen reunidos, como en una trinidad, los tres grandes genios característicos de nuestra escena, Corneille, Molière y Beaumarchais.

Se ve como la arbitraria distinción de los géneros se hunde pronto ante la razón y el gusto. Se destruiría con igual facilidad la pretendida regla de las dos unidades. Decimos dos y no *tres* unidades; la unidad de acción ó de conjunto, única verdadera y fundada, se halla desde hace tiempo fuera de discusión.

Contemporáneos distinguidos, extranjeros y nacionales, han atacado ya, por la práctica y en teoría, esa ley fundamental del código seudo-aristotélico. Por lo demás, el combate no debió ser largo. A la primera sacudida estalló. ¡Tan carcomida estaba la viga del viejo caserón escolástico!

Lo extraño es que los rutinarios pretenden apoyar su regla de las dos unidades en la verosimilitud, mientras que precisamente lo que la mata es la realidad. ¿Hay algo más inverosímil y más absurdo, en efecto, que ese vestíbulo, ese peristilo, esa antecámara, sitio vulgar en donde nuestras tragedias tienen la complacencia de venir á desarrollarse, donde llegan, no se sabe cómo, los conspiradores para declamar contra el tirano, y el tirano para declamar contra los conspiradores, cada uno á su vez, como si se hubiesen dicho bucólicamente:

Alternis cantemus; amant alterna Camenæ?

¿Dónde se ha visto vestíbulo ó peristilo de esa clase? ¿Qué puede haber más contrario, no diremos á la verdad, los escolásticos la estiman en poco, sino á la verosimilitud? Resulta de ahí que todo lo que es demasiado característico, demasiado íntimo, demasiado local, para efectuarse en la antecámara ó en la encrucijada; es decir, todo el drama, pasa entre bastidores. No vemos en cierto modo en el teatro más que los codos de la acción; sus manos están en otro punto. En vez de escenas tenemos relaciones; en vez de cuadros, descripciones. Graves personajes colocados, como el coro antiguo, entre el drama y nosotros, vienen á contarnos lo que se efectúa en el templo, en el palacio, en la plaza pública, de manera que más de una vez nos dan tentaciones de gritarles: —¡De veras! ¡Pues llévennos ustedes allá! ¡Debe uno divertirse mucho, ha de ser hermoso de ver! A lo cual contestarían sin duda: —Sería posible que eso les divirtiese á ustedes ó les interesase, pero no está en eso el asunto; somos guardianes de la dignidad de la Melpómene francesa. —¡Eso es!

Pero, se dirá, esa regla que usted rechaza está tomada del teatro griego. —¿En que el teatro y el drama griego se parecen á nuestro drama y á nuestro teatro? Hemos demostrado ya que la prodigiosa extensión de la escena antigua le permitía abarcar una localidad entera, de manera que el poeta podía, según las necesidades de la acción, transportar á su antojo de un punto del teatro á otro, lo cual equivale poco más ó menos á los cambios de decoración. ¡Extraña contradicción! El teatro griego, aunque sometido á un objeto nacional y religioso, es mucho más libre que el nuestro, cuyo único objeto, sin embargo, es el placer y, si se quiere, la enseñanza del espectador. Es que uno, sólo obedece á las leyes que le son propias, mientras que el otro se aplica condiciones de ser, perfectamente extrañas á su esencia. Uno es artista, el otro es artificial.

Se empieza á comprender en nuestros días que la localidad exacta es uno de los primeros elementos de la

realidad. Los personajes que hablan ó que accionan no son los únicos que graban en el ánimo del espectador la huella fiel de los hechos. El lugar donde ocurrió determinada catástrofe se convierte en testigo terrible é inseparable; y la ausencia de esta especie de personaje mudo haría incompletas en el drama las escenas más grandes de la historia. ¿Habría algún poeta que se atreviese á asesinar á Rizzio en otro punto que no fuera el cuarto de María Estuardo? ¿O matar á Enrique IV en cualquier paraje que no sea aquella calle de la Ferronnerie, tan interceptada por carromatos y carruajes? ¿O quemar á Juana de Arco en otra parte que en el *Mercado Viejo*? ¿O despachar al duque de Guisa como no sea en ese castillo de Blois, donde su ambición hace fermentar á una asamblea popular? ¿O decapitar á Carlos I y á Luis XVI fuera de esas plazas siniestras desde donde se puede ver White-Hall y las Tullerías, como si sus cadalsos hiciesen juego con sus palacios?

La unidad de tiempo no tiene mayor solidez que la unidad de lugar. La acción, encerrada á la fuerza en las veinticuatro horas, es tan ridícula como encerrada en el vestíbulo. Toda acción tiene su duración propia y su lugar particular. ¡Verter igual dosis de tiempo á todos los acontecimientos! ¡Aplicar igual medida á todo! Nos reiríamos de un zapatero que quisiese poner el mismo zapato á todos los pies. ¡Cruzar la unidad de tiempo con la unidad de lugar como las rejas de una jaula, y hacer entrar pedantemente en ella, por orden de Aristóteles, todos esos hechos, todos esos pueblos, todas esas figuras que la providencia desarrolla con tan grandes masas en la realidad! Eso es mutilar hombres y cosas, es obligar á hacer muecas á la historia. Digamos mejor, que todo eso morirá en la operación; y así es como los mutiladores dogmáticos llegan á su resultado ordinario: lo que aparecía vivo en la crónica está muerto en la tragedia. He ahí porque, muy á menudo, la jaula de las unidades únicamente contiene un esqueleto.

Y luego, si veinticuatro horas pueden estar comprendidas en dos, será lógico que cuatro horas puedan con-

tener cuarenta y ocho. La unidad de Shakespeare no será, pues, la unidad de Corneille. ¡Misericordia!

¡Esas son, sin embargo, las pobres disputas que desde hace dos siglos la mediocridad, la envidia y la rutina echan en cara al genio! Así es como se limitó el empuje de nuestros más grandes poetas. Con las tijeras de las unidades se les cortaron las alas. ¿Y qué se nos dió en cambio de esas plumas de águila arrancadas á Corneille y á Racine? Campistrón.

Concebimos que se podría decir: Hay en los cambios demasiado frecuentes de decoraciones algo que confunde, que enreda y cansa al espectador, y que produce sobre su atención el efecto del deslumbramiento; puede decirse también que las traslaciones múltiples de un lugar á otro lugar, de un tiempo á otro tiempo, exijan contraexposiciones que enfrían; hay que temer también el dejar en medio de una acción lagunas que impiden á las partes del drama adherirse estrechamente entre sí, y que, además, desconciertan al espectador porque no se da cuenta de lo que puede haber en esos vacíos. Pero esas son precisamente las dificultades del arte. Esos son obstáculos propios de tales ó cuales asuntos, y respecto de ellos no se podría estatuir definitivamente. Al genio le toca resolverlas, no corresponde á las *poéticas* el eludirlas.

Bastaría finalmente, para demostrar lo absurdo de la regla de las dos unidades, otra razón, sacada de las entrañas mismas del arte. Es la existencia de la tercera unidad, la unidad de acción, la única admitida por todos porque resulta de un hecho: ni la vista ni el espíritu humano podrían abarcar más de un conjunto á la vez. Aquélla es tan necesaria, como las dos otras son inútiles. Ella es quien señala el punto de vista del drama; y, por eso mismo, excluye las dos otras. No puede haber tres unidades en un drama, como no puede haber tres horizontes en un cuadro. Además, tengamos buen cuidado de no confundir la unidad con la sencillez de acción. La unidad del conjunto no repudia de ningún modo las acciones secundarias sobre las cuales debe descansar la acción principal. Es necesario solamente que sus partes,

sabiamente subordinadas al todo, suban sin cesar hacia la acción central y se agrupen al rededor de ella en los diferentes pisos, ó mejor dicho, en los diferentes términos del drama. La unidad de conjunto es la ley de perspectiva del drama.

—Pero, dirán los aduaneros del pensamiento; ¡grandes ingenios sufrieron, sin embargo, esas reglas que usted rechaza!—¡Sí, desgraciadamente! ¿Qué hubieran hecho esos hombres admirables, si se les hubiese dejado hacer? Y no aceptaron vuestros hierros sin lucha. ¡Hay que ver cómo Pedro Corneille, aguijoneado en sus principios por su maravilloso *Cid*, se defiende contra Mairet, Claveret, d'Aubignac y Scuderi! ¡Cómo denunció á la posteridad las violencias de esos hombres que, según su expresión, *se convertían todos en blanco de Aristóteles!* Hay que ver como le dicen, y citamos textos de la época: «¡Joven, es preciso aprender antes de enseñar, y á menos de ser un Escalígero ó un Heinsio, eso no es aguantable!» En esto, Corneille se indigna y pregunta si es que se le quiere hacer bajar «á menor altura que Claveret?» Entonces Scuderi se enfada de tanto orgullo y recuerda á «ese tres veces gran autor del Cid... las modestas palabras con que el Taso, el hombre más grande de su siglo, comenzó la apología de la más hermosa de sus obras, contra la más agria y más injusta Censura que se habrá hecho jamás. M. Corneille, sigue diciendo, demuestra bien en sus Respuestas que está tan lejos de la moderación como del mérito de aquel excelente autor.» El *joven* tan *justa* y tan *suavemente* censurado se atreve á resistir; entonces Scuderi vuelve á la carga; llama en su ayuda á la *Eminente Academia:* «Pronunciad, ¡oh, *mis Jueces!*, una sentencia digna de vosotros, y que haga saber á Europa toda que *el Cid* no es la obra maestra del hombre más grande de Francia, sino la menos juiciosa obra del mismo Corneille. Así lo debéis, para vuestra gloria particular, y para la de vuestra nación en general, que en ello se halla interesada; deseo que los extranjeros que podrían ver esa bella obra maestra, ellos que han tenido Tasos y Guarinis, creyesen que nuestros más

grandes maestros sólo son aprendices.» Hay en esas pocas líneas instructivas toda la táctica eterna de la rutina envidiosa contra el talento naciente, la misma que se sigue aún en nuestros días, y que ha añadido, por ejemplo, una página tan curiosa á los juveniles ensayos de lord Byron. Scuderi nos da su quinta esencia. Así las precedentes obras de un hombre de genio preferidas siempre á las nuevas, á fin de demostrar que baja, que desciende en vez de subir, *Mélito y la Galería del Palacio* puestos por encima del *Cid;* luego los nombres de los que han muerto, continuamente echados á la cara de los vivos, Corneille apedreado con Taso y Guarini (¡Guarini!) como después apedreará á Racine con Corneille, Voltaire con Racine, como hoy se apedrea á todo el que sobresale con Corneille, Racine y Voltaire. La táctica, como se ve, está gastada; pero debe ser buena, puesto que se sigue usando. Sin embargo, el pobre diablo de grande hombre alentaba todavía. Ahí es donde debe admirarse como Scuderi, el capitán de esa tragicomedia, exasperado, le trata con rudeza y enfado, como descubre sin piedad su artillería clásica, como *hace ver* al autor del *Cid* «cuáles deben ser los episodios, según Aristóteles, quien lo enseña en los capítulos décimo y décimosexto de su Poética», como anonada á Corneille, con el mismo Aristóteles, «en el capítulo décimoprimero de su Arte Poética, en el cual se ve la condenación del *Cid»;* con Platón, «libro décimo de su República»; con Marcelino, «en el libro veintisiete se puede ver»; con las «tragedias de Niobe y de Jefté»; con el «Ayax de Sófocles»; con el «ejemplo de Eurípides»; con «Heinsio, en el capítulo seis, Constitución de la Tragedia»; y con «Escalígero, hijo, en sus poesías»; en fin, con los «Canonistas y los Jurisconsultos, en el título de *Nopces.*» Los primeros argumentos se dirigían á la Academia, el último iba derecho al cardenal. Después de los alfilerazos, el golpe dado con la maza. Fué necesario un juez para concluir la cuestión. Chapelain decidió; Corneille se vió, pues, condenado, el león fué amordazado, ó, como se dijo entonces, *la corneja desplumada.* He aquí ahora el lado

doloroso de ese drama grotesco: así fué cómo después de su primer empuje, quedando roto, aquel genio enteramente moderno, se vió alimentado de Edad media y de España, obligado á engañarse á sí mismo y lanzarse á la antigüedad, dándonos esa Roma castellana, sublime sin duda, pero en la cual, exceptuando *Nicomedes*, objeto de risa en el siglo pasado por su altivo y cándido color, no encontramos ni la verdadera Roma, ni al Corneille verdadero.

Racine experimentó las mismas repugnancias, aunque no resistiendo tanto. No tenía ni en su ingenio, ni en su carácter, la aspereza altanera de Corneille. Se doblegó en silencio, y abandonó á los desdenes de su época su encantadora elegía intitulada *Ester* y su magnífica epopeya *Atalía*. También debe creerse que, si no se le hubiese paralizado como lo fué, por los prejuicios y preocupaciones de su siglo, si le hubiese herido menos á menudo el torpedo clásico, no hubiera dejado de arrojar á Locusta, en su drama, entre Narciso y Nerón, y sobre todo, no hubiera dejado entre bastidores esa admirable escena del banquete, en el cual el discípulo de Séneca envenena á Británico en la copa de la reconciliación. Pero, ¿puede pedirse al pájaro que vuele cuando está dentro del recipiente pneumático? ¡Cuántas bellezas, sin embargo, nos cuestan *las gentes de buen gusto*, desde Scuderi hasta Laharpe! Se podría componer una hermosa obra marcando todo cuanto su árido aliento ha secado en germen. Además, nuestros grandes poetas supieron hacer brotar el genio por entre todas esas trabas. A veces fué inútil el propósito de querer encerrarles en los dogmas y en las reglas. Como el gigante hebreo, llevaron consigo á la montaña las puertas de su cárcel.

Se repite, sin embargo, y durante algún tiempo todavía se seguirá repitiendo: —¡Seguid las reglas! ¡Imitad los modelos! —¡Las reglas son lo que formaron los modelos! Hay en este caso dos géneros ó especies de modelos, los que se han hecho según las reglas y, antes que ellos, los que sirvieron para que se hiciesen las reglas. Pues bien, ¿en cuál de esas dos categorías debe el genio buscar un

sitio? Aunque sea siempre duro estar en contacto con los pedantes, ¿no valdría mil veces más darles lecciones que recibirlas de ellos? Y luego ¡imitar! ¿El reflejo vale acaso lo que la luz? El satélite que se va arrastrando sin cesar siempre en el mismo círculo, ¿vale tanto como el astro central y generador? Con toda su poesía, Virgilio no pasa de ser la luna de Homero.

Y, veamos, ¿á quién se ha de imitar? ¿A los antiguos? Acabamos de probar que su teatro no tiene ninguna coincidencia con el nuestro. Además, Voltaire, que no quiere á Shakespeare, no quiere tampoco á los Griegos. Va á decirnos por qué: «Los Griegos han aventurado espectáculos no menos irritantes para nosotros. Hipólito, roto por su caída, va á contar sus heridas y lanzar gritos dolorosos. Filoctetes cae en los accesos de su sufrimiento; una sangre negra brota de su herida. Edipo, chorreando sangre por las órbitas de los ojos que acaba de arrancarse, se queja de los dioses y de los hombres. Se oyen los gritos de Clitemnestra, á quien su propio hijo degüella, y Electra exclama en el teatro: «Herid, no la perdonéis, que ella no perdonó á nuestro padre.» Prometeo está encadenado en una roca y le hacen penetrar clavos en el estómago y en los brazos. Las Furias contestan á la sangrienta sombra de Clitemnestra con aullidos sin ninguna articulación... El arte estaba en su infancia en tiempo de Esquilo, como en Londres en tiempo de Shakespeare».—¿A los modernos? ¡Ah! ¡Imitar á las imitaciones! ¡Por Dios!

—Pero, se nos dirá: ¡de la manera como usted concibe el arte, parece que siempre espera usted grandes poetas y que sólo cuenta con genios!—El arte no cuenta con la mediocridad. No le prescribe nada, no la conoce, no existe para él; el arte da alas y no muletas. ¡Ay!, d'Aubignac siguió las reglas, Campistrón imitó los modelos. ¿Qué le importa? No construye su palacio para las hormigas. Les deja hacer su hormiguero, sin saber si irán á apoyar sobre su base esa parodia de su edificio.

Los críticos de la escuela escolástica colocan á sus poetas en una extraña posición. Por una parte les gritan sin cesar: ¡Imitad á los modelos! Por otra acostumbran pro-

clamar «¡que los modelos son inimitables!» Y si sus obreros, á fuerza de labor, llegan á hacer pasar en ese desfile alguna pálida contraprueba, algún calco descolorido de los maestros, esos ingratos, al examinar el *refaccimiento* nuevo, exclaman unas veces: ¡Eso no se parece á nada! Y otras veces: ¡Eso se parece á todo! Y por una lógica hecha expresamente, cada una de esas dos fórmulas es una crítica.

Digámoslo, pues, con atrevimiento. Ha llegado la época, y sería raro que en este tiempo, la libertad, lo mismo que la luz, penetrase en todo, excepto en aquello que es más nativamente libre del mundo, las cosas del pensamiento. Pongamos el martillo en las teorías, las poéticas y los sistemas. ¡Echemos á tierra los viejos enyesados que ocultan la fachada del arte! No hay ni reglas ni modelos; ó mejor dicho, no hay más reglas que las leyes generales de la naturaleza que se ciernen sobre el arte entero, y las leyes especiales que para cada composición resultan de las condiciones propias de cada asunto. Unas son eternas, interiores, y permanecen; las otras variables, exteriores, y sólo sirven una vez. Las primeras son los puntales que sostienen la casa; las segundas el andamiaje que sirve para edificarla y que se renueva en cada construcción. Estas, en fin, son la osamenta, aquéllas el revestimiento del drama. Además, esas reglas no se escriben en las poéticas. Richelet no se daba cuenta de ello. El genio, que adivina más bien que aprende, extracta, para cada obra, las primeras del orden general de las cosas, las segundas del conjunto aislado del asunto que trata; no como el químico que enciende una hornilla, sopla el fuego, calienta su crisol, analiza y destruye; sino, como la abeja, que vuela con alas de oro, se posa en cada flor y extrae su miel, sin que el cáliz pierda nada de su brillo, ni la corola nada de su perfume.

El poeta, insistamos respecto de ese asunto, sólo debe aconsejarse con la naturaleza, la verdad, y la inspiración, que también es una verdad y una naturaleza. *Cuando he* dice Lope de Vega,

Cuando he de escribir una comedia,
Encierro los preceptos con seis llaves.

Para encerrar á los preceptos, no son demasiadas, en efecto, *seis llaves*. Guárdese mucho el poeta de copiar, sea á quien sea, ni á Shakespeare ni á Molière, ni á Schiller, ni á Corneille. Si el verdadero talento pudiese abdicar hasta ese punto su propia naturaleza, y dejar así á un lado su originalidad personal, para transformarse en otro, todo lo perdería representando ese papel de Sosias. Es el dios que se hace lacayo. Hay que alimentarse en los manantiales primitivos. Es la misma savia, esparcida en el suelo, la que produce todos los árboles del bosque, tan distintos de tamaño, en frutos y en follaje. Es una misma naturaleza la que fecunda y alimenta á los ingenios más distintos. El poeta es un árbol que puede ser azotado por todos los vientos y humedecido con todos los rocíos, que lleva sus obras como sus frutos, como el *fabulista* llevaba sus fábulas ó las producía. ¿De qué sirve esclavizarse, unirse á un maestro, injertarse á un modelo? Es preferible ser espina ó cardo, alimentado por la misma tierra que el cedro y la palmera, que ser el *fungus* ó el liquen de esos grandes árboles. La espina vive, el fungus vegeta. Además, por grandes que sean, ese cedro y esa palmera, no será con el jugo que de ellos se saca con lo que podrá uno hacerse grande también. El parásito de un gigante será cuando más un enano. La encina, por grande que sea, no puede producir y alimentar más que al muérdago.

No hay que engañarse; si algunos de nuestros poetas pudieron ser grandes, imitando también, es que, aunque modelándose á la forma antigua, escucharon á menudo á la naturaleza y á su ingenio, es que fueron *ellos mismos* por uno de sus lados. Sus ramas se entrelazaban al árbol vecino, pero su raíz penetraba en el suelo del arte. Eran la yedra y no el muérdago. Luego vinieron los imitadores de segundo orden, quienes, no teniendo ni raíz en tierra, ni genio en el alma, han debido limitarse á la imitación. Como dice Carlos Nodier, *después de la escuela de Atenas, la escuela de Alejandría*. Entonces la mediocridad fué un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diluvio; entonces pulularon esas poéticas tan molestas para el talento y tan cómodas para ella. Dicen que todo estaba hecho, se ha prohibido á Dios crear otros Molières, otros Corneilles. Se ha colocado á la memoria en el puesto de la imaginación. Hasta se arregló la cosa soberanamente; hay aforismos para ello. *Imaginar*, dice Laharpe con su seguridad cándida, no es en el fondo más que *recordarse*.

¡La naturaleza, pues! La naturaleza y la verdad. Y aquí, á fin de demostrar que, lejos de destruir el arte, las ideas nuevas sólo quieren reconstituirlo más sólido y mejor fundado, procuremos indicar cuál es el límite infranqueable que, á nuestro juicio, separa la realidad según el arte de la realidad, según la naturaleza. Hay atolondramiento cuando se les confunde, como lo hacen algunos partidarios poco adelantados del *romanticismo*. La verdad del arte no puede ser, como lo han dicho varios, la realidad *absoluta*. El arte no puede dar la cosa misma. Supongamos, en efecto, uno de esos promotores irreflexivos de la naturaleza absoluta, de la naturaleza vista fuera del arte, en la representación de una obra romántica, del *Cid*, por ejemplo. —¿Qué es eso?, dirá desde la primera palabra. ¡El *Cid* habla en verso! No es *natural* hablar en verso. —¿Cómo quiere usted, pues, que hable? —En prosa. —Bien. Un instante después seguirá diciendo, si es consecuente: —¡El *Cid* habla francés! —¿Y qué? —La *naturaleza* quiere que hable en su lengua, sólo puede hablar español. —No lo entendemos; pero, en fin, pase. —¿Creen ustedes que es eso todo? No; antes de la décima frase castellana deberá levantarse y preguntar si ese Cid que habla es el verdadero Cid de carne y hueso. ¿Con qué derecho ese actor, que se llama Pedro ó Santiago, toma el nombre del Cid? Eso es *falso*.—No hay ninguna razón para que no exija después que las candilejas sean sustituídas por el sol, que se presenten árboles *reales*, casas *reales*, en vez de esos mentidos bastidores. Pues una vez lanzado en esa vía, la lógica nos tiene cogidos por el cuello y no es posible detenerse.

Debe reconocerse, pues, á menos de incurrir en lo absurdo, que el dominio del arte y el de la naturaleza son perfectamente distintos. La naturaleza y el arte son dos cosas, sin lo cual la una ó el otro no existirían. El arte, además de su parte ideal, tiene una parte terrestre y positiva. Haga lo que quiera, está encerrado entre la gramática y la prosodia, entre Vaugelas y Richelet. Posee para sus creaciones más caprichosas, formas, medios de ejecución, todo un material que remover. Para el genio son instrumentos, para la mediocridad herramientas.

Otros, nos parece, que ya lo han dicho, el drama es un espejo donde se refleja la naturaleza. Pero si ese espejo es un espejo común, ordinario, una superficie plana y acabada, sólo devolverá de los objetos una imagen sin brillo, apagada, sin relieve, fiel, pero incolora; sabido es lo que el color y la luz pierden con el simple reflejo. Es preciso, pues, que el drama sea un espejo de concentración que, lejos de debilitarlos, reuna y condense los rayos colorantes, que haga de un resplandor una luz, de una luz una llama. Entonces únicamente el drama será reconocido ó proclamado como arte.

El teatro es un punto de óptica. Todo cuanto existe en el mundo, en la historia, en la vida, en el hombre, todo debe y puede reflejarse, pero bajo la dirección de la varita mágica del arte. El arte hojea los siglos, hojea la naturaleza, interroga las crónicas, estudia la reproducción de la realidad de los hechos, sobre todo la de las costumbres y de los caracteres, menos entregados á la duda y á la contradicción que los hechos, restaura lo que truncaron los analistas, armoniza lo que despojaron, adivina sus omisiones y las suple, llena sus vacíos con imaginaciones que tengan color del tiempo, agrupa y reune lo que dejaron disperso, restablece el juego de los hilos de la Providencia debajo de los muñecos y fantoches humanos, lo reviste todo con una forma poética y natural á la vez, y le da esa vida de verdad y de relieve que da vida á la ilusión, ese prestigio de realidad que apasiona al espectador y también al poeta, pues el poeta obra de buena fe. De modo que el objeto del arte es casi divino: resucitar, si trata de historia; crear, si trata de poesía.

Es grande y bella cosa ver desplegarse con esa amplitud un drama en que el arte desarrolla poderosamente á la naturaleza; un drama en el cual la acción camina á su término con una actitud firme y fácil, sin confusión y sin ahogos; un drama, en fin, en que el poeta llene plenamente el múltiple objeto del arte, que consiste en abrir al espectador un doble horizonte, en iluminar á la vez el interior y el exterior de los hombres; el exterior con sus discursos y sus acciones, el interior con los *apartes* y los monólogos; en cruzar, en una palabra, en el mismo cuadro, el drama de la vida y el drama de la conciencia.

Se concibe que, para una obra de ese género, si el poeta debe *elegir* en las cosas (y debe hacerlo), no sea lo *bello*, sino lo *característico*. No que convenga *hacer*, como dicen hoy, *color local*, esto es, añadir después de concluído algunos toques chillones aquí y allí en un conjunto perfectamente falso y convencional. No es en la superficie del drama donde debe estar el color local, sino en el fondo, en el corazón mismo de la obra, desde donde se esparce hacia afuera, por sí, naturalmente, con igualdad, y, por decirlo así, en todos los rincones del drama, como la savia que sube desde la raíz hasta la última hoja del árbol. El drama debe estar radicalmente impregnado de ese color de los tiempos; debe estar en cierto modo hasta en el aire, de manera que sólo se note al entrar y al salir que se ha cambiado de siglo y de atmósfera. Se necesita algún estudio, algún trabajo para llegar á eso; mejor. Es bueno que las avenidas del arte estén obstruídas con esos abrojos ante los cuales todo retrocede, excepto las voluntades firmes y fuertes. Ese estudio, sostenido por una ardiente inspiración, es lo que garantizará al drama contra un vicio que lo mata, lo *vulgar*. Lo *vulgar* es el defecto de los poetas cortos de vista y de aliento. Es preciso que en esa óptica de la escena, todas las figuras sean llevadas á su rasgo más saliente, más individual, más preciso. Lo vulgar y lo trivial mismo deben tener un acento. Nada debe descuidarse. Como Dios, el verdadero poeta está presente en todas partes á la vez en su obra. El genio se asemeja al volante que

imprime la efigie del rey, lo mismo en las monedas de cobre que en los escudos de oro.

No vacilamos, y esto debería probar á los hombres de buena fe cuán lejos estamos de querer deformar el arte; no vacilamos en considerar el verso como uno de los medios más eficaces para preservar el drama contra la plaga que acabamos de señalar, como uno de los diques más poderosos contra la irrupción de lo *vulgar*, que, como la democracia, corre y se desborda por los espíritus. Y aquí, permítanos la joven literatura, tan rica ya en hombres y en obras, indicarle un error en que nos parece haber caído, error harto justificado, sin duda, por las increíbles aberraciones de la vieja escuela. El nuevo siglo está en esa edad de crecimiento en que puede fácilmente enderezársele.

Se ha formado en los últimos tiempos, como una penúltima ramificación del viejo tronco clásico, ó mejor dicho, como una de esas excrescencias, uno de esos pólipos que desarrolla la decrepitud y que son más bien un signo de descomposición que una prueba de vida; se ha formado una extraña escuela de poesía dramática. Esa escuela nos parece haber tenido por maestro y por tronco al poeta que marca la transición del siglo décimo octavo al diez y nueve, el hombre de la descripción y de la perífrasis, ese Delille que, según dicen, hacia su fin se vanagloriaba, á manera de las enumeraciones de Homero, de haber *hecho* doce camellos, cuatro perros, tres caballos, incluso el de Job, seis tigres, dos gatos, un juego de ajedrez, un *trictrac*, un damero, un billar, varios inviernos, muchos veranos, numerosas primaveras, cincuenta puestas de sol, y tantas auroras que se perdía contándolas.

Pues bien; Delille pasó en la tragedia. Fué padre (él, y no Racine ¡gran Dios!) de una pretendida escuela de elegancia y de buen gusto que floreció hace poco. La tragedia no es para esa escuela lo que Shakespeare para el buen hombre *Gilles*, por ejemplo, un manantial de emociones de toda clase, sino un cuadro cómodo para la solución de numerosos pequeños problemas des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

criptivos que se va proponiendo mientras camina. Esta musa, lejos de rechazar, como la verdadera escuela clásica francesa, las trivialidades y las bajezas de la vida, las busca, al contrario, y las recoge con avidez. Lo grotesco, evitado como de mala compañía por la tragedia de Luis XIV, no puede pasar tranquilo ante ésta. *¡Es preciso que sea descrito!*, es decir, *ennoblecido*. Una escena de cuerpo de guardia, una revuelta del populacho, el mercado del pescado, el presidio, la taberna, la *gallina en el cocido* de Enrique IV, son una buena suerte para ella. Se apodera de ello, lava la cara á esa canalla, y cose á sus andrajos sus oropeles y sus pajuelas; *purpureus assuitur pannus*. Su objetivo parece consistir en dar cartas de nobleza todos esos plebeyos del drama; y cada una de esas cartas del gran sello es una relación.

Esa musa, se comprende fácilmente, es de una bachillería rara. Acostumbrada como está á las caricias de la perífrasis, la palabra propia, que la maltrataría algunas veces, le da horror. Su dignidad no le permite hablar con naturalidad. *Subraya* al viejo Corneille por su manera de decir con crudeza:

... *Un tas d' hommes* perdus de dettes et de crimes.
... Chimène, *qui l' eût cru?* Rodrigue, *qui l' eût dit?*
... Quand leur Flaminius *marchandait* Annibal.
... Ah! ne me *brouillez* pas avec la république! Etc.

Todavía no ha perdonado su *Tout beau, monsieur!* Y fueron necesarios muchos *¡señor!* y muchos *¡señora!* para hacer olvidar á nuestro admirable Racine sus *perros* tan monosilábicos, y ese *Claudio* tan brutalmente *puesto en el lecho* de Agripina.

Esa *Melpómene*, como se llama á sí misma, se estremecería si tocase á una crónica. Deja al sastre el cuidado de saber en qué época pasan los dramas que escribe. A sus ojos la historia es cosa de mal tono y de mal gusto. ¿Cómo tolerar, por ejemplo, á reyes y reinas que juran? Hay que elevarlos desde su dignidad real á la dignidad trágica. En una promoción de ese género fué cuando ennobleció á

Enrique IV. Así es como el rey del pueblo, limpiado por M. Legouvé, vió su *ventre-saint-gris* expulsado vergonzosamente de su boca por dos sentencias, quedando reducido, como la joven del romance, á no dejar caer de sus reales labios más que perlas, rubíes y zafiros, aunque todo ello falso, en verdad.

En resumen, nada hay tan *ordinario* y *vulgar* como esa elegancia y esa nobleza convencional. Nada se ha hallado, nada se ha imaginado, nada se ha inventado en ese estilo. Lo que se ha visto en todas partes, retórica, ampulosidad, lugares comunes, flores de colegio, poesía y versos latinos. Ideas prestadas vestidas con imágenes de pacotilla. Los poetas de esa escuela son elegantes á la manera de los príncipes y princesas de teatro, que están siempre seguros de hallar en las casillas numeradas de la guardarropía, mantos y coronas de similor, que no tienen más desgracia que la de haber servido á todo el mundo. Si esos poetas no hojean la Biblia, no es porque no tienen también su grueso libro, el *Diccionario de la rima*. Esa es la fuente de su poesía, *fontes aquarum*.

Se comprende que en todo eso la naturaleza y la verdad no se sabe dónde quedan. Sería gran casualidad que sobrenadase algo de ellas en ese cataclismo de falso arte y de estilo falso, tanto como de falsa poesía.

Ese ha sido el error de varios de nuestros reformadores distinguidos. Chocado de la rigidez, del aparato, de lo pomposo de esa pretendida poesía dramática, han creído que los elementos de nuestro lenguaje poético eran incompatibles con lo natural y la verdad. El alejandrino les había fastidiado tantas veces, que le condenaron, en cierto modo, sin querer oirle, y se decidió, algo precipitadamente quizás, que el drama debía escribirse en prosa.

Se engañaban. Si lo falso reina, en efecto, en el estilo tanto como en la dirección de ciertas tragedias francesas, no había que echar la culpa á los versos, sino á los *versificadores*. Había que condenar, no la forma empleada, sino á aquellos que habían empleado esa forma, á los obreros y no á la herramienta.

Para convencerse de los pocos obstáculos que la natu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

raleza de nuestra poesía opone á la libre expresión de todo lo que es verdad, quizás no es en Racine donde hay que estudiar nuestro verso, sino á veces en Corneille y siempre en Molière. Racine, divino poeta, es elegíaco, lírico, épico; Molière es dramático. Ya es tiempo de destruir las críticas amontonadas por el mal gusto del siglo pasado acerca de ese estilo admirable, y decir muy alto que Molière ocupa las cimas de nuestro drama, no sólo como poeta, sino también como escritor. *Palmas vere habet iste duas.*

En él el verso abarca la idea, se le incorpora tan estrechamente, la abraza y la desarrolla á la vez, le presta aspecto más esbelto, más estricto, más completo, y nos la da como en elíxir. El verso es la forma óptica del pensamiento. He ahí por qué conviene especialmente á la perspectiva escénica. Hecho de cierta manera, comunica su relieve á cosas que sin él pasarían como insignificantes y vulgares. Hace más sólido y más fino el tejido del estilo. Es el nudo que detiene al hilo. Es el cinturón que sostiene el vestíbulo y le da todos los pliegues. ¿Qué perderían, pues, entrando en el verso la naturaleza y la verdad? Lo preguntamos á nuestros mismos prosistas, ¿qué pierden con la poesía de Molière? El vino, permítasenos otra trivialidad, ¿deja de ser vino por estar embotellado?

Si tuviésemos el derecho de decir cuál podría ser, á nuestro entender, el estilo del drama, quisiéramos un verso libre, franco, leal, atreviéndose á decirlo todo sin gazmoñería, á expresarlo todo sin rebuscar las palabras; pasando con una marcha natural de la comedia á la tragedia, de lo sublime á lo grotesco; sucesivamente positivo y poético, á un tiempo artista é inspirado, profundo y pronto, amplio y verdadero; sabiendo romper á propósito y separar la cesura para disfrazar, ocultar la monotonía del alejandrino; más amigo de alargarlo que de la inversión que lo enreda; fiel con la rima, esclava-reina, gracia suprema de nuestra poesía, generador de nuestro metro; inagotable en la variedad de los giros, impalpable en sus secretos de elegancia y de *factura;* tomando, como Proteo, mil formas sin cambiar de tipo y de carácter; huyendo la

larga relación; jugando con el diálogo; ocultándose siempre detrás del personaje; ocupándose ante todo de estar en su lugar, y cuando le ocurriese ser *bello*, siéndolo sólo por casualidad, á pesar suyo y sin saberlo; lírico, épico, dramático, según la necesidad; pudiendo recorrer toda la escala poética, ir de arriba abajo, de las ideas más elevadas á las más vulgares, desde las más bufas á las más graves, desde las más exteriores á las más abstractas, sin salir jamás de los límites de una escena hablada; en una palabra, tal cual lo haría el hombre á quien una hada hubiese dotado del alma de Corneille y de la cabeza de Molière. Parécenos que ese verso sería *tan bello como la prosa.*

No existiría ninguna relación entre una poesía de ese género y la que acabamos de someter á una autopsia cadavérica. El colorido que las separa será fácil de indicar, si un hombre de talento, á quien el autor de este libro debe las más expresivas gracias personales, nos permite repetir su aguda distinción: la otra poesía era descriptiva, ésta sería pintoresca.

No nos cansemos de repetirlo: el verso en el teatro, debe despojar todo amor propio, toda exigencia, toda coquetería. No es allí más que una forma que debe admitirlo todo, que nada ha de imponer al drama, y al contrario, debe recibirlo todo de él para transmitirlo todo al espectador: francés, latín, textos de leyes, locuciones populares, comedia, tragedia, risa, lágrimas, prosa y poesía... ¡Ay del poeta si su verso *hace el descomido!* Pero esa forma es una forma de bronce que comprende al pensamiento en su metro, bajo el cual el drama es indestructible, que lo graba más hondo en el espíritu del actor, previene á éste de lo que omite y de lo que añade, le impide alterar su papel, sustituirse al autor, vuelve á las cosas, á las palabras las convierte en sagradas, y hace que lo que ha dicho el poeta esté, mucho tiempo después, aún en la memoria del espectador. La idea templada, en el verso, adquiere de pronto algo más incisivo y más brillante. Es el hierro que se vuelve acero.

Se comprende que la prosa, mucho más tímida nece-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sariamente, obligada de privar al drama de toda poesía lírica ó épica, reducida al diálogo y á lo positivo, está lejos de poseer esos recursos. Tiene las alas mucho menos anchas. Es, además, de mucho más fácil acceso; la mediocridad está allí cómodamente; y, por algunas obras distinguidas, como las publicadas en estos últimos tiempos, el arte se vería pronto embarazado de abortos y embriones. Otra fracción de la reforma se inclinaría hacia el drama escrito en verso y en prosa á la vez, como lo hizo Shakespeare. Esta manera tiene sus ventajas. Podría, sin embargo, haber falta de conexión en las transiciones de una forma á otra, y cuando un tejido es homogéneo, es mucho más sólido. Además, que el drama esté escrito en prosa, es tan sólo un punto secundario. La categoría de una obra debe fijarse, no según su forma, sino según su valor intrínseco. En cuestiones de ese género, sólo hay una solución. Sólo hay un peso que pueda hacer inclinar la balanza del arte: es el genio.

Por lo demás, lo mismo el prosador que el poeta, el primero, el indispensable mérito de un escritor dramático está en la corrección. No esa corrección puramente de superficie, cualidad ó defecto de la escuela descriptiva, que convierte á Lhomond y á Restaut en las dos alas de su Pegaso; pero esa corrección íntima, profunda, razonada, que se ha penetrado del genio de un idioma, que ha sondeado las raíces y excavado sus etimologías; siempre libre, porque está segura de su asunto, y caminando en todo de acuerdo con la lógica de la lengua.

Nuestra Señora la gramática conduce la otra á las orillas; ésta lleva del diestro á la gramática. Puede atreverse, aventurarse, crear, inventar su estilo; tiene derecho de hacerlo. Pues, por más que hayan dicho ciertos hombres que no pensaban lo que decían, y entre los cuales hay que contar al que escribe estas líneas, la lengua francesa no se ha *fijado* y no se fijará nunca. Una lengua no se fija. El espíritu humano está siempre en marcha, ó mejor dicho, en movimiento, y con él las lenguas. Así son las cosas. Cuando el cuerpo cambia,

¿cómo no cambiaría el traje? El francés del siglo diez y nueve no puede ser el francés del siglo décimo octavo, como éste no puede ser el del siglo diez y siete y éste el del décimo sexto. La lengua de Montaigne no es la de Rabelais, la lengua de Pascal no es tampoco la de Montaigne, la lengua de Montesquieu no es tampoco la de Pascal. Cada una de esas cuatro lenguas, tomada en sí, es admirable, porque es original. Toda época tiene sus ideas propias; es preciso que tenga también las palabras apropiadas á esas ideas. Las lenguas son como el mar, oscilan sin cesar. En ciertos momentos, se alejan de la orilla del mundo del pensamiento é invaden otras riberas. Todo cuanto sus olas abandonan así, se seca y se borra del suelo. Así es como se apagan las ideas, y las palabras se van. Resulta con los idiomas humanos como con todo. Cada siglo trae y se lleva alguna cosa. ¿Qué hacerle? Es fatal. Sería vano querer petrificar la móvil fisonomía de nuestro idioma con una forma dada. Sería inútil que nuestros Josués literarios pidiesen á la lengua que se detenga; ni las lenguas ni el sol se detienen ya. El día en que se *fijan*, es que mueren.—He ahí porque el francés de cierta escuela contemporánea es una lengua muerta.

Tales son, poco más ó menos, salvo los desenvolvimientos oportunos que podrían completar la evidencia, las ideas *actuales* del autor de este libro respecto del drama. Está lejos, por lo demás, de tener la pretensión de dar su ensayo dramático como una emanación de esas ideas, que quizás no son ellas mismas, hablando cándidamente, más que revelaciones de la ejecución. Le sería muy cómodo sin duda y más hábil el asentar su libro sobre su prólogo y defenderlos uno por otro. Prefiere menos habilidad y más franqueza. Quiere, pues, ser el primero en demostrar lo tenue del lazo que une este prefacio á este drama. Su primer proyecto, bien determinado ante todo por su pereza, consistía en entregar la obra sola al público; *el demonio sin los cuernos*, como decía Iriarte. Después de haberla completado y terminado, á ruego de algunos amigos probablemente cega-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos, se decidió á contar consigo mismo en un prefacio, á trazar, digámoslo así, el mapa del viaje poético que acababa de realizar, á dar cuenta de las adquisiciones buenas ó malas que traía de él, y de los nuevos aspectos bajo los cuales el dominio del arte se había ofrecido á su espíritu. Se tendrá, sin duda, en cuenta esta confesión para repetir el cargo que un crítico de Alemania le ha dirigido ya, que hacía «una poética para su poesía». ¿Qué importa? Ha tenido más bien intención de deshacer que de hacer poéticas. Después, ¿no sería siempre preferible el hacer poéticas según una poesía, que poesía según una poética? Pero no, digámoslo otra vez, no tiene ni el talento de crear, ni la pretensión de establecer sistemas.

«Los sistemas, dice espiritualmente Voltaire, son como unos ratones que pasan por veinte agujeros, y encuentran al fin dos ó tres por los cuales no pueden entrar.» Hubiera sido, pues, tomar un trabajo inútil y superior á sus fuerzas. Lo que ha defendido, al contrario, es la libertad del arte contra el despotismo de los sistemas, de los códigos y de las reglas. Tiene por costumbre seguir á todo evento lo que toma por su inspiración, y cambiar de molde tanto como de composición. El dogmatismo, en las artes, es de lo que huye ante todo. No quiera Dios que aspire á ser de esos hombres, románticos ó clásicos, que hacen *obras en su sistema*, que se condenan á no tener nunca más que una forma en el espíritu, á *probar* siempre alguna cosa, á no seguir otras leyes más que las de su organización y de su naturaleza. La obra artificial de esos hombres, por mucho talento que tengan, no existe para el arte. Es una teoría, no una poesía.

Después de haber, en todo lo que precede, tratado de indicar cuál ha sido, en nuestro concepto, el origen del drama, cuál es su carácter, cuál podría ser su estilo, ha llegado el momento de bajar de esas alturas generales del arte hasta el caso particular que nos hizo ascender á ellas. Nos queda que hablar al lector de nuestra obra, de este Cromwell, y como no es un asunto que nos agrada, diremos lo menos posible y en pocas palabras.

Oliverio Cromwell pertenece al número de esos personajes de la historia que son á un mismo tiempo muy célebres y muy poco conocidos. La mayor parte de sus biógrafos, y entre ellos los hay que son historiadores, dejaron incompleta esa gran figura. Parece que no se hayan atrevido á reunir todos los rasgos de ese extraño y colosal prototipo de la reforma religiosa, de la revolución política de Inglaterra. Casi todos se han limitado á reproducir con dimensiones más extensas el sencillo y siniestro perfil trazado por Bossuet, desde su punto de vista monárquico y católico, en su cátedra de obispo apoyada en el trono de Luis XIV.

Como todo el mundo, el autor de este libro no pasaba de ahí. El nombre de Oliverio Cromwell no despertaba en él más que la idea somera de un fanático regicida, gran capitán. Pero registrando la crónica, cosa que hace con amor, recorriendo por casualidad las memorias inglesas del siglo XVII, quedó sorprendido de ver desarrollarse poco á poco ante sus ojos á un Cromwell enteramente nuevo. No era sólo el Cromwell militar, el Cromwell político de Bossuet; era un ser complejo, heterogéneo, múltiple, compuesto de todos los contrarios, mezcla de mucho malo y mucho bien, lleno de genio y de minucias; una especie de *Tiberio-Dandín*, tirano de Europa y juguete de su familia; viejo regicida, humillando á los embajadores de todos los reyes, torturado por su joven hija, que era realista; austero y sombrío en sus costumbres y manteniendo á cuatro bufones de corte á su alrededor; componiendo malos versos; sobrio, sencillo, frugal, afectado, enfático en materia de etiqueta; soldado grosero y político agudo; conocedor de las argucias teológicas y complaciéndose en ellas; orador pesado, difuso, obscuro, pero hábil para emplear el lenguaje de todos aquellos á quienes quería seducir; hipócrita y fantástico; visionario dominado por fantasmas de su infancia, creía en los astrólogos y los proscribía; desconfiado hasta el exceso, siempre amenazador, rara vez sanguinario; rígido observador de las prescripciones puritanas, perdía seria y gravemente varias horas cada día en bufonadas; brusco y desdeñoso con sus familiares, cariñoso con los sectarios á quienes temía; engañando sus propios

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

remordimientos con sutilezas, empleando subterfugios con su conciencia; inagotable en habilidades, en tender lazos, en recursos; dominando á su imaginación con su inteligencia; grotesco y sublime; en fin, uno de esos hombres *cuadrados por la base,* como los llamaba Napoleón, tipo y jefe de todos esos hombres completos, en su lengua exacta como el álgebra y coloreada como la poesía.

El que escribe estas líneas, frente á ese raro y notable conjunto, comprendió que la silueta apasionada de Bossuet no le bastaba. Púsose á girar al rededor de esa alta, altísima figura, y fué acometido entonces por ardiente tentación de pintar al gigante con todas sus fases y aspectos. La materia era rica. Al lado del hombre de guerra y del hombre de Estado, quedaba que dibujar al teólogo, al pedante, al mal poeta, al visionario, al bufón, al padre, al marido, al hombre-Proteo, en una palabra, al Cromwell doble, *homo et vir*.

Hay sobre todo una época en su vida en la cual se desarrolla ese carácter singular en todas sus formas. No es, como podría creerse á primera vista, aquella del proceso de Carlos I, palpitante de un interés sombrío y terrible; es el instante en que el ambicioso trató de recoger el fruto de esa muerte. Es el momento en que Cromwell, llegado á lo que hubiera sido para cualquier otro la cúspide de la fortuna posible; dueño de Inglaterra, cuyos mil partidos y facciones callan á sus pies; dueño de Escocia, que convierte en *bajalato*, y de Irlanda, que cambia en un presidio; dueño de Europa por sus escuadras, por sus ejércitos, por su diplomacia, trata de realizar el primer ensueño de su infancia, el último objeto de su vida haciéndose rey. La historia no ha ocultado jamás tan alta lección en un drama más alto. El protector se hace primero solicitar, rogar; la augusta farsa comienza con memoriales de comunidades, de villas, de los condados; luego es un *bill* del Parlamento. Cromwell, autor anónimo del documento, quiere aparecer descontento; se le ve adelantar una mano hacia el cetro y retirarla; se acerca con pasos oblicuos á ese trono, del cual barrió la dinastía. Por fin se decide bruscamente; por su orden, Westminster se engalana, levántase el estrado, la corona está encargada al joyero, el día de la ceremonia fijado. ¡Extraño desenlace! Ese mismo día, ante el pueblo, la milicia, los comunes, en esa gran sala de Westminster, en ese estrado del cual contaba bajar rey, súbitamente, como con sobresalto, parece despertar á la vista de la corona, pregunta si sueña, lo qué quiere decir aquella ceremonia, y en un discurso que dura tres horas rehusa la dignidad real. ¿Era que sus espías le habían avisado de dos conspiraciones combinadas de los caballeros y de los puritanos, que debían, aprovechando su falta, estallar el mismo día? ¿Era resolución producida en él por el silencio ó los murmullos de ese pueblo, desconcertado de ver á su regicida llegar al trono? ¿Era únicamente sagacidad de ingenio, instinto de una ambición prudente, aunque desenfrenada, que sabe cuanto un paso de más cambia la posición y la actitud de un hombre, y que no se atreve á exponer á su edificio plebeyo al viento de la impopularidad? ¿Era todo eso á un tiempo? Ningún documento contemporáneo lo ha dilucidado indiscutiblemente. Mejor; así la libertad del poeta es más completa, y el drama gana con esas latitudes que le deja la historia. Se ve que aquí es inmenso y único; aquella es la hora decisiva, la gran peripecia de la vida de Cromwell. Es el momento en que su quimera se desvanece, en que el presente le mata el porvenir, en que, empleando una vulgaridad enérgica, diremos que su destino *falla*. Todo Cromwell está en juego en esa comedia que se representa entre Inglaterra y él.

He ahí, pues, al hombre; he ahí la época que se ha intentado bosquejar en este libro.

El autor se ha dejado llevar por el placer infantil de mover las teclas de ese gran clavicordio. Sin duda que otros más hábiles hubieran podido lograr una alta y profunda armonía, no de esas armonías que sólo halagan el oído, sino de esas armonías íntimas que conmueven todo el hombre, como si cada cuerda del teclado se ligase á una fibra del corazón. El ha cedido al deseo de pintar todos esos fanatismos, todas esas supersticiones, enfermedades de las religiones en ciertas épocas; al deseo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de *tocar á cada uno de esos hombres*, como dice Hamlet; de colocar encima y al rededor de Cromwell, centro y eje de esa corte, de ese pueblo, de ese mundo, uniéndolo todo á su unidad é imprimiendo á todo su impulso, y esa doble conspiración tramada por dos facciones que se odian, se ligan para derrocar al hombre que les estorba, pero uniéndose sin mezclarse; y ese partido puritano, fanático, diverso, sombrío, desinteresado, que toma como jefe al hombre más pequeño para un papel tan grande, el egoísta, el pusilánime Lambert; y ese partido de los caballeros, atolondrado, alegre, poco escrupuloso, indolente, leal, dirigido por el hombre que, salvo la lealtad, le representa menos, el probo y severo Ormond; y esos embajadores, tan humildes ante el soldado de fortuna; y esa corte extraña entremezclada de advenedizos y de grandes señores á quienes con más bajezas; y esos cuatro bufones, desdeñosamente olvidados por la historia, y por lo mismo fáciles de imaginar; y esa familia, cada uno de cuyos miembros constituye una plaga para Cromwell; y ese Thurloe, el *Acates* del protector; y ese rabino judío, ese Israel Ben-Manassé, espía, usurero y astrólogo, vil por dos lados, y sublime por el tercero; y ese Rochester, ese extraño Rochester, ridículo y espiritual, elegante y crapuloso, que jura continuamente, siempre enamorado y siempre ébrio, según se lo decía con vanagloria al obispo Burnet, mal poeta y buen hidalgo, vicioso y cándido, que jugaba su cabeza, importándole poco ganar la partida con tal que le divierta, capaz de todo, en una palabra, de engaño y atolondramiento, de locura y de cálculo, de ignominia y de generosidad; y ese salvaje llamado Carr, del cual sólo dibuja un rasgo la historia, pero muy característico y muy fecundo; y esos fanáticos de todo orden, de todo género y de toda clase, Harrison, fanático rapaz; Barebone, mercader fanático; Syndercomb, matador; Agustín Garland, asesino lacrimoso y devoto; el valiente coronel Overton, literato algo declamador; el austero y rígido Ludlow, quien andando el tiempo fué á dejar sus cenizas y su epitafio en Lausana; finalmente, «Milton y algunos otros que tenían chispa y

talento», como dice un folleto de 1675 *(Cromwell político)*, que nos recuerda el *Dantem quemdam* de la crónica italiana.

No indicaremos á varios personajes más secundarios, aunque cada uno, sin embargo, tenga su vida real y su individualidad marcada, y que contribuían á la seducción, al encanto que ejercía sobre la imaginación del autor esa vasta escena de la historia. De aquella escena ha hecho este drama. Lo escribió en verso, porque así le pareció bien. Ya verá el que leyere cuán poco pensaba en su obra al escribir este prefacio, con cuanto desinterés, por ejemplo, combatía el dogma de las unidades. Su drama no sale de Londres, comienza el 25 de junio de 1657, á las tres de la madrugada, y acaba el 26, al medio día. Se ve que casi entraría en la prescripción clásica, tal cual los profesores de poesía la redactan ahora. Pero no tienen que agradecérselo. No fué con permiso de Aristóteles, sino con permiso de la historia con lo que el autor agrupó así su drama; y porque, con igual interés, prefiere un asunto concentrado que un asunto diseminado.

Es evidente que este drama, con sus dimensiones actuales, no podría encajar en nuestras representaciones escénicas. Es demasiado largo. Se reconocerá, quizás, sin embargo, que fué en todas sus partes compuesto para la escena. Aproximándose de su asunto para estudiarlo, fué cuando el autor reconoció ó creyó reconocer la imposibilidad de hacer admitir una reproducción exacta en nuestro teatro, en el estado de excepción en que se halla colocado, entre el Caribdis académico y el Escila administrativo, entre los jurados literarios y la censura política. Era preciso optar, ó la tragedia insinuante y melosa, engañosa, falsa y representada, ó el drama insolentemente verdad y prohibido. Lo primero no valía la pena de hacerse, y prefirió intentar lo segundo. Por eso, y desesperanzado de verlo jamás en escena, se entregó libre y dócil á las fantasías de la composición, al placer de desarrollarla con más anchos pliegues, á los desenvolvimientos que su asunto permitía, y que, si concluyen de alejar á su drama del teatro, tienen, por lo menos, la ventaja de hacerlo casi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

completo desde el punto de vista histórico. Por lo demás, *los comités* de lectura sólo son un obstáculo de segundo orden. Si ocurriese que la censura dramática, comprendiendo cuán inocente, exacta y concienzuda es esta imagen de Cromwell y de su tiempo, tomada fuera de nuestra época, y le permitiese el acceso al teatro, el autor, pero únicamente en ese caso, podría sacar de este drama otra pieza dramática que se atrevería entonces á presentarse en escena, y sería silbada.

Hasta que eso suceda seguirá alejado del teatro. Y dejará siempre harto pronto, por las agitaciones de ese mundo nuevo, su querido retiro. Haga Dios que no se arrepienta nunca de haber expuesto la virgen obscuridad de su nombre y de su persona á los escollos, á las borrascas, á las tempestades de la platea, y sobre todo (pues ¿qué importa una caída?) á las molestias y fastidios miserables de los bastidores; que no entre en esa atmósfera variable, nebulosa, tempestuosa, donde dogmatiza la ignorancia, donde silba la envidia, donde se arrastran las pandillas, donde la probidad del talento fué tan á menudo desconocida, donde el noble candor del ingenio está algunas veces fuera de sitio, donde la mediocridad triunfa rebajando á su nivel las superioridades que la ofuscan, ¡donde se encuentran tantos hombrecillos por uno grande, tantas nulidades por un Talma, tantos mequetrefes por un Aquiles! Este bosquejo parecerá quizás huraño y poco favorecido; pero, ¿no acaba de marcar la diferencia que separa á nuestro teatro, lugar de intrigas y de tumultos, de la solemne serenidad del teatro antiguo?

Suceda lo que quiera, cree el autor deber avisar anticipadamente al pequeño número de personas á quienes semejante espectáculo pudiese tentar, que otra obra tomada del Cromwell no ocuparía menos de una representación entera. Es difícil que un teatro *romántico* se establezca de otro modo. Sin duda, si se quiere otra cosa que esas tragedias en las cuales uno ó dos personajes, tipos abstractos de una idea puramente metafísica, se paseen solemnemente por un fondo sin profundidad, apenas ocupado por algunas cabezas de confidentes, pálidos *contra-*

alabarderos de los héroes, encargados de llenar los vacíos de una acción sencilla, uniforme y monocordia; si se aburre uno con eso, no será demasiado una noche entera para desarrollar con amplitud á todo un hombre extraordinario, á toda una época de crisis; lo uno con su carácter, su genio que se une á su carácter, sus creencias que dominan á ambos, sus pasiones que vienen á molestar á las creencias, al carácter y á su genio, sus gustos que destiñen sobre sus pasiones, sus hábitos que disciplinan á los gustos y amordazan sus pasiones, y ese séquito innumerable de hombres de todas muestras que sus diversos agentes hacen girar al rededor de él; el otro con sus costumbres, sus leyes, sus modas, su espíritu, sus luces, sus supersticiones, sus acontecimientos y su pueblo, amasado sucesivamente por todas esas causas primeras como cera blanda. Se concibe que semejante cuadro será gigantesco. En vez de una individualidad, como aquella con la cual se contenta el drama abstracto de la vieja escuela, habrá veinte, cuarenta, cincuenta, ¿qué sé yo?, con todo relieve y de todos tamaños. Habrá muchedumbre en el drama. ¿No sería mezquino medirle dos horas de representación para dar el resto á la ópera cómica ó al sainete? ¿Hacer lacónico á Shakespeare y dar amplitud á *Bobèche*? Y no se crea, si la acción está bien gobernada, que la multitud de las figuras que pone en juego pueda producir cansancio para el espectador ó mariposeo en el drama. Shakespeare, abundante en los pequeños pormenores, es al mismo tiempo, y precisamente por eso, imponente por un gran conjunto. ¡Es la encina que echa sombra inmensa con miles de hojas exiguas y recortadas!

Esperemos que no tardarán mucho en Francia á acostumbrarse á consagrar toda una noche á oir una sola obra dramática. Hay en Inglaterra y en Alemania dramas que duran seis horas. Los griegos, de que tanto se nos habla, los griegos, y como Scuderi invocamos aquí al clásico Dacier, capítulo VII de su Poética, los griegos llegaban á veces á hacer representar doce ó diez y seis obras en un día. En un pueblo amigo de los espectáculos, la atención es más *viva*; de lo que se cree. *Las Bodas de Fígaro*, nudo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la gran trilogía de Beaumarchais, ocupa toda la representación de noche. ¿Y quién salió de allí aburrido ó cansado? Beaumarchais era digno de aventurar el primer paso hacia ese objetivo del arte moderno, al cual es imposible hacer, en dos horas, que germine ese profundo, ese invencible interés que resulta de una acción vasta y multiforme. Pero, dicen, ese espectáculo, compuesto de una sola obra, sería monótono y parecería largo. ¡Error! Perdería, por el contrario, su larga duración y su monotoníaactual. ¿Qué se hace, en efecto, ahora? Se dividen los goces del espectador en dos partes bien marcadas y distintas. Se le dan primero dos horas de placer serio, luego una hora de placer retozón, juguetón; y con la hora de entreactos, que no contamos entre los placeres, en junto cuatro horas. ¿Qué haría el drama romántico? Mezclaría artísticamente esos dos géneros de placer. Haría pasar á cada instante al auditorio de lo serio á la risa, de las excitaciones bufas á las emociones más desgarradoras, *de lo grave á lo dulce, de lo alegre á lo severo*. Pues, según lo hemos establecido ya, el drama es lo grotesco con lo sublime, el alma bajo el cuerpo, es una tragedia dentro de una comedia. ¿No es evidente y visible que, descansando así de una impresión con otra, afilando sucesivamente lo trágico en lo cómico, lo alegre en lo terrible, asociándose si fuese necesario hasta las fascinaciones de la ópera, esas representaciones, aunque ofreciendo sólo una obra, valdrían por lo menos tanto como otras? La escena romántica haría un manjar picante, variado, sabroso, de lo que en el teatro clásico es una medicina dividida en dos píldoras.

He aquí que el autor de este libro habrá agotado pronto lo que tenía necesidad de decir al lector. Ignora cómo acogerá la crítica este drama y sus ideas sumarias, desprovistas de sus corolarios, empobrecidas de sus ramificaciones, recogidas con rapidez y con la prisa de acabar. Sin duda parecerán á los «discípulos de Laharpe» muy atrevidas y muy extrañas. Pero si por acaso, aunque desnudas y disminuídas como están, pudiesen contribuir á llevar por el camino de la verdad á ese público cuya educación está tan adelantada ya, y que tantos notables escritos de

crítica ó de aplicación, libros ó periódicos, han madurado para el arte, que siga ese impulso sin ocuparse si procede de un hombre desconocido, de una voz sin autoridad, de una obra de escaso valor. Es una campana de cobre que llama al pueblo hacia el verdadero templo, hacia el verdadero Dios.

Existe hoy el antiguo régimen literario, como existe el antiguo régimen político. El siglo anterior pesa aun casi por todos lados sobre el nuevo. Le oprime particularmente en la crítica. Hallaréis, por ejemplo, á hombres que viven aún, que os repiten esta definición del gusto ocurrida á Voltaire: «El gusto no es otra cosa para la poesía, ni más ni menos, que los adornos para las mujeres». De modo que el gusto es la coquetería. Palabras notables que dibujan admirablemente esa poesía pintada de colorete, con pecas y polvos del siglo XVIII, esa literatura con tontillos, con borlas y faralás. Ofrecen un magnífico resumen de una época con la cual los más altos ingenios no pudieron ponerse en contacto sin volverse pequeños, á lo menos por un lado, de un tiempo en que Montesquieu pudo y debió hacer *El Templo de Gnido*, Voltaire *El Templo del Gusto*, y Juan Jacobo *El adivino del lugar*.

El gusto es la razón del genio. Eso es lo que establecerá pronto otra crítica, una crítica fuerte, franca, sabia, una crítica del siglo que comienza á dar retoños vigorosos bajo las viejas ramas secas de la antigua escuela. Esta joven crítica, tan grave como frívola es la otra, tan erudita como ignorante es la otra, se ha creado ya órganos escuchados, atendidos, y sorprende algunas veces hallar en periódicos ligeros excelentes artículos que emanan de ella. Ella es quien, uniéndose á todo cuanto hay de superior y valiente en las letras, nos librará de las dos plagas, del *clasicismo* caduco y del falso *romanticismo*, que se atreve á apuntar á los pies del verdadero. Pues el genio moderno tiene ya su sombra, su contraprueba, su parásito, su *clásico*, que se pinta y disfraza según él, se barniza con sus colores, toma su librea, recoge las migajas, y, semejante al *discípulo del brujo*, pone en juego, con palabras conservadas de memoria, elementos de acción cuyo secreto desconoce. Por eso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hace á veces tonterías que su amo tiene bastante dificultad en corregir y reparar. Pero lo que precisa destruir ante todo es cierto falso gusto antiguo. Hay que desenmohecer de él á la literatura actual. Inútilmente la roe y la deslu-ce. Habla con una generación joven, severa, poderosa, que no le comprende. La cola del siglo XVIII se arrastra todavía por el XIX; pero no somos, jóvenes que hemos visto á Bonaparte, quienes la llevaremos.

Estamos próximos, pues, al momento de ver prevale-cer la nueva crítica, asentada también sobre una base ancha, sólida y profunda. No tardará en comprenderse generalmente que los escritores deben ser juzgados, no según las reglas y los géneros, cosas que están fuera de la naturaleza y fuera del arte, sino según los principios inmutables de ese arte y las leyes especiales de su orga-nización personal. La razón de todos se avergonzará de esa crítica que apaleó en vida á Pedro Corneille, amor-dazó á Juan Racine, y que si rehabilitó risiblemente á John Milton, lo hizo en virtud del código épico del padre le Bossu. Se consentirá, para darse cuenta de una obra, en colocarse en el punto de vista del autor, en mirar el asunto con los ojos de aquél. Se abandonará, y esto es M. de Chateaubriand quien lo dice, *la crítica mezquina de los defectos por la grande y fecunda crítica de las belle-zas*. Tiempo es ya de que todos los buenos espíritus se apoderen del hilo que une con frecuencia lo que, según nuestro capricho particular, llamamos *defecto* á lo que llamamos *belleza*. Los defectos, á lo menos lo que deno-minamos así, son á menudo la condición nativa, nece-saria, fatal, de las cualidades.

Scit genius, natale comes qui temperat astrum.

¿Dónde habrá medalla que no tenga reverso? ¿Talento que no lleve su sombra con su luz, su humo con su llama? Tal mancha puede no ser otra cosa más que la consecuencia indivisible de tal belleza. Esta tecla, este toque, sin transición, que me chocan desde cerca, com-pleta el efecto y da relieve al conjunto. Si borráis aquélla

también borraréis éste. La originalidad se compone de todo eso. El genio es necesariamente desigual. No hay altas montañas sin profundos precipicios. Terraplenad el valle con el monte, sólo tendréis una estepa, una landa, el llano *des Sablons* en vez de los Alpes, alondras y no águilas.

Debe también tenerse en cuenta el tiempo, el clima, las influencias locales. La Biblia, Homero, nos hieren á veces por sus mismas sublimidades. ¿Quién se atrevería á quitar de ellos una sola palabra? Nuestro estado enfer-mizo se espanta á menudo de los atrevimientos inspira-dos del genio, por no poder echarse sobre los asuntos con una inteligencia tan vasta. Y luego, lo diremos otra vez, hay *faltas* de esas que sólo se arraigan en las obras maestras; únicamente es dado á ciertos genios tener cier-tas faltas. Se echa en cara á Shakespeare el abuso de la metafísica, el abuso de la agudeza, escenas parásitas, obs-cenidades, el empleo de vegestorios mitológicos de moda en su tiempo, extravagancia, obscuridad, mal gusto, hin-chazón, asperezas de estilo. La encina, árbol que compa-rábamos hace poco á Shakespeare, y que tiene más de una analogía con él, la encina tiene el porte extraño, las ramas nudosas, el follaje sombrío, la corteza áspera y ruda; pero es la encina.

Y precisamente por eso es la encina. Si queréis un tronco liso, ramas rectas, hojas de raso, dirigíos al pálido abedul, al hueco saúco, al sauce; pero dejad en paz á la grande encina. No lancéis piedras á lo que os cobija con su sombra.

El autor de este libro conoce tanto como el que más las numerosas y groseras faltas de sus obras. Si se le ocurre tarde corregirlas, es que le repugna volver, des-pués de hecha, sobre una obra enfriada ya. ¿Qué ha hecho, además, que merezca esa molestia? El trabajo que perdería borrando las imperfecciones de sus libros, prefiere emplearlo en despojar al espíritu de sus defec-tos. Su método consiste en corregir una obra sólo dentro de otra obra.

Por otra parte, de cualquier modo como traten á su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

libro, se compromete aquí á no defenderlo ni en todo ni en parte. Si su drama es malo, ¿de qué serviría sostenerlo? Si es bueno, ¿para qué defenderlo? El tiempo hará justicia al libro ó le condenará. El buen éxito del momento es cosa que sólo interesa al librero. Si la cólera de la crítica despierta con la publicación de este ensayo, la dejará hacer. ¿Qué le contestaría? No es de los que hablan, como dice el poeta castellano, *por la boca de su herida.*

Dos palabras para concluir. Habrá podido observarse que en esta carrera un poco larga á través de tantas cuestiones diversas, el autor se ha abstenido generalmente de apoyar su opinión personal en textos, citas y autoridades. No que le hubiesen faltado por cierto.—«Si el poeta establece cosas imposibles según las reglas de su arte, comete una falta sin la menor duda; pero deja de ser falta, cuando por ese medio llega al fin que se ha propuesto; pues ha hallado lo que se buscaba.»—«Toman como galimatías todo cuanto la debilidad de sus luces no les permite comprender. Tratan especialmente como ridículos aquellos lugares maravillosos en los que el poeta, á fin de entrar mejor en la razón, sale, por decirlo así, de la razón misma. Este precepto, efectivamente, que da como regla el no seguir algunas veces á las reglas, es un misterio del arte muy difícil de hacer comprender á hombres que carecen de gusto... y á quienes una especie de rareza de ánimo hace insensibles á lo que hiere ó sorprende generalmente á los hombres.»—¿Quién dice eso? Aristóteles. ¿Quién dice esto? Boileau. Basta esta muestra para probar que el autor de este drama hubiera podido, como otro cualquiera, guarecerse tras la coraza de los nombres propios y refugiarse detrás de las nombradías. Pero ha preferido dejar esa manera de argumentar á aquellos que la consideran invencible, universal y soberana. En cuanto á él, estima en más las razones que las autoridades; y le agradaron siempre más las armas que los blasones.

Octubre de 1827.

CROMWELL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES

OLIVERIO CROMWELL.
ISABEL BOURCHIER.
MISTRESS FLETWOOD.
LADY FALCONBRIDGE.
LADY CLEYPOLE.
LADY FRANCIS.
RICARDO CROMWELL.
FLETWOOD, teniente general.
DESBOROUGH, mayor general.
EL CONDE DE WARWICK.

THURLOE.
LORD BROGHILL.
WHITELOCKE, comisario del sello.
EL CONDE DE CARLISLE.
STOUPE, secretario de Estado.
EL SARGENTO MAYNARD.
M. WILLIAM LENTHALL.
EL CORONEL JEPHSON.
EL CORONEL GRACE.
WALLER.
SIR CARLOS WOLSELEY.
PIERPOINT.

LAMBERT, teniente general.
JOYCE, coronel.
HARRISON, mayor general.
LUDLOW, teniente general.
OVERTON, coronel.
PRIDE, coronel.
WILDMAN, mayor.
BAREBONE, zurrador.
GARLAND, miembro del Parlamento.
PLINLIMMON, miembro del Parlamento.
VIVE-PARA-RESUCITAR-JEROBOÁN-D'EMER.
ALABAD-Á-DIOS-PIMPLETON.
MUERTE-AL-PECADO-PALMER.
SYDERCOMB, soldado.

LORD ORMOND.
WILMOT, LORD ROCHESTER.
LORD DROGHEDA.
LORD ROSEBERRY.
LORD CLIFFORD.
SIR PETERS DOWNIE.
SEDLEY.
DAVENANT.
EL DOCTOR JENKINS.
SIR RICHARD WILLIS.
SIR WILLIAM MURRAY.
JUAN MILTON.
CARR.
MANASSÉS-BEN-ISRAEL.
TRICK
GIRAFF
GRAMADOCH
ELESPURU
} Los cuatro bufones de Cromwell.
LA SEÑORA GUGGLIGOY.

EL DUQUE DE CREQUI, embajador de Francia.
MANCINI, su séquito.
DON LUIS DE CÁRDENAS, embajador de España; su séquito.
FILIPPI, enviado de Cristina de Suecia; su séquito.
Tres enviados Vaudenses.
Seis enviados de las Provincias Unidas.
ANÍBAL SESTHEAD, primo del rey de Dinamarca: sus dos pajes.
EL LORD-ALCALDE.
EL ORADOR DEL PARLAMENTO.
EL NOTARIO DEL PARLAMENTO.
UN UJIER DE LA CIUDAD.
EL ALTO-SHERIF.
EL CAMPEÓN DE INGLATERRA, y su séquito.
EL DOCTOR LOCKYER.

El pregonero público, lacayos; señores é hidalgos; obreros.—Guardias de corps del protector; arqueros, alabarderos, partesaneros; pajes, sargentos de armas; burgueses; el parlamento; el pueblo.

Escena en Londres. — 1657

ACTO PRIMERO

LOS CONJURADOS

LA TABERNA DE LAS TRES GRULLAS

Mesas y sillas de madera común.—Puerta en el fondo del teatro que da á una plaza.—Interior de una casa vieja de la edad media.

ESCENA PRIMERA

LORD ORMOND, disfrazado de *cabeza redonda*, cabello cortado á rape, sombrero alto con alas anchas, cuerpo de paño negro, calzas de sarga negra, grandes botas. LORD BROGHILL, traje de caballero elegante y descuidado, sombrero con plumas, calzones y jubón acuchillado, botinas.

LORD BROGHILL

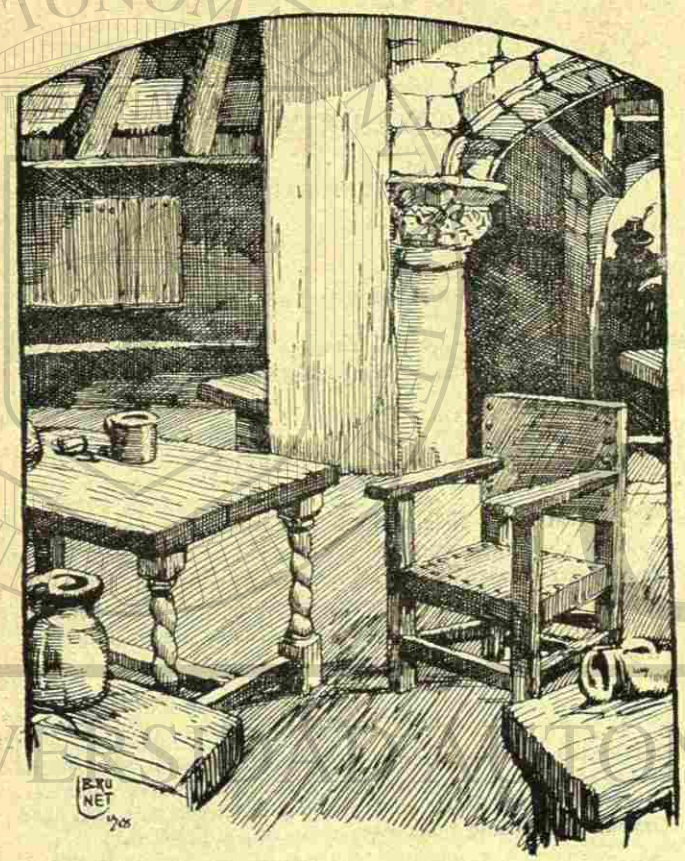
(Entra por la puerta del fondo que permanece entreabierta y permite ver la plaza y las antiguas casas alumbradas por el amanecer. Lleva una carta abierta en la mano y la lee con atención. LORD ORMOND está sentado á una mesa en un rincón obscuro.)

Mañana, veinticinco de junio de mil seiscientos cincuenta y siete, alguien, á quien lord Broghill adoraba, esperará al amanecer á dicho lord en las *Tres Grullas*, cerca del mercado del vino, en el ángulo de las dos calles.

(Mira á su alrededor.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta es la taberna; y es el mismo lugar que Carlos, abandonado por Dios en Worcester, solo, defen-



diendo su cabeza después de su diadema, había elegido en Londres mismo para huir de Cromwell.

(Vuelve á mirar la carta.)

Pero esta carta que recibí ayer, ¿de dónde viene? La letra...

LORD ORMOND, levantándose

¡Guarde Dios á lord Broghill!

LORD BROGHILL, examinándolo con desdén de pies á cabeza

¿Cómo, eres tú, amigo, quien por un lugar infecto me haces á estas horas salir de mi residencia? Di tu nombre. ¿De dónde vienes? ¿Para qué? ¿De parte de quién? ¿Qué quieres de mí? He visto á ese hombre en algún sitio.

LORD ORMOND

¡Lord Broghill!

LORD BROGHILL

¡Contesta, pues! Los tunantes de ese género son propios para divertir á los criados en nuestras puertas; y ese es todo el honor, para tratarlos bien, que las personas de mi rango deben á las del tuyo. ¡Eres atrevido!

LORD ORMOND

Milord, sin desagradaros, ¿son esos los discursos de un señor popular? ¿De un amigo de Cromwell?

LORD BROGHILL

Cromwell, viejo puritano, si por casualidad le despertases tan temprano, te haría, para cambiar el curso de tus ideas, colgar de alguna horca, á treinta codos de altura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ORMOND, aparte

Más bien que despertarle, espero hacerle dormir

LORD BROGHILL

Cromwell, que al fin en el trono va á afianzarse, sabrá castigar á la insolente canalla...

LORD ORMOND

Su trono es un tajo, y su púrpura chorrea sangre. Tránsfuga servidor de los Estuardos, lo veo, lo habéis olvidado.

LORD BROGHILL

Esa mirada... esa voz... ¿Pero quién sois?

LORD ORMOND

¿Broghill me lo pregunta? Acordaos de las guerras de Irlanda. Los dos juntos entonces servíamos al rey.

LORD BROGHILL

¡Es el conde de Ormond! ¡Mi buen amigo, eres tú!

(Le coge las manos con afecto.)

¡Tú en Londres! Y, ¡gran Dios! ¡La víspera misma del día en que Cromwell vencedor se eleva al rango soberano! Tu cabeza está pregonada. Si llegasen á saber... ¿Qué haces aquí, desdichado?

LORD ORMOND

Mi deber.

LORD BROGHILL

¿Y he podido desconocerte? ¡Ah! Pero ese aire siniestro, milord, los años, sobre todo ese traje de ministro... ¡Estáis tan cambiado!

LORD ORMOND

¡Lo estoy menos que vos, Broghill! Ante Cromwell dobláis la rodilla. ¡Broghill se inclina á los pies de un regicida infame! Yo he cambiado de traje; pero tú, de corazón y de alma! ¡Y tú eres aquel á quien vimos tan grande en la pelea! ¡Sólo subías tan alto para hundirte luego tanto!

LORD BROGHILL

¡Ah! Vencido, os compadezco; proscripto, os reverencio; pero ese lenguaje...

LORD ORMOND

Es tan justo como severo. Sin embargo, escúchame, puedes aun reparar tu falta... Sírveme...

LORD BROGHILL

¡Cerca de Cromwell! Sí, corro á suplicarle. Puedo salvarte la vida, está proscripta...

LORD ORMOND

¡Detente! Pídeme más bien que proteja tu cabeza. Tu insultante apoyo, tu protector, tu rey, tu Cromwell está más cerca de su pérdida que yo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD BROGHILL

¡Qué escucho!

LORD ORMOND

Oye, pues. Devorado por la tristeza, cansado de los títulos mezquinos de protector y de alteza, Cromwell quiere al fin ser al palio real llevado, saludado por los reyes con el nombre de majestad. Cromwell, en ese botín que todos se reparten, toma de Carlos I la sangrienta herencia. ¡Entera la tendrá! Su trono y su ataúd. El regicida rey sabrá en su orgullo que la corona es pesada, y aunque se apoderen de ella, aplasta á veces la cabeza que espera usarla.

LORD BROGHILL

¿Qué dices?

LORD ORMOND

¡Que mañana, cuando Westminster se abrirá para ese rey que va á consagrar el infierno, en las gradas del trono usurpado un instante, se le verá sangriento rodar bajo nuestras espadas!

LORD BROGHILL

¡Insensato! Su séquito es el ejército, y siempre ese movedizo muro de hierro envuelve sus días. ¿Sabes acaso el número de sus guardas? ¿Cómo atravesaréis tres filas de alabardas? ¿Sus pesados infantes, sus heraldos, sus maceros, sus mosqueteros negros, sus coraceros rojos?

LORD ORMOND

Contamos con ellos.

LORD BROGHILL

¿En qué fundas la esperanza de ver á los caballeros unirse los cabezas redondas?

LORD ORMOND

Verás por ti mismo aquí, dentro de un momento, á los servidores del rey mezclados con los del parlamento. A los sombríos puritanos les habla su fanatismo. No quieren á Oliverio ni tampoco á Carlos. Si Cromwell se hace rey, Cromwell muere bajo sus golpes. Su rival, que es su jefe, Lambert, se une á nosotros; se atreve á pretender el puesto del mismo Cromwell; pero veremos después. El oro de España y de Flandes nos ha procurado en estos muros numerosos afiliados. ¡En fin, la partida es hermosa y nosotros tiramos los dados!

LORD BROGHILL

¡Cromwell es muy diestro! Exponéis vuestra cabeza.

LORD ORMOND

Dios sabe para quién será mañana fiesta. Nuestro plan, Broghill, es de resultado seguro. Rochester debe traerme aquí esta mañana á Sedley, Jenkins, Clifford, Davenant el poeta, quien nos dirá del rey la voluntad secreta. A la misma cita vendrán Carr, Harrison, sir Ricardo Willis...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD BROGHILL

Pero esos están en la cárcel. Son enemigos á quienes Cromwell tiene encerrados en la torre de Londres.

LORD ORMOND

Una palabra te confundirá. Unidos á la misma suerte por lazos diferentes, para hundir á Oliverio, contamos en nuestras filas al guarda de la torre, Barksthead el regicida, á quien la esperanza del perdón ha decidido á servirnos. Ya ves con cuanto arte está tramada la conjura. En una vasta red Cromwell está encerrado. ¡No escapará! Los partidos unánimes han creado abismos debajo del trono que levanta. He ahí con qué objeto vengo del continente. Quisiera salvarte, Broghill, y ahora te pregunto en nombre de Carlos segundo, mi amo: ¿quieres vivir leal ó morir como traidor?

LORD BROGHILL

¡Ah! ¿Qué dices?

LORD ORMOND

Vuelve bajo el estandarte real.

LORD BROGHILL

¡Ay! Yo fuí también súbdito digno y leal, Ormond; por nuestro rey en las guerras civiles, tomé castillos y defendí ciudades, y me he cambiado, por un destino cruel, de soldado de los Estuardos en cortesano de Cromwell. Deja en su triste suerte á un desdichado tránsfuga, querido Ormond; escucha á tu

vez y júzgame.—Era durante la guerra con el Parlamento. Había venido á Londres á organizar un regimiento, y oculto como tú, mi cabeza estaba proscripta. Un día recibí una visita de un desconocido; era Cromwell.—Mi vida estaba en su poder. Me salvó. Por él olvidé mi deber; se apoderó de mí. Pronto, ¿qué te diré?... fuí como él, rebelde y sacrílego; á sus republicanos, mi brazo sirvió de apoyo, y, alzado por mi rey, combatí contra él.—Después, Cromwell me ha hecho miembro de su pairía, teniente general de su artillería, lord de su alta corte y del consejo privado. Así, por sus favores levantado en su corte; si cae, junto á él debo caer, y no puedo, rebelde contra mi rey legítimo, por mucho amor que me una á su noble casa, volver á la lealtad sin cometer una traición.

LORD ORMOND

¡Triste y común efecto de las disensiones domésticas! ¿De qué dependen, Dios mío, las virtudes políticas? ¡Cuántos deben su falta al rigor de la suerte, y cuántos parecen puros, cuando sólo fueron dichosos! ¡Broghill! ¡Rompe con nosotros el yugo que nos oprime! ¡Prueba tu arrepentimiento!

LORD BROGHILL

¿Cómo? ¿Por un nuevo crimen? No. Puedo ser, amigo, para tu fatal secreto, si no cómplice, á lo menos un confidente discreto, pero nada más. Debo, neutral en esta lucha, sufrir vuestro triunfo, dulcificar vuestra caída, sea quien fuere el vencedor, siempre leal á todos, y perecer con Cromwell, ó inclinarlo á vuestro perdón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ORMOND

¡Callar sin obrar! ¿De modo que vas á ser pérfido con Cromwell, sin servir á tu verdadero amo? ¡Sé más bien amigo sincero ó sincero enemigo, y no permanezcas traidor y leal á medias! ¡Denúnciame antes que eso!

LORD BROGHILL

¡De esa palabra, conde, si no estuvieseis proscripto, os pediría cuenta!

LORD ORMOND, alargándole la mano

Perdona, querido Broghill, soy un soldado viejo. Veinte años, leal al rey, cumplí con mi deber. Casi todos mis combates, casi todos mis servicios, están escritos en mi cuerpo con anchas cicatrices; he recibido lecciones de más de un jefe experto, del marqués de Montrose y del príncipe Ruperto; mandé sin orgullo y obedecí sin murmurar; encanecí bajo el casco y envejecí dentro de la armadura; vi morir á Strafford; vi perecer á Derby; he visto Dunbar, Fredagh, Worcester y Naseby, luchas de los únicos brazos que podían en la tierra sostener ó hundir el trono de Inglaterra; vi caer ese trono, destrozado en los campos; hice la guerra á los ranters, á los santos, á los predicandos; y mi mano, en los combates sin descanso ocupada, sabe cuántos golpes se han de dar para mellar la espada. ¡Pues bien; llego, por fin, al término de mis trabajos! ¡Cromwell va á sucumbir! ¡Vendrán nuevos días! Pero para empañar mi alegría y emponzoñar mi gloria, ¿tendrá un viejo amigo que morir de mi victoria? Compañero, recuerda que ambos mojamos en la misma sangre nuestras

espadas, y respiramos el polvo de los mismos combates. Por segunda y por última vez, Broghill, te pregunto en nombre del rey: ¿Quieres vivir leal ó morir traidor? Reflexiona. Para contestar, Ormond te da una hora.

(Escribe algunas palabras en un papel y lo ofrece á BROGHILL.)

Ahí están mi falso nombre y la casa donde me oculto...

LORD BROGHILL, rechazando el papel

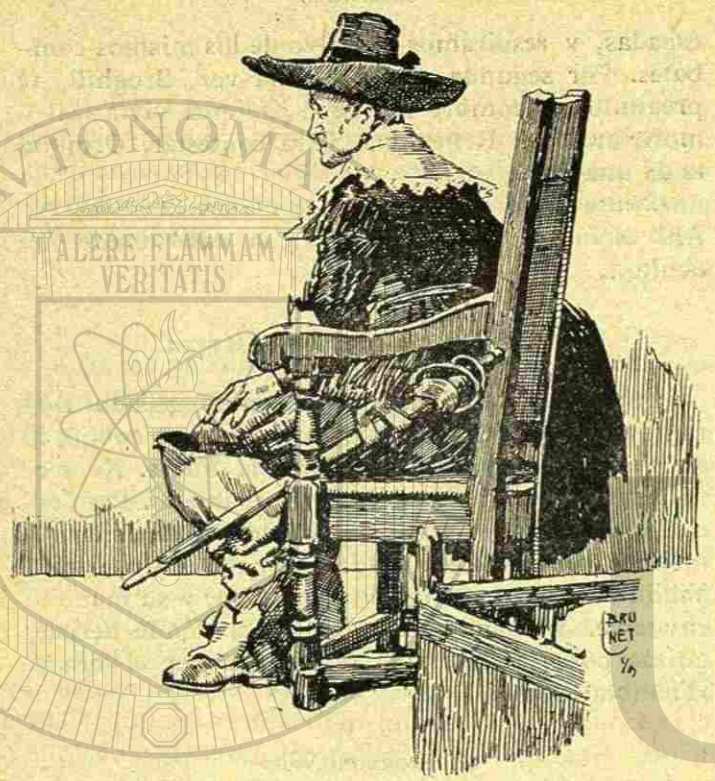
¡Ah! ¡No me lo digas! No. Ya sé demasiado. Durante mucho tiempo la misma tienda nos cobijó, lo sé, pero mi suerte se ha de cumplir. Adiós. No seré ni delator ni cómplice. Olvidaré todo esto. Pero escucha un consejo: ¿estás seguro del resultado de semejante conspiración? Nada se oculta á Cromwell. Vigila á Europa, su vista lo espía todo, y su mano lo envuelve. Y cuando tu brazo busca dónde herirle, quizás posee el hilo que te hace mover el brazo. ¡Tiembla, Ormond!

LORD ORMOND, solo

¡Lord Broghill! Os ruego que me dejéis. Ormond besa las manos de vuestra señoría.

(LORD BROGHILL se retira y la puerta del fondo se cierra tras él.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ESCENA SEGUNDA

LORD ORMOND, solo

¡No pensemos más en ello!

(Se sienta, y parece meditar profundamente. Mientras tanto se oye una voz, que se va aproximando poco á poco, cantar al compás de una tonada alegre, las siguientes coplas:)

Un soldado mal carado
detuvo á un paje, el taimado,
de picaresco mirar,

una noche, y dijo: ¡Alerta!
¿A qué tanto madrugar
por esa calle desierta?
¿Vais de raso á enamorar?
«Soldado, con la cimarra
tapo mi espada y guitarra;
á una cita presuroso
acudo á probar estrella,
me burlo del más celoso,
la guitarra es para ella,
la espada para el esposo.»
Pero el negro centinela
que en la torre atento vela,
dice al paje-trovador:
«Hermoso paje, no creo
seas tan madrugador;
de guerra una cita veo
más que una cita de amor.»

LORD ORMOND, levantándose para abrir

¿Quién canta así? Es algún loco ó Rochester.

(Abre y mira la calle.)

El mismo. Vamos; ya escribe...

Entra LORD ROCHESTER alegremente, llevando un papel y un lápiz en la mano.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA TERCERA

LORD ORMOND; LORD ROCHESTER, traje de caballero muy elegante y con numerosas joyas y cintas, bajo una capa de puritano de grueso paño gris; sombrero de cabeza redonda á gran tamaño. Su gorro negro oculta mal el cabello rubio, uno de cuyos rizos sale por detrás de la oreja, según la moda de los jóvenes caballeros de aquella época.

LORD ROCHESTER, con un ligero saludo

Perdonad, milord conde. Escribía mi canción. Es preciso que os refiera...

(Se pone á escribir sobre la rodilla.)

¡Dios guarde á vuestra gracia! Apenas se ve claro. ¿Esperáis á vuestra gente? ¿Qué os parece la tonada?

Canta

Un soldado mal carado
detuvo á un paje, el taimado,
de picaresco mirar...

Para nuestra instrucción de destierro, tiene su valor. Es una vieja canción francesa que me enseñaron en París.

LORD ORMOND, moviendo la cabeza

Temo que el soldado detenga al hermoso paje de veras.

LORD ROCHESTER, mirando á la canción

¡Ah! Lo demás está al final de la plana.

(Da la mano á LORD ORMOND.)

¡Bien, siempre el primero en llegar! ¿Y nuestros amigos? ¿Hubiérais preferido, milord, que hubiese puesto:

Un soldado mal humorado, etc.

En vez de:

Un soldado mal carado
detuvo á un paje, etc.

La canción del paje tiene gracia, ¿no es cierto? Los franceses...

LORD ORMOND

Milord, hágame el favor... no tengo el espíritu acostumbrado á juzgar ese talento.

LORD ROCHESTER

A vos, milord, os tengo por juez excelente. Y para demostrarlo á vuestra señoría, voy á leer una cuarteta nueva.

(Se yergue y toma un acento enfático.)

«¡Bella Egeria!...»

(Se interrumpe.)

Adivinad, os ruego, á quién está dirigida.

LORD ORMOND

Milord, el momento de reir me parece que ha pasado.

(Aparte.)

Carlos está tan loco como él trayéndolo á este asunto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ROCHESTER

Pero es muy serio, y no es la peor de mis cuartetas. Además, ¡el asunto es tan encantador! ¡Es para Francisca Cromwell!

LORD ORMOND

¿Francisca Cromwell?

LORD ROCHESTER

¡De veras! La amo y estoy de ella enamorado.

LORD ORMOND

¿De la hija más joven de Cromwell?

LORD ROCHESTER

¡De Cromwell! Es, os lo aseguro, preciosa. ¿Qué digo? ¡Un ángel, en fin!

LORD ORMOND

¡Por el cielo! Lord Rochester enamorado...

LORD ROCHESTER

De Francisca Cromwell. Por vuestra sorpresa, sin dificultad adivino que no habéis visto á esa belleza divina. ¡Diez y siete años, pelo negro, gran distinción, blancura de lirio y unas manos tan hermosas! ¡Ojos tan bellos! ¡Milord, una sílfide, una ninfa, una hada! Ayer la vi. No estaba bien peinada. ¡Poco importa! ¡Todo le sienta bien, todo la adorna! Dicen que el mes

anterior llegó á Londres, y que, educada lejos de Cromwell, por una tía, lleva en su corazón grabada la lealtad, que quiere mucho al rey.

LORD ORMOND

¡Puro cuento, Rochester! Pero ¿dónde la habéis visto?

LORD ROCHESTER

Ayer mismo, en Westminster, en ese banquete real que la ciudad de Londres daba al viejo Cromwell. ¡A quien Dios confunda! Tenía curiosidad de ver al protector. Pero cuando, al llegar á su estrado, vi á Francisca, tan hermosa y tan modesta, inmóvil y encantado ya no vi nada más. Ebrio, en todos sentidos empujado por la muchedumbre, mis ojos no se apartaban del objeto que miraban, y no hubiera podido decir, al salir de la fiesta, si Cromwell, al hablar, inclina ó levanta la cabeza, si tiene la frente corta y la nariz muy larga. Ni si está triste ó alegre, si es feo ó bello, negro ó rubio. En todo aquello no he visto nada más que á una mujer, y después de esa vista sí, milord, por mi alma, ¡loco estoy!

LORD ORMOND

Os creo.

LORD ROCHESTER

He aquí mi madrigal. Es según el gusto nuevo...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ORMOND

Me es igual.

LORD ROCHESTER

¡Igual! No por cierto. Bien sabéis, en suma, que Shakespeare es un bárbaro y Vithers un grande hombre. ¿Hay acaso en *Macbeth* un solo giro galante? El gusto inglés cede al francés; el talento...

LORD ORMOND, aparte

¡Peste contra el gusto inglés, el francés, el diablo y la cuarteta! ¡Su locura es irremediable!

(Alto.)

Excusadme, milord. Hablando con franqueza, fuera preferible que en un momento como el presente emitieseis vuestra opinión, diciéndome lo que ocurre; cuántos hidalgos vendrán á la cita, si tendremos en Lambert un apoyo real y sólido, en vez de entonar cuartetas á las hijas de Cromwell.

LORD ROCHESTER

Milord tiene el genio vivo. Puedo, sin ser traidor, estar enamorado de una muchacha.

LORD ORMOND

¿Y lo estáis también de su padre?

LORD ROCHESTER

¿Os molestáis? De veras, no sé por qué. Mi historia de seguro divertiría al rey. En su misma hija

hago guerra contra Cromwell y, además, le trato sin cumplidos. Sin habernos encontrado jamás, según creo, tuvimos á un tiempo por querida á esa lady Dysert, que, para concluir el escándalo, va á casarse con el buen lord Lauderdale.

LORD ORMOND

Jamás hubiera creído que se pudiese calumniar á Cromwell; es casto, y ¿para qué negarlo?, tiene de un verdadero reformador las austeras costumbres.

LORD ROCHESTER, riendo

¡Él! Esa austeridad oculta muchos misterios; y el viejo hipócrita probó por más de un lado que un puritano corresponde á la humanidad. Volvamos, si queréis, á la cuarteta.

LORD ORMOND, aparte

¡Por san Jorge, me persigue aún con su cuarteta al cuello!

(Alto y con solemnidad.)

Escuchad, lord Wilmot, conde de Rochester, sois joven y yo envejezco, mi querido. He conservado las tradiciones de la caballería, y por eso me atrevo á decir á vuestra señoría que todos esos madrigales, sonetos, cuartetas, redondillas y canciones, que en París divierten á los tontos, son buenos, como una cosa entre nosotros desdeñada, para burgueses y gentes de pequeño linaje. Los abogados los hacen, milord; pero vuestros iguales se avergonzarían de alinear cuartetas y madrigales. Milord, sois noble, y de nobleza antigua. Vuestro escudo ostenta, si no recuerdo mal, la corona de conde y el manto de la pairía, con esta le-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yenda: *Aut numquam aut semper;* no sé bien el latín, he de confesarlo, pero en inglés he aquí el sentido de la divisa: *Sed apoyo del rey, con vuestros derechos feudales, y no escribáis versos ni redondillas. Eso es para el pueblo bajo.* Así, lord de Inglaterra, no hagáis más, celoso de la sangre hereditaria, lo que desdeñara el menor *baronnet* ó hidalguillo pobre, de garfio y bacinete. ¡Basta de versos!

LORD ROCHESTER

¡Voto al diablo! Es una sentencia en regla. Reconozco que mi falta es enorme. Pero entre otros rimadores, todos de alta alcurnia, tengo como cómplice á Armando Duplessis Richelieu, el cardenal poeta; y yo, ¿por qué callarlo? El unicornio del rey, el león de Inglaterra, servirían de soporte á mis dos escudos y seguiría aún haciendo versos y canciones.

(Aparte.)

El bueno y viejo hidalgo tiene un humor de perro!

(Mira á la puerta y exclama:)

¡Ah, Davenant! Venid para variar un poco el diálogo.

(Entra DAVENANT. Sencillo traje negro. Gran capa y gran sombrero.)

ESCENA CUARTA

LORD ORMOND, LORD ROCHESTER, DAVENANT

LORD ROCHESTER, dirigiéndose á DAVENANT

Querido poeta, se os espera aquí para leeros una cuarteta.

DAVENANT, saludando á los dos lores

Otras preocupaciones me traen. Que Dios, milores, os acompañe.

LORD ORMOND

¿Traéis, señor, órdenes de Alemania?

DAVENANT

Sí, vengo de Colonia.

LORD ORMOND

¿Habéis visto al rey?

DAVENANT

No. Pero Su Majestad me ha hablado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yenda: *Aut numquam aut semper;* no sé bien el latín, he de confesarlo, pero en inglés he aquí el sentido de la divisa: *Sed apoyo del rey, con vuestros derechos feudales, y no escribáis versos ni redondillas. Eso es para el pueblo bajo.* Así, lord de Inglaterra, no hagáis más, celoso de la sangre hereditaria, lo que desdeñara el menor *baronnet* ó hidalguillo pobre, de garfio y bacinete. ¡Basta de versos!

LORD ROCHESTER

¡Voto al diablo! Es una sentencia en regla. Reconozco que mi falta es enorme. Pero entre otros rimadores, todos de alta alcurnia, tengo como cómplice á Armando Duplessis Richelieu, el cardenal poeta; y yo, ¿por qué callarlo? El unicornio del rey, el león de Inglaterra, servirían de soporte á mis dos escudos y seguiría aún haciendo versos y canciones.

(Aparte.)

El bueno y viejo hidalgo tiene un humor de perro!

(Mira á la puerta y exclama:)

¡Ah, Davenant! Venid para variar un poco el diálogo.

(Entra DAVENANT. Sencillo traje negro. Gran capa y gran sombrero.)

ESCENA CUARTA

LORD ORMOND, LORD ROCHESTER, DAVENANT

LORD ROCHESTER, dirigiéndose á DAVENANT

Querido poeta, se os espera aquí para leeros una cuarteta.

DAVENANT, saludando á los dos lores

Otras preocupaciones me traen. Que Dios, milores, os acompañe.

LORD ORMOND

¿Traéis, señor, órdenes de Alemania?

DAVENANT

Sí, vengo de Colonia.

LORD ORMOND

¿Habéis visto al rey?

DAVENANT

No. Pero Su Majestad me ha hablado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ORMOND

No os comprendo á fe.

DAVENANT

He aquí todo el misterio. Antes de permitir mi marcha de Inglaterra, Cromwell me mandó llamar y me exigió palabra de honor de no ver al rey. Lo prometí. Así que llegué á Colonia, recordé las partidas que me enseñaron en Gascuña; y escribí al rey que me permitiese ser, de noche y sin luz, llevado á su estancia.

LORD ROCHESTER, riendo

¡De veras!

DAVENANT, á lord ORMOND

Su Majestad, que se dignó consentirlo, me habló y me honró con el encargo de transmitiros una orden; así, leal á mi doble deber, supe hablar al rey sin tener por eso que verlo.

LORD ROCHESTER, riendo con más ruido

¡Ah, Davenant! La astucia estuvo muy bien urdida y no es la menos extravagante de vuestras comedias.

LORD ORMOND, bajo á ROCHESTER

¿Extravagante? No entiendo disputar sobre ese punto. El juramento de un poeta no me concierne; pero esas sutilezas, las cuales apellido de otra

manera, no satisfarían el honor de un hidalgo.

(A DAVENANT.)

¿Y la orden escrita del rey?

DAVENANT

La traigo siempre en el fondo de mi sombrero, en un saco de terciopelo. Ahí á lo menos estoy seguro que nadie irá á buscarla.

(Retira de su sombrero un saquito de terciopelo carmesí y de éste saca un pergamino sellado que entrega á lord ORMOND, quien se arrodilla para recibirlo y lo abre después de haberlo besado con respeto.)

LORD ROCHESTER, bajo á DAVENANT

Mientras que lee eso, quiero haceros oír unos versos...

LORD ORMOND, leyendo á media voz

«Jacobo Butler, nuestro digno y leal conde y marqués de Ormond, es preciso que en White-Hall hasta cerca de Cromwell, Rochester se introduzca.»

LORD ROCHESTER

Perfectamente. ¿Quiere el rey que seduzca á su hija?

(A DAVENANT.)

Mi cuarteta celebra su hermosura.

LORD ORMOND, continuando la lectura

«Que se mezcle un narcótico al vino de su comida... Una vez dormido, que se le cerque... que nos lo traigan vivo... Sabremos hacernos justicia. Creed

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siempre á Davenant. Así es de nuestro agrado y lo tendréis por entendido. CARLOS, *Rey*.»

(Coloca con la misma ceremonia la carta real en el saquito y la entrega á DAVENANT, quien la besa y oculta luego en el sombrero.)

Pero la cosa es más fácil de decir que de hacer, en verdad. ¿Cómo diablos introducir á Rochester cerca de Cromwell? ¡Sería preciso ser muy diestro!...

DAVENANT

Conozco en casa de Cromwell á un viejo doctor en derecho, un tal Juan Milton, secretario intérprete, ciego, bastante buen notario, pero muy mal poeta.

LORD ROCHESTER

¿Quién? ¡Ese Milton, el amigo de los asesinos del rey, que compuso el *Iconoclasta* y no sé qué más! ¡El obscuro antagonista del célebre Saumaise!

DAVENANT

Me alegro hoy de ser su amigo. Creo que le falta al protector un capellán.

(Señalando á ROCHESTER.)

Milton puede lograr el empleo para milord.

LORD ORMOND, riendo

¡Rochester capellán! ¡La mascarada es rara!

LORD ROCHESTER

¿Por qué no, milord? Sé representar un papel en cualquier comedia, y ya hice de ladrón, ¿sabéis, Davenant?, en *El Rey carbonero*. De un doctor puritano adopto el personaje; basta con predicar hasta nadar de sudor, hablando siempre del dragón, del *vellocino de oro*, de las flautas de Jecer y de los antros de Endor. Para entrar en casa de Cromwell, el medio es seguro.

DAVENANT. Se sienta á una mesa y escribe una carta

Con estas líneas mías, milord, os aseguro que os recomendará al viejo diablo Milton, y que como á capellán el diablo os tomará.

LORD ROCHESTER

¡Veré á Francisca!

(Alarga la mano apresuradamente para coger la carta de DAVENANT.)

DAVENANT

Pero permitidme que la pliegue.

LORD ROCHESTER

¡Francisca!

LORD ORMOND, á lord ROCHESTER

¡Por la niña no hagáis locuras!

LORD ROCHESTER

¡No, no!

(Aparte.)

¡Si puedo leerle mi cuarteta! Una cuarteta á veces hace adelantar las cosas. (Alto á DAVENANT.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bien, y una vez admitido en la plaza, ¿qué deberé hacer?

DAVENANT, entregándole un pomito

Aquí, en este pomo, hay un poderoso narcótico; por la tarde sirven al futuro soberano un hipocrás con un ramito de romero. Mezcladle este polvo y seducid la guardia de la puerta del parque.

(Dirigiéndose á ORMOND.)

Lo demás corre de nuestra cuenta.

LORD ORMOND

Pero, ¿por qué quiere el rey que un golpe de fuerza secuestre esta noche á Cromwell, que ha de morir mañana? Los suyos mismos han jurado la muerte.

DAVENANT

Al contrario. El rey quiere sustraerlo á los golpes de los puritanos y prescindir de ellos. A veces es bueno tener en rehenes á un enemigo vivo.

LORD ROCHESTER

¿Y dinero?

DAVENANT

Un barco anclado en el Támesis trae una suma en oro que nos será entregada, y para cualquier caso urgente, Manassés, judío maldito, nos abre, con alto interés, un generoso crédito.

LORD ORMOND

Muy bien.

DAVENANT

Conservemos siempre el apoyo de los cabezas-redondas. Nosotros arrancamos una encina de hondas raices. Tengamos su concurso para que si el viejo zorro escapa de nuestras mallas, caiga bajo sus puñales.

LORD ROCHESTER

¡Bien dicho, querido Davenant! ¡Esas sí que son frases sonoras! ¡Como verdadero poeta usáis las metáforas! ¡Cromwell *encina* y *zorro* á un tiempo! Es hermoso. ¡Una *zorra acuchillada!* ¡Sois la antorcha del Pindo inglés! Por eso reclamo, querido maestro, vuestra opinión...

LORD ORMOND, aparte

La cuarteta vuelve sobre las olas.

LORD ROCHESTER

Acerca de unos versos que ayer...

LORD ORMOND

Milord, ¿es oportuno...?

LORD ROCHESTER, aparte

¡Qué espíritu tan estrecho tienen los grandes se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñores! ¡Si un lord tiene ingenio por casualidad, ya se vuelve plebeyo!

DAVENANT, á ROCHESTER

Milord: cuando Carlos segundo estará en Windsor-Loge, nos diréis vuestros versos, y en estos mismos bancos invitaremos á Vithers, Waller y Saint-Albans. ¿Os desagradaría, milord, que me abstuviese ahora?

LORD ORMOND

¡Sí, conspiremos en paz!

(Á DAVENANT.)

¡Habéis hablado como un príncipe, caballero!

(Aparte.)

Wilmot debería avergonzarse, sí; Davenant el poeta no es tan loco como él.

LORD ROCHESTER, á DAVENANT

¿De modo que no queréis escuchar?

DAVENANT

Supongo que milord Rochester me dispensará. Hemos de discutir varios puntos relativos á nuestro plan.

LORD ROCHESTER

¿Pensáis que mi cuarteta es mala? ¿Por qué no ha hecho uno *tragicomedias, mascaradas...*? ¡Está bien, caballero!

(Bajo á ORMOND.)

¡Rapsodias! ¡Sólo por celos se niega!

DAVENANT

¡Cómo! ¿Milord se enfadaría?

LORD ROCHESTER

¡Dejadme con mil diablos!

DAVENANT

¡Por mi vida que no creí disgustaros!

LORD ORMOND

Servíos, milord...

LORD ROCHESTER, apartándose

¡El orgullo!...

DAVENANT

Milord, dignaos...

LORD ROCHESTER, rechazándolo

¡La envidia!

LORD ORMOND

¡San Jorge! No me inclino á la dulzura. ¡Por una gota de agua se desborda un vaso lleno! ¡Milord! El peor de los fatuos que por París se pasea, el último *damisel* de la plaza Real, con todas las plumas que caen sobre su sombrero, su golilla de encaje y sus lazos de cintas, su peluca con bu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cles y sus botas anchas, divaga menos que vos...

LORD ROCHESTER, furioso

¡Milord, no sois mi padre! Vuestros discursos podrían defenderlos vuestras canas. ¡Vuestra palabra es joven y nos hace de la misma edad; me daréis cuenta de este ultraje!

LORD ORMOND

¡Con mucho gusto! ¡Sacad la espada, hermoso damisel!

(Sacan las espadas.)

¡Por mi honor, que me importa tanto como una caña!

(Cruzan las espadas.)

DAVENANT, echándose entre los combatientes

Milores, ¿qué hacéis? ¡Haya paz, haya paz al momento!

LORD ROCHESTER, forcejeando

Amigo, la paz es buena, y la guerra es mejor.

DAVENANT, procurando separarlos

¡Si el sereno os oyese...!

(Llaman á la puerta.)

Creo que llaman...

(Llaman con más fuerza.)

¡Por Dios, milores!...

(Los combatientes continúan.)

¡En nombre del rey!

(Los adversarios se detienen y bajan las espadas. Llaman de nuevo.)

¡Todo va á perderse! Quizás han llamado á la guardia. ¡Paz!

(Los dos lores envainan las espadas, se ponen los grandes sombreros y se envuelven en sus capas. Llaman á la puerta y DAVENANT va á abrir.)

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA QUINTA

Los mismos y CARR, traje de cabeza-redonda

(Se detiene gravemente en el umbral de la puerta, y saluda á los tres caballeros con la mano, sin quitarse el sombrero.)

CARR

¿No es aquí, hermanos, la asamblea de los santos?

DAVENANT, devolviéndole el saludo

Sí.

(Bajo á lord ORMOND.)

Así es como se llaman entre ellos esos condenados puritanos.

(Alto á CARR.)

Sed bienvenido y feliz, hermano, en este conventículo.

(CARR se acerca despacio.)

LORD ORMOND, bajo á ROCHESTER

Nuestro acceso belicoso era muy ridículo, milord. No pasemos de ahí. Os confieso que tuve culpa. Seamos amigos.

LORD ROCHESTER, inclinándose

Estoy á vuestras órdenes, milord.

LORD ORMOND

Conde, pensemos sólo en el rey, cuyo servicio reclama que mi mano se una á la vuestra.

LORD ROCHESTER

Marqués, es para mí una dicha, tanto como un deber. (Se estrechan la mano.)
¿Y no basta ya, justo Dios, tener en el cuerpo, por efecto de nuestras guerras fatales, destierro, proscripción, sentencias capitales, la cabeza pregonada, vendida, etc.,
(Designa su traje con un gesto.)
y este sombrero de fieltro y esta capa de paño?

CARR, anda algunos pasos con lentitud, junta las manos sobre el pecho, mira al cielo y luego sucesivamente á los tres caballeros

¡Hermanos míos, continuad! Cuando llego al sermón, soy del santo banquete el menos digno invitado. ¡Que nadie se mueva por el viejo Carr! Veo que el ruido, que fuera llevaron vuestras voces, era un dulce combate de armas espirituales.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Diablo!

CARR, continuando

Esas luchas me son habituales; volved á ese combate que alimenta el espíritu.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ROCHESTER, bajo á DAVENANT

O le producen náuseas.

DAVENANT, bajo á ROCHESTER

¡Paz, milord!

CARR, prosiguiendo

Escrito está: *¡Id todos por el mundo y predicad mi palabra!*

LORD ROCHESTER, bajo á DAVENANT

Voy á estudiar mi papel de capellán.

CARR, después de una pausa

Merecí la cólera del Parlamento largo. Desde hace siete años la Torre me guarda tras sus cerrojos, llorando nuestras libertades, desaparecidas con el poder de Cromwell. Esta mañana mi carcelero me abre y me dice: En las *Tres Grullas* te esperan. Israel llama á sus tribus; por fin van á destruir á Cromwell y sus abusos. Ve. Voy y llego á vuestra puerta amiga, como en otro tiempo Jacob en Mesopotamia. ¡Salud! Mi alma espera vuestras palabras de miel, como la tierra seca aguarda las aguas del cielo. La maldición me mancha y me envuelve; purificadme, hermanos, con el hisopo; pues si vuestros ojos hacia mí no vuelven su antorcha, seré como un muerto que baja á la tumba.

LORD ROCHESTER, bajo á DAVENANT

¡Qué terrible jerigonza!

DAVENANT, bajo á ROCHESTER

Es del Apocalipsis.

CARR

Mi alma quiere luz.

LORD ROCHESTER, aparte

Haz cesar el eclipse. Comprendo en medio de tal discurso, que viene de la Torre y que se llama Carr. Es uno de los conjurados que nos envía Barksthead. Ese Carr es un sectario, una vieja ave de presa. En la rebelión, asistido por Strachan, del campamento parlamentario separó su campamento. El Parlamento le encerró en la Torre de Londres; pero, señor Davenant, lo que va á sorprenderos, es que maldice á Cromwell por haber disuelto, mediante una traición, al Parlamento que le llevó á la cárcel.

DAVENANT, bajo

¿Es independiente de la clase ordinaria? ¿Ranter? ¿Sociniano?

LORD ORMOND, bajo

No, es milenario. Cree que por mil años los santos van á ser admitidos á gobernar solos. ¡Los santos son sus amigos!

CARR, que ha parecido absorto en un éxtasis sombrío

¡Hermanos, he sufrido mucho! Se olvidaban de mí en la obscuridad, como se olvida á los muertos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que llevan un siglo en su sepulcro sombrío. El Parlamento, al cual ¡ay! yo mismo ofendí, por Oliverio Cromwell había sido disuelto; y cautivo lloraba por la vieja Inglaterra, semejante al pelícano, junto al lago solitario; ¡y lloraba también por mí! Por el fuego del pecado mi frente estaba manchada y mi brazo seco; parecía maldecido por el Dios á quien proclamo como un tronco medio consumido por la llama. ¡Ay! ¡He llorado tanto, miembros del santo rebaño, que mis huesos están quemados y tocan á la piel! Pero, en fin, el Señor se compadece y me levanta. ¡En la piedra del templo afila mi puñal; va á herir á Cromwell y arrojar de Sión la desolación y la perdición!

LORD ROCHESTER, bajo á DAVENANT

¡A fe mía que la arenga es muy original!

CARR

Tomo de nuevo entre vosotros mi traje virginal.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Demonio!

CARR

Guiad mis pasos en el camino estrecho; ¡y glorificaos, vosotros cuyo corazón es recto! Los mil años han venido. Los santos á quienes Dios protege desde Gog hasta Magog, van á gobernar al mundo. ¡Sois santos!

LORD ROCHESTER, atentamente

Señor, nos honráis.

CARR, con entusiasmo

Las piedras de Sión son gratas al Señor.

LORD ROCHESTER

¡Eso es hablar!

CARR

A menos que Dios me toque, estoy como un mudo que no abre la boca. Siempre á vosotros escuchará mi oído, pues el maná celestial abunda en vuestros discursos.

(Señalando á ORMOND.)

Decidme, érais de opiniones diversas; ¿sobre qué texto corrían vuestras santas controversias?

LORD ROCHESTER

¿Hace un instante? Era sobre un versículo...

(Aparte.)

¡Está claro! ¿Si acaso le agradase mi madrigal? Me escucha ya con sin igual ardor. ¿Qué poeta podría ver abrirse tan ampliamente una oreja semejante sin echarle versos? Atrevámonos con el madrigal de cualquier manera. Primero hagámosle beber. Se sabe que con el ruido de los vasos se sonríen á veces nuestros severos puritanos.

(Alto.)

Debéis tener sed.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARR

¡Jamás! ¡Ni sed ni hambre! Pues como la ceniza, amigo, como si fuese pan.

LORD ROCHESTER, aparte

Podrá comer solo, si esa es su comida. No importa.

(Alto.)

¡Mozo, patrón!

(Entra un mozo de la taberna.)

Un jarro de muscadina, vino é hipocrás.

(El mozo guarnece una mesa con jarros y dos vasos de estaño. CARR y ROCHESTER se sientan á la mesa. CARR llena primero su vaso y ofrece después al caballero, quien continúa diciendo:)

Preguntabais, gracias, qué texto hace un momento se discutía aquí. Señor, es un madrigal...

CARR

¿Un madrigal?

LORD ROCHESTER

Sí, perfectamente.

CARR

¡Madrigal! ¿Qué es eso?

LORD ROCHESTER

Es... como un salmo.

CARR

¡Ah! Escucho.

LORD ROCHESTER

Me diréis, señor, vuestro parecer. «¡A la bella Egeria!...» ¡Ah! La persona á la cual están dirigidos estos versos se llama Francisca; pero ese nombre, harto vulgar, en un verso galante resonaría poco. Era preciso cambiarlo; vacilé mucho tiempo en Griselidis y Partenólice. Luego, en fin, escogí el dulce nombre de Egeria, que del sabio Numa fué la ninfa preferida. Él fué legislador, yo soy del Parlamento; así era mejor. ¿Obré ó no cuerdamente? Juzgad. Pero he aquí el amoroso epigrama: (Adopta un aire lánguido y galante.)

Enciéndese mi alma en vuestros ojos
En los que el dios Cupido
Llamea con su fuego abrasador;
Son como dos espejos que concentran
La llama que ha encendido
Y que quema mi ardiente corazón.

(CARR, que escuchó al principio con atención, luego con desagrado, se levanta furioso y hace caer la mesa al suelo.)

CARR

¡Demonios! ¡Condenación! ¡Injuria! Perdónenme los cielos y los santos si juro; pero ¿cómo oir con sangre fría á mi lado desbordar el torrente de las impurezas? ¡Huye! ¡Atrás, edomita! ¡Atrás, amalecita! ¡Madianita!

LORD ROCHESTER, riendo

¡Ay, Dios! Otro original más divertido que Ormond.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARR, indignado

Tú, como Satanás, me has llevado á lo alto del monte, y tu lengua me dijo: Tú que sales de un ayuno austero, ¿tienes sed? A tus pies pongo la tierra entera.

LORD ROCHESTER

Sólo os ofrecí un vaso de vino.

CARR

¡Y yo que le escuchaba como á un espíritu divino! ¡Yo, cuya alma se abría á su boca taimada como un lirio de Sarón á las gotas del rocío! En vez de los puros tesoros de un corazón casto y sereno, ¡me enseña una llaga!

LORD ROCHESTER

¿Una llaga?... ¡Un madrigal!

CARR, animándose por momentos

¡Una llaga espantosa donde se ve el papismo, el amor, el episcopado, la voluptuosidad y el cisma! ¡Una incurable úlcera en la que Moloch-Cupido vierte con Astarté sus detestables vicios!

LORD ROCHESTER

Dispensad. No es Astarté, señor, es Egeria.

CARR

Tu boca es un veneno que agostó mi alma. ¡Retiraos de mí, vosotros todos los que cometéis fornicaciones é iniquidades! ¡Secáis mis huesos hasta la médula! Pero los santos prevalecerán. Vuestra ralea cruel no los doblará como débiles cañas, y cuando desborden por fin las grandes aguas, no llegarán ni siquiera á sus pies.

LORD ROCHESTER

¡Chocheas! ¿De qué os servirían entonces vuestras grandes botas? Si no llueve sobre nosotros, ¿para qué esos grandes sombreros?

CARR, con amargura

Tu hablar es, sin duda, el propio de un hijo de *Zerviah*.

(En ese momento la capa de ROCHESTER se entreabre y deja ver su rico traje lleno de lazos, cordones y joyas. CARR le mira escandalizado y dice:)

¡Ah, sí, es un mago! ¡Una esfinge con cara de hombre, vestido y adornado según la moda de Sodoma! Satanás lleva su justillo del mismo modo, y se contonea también con encajes en los puños, tapa su pie hendido, para que no le vean, con zapatos de rosetón y calzas de seda, y coloca su liga por encima de la rodilla. Esas joyas, esos anillos, consagrados á Wishnú, del ídolo Nabo son otros tantos amuletos; y para que el infierno se ría de veras, detrás de la oreja se le ve la abominable *trenza de amor*.

LORD ORMOND

¡Locos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARR, en el colmo de la indignación

¡No, no son santos!

LORD ROCHESTER, riendo

¿Desistes de tu intento?

CARR

¡Es un *club* de demonios, un sábado de papistas! ¡Son caballeros! ¡Salgamos!

LORD ROCHESTER

Adiós, querido.

CARR, dirigiéndose hacia la puerta

¡Mis pies andan aquí sobre carbones del infierno!

ESCENA SEXTA

Los mismos; el coronel JOYCE, el mayor general HARRISON, el zurrador BAREBONE, el teniente general LUDLOW, el coronel OVERTON, el coronel PRIDE, el soldado SYNDERCOMB, el mayor WILDMAN, los diputados GARLAND, PLINLIMMON, y otros puritanos.

(Entran procesionalmente, envueltos en sus capas. Sombreros caídos, grandes botas, largas espadas que levantan la orilla posterior de las capas.)

JOYCE, deteniendo á CARR

¡Vaya! ¿Qué haces? ¿Te marchas cuando llegamos?

CARR

¡Joyce, te han engañado! ¡No entres en Nínive! ¡Sal de este lugar maldito! ¡Barebone, Harrison! ¡Son caballeros y no son santos! ¡Traición!

JOYCE, bajo á CARR

Pero esos caballeros, viejo Carr, son de los nuestros. Hay que emplear sus brazos á falta de otros. ¡Son nuestros aliados!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARR

¡Muera el partido realista! ¡Que no haya alianza con los hijos de Belial!

JOYCE, á OVERTON

¡Es aun muy simple!

(A CARR.)

¡Vamos, quédate aquí, quédate!

CARR, resignándose, con aire sombrío

Sí, para preservaros de su funesto contacto.

(Los tres caballeros se han sentado á una mesa hacia la derecha del teatro. Los puritanos agrupados á la izquierda parecen hablar en voz baja, y lanzan de vez en cuando miradas iracundas sobre los caballeros. Debe suponerse, durante todas las escenas siguientes, que hay bastante espacio entre los dos grupos de conjurados para que lo que se dice en uno de ellos no ha necesariamente de ser oído por el otro. Sólo CARR parece observar constantemente á los caballeros, pero algo separado de los otros cabezas redondas.)

LORD ORMOND, bajo á DAVENANT

Ese perezoso Lambert tarda en llegar. Debe haber soñado esta noche que ha visto el cadalso.

LORD ROCHESTER, bajo á los otros

Nuestros buenos amigos los santos tienen un aspecto muy sombrío. Sólo somos tres, y, ¡por san Pablo!, su número es ya temible.

(Mira hacia la puerta.)

Pero aquí vienen refuerzos. Sedley, Roseberry, lord Drogheda, Clifford.

LORD ORMOND, levantándose

Y el ilustre Jenkins, á quien escucha el tirano, aunque persiguiendo sus virtudes, para él temibles.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA SÉPTIMA

Los mismos; SEDLEY, LORD DROGHEDA, LORD ROSEBERRY, SIR PETERS DOWNIE, LORD CLIFFORD, caballeros con sombreros á la puritana; el doctor JENKINS, anciano vestido de negro, y otros realistas.

(Los caballeros entran revueltos y en tumulto; sólo el doctor JENKINS tiene un andar grave y una actitud severa.)

LORD ROSEBERRY, con alegría

¡Rochester, lord Ormond, Davenant! ¡Qué calor hace!

CARR, en un rincón aparte

¡Rochester, lord Ormond!

LORD ORMOND, bajo, con mirar descontento, á ROSEBERRY

No digáis tan alto nuestros nombres.

LORD ROSEBERRY, bajo y mirando á los cabezas redondas

¡Ah! No había visto á esos cuervos.

LORD ORMOND, bajo á ROSEBERRY

Por si acaso, cuidad, milord, que no os coman algún día.

(Los caballeros se acercan á la mesa donde estuvieron ORMOND, ROCHESTER y DAVENANT, y reparan en la mesa y los vasos de estaño que CARR echó al suelo.)

LORD CLIFFORD, con alegría

¡Cómo! ¿Mesas ya por el suelo? ¿Quién ha empezado? Pero ¡dos vasos para tres! ¿Cuál de vosotros ayuna? Pongamos las cosas en orden.

(Levanta la mesa y llama á un mozo que pone nuevos jarros de cerveza y de vino. Los caballeros jóvenes se sientan á ella.)

Tengo hambre y sed.

CARR, aparte y con indignación

¡Sus bocas sólo sirven para morder! ¡Paganos! *¡Hambre y sed* es su eterno himno! ¡Están sumergidos en apetito carnal!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA OCTAVA

Los mismos; SIR RICARDO WILLIS, traje de los viejos caballeros, barba blanca, aspecto de enfermo

LORD ORMOND

¡Sir Ricardo Willis!

(Todos los caballeros se levantan y van á su encuentro. Parece andar con dificultad. ROSEBERRY y ROCHESTER le ofrecen el brazo y le ayudan.)

SIR RICARDO WILLIS, á los caballeros que le rodean

Libre un instante de su cadena, queridos amigos, hasta vosotros el viejo Ricardo se arrastra. ¡Ay! Me veis débil y enfermo siempre de las persecuciones que pesan sobre mis días; mis ojos han perdido la costumbre de la luz, ¡tanto estudia Cromwell los medios de atormentarme!

LORD ORMOND

¡Mi pobre y viejo amigo!

SIR RICARDO WILLIS

Pero no me compadezcáis, si casi hasta la tumba, llevado paso tras paso, mi brazo magullado y dolorido por el hierro, animado de un santo celo, acude á le-

vantar de nuevo el trono legítimo; ó que, si el cielo permite que, confesando mi fe, el resto de mi sangre se vierta por mi rey.

LORD ORMOND

¡Sublime lealtad!

LORD ROCHESTER

¡Adhesión venerable!

SIR RICARDO WILLIS

¡Ah! Soy entre vosotros el menos importante, y no tengo otra dicha fuera de haber sido, de los servidores del rey, el que más han perseguido.

EL DOCTOR JENKINS

¡Que como ejemplo de honor, sean vuestras virtudes fecundas!

SIR RICARDO WILLIS, después de un gesto de modestia

Pero ¿qué esperamos? He aquí nuestros cabezas redondas.

LORD ORMOND

Falta Lambert todavía. Los cobardes son tardíos.

LORD ROCHESTER, bebiendo, á los lores ROSEBERRY y CLIFFORD

¡Qué preciosos están nuestros santos con sus fieltros negros cortados en forma de tejo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIR RICARDO WILLIS, á LORD ORMOND

¿Quiénes son esos sectarios?

LORD ORMOND

Allí están Plinlimmon, Ludlow, parlamentarios; Carr, que nos mira con ojos de odio y de temor; el *maldecido* Barebone, inspirado zurrador.

SIR RICARDO WILLIS

¿Quién es ese Barebone?

DAVENANT, bajo á SIR RICARDO

¡Ah! Es un hombre único. Barebone, enemigo del poder tiránico, zurrador de nuestros santos, tapicero de Cromwell, como á dos carrillos come en ese doble altar. Prepara á la vez el degüello y la fiesta. De Cromwell coronado su voz proscribe la cabeza y la coronación se regatea con él. Entregándose hoy á un doble fin, el buen hombre trabaja, alabando á Dios, por las pompas del diablo. Mercader oficioso y santo desapiadado, su fanatismo por Noll, á quien ayuda con su crédito, le hace vender lo más caro posible ese trono que maldice.

SIR RICARDO WILLIS

¿No fué su hermano orador de la Cámara?

DAVENANT

Sí, del difunto Parlamento, al cual también perteneció él.

SIR RICARDO WILLIS, á LORD ORMOND

¿Los otros?...

LORD ORMOND

Harrison, regicida; Overton, regicida; Garland, regicida...

LORD CLIFFORD

¿No se sabe cuál de los tres es Satanás?

LORD ORMOND

¡Paz, milord! Allí declama el raptor del rey, Joyce.

LORD ROSEBERRY

¡Raza infame!

LORD ROCHESTER

¡Cuánto me agradaría reñir un poco con esos cabezas redondas que van insultando á Dios! ¡Cómo disfrutaría, en premio de sus piadosas veladas, si haciéndoles más redondos pudiese cortarles las orejas! ¡Y cuán grato pasatiempo me hubiera permitido atacando á esos bribones, si no fuesen amigos nuestros!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA NOVENA

Los mismos; el teniente general LAMBERT, igual traje que los demás cabezas redondas, larga espada con ancha empuñadura de cobre.

(Al llegar LAMBERT, los cabezas redondas se inclinan con deferencia.)

LORD ORMOND

¡Por fin llegó Lambert!

CARR, aparte

¡Qué extraño misterio!

LAMBERT

¡Salud á los viejos amigos de la vieja Inglaterra!

LORD ORMOND, á sus adictos

Va á llegar el momento de jugar el todo por el todo.
Concluyamos la alianza y determinemos los puntos.

(Se adelanta hacia LAMBERT, quien va á su encuentro.)

Jesús crucificado...

LAMBERT

Para la salvación de los hombres. Estamos listos.

LORD ORMOND

Conmigo van trescientos hidalgos, cuyos jefes son éstos. ¿Cuándo herimos al maldito?

LAMBERT

¿Cuándo será rey?

LORD ORMOND

Mañana.

LAMBERT

Demos el golpe mañana.

LORD ORMOND

Queda convenido.

LAMBERT

¡Queda convenido!

LORD ORMOND

¿A qué hora?

LAMBERT

Al medio día.

LORD ORMOND

¿Qué sitio?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAMBERT

En Westminster mismo.

LORD ORMOND

¡Alianza!

LAMBERT

¡Amistad!

(Se estrechan un momento la mano. Aparte.)

¡Tendré la corona! ¡Cuando me hayas servido á mi antojo, la horca de Capell no está tan apolillada que aguantar no pueda un tajo para tu cabeza!

LORD ORMOND, aparte

Cree dirigirse al trono y su cadalso se prepara.

(Pausa.)

LAMBERT, aparte

¡Vamos! ¡Se ha hecho la cosa, estoy comprometido! ¡Me han elegido jefe! ¿Por qué lo he consentido? ¡Ah! ¡Ah! ¡No importa! Adelantemos. Mi temor es ridículo. ¿Acaso sabe uno adónde va cuando retrocede? Hablemos.

(Cruza los brazos sobre el pecho y levanta los ojos al cielo. Los puritanos adoptan una actitud de éxtasis y de oración. Los caballeros siguen sentados á la mesa; los más jóvenes beben alegremente. Sólo Ormond, Willis, Davenant y Jenkins parecen escuchar la arenga de Lambert.)

¡Piadosos amigos! Se nos ha informado que, á pesar de este pueblo y de su derecho desconocido, un hombre que se dice protector de Inglaterra, quiere

arrogarse el título hereditario de los reyes. Por eso venimos á vosotros y os preguntamos si conviene castigar ese imprudente orgullo, y si entendéis, vengando por vuestra espada nuestra antigua franquicia abolida, usurpada, pronunciar sentencia de muerte, sin merced ni perdón, contra Oliverio Cromwell, del condado de Hungtindon.

TODOS, excepto CARR y HARRISON

¡Muera Oliverio Cromwell!

LOS CABEZAS REDONDAS

¡Exterminemos al traidor!

LOS CABALLEROS

¡Muerte al usurpador!

OVERTON

¡Que no haya rey!

LAMBERT

¡Que no haya amo!

HARRISON

Permitid que humildemente exponga un escrúpulo. Nuestro opresor me parece un instrumento del cielo; aunque tirano, tiene el alma independiente, y quizás es aquel á quien Daniel proclama, cuando dice en su profecía: *Los santos tomarán el reino del mundo y lo poseerán.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

LUDLOW

Sí, el texto es formal. Pero el mismo profeta tranquiliza, mi general, á vuestra alma satisfecha, pues Daniel dice en otra parte: *Al pueblo de los santos será dado el reino para mis designios*. Por consiguiente, nadie deberá tomarlo antes de que se lo den.

FOYCE

¡Luego *el pueblo de los santos* somos nosotros!

HARRISON

Me entrego á vuestra sabiduría. Pero, al confesarme vencido, Ludlow, no quedo del todo convencido que los textos citados tengan el sentido que les dais; y sobre esas cuestiones, prohibidas para los profanos, desearía algún día con vos conferenciar. Se nos unirían para deliberar algunos amigos piadosos, que en estas materias puedan, con su saber, secundar nuestras luces.

LUDLOW

Con mucho gusto. Será, si os place, el viernes.

(HARRISON se inclina en señal de asentimiento.)

LAMBERT, aparte y como absorbido en sus reflexiones

¡Lo que les decía; es, en verdad, muy atrevido!

JOYCE, enseñando á LAMBERT un grupo de cabezas redondas que ha permanecido aislado en el fondo

Tres nuevos conjurados están ahí. Sus brazos se

indignan de venir un poco tarde á trabajar en la viña; pero estos santos obreros se presentan á vos, recordando que está escrito: *¡Todos recibirán igual salario!*

LAMBERT, suspirando

Decidles que vengan.

(El grupo se adelanta hacia LAMBERT.)

¿Cómo os llamáis, hermanos?

UNO DE LOS NUEVOS CONJURADOS

Tramen-cuanto-quieran-vuestros-contrarios.-Alabad-á-Dios-PIMPLETÓN.

OTRO CONJURADO

Muerte-al-Pecado-PALMER.

TERCER CONJURADO

Vive-para-resucitar-JEROBOÁN-DE-EMER.

LORD ROCHESTER, bajo á LORD ROSEBERRY

¿Qué dicen?

LORD ROSEBERRY, bajo á LORD ROCHESTER

Tienen la costumbre risible de envolver sus nombres en un versículo de la Biblia.

LAMBERT, presentando una Biblia abierta

Juráis...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALABAD-Á-DIOS-PIMPLETON

¿Nosotros jurar?

MUERTE-AL-PECADO-PALMER

¡Lejos de nosotros todo juramento!

VÍVE-PARA-RESUCITAR-JEROBOÁN-DE-EMER

Sólo el infierno les escucha y el cielo les desmiente.

ALABAD-Á-DIOS-PIMPLETON

¡Líbrenos la fe de los blasfemos paganos!

LAMBERT

Pues bien. ¿Prometéis, puesta la mano sobre este libro,

(Titubea.)

sacrificar á Cromwell?

LOS TRES, poniendo la mano sobre la Biblia

Sí.

LAMBERT, con voz más fuerte

¿Prestarnos apoyo, callar y obrar?

LOS TRES

Sí, lo prometemos.

LAMBERT

¡Sed bien venidos!

(Los tres conjurados se colocan entre los puritanos.)

OVERTON, bajo á LAMBERT

Todo está en buen camino, ¡ánimo! Todo va bien.

LAMBERT, aparte

Mañana tendré, sin duda, la corona de más ó la cabeza de menos.

OVERTON, señalando á los conjurados

Mirad, ¡cuántos amigos, milord!

LAMBERT, aparte

¡Cuántos testigos!

SYNDERCOMB, en el grupo de los conjurados

¡Muera Oliverio Cromwell!

CARR, á los cabezas redondas

Hermanos; cuando vuestros aceros hayan herido á Cromwell, sacudido de su sueño, derribado ese Baal á quien adoran de rodillas, ¿qué haréis después?

LUDLOW, pensativo

Es verdad; ¿qué haremos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ORMOND, aparte

Lo sé.

LAMBERT, indeciso

Nombraremos un consejo compuesto de diez miembros cuando más.

(Aparte.)

Y que sólo tenga una cabeza.

HARRISON, con viveza

¡Diez miembros, general Lambert! ¡No son bastantes! ¡Setenta, como en el sanhedrín hebreo! Es el número sagrado.

CARR

El poder legítimo es el Parlamento largo, dispersado por un crimen.

JOYCE

¡Un consejo de oficiales!

HARRISON, animándose

Creed lo que digo; para gobernar hay que ser setenta.

BAREBONE

Para Inglaterra, amigos, no hay salvación posible, mientras no se quiera, estableciéndolo todo según la Biblia, imponer á los mercaderes, por sus ganancias

depuradas, el peso del santuario y los números sagrados, y dejando por Sión, Egipto y la Caldea, cambiar el pie en palma y la braza por el codo.

GARLAND

¡Ese es un hablar sensato!

JOYCE

¿Barebone está loco? ¡Topo que nada ve desde su agujero! ¿Es que toma quizás su mostrador por un trono, su gorro por una tiara y por cetro una vara?

PLINLIMMON, á JOYCE señalando á BAREBONE

No os burléis. A veces le inspira el espíritu.

(A BAREBONE.)

Amigo, te apruebo.

BAREBONE, enorgulleciéndose

Es preciso, para no hacer las cosas á medias, tomar en cada condado los primeros de su ciudad...

JOYCE, con risa desdeñosa

¡Los zurradores!

BAREBONE, amargamente á JOYCE

Gracias; la observación es cortés. Pero vos mismo, antes que oficial y burlón, corneta Joyce, ¿no habéis sido sastre?

(JOYCE hace un ademán de cólera, y BAREBONE prosigue:)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yo, á quien la ciudad cuenta entre sus notables...

(JOYCE quiere echarse sobre él y le amenaza con el puño.)

OVERTON, colocándose entre ambos

¡Vamos! ¡Vamos!

LORD ROSEBERRY, á los puritanos. Se levanta, mueve devotamente los ojos, toma como un aire de compunción y lanza un gran suspiro.

Señores, la ley de las doce tablas... las tablas de la ley...

(Los puritanos escuchan con atención.)

CARR

¿Qué quiere decir?

LORD ROSEBERRY, continuando

No quieren que uno se muera de sed y de hambre. Voto por una buena comida; nuestros estómagos están vacíos.

(Los cabezas redondas se vuelven con indignación. Los mozos de la taberna ponen cubiertos y platos en la mesa de los caballeros.)

CARR, mirando á los caballeros comer

¡Sólo de carne y vino están ávidos estos endiablados!

BAREBONE

¡Paganos!

CARR, á los puritanos

Antes de ir más allá, escuchadme. ¿Es cierto que Cromwell piense en proclamarse rey?

OVERTON

¡Y tan cierto! Mañana un Parlamento servil le concederá ese título proscripto.

TODOS, menos CARR

¡Muera el ambicioso!

HARRISON

Pero no concibo lo que empuja á Cromwell para aventurar ese paso. ¡Es preciso que esté loco para desear el trono! Nada queda ya de los bienes de la corona. Hampton-Court fué vendido en provecho del tesoro; Woodstock está destruído y Windsor sin muebles.

LAMBERT, bajo á OVERTON

¡Imbécil ladrón que, puesto en la cúspide, sólo ve los rubíes engarzados en la diadema, y en el trono, objetivo de los trabajos de Oliverio, las *anas* (varas) de terciopelo que vender al ropavejero! Devorado por la sed de oro que nada apaga, Harrison aprecia el cetro únicamente como un platero, y si una corona se ofreciese á su deseo, no la usurparía, no, pero la robaría.

BAREBONE, en éxtasis

¡Ah! ¿Por qué convierte Dios, en estos días de mi-

seria, al león de Jacob en un vil macho cabrío? Oliverio, revestido con un traje de honor, parecía andar siempre á la diestra del Señor; era en nuestros campos como una gavilla madura; llevaba de Judá la invulnerable armadura, y cuando aparecía ante su vista deslumbrada, huían los filisteos exclamando: ¡Es él! ¡Él era, Israel, la almohada de tu lecho! Pero esa miel en veneno se cambia para tu boca; se hizo tirio; y los hijos de Edón, entre clamores, se rieron de tu abandono. Todos los amorreenses se estremecieron de alegría, al ver que un demonio le empujaba hacia sus vías; quiere ser, alentado por la impura Abisag, rey como fué David; ¡que lo sea como Agag!

SYNDERCOMB

¡Que muera!

LAMBERT

Ha llenado su medida con crímenes.

LORD DROGHEDA

Drogheda humea aún con la sangre de sus víctimas.

VIVE-PARA-RESUCITAR-JEROBOÁN-DE-EMER

Su corazón se abre á los hijos de Gomorra y de Tiro.

LORD ORMOND

Empapó sus manos en la sangre del rey mártir.

HARRISON

Sin respeto hacia nuestros derechos adquiridos en tantas guerras, obliga á los caballeros á restituir sus tierras.

MUERTE-AL-PECADO-PALMER

Ayer, en el impuro banquete que en nombre de la ciudad le ofreció el lord alcalde, fué cumplimentado. Recibió la espada y la devolvió después.

LAMBERT

¡Esos son gestos de rey!

JOYCE

¡Inglaterra está perdida!

EL DOCTOR JENKINS

Él juzga, tasa, absuelve y condena sin apelación.

SIR RICARDO WILLIS

Mandó asesinar á Hamilton, á lord Capell y á lord Holland, que fueron presas de ese tigre.

BAREBONE

Usa descaradamente justillos de seda.

OVERTON

Nos niega á todos lo que nos es debido. Bradshaw está desterrado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ROCHESTER

¿Bradshaw no fué ahorcado?

ALABAD-Á-DIOS-PIMPLETON

Tolera, con desprecio de la Santa Escritura, los ritos del papismo y de la prelacía.

DAVENANT

¡De Westminster profanó las tumbas!

LUDLOW

¡Mandó enterrar á Iretón á la luz de las antorchas!

LOS CABALLEROS

¡Sacrílego!

LOS CABEZAS REDONDAS

¡Idólatra!

JOYCE

¡Amigos! ¡No, que no haya perdón!

SYNDERCOMB, blandiendo un puñal

¡Que muera!

TODOS, sacando sus puñales

¡Exterminemos al tirano y á su raza!

(En ese instante llaman con fuerza á la puerta de la taberna. Los conjurados se detienen. Silencio de terror y de sorpresa. Vuelven á llamar.)

LORD ORMOND, acercándose á la puerta

¿Quién está ahí? ¿Quién va?

LAMBERT, aparte

¡Diablo!

UNA VOZ, desde fuera

¡Amigo!

LORD ORMOND

¿Qué quieres?

LA VOZ

¡Por el cielo, amigo, os digo que abráis!

LORD ORMOND

¿Cuál es tu nombre?

LA VOZ

Ricardo Cromwell.

TODOS LOS CONJURADOS

¡Ricardo Cromwell!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ORMOND

¡El hijo del protector!

LAMBERT

La trama se ha descubierto.

LORD ROSEBERRY

Hay que abrir.

(Abre. Entra RICARDO CROMWELL.)

ESCENA DÉCIMA

Los mismos; RICARDO CROMWELL, traje de caballero

(Al entrar RICARDO CROMWELL, los puritanos se envuelven en sus capas y hacen caer el ala del sombrero.)

RICARDO CROMWELL

Pero ¡por mi alma!, ¿dónde se vió otra cueva cerrada como ésta? No, jamás ningún castillo se vió tan bien guardado. Roseberry, Clifford, sin vuestras caritativas voces, que dominaban el ruido de las botellas, de los vasos y las mesas, vuestro pobre Ricardo quedaba desairado.

(Saluda á los conjurados que están junto á él.)

Buenos días, señores. ¿Por quién brindabais? A los votos que formasteis, permitid que me una...

LORD CLIFFORD, indeciso

Querido Ricardo... decíamos...

LORD ROCHESTER, riendo

¡Bendigaos el cielo!

RICARDO CROMWELL

¡Cómo! ¿Hablabais de mí? Sois muy bondadosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ORMOND

¡El hijo del protector!

LAMBERT

La trama se ha descubierto.

LORD ROSEBERRY

Hay que abrir.

(Abre. Entra RICARDO CROMWELL.)

ESCENA DÉCIMA

Los mismos; RICARDO CROMWELL, traje de caballero

(Al entrar RICARDO CROMWELL, los puritanos se envuelven en sus capas y hacen caer el ala del sombrero.)

RICARDO CROMWELL

Pero ¡por mi alma!, ¿dónde se vió otra cueva cerrada como ésta? No, jamás ningún castillo se vió tan bien guardado. Roseberry, Clifford, sin vuestras caritativas voces, que dominaban el ruido de las botellas, de los vasos y las mesas, vuestro pobre Ricardo quedaba desairado.

(Saluda á los conjurados que están junto á él.)

Buenos días, señores. ¿Por quién brindabais? A los votos que formasteis, permitid que me una...

LORD CLIFFORD, indeciso

Querido Ricardo... decíamos...

LORD ROCHESTER, riendo

¡Bendigaos el cielo!

RICARDO CROMWELL

¡Cómo! ¿Hablabais de mí? Sois muy bondadosos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BAREBONE, aparte

¡Que el infierno en tu garganta apague sus carbones!

RICARDO CROMWELL

¿No os estorbo?

LORD ROSEBERRY, balbuciendo

¡Cómo! ¿Vos?... ¡Al contrario! Muy dichosos... ¿Venís á vernos para algún asunto?

RICARDO CROMWELL

Aquí me trae el mismo motivo que á vosotros.

CARR, aparte

¿Sería acaso conjurado?

SIR RICARDO WILLIS, aparte

¡Ricardo Cromvell también!

RICARDO CROMWELL, alzando la voz

¡Vaya, señores Sedley, Roseberry, Downie, Clifford, os acuso aquí de felonía!

LORD ROSEBERRY, asustado

¿Qué dice?

LORD CLIFFORD, turbado

Querido Ricardo... ¡Que Dios me condene! ¡Lo sabe todo!

SEDLEY, con angustia

Os juro...

RICARDO CROMWELL

Servíos escucharme hasta el fin; os justificaréis después, si os es posible.

LORD ROSEBERRY, bajo á los otros

¡Estamos descubiertos!

DOWNIE

Sí, la cosa es visible.

RICARDO CROMWELL

Pronto hará diez años que somos amigos; y bailes, cacerías, placeres permitidos y no permitidos, todo fué común entre nosotros, nuestros apuros, nuestras felicidades, nuestra bolsa y hasta nuestras queridas. Vuestros perros eran míos; teníais mis halcones y pasábamos las noches bajo los mismos balcones; aunque mi nombre me inscribe en un partido contrario, siempre con todos vosotros viví como hermano. Y, sin embargo, á pesar de este buen acuerdo, guardáis secretos para con Ricardo. ¡Y qué secreto!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ROSEBERRY

¡Todo está perdido! ¿Qué decir?

RICARDO CROMWELL

¡Preguntad á vuestra alma! ¿Debía yo esperar tal cosa? ¡Es infame!

SEDLEY

Creed, mi querido Ricardo...

RICARDO CROMWELL

Sí, buscad razones. ¿No os he servido siempre de mil maneras? ¿A quién acudisteis en vuestros terrores profundos, contra los usureros, peores que los cabezas redondas? ¿Por quién, contesta, Clifford, pagué ayer cuatrocientos nobles de oro al rabino Manassés?

CLIFFORD, confundido

No lo puedo negar... El maldito judío...

RICARDO CROMWELL

¡Downie! Aunque tu familia fué desterrada en virtud de un *bill*, ¿quién, cuando te detuvieron, te prestó fianza?

DOWNIE, con embarazo

Tú...

RICARDO CROMWELL

¡Roseberry! ¿Qué protección hizo permanecer en la cárcel, como á autor de un libelo, cierta noche al marido de tu bella?

LORD ROCHESTER, bajo á DAVENANT

Parece un buen muchacho.

BAREBONE, bajo á CARR

¡Ah, desvergonzado Herodes, que presta lo arbitrario á la lubricidad!

LORD ROCHESTER, á DAVENANT

¡Admiro su manera de improvisar viudas!

LORD ROSEBERRY, á RICARDO CROMWELL

Sí, de vuestra amistad tuve conmovedoras pruebas. Pero...

RICARDO CROMWELL, cruzando los brazos sobre el pecho

¿Y á esa amistad mia, tan rara y fuera de tiempo, correspondéis todos con una traición?

LAMBERT, aparte

¡Traición!

LORD CLIFFORD

¡Traición!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEDLEY

¡Dios!

CARR, sorprendido

¿Qué quieren decir?

RICARDO CROMWELL, con viveza

¡Sí, venís aquí á beber sin mí!

LORD ROSEBERRY

¡Respiro!

(Bajo á los caballeros.)

El objeto de esta reunión se oculta á su mirar, pues ha visto botellas, pero no puñales.

(A Ricardo Cromwell.)

Mi querido Ricardo, creed...

RICARDO CROMWELL

¡Alta traición, he dicho! Verdaderamente en vosotros me aflige ese proceder. ¡Cómo! ¿Os embriagáis y nada me decís? ¿Qué he hecho? ¿No soy acaso un perdido como vosotros? ¡Beber sin mí! Está mal. Además, yo sé callar. Que á los puritanos gazmoños lo ocultéis, que os disfracéis con esos anchos fieltros y esas capas burdas, me parece bien. ¿Pero ocultaros de mí, que en este santuario me reía, como el primero, de la ley suntuaria y de los sobrios Solones cuyos *bills* absolutos fijan el escote á tres chelines por cabeza cuando más? ¿Es eso, os ruego que me lo digáis, obrar como compañeros? ¿He retrocedido alguna vez ante vuestras correrías? ¿Se me ha visto menos, á

pesar de los nuevos reglamentos, en las riñas de gallos y en las carreras de caballos? En fin, siguiendo á todas partes vuestra atolondrada audacia, ¿no he representado comedias con vosotros?

BAREBONE, indignado, aparte

¡Saduceo!

RICARDO CROMWELL

Duelos, alegres festines, malos pasos y golpes, me hallan siempre dispuesto. ¿Qué me echáis en cara?

LORD CLIFFORD

Vuestras buenas cualidades, cuyo mérito es indudable, nos son queridas.

RICARDO CROMWELL

Pero no. Quizás me aventajo. A veces no vemos nuestros defectos. ¿Tengo culpa?

SEDLEY

No.

RICARDO CROMWELL

Me agrada que se me avise.

LORD ROSEBERRY

¡Ricardo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RICARDO CROMWELL

Me otorgáis al menos la justicia de creer que odio á esos malditos puritanos tanto como vosotros mismos.

BAREBONE

¿Como nosotros?

RICARDO CROMWELL

Es lo que os digo: ¿cómo sufrir á esos estúpidos sectarios, que manchan los libros santos con sangrientos comentarios? ¿Que siempre, matando y alabando á Dios, pronuncian sermones interminables y luego hacen trampas en el juego?

CARR, entre dientes

¡Los santos jugar! ¡Mientes, hijo de Herodías!

RICARDO CROMWELL

Iba, como ellos, á hacer una jeremiada. Dejemos eso. Tened, para probaros, amigos, cuán poco temo verme con vosotros comprometido, y hasta qué punto mis deseos con los vuestros se confunden, cuánto amo la causa en que vuestras esperanzas se fundan.

(Llena un vaso y lo lleva á sus labios.)

¡Bebo á la salud del rey Carlos!

TODOS LOS CONJURADOS, sorprendidos

¡Del rey!

RICARDO CROMWELL, extrañándose

Estamos solos aquí. ¿Por qué ese temor?

CARR, aparte

Ya habia adivinado que Israel era engañado, en el fondo; sólo de los Estuardos se ocupan en este antro. ¡Veremos!

SIR RICARDO WILLIS, aparte

Sin embargo, ¡es el hijo de Cromwell! Pero si pertenece á la conjura, es muy imprudente.

(En ese momento se oye fuera el ruido de una trompa. Nuevo silencio de sorpresa y de inquietud.)

UNA VOZ FUERTE, desde fuera

¡En nombre del Parlamento, que se abra la taberna!

(Movimiento de terror entre los conjurados.)

LORD ROCHESTER, á DAVENANT

¡Me parece que nos cogen en nuestra caverna, como á Caco!

LAMBERT, bajo á JOYCE

¡Cromwell nos manda prender!

JOYCE, bajo

¡Lo sabe todo! Ahora no hay que dudarlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OVERTON, bajo

Pues bien, nos abriremos paso con nuestras espadas.

LAMBERT, bajo

¿Qué lograríamos? La plaza debe estar ocupada por los guardas.

(Se vuelve á oir la trompa.)

RICARDO CROMWELL, con el vaso en la mano

¡Quién diablos viene á estorbarnos en este momento!

LA VOZ, desde fuera

¡En nombre del Parlamento, que abran la taberna!

BAREBONE

Obedezcamos.

(Va á abrir.)

LAMBERT, aparte

Mi cabeza gira ya sobre los hombros dispuesta á caer.

(BAREBONE abre la puerta de la taberna; los otros conjurados quitan las tablas de cierre, y el telón del fondo aparece con anchas ventanas, por las cuales se ve la plaza del mercado de vinos llena de pueblo. En el centro del teatro está el pregonero á caballo acompañado por cuatro criados de la ciudad, con librea, armados de picas, y una escolta de arqueros y de alabarderos. El pregonero tiene una trompa en una mano y un pergamino desplegado en la otra.)

ESCENA UNDÉCIMA

Los mismos; EL PREGONERO PÚBLICO, dependientes de la ciudad, alabarderos, arqueros, pueblo

(Los conjurados se colocan á la derecha y la izquierda del teatro.)

EL PREGONERO, después de haber hecho sonar la trompa

¡Silencio! ¡Que esto lo escuchen todos! «De parte de su alteza...»

HARRISON, bajo á GARLAND

Que pronto será majestad.

EL PREGONERO

«Oliverio Cromwell, lord protector de Inglaterra, á todos los burgueses, súbditos civiles y militares, hacemos saber...»

OVERTON, bajo á LUDLOW

¡La palabra *súbdito* ha vuelto á parecer!

EL PREGONERO

«Que, á fin que del Señor sea bien conocido el deseo, acerca de la moción que un honorable miembro,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OVERTON, bajo

Pues bien, nos abriremos paso con nuestras espadas.

LAMBERT, bajo

¿Qué lograríamos? La plaza debe estar ocupada por los guardas.

(Se vuelve á oir la trompa.)

RICARDO CROMWELL, con el vaso en la mano

¡Quién diablos viene á estorbarnos en este momento!

LA VOZ, desde fuera

¡En nombre del Parlamento, que abran la taberna!

BAREBONE

Obedezcamos.

(Va á abrir.)

LAMBERT, aparte

Mi cabeza gira ya sobre los hombros dispuesta á caer.

(BAREBONE abre la puerta de la taberna; los otros conjurados quitan las tablas de cierre, y el telón del fondo aparece con anchas ventanas, por las cuales se ve la plaza del mercado de vinos llena de pueblo. En el centro del teatro está el pregonero á caballo acompañado por cuatro criados de la ciudad, con librea, armados de picas, y una escolta de arqueros y de alabarderos. El pregonero tiene una trompa en una mano y un pergamino desplegado en la otra.)

ESCENA UNDÉCIMA

Los mismos; EL PREGONERO PÚBLICO, dependientes de la ciudad, alabarderos, arqueros, pueblo

(Los conjurados se colocan á la derecha y la izquierda del teatro.)

EL PREGONERO, después de haber hecho sonar la trompa

¡Silencio! ¡Que esto lo escuchen todos! «De parte de su alteza...»

HARRISON, bajo á GARLAND

Que pronto será majestad.

EL PREGONERO

«Oliverio Cromwell, lord protector de Inglaterra, á todos los burgueses, súbditos civiles y militares, hacemos saber...»

OVERTON, bajo á LUDLOW

¡La palabra *súbdito* ha vuelto á parecer!

EL PREGONERO

«Que, á fin que del Señor sea bien conocido el deseo, acerca de la moción que un honorable miembro,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el *aldermán* caballero Pack, hizo á la Cámara; á saber, de nombrar rey al dicho lord protector...»

LUDLOW, bajo á OVERTON

¡Bien! ¡Con cara descubierta camina el usurpador!

EL PREGONERO

«Y, sobre todo, para salvar á este pueblo instruído y prudente de los males que el último eclipse presagia; para que con todos Dios sea clemente; los comunes que tienen asiento en Londres como Parlamento, oído el parecer de los doctores que el pueblo venera, votan para hoy ayuno extraordinario; pidiendo á los burgueses que hagan examen de sus crímenes, errores y pecados.» ¡Queda dicho!

UNO DE LOS CRIADOS DE LA CIUDAD

Amén.

EL PREGONERO

¡Que Dios bendiga siempre al pueblo de Inglaterra!

EL JEFE DE LOS ARQUEROS

Por lo cual, visto el tenor del *bill* parlamentario, mandamos á los vivanderos, taberneros y cantineros, bajo pena de multa, á lo menos de veinte dineros, que cierren al instante tiendas y tabernas, sitios impuros donde del ayuno se infringiría la práctica.

LAMBERT, aparte

Por esta vez, salvo el miedo, salimos bien.

(Bajo á los conjurados puritanos.)



Hasta mañana. Me parece que ya es tiempo de separarnos.

GARLAND, bajo

¿Dónde nos volveremos á ver?

BAREBONE, bajo

En la gran sala de Westminster. Mañana, antes de la hora fatal, cerca de su trono impuro por mis manos preparado, yo, tapicero de Noll, os haré entrar.

(Los conjurados inmediatos á BAREBONE le estrechan la mano en señal de asentimiento.)

OVERTON

Muy bien. Separémonos sin ruido, pero sin misterio.

EL PREGONERO Y LOS CRIADOS DE LA CIUDAD

¡Que Dios bendiga siempre al pueblo de Inglaterra!

LOS CONJURADOS PURITANOS, bajo

¡Muera Oliverio Cromwell!

(Salen por el fondo.)

RICARDO CROMWELL, á los caballeros que se disponen á marchar

¡Pero es muy fastidioso ser echado así de un alegre festín! Ya se ve que milord mi padre no es joven. ¡Yo no quisiera un trono si tuviese que comprarlo con un ayuno!

(Sale con los caballeros.)

ACTO SEGUNDO

LOS ESPÍAS

SALA DE LOS BANQUETES EN WITE-HALL

En el fondo se ve el balcón por el cual salió Carlos I para ir al cadalso. A la derecha un gran sillón gótico cerca de una mesa con tapete de terciopelo, divisándose la cifra C. R. (CAROLUS REX). La misma cifra dorada sobre fondo azul, cubre las paredes, aunque medio borrada. Al levantarse el telón, la escena está ocupada por numerosos grupos de cortesanos en traje de corte, que parecen hablar en voz baja. Los embajadores de España y de Francia, con su séquito, están delante. El embajador de España, á la izquierda, rodeado de pajes, escuderos, alcaldes de corte y alguaciles, en medio de los cuales un heraldo del Consejo de Castilla lleva en un cojín de terciopelo negro el collar de la orden del toisón de oro. El embajador de Francia, á la derecha, rodeado por sus pajes y gentileshombres; cerca de él Mancini y detrás dos gentileshombres que llevan en un cojín de terciopelo azul, uno, una magnífica espada con empuñadura de oro cincelada, y el otro una carta de la que pende el gran sello de cera encarnada; cuatro pajes del cardenal Mazarino sostienen un gran rollo cubierto de tafetán engomado. El embajador de España lleva el traje de caballero del toisón de oro; su séquito viste de negro, raso y terciopelo. El embajador de Francia usa traje de caballero del Espíritu Santo. Su séquito ofrece gran variedad de trajes, de uniformes y de libreas. Detrás de esos dos grupos principales, un grupo de enviados de Suecia, otro de enviados piamonteses, otro de enviados holandeses, todos notables por sus diversos trajes. En el fondo otro grupo de señores ingleses, entre los cuales se nota, por su traje de brocado de oro y por los dos pajes que le siguen, á Aníbal Sesthead, joven señor dinamarqués. Dos centinelas puritanos, con mosquete y alabarda, se pasean de arriba abajo, delante de una gran puerta gótica que se halla en el fondo de la sala.

GARLAND, bajo

¿Dónde nos volveremos á ver?

BAREBONE, bajo

En la gran sala de Westminster. Mañana, antes de la hora fatal, cerca de su trono impuro por mis manos preparado, yo, tapicero de Noll, os haré entrar.

(Los conjurados inmediatos á BAREBONE le estrechan la mano en señal de asentimiento.)

OVERTON

Muy bien. Separémonos sin ruido, pero sin misterio.

EL PREGONERO Y LOS CRIADOS DE LA CIUDAD

¡Que Dios bendiga siempre al pueblo de Inglaterra!

LOS CONJURADOS PURITANOS, bajo

¡Muera Oliverio Cromwell!

(Salen por el fondo.)

RICARDO CROMWELL, á los caballeros que se disponen á marchar

¡Pero es muy fastidioso ser echado así de un alegre festín! Ya se ve que milord mi padre no es joven. ¡Yo no quisiera un trono si tuviese que comprarlo con un ayuno!

(Sale con los caballeros.)

ACTO SEGUNDO

LOS ESPÍAS

SALA DE LOS BANQUETES EN WITE-HALL

En el fondo se ve el balcón por el cual salió Carlos I para ir al cadalso. A la derecha un gran sillón gótico cerca de una mesa con tapete de terciopelo, divisándose la cifra C. R. (CAROLUS REX). La misma cifra dorada sobre fondo azul, cubre las paredes, aunque medio borrada. Al levantarse el telón, la escena está ocupada por numerosos grupos de cortesanos en traje de corte, que parecen hablar en voz baja. Los embajadores de España y de Francia, con su séquito, están delante. El embajador de España, á la izquierda, rodeado de pajes, escuderos, alcaldes de corte y alguaciles, en medio de los cuales un heraldo del Consejo de Castilla lleva en un cojín de terciopelo negro el collar de la orden del toisón de oro. El embajador de Francia, á la derecha, rodeado por sus pajes y gentileshombres; cerca de él Mancini y detrás dos gentileshombres que llevan en un cojín de terciopelo azul, uno, una magnífica espada con empuñadura de oro cincelada, y el otro una carta de la que pende el gran sello de cera encarnada; cuatro pajes del cardenal Mazarino sostienen un gran rollo cubierto de tafetán engomado. El embajador de España lleva el traje de caballero del toisón de oro; su séquito viste de negro, raso y terciopelo. El embajador de Francia usa traje de caballero del Espíritu Santo. Su séquito ofrece gran variedad de trajes, de uniformes y de libreas. Detrás de esos dos grupos principales, un grupo de enviados de Suecia, otro de enviados piamonteses, otro de enviados holandeses, todos notables por sus diversos trajes. En el fondo otro grupo de señores ingleses, entre los cuales se nota, por su traje de brocado de oro y por los dos pajes que le siguen, á Aníbal Sesthead, joven señor dinamarqués. Dos centinelas puritanos, con mosquete y alabarda, se pasean de arriba abajo, delante de una gran puerta gótica que se halla en el fondo de la sala.

ESCENA PRIMERA

EL DUQUE DE CREQUI, embajador de Francia; MANCINI, sobrino del cardenal Mazarino, y sus séquitos; DON LUIS DE CÁRDENAS, embajador de España, y su séquito; FILIPPI, enviado de Cristina, y su séquito; tres diputados vaudenses; seis enviados de la república holandesa; ANÍBAL SESTHEAD, primo del rey de Dinamarca, y dos pajes; señores y gentileshombres ingleses; dos centinelas.

DON LUIS DE CÁRDENAS, á uno de sus pajes

Paje, ¿qué hora es?

EL PAJE, mirando á un gran reloj que cuelga de su cinturón

Las doce del día.

DON LUIS DE CÁRDENAS

Hace ya, ¡por Santiago el Mayor!, dos horas que espero. Por grande que sea Cromwell, interesa á su gloria que vean á un castellano impacientarse en su puerta; lo comprendo, pero tarda demasiado.

EL PAJE

Excelentísimo señor, mientras que esperando al señor *don* Cromwell vuestra merced se molesta, dicen que celebra consejo para...

DON LUIS DE CÁRDENAS, con severidad y lanzando una mirada oblicua hacia CREQUI

¿Quién os pregunta?

MANCINI, bajo al DUQUE DE CREQUI

¡Es divertido que un español, temblando en este palacio, mendigue, indignándose, la mirada de un inglés! La vergüenza y el orgullo están luchando en su rostro.

DON LUIS DE CÁRDENAS, aparte

¿Cómo recibirá el protector mi mensaje?

EL DUQUE DE CREQUI, á MANCINI

Mancini, ¿qué sitio es éste?

MANCINI

Es, monseñor, la sala de los banquetes, que sirve de corte de honor. De Carlos asesinado la olvidada cifra permanece en las paredes; y allí está la funesta ventana por donde salió este rey para marchar al suplicio. Fuera del palacio natal le bastó con dar un paso. Y es un regicida, un impío, un sectario...

(Se abre la gran puerta del fondo.)

UN UJIER, con voz potente

¡Su alteza milord protector de Inglaterra!

(Todos los presentes se descubren y se inclinan con respeto. Entra CROMWELL, sin quitarse el sombrero.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ESCENA SEGUNDA

Los mismos; CROMWELL, traje militar muy sencillo, corpiño ó justillo de ante, gran tahalí con sus armas bordadas, que sostiene una larga espada; WHITELOCKE, lord comisario del sello, largo vestido de raso negro con borde de armiño, gran peluca; EL CONDE DE CARLISLE, capitán de los guardias del protector, vestido con su uniforme particular; STOUPE, secretario de Estado de negocios extranjeros. Durante toda la escena, el conde de Carlisle permanecerá en pie con la espada desenvainada; Whitelocke de pie á la derecha; detrás del sillón del protector, Stoupe de pie á la izquierda, con un libro abierto en la mano.

(En el momento en que CROMWELL entra, los presentes se forman en dos filas, y permanecen inclinados hasta que el protector llega á su asiento.)

CROMWELL, de pie junto á su sillón

¡Paz y salud á los corazones de buena voluntad! Puesto que cada uno de vosotros ha sido enviado hacia mí, en nombre del pueblo inglés os doy audiencia.

(Se sienta, quitándose el sombrero y volviéndoselo á poner.)

Duque de Crequi, hablad.

(EL DUQUE DE CREQUI, seguido de MANCINI y de su embajada, se aproxima, haciendo los mismos saludos que si se tratase de un rey. Todos los asistentes se retiran al fondo de la sala, como separándose del alcance de su voz.)

EL DUQUE DE CREQUI

Monseñor: La alianza que os asegura el apoyo del rey cristianísimo, con nuevos lazos se estrecha hoy. El señor de Mancini va á leeros la carta que su eminentísimo tío os dirige.

(MANCINI se acerca al protector, dobla la rodilla, y le presenta en el cojín una carta del cardenal. CROMWELL rompe el sello y la entrega á MANCINI.)

CROMWELL, á MANCINI

¿Es del cardenal Mazarino? Leed.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MANCINI, abre la carta y lee

A su alteza monseñor el protector de la república de Inglaterra

«Monseñor:

»La parte gloriosa que las tropas de vuestra alteza han tomado en la actual guerra de Francia contra España; el útil socorro que prestan á los ejércitos del rey mi amo en la campaña de Flandes, acrecientan el reconocimiento de su majestad hacia un aliado tan importante como lo sois vos, y que le ayuda con tanta eficacia á reprimir la soberbia de la casa de Austria. Por eso ha creído bueno el rey enviar como su embajador extraordinario en vuestra corte, al señor duque de Crequi, encargado por su majestad de hacer saber á vuestra alteza que la ciudad fortificada de Mardyke, recientemente tomada por nuestra gente, ha sido puesta á disposición de los generales de la república de Inglaterra, mientras Dunkerque, que se resiste todavía, pueda serles entregada de acuerdo con los tratados. El señor duque de Crequi tiene, además, el encargo de ofrecer á vuestra alteza una espada de oro, que el rey de Francia le envía como testimonio de su estimación y de su amistad. El señor de Mancini, mi sobrino, os dará cuenta del contenido de esta carta, y pondrá á los pies de vuestra alteza un pequeño presente que me atrevo á unir en mi nombre al del rey; es un tapiz de la nueva tapicería real, llamada de los Gobelinos. Deseo que esta manifestación de mi adhesión sea agradable á vuestra alteza. Si yo no estuviese enfermo en Calais, hubiera pasado personalmente á Inglaterra, con el objeto de presentar mis respetos á uno de los más grandes hombres que ha existido, al que más hubiera ambicionado poder servir después de mi rey. Privado de semejante honor, envío á la persona que más se me aproxima por los lazos de la sangre, para expresar á vuestra alteza toda la veneración que tengo hacia su persona, y cuán resuelto estoy á cultivar, entre ella y el rey mi amo, una amistad eterna.

»Tengo la temeridad de decirme con pasión:

»De vuestra alteza, el muy obediente y muy respetuoso servidor,

»JULIO MAZARINI,

«Cardenal de la santa Iglesia romana.»

MANCINI, después de una profunda reverencia, entrega la carta á CROMWELL, quien la pasa á STOUPE. A una seña del DUQUE DE CREQUI, los pajes que usan librea real colocan sobre la mesa de CROMWELL el cojín que tiene la espada de oro; y, por orden de MANCINI, los pajes con librea de Mazarino desenvuelven á los pies del protector un rico tapiz de los Gobelinos.)

CROMWELL, al DUQUE y á MANCINI

Por esos ricos presentes, que nos son enviados, servíos dar las gracias, señores, á Su Eminencia. Inglaterra será siempre hermana de Francia.

(Bajo á WHITELOCKE.)

Ese sacerdote que me adula doblando la rodilla, me llama en alta voz: *¡Grande hombre!* Y por lo bajo añade: *¡Loco feliz!*

(Se vuelve bruscamente hacia los enviados vaudenses.)

Y vosotros, ¿qué queréis?

(Los vaudenses se adelantan con respeto.)

UNO DE LOS ENVIADOS

Lleno de tristeza el corazón, venimos á pedir socorro á vuestra alteza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL

¿Y quiénes sois?

EL ENVIADO

Somos vaudenses enviados cerca de vuestra alteza.

CROMWELL, con expresión benévola

¡Ah!

EL ENVIADO

Leyes tiránicas hacen pesar sobre nuestros días trabas muy tristes. Nuestro príncipe es romano y nosotros calvinistas, y las llamas y el acero brillaron en nuestras ciudades para obligarnos á rezar como él. Nuestro país, que viste luto, á vuestros pies nos envía.

CROMWELL, con indignación

¿Quién se atreve á oprimiros? ¿Quién?

EL ENVIADO

El duque de Saboya.

CROMWELL, al DUQUE DE CREQUI

Señor embajador de Francia, ¿lo habéis oído? Decid al cardenal que, por nuestro aprecio, intervenga en los daños de que es víctima ese pueblo. La Francia puede disponer de ese duque serenísimo; que

ceda. Es contrario al precepto divino oprimir por la fe. Además, quiero á Calvino.

(EL DUQUE se inclina.)

MANCINI, bajo al DUQUE

Para escribir mejor estas palabras: TOLERANCIA PÚBLICA, se empapó las manos en sangre católica.

CROMWELL, al enviado de Suecia

¿Vuestro nombre?

(Volviéndose hacia los vaudenses que se retiran al fondo de la sala.)

Podéis contar conmigo siempre, vaudenses.

EL ENVIADO DE SUECIA, inclinándose

Filippi, nacido en Terracina; y debo poner á los pies de un héroe este presente, que para él envía la augusta majestad de mi reina Cristina.

(Pone delante de CROMWELL un cofrecillo con aros de acero bruñido, y le entrega una carta que el protector hace pasar á STOUPE. Bajo á CROMWELL.)

Su carta os dirá por orden de quién y para qué fué muerto en Fontainebleau Monaldeschi.

CROMWELL

¿Se ha vengado, pues, de ese antiguo amante?

EL ENVIADO, siempre en voz baja

Mazarino permitió que mi reina ultrajada, en el seno de Francia al fin lo exterminase.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL, bajo á WITELOCKE

¡Hospitalidad por un asesinato!

EL ENVIADO, prosiguiendo

Mi reina, que por sí misma del trono se destierra, cerca del gran protector solicita un asilo.

CROMWELL, sorprendido y descontento

¿Cerca de mí? No puedo contestar sin madura reflexión... Para una reina aquí no hay palacio.

DON LUIS DE CÁRDENAS, aparte

Pronto lo habrá para un rey.

CROMWELL, después de un breve silencio, á FILIPPI

Que continúe en Francia. Para los reyes caídos el aire de Londres es funesto.

(Bajo á WHITELOCKE.)

¡Su reina cortesana! ¡Una mujer de malas costumbres que se expondría desnuda á los rumores públicos!

(Al volverse, ve que el enviado está siempre en el mismo lugar con la actitud de un hombre que aguarda, y le pregunta sorprendido:)

¿Qué espera?

FILIPPI, inclinándose y señalando al cofrecillo

Mi cometido está aún incompleto. ¿Quiere vuestra alteza abrir esta cajita?

CROMWELL

¿Qué tiene dentro?

FILIPPI, siempre inclinado

Abrid, señor.

CROMWELL

Me sorprendéis. ¿Qué misterio?...

FILIPPI, presentándole una llave de oro

Señor, he aquí la llave.

CROMWELL

Dádmela.

(Toma la llave; FILIPPI coloca el cofrecillo sobre la mesa, y CROMWELL se dispone á abrirlo. WHITELOCKE le detiene.)

WHITELOCKE, bajo á CROMWELL

¡Tened cuidado, milord! Se ha visto á más de un traidor, para destruir á un grande hombre, enviado por su amo, llevarle, como á vos, en un cofre de hierro, venenos de la alquimia y rayos del infierno. La trampa, al estallar, devoraba á su víctima. Hay quien os quiere mal. Ese hombre tiene mirada de criminal; temedle. Ese cofrecillo que ibais á abrir, contiene quizás una máquina para haceros morir.

CROMWELL, bajo á WHITELOCKE

¿Os parece? Puede ser. Entonces abridlo vos mismo, Whitelocke.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

WHITELOCKE, asustado y balbuciendo

Por vos mi adhesión no tiene límites...

(Aparte.)

¡Ay, Dios!...

CROMWELL, sonriendo

La conozco y me sirvo de ella.

(Aparte.)

Juzguemos.

(Le entrega la llave.)

WHITELOCKE, aparte

¡Cuánto valor se necesita para ser cortesano! ¡Qué perplejidad! ¡Morir ó caer en desgracia! ¡Ah, es otra muerte!

(Se acerca á la cajita y coloca temblando la llave en la cerradura.)

¡Muramos de buen grado!

(Abre el cofrecito con la precaución de quien teme una súbita explosión, luego mira con timidez y exclama:)

¡Una corona!

(El enviado de Suecia adopta una actitud de satisfacción.)

CROMWELL, sorprendido

¡Qué!

WHITELOCKE, sacando del estuche y colocando sobre la mesa una corona real. Aparte

¡Esto también es otra celada!

CROMWELL, frunciendo el entrecejo

¿Qué significa eso?

FILIPPI, inclinándose con satisfacción

¡Señor!

CROMWELL, enseñándole la corona

¿Es oro de ley?

FILIPPI

¿Acaso podéis dudarlo, señor?

CROMWELL, alto á WHITELOCKE

¡Bueno! ¡Que la hagan fundir! Doy ese metal á los hospitales de Londres.

(A FILIPPI, que permanece estupefacto.)

Me parece que no puedo emplear mejor esa joya, esos adornos de mujer y esos dijes reales. No sabría qué hacer con ellos.

DON LUIS DE CÁRDENAS, aparte

¿Será que se obstina en seguir siendo protector?

MANCINI, bajo al DUQUE DE CREQUI

En cambio podría enviar á Cristina una cabeza de rey.

EL DUQUE DE CREQUI, bajo á MANCINI

Si, ese digno presente uniría mejor, me parece, el vasallo regicida con la reina asesina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL, despidiendo á FILIPPI con un gesto de descontento

¡Adiós, señor sueco, nacido en Terracina!

(Bajo á WHITELOCQUE.)

¡Filippi! ¡Mancini! Siempre estrechos lazos casaron á la intriga con los italianos. Esos bastardos de los romanos, sin leyes, sin carácter, herederos degenerados de los amos de la tierra, que colocaron tan alto el cetro de los combates, gobiernan aún el mundo, pero ¡desde abajo! La Roma, cuya regla sigue hoy Europa, lleva mirada de lince donde existió un ojo de águila. A la cadena impuesta á veinte pueblos lejanos, ha sucedido un hilo que mueve á viles títeres. ¡Oh enanos hijos de gigantes! ¡Zorros nacidos de la loba! Con vuestras palabras melosas se os halla en todas partes, Filippi, Mancini, Torti, Mazarini. Satanás, para intrigar, debe adoptar un nombre acabado en *i*.

(A los enviados flamencos después de breve pausa.)

Flamencos, ¿qué esperáis? Las treguas concluyeron.

EL JEFE DE LOS ENVIADOS HOLANDESES

Los estados generales de las Provincias Unidas, libres como vos y como vos protestantes, os proponen la paz.

CROMWELL, con rudeza

Señores, ya no es tiempo. Además, el Parlamento de esta república halla que vuestra política es demasiado mundana, y no quiere sellar tratados fraternales con aliados tan vanos y tan carnales.

(Hace un gesto y los flamencos se retiran. Entonces parece advertir por primera vez á DON LUIS DE CÁRDENAS, quien hasta aquel momento había agotado todos los esfuerzos para ser visto.)

¡Buenos días, señor embajador de España! ¡No os veíamos!

DON LUIS DE CÁRDENAS, ocultando su despecho en un profundo saludo

¡Que Dios os acompañe, señor! Venimos, para un alto interés, á reclamar el favor de una entrevista secreta. Estamos divididos por la guerra de Flandes, pero el rey católico con vos puede entenderse; y para demostrar el alto aprecio en que os tiene, mi amo á vuestra alteza ofrece el toisón de oro.

(Los pajes que llevan el toisón de oro se aproximan.)

CROMWELL, levantándose indignado

¿Por quién me tomáis? ¿Cómo yo, jefe austero de los viejos republicanos de la vieja Inglaterra, iría, de las vanidades detestable sostén, á manchar este corazón contrito con un símbolo pagano? ¿Se vería sobre el pecho del vencedor de Sodoma colgar un ídolo griego al rosario de Roma? ¡Lejos de mí esas tentaciones, esas pompas, ese collar! ¡Cromwell no quiere aliarse á Baltasar!

DON LUIS DE CÁRDENAS, aparte

¡Herético!

(Alto.)

¡El rey católico fué quien primero os reconoció como jefe de la república!

CROMWELL, interrumpiéndole

¿Piensa cambiar, tratando á Cromwell como liberto, una torre de Sión en sepulcro blanqueado? ¡El

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toisón de oro á mí! Dejo á los idólatras sus sacerdotes histriones y sus templos-teatros. Buscan en el infierno sus dioses y su tesoro, y se tiene el toisón como se tuvo el vellocino de oro.

(Se para un momento, mira con altanería á toda la embajada española, luego sigue diciendo con vivacidad:)

¡Pero yo! ¿Acaso se me ultraja en vano? ¿De mi cólera el enviado portugués logró sustraer á su hermano? Don Luis, ¿vuestro amo tendría la imprudencia de insultarme en la cara y por medio de embajador? ¡Sería una injuria demasiado solemne! ¡Salid!

DON LUIS DE CÁRDENAS, furioso

Adiós, pues. ¡Guerra, y guerra eterna!

(Sale acompañado por su séquito.)

MANCINI, bajo al DUQUE DE CREQUI

El castellano le ha tomado por el lado peor.

EL DUQUE DE CREQUI, aparte y mirando al toisón de oro que se llevan los pajes

¡Esa afrenta, sin embargo, la ha solicitado ya!

CROMWELL, bajo á STOUPE

Conviene romper, en esta conferencia, con España, á los ojos de Francia. Pero seguid á Cárdenas, tratad de apaciguarlo, y sabed, si es posible, lo que viene á proponer.

(STOUPE sale. En ese instante se abre enteramente la puerta grande y un ujier anuncia:)

Milady protectora.

CROMWELL, aparte

¡Ay, Dios mío, es mi mujer!

(Hace una seña para que se retiren los presentes.)

Adiós, señor duque... señores...

Salen todos por una puerta lateral saludando con respeto. El CONDE DE CARLISLE y WHITELOCKE acompañan ceremoniosamente al embajador de Francia. Mientras tanto entran ISABEL BOURCHIER, mujer de CROMWELL; mistress FLETWOOD, lady FALCONBRIDGE, lady CLEYPOLE, lady FRANCISCA, hijas suyas, quienes hacen una reverencia á su padre.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

ESCENA TERCERA

CROMWELL; ISABEL BOURCHIER, MISTRESS FLETWOOT, vestidas de negro; la última, particularmente, hace gala de sencillez puritana; LADY FALCONBRIDGE, vestida con mucha riqueza y elegancia; LADY CLEYPOLE, abrigada como una persona enferma y de aspecto lánguido; LADY FRANCISCA, muy joven, traje blanco con velo.

CROMWELL, á su mujer

Buenos días, señora. Diríase que estáis indispuesta. ¿Habéis dormido mal?

ISABEL BOURCHIER

Sí, apenas cerré los ojos hasta la madrugada. ¡Decididamente, señor, me desagrada el fausto! El cuarto de la reina, donde duermo, es demasiado grande. Ese lecho con el blasón de los Estuardos y Tudores, ese dosel tejido de plata, aquellos cuatro pilares de oro, aquellos penachos altivos, la alta balaustrada que me encierra cautiva en mi real estrado, esos muebles de terciopelo y los jarros de metal, son como una pesadilla que me quita el sueño. Y luego, de este palacio hay que hacer un estudio, de sus mil revueltas no tengo costumbre. Sí, de veras, me pierdo en este gran White-Hall; ¡y no me siento bien en un sillón real!

CROMWELL

¡Así no podéis llevar vuestra fortuna! Cada día vuestra queja...

ISABEL BOURCHIER

Os importuna, lo entiendo; pero, en fin, preferiría yo nuestro *hotel* de Cock-Pit á este palacio de reyes.

(A MISTRES FLETWOOD.)

Y mil veces más, ¿no es cierto, hija mía?, la casa solariega de Huntington.

(A CROMWELL.)

¡Felices tiempos aquellos! ¡Qué placer por las mañanas visitar el verjel, el parque, el corral; dejar á los niños jugar en el prado, y luego visitar los dos la fábrica de cerveza!

CROMWELL

¡Señora!...

ISABEL BOURCHIER

¡Felices días en que Cromwell no era nada, en que yo vivía tan tranquila, en que dormía tan bien!

CROMWELL

Desterrad esos gustos burgueses.

ISABEL BOURCHIER

¿Y por qué? Nací con ellos. ¿Acaso desde la infan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia estaba yo condenada á las grandezas? Mi vida no se acostumbra á los aires de la corte, y vuestros vestidos con cola no me permiten andar. Ayer, en el banquete del lord alcalde, tuve hipocondría. ¡Hermoso placer el de comer cara á cara con Londres! ¡Ah! Hasta vos mismo parecíais estar muy aburrido. ¡Cenábamos con tanta alegría antes en nuestro hogar!

CROMWELL

Mi nuevo rango...

ISABEL BOURCHIER

Pensad en vuestra pobre madre. ¡Ay! Vuestra grandeza incierta, efímera, ha trastornado los últimos días de su vida; mil disgustos, mil dolores agudos la llevaron á la tumba más bien que los años. Calculando los peligros que os rodean, su espíritu, cuando subíais, medía vuestra caída. Cada vez que, destrozando uno tras otro á vuestros rivales, solemnizaba Londres vuestros nuevos triunfos, si hasta su oído perezoso y helado llegaba el ruido sordo de la ciudad solícita, los cañones, las campanas, los pasos de las legiones y el pueblo estallando en aclamaciones, despertando sobresaltada y alzando la cabeza, buscando en sus terrores un pretexto para la fiesta, temblando exclamaba: ¡Gran Dios, mi hijo ha muerto!

CROMWELL

En el panteón de los reyes duerme ahora.

ISABEL BOURCHIER

¡Hermoso placer! ¿Se duerme allí mejor? ¿Y sabe

acaso si vuestros restos estarán junto á los suyos algún día? ¡Quiera Dios que sea muy tarde!

LADY CLEYPOLE, con voz lánguida

Yo seré quien os precederá en ese sitio de muerte, padre mío.

CROMWELL

¡Cómo! ¿Siempre tan lúgubres ideas? ¿Siempre enferma?

LADY CLEYPOLE

¡Ah, sí! Mis fuerzas decaídas se van; necesitaba el aire del campo, sol. Para mí este palacio sombrío al sepulcro es igual. En estos vastos corredores y en estas grandes salas reinan negros estremecimientos y noches glaciales. ¡Pronto moriré!

CROMWELL, besándola en la frente

¡Vamos, hija mía, vamos! Iremos algún día á ver nuestros hermosos valles. Un poco de tiempo aun me es necesario aquí.

MISTRESS FLETWOOD, con acritud

¿Para crearos un trono al fin? Sed sincero, padre, ¿no es verdad? ¿Queréis ser rey? ¡Pero Fletwood, mi marido, no lo consentirá!

CROMWELL

¡Qué, mi yerno!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MISTRESS FLETWOOD

No quiere seguir una línea oblicua. No se necesita rey en una república. A él en contra vuestra me uno en ese punto.

CROMWELL

¡Y mi hija!

LADY FALCONBRIDGE, á MISTRESS FLETWOOD

De veras, no os comprendo, hermana; mi padre es libre, y su trono es el nuestro. ¿Por qué no sería rey como cualquier otro? ¿Por qué negarnos el grato placer de ser alteza real y princesa de la sangre?

MISTRESS FLETWOOD

Hermana, poco me afectan las vanidades; mi alma se apega á la obra de su salvación.

LADY FALCONBRIDGE

A mí me agrada la corte, y no sé por qué, cuando mi esposo es lord, mi padre no es rey.

MISTRESS FLETWOOD

¡El orgullo de Eva, hermana mía, perdió al primer hombre!

LADY FALCONBRIDGE, volviéndose con desdén

¡Bien se ve que no es esposa de un hidalgo!

CROMWELL, impaciente

Callad las dos. Imitad la actitud de vuestra joven hermana, su calma, su dulzura.

A FRANCISCA, que distraída tiene la mirada fija en el balcón de Carlos I.)

¿En qué pensáis, Francisca?

LADY FRANCISCA

¡Ay, padre mío! De estos sitios venerados me desespera el aspecto. Vuestra hermana, con la cual viví hasta ahora, me enseñó á reverenciar á los que están desterrados, y desde hace poco, traída á estos muros sombríos, me parece que sin cesar veo tristes sombras errar por ellos.

CROMWELL

¿A quién?

LADY FRANCISCA

A nuestros Estuardos.

CROMWELL, aparte

¡Ese nombre siempre resuena hasta mí!

LADY FRANCISCA

¡Aquí murió el mártir!

CROMWELL

¡Hija mía!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LADY FRANCISCA, enseñando el balcón del fondo

¿No es esa, padre, la ventana por donde Carlos I, á quien se atrevieron á desconocer, por última vez salió de White-Hall?

CROMWELL, aparte

¡Inocente Francisca, qué daño me haces!

(Entra THURLOE.)

¡Ah, aquí llega Thurloe!

ESCENA CUARTA

Los mismos; THURLOE, lleva una cartera con las armas del protector; traje de puritano

THURLOE, inclinándose

Es un trabajo urgente, milord.

CROMWELL, á su mujer

Excusadme, milady... vuestra alteza... Desearía estar solo.

ISABEL BOURCHIER

¿Con quién habláis, pues?

CROMWELL

Con vuestra alteza.

ISABEL BOURCHIER

¿A mí, señor Cromwell? ¡Perdonad! En medio de mis grandezas me olvido de mí misma, me pierdo, me extravío, mi espíritu no puede conciliar mis títulos prestados con mi nombre real, milady protectora y señora de Cromwell.

(Sale con sus hijas. CROMWELL hace una señal para que se retiren los dos mosqueteros que estaban de centinela.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA QUINTA

CROMWELL, THURLOE

(Mientras THURLOE coloca sus papeles en la mesa, CROMWELL parece profundamente absorbido en triste preocupación. Por fin rompe el silencio con esfuerzo.)

CROMWELL

¡No soy feliz, Thurloe!

THURLOE

Pero esas señoras adoran á vuestra alteza...

CROMWELL

¡Ah, cinco mujeres! ¡Cinco mujeres! ¡Preferiría mandar, con decretos absolutistas, cinco ciudades, cinco condados, cinco reinos más!

THURLOE

¡Cómo! ¡Vos que gobernáis á Europa y á Inglaterra!...

CROMWELL

¡Casa con una burguesa al amo de la tierra! ¡Soy esclavo, amigo!

THURLOE

Milord, hubierais podido...

CROMWELL

No. De todo mi destino está roto el equilibrio. Europa está en un lado, pero mi mujer está en el otro.

THURLOE

Si yo pudiese cambiar mi puesto por el vuestro; una mujer...

CROMWELL, con severidad

¡Sois muy atrevido al suponer tal cosa!

THURLOE, intimidado

Milord... lo que digo...

CROMWELL

Está bien. No pasemos de ahí. ¿Qué tenéis que decirme?

(Se sienta en el gran sillón.)

THURLOE, tomando uno de los papeles

Alteza. El marqués gran preboste quiere rendirse. Todo el Norte se somete al protector.

CROMWELL

¿Qué más?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

THURLOE

Flandes. Los españoles están dispuestos á capitular; Dunkerque será pronto entregado al protector.

CROMWELL

¿Qué más?

THURLOE

Londres. Acaban de entrar en el Támesis doce grandes barcas llanas, con los millones que cogió Blake á los portugueses en tres galeones.

CROMWELL

¿Qué más?

THURLOE

El duque de Holstein envía al protector ocho caballos frisones grises.

CROMWELL

¿Qué más?

THURLOE

A fin de demostrar que si recibió á Ruperto hoy lo deplora, el gran duque de Toscana, con quien Blake habló, os envía en cequíes de oro la carga de veinte mulas.

CROMWELL

¿Qué más?

THURLOE, tomando otro pergamino del cual pende un sello atado con una trenza de seda verde

Los sabios de Oxford, que fueron vuestros émulos, os nombran canciller de la universidad.

(Presentando el pergamino al protector.)

Es el diploma.

CROMWELL

¿Qué más?

THURLOE, buscando entre los papeles

¡Ah! Su serenidad el zar de Moscovia implora en súplica de vuestra benevolencia una demostración pública.

CROMWELL

¿Qué más?

THURLOE, enseñando un papel y con acento inquieto

¡Milord! ¡Milord! Me avisan en secreto que deben asesinar á vuestra alteza mañana.

CROMWELL

¿Qué más?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

THURLOE

Todo está tramado por los jefes militares unidos á los caballeros...

CROMWELL, interrumpiéndole con impaciencia

¿Qué más?

THURLOE

Acerca de esos misterios, ¿no queréis, milord, más pormenores?

CROMWELL

¡Será alguna nueva fábula! Concluyamos este trabajo. ¿Qué más?

THURLOE, continuando

El mariscal de las dietas de Polonia...

CROMWELL, interrumpiéndolo de nuevo

¿No han venido cartas de Colonia?

THURLOE, buscando entre los despachos

Sí, milord; pero nada más que una.

CROMWELL

¿De quién?

THURLOE

De Manning, vuestro agente cerca de Carlos.

CROMWELL

¡Dame, pues!

(Toma la carta y rompe precipitadamente el sobre.)

Es del cinco. ¡Qué lentos son todos esos mensajeros! ¡Veinte días de fecha!

(Lee la carta y exclama leyéndola.)

¡Ah, señor Davenant! ¡El engaño es delicado!... De noche... Se apagaron las luces... ¿Cómo podría capitularse mejor con un juramento? ¡Es preciso ser papista! ¡Ah! Mensaje real oculto en su sombrero... ¡Precaución muy prudente! Pero soy curioso. Thurloe, haz saber al señor Davenant que desearía verle. Habita en *La Sirena*, cerca del puente de Londres.

(THURLOE sale para ejecutar la orden.)

Veamos á quién de los dos confundirá su engaño. ¡Malévolos! Pero en la sombra, donde se ocultan vuestros pasos, tengo siempre una antorcha que no se apaga jamás.

(THURLOE vuelve á entrar. A THURLOE.)

Continuemos. ¿Han visto al enviado de España?

THURLOE

Ofrece Calais, si en esta campaña queréis socorrer á Dunkerque con premura.

CROMWELL, reflexionando

Francia ofrece Dunkerque y España Calais. Pero lo que contraría un poco sus seguridades, es que Dunkerque pertenece á España y Calais á Francia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cada uno de estos dos reyes me presenta adrede ciudades que escoger cuando son del vecino; y para que en este debate mi favor le prefiera, me da como hipoteca una conquista que ha de realizar aún. Con el rey de Francia hay que quedar de acuerdo. ¿Para qué hacerle traición? El otro ofrece menos todavía.

THURLOE, continuando su relación

Lo mismo que los vaudenses, los protestantes de Nimes oprimidos reclaman vuestro magnánimo apoyo.

CROMWELL

Al cardenal-ministro se escribirá en su favor; ¿pero cuándo será tolerante?

THURLOE, prosiguiendo

Devereux acaba de tomar por asalto la católica Armagh, en Irlanda, y he aquí la carta evangélica del capellán Peters acerca de ese acontecimiento: «Con las armas de Israel, Dios se mostró clemente. ¡Por fin cayó Armagh! Por el hierro y con las llamas hemos extirpado á los ancianos, á los niños y á las mujeres; dos mil á lo menos murieron; la sangre corre por todas partes; y vengo de la iglesia de dar gracias á Dios.»

CROMWELL, con entusiasmo

¡Peters es un gran santo!

THURLOE

¿Queréis de esa raza conservar á los que quedan?

CROMWELL

¿Para qué? ¡Que no se perdone á los papistas! ¡Seamos en ese pueblo agitado, como una antorcha ardiendo en un campo de trigo!

THURLOE, inclinándose

Se hará.

CROMWELL

En esa Armagh hay una cátedra vacante; para ella nombramos á Peters; su carta es elocuente.

(THURLOE vuelve á inclinarse)

THURLOE, prosiguiendo el despacho

El emperador quiere saber por qué tenéis listos nuevos armamentos abastecidos con grandes gastos.

CROMWELL, con vivacidad

Que nos deje la guerra y que guarde para sí las fiestas. Con su cámara áulica y su águila de dos cabezas. ¿Qué quiere de mí el emperador? ¿Asustarme? ¡Buen germano! ¡Porque en las grandes ceremonias, lleva en la mano un globo de madera pintada que llama el mundo! ¡Bah!... ¡Rayo que nunca hiere y siempre truena!

(Señala á THURLOE que continúe.)

THURLOE

El coronel Tito, detenido por publicación de un libelo...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

CROMWELL

¡Un bribón! ¿Qué quiere?

THURLOE

Milord, su libertad. Hace nueve meses que yace en un calabozo horrible, olvidado sobre un montón de paja...

CROMWELL

¡Nueve meses! Es imposible.

THURLOE

Le llevaron en octubre y estamos en junio. Contad, milord.

CROMWELL, contando por los dedos

Es verdad.

THURLOE

Y, muriéndose de necesidad, el pobre hombre ha permanecido durante ese largo espacio, solo, desnudo y helado.

CROMWELL

¡Nueve meses! ¡Dios, cómo pasa el tiempo!

(Pausa.)

Y ahora ¿qué hace la comisión secreta del parlamento respecto del proyecto presentado?

THURLOE

Contra vos hablaron Purefoy, Goffe, Pride, Nicholas, y sobre todo Garland.

CROMWELL, con cólera

¡El regicida!

THURLOE

Pero en vano habrán luchado contra el viento. La mayoría vota con nosotros; y según lord Pembroke, antiguo par que en todos tiempos queda á flote, la corona es vuestra por derecho.

CROMWELL, con desprecio

Vulgar personaje.

THURLOE

El único, aunque se inclina también hacia la mayoría, por algún escrúpulo vano tomado de la Biblia, el coronel Juan Birch tiene á la cámara indecisa.

CROMWELL

Se le debe algo en la oficina del *excise;* para que desaparezca su escrúpulo bastará un pago inmediato. Con tal de que el cajero se equivoque en su provecho. En cuanto á vos, Thurloe, procurad, si es posible, usar de mayor respeto al nombrar la Biblia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

THURLOE, después de haberse inclinado humildemente

Por vuestra ambición, Fagg se dice excitado contra vos.

CROMWELL

Le nombro sargento de la ciudad.

THURLOE

Trenchard, también, parece descontento y huraño.

CROMWELL

Dad un diezmo á Trenchard sobre los bienes de Montrose.

THURLOE

Sir Gilberto Pickering, juez que recibe de todas las manos, se vuelve recalcitrante.

CROMWELL

¡Que se le nombre barón del *echiquier!*

THURLOE

Lo demás corre de mi cuenta. Dígnese milord dejarme hacer. Hoy seréis rogado humildemente para que aceptéis la corona, en nombre del parlamento.

CROMWELL

¡Ah! ¡Cojo, al fin, ese cetro impalpable! ¡Mis

pies habrán llegado á la cima de la montaña de arena!

THURLOE

Pero hace ya tiempo que reináis, milord.

CROMWELL

¡No, no! ¡Tengo la autoridad, pero no tengo el nombre! Sonríes, Thurloe. ¡No sabes qué vacío ahonda en el fondo de nuestros corazones la ávida ambición! ¡Cómo hace desafiar el dolor, el trabajo, el peligro, todo, en fin, por un objeto que parece pueril! ¡Qué duro es llevar una fortuna incompleta! Luego, no sé qué brillo, donde el cielo se refleja, rodea á los reyes desde antiguo tiempo. ¡Esos nombres, *rey, majestad,* son mágicos! ¡Sin ser rey, ser árbitro del mundo, es como poseer la cosa sin la palabra, el poder sin el título! ¡Pobrezas! Ya; el imperio y el rango son una misma cosa. ¡No sabes, amigo, lo importuno que resulta salir de la muchedumbre y, al llegar á la cúspide, sentir que hay algo más alto que nuestra cabeza! Aunque sólo fuera una palabra, esa palabra entonces es todo.

(CROMWELL, que se ha ido acercando á THURLOE, y, distraído en sus observaciones, ha llegado á colocar familiarmente el brazo sobre el hombro de THURLOE, se vuelve como sobresaltado, y ve abrirse lentamente una puerta baja oculta detrás de un tapiz. MANASSÉS-BEN-ISRAEL aparece y se detiene en el umbral, echando á su alrededor una mirada escrutadora seguida de un profundo saludo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ESCENA SEXTA

CROMWELL, THURLOE, MANASSÉS-BEN-ISRAEL, viejo rabino judío, vestido gris deteriorado, espalda encorvada, mirada penetrante, gruesas cejas blancas, gran frente arrugada, calvo, barba torcida.

MANASSÉS, inclinado

¡Que Dios, mi dulce señor, os acompañe hasta el fin!

CROMWELL

Es el judío Manassés.

(A THURLOE.)

Terminad vuestros despachos, Thurloe.

(THURLOE se sienta á la mesa. CROMWELL se aproxima al rabino. En voz baja.)

¿Qué quieres?

MANASSÉS, bajo

Tengo noticias frescas. Un barco sueco, cargado de doblones de oro que trae para los amigos de los antiguos reyes excluídos, señor, está anclado en el Támesis.

CROMWELL

¡El pabellón es neutral! ¡Ah! Si por tu intervención puedo confiscarlo todo diestramente, la mitad del botín te pertenecerá.

MANASSÉS

¿De veras? ¡El buque es vuestro, señor! Haced, únicamente, que en caso necesario se me preste ayuda.

CROMWELL, escribe algunas palabras en un papel que le entrega

Aquí tienes, viejo brujo, un talismán perfecto. Corre y ven pronto á decirme el resultado.

MANASSÉS

¡Dos palabras nada más, señor!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL

¿Qué hay?

MANASSÉS

Debo deciros que, con los caballeros, vuestro Ricardo conspira.

CROMWELL

¿Cómo?

MANASSÉS

Me ha pagado las deudas de Clifford. No hay más que decir.

CROMWELL, riéndose

¡Todo lo ves dentro de tu arca! Mi hijo sólo es ligero; sus relaciones locas, pero nada más.

MANASSÉS

¡Pagar sin contar las pistolas! ¡Es algo!

CROMWELL, encogiéndose de hombros

¡Bueno, ve!

MANASSÉS

Por favor, señor, ya que algunas veces tengo la dicha de serviros, para recompensarme mandad abrir nuestras sinagogas, y revocad la ley contra los astrólogos.

CROMWELL, despidiéndole con un gesto

Veremos.

MANASSÉS, inclinándose hasta el suelo

Besamos vuestros pies. (Aparte.)

¡Esos viles cristianos!

CROMWELL

Vive en paz. (Aparte.)

¡Inmundo judío digno de ser ahorcado entre dos perros!

(MANASSÉS sale por la puertecita que se cierra tras él.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA SÉPTIMA

CROMWELL y THURLOE

THURLOE

¡Milord! ¿Ahora os dignaréis escucharme? ¿Ese barco extranjero, el oro que viene á repartir entre los descontentos, el aviso del maldito judío, no está todo de acuerdo para confirmar lo que os he dicho? Abrid los ojos.

CROMWELL

¿Para ver qué?

THURLOE

Esas conspiraciones infames que un aviso leal me denuncia. Lo poco que sabemos basta para hacerme temblar.

CROMWELL

¡Bah!... Si cada vez que llegó á mis manos una denuncia semejante, me hubiese ocupado en hallar la trama indicada, mis días y mis noches no hubieran bastado para ello.

THURLOE

El presente caso, milord, me parece alarmante.

CROMWELL

¡Ca! Thurloe, avergüénzate de ese miedo pánico; sé que para algunos mi yugo es tiránico. Que ciertos generales no quisieran ver al rey de mañana en su igual de ayer. Pero el ejército está por mí. En cuanto al dinero de que habla ese judío, es un regalo que me hace el buen Carlos, y que llega oportuno, sobre todo en este momento, para pagar los gastos de mi coronación. Tranquilízate; no temas, amigo. Recuerda las noticias falsas con que tantas veces atormentaron nuestras cabezas. Esas conjuras son un juego de malévolos celosos, reducidos por impotencia á divertirse con nosotros.

(Se oye ruido de pasos; CROMWELL mira hacia una galería lateral.

Ahí vienen los cortesanos con su aspecto de fiesta. Voy á tomar el aire un momento, Thurloe; recíbelos tú.

(Sale por la puerta pequeña.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA OCTAVA

THURLOE, WHITELOCKE; WALLER, poeta de aquella época; EL SARGENTO MAYNARD, con su traje de dalmática; EL CORONEL JEPHSON, de uniforme; EL CORONEL GRACE, de uniforme; SIR WILLIAM MURRAY, antiguo traje de corte; M. WILLIAM LENTHALL, anteriormente orador del Parlamento; LORD BROGHILL, traje de corte; CARR.

(Carr llega el último y se detiene en el fondo, echando á su alrededor una mirada escandalizada, mientras los otros hablan sin darse cuenta de él.)

WHITELOCKE, á THURLOE

¿Está ausente su alteza?

THURLOE

Sí, milord.

M. WILLIAM LENTHALL, á THURLOE

Quería recordarle mis derechos.

EL SARGENTO MAYNARD, á THURLOE

Venía á palacio para una cosa urgente.

EL CORONEL JEPHSON, á THURLOE

Un importante asunto me traía.

SIR WILLIAM MURRAY, á THURLOE

La petición que á milord entrego, es para solicitar un empleo en su futura corte.

WALLER, á THURLOE

Mi proceder consiste en no importunar á su alteza; sin embargo...

(Hablan con excesiva volubilidad y casi todos á la vez. Thurloe parece hacer esfuerzos inútiles para que le entiendan y poder librarse de su inoportuno empeño.)

CARR, con voz vibrante y la mirada fija en el techo

¡He aquí, pues, á la nueva Sodoma!

(Todos se vuelven sorprendidos y miran á Carr, quien permanece inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho.)

SIR WILLIAM MURRAY

Pero, ¿quién es ese extraño animal?

CARR, con gravedad

Es un hombre. Comprendo que su rostro sea desconocido en este antro donde se ve á Baal con cara descubierta, donde sólo se ven lobos, histriones, falsos profetas, borrachos, gavilanes, dragones de mil cabezas, serpientes aladas, basiliscos que por cola llevan un dardo de fuego y gentes que juran en nombre de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

WALLER, riéndose

¡Si esos son nuestros retratos, muchas gracias, buen hombre!

CARR, entusiasmándose

¡Convidados de Satanás! La ceniza está dentro de la manzana; comed. El pueblo está muerto, vampiros de Israel; comed su carne, la carne de los santos elegidos del cielo, la carne de los fuertes, la carne de los oficiales de guerra, la carne de los caballos.

WALLER, riéndose más

Bueno, el manjar no es vulgar; de modo que tenemos todos el honor de ser unos basiliscos que comen caballo.

(Risa general de los cortesanos.)

CARR, furioso

¡Reid, bocas del infierno!

WALLER, irónicamente

Me agrada la cortesía.

TODOS

¡Echémosle de aquí!

M. WILLIAM LENTHALL, se acerca á CARR y procura hacerle salir

Buen hombre, vamos; si su alteza entrase...

(Quiere llevárselo, pero CARR se resiste.)

CARR

No seré yo quien salga, sino vosotros.

WHITELOCKE

Es un santo.

WALLER

Es un loco.

CARR

¡Todos estáis ebrios! Ebrios de orgullo, de error, de vino revuelto con heces. ¡Y sois vosotros quienes á mi sabiduría llamáis locura!

LORD BROGHILL

Pero, amigo, su alteza va á venir...

CARR

Le aguardo.

LORD BROGHILL

¿Para qué, por Dios?

CARR

Es preciso que mi boca ahora mismo hable á ese Icabod á quien llamáis *alteza*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD BROGHILL

Señor, decidme lo que os interesa, lo diré en vuestro nombre; y la influencia que tengo... Soy lord Broghill.

CARR, con amargura

¡Ah, cómo ha cambiado Oliverio! Un republicano viejo es como mancha en su acompañamiento. ¡Broghill, un caballero, en casa de Cromwell me protege!

THURLOE, que hasta entonces ha parecido considerar con atención á CARR. Aparte

Ese hombre no me es desconocido. Lo que dice no es claro; pero, por loco que esté, me parece que hace más falta en la torre de Londres que en Bedlam. Vamos en busca de milord.

(Sale.)

ESCENA NOVENA

Los mismos, menos THURLOE

LORD BROGHILL, con aire de protección, á CARR

Sí, amigo, se podría responder de vos; pero...

CARR, con triste sonrisa

Está bién. Así fué como en Sión el diablo al hijo del hombre ofreció ser su fiador.

WHITELOCKE

¡Intratable!

WALLER

¡Incurable!

TODOS

¡Basta de contemplaciones! ¡Fuera de aquí!
(Se adelantan otra vez hacia CARR, quien les mira fijamente.)

CARR

¡Todos atrás! Es preciso que hable con ese hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

bre, que para nuestros soldados se ha cambiado de Judas Macabeo en Judas Iscariote.

LORD BROGHILL

¡Loco!

WALLER

¡Para nombrar á Cromwell vaya una perífrasis!

CARR

Antes que arda Sodoma con el fuego del cielo, soy el ángel enviado para avisar á Lot.

WALLER, riéndose

¡Qué! ¿Los ángeles del Señor están esquilados como tú?

EL CORONEL JEPHSON, riendo

Veo, con placer, que has subido en categoría, transformándote de hombre en ángel.

SIR WILLIAM MURRAY, á CARR, empujándole

Compañero, ¿vais á molestar á milord con visiones?

(A los otros.)

¡Es que le distraería de nuestras peticiones!

(Con rudeza á CARR.)

¡Fuera!

EL CORONEL JEPHSON

¡Fuera!

EL SARGENTO MAYNARD

¡Fuera!

TODOS

¡Vamos, pronto! ¡Que salga!

CARR, con gravedad

Cesad, os digo, de usar ese lenguaje.

EL SARGENTO MAYNARD

Si milord te viese, te enviaría á la torre.

(CARR, le mira encogiéndose de hombros.)

SIR WILLIAM MURRAY, refiriéndose al traje puritano de CARR

¿Acaso es ese un traje para presentarse en la corte?

M. WILLIAM LENTHALL

Para hablar contigo sería preciso que milord olvidase su propio respeto.

TODOS

¡Fuera!

(Se echan sobre CARR y se lo quieren llevar.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARR, agitándose, con voz lamentable

¡Dios de los hombres de guerra, oh Sabaot, sobre mí lanza una mirada!

TODOS, empujándolo

¡Vete!

CARR, prosiguiendo su invocación y elevando los ojos al cielo

¡Lucho por tu causa con Leviatán!

(Entra CROMWELL acompañado de THURLOE. Todos se detienen, se descubren y se inclinan hasta el suelo. CARR se pone el sombrero que se le había caído en la refriega y adopta de nuevo su actitud austera y estática.)

CROMWELL, mirando sorprendido á CARR

¡Es Carr el independiente!

¡Salid! (A los otros con un gesto desdeñoso.)

(Aparte.)

¡Extraño misterio!

(Todos, sorprendidos, se retiran con una profunda cortesía. CARR permanece impasible.)

WALLER, bajo á M. WILLIAM LENTHALL, y señalándole á CARR

Nos lo había predicho. Dejemos á Lot con el ángel.

ESCENA DÉCIMA

CARR y CROMWELL

(CROMWELL, al quedarse solo con CARR, lo mira un instante en silencio con aire severo y casi amenazador. CARR, grave y en calma, con los brazos cruzados sobre el pecho, fija sus ojos en los ojos del protector sin bajarlos ni un instante. Por último, CROMWELL toma la palabra con altanería.)

CROMWELL

Carr, el largo parlamento os mandó á la cárcel.. ¿Quién os sacó de allí?

CARR, tranquilamente

La traición.

CROMWELL, sorprendido y alarmado

¿Qué dices?

(Aparte.

¿Tendrá perturbada la razón?

CARR, pensativo

Sí, ofendí de los santos la suprema asamblea; todos ahora estamos proscriptos bajo tu ley; yo, culpable, por ellos; ellos, inocentes, por ti.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARR, agitándose, con voz lamentable

¡Dios de los hombres de guerra, oh Sabaot, sobre mí lanza una mirada!

TODOS, empujándolo

¡Vete!

CARR, prosiguiendo su invocación y elevando los ojos al cielo

¡Lucho por tu causa con Leviatán!

(Entra CROMWELL acompañado de THURLOE. Todos se detienen, se descubren y se inclinan hasta el suelo. CARR se pone el sombrero que se le había caído en la refriega y adopta de nuevo su actitud austera y estática.)

CROMWELL, mirando sorprendido á CARR

¡Es Carr el independiente!

¡Salid! (A los otros con un gesto desdeñoso.)

(Aparte.)

¡Extraño misterio!

(Todos, sorprendidos, se retiran con una profunda cortesía. CARR permanece impasible.)

WALLER, bajo á M. WILLIAM LENTHALL, y señalándole á CARR

Nos lo había predicho. Dejemos á Lot con el ángel.

ESCENA DÉCIMA

CARR y CROMWELL

(CROMWELL, al quedarse solo con CARR, lo mira un instante en silencio con aire severo y casi amenazador. CARR, grave y en calma, con los brazos cruzados sobre el pecho, fija sus ojos en los ojos del protector sin bajarlos ni un instante. Por último, CROMWELL toma la palabra con altanería.)

CROMWELL

Carr, el largo parlamento os mandó á la cárcel.. ¿Quién os sacó de allí?

CARR, tranquilamente

La traición.

CROMWELL, sorprendido y alarmado

¿Qué dices?

(Aparte.

¿Tendrá perturbada la razón?

CARR, pensativo

Sí, ofendí de los santos la suprema asamblea; todos ahora estamos proscriptos bajo tu ley; yo, culpable, por ellos; ellos, inocentes, por ti.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL

Puesto que aprobáis la sentencia que os aflige, ¿quién ha roto vuestros hierros?

CARR, encogiéndose de hombros

¡La traición, te digo! Pues hacia un nuevo crimen, ciego, me llevaban. Vi con tiempo la celada.

CROMWELL

¿Qué?

CARR

¡Baal vuelve á nacer!

CROMWELL

Explicaos.

CARR, se sienta en el gran sillón

Escucha. Una negra trama se prepara.

(A Cromwell, que permanece de pie y descubierto, enseñándole el taburete de Thurloe.)

Siéntate, Cromwell. Ponte el sombrero.

(Cromwell vacila un momento con despecho, pero luego se cubre y se sienta en el escabel.)

Sobre todo no me interrumpas.

CROMWELL, aparte

Todos esos aires, querido, en cualquier otro instante, los pagarías caros.

CARR, con una dulzura grave

Aunque Oliverio Cromwell no cuenta sus crímenes; aunque no tenga un remordimiento, sin duda, por cien víctimas; aunque sin cesar una, en sus días llenos de horrores, la hipocresía con el cisma, y el engaño con el furor...

CROMWELL, levantándose indignado

¡Caballero!...

CARR

¡Me interrumpes!

(Cromwell vuelve á sentarse con aire de obligada resignación. Carr continúa.)

Aunque Oliverio habita en la tierra de Egipto con el moabita, el babilonio, el pagano, el ario; aunque todo lo haga para sí y nada para Israel, rechazado por los santos, entregándose sin límites al pueblo amalecita, amonita, edomita; aunque adore á Dagón, Astarot, Elimi; aunque la antigua serpiente sea su mejor amigo; aunque, finalmente, merezca la cólera del Señor, y haya roto con el pie el viejo derecho popular, echado del Parlamento que Sión convocó; aunque á los hermanos del Cristo su boca haya dicho *raca;* á pesar de tantas fechorías, no puedo creer, sin embargo, que tenga un corazón tan duro y un alma tan negra. ¡No! Que hasta ese punto te abandone el cielo, y que no confieses á la faz de Israel, que para ese pueblo inglés echando sangre, lleno de miserias, sobre el estercolero de Job enseñando sus úlceras, entre todas las venturas que puede deber á la suerte, la mayor de las dichas, Cromwell, sería tu muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL, retrocediendo en su asiento

¿Mi muerte dices?

CARR, con mansedumbre

¡Cromwell, me interrumpes sin cesar! ¡Vamos, obra de buena fe! El incienso de la bajeza te embriaga; deja un momento de ser partidario de ti mismo; hablemos sin enfadarnos. Sí, tu muerte, reconócelo, sería una gran dicha. ¡Ah, muy grande!

CROMWELL, cuya cólera aumenta

¡Temerario!

CARR, siempre imperturbable

En cuanto á mí, de ello estoy tan convencido, hermano, que, con ese solo objeto, siempre, bajo mi capa, esperando tu día, guardo este cuchillo.

(Saca del seno un puñal muy largo y lo presenta al protector.)

CROMWELL, saltando hacia atrás espantado

¡Un puñal! ¡Asesino! ¡Socorro!

(A CARR.)

¡Por favor, querido Carr!...

(Aparte.)

¡Felizmente llevo una coraza!

CARR, guardándose el puñal en el pecho

¡No tiembles, Cromwell! ¡No llames!

CROMWELL, asustado

¡Infierno!

CARR

Cuando se mata á un tirano, ¿acaso se le enseña el acero? Tranquilízate, ¡tu hora no ha sonado aún! Y vengo á salvar tu cabeza sentenciada de los golpes de un hierro vengador menos puro que éste.

CROMWELL, aparte

¿Adónde irá á parar?

CARR

Vuelve á sentarte aquí. Tu vida es para mí más sagrada que la carne del lechón para la cierva sedienta, ó los huesos de Jonás para el pez gigante, que le salvó de las olas oculto en su garganta.

(CROMWELL vuelve á sentarse y lanza á CARR una mirada curiosa y desconfiada.)

CROMWELL, aparte

Hay con paciencia que dejarle hablar.

CARR

Escucha. Una conjuración te amenaza, y comprendes, sin duda, que, si sólo te amenazase á ti, no perdería para informarte de ella mis pasos y mis discursos. Más bien me harás la justicia de creer que Carr hubiera considerado como una gloria unirse á los santos que en ella figuran. Pero se trata aquí de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

salvar á Israel; de paso también te salvo, ¡tanto peor!

CROMWELL

Pero ¿es real esa conjuración? ¿Sabéis dónde se reunen los afiliados?

CARR

De allí vengo.

CROMWELL

¿De veras? ¿Quién os abrió la torre?

CARR

¡Tiembla! ¡Barksthead!

CROMWELL

¡Me vende! Sin embargo, firmó la sentencia del rey.

CARR

La esperanza del perdón le domina.

CROMWELL

¿Es, pues, para restablecer á Estuardo?

CARR

Sigue escuchando. Cuando á esa cita llegué desde

la aurora, creí buenamente que se trataba primero de libertar al pueblo dándote muerte.

CROMWELL

¡Gracias!

CARR

Luego que se devolvería al Parlamento único su poder, que arrebató tu despotismo inicuo. Pero apenas llegado, vi á un filisteo con jubón de terciopelo acuchillado de raso. Había tres. El jefe de los conciliábulos vino á cantarme madrigales.

CROMWELL

¿Madrigales?

CARR

Es el nombre de sus salmos paganos. Pronto llegaron los santos, piadosos ciudadanos; pero sus ojos, fascinados por encantos extraños, sonreían á los demonios que se mezclaban con los ángeles. Los demonios gritaban: ¡Muera Cromwell! Y por lo bajo decían: Aprovechemos sus sangrientos debates; haremos suceder Babilonia á Gomorra, los techos de cedro á los de sicomoro, la piedra al ladrillo, Dor á Tiro, el yugo al freno, y el cetro de hierro á la varilla de bronce.

CROMWELL

Carlos II á Cromwell, ¿no es eso?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARR

Es su sueño. Pero Jacob no quiere que con su propia espada maten á su buey sin darle su parte; que destruyan á Cromwell en provecho de Estuardo, pues entre dos desgracias debe temerse la peor. Por malo que seas, prefiero tu imperio á un Estuardo, un Herodes, un libertino real, muérdago, parásito, en fin, de la añosa encina arrancada. ¡Confunde, pues, esa trama que mi voz te revela!

CROMWELL, tocándole el hombro

Te agradezco, amigo, la noticia.

(Aparte.)

¡Hecho providencial! ¡Thurloe tenía razón!

(A CARR con tono cariñoso.)

¿Conque los partidos rivales del rey, del Parlamento, están unidos contra mí? De los realistas, ¿quiénes son los jefes?

CARR

¿Te parece que me han dado la lista? ¡Me importan tan poco esos malditos diablos, como la paja en donde dormí siete años! Sin embargo, recuerdo que nombraban en alta voz á Rochester... lord Ormond...

CROMWELL, cogiendo papel y pluma precipitadamente

¿Estás bien seguro? ¡Ellos en Londres!

(Escribe los nombres en el papel. A CARR.)

Vamos, haz aun un esfuerzo.

(Se coloca frente á CARR y le interroga con el gesto y con la mirada.)

CARR, lentamente y como reuniendo los recuerdos

Sedley...

CROMWELL, escribiendo

¡Bueno!

CARR

Drogheda, Roseberry, Clifford...

CROMWELL, sigue escribiendo

¡Libertinos!

(Se aproxima á CARR con muestras de mayor dulzura y afecto.)

¿Y los jefes populares?

CARR, retrocediendo indignado

¡Detente! ¡Yo entregarte á nuestros santos, que son los ojos de nuestra cabeza! No; aunque me ofrecieses diez mil ciclos de oro, como el rey Saúl á la mujer de Endor; no, aunque dieses orden á algún eunuco para probar el filo de su sable en mi nuca; no, aunque me enviases por mis rebeldías, como á Daniel, á la cueva de los leones; no, aunque hicieses brillar un brasero de pez, horrible, y siete veces más ardiente que de costumbre; aunque, segundo Ananías, viese á mi vez la llama á mi alrededor crecer como una torre, y dorando las casas de un vil pueblo inundadas, subir treinta y nueve codos más arriba que la hoguera.

CROMWELL

Cálmate.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARR

¡No, jamás! Aunque me dieras los campos que hay en Tebas y sus alrededores, el Tagre y el Líbano, Tiro con sus puertas doradas; Ecbavana, sobre piedras cuadradas construída, mil bueyes, el limo del Nilo egipcio, cualquier trono, y todo el arte de ese mago que cantando hacía salir fuego del agua y con un silbido venir de los confines del mundo, á través de los cielos y sus valles de azur, las moscas de Egipto y las abejas de Asur. ¡No! ¡Aunque me hicieses coronel del ejército!

CROMWELL, aparte

Mal se abre por la fuerza una boca cerrada. No lo probemos.

(A Carr, alargándole la mano.)

Carr, somos antiguos amigos. Como dos hitos, Dios en su campo nos ha puesto...

CARR

¡Cromwell siendo hito supo hacer camino!

CROMWELL

Hermano, de inminentes peligros acabas de librarme. No lo olvidaré. El salvador de Cromwell...

CARR, bruscamente

¡Ah! ¡Nada de injurias! ¡Carr sólo salvó á Israel!

CROMWELL, aparte

¡Ah, sectario arrogante con quien debo contemporizar! ¡Acariciar al que me hiere, á mi edad! ...

(A Carr, humildemente.)

¿Qué soy? Un gusano de la tierra.

CARR

Estamos de acuerdo en eso. Para el Eterno no eres más que un gusano, como Atila; pero para nosotros, una serpiente. ¿No quieres la corona?

CROMWELL, con lágrimas en los ojos

¡Qué mal me conoces! La púrpura me rodea, pero tengo la úlcera en el corazón. ¡Compadéceme!

CARR, con risa amarga

¡Dios de Jacob! ¿Oyes á este Nemrod tomando aires de Job?

CROMWELL, en forma lamentable

Comprendo que de los santos merecí censuras.

CARR

¡El Señor Dios te castiga en tus allegados!

CROMWELL, sorprendido

¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARR, triunfante

Hay aun un nombre que puedes añadir á la lista... Pero no, ¿para qué hablar? El crimen es castigado por el vicio.

(CROMWELL, en quien esta reticencia despierta sospechas, se acerca á CARR.)

CROMWELL

¿Qué nombre? ¡Dí ese nombre! Por semejante servicio puedes pedirlo todo, exigirlo...

CARR, como herido por una idea súbita

¿De veras? ¿Cumplirás tu promesa?

CROMWELL

Vale lo que un juramento.

CARR

Puedo por cierto precio descubrirte la llaga.

CROMWELL, con satisfacción desdeñosa, aparte

Ya sea que se entreguen á quien les adula ó á quien les paga, todos esos republicanos son iguales en el fondo, y su virtud de cera se funde á los rayos de mi sol.

(Alto.)

¿Qué exiges, hermano? ¿Un título heráldico? ¿Un grado? ¿Un patrimonio?

CARR

¿Qué?

CROMWELL

¿Qué quieres? Habla.

CARR

Abdica.

CROMWELL, aparte

¡Es incorregible!

(Alto, después de breve reflexión.)

Amigo, para abdicar, ¿acaso soy rey?

CARR

¡Subterfugio! ¿Cómo, ya faltas á tu promesa?

CROMWELL, dudando

¡Pero no!

CARR

Veo que vacilas.

CROMWELL, suspirando

¡Ay! Cien veces he hecho esfuerzos para conservar el poder, dispuesto á abandonarlo. El poder es mi cruz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARR, alzando la cabeza

No te enmiendas, Cromwell. ¡Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, ó Leviatán por el cuello de una anguila, que un rico y un poderoso por la puerta del cielo!

CROMWELL, aparte

¡Fanático!

CARR, aparte

¡Hipócrita!

(A CROMWELL.)

En discursos extremados te agotas en vano.

CROMWELL, con aire contrito

Dígnate escucharme, hermano. Reconozco que mi poder es injusto y arbitrario, pero no hay en Judas, en Gad, en Isacar, nadie á quien pese y atormente tanto como á mí, querido Carr. Odio esas vanidades capaces de hacerme ocultar en las catacumbas, palabras de sonido hueco como la pared de las tumbas, trono, cetro, honores vanos que Carlos nos legó, falsos dioses que no son ni alfa ni omega. Sin embargo, no puedo echar, sobre este pueblo que amo, repentina y bruscamente la autoridad suprema, antes de la hora en que vendrán á reinar en nuestras cabañas los veinticuatro ancianos y los cuatro animales. Ve, pues, á hablar con los jurisconsultos Saint-John y Selden, jueces de hecho de las leyes, doctores en cuanto á cultos. Diles que hagan un plan de gobierno, que me permita, al fin, retirarme con ontitud. ¿Estás satisfecho?

CARR, moviendo la cabeza

No mucho. Esos doctores que se invoca, transmiten casi siempre un oráculo equívoco. Pero no quiero, en cuanto á mí, dejarte satisfecho á medias.

CROMWELL, con avidez

Dime, pues, quién es el otro enemigo. ¿Cuál es su nombre?

CARR

Ricardo Cromwell.

CROMWELL, dolorosamente

¡Mi hijo!

CARR, imperturbable

El mismo. ¿Estás contento, Cromwell?

CROMWELL, sumido en profundo estupor

El vicio y la blasfemia le han conducido poco á poco hasta el parricidio. ¡El judío tenía razón! ¡Castigo del cielo! ¡Asesiné á mi rey; mi hijo matará á su padre!

CARR

¿Qué quieres? La víbora engendra á la víbora. Es duro, convengo en ello, ver á un hijo traidor, y sin ser un David, tener á un Absalón. En cuanto á la muerte de Carlos, en que crees ver tu crimen, es el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

único acto santo, virtuoso, legítimo, que ha rescatado el peso de tus fechorías, y que constituye el mejor aspecto de tu vida.

CROMWELL, sin oirle

Ricardo, á quien yo creía indolente, frívolo, ligero como el pájaro que canta y vuela, ¡querer mi muerte!

(Con insistencia á CARR, cogiéndole la mano.)

Pero, dime, hermano, ¿estás bien seguro? ¿Mi hijo?

CARR

A la cita acudió esta mañana.

CROMWELL

¿Dónde fué esa cita?

CARR

En la taberna de las Tres Grullas.

CROMWELL

¿Qué decía?

CARR

Muchas cosas que han desaparecido de mi memoria. Cantó, rió muy fuerte, jurando haber pagado las deudas de Cliffort...

CROMWELL, aparte

¡El judío me lo dijo!

CARR

Y, ¿querrás creerme? ¡Le vi beber á la salud de Herodes!

CROMWELL

¿De qué Herodes?

CARR

¡Vaya, pues bien, de Baltasar!

CROMWELL

¿Cómo?

CARR

¡De Faraón!

CROMWELL

¿Acaso quieras decir...?

CARR

¡Del antecristo á quien llamaban *rey de Escocia*, ó sea Carlos II!

CROMWELL, pensativo

¡Mi hijo! ¡Atroz libertinaje! ¡Beber á su salud era beber á mi muerte! Risas, un festín, cantos, ¡ni un remordimiento! ¡Parricida locuelo! Un día sobre tu frente pálida ¿qué se escribirá: *Caín* ó *Sardanápalo*?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARR

El uno y el otro.

(Entra THURLOE y se aproxima con misterio á CROMWELL.)

THURLOE, bajo á CROMWELL

Milord, Ricardo Willis está ahí.

(Así que ve á THURLOE, CROMWELL aparenta su acostumbrada serenidad.)

CROMWELL

¡Ricardo Willis!

(Aparte.)

El me pondrá en claro todo eso.

(A THURLOE.)

Voy.

THURLOE, indicándole la puerta grande por la cual salieron los cortesanos

Esos caballeros, que aguardan allí, ¿pueden entrar?

CROMWELL

Sí, puesto que voy á salir.

(Aparte.)

Repongámonos; conviene estar siempre sereno. Si mi corazón es de carne, que mi frente sea de bronce.

(Entran los cortesanos conducidos por THURLOE. Saludan á CROMWELL, quien les corresponde haciendo una señal con la mano y se dirige á CARR.)

CROMWELL, cogiendo la mano á CARR

Gracias; pero sin despedirnos, hermano, sed de los nuestros. Cromwell siempre colocará á Carr en el primer puesto. Mi poder para vuestros deseos será ilimitado.

(Sale con THURLOE; todos se inclinan, menos CARR.)

CARR, permanece solo en primera fila

¡Así es como abdica! ¡Usurpador maldito!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA DÉCIMAPRIMERA

CARR, WHITELOCKE, WALLER, EL SARGENTO MAYNARD, EL CORONEL JEPHSON, EL CORONEL GRACE, SIR WILLIAM MURRAY, M. WILLIAM LENTHAL y LORD BROGHILL.

Todos los cortesanos ven salir á CROMWELL despechados y miran á CARR con sorpresa y envidia.

SIR WILLIAM MURRAY, á los demás cortesanos que están en el fondo

¡Ved de qué modo habló su alteza á ese hombre! ¡Para él cuánta bondad!

CARR, siempre solo en primer término

¡Cuánta infamia!

M. WILLIAM LENTHALL

¡Se dignaba sonreirle!

CARR

¡Se atreve á ultrajarme!

EL CORONEL JEPHSON

¡Cuánto honor!

CARR

¡Qué afrenta! ¿Y cómo vengarme?

WALLER

Es algún favorito.

CARR

¡Soy su víctima! Hasta mí oprime el tirano.

SIR WILLIAM MURRAY

¡Todo es para él!

CARR

¡Cromwell me quitaría mi tesoro, mi virtud! ¡Yo servir á Nabucodonosor! ¡Yo en su corte! ¡Iría, cuando Sión me contempla, como un lino blanco en otro tiempo, manchado por los mercaderes del templo con azafrán, con púrpura, con añil, á cambiar mi nombre de Carr por el nombre de Abdenago!

SIR WILLIAM MURRAY, examinando á CARR

Cierta noble dignidad de su porte me sorprende. No le juzgamos bien primero.

CARR

¿Soy un sátrapa? ¿Por quién me toma Cromwell?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

M. WILLIAM LENTHALL, á SIR WILLIAM MURRAY

Es hombre que goza de crédito.

SIR WILLIAM MURRAY, á M. WILLIAM LENTHALL

Persona de calidad, no cabe duda. Su traje no es rigurosamente...

CARR, siempre en el mismo sitio

¡Traidor!

M. WILLIAM LENTHALL, aparte

La amistad que por el milord ha demostrado debe ser útil á aquellos de quienes por casualidad se digna recomendar alguna petición. ¡Si quisiese servirme!... El amo le escucha.

(Se aproxima á CARR con muchas reverencias.)

Milord, ¿os dignaríais, por gracia sin igual, decir á quien sabéis, en favor mío, buen ciudadano, milord, una de esas palabras que decís tan bien? Tengo derecho á que me hagan lord; soy maestre de rollos, y...

CARR, abriendo los ojos sorprendido

He colgado mi arpa en la rama de los sauces, y no canto los cantos de mi país á los babilonios que nos han invadido.

(Al ver la acción de LENTHALL, todos se acercan precipitadamente y rodean á CARR.)

EL SARGENTO MAYNARD, aparte

A nuestras peticiones...

M. WILLIAM LENTHALL, descorazonado, á MAYNARD

¡Nos conserva rencor!

SIR WILLIAM MURRAY, penetrando en el grupo

¡Vaya! Su gracia no quiere apostillar más que una. ¡Protegedme, milord! Puesto que va á nombrarse un rey, me parece que puedo ser útil á su alteza. Soy noble escocés. Siendo niño disfruté de favores especiales, que me otorgó el acompañar al príncipe de Gales. Siempre que, cediendo á algún mal espíritu, cometía su alteza real una falta, tenía yo el privilegio único, y no era corto, de recibir los azotes que merecía su alteza.

CARR, con indignación concentrada

¡Vulgar sicofante! De modo que, dos veces criminal, fué vil con los Estuardos y ahora lo es con Cromwell. Como Mifiboset, cojea con ambas piernas.

WALLER, á CARR presentándole un papel

Milord, soy Waller. He hecho ditirambos acerca de los galeones cogidos al marqués español.

CARR, entre dientes

¡El oro te inspira y te paga, adorador de Noll!

EL CORONEL JEPHSON, á CARR

Señor, os ruego que digáis mi nombre á su alteza. El coronel Jephson. Mi madre era condesa. Quisiera ser admitido en la Cámara de los pares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL SARGENTO MAYNARD, á CARR

Decid al protector lo que pierdo por él. Jorge Cony, á quien se ha aplicado un impuesto ilegal, me tomó por abogado. Mi mesa es muy frugal, y, sin embargo, rehusé.

CARR, aparte

Veo en su jerigonza el veneno del áspid y la hiel del dragón.

SIR WILLIAM MURRAY, á CARR

¡Por Dios, poned una apostilla al pie de mi solicitud!

CARR, con rudeza

¡Ve á decir á Belcebú que firme tu escrito laberíntico!

SIR WILLIAM MURRAY

¡Milord se enfada!

(A los otros.)

¡Entre todos le enloquecéis!

WALLER, á CARR

Solicito un puesto...

CARR

¿En el hospital de locos?

EL CORONEL GRACE, riendo

¡Está bien para un poeta!

(A CARR.)

Apoyad mi petición.

CARR

¡No, Noé no tenía más animales en el arca!

EL CORONEL JEPHSON

Señor, soy el primero que propuso al Parlamento nombrar rey á Oliverio...

SIR WILLIAM MURRAY

Dos palabras nada más, milord...

CARR, furioso

¡Milord! ¡Señor! ¡Confusión de lenguas! El ruido de las cadenas es dulce comparado á estas arengas. Prefiero un carcelero á estos sacerdotes de Bel, y la torre de Londres á la torre de Babel. Volvamos á la prisión. ¡Que Israel los confunda!

(Se abre paso entre los cortesanos y sale.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA DÉCIMASEGUNDA

Los mismos, menos CARR; luego THURLOE

SIR WILLIAM MURRAY

¡Qué dice de torres de Babel y de Londres!

EL SARGENTO MAYNARD

Ese amigo de milord dice que se vuelve á la cárcel.

WALLER

Decididamente está loco.

M. WILLIAM LENTHALL

¿Por qué razón está su alteza afable con ese energúmeno?

(Entra THURLOE.)

THURLOE, saludando

Por orden expresa de milord, vuelvo aquí para deciros que su alteza no puede recibir hoy.

EL CORONEL JEPHSON, con enfado

Cromwell recibe á ese extravagante y á nadie más que á él.

(Salen todos con aire de disgusto. Cuando han salido ya, se abre la puerta oculta. Por ella entra CROMWELL, quien mira con precaución á su alrededor.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA DÉCIMATERCERA

CROMWELL, SIR RICARDO WILLIS

CROMWELL, volviéndose hacia la puerta, que ha quedado entreabierta

Ya están fuera. Venid y, como os interesa no ser visto, salid por esta puerta.

(Aparece Sir Ricardo Willis. Está cubierto con una capa, y un gran sombrero le oculta la cara; no tiene ningún aspecto enfermizo, ni en su actitud ni en la entonación de la voz. Cromwell y él dan algunos pasos para atravesar el teatro. Cromwell se detiene bruscamente. Uniendo las manos.)

No debo, pues, dudar. Mi hijo mayor, Ricardo...

SIR RICARDO WILLIS

Ha bebido á la salud del rey Carlos Estuardo; y todos los conjurados, de quienes se titulaba hermano, vuestros enemigos mortales, le encontraron temerario.

CROMWELL

¡Hijo ingrato! ¡Cuando elevo al trono sus destinos! Decidme de nuevo, Willis, los nombres de los puritanos.

SIR RICARDO WILLIS

Lambert, primero.

CROMWELL, con aire desdeñoso

¡Lambert! Me molesta y enfada que una trama tan osada tome por jefe á un hombre tan cobarde. El imperio pertenece aun menos al genio que á la casualidad. ¡Cuántos Vitelios, gran Dios, para un solo César! Las muchedumbres ponen siempre, con sus manos degradadas, alguna cosa vil sobre las grandes ideas. Roma tuvo por bandera un haz de paja.

(A Willis.)

Sigamos.

SIR RICARDO WILLIS

Ludlow.

CROMWELL

Bonachón que no irá muy lejos; bestia que nunca será un Bruto.

SIR RICARDO WILLIS

Syndercomb, Barebone.

(A medida que Willis habla, Cromwell le sigue con una lista que tiene desplegada.)

CROMWELL

Mi propio tapicero, si bien recuerdo. ¡Necio!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

SIR RICARDO WILLIS

Joyce.

CROMWELL

Rústico.

SIR RICARDO WILLIS

Overton.

CROMWELL

¡Brillante talento!

SIR RICARDO WILLIS

Harrison.

CROMWELL

¡Ladrón!

SIR RICARDO WILLIS

Luego Wildman.

CROMWELL

¡Loco! A quien sorprendieron dictando á su lacayo versos contra mí. ¡Pero son comedias de veras!

SIR RICARDO WILLIS

Un tal Carr.

CROMWELL

Ya sé.

SIR RICARDO WILLIS

Garland, Plinlimmon.

CROMWELL

¿Cómo, Plinlimmon?

SIR RICARDO WILLIS

Y Barksthead, uno de los verdugos del rey.

CROMWELL, como si despertase de repente

¿A quién habláis?

SIR RICARDO WILLIS, inclinándose confundido

¡Ah, señor, perdón! Viejo hábito adquirido sirviendo á la otra raza. Esa palabra no puede llegar hasta vuestra majestad.

CROMWELL, aparte

La adulación aumenta el golpe que me ha dado.
¡Torpe!

(Alto.)

Basta.

(Enseñando la lista.)

¿Están todos los cabezas de los puritanos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIR RICARDO WILLIS

Sí, señor.

CROMWELL, aparte

Ordenemos una investigación.

(A Willis.)

¿Los jefes de los caballeros?

SIR RICARDO WILLIS

Vuestra bondad me ha permitido callar sus nombres. Son antiguos amigos, y me sabría mal perderlos; pero los vigilo, y en todo caso no escaparán.

CROMWELL

Perfectamente.

(Aparte.)

Todos los cobardes tienen sus escrúpulos.

(Alto.)

Sí, de vuestros compañeros respetad el secreto.

(Aparte.)

Tanto más cuanto que sé sus nombres. ¡Qué hombres tan diferentes me dictaron esas dos listas, Willis los puritanos y Carr los realistas!

SIR RICARDO WILLIS

¡Señor, les indultaréis también de la muerte! Sin eso, por mi honor, tendría demasiados remordimientos.

CROMWELL, aparte

¡Por su honor!

SIR RICARDO WILLIS

Ya sé que les presto un servicio inmenso, despertando de este modo vuestra clemencia en su favor. Descubro su conjura porque me inspira lástima, y si les hago traición, es por pura amistad.

CROMWELL

Vuestro sueldo queda fijado en doscientas libras.

(Entre dientes.)

¡Ese es el precio de la sangre de los tuyos que me entregas! ¡Gato-tigre! ¡Que rasga después de haber adulado y sabe vender una cabeza con humanidad!

SIR RICARDO WILLIS, que sólo ha oído la última palabra

¡Ah, sí, la humanidad!

CROMWELL, abriendo su cartera y sacando un papel que le entrega

Aquí tenéis el giro.

SIR RICARDO WILLIS, inclinándose para recibirlo

¿Pagadera siempre, señor, en la caja secreta?

CROMWELL, después de un signo afirmativo

¡A propósito! ¿No habéis visto á ese Davenant, poeta laureado en tiempo de Estuardo? Viene del continente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIR RICARDO WILLIS

¿Davenant? No, príncipe y señor.

CROMWELL

Trae cierta carta para Ormond.

SIR RICARDO WILLIS

Nada he visto entregar al marqués; y, sin embargo, he vigilado bien. No creo que estuviese entre los conjurados.

CROMWELL, aparte

¡Inútil instrumento! Pero yo mismo veré á Davenant.

(ROCHESTER, con traje de ministro puritano, aparece en el fondo.)

ESCENA DÈCIMACUARTA

CROMWELL, SIR RICARDO WILLIS y LORD ROCHESTER

LORD ROCHESTER, en el fondo del escenario

¡Aquí estoy! Repitamos bien el tema. Precisa de un puritano tomar dos veces el tono, cuando se habla con Cromwell de parte de Milton. Davenant me ha servido; gracias á Milton á quien engaña, seré capellán de Noll antes de una hora. Si hoy se me lleva el diablo, sólo se me llevará como limosnero de Cromwell. Ya comienza, Wilmont, la tragi-comedia. En la boca del lobo pon tu atrevida cabeza, y usa por tu rey, sin queja, este sombrero: ¡vas á ver á Francisca!

(Advierte la presencia de CROMWELL y de WILLIS, quienes, mientras hablaba, parecían absorbidos en una conversación secreta.)

Pero ¿quiénes son esos dos hombres?

SIR RICARDO WILLIS, á CROMWELL

Por un barco de Suecia hacen venir las sumas; y el canciller Hyde, en su carta, me dice que un judío para la empresa ofrece también su crédito.

LORD ROCHESTER, en el fondo

¿Cómo? ¿Dicen que corresponden con lord Hyde? ¿Sería acaso...?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIR RICARDO WILLIS

¿Davenant? No, príncipe y señor.

CROMWELL

Trae cierta carta para Ormond.

SIR RICARDO WILLIS

Nada he visto entregar al marqués; y, sin embargo, he vigilado bien. No creo que estuviese entre los conjurados.

CROMWELL, aparte

¡Inútil instrumento! Pero yo mismo veré á Davenant.

(ROCHESTER, con traje de ministro puritano, aparece en el fondo.)

ESCENA DÈCIMACUARTA

CROMWELL, SIR RICARDO WILLIS y LORD ROCHESTER

LORD ROCHESTER, en el fondo del escenario

¡Aquí estoy! Repitamos bien el tema. Precisa de un puritano tomar dos veces el tono, cuando se habla con Cromwell de parte de Milton. Davenant me ha servido; gracias á Milton á quien engaña, seré capellán de Noll antes de una hora. Si hoy se me lleva el diablo, sólo se me llevará como limosnero de Cromwell. Ya comienza, Wilmont, la tragi-comedia. En la boca del lobo pon tu atrevida cabeza, y usa por tu rey, sin queja, este sombrero: ¡vas á ver á Francisca!

(Advierte la presencia de CROMWELL y de WILLIS, quienes, mientras hablaba, parecían absorbidos en una conversación secreta.)

Pero ¿quiénes son esos dos hombres?

SIR RICARDO WILLIS, á CROMWELL

Por un barco de Suecia hacen venir las sumas; y el canciller Hyde, en su carta, me dice que un judío para la empresa ofrece también su crédito.

LORD ROCHESTER, en el fondo

¿Cómo? ¿Dicen que corresponden con lord Hyde? ¿Sería acaso...?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL, á RICARDO WILLIS

Volved pronto á la Torre de Londres para evitar toda sospecha.

LORD ROCHESTER, siempre en el fondo

¡Pero todo eso me confunde!

SIR RICARDO WILLIS, á CROMWELL

Vuestra majestad conoce mi adhesión profunda.

LORD ROCHESTER, continúa sin que le vean

¡Majestad, adhesión! ¡Deben ser leales; serán caballeros!

CROMWELL, á RICARDO WILLIS, dirigiéndose hacia la puerta

Tengamos cuidado con los centinelas; si alguno nos viese, todo podría comprometerse.

(Salen.)

LORD ROCHESTER, solo. Se adelanta hacia el centro del escenario

¡Ya lo creo! El rey Carlos tiene amigos imprudentes. ¡Venir á contar aquí nuestros asuntos! ¡Qué diablo! ¡Conspirar en casa de Cromwell! ¡La audacia es increíble! ¡Y si alguien más que yo les hubiese visto!

(Mirando por la galería.)

¡Cómo! Uno de los dos vuelve hacia acá. Pero conviene asustarle; que comprenda hasta qué punto se expone. Ocultémonos.

(Va á ocultarse detrás de uno de los pilares de la sala. Entra CROMWELL.)



ESCENA DÉCIMAQUINTA

LORD ROCHESTER, CROMWELL

CROMWELL, sin ver á ROCHESTER

¡Ay! El hombre propone y Dios dispone. Me creía ya en el puerto, en calma, á salvo de las olas, y estoy sondando todo un mar de conjuraciones. Estoy de nuevo jugando á los dados mi cabeza. Pero, ¡valor! Afrontemos la última tempestad. Demos el último

CROMWELL, á RICARDO WILLIS

Volved pronto á la Torre de Londres para evitar toda sospecha.

LORD ROCHESTER, siempre en el fondo

¡Pero todo eso me confunde!

SIR RICARDO WILLIS, á CROMWELL

Vuestra majestad conoce mi adhesión profunda.

LORD ROCHESTER, continúa sin que le vean

¡Majestad, adhesión! ¡Deben ser leales; serán caballeros!

CROMWELL, á RICARDO WILLIS, dirigiéndose hacia la puerta

Tengamos cuidado con los centinelas; si alguno nos viese, todo podría comprometerse.

(Salen.)

LORD ROCHESTER, solo. Se adelanta hacia el centro del escenario

¡Ya lo creo! El rey Carlos tiene amigos imprudentes. ¡Venir á contar aquí nuestros asuntos! ¡Qué diablo! ¡Conspirar en casa de Cromwell! ¡La audacia es increíble! ¡Y si alguien más que yo les hubiese visto!

(Mirando por la galería.)

¡Cómo! Uno de los dos vuelve hacia acá. Pero conviene asustarle; que comprenda hasta qué punto se expone. Ocultémonos.

(Va á ocultarse detrás de uno de los pilares de la sala. Entra CROMWELL.)



ESCENA DÉCIMAQUINTA

LORD ROCHESTER, CROMWELL

CROMWELL, sin ver á ROCHESTER

¡Ay! El hombre propone y Dios dispone. Me creía ya en el puerto, en calma, á salvo de las olas, y estoy sondando todo un mar de conjuraciones. Estoy de nuevo jugando á los dados mi cabeza. Pero, ¡valor! Afrontemos la última tempestad. Demos el último

golpe que los hiele de espanto. Rompamos lo que resiste; ¡el pueblo necesita un rey!

LORD ROCHESTER, detrás del pilar

Este es, no cabe duda, un ardiente realista.

CROMWELL

Cubrámosles con una red; sigamos su pista; envolvamos sus pasos, con una cadena invisible. Ceguémosles; velemos; no escaparán.

LORD ROCHESTER

Proscribe á la vez á Cromwell y á su familia.

CROMWELL

¡Que mueran todos!

LORD ROCHESTER

¿Cómo todos? ¡Que se salve su hija!

CROMWELL, como en un ensueño sombrío

¿Qué quieres, pues, Cromwell? Dí. ¡Un trono! ¿Para qué? ¿Te llamas acaso Estuardo, Plantagenet, Borbón? ¿Eres de esos mortales que, gracias á sus abuelos, ya desde niños miraron á la tierra con ojos de amo? ¿Qué cetro, soldados victoriosos, bajo tu peso no se rompe? ¿Qué corona está hecha á la medida de tu frente? ¡Tú rey, hijo del azar! Para las razas futuras tu reinado figuraría entre las aventuras. ¡Tu casa, dinastía!

LORD ROCHESTER

Decididamente está por el derecho de los Estuardos.

CROMWELL, continuando

¡Un rey de Parlamento! ¡Para peldaños bajo tus pies los cuerpos de tus víctimas! ¿Así es como se sube á los tronos legítimos? ¡Cómo! ¿No estás aun cansado de haber caminado tanto, Cromwell? ¿Tiene el cetro algún encanto oculto? Mira. El universo entero bajo tu poder reposa; le tienes en tu mano y es bien poca cosa. El carro de tu fortuna, en que se fundan tus derechos, sigue andando, y con sangre real salpica á los reyes. ¡Cómo! ¡Poderoso en la paz, vencedor en la guerra, no eres nada sin el trono! ¡Ambición vulgar!

LORD ROCHESTER

¡Cómo trata á Cromwell!

CROMWELL

Pues bien, aunque tuvieses el trono de Inglaterra y diez más, después ¿qué harías? ¿Sobre qué otra cosa caería tu capricho? ¿No necesita el hombre un objetivo en la vida? ¡Loco culpable!

LORD ROCHESTER

¡Ay, Cromwell, si le oyeses!

CROMWELL

¿Qué es un trono, además? Un asiento debajo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

un dosel, un tablado adonde se fija la atención del pueblo, y que cambia de nombre según la tela que le oculta. ¡De terciopelo es el trono, de paño negro el cadalso!

LORD ROCHESTER

¡Un sabio!

CROMWELL

¿Es eso, Cromwell, lo que necesitas? ¡El cadalso! Sí, de horror penetra tan sólo esa palabra. Me arde la cabeza. Abramos la ventana.

(Se aproxima á la ventana de Carlos I.)

El aire libre, el sol, ahuyentarán mi tedio.

LORD ROCHESTER

No anda con cumplidos; diríase que está en su casa.

(CROMWELL trata de abrir la ventana, pero ésta no cede.)

CROMWELL, haciendo mayor esfuerzo

La abren muy rara vez. La cerradura está enmohecida.

(Retrocediendo de pronto con horror.)

¡Con sangre de Estuardo está manchada esa ventana! ¡Sí, desde aquí emprendió el vuelo hacia el cielo!

(Vuelve pensativo al centro de la escena.)

¡Si yo fuese rey, quizás se abriría mejor!

LORD ROCHESTER

¡No está eso mal!

CROMWELL

Si todo crimen debe expiarse, ¡tiembla, Cromwell! Fué un atentado impío. Jamás adornó tan noble frente como la suya el dosel real; Carlos I fué justo y bueno.

LORD ROCHESTER

¡Oh súbdito leal!

CROMWELL

¿Podía impedir yo esos furores sanguinarios? Mortificaciones, vigilias, ayunos, plegarias para salvar á la víctima, ¿no lo empleé todo? Pero su sentencia de muerte estaba firmada en el cielo.

LORD ROCHESTER

Y por Cromwell también, quien, falseando la balanza, mientras que tú rezabas, iba obrando en silencio, hombre cándido y puro.

CROMWELL, con profundo abatimiento

¡Cuántas veces este palacio me vió llorar la suerte del mejor de los ingleses!

LORD ROCHESTER, enjugándose una lágrima

¡Este hombre de bien me enternece!

CROMWELL

¡Qué de remordimientos me causó aquella augusta cabeza!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ROCHESTER

¡Ah, no seas injusto contigo mismo! Sentimiento, sí; pero ¿por qué remordimientos?

CROMWELL, mirando con fijeza al suelo

¿Qué pensarán de nosotros los hombres que murieron?

LORD ROCHESTER

Pobre amigo, su dolor le perturba la razón.

CROMWELL

¡Cuántos males desconocidos nos revela un crimen! ¡Para devolverte la vida, oh Carlos, cuántas veces hubiera dado mi sangre!

LORD ROCHESTER

Habla demasiado alto; podrían sorprenderle y fuera lástima. A sus buenos sentimientos rindo silencioso tributo, pero para expresarlos ha elegido mal lugar. Hagámosle miedo.

(Sale de su escondite y se adelanta bruscamente hacia CROMWELL.)

Amigo, ¿qué hacéis aquí?

CROMWELL, sorprendido, mirándole de arriba abajo

¿A quién habla ese majadero?

LORD ROCHESTER

A vos. (Aparte.)

¿Qué dice? ¿Majadero? Tendré, pues, el aire de un santo, ¡mejor! Representemos nuestro papel.

(Alto y con suficiencia.)

¿Sabéis acaso, buen hombre, dónde estáis?

CROMWELL

Y tú, tonto, ¿sabes con quién hablas?

LORD ROCHESTER

¡A fe mía que...! (Aparte.)

¡Diablo, no juremos! (Alto.)

Sé con quién hablo.

CROMWELL, aparte

¿Será algún asesino pagado por el rey Carlos?

(Saca del pecho una pistola y apunta á ROCHESTER.) (Alto.)

¡Bribón, no te acerques!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Diablo! Seamos prudentes. ¡Todos esos conspiradores se arman hasta los dientes! No vayamos por Cromwell á batirme con un hermano.

(Alto.)

Señor, no quiero perderos.

CROMWELL, sorprendido, desdeñosamente

¿Qué dice?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
R. A. 11

LORD ROCHESTER

Al contrario. Quisiera daros un consejo. En este sitio teníais palabras harto sediciosas.

CROMWELL

¿Yo?

LORD ROCHESTER

Vos. Salid, señor, ó llamo á la fuerza.

CROMWELL, aparte

Es un loco. (Alto.)

¿Qué eres para hablar de ese modo?

LORD ROCHESTER

No olvidéis que estáis en casa de milord protector.

CROMWELL

¿Quién eres, pues?

LORD ROCHESTER

Soy el más ínfimo de sus servidores; su capellán.

CROMWELL, vivamente

¡Mientes como un bellaco! ¿Tú mi capellán?

LORD ROCHESTER, asustado

(Aparte.)

¡Dios! ¡Dios! ¡Es Cromwell! ¿Qué escucho? ¡Es Cromwell!

(Alto.)

Hay un traidor entre los nuestros.

CROMWELL

Deberías ante mí caer de rodillas, impostor desvergonzado.

LORD ROCHESTER

Milord, perdonadme... ¡Alteza! (Aparte.)

¿Se le dice alteza ó vuestra gracia? (Alto.)

Excusadme. El error que he cometido procede de mi ardiente celo contra vuestros enemigos. Palabras mal entendidas...

CROMWELL

Pero, ¿por qué esa mentira?

LORD ROCHESTER

Mi adhesión hacia vos realizaba un ensueño. Me atrevo á solicitar en vuestra casa el empleo de capellán.

CROMWELL

¿Eres doctor de buena ley? ¿Cómo te llamas?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Caramba! ¡Mi maldita memoria! ¿Cuál es mi nombre de santo?

(Alto.)

No tengo gloria...

CROMWELL

¿Tu nombre? El manantial puede brotar en el fondo de un pozo.

(ROCHESTER parece recordar de pronto algo importante. Registra precipitadamente un bolsillo, y sacando de él una carta se la entrega á CROMWELL con un profundo saludo.)

LORD ROCHESTER

Esta carta, milord, os dirá quién soy.

CROMWELL, cogiendo la carta

¿De quién?

LORD ROCHESTER

Del señor Juan Milton.

CROMWELL, abriendo la carta

Un hombre muy digno. ¡Lástima que sea ciego!

(Lee algunas líneas.)

¿De modo que te llamas Obededom?

LORD ROCHESTER, inclinándose. Aparte.

Demonio ¡qué nombre!

(Alto.)

Milord lo ha dicho.

(Aparte.)

¡Obed... Obededom! ¡Ah, maldito Davenant, me has dado un nombre capaz de hacer huir al diablo, que no se puede pronunciar sin espantosa mueca!

CROMWELL, plegando la carta

¡Lleváis hermoso nombre! Obededom de Geth recibió en su casa el arca que viajaba. Sed digno, amigo, de ese nombre memorable.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Vaya con Obededom!

CROMWELL

Un santo considerable. Milton, secretario del consejo, responde de vos.

(Aparte.)

En verdad, su adhesión hacia mí me parece grande; su mismo arrebato es la mejor prueba.

(Alto.)

Pero debo y quiero someteros á una prueba; examinaros acerca de la fe, antes de nombraros capellán.

LORD ROCHESTER, inclinándose

Amén.

(Aparte.)

Es el instante crítico.

CROMWELL

Escuchad. Por ejemplo, ¿en qué mes comenzó Salomón su templo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LORD ROCHESTER

En el mes de zio, segundo del año sagrado.

CROMWELL

¿Cuándo lo concluyó?

LORD ROCHESTER

En el mes de bul.

CROMWELL

Tharé ¿no tuvo tres hijos? ¿Dónde?

LORD ROCHESTER

En Ur, en Caldea.

CROMWELL

¿Quién vendrá á rejuvenecer la tierra agostada?

LORD ROCHESTER

Los santos, que reinarán mil años cumplidos.

CROMWELL

¿Quién cumple mejor los santos deberes?

LORD ROCHESTER

Todo creyente lleva en sí la gracia suficiente. Basta para predicar que se presente en el púlpito, y

que sepa, alimentado por los manantiales del Carmelo, en vez de A, B, C, decir *Alef, Beth, Ghimel.*

CROMWELL

Bien dicho. Bogad con todas las velas.

LORD ROCHESTER, con entusiasmo

El Señor á cada uno en espíritu se muestra. Se puede, sin ser sacerdote, ó ministro, ó doctor, haber recibido de lo alto un rayo creador...

(Aparte.)

¡Qué insolación!

(Alto.)

Sin fe el hombre se arrastra. Pero velad, alumbrad vuestra alma con la lámpara. El alma es un santuario, y todo hombre un clérigo. Al hogar común llevad vuestro relámpago; los profetas predicaban en las plazas públicas, y el santo templo tenía ventanas oblicuas.

(Aparte.)

¡Consiento que me ahorquen, Obededom Wilmot, si de todo lo que digo entiendo una palabra!

CROMWELL, aparte

Es un anabaptista. Sabe mucha lógica, pero su doctrina en el fondo es muy demagógica.

LORD ROCHESTER, continuando con entusiasmo

El don de las lenguas nace en quien habla á menudo y mucho...

(Aparte.)

De ello buena prueba soy yo.

(Alto.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Soñando, rezando, velando, se convierte uno en levita; pudiéndose alcanzar entonces á Satanás, aunque anda muy veloz, á pesar de su pata coja, pues en un día va desde Bet-Lebaot hasta Bet-Marcabot.

(Aparte.)

¡Caramba! Esto anda bien; lleguemos hasta el éxtasis.

CROMWELL, deteniéndole

Basta. Fundáis sobre una base falsa vuestro edificio. Pero ya volveremos á hablar de ello. ¿Cuáles son los animales impuros?

LORD ROCHESTER

Todas las garzas; el avestruz, el loro, el ibis excluído del arca, el alcaraván.

(Aparte.)

El Cromwell...

(Alto.)

Todo lo que vuela y anda.

CROMWELL

¿Cuáles son los que se pueden comer?

LORD ROCHESTER

El ataco, milord, el broco y el ofidomaco.

CROMWELL

Olvidáis, amigo, la langosta.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Ah, diantre! ¿Pero quién alojaría esas bestias en el vientre?

CROMWELL

Pero no decís lo que conviene saber: «Quien toca cuerpos muertos, permanece impuro hasta la noche.»

(Aparte.)

¡No importa! ¡Es muy docto! Se puede sobre esas materias no tener, como yo, nociones completas.

(Alto.)

Una palabra nada más. ¿Está conforme con los santos discursos llevar el pelo corto ó largo?

LORD ROCHESTER, con seguridad

Cortos, muy cortos.

(Aparte.)

¡Disfruta, cabeza redonda!

CROMWELL

¿De lo cual deducís...?

LORD ROCHESTER, con vivacidad

Que nuestra cabellera es una vanidad. Por su hermoso cabello largo, Absalón fué colgado.

CROMWELL

Sí, pero Sansón quedó muerto cuando le pelaron.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

LORD ROCHESTER, aparte, mordiéndose los labios

¡Diablo!

CROMWELL

Para dilucidar, en cuanto sea posible, tan grave asunto, voy en busca de mi Biblia.

(Se va.)

ESCENA DÉCIMASEXTA

LORD ROCHESTER, solo

¡Vamos, he sostenido bastante bien este asalto! Por más que sea puritano, el hombre no es tonto. Hasta temo que... ¡San Pablo! ¿Quién será ese pérfido confidente de Cromwell y del canciller Hyde? ¡Traidor! Pero, sin embargo, logré engañar al viejo diablo. ¡Qué manera tiene de interrogar con frases de sermón! ¡Con qué mirada gazmoña le examina á uno!

(Mirándose de pies á cabeza.)

Felizmente para mí, tengo muy mal aspecto. Parezco á un gran bribón, verdadero matador de reyes. Creo que primero me tomó por un ladrón...

(Se ríe.)

Ese predicador soldado, ese bandido patriarca, para no dejarse sorprender anda siempre armado hasta los dientes, en su propio palacio, entre dilemas piadosos y buenas pistolas. De dos maneras, pues sabe haceros frente.

(Entra RICARDO CROMWELL.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

LORD ROCHESTER, aparte, mordiéndose los labios

¡Diablo!

CROMWELL

Para dilucidar, en cuanto sea posible, tan grave asunto, voy en busca de mi Biblia.

(Se va.)

ESCENA DÉCIMASEXTA

LORD ROCHESTER, solo

¡Vamos, he sostenido bastante bien este asalto! Por más que sea puritano, el hombre no es tonto. Hasta temo que... ¡San Pablo! ¿Quién será ese pérfido confidente de Cromwell y del canciller Hyde? ¡Traidor! Pero, sin embargo, logré engañar al viejo diablo. ¡Qué manera tiene de interrogar con frases de sermón! ¡Con qué mirada gazmoña le examina á uno!

(Mirándose de pies á cabeza.)

Felizmente para mí, tengo muy mal aspecto. Parezco á un gran bribón, verdadero matador de reyes. Creo que primero me tomó por un ladrón...

(Se ríe.)

Ese predicador soldado, ese bandido patriarca, para no dejarse sorprender anda siempre armado hasta los dientes, en su propio palacio, entre dilemas piadosos y buenas pistolas. De dos maneras, pues sabe haceros frente.

(Entra RICARDO CROMWELL.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

ESCENA DÉCIMASÉPTIMA

LORD ROCHESTER y RICARDO CROMWELL

LORD ROCHESTER, viendo á RICARDO que se encamina hacia él

¡Cómo! ¡Ricardo Cromwell! Debo desaparecer. Si me reconoce, ¡cuidado con la cuerda ó con el fuego! El docto Obededom olvidaría su hebreo.

RICARDO CROMWELL, examinando á ROCHESTER

Me parece haber visto ya esa cara.

LORD ROCHESTER, aparte, imitando la gravedad puritana

El oso husmea á un falso muerto.

RICARDO CROMWELL

¡Es seguro!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Mal presagio!

RICARDO CROMWELL, continúa examinando á ROCHESTER

Ese hombre no es ningún doctor puritano. Entre

los caballeros bebía esta mañana. Adivino quién es. ¡Ah, traidor!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Maldita suerte! ¡No! ¡Jamás tuve encuentro tan funesto, desde la cita en que hablé de amor á las cincuenta primaveras de milady Seymour!

RICARDO CROMWELL, aparte

¿Cómo es posible desconfiar de un hombre cuando se sienta uno para beber en el mismo vaso?

LORD ROCHESTER, aparte

¡Ah, qué mirada tan severa!

RICARDO CROMWELL, aparte

De mi padre debe ser algún vigilante, que va en contra mía á dar un informe malévolo. Dirá que he bebido en la misma taberna con los enemigos del poder que hoy gobierna. Eso es para mi padre un crimen que castiga con la cárcel. ¡Es lesa majestad! ¡Es alta traición! Procuremos comprarlo y prevenir la tempestad.

(Busca en el bolsillo del traje.)

Tengo algunos nobles de oro en mi bolsa...

LORD ROCHESTER, observando el gesto, aparte

Se dispone á atacarme. ¿Tendrá también pistolas?

(Retrocede con inquietud.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

RICARDO CROMWELL, aparte

Con tal que se les pague, ¿qué les importa á esos lacayos?

(Se acerca á ROCHESTER con aire risueño y resuelto.)

Buenos días, señor.

LORD ROCHESTER, turbado

Milord, que el cielo os conserve la alegría.

(Aparte.)

¡Qué sonrisa infernal dirige á su presa!

(Alto.)

Soy un miembro obscuro del clero militante; rogaré á Dios por vos.

RICARDO CROMWELL

Sin embargo, os he visto en otra parte; no rezar, sino jurar con plena garganta.

LORD ROCHESTER, con viveza

Os equivocáis, milord; ¿yo jurar?

RICARDO CROMWELL

¡Por san Jorge! ¡Por san Pablo!

LORD ROCHESTER

¿Yo?

RICARDO CROMWELL

Jurad que no jurabais.

LORD ROCHESTER

¿Yo?

RICARDO CROMWELL

Mirad, reverendo, seamos francos respecto de ese punto.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Diablo!

RICARDO CROMWELL

No sois lo que parecéis. Debajo de la careta de un santo ocultáis el ojo de un traidor.

LORD ROCHESTER, consternado, aparte

Estoy perdido.

(Alto.)

¡Milord!

RICARDO CROMWELL

¿No es verdad?

LORD ROCHESTER, aparte

Mal paso.

RICARDO CROMWELL

Lo sé todo. Pero tomad, no me denunciéis.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

LORD ROCHESTER, sorprendido, aparte

¡Cómo! Iba á pedirle lo mismo. ¿Qué dice?

RICARDO CROMWELL

Nací con carácter aventurero. Tengo amigos en todas partes; bebí esta mañana con varios caballeros, como vos, puritano. ¿De qué os servirá ir á decir á mi padre que su hijo con ellos brindaba en aquel garito, y por un poco de vino que casi no bebí, hacerme expulsar de la tribu?

LORD ROCHESTER, aparte

¡Estoy salvado!

RICARDO CROMWELL

Bien sé, amigo, que en todos los negocios quiere mi padre saber lo que se dice y se hace; pero ¿acaso nos ocupábamos de conjuraciones? ¡Pues sois, querido, uno de sus espías! ¡Ah, todo lo adivino!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Sí, de veras, adivina! En este papel de santo mi habilidad es divina, y tan bien he adoptado el color, que uno me toma por espía, el otro por ladrón.

(Alto á RICARDO inclinándose.)

¡Milord, vuestra gracia me otorga demasiado honor!

RICARDO CROMWELL

De mi padre quejoso evitadme el enojo. Prometedme,—estoy provisto de nobles de oro,—que ocultaréis al protector lo que vísteis esta mañana.

LORD ROCHESTER

Con mucho gusto.

RICARDO CROMWELL, presentándole una gran bolsa bordada con su escudo de armas

Tomad, he aquí mi bolsa; no soy ingrato.

LORD ROCHESTER, aceptándola después de vacilar un momento

(Aparte.)

¡Bah, es un recurso! Cuando se conspira, hay que ser rico de veras. La avaricia, además, forma parte de mi disfraz. (Alto.)
Milord es generoso...

RICARDO CROMWELL

Bueno, bueno; toma y ve á beber.

LORD ROCHESTER, aparte

Esto, en verdad, acaba mejor de lo que creí.

RICARDO CROMWELL

Amigo. ¿Cuánto puedes ganar en tu oficio, sin contar con la horca?

LORD ROCHESTER

Un doctor de cuartel...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

RICARDO CROMWELL

¿Como espía?

LORD ROCHESTER

Milord me da un nombre...

RICARDO CROMWELL

Se necesita en tu oficio mucha filosofía. ¿Por qué avergonzarse?

LORD ROCHESTER

¡Milord!

ESCENA DÉCIMAOCTAVA

Los mismos, CROMWELL

CROMWELL, con una Biblia blasonada en la mano

¡Ah! Maestro Obededom, escuchad este versículo acerca de Dabir, rey de Edom...

(Viendo á su hijo.)

¡Ah!

(A ROCHESTER.)

Salid.

LORD ROCHESTER, aparte

¿Qué le ocurre? ¡Ahora toma su aire arrogante!
¡De qué modo el pedagogo se cambia en tirano!

(Se va.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AVTONOMA DE NVEVO LEON ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA DÉCIMANOVENA

RICARDO CROMWELL y CROMWELL

(Cromwell se acerca á su hijo, cruza los brazos y le mira fijamente.)

RICARDO CROMWELL, inclinándose profundamente

Padre... Pero ¿de dónde procede tan inesperada turbación? ¿Qué nube atraviesa vuestra frente, milord? ¿Dónde debe caer el rayo que en su seno oculta, y del cual el siniestro relámpago en vuestros ojos brilla? ¿Qué tenéis? ¿Qué ha ocurrido? Hablad. ¿Teméis alguna cosa? ¿Qué puede entristeceros en la dicha de todos? Mañana, de los antiguos reyes juntándose el fantasma, morirá la república, dándoos tres reinos como herencia; mañana vuestra grandeza en el trono crecerá; mañana, en Westminster, proclamando vuestro derecho, arrojando á vuestros rivales su guante hereditario, el campeón armado de la vieja Inglaterra, entre salvas de artillería y repique de campanas, desafiará al mundo en nombre de Oliverio rey; ¿quién os falta? Europa, Inglaterra, Londres, vuestra familia, todo á vuestros deseos corresponde. Si me atreviese á hablar de mí, padre y señor, no tengo más preocupación que la de vuestra felicidad, vuestros días, vuestra salud...

CROMWELL, que no ha dejado de mirarle con fijeza

Hijo, ¿cómo sigue el rey Carlos Estuardo?

RICARDO CROMWELL, con terror

¡Milord!...

CROMWELL

Otra vez procurad elegir mejor vuestros comensales, caballero.

RICARDO CROMWELL

Milord, aunque me hiciesen pedazos, quiero ser más vil que las piedras de las calles, si...

CROMWELL, interrumpiéndole

¿Se bebe buen vino en la taberna de las Tres Grullas?

RICARDO CROMWELL, aparte

¡Ah! ¡El condenado espía lo contó todo primero!

(Alto.)

Os juro, milord...

CROMWELL

Parecéis confundido. ¿Hay mal en reunir, hallándose de buen humor, algunos amigos al rededor de un jarro de moscatel? ¡Bebíais, sin duda, á mi salud!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

RICARDO CROMWELL, aparte

¡Eso es! ¡Maldito brindis á la salud de Carlos!

(Alto.)

Milord, aquella reunión, por mi nombre y por mi alma, era muy inocente...

CROMWELL, con voz de trueno

¡Sois un infame! Con varios caballeros, mi hijo, está mañana, bebió su parte de mi sangre en un repugnante festín.

RICARDO CROMWELL

¡Padre!

CROMWELL

¡Beber con esos paganos á quienes aborrezco, á la salud de Carlos y en dia de ayuno!

RICARDO CROMWELL

Os juro, milord, que lo ignoraba todo.

CROMWELL

Guarda tus juramentos para tu rey de Tiro...; no vengas á exponer, traidor, ante mis propios ojos, tu parricidio agravado por la blasfemia. Fué un vino fatal que turbó tu razón. A la salud del rey bebías veneno. Mi venganza velaba muda sobre tu crimen, y aunque eres mi hijo, serás mi víctima. El árbol se abrasará para devorar su fruto.

(Sale.)

ESCENA VIGÉSIMA

RICARDO CROMWELL, solo

Por un vaso de vino me parece mucho ruido. Pero ¡beber en día de ayuno! Se convierte uno en sacrílego, traidor, blasfemo, parricida, ¿qué más? Es mejor, á fe mía, por grato que sea un banquete, ayunar con los santos que beber con locos. Es esa una verdad que antes de hoy no hubiera sospechado mi penetración. Mi padre está fuera de sí.

(Entra ROCHESTER.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ESCENA VIGÉSIMAPRIMERA

RICARDO CROMWELL y LORD ROCHESTER

LORD ROCHESTER, aparte

Ricardo parece turbado.

RICARDO CROMWELL, viendo á ROCHESTER que pasa por el fondo del teatro

¡Ah, es mi espía! El infame había hablado ya. Como á una zorra de Escocia voy á acosarlo.

(Se adelanta hacia ROCHESTER con aire amenazador.)

¡Al fin te encuentro, traidor!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Vamos, otro nuevo ataque! Sin embargo, habíamos hecho las paces.

(Alto.)

¿Qué he hecho á milord?

RICARDO CROMWELL

Creo que, en efecto, se burla de mí. ¿Piensas ocultarme aun tu perfidia? ¡He visto á mi padre, bribón, y lo sabe todo!

(Viendo que ROCHESTER permanece atónito é inmóvil.)

Estudia lo que vas á contestar.

LORD ROCHESTER, aparte

Es indudable, sí, que uno de los nuestros sirve de espía á Cromwell. ¿Sabrían quizás quién soy?

RICARDO CROMWELL

Creo que ríe bajo capa.

LORD ROCHESTER

¡Ah, milord!...

RICARDO CROMWELL

¿Te figuras que hay quien me escape dos veces? Toda la traición está al fin descubierta. Mi padre está furioso.

LORD ROCHESTER, aparte

Sí, me han reconocido decididamente. Vamos, hagamos frente á la tempestad.

RICARDO CROMWELL

¡Cobarde!

LORD ROCHESTER, aparte

Dejemos el engaño y tengamos valor.

(Alto.)

Puesto que al fin sabéis, señor Ricardo Cromwell, quién soy, podéis honrarme con un duelo. Tenemos ambos razones que á ello nos conducen. Fijad la hora, el sitio, el arma; todo lo dejo á vuestra elec-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

ción, siendo, como creo, un campeón digno de vos.

RICARDO CROMWELL

¡Ricardo Cromwell batirse con un espía!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Todavía lo cree! La afrenta me tranquiliza.

RICARDO CROMWELL

Debajo de tu piel de serpiente, debajo de tu traje de iglesia, ¡hablas de duelo! ¿Te crees acaso menos villano que un judío? ¡Hazte justicia, infame!

LORD ROCHESTER, aparte

Es cortés.

RICARDO CROMWELL

¡Venderme ocultamente, á mí, que te he pagado!
¡Recibir con ambas manos y vender á quien te compra!

LORD ROCHESTER, aparte

¿Qué quiere decir?

RICARDO CROMWELL

¡A lo menos devuelve el dinero!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Ah, diablo! Ya envié la bolsa á lord Ormond.

RICARDO CROMWELL

¡Vamos! ¡Me devuelves mi dinero, miserable!

LORD ROCHESTER

¿Qué hacer?

(Alto.)

La suma no es muy importante...

RICARDO CROMWELL

¿De veras? ¡Conque era poco! En tus huesos y en tu carne voy á cobrarme.

(Desenvaina la espada.)

¡Si no cobro mi dinero, gracias á mi buena espada, tendré lo que Satanás te dió por alma!

(Se abalanza sobre ROCHESTER espada en mano.)

¡Vamos, mi bolsa!

LORD ROCHESTER, retrocediendo

¡Me va á matar, no hay duda! ¡Maldita bolsa!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ESCENA VIGÉSIMASEGUNDA

Los mismos, EL CONDE DE CARLISLE, acompañado por cuatro alabarderos

(RICARDO CROMWELL se detiene. EL CONDE DE CARLISLE le saluda con respeto.)

EL CONDE DE CARLISLE

Milord Ricardo Cromwell, en nombre del protector, entregadme vuestra espada.

RICARDO CROMWELL, entregando la espada al conde

Estaba ocupada en castigar á un traidor. Llegáis un poco antes...

LORD ROCHESTER, con voz vibrante y aire inspirado

¡Feliz casualidad! ¡De las manos de Antíoco, Dios salva á Eleazar!

EL CONDE DE CARLISLE, á RICARDO CROMWELL

Sírvase vuestro honor pasar á sus habitaciones; tengo orden de colocar dos arqueros en la puerta.

RICARDO CROMWELL, á LORD ROCHESTER

¡Allí me conduces tú por tu traición!

LORD ROCHESTER, aparte

No lo entiendo. ¡Cómo, soy yo quien lleva á la cárcel al hijo del protector! ¡Y, amenazado con la espada, me arrebata Cromwell á la cólera de su hijo! Sin embargo, ni estorbo al padre ni hice nada al hijo.

RICARDO CROMWELL

¿Vendrás aun á insultarme con tus retos, cobarde?

(A LORD CARLISLE.)

Desconfiad de ese hombre que tiene dos caras. No me quejaría si hubiese podido darle su merecido. Para una doble faz se necesitan cuatro bofetones.

(Sale RICARDO CROMWELL rodeado por los alabarderos.)

LORD ROCHESTER, aparte

¡Lo que vale llevar careta de cabeza redonda!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

ESCENA VIGÉSIMATERCERA

EL CONDE DE CARLISLE, LORD ROCHESTER, THURLOE

THURLOE, á LORD ROCHESTER

Apreciando milord vuestra docta facundia, os nombra, caballero, capellán de su casa. Diréis la oración por la mañana y por la tarde; predicaréis un texto á los guardias de su puerta; bendeciréis los manjares que llevan á su mesa, y el hipocrás que bebe su alteza por la noche.

LORD ROCHESTER, inclinándose, aparte

¡Bueno! Eso es lo que deseamos.

THURLOE

Ese es vuestro deber.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Rochester rezando por Cromwell! ¡La cosa no tiene precio! ¡Un diablillo joven bendiciendo á un diablo viejo!

THURLOE, á LORD CARLISLE, entregándole un pergamino

Conde, una sedición estallará mañana en Westminster.

LORD ROCHESTER, aparte

¡No lo saben todo!

THURLOE, hablando siempre á CARLISLE

Prended á Rochester.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Buscad!

THURLOE, continuando

A Ormond.

LORD ROCHESTER, aparte

Prevenido por mí hace un instante, Ormond ha debido cambiar de nombre y de domicilio.

THURLOE

En cuanto á los demás, hay que vigilarles con cuidado, y por sí mismos vendrán á caer en nuestras redes.

(Salen.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ESCENA VIGÉSIMACUARTA

LORD ROCHESTER, solo

Haremos fracasar su plan con nuestra estratagema. Cromwell será sorprendido por nosotros esta misma noche. Todo va bien. Prosigamos, aunque vendidos á medias; desafiemos por nuestros Estuardos y por nuestro país, en este papel, tan peligroso como risible, las pistolas, las espadas y las discusiones bíblicas. Con la piel de la zorra entre los lobos vestido, seamos santo de casualidad, capellán improvisado, dispuesto á todo examen y á cualquier escaramuza, unas veces Ezequiel y otras espadachín.

(Se va.)



ACTO TERCERO

LOS BUFONES

LA CÁMARA PINTADA, EN WHITE-HALL

A la derecha un gran sillón dorado, colocado sobre algunos escalones cubiertos con el tapiz de los Gobelinos enviado por Mazarino. Un semicírculo de taburetes frente al sillón. Inmediata, una gran mesa con tapete de terciopelo y una silla de tijera.

ESCENA PRIMERA

LOS CUATRO BUFONES DE CROMWELL

TRICK, primer bufón, vestido de color amarillo y negro, gorro igual, puntiagudo, con campanillas de oro, las armas del protector bordadas en oro sobre el pecho; GIRAFF, segundo bufón, vestido de color amarillo y rojo, gorro igual, con cascabeles de plata, las armas del protector bordadas en plata, sobre el pecho; GRAMADOCH, tercer bufón y recogemanto de S. A., vestido de color rojo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA VIGÉSIMACUARTA

LORD ROCHESTER, solo

Haremos fracasar su plan con nuestra estratagema. Cromwell será sorprendido por nosotros esta misma noche. Todo va bien. Prosigamos, aunque vendidos á medias; desafiemos por nuestros Estuardos y por nuestro país, en este papel, tan peligroso como risible, las pistolas, las espadas y las discusiones bíblicas. Con la piel de la zorra entre los lobos vestido, seamos santo de casualidad, capellán improvisado, dispuesto á todo examen y á cualquier escaramuza, unas veces Ezequiel y otras espadachín.

(Se va.)



ACTO TERCERO

LOS BUFONES

LA CÁMARA PINTADA, EN WHITE-HALL

A la derecha un gran sillón dorado, colocado sobre algunos escalones cubiertos con el tapiz de los Gobelinos enviado por Mazarino. Un semicírculo de taburetes frente al sillón. Inmediata, una gran mesa con tapete de terciopelo y una silla de tijera.

ESCENA PRIMERA

LOS CUATRO BUFONES DE CROMWELL

TRICK, primer bufón, vestido de color amarillo y negro, gorro igual, puntiagudo, con campanillas de oro, las armas del protector bordadas en oro sobre el pecho; GIRAFF, segundo bufón, vestido de color amarillo y rojo, gorro igual, con cascabeles de plata, las armas del protector bordadas en plata, sobre el pecho; GRAMADOCH, tercer bufón y recogemanto de S. A., vestido de color rojo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y negro, gorro cuadrado igual, con cascabeles de oro, las armas del protector en oro sobre el pecho; ELESPURU, cuarto bufón, traje enteramente negro, sombrero de tres picos negro, con una campanilla de plata en cada pico, las armas del protector bordadas en plata. Los cuatro llevan al cinto una espada pequeña con hoja de madera y empuñadura grande. TRICK tiene, además, un cetro de locura en la mano.

(Los cuatro entran en escena saltando.)

ELESPURÚ

Canta

¡Escuchad esto, almas buenas!
Viajando por el infierno,
Moloch, Sadoch, Lucifer,
Me echaron al fuego eterno
Para ver mi cuerpo arder;
Ya mi ropa se encendía,
Ya mi jubón se quemaba,
Cuando el diablo en su porfía
Por un mono me tomaba
Y me soltó, y... ¡aquí estoy!
(Tarareando.)
Por un mono me tomaba...

GIRAFF, con gravedad

¿Piensas que te ha soltado? ¿Por quién tomas á Cromwell, nuestro rey temporal y jefe espiritual?

GRAMADOCH, á GIRAFF

¿Basta tener cuernos para ser diablo? Pensando así, el infierno no tendría límites.

ELESPURÚ

¡Semejante sospecha sobre la señora Isabel Cromwell!

GRAMADOCH

Escuchad. Los franceses han hecho esta canción.

Canta

Podéis estar convencidos
Que los sueños, al llegar
De París, de donde vienen,
Dos puertas han de pasar,
Si es de cuerno á los maridos,
Si es de marfil á un galán.

Cromwell me hace llevar la cola de su manto, y su mujer le hace llevar á él sus cuernos.

TRICK

Eso es infame, señores. Vuestras palabras merecen la horca. Soy el caballero de la señora Isabel. Salgo á la defensa del honor de Cromwell y del suyo, garantizándolo sin temor. ¡Es tan fea!

GRAMADOCH

Es verdad. Mentía, no puedo ocultarlo; cuando no se sabe qué decir, se habla por hablar. Temo el fastidio, que me haría enfermar, y voy á cantar una balada al eco.

Canta

Carmen, ¿por qué tanto ruido?
¿Es que Rosa te ha engañado?
¿Por qué, paje descuidado,
Gritas sin norte y sin tino?
¿También de Rosa el amante
Eres tal vez?
¡Sí!
¿Y es ella

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

Causa de tu mala estrella
Y de tu triste semblante?

El esposo, que todos olvidaron,
Vuelve otra vez; del lecho en que desnuda
Te retuvo el amor, le ves cansado
En su mula llegar; no te engañaron
Tus oídos, mujer, inútil duda.
¡Ya le tienes ahí! Tu infame vida
Va á castigar. En vano pretendieron
Del castillo escapar, así que vieron
Al marido llegar, porque perdidos
El levita y el paje ya se vieron.
Y al cogerlos al pie de la muralla
Se burla de los dos con ronco acento,
Y á sus lacayos sin perder momento
Los entrega feroz; y cual estalla
En horrible fragor el firmamento,
Ruge su voz, y al punto les ordena
Los cuelguen de la torre en sus almenas
Para pasto de cuervos y milanos,
Y caigan desde allí cual alma en pena
Al fondo de la tumba los villanos.
¡Abre tierra tu entraña al adulterio!
¡Ríe, fiero Satán, monstruo infecundo
Que siembras la deshonra por el mundo;
Enemigo mortal de los maridos
Que mancillas su honor en un segundo!
Cuando de ella al partir se despedía
Triste invocando á Dios, ningún amante
De esos tiernos Narcisos que constantes
Persiguen la mujer, no se atrevía
A la rebelde hablar, era constante.
¡Y cuando al fin volvió, veinte tenía!

TRICK, Á GRAMADOCH

Escucha ahora mi leyenda.

Canta

¡Estamos en siglo extraño!
El muy paciente Job

Y el buen Lázaro,
Repletos de oro están.
Lacedemonia
Al Creso, bravo rey,
Una limosna
Acaba de entregar.
¡Epoca extraña!
Mezcla rara, burdel
De blanco y negro,
Del Angel y Luzbel.
Hay señoritas
Que vírgenes tal vez son,
O lo aparentan;
Bellas de relumbrón
Que fácilmente
Se dejan conquistar;
Buenos maridos
De genio peculiar,
Cuyas Lucrecias,
De instintos sobrehumanos
Y frágil corazón,
Hacen Vulcanos;
Demócritos también,
Necios, farsantes;
Soberanos bromistas;
Tiernos amantes;
Asnos y lobos mil;
Gusanos de la luz;
Cortesanos sin ley
De ancho testuz,
Y cortesanas.
Verdugos dignos
Que al cumplir con la ley
Son muy benignos.
Dulcísimas monjitas
Que en el convento están
Mal cerraditas;
Y jefes también hay,
Mas no hay soldados.
Enanos muy gigantes
Y clérigos pagados,
Que en nada creen ya
Los muy tunantes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Esta mi época es,
Ya nada flota,
El mundo va al revés,
La peste brota.
Y de mal en peor
Va nuestro imperio;
Nuestros Césares ya,
Roto el misterio,
Se vuelven muy lagartos;
Nuestros buenos ciclopes,
Como están hartos,
Son todos miopes;
Y nuestros fieros Brutos,
Nuestros Orfeos,
Unos son como Plutos,
Otros Morfeos;
Nuestro Jupino
Es, sin disputa ya,
Otro Escapino.
Tiempos risibles
Que van pasando,
¡En que los Hércules
Siguen hilando!
Uno se encarama aquí
Sobre el que ha caído ya,
Y nuestro Olimpo es al fin
Un continuo carnaval;
Es un sábado, á mi ver,
De brujas, muy natural.

GRAMADOCH

Tu canción es mala y su rima molesta á la razón.

ELESPURÚ

¡A mí!

Canta

Vosotros que del infierno
Brujos de Argos y de Errol

Las muecas recibís y el fuego eterno;
Vosotros que tenéis por consultor
Mágico libro, y en la sombra negra
Un buho sustituís al ruiseñor;
Ondinas que alocadas
No usáis el quitasol
Al cruzar bulliciosas las cascadas;
Silfos que vais en buenas cabalgatas
Cruzando sin temor las barricadas
Y de San Pablo cual el rayo pasas
De un salto á las Orcadas;
Cazadores malditos del Tirol,
Traílla aventurera;
Escribanos de Argant, pajes de Roll;
Ahorcados sin montera
Que animáis vuestros restos inhumanos
Con besos de los brujos Calibán
Y Pistol y Macduff;
Zíngaros vanos,
Espantosa cohorte de soldados
Que por doquiera van, la muerte y robo
Sembráis con gran tesón, fieros malvados,
Decid: ¿Cuál es más diablo,
El viejo Nick ó el viejo Noll?
Entre las muchas serpientes
De que es padre Satanás, ¿por cuál de ellas
Mayor predilección, cariño siente?
¿La víbora ó el áspid?
¿El áspid ó el basilisco?
¿Prefiere al viejo Noll al viejo Nick?
El buen Noll es su ojo derecho,
Su ojo izquierdo es el buen Nick;
Este viejo es muy ladino
Y el otro no es un pepino;
El viejo Belcebú, que es un áspid,
Va del uno al otro en pos
Sin perderlos de vista ni un momento
Cuando cabalgan los dos;
La muerte va detrás en su elemento;
El infierno sus fuegos ya dilata
Y todos sin esperar
Por monturas se atan
En un palo de escoba sin tardar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Monta Nick, y Noll, que no es tacaño,
Para acabar se remonta
Antes de hacerse ermitaño.
¡Ojalá que á los dos traer pudiera!
¡Su mérito admirar!
¡Su pescuezo torcer yo bien quisiera
Al viejo Nick, al ir á penetrar
En casa del buen Noll, mi gusto fuera!

(Los bufones aplauden y ríen, repitiendo en coro:)

¡Ojalá que á los dos traer pudiera!
¡Su mérito admirar!
¡Su pescuezo torcer ya bien quisiera
Al viejo Nick, al ir á penetrar
En casa del buen Noll, mi gusto fuera!

TRICK

Para procurar textos á nuestra glosa, ¿sabéis que ocurren aquí extrañas cosas?

GIRAFF

Sí. Cromwell se hace rey. Satanás quiere ser Dios.

GRAMADOCH

Dicen que dos conjuraciones han embrollado su juego.

ELESPURÚ

El ejército está descontento y el pueblo murmura.

TRICK

Si por el manto real se quita la armadura, ¡ay del apóstata! Su corazón sin coraza abre á los vengadores puñales un camino más fácil y trillado.

GIRAFF

Por lo que á mí hace, disfruto en medio del desorden. Azuzaría á los perros y á los lobos á morderse. ¡Quisiera ver á Satanás, echado sobre unas parrillas, poner en manos de Cromwell un cetro enrojecido al fuego, convertir á los caballeros en inmundas monturas y jugar á los bolos con los cabezas redondas!

TRICK

Hermanos, ¿qué decís del nuevo capellán que acaba de bendecirnos con mirada tan maliciosa?

ELESPURÚ

¡Hum!

GIRAFF

¡Peste!

GRAMADOCH

¡Diablo!

TRICK

Sí. Veo que acerca de él todos pensamos lo mismo.

GRAMADOCH

Amigos, voy á contaros algo.

(Todos se agrupan al rededor de GRAMADOCH.)

¡Ese querido Obededom! Mientras tiraba yo al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

arco, le vi rondar por la puerta del parque y hablar con los soldados de guardia, pretextando edificarles explicándoles un texto. Luego les dió de beber y entregó dinero; al fin, rodeado por todos, les dijo: —¡Hasta la tarde! Para entrar en la plaza: *Colonia y White-Hall*, será el santo y seña.

GIRAFF, aplaudiendo con alegría

Es algún agente de Carlos.

ELESPURÚ

O más bien de Cromwell, si juzgo por las palabras que en su despecho cruel vomitaba contra él Ricardo, el hijo de nuestro amo, encarcelado por denuncia del traidor.

GIRAFF, riendo

Es verdad. Ricardo, á quien van á condenar ahora, quería matar á su padre. ¡Ah, es muy divertido!

TRICK

Y yo tengo aun algo más risible que todo eso.

GRAMADOCH

¿De veras?

GIRAFF

Imposible, señor de Trick.

TRICK, enseñando un pergamino enrollado y atado con una cinta de color de rosa

Mirad esto.

ELESPURÚ

¿Qué es eso?

TRICK

Ese pergamino, desde el bolsillo del doctor, ha caído en mi mano.

GRAMADOCH

¡Bueno! Será algún sermón muy negro, muy espantoso, que empezará por *infierno* y concluirá por *diablo*. Dame. Instruyámonos pronto. Es preciso que todo bufón, de la jerigonza puritana haga un estudio profundo.

(Desatando el rollo que le entregó TRICK.)

¿Será menos loco que nosotros ese capellán huraño? ¡Ata con cinta rosada sus terribles rayos!

(Lanza una mirada por el pergamino desplegado y ríe á carcajadas. GIRAFF toma el pergamino y ríe más fuerte aún; ELESPURÚ, á quien se lo da, se ríe igualmente, y TRICK los ve reirse á los tres, haciendo lo mismo que ellos.)

ELESPURÚ, riendo

Por un bonito diablo fué dictado ese sermón.

TRICK, riendo

¿Qué os parece?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
D. A. R.

ELESPURÚ, leyendo

A la bella Egeria

Enciéndese mi alma en vuestros ojos

GIRAFF, quitándole el pergamino y leyendo

En los que el dios Cupido
Llamea con su fuego abrasador;

GRAMADOCH, quitando el pergamino á GIRAFF y leyendo

Son como dos espejos que concentran

TRICK, apoderándose del pergamino

La llama que ha encendido
Y que quema mi ardiente corazón.

(Todos se ríen á carcajadas.)

ELESPURÚ

¡Cómo! ¿Esos versos han caído de un bolsillo puritano?

GIRAFF

¡Vaya un atrevido!

GRAMADOCH, como ocurriéndosele una idea

¡Eso es! Sí. ¡No cabe duda!

(Llamando á los otros bufones.)

Hermanos, ¿todos conocéis á la señora Guggligoy, la dueña de lady Francisca?

TRICK

Sin duda. ¿Qué?

GRAMADOCH

He visto al capellán, hablándole al oído, entregarle una bolsa.

TRICK

¿Y qué decía la vieja?

GRAMADOCH

Decía: —Esta tarde os hallaréis, guapo mozo, solo con ella... Y yo canté la canción:

Canta

La bruja dijo al pirata:
¡Buen capitán, en verdad,
No, jamás seré yo ingrata
Y tendréis vuestra beldad!
Primero habéis de buscarme
Entre la tripulación,
Un bello paje que amarme
Se decida el muy bribón;
Por mi trabajo, además,
Quiero me entregues mañana,
Si decidido ya estás,
Cuatro carneros con lana.
Mandíbula de ballena
También una me has de dar,
Y aunque te cause gran pena,
Un ídolo que adorar;
Buscadme algún amuleto,
De comadreja tres pieles,
¡Y entre vuestros empleados,
El más flaco que tuvieres
Para hacerme un esqueleto!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Sin duda que la Guggligoy se vende más barato, pues tiene en sí misma un esqueleto vivo; y de todo eso deduzco yo que quien soborna á soldados y dueñas, no está aquí por Carlos ni por Noll, sino por Francisca.

ELESPURÚ

Más que nunca, á fe mía, tengo el ánimo indeciso. ¿Qué será todo eso?

GIRAFF

No lo sé; pero es extraño.

GRAMADOCH

Cromwell, que cree someterlo todo á su inspección, haría bien en tener los ojos de sus cuatro bufones. Podríamos avisarle...

GIRAFF

¡Cómo! ¿Avisarle, prevenirle nosotros? ¿Qué somos para Noll? Permanezcamos en nuestra esfera. Nos ha tomado, y podría, sin duda, retribuirnos mejor, no para guardar sus días, sino para alegrarlos y distraerlos. Que roben á su hija y que fuercen su puerta, que le tundan ó le estrangulen, ¿qué nos importa?

GRAMADOCH

Tiene razón.

ELESPURÚ

Sin duda.

TRICK

A cada cual su oficio. Él reina, nosotros reímos. Que le hagan pedazos, que lo quemen ó despellejen, nada tiene que decirnos con tal de que siempre le hagamos reir.

ELESPURÚ

¡De qué modo nuestras vengadoras risas castigarán sus desdenes! ¡Cómo se reirán los danzantes del rey á medio hacer!

GRAMADOCH

Además, ese fingido capellán se nos parece en el fondo. Los locos y los enamorados andan siempre juntos. Su nombre de Obededom parece hecho *ad hoc* para Trick, Elespurú, Giraff y Gramadoch.

TRICK

¡Pero si conspira, amigo! Debemos defendernos. Si Estuardo volviese, nos ahorcaría á todos.

ELESPURÚ

¿Ahorcar á pobres bufones por algunos cuodlibetos?

TRICK

Aunque sólo fuese para ver su mueca en la horca. Sabes, de nada nos serviría gritar: ¡Misericordia! Se quieren ver muñecos colgando de una cuerda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

GIRAFF

¿Nosotros colgados, inocentes? Tranquilizaos todos. Que vuelva Carlos II y necesitará bufones. Aquí estamos. ¿Podría hallar en el mundo bufones que hayan hecho de su arte mayor estudio que nosotros? Algunos son bufones por instinto, nosotros por principios. En todos los desastres siempre se salvan los bufones. Para envejecer en la tierra, donde todo está de paso, hay que hacerse loco; eso es lo más cuerdo.

TRICK

En el fondo, Cromwell me fastidia. Dicen que Carlos es más divertido.

ELESPURÚ

¿Estará cansado el ojo de águila del tirano? ¡Cómo! ¡Nosotros hemos de saber lo que él mismo ignora! ¡Tenemos los hilos que no ve aún, nosotros los bufones de Cromwell!

GRAMADOCH

Mal dicho, Elespurú. Somos sus bufones, pero él es nuestro loco. Nos toma por juguetes suyos, ¡pobre hombre!, cuando él sí que lo es nuestro. ¿Acaso nos engaña con algún Padrenuestro? ¿Nos asusta cuando levanta la voz ó con sus guiños devotos que hacen temblar á reyes? Cuando viene de rezar, de predicar, de desterrar, ¿podrá el hipócrita mirarnos sin reir? Su política sorda y sus profundos designios engañan al mundo entero, menos á cuatro bufones. Su reino, tan funesto para los pueblos á quienes sacude, es, visto desde nuestro sitio, un drama tonto que está

representando. Miremos. Vamos á ver pasar ante nosotros á veinte actores, sucesivamente tranquilos, tristes, gozosos; nosotros. en la obscuridad, mudos, espectadores filósofos, aplaudimos los golpes, reímos de las catástrofes. Dejemos á Carlos y á Cromwell que combatan ciegamente, y se destrocen mutuamente para divertirnos. Sólo nosotros tenemos la llave de este enigma extraño. Nada digamos al amo.

ELESPURÚ

Sí, á fe mía, que se arregle como pueda.

GIRAFF

Callémonos y riamos.

TRICK

En todo triunfamos. Satanás arregla los tiranos para gusto de los bufones. ¡Mientras el universo tiembla ante el déspota, del cetro de Cromwell hagamos nuestro cetro de locura!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
U.A.N.L. CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA SEGUNDA

Los mismos, CROMWELL; JUAN MILTON, traje negro, cabello blanco bastante largo, especie de solideo negro, con la cadena de secretario del Consejo al cuello; le acompaña y guía un paje joven con librea del protector; WHITELOCKE; PIERPOINT; THURLOE; LORD ROCHESTER; ANÍBAL SESTHEAD.

CROMWELL

Aquí están mis cuatro bufones. Es el momento de distraernos un poco.

(Entra THURLOE.)

THURLOE, á CROMWELL

Milord, el Parlamento espera en la sala del trono...

CROMWELL, con impaciencia

¡Bueno! ¡Que espere!

THURLOE, bajo al protector

Trae el humilde mensaje en que el pueblo pide que el protector se digne ser rey.

CROMWELL, radiante

¡Por fin está hecho! (Aparte.)
¡Qué vulgares son!

(A THURLOE.)

Podría escucharles, en efecto, pero después del consejo; luego es preciso que vea los caballos grises frisones que me envía Holstein. Diviértelos, querido, mantén su celo ardiente. Diles que discutan algún texto mientras me esperan.

GRAMADOCH, bajo á TRICK

¡Del libro de los Reyes, por ejemplo!

(THURLOE se va.)

LORD ROCHESTER, aparte

¡Qué oigo! ¡Oh, Carlos! ¡Oh, rey mártir! ¡Cómo te venga Oliverio! ¡Qué vergonzoso látigo ha sucedido á tu brillante cetro!

CROMWELL, enseñando los bufones á LORD ROCHESTER

Puesto que estamos solos, quiero reir un instante. Doctor, son mis bufones y os los presento.

(LORD ROCHESTER y los bufones se inclinan.)

Cuando estamos alegres tienen el humor risueño. Todos hacemos versos. Y aquí

(Señalando á MILTON.)

hasta mi viejo Milton interviene también.

MILTON, con despecho

¡Viejo Milton, decís! Milord, dispensad, pero tengo nueve años menos que vos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
CAPILLA ALFONSINA
B. U. A. N. L.

CROMWELL

Como queráis.

MILTON

Sí. Sois, milord, del noventa y nueve. Yo del mil seiscientos ocho.

CROMWELL

El recuerdo es nuevo.

MILTON, con viveza

Podríais tratarme con más cortesía; soy hijo de un notario, concejal de su ciudad.

CROMWELL

Vamos, no os enfadéis. Sé perfectamente que sois Milton, gran teólogo, y hasta, pero el cielo cuenta lo que nos da, buen poeta, inferior á Vithers y á Donne.

MILTON, como hablando consigo mismo

¡Inferior! ¡Qué dura es esa palabra! Pero aguardemos; ya se verá si el cielo me ha negado sus dones. El porvenir es mi juez. Él comprenderá mi Eva que cae en la noche del infierno como un dulce ensueño, Adán culpable y bueno, y el arcángel indomable, con la orgullosa fiereza de reinar, también sobre una eternidad, grande en su desesperación, profundo en su demencia, saliendo del lago de fuego que bate su ala inmensa. Pues un genio ardiente trabaja en mi seno. Medito en silencio un extraño propósito. Vivo en mi

pensamiento, y Milton tiene bastante con ello. Sí, quiero á mi vez crear por mi palabra, del supremo Creador émulo audaz, un mundo entre el infierno, y la tierra y los cielos.

LORD ROCHESTER, aparte

¿Qué diablos dice?

ANÍBAL SESTHEAD, á los bufones

¡Risible entusiasta!

CROMWELL, mira á MILTON, encogiéndose de hombros

Vuestro *Iconoclasta* es un hermoso escrito. En cuanto á vuestro gran diablo, otro Leviatán.

(Se ríe.)

Es malo.

MILTON, indignado, entre dientes

¡Es Cromwell quien se ríe de mi Satanás!

LORD ROCHESTER, aproximándose á MILTON

¡Señor Milton!

MILTON, sin oirle y vuelto hacia CROMWELL

Habla así por celos.

LORD ROCHESTER, á MILTON, que le escucha distraído

No comprendéis, en verdad, la poesía. Tenéis talento, pero os falta buen gusto. Escuchad; los fran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

ceses son nuestros maestros en todo. Estudiad á Racán. Leed sus poesías pastorales, sus *Apriscos;* que Aminta con Tirsis se pasee por vuestros prados; que conduzca á una oveja con una cinta azul. ¡Pero Eva! ¡Pero Adán! ¡El infierno un lago de fuego! ¡Es espantoso! ¡Satanás desnudo bajo sus alas chamuscadas!... Pase aun si ocultase sus formas con algún traje galante, y si llevase sobre amplia peluca un casco con puntas de oro, una chaqueta aurora, un manto de Florencia; según recuerdo, en la Opera de Francia, con que no hace mucho disfrutó la corte, salía el sol con traje de gala.

MILTON, sorprendido

¿Qué es esa jerigonza de mundana facundia en la boca de un santo?

LORD ROCHESTER, aparte mordiéndose los labios

¡Otra calaverada! Felizmente no me escuchó atento; pero siempre juega malas partidas Rochester al grave Obededom.

(Alto á MILTON.)

Señor, fué una broma.

MILTON

¡Tonta ha sido la chanza!

(Aparte y siempre vuelto hacia CROMWELL.)

¡Cómo me trata Oliverio! ¿Y qué es el gobernar á Europa? ¡Juego de niños! ¡Quisiera verle escribiendo versos latinos como yo!

(Durante este coloquio, CROMWELL habla con WHITELOCKE y PIERPOINT; ANÍBAL SESTHEAD con los bufones.)

CROMWELL, bruscamente

¡Vaya, señores, es preciso reir! ¡Bufones! Haced alguna broma... ¡Sir Aníbal Sesthead!...

ANÍBAL SESTHEAD, con aire picado

Señor, excusadme. No soy bufón, soy primo de un rey, de un rey de antigua raza, y que, sin molestaros, rige á Dinamarca por derecho secular.

CROMWELL, mordiéndose los labios, aparte

Comprendo. Me ultraja. ¡Ah! ¿Por qué mi enojo no llegará hasta él?

(Con rudeza á los bufones.)

¡Vamos! ¡A ver si reís vosotros!

LOS BUFONES, riendo

¡Ja, ja, ja!

CROMWELL, aparte

Pero su risa me parece sardónica.

(Alto y con cólera á los bufones.)

¡Callad!

(Los bufones callan. CROMWELL continúa con aire de mal humor.)

Es Milton, cantor satánico, quien nos desconcierta la cabeza con sus visiones.

(MILTON se vuelve altivo hacia CROMWELL, quien sigue diciendo, aparte:)

Contengámonos.

(Alto.)

¿Qué decíamos? Trick, haz que nos traigan cerveza, una pipa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TRICK

¡Ah, milord quiere fumar!

(Sale y regresa pronto seguido por dos criados que llevan una mesa llena de jarros, vasos y pipas.)

CROMWELL

Entiendo que me disipen, ¡deseo estar un poco alegre!

(Aparte.)

¡Cómo! ¡Vendido por mi hijo!

(Pausa. CROMWELL parece entregado á dolorosas ideas. Los asistentes conservan silencio. ROCHESTER y los bufones parecen ser los únicos que observan el rostro siniestro del protector. De pronto CROMWELL, como dándose cuenta de la actitud embarazada de sus familiares, sale de su meditación y se dirige á los bufones.)

¿Se han hecho algunos versos desde los que escribí en contestación al soneto del coronel Lilburne?

TRICK

El Hipocrene es, para nosotros, avaro de su urna. He aquí, sin embargo...

(Presenta al protector el pergamino enrollado.)

CROMWELL

Lee.

TRICK, desplegando el pergamino

¡Ahí va! «*A la bella Egeria.*» ¡Ay, los versos son vulgares!

Enciéndese mi alma en vuestros ojos.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Diantre, mi madrigal!

(Se echa sobre TRICK y le coge el pergamino.)

¡Demonios! ¡Condenación! ¡Injuria! ¡Perdóneme el cielo...

(Se inclina hacia CROMWELL.)

y milord, si he jurado! Pero ¿cómo oir con tranquilidad á mi lado un torrente de impudicicias?

(A TRICK que ríe estrepitosamente.)

¡Huye, vete, edomita, impuro madianita!...

(Aparte.)

No recuerdo ya el otro consonante en *ita*. ¡Mi madrigal! Esos demonios de mi bolsillo lo sacaron.

CROMWELL, á LORD ROCHESTER

Comprendo que esos versos obtengan vuestro desprecio...

LORD ROCHESTER, aparte

¡Nada de eso!

CROMWELL

Pero no estamos aquí en una iglesia; y quiero leer, amigo, lo que os escandaliza. Dadme.

LORD ROCHESTER

¡Cómo! ¡Canciones de infierno!

CROMWELL, con impaciencia

Dame, ó voy...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

LORD ROCHESTER

Pero, milord...

CROMWELL, con imperio

¡Obedece!

(LORD ROCHESTER se inclina y entrega el pergamino á CROMWELL, quien lo recorre rápidamente y dice al devolvérselo:)

¡Esos versos son muy malos!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Malos mis versos! ¡Mientes! Mirad á ese regicida. ¡Cromwell juzgar mis versos!

CROMWELL

Ese madrigal es estúpido.

LORD ROCHESTER, echando una mirada por el pergamino

Milord, los autores de tales escritos están condenados; pero los versos en sí mismo parecen muy bien hechos.

TRICK, bajo á los otros bufones

¡Es el autor, no hay duda! (Alto.)
Yo, que leí esas rimas, reconozcò que Apolo las tendría por cuatro crímenes; ¡tan malas son!

LORD ROCHESTER, mirando á los bufones, aparte

¡Burlaos también, monos, del leopardo! ¡Loros, del gavilán!

CROMWELL

No es incumbencia vuestra, docto Obededom, juzgar ese madrigal galantemente somnífero.

LORD ROCHESTER, guardándose el madrigal en el bolsillo; aparte

Francisca lo hallará mejor, seguramente.

TRICK, saludando irónicamente á ROCHESTER

Sí, el señor es demasiado bueno para mí...

LORD ROCHESTER

¡Para ti! ¿Cómo? ¡Quisiera, azotándote mientras Dios te condena, pasearte por Londres montado sobre un asno!

TRICK

¿Castigaríais así al autor del madrigal?

LORD ROCHESTER, turbado

No... no he dicho...

TRICK

¿Soy hombre capaz de ocultaros su nombre?

LORD ROCHESTER, con mayor ansiedad

Está bien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TRICK

No pretendo solicitar su perdón. ¡Merece azotes!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Bribón!

TRICK, riendo, bajo á los otros bufones

Le molesto.

(Entra LORD CARLISLE.)

¡Al diablo lord Carlisle, que viene á interrumpirnos!

LORD ROCHESTER, respirando

¡Ah!

(CROMWELL se lleva precipitadamente á LORD CARLISLE á un rincón del teatro. Todos se separan, pero sin dejar de la vista á CROMWELL y á CARLISLE.)

CROMWELL, bajo á LORD CARLISLE, que se inclina

¿Lord Ormond?

LORD CARLISLE

Milord, ha mudado de casa.

CROMWELL

¿Rochester?

LORD CARLISLE

No han podido encontrarle. Se oculta.

CROMWELL

¿Ricardo?

LORD CARLISLE

Todo lo niega sin pudor. El tormento quizás podría lograr alguna confesión...

CROMWELL, con severidad

¡Vuestra cabeza responde de su último cabello! Carlisle, sabéis el horror que tengo á los suplicios. ¡La tortura á mi hijo! Eso es bueno para sus cómplices. ¿Lambert?

LORD CARLISLE

Se atrinchera en su casa de campo, bien guardado, ocupándose de sus flores.

CROMWELL, con amargura

Solícitos cuidados. Todos me escapan. ¡A lo menos tengo segura la corona!

LORD CARLISLE

Al rededor de Westminster, la muchedumbre, el pueblo y los soldados maldicen en alta voz el nombre de rey votado para vos por el Parlamento.

CROMWELL

¡Pesad vuestras palabras, milord!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD CARLISLE

¡Excúseme vuestra alteza!

CROMWELL, aparte

Todo va mal.

(Alto con mal humor.)

¿No he dicho, señores, que me diviertan? ¿En qué estáis pensando?

(Aparte.)

¡Me escuchan! ¡Lacayos!

(Bajo á CARLISLE.)

Milord, poned doble guardia al rededor de este palacio.

(CARLISLE se va. Alto.)

¿Y ese madrigal?

(Aparte.)

¡Me ahoga la cólera!

(Entra THURLOE.)

THURLOE, á CROMWELL

La secta de los *ranters,* á quienes ilumina el Espíritu Santo, desea consultar con milord un punto de fe. Están ahí.

CROMWELL

Hacedles entrar.

(Aparte.)

¡Ah! ¡Si hubiese nacido rey, despediría todo eso! Pero un jefe popular debe, para dirigir á la muchedumbre, ¡ay! saber agradarle.

(Entra THURLOE acompañando á los ranters, vestidos de negro, con medias azules, amplios zapatos grises, y grandes sombreros también grises, en los cuales se advierte una crucecita blanca; conservan puestos los sombreros.)

EL JEFE DE LA DIPUTACIÓN, con solemnidad

Oliverio, capitán y juez de Sión; los santos reunidos en Londres en congregación, sabiendo que la ciencia es un vaso que se ha de difundir, te preguntan, por medio de nosotros, si hay que quemar ó que colgar á los que no hablan como hablaba san Juan, y dicen *Siboleth* en vez de *Schiboleth.*

CROMWELL, meditando

La cuestión es grave y requiere madurarse. Pronunciar *Siboleth* es una idolatría. Crimen que merece la muerte y hace sonreir á Belcebú. Pero todo suplicio debe tener un doble fin, que para el paciente reclama la humanidad; castigando su cuerpo, hay que salvar el alma; ¿cuál es lo mejor, la cuerda ó el fuego para reconciliar á un pecador con Dios? El fuego le purifica...

LORD ROCHESTER, aparte

Y la cuerda le estrangula.

CROMWELL

Daniel se depuró en el ardiente triángulo. Pero la horca también tiene sus ventajas; la cruz fué una horca.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Admiro en todo esto con qué actitud tan amable, como si estuviese en sus dominios, de suplicio en suplicio, Oliverio se pasea, deja uno, toma otro, y va sin tropezar del haz á la argolla, de la horca á la hogue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra! ¡Cómo hace brotar de ella mil gracias ocultas!

CROMWELL, reflexionando siempre

¡Con cuánto trabajo se buscan las verdades! La materia es ardua, y coloco este caso entre los más sutiles y los más delicados.

(Después de una pausa, se dirige bruscamente á ROCHESTER.)

Capellán, emitid vuestra opinión por nos.

LORD ROCHESTER, aparte

Hace como Pilatos.

CROMWELL, mostrando á ROCHESTER á los ranters

¡Es otro Cromwell!

LORD ROCHESTER, inclinándose

¡Vuestra alteza me confunde!

EL JEFE DE LOS RANTERS, á ROCHESTER

Si en esas enormidades cae, pues, alguno, ¿merecería la cuerda ó el fuego?

LORD ROCHESTER, con autoridad

La horca. ¡Y mueran con él, bajo un odio mismo, su padre amorreo y su madre cetea!

EL JEFE DE LOS RANTERS, con gravedad

¿Por qué la horca?

LORD ROCHESTER, con embarazo

¡Ah!... ¿La horca?... Eso es... Se sube por medio de una escala... ¡Ahí está! Y... Dios hizo ver en sueño á su pastor leal que se sube al cielo por medio de una escala.

(Aparte.)

¡Me cuesta no reirme en las barbas de estos mozos!...

CROMWELL, mirando á ROCHESTER con satisfacción

¡Es verdaderamente docto!

EL JEFE DE LOS RANTERS, dando gracias á ROCHESTER con la mano

Muy bien, los ahorcaremos.

(Se van.)

LORD ROCHESTER, aparte

¡Bien juzgados serán esos infelices!

CROMWELL, á ROCHESTER

Estoy satisfecho de vos.

LORD ROCHESTER, saludando

¡Milord es demasiado bueno!

GIRAFF, á los otros bufones

Hermanos, ninguno de nosotros hubiera fallado mejor.

(Entra de nuevo THURLOE.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

THURLOE, á CROMWELL

El consejo privado.

CROMWELL

Bueno.

THURLOE

Es con el objeto de...

CROMWELL, con viveza

Ya sé; que entre.

TRICK, bajo á los bufones

¡Danzantes, cedamos el puesto á los magos!

(Ante una señal de CROMWELL, salen los bufones, LORD ROCHESTER y ANÍBAL SESTHEAD; dos criados se llevan la mesa con jarrones, vasos y pipas. THURLOE presenta el consejo privado, que se adelanta en dos filas. Cada individuo se coloca delante de un taburete, de los ordenados en semicírculo, mientras CROMWELL sube á su gran sillón, y MILTON, acompañado siempre por el paje, se acerca á la silla de tijera y á la mesa. WHITELOCKE, STOUPE y LORD CARLISLE ocupan sus puestos respectivos al rededor del protector, en los escalones del estrado.)

ESCENA TERCERA

CROMWELL; EL CONDE DE WARWICK; EL TENIENTE GENERAL FLETWOOT, yerno de Cromwell; EL CONDE DE CARLISLE; LORD BROGHILL; EL MAYOR GENERAL DESBOROUGH, cuñado de Cromwell; WHITELOCKE; SIR CARLOS WOLSELEY; M. WILLIAM LENTHALL; PIERPOINT; THURLOE; STOUPE; MILTON. Cada uno de esos personajes lleva el traje particular de su cargo ó de la comisión.

(CROMWELL se sienta y se cubre. Todos se sientan, pero permanecen descubiertos.)

CROMWELL, aparte

¡Ah! De todos estos pájaros aguantemos el canto.

(Alto.)

Señores consejeros de mi gobierno, sentaos todos y recemos un momento.

(Se arrodilla, los consejeros también. Después de algunos instantes de meditación, el protector se levanta y se sienta; todos le imitan. Continúa diciendo, así que ha lanzado un profundo suspiro:)

Señores, para gobernar tengo muy poco mérito. Pero el Señor, á quien al fin mi resistencia irrita, inspira al Parlamento el engrandecer mis deberes, aumentando mi poder. Por eso he dado orden de reuniros para que conferenciemos y hablemos juntos. ¿Es oportuno elegir un rey? ¿Debo ser yo el elegido? Dad sobre esos dos puntos vuestra opinión absoluta. Que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

THURLOE, á CROMWELL

El consejo privado.

CROMWELL

Bueno.

THURLOE

Es con el objeto de...

CROMWELL, con viveza

Ya sé; que entre.

TRICK, bajo á los bufones

¡Danzantes, cedamos el puesto á los magos!

(Ante una señal de CROMWELL, salen los bufones, LORD ROCHESTER y ANÍBAL SESTHEAD; dos criados se llevan la mesa con jarrones, vasos y pipas. THURLOE presenta el consejo privado, que se adelanta en dos filas. Cada individuo se coloca delante de un taburete, de los ordenados en semicírculo, mientras CROMWELL sube á su gran sillón, y MILTON, acompañado siempre por el paje, se acerca á la silla de tijera y á la mesa. WHITELOCKE, STOUPE y LORD CARLISLE ocupan sus puestos respectivos al rededor del protector, en los escalones del estrado.)

ESCENA TERCERA

CROMWELL; EL CONDE DE WARWICK; EL TENIENTE GENERAL FLETWOOT, yerno de Cromwell; EL CONDE DE CARLISLE; LORD BROGHILL; EL MAYOR GENERAL DESBOROUGH, cuñado de Cromwell; WHITELOCKE; SIR CARLOS WOLSELEY; M. WILLIAM LENTHALL; PIERPOINT; THURLOE; STOUPE; MILTON. Cada uno de esos personajes lleva el traje particular de su cargo ó de la comisión.

(CROMWELL se sienta y se cubre. Todos se sientan, pero permanecen descubiertos.)

CROMWELL, aparte

¡Ah! De todos estos pájaros aguantemos el canto.

(Alto.)

Señores consejeros de mi gobierno, sentaos todos y recemos un momento.

(Se arrodilla, los consejeros también. Después de algunos instantes de meditación, el protector se levanta y se sienta; todos le imitan. Continúa diciendo, así que ha lanzado un profundo suspiro:)

Señores, para gobernar tengo muy poco mérito. Pero el Señor, á quien al fin mi resistencia irrita, inspira al Parlamento el engrandecer mis deberes, aumentando mi poder. Por eso he dado orden de reuniros para que conferenciemos y hablemos juntos. ¿Es oportuno elegir un rey? ¿Debo ser yo el elegido? Dad sobre esos dos puntos vuestra opinión absoluta. Que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

cada uno en su rango exponga su sistema. Hablo con franqueza, explicaos en la misma forma. El conde de Warwick es el más eminente de vosotros. Que comience. Escuchad ahora, señor Milton.

EL CONDE DE WARWICK, levantándose

Milord, nada iguala en la tierra á vuestra fe, vuestro talento, vuestro elevado carácter, y para acrecentar aun vuestra situación personal, descendéis de los Warwick por la línea materna. Vuestro noble escudo tiene el mismo yelmo. Pues bien; como en todo reino hace falta un rey, vuestra alteza es preferible á un amo casual; y no cabe duda de que un Rich puede reinar tan bien como un Estuardo.

(Se sienta.)

CROMWELL, aparte

¡No hay como tener suerte para aumentar su familia! Cromwell, obscuro, no es nada; pero si brilla en el trono, los Rich son sus abuelos, sus primos, sus parientes. Sí, son mis abuelos, pronto hará cuatro años.

(Alto.

A vos os toca, Fletwood.

EL TENIENTE GENERAL FLETWOOD, levantándose

Milord, ¡la república! Mi señor padre político, con vos me explico claramente. Por ella se levantó el cadalso para Estuardo, por ella hemos peleado y combatido. La queremos. Dejemos para Dios sólo llevar la única diadema verdadera. ¡Nada de Oliverio I ni de Carlos II! ¡Jamás debe haber rey!

(Se sienta.)

CROMWELL

¡Fletwood, sois un niño! Hablad, Carlisle.

EL CONDE DE CARLISLE, levantándose

Milord, vuestra frente victoriosa está hecha para la corona.

(Se sienta.)

CROMWELL

¡Os escuchamos, Broghill!

LORD BROGHILL, levantándose

Milord, me atrevo á reclamar el secreto para lo que propongo.

(Aparte.)

La conjura de Ormond me tiene trastornado. ¡Qué papel tan tímido represento en este atrevido drama! ¡Consejero de Cromwell y confidente de Carlos! ¡Traidor si callo y más traidor si hablo!

CROMWELL

¿Por qué motivo?

LORD BROGHILL, inclinándose

Milord, una razón de Estado...

(CROMWELL le indica que se acerque. STOUPE, THURLOE, WHITELOCKE se alejan del protector.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD BROGHILL, bajo á CROMWELL

¿No sería posible tratar con Carlos, si le propusieseis la mano de vuestra hija?

CROMWELL, sorprendido

¿Al... joven?

LORD BROGHILL

Sí, lady Francisca.

CROMWELL

¿Y su familia?

LORD BROGHILL

Os hacéis coronar con el nombre de Oliverio. Sois reyes los dos.

CROMWELL

¿Y el treinta de enero?

LORD BROGHILL

Le dais un padre.

CROMWELL

Se puede dar. ¿Pero devolver?..

LORD BROGHILL

Olvidaría.

CROMWELL, con risa desdeñosa

¡Mi crimen! No lo puede comprender. Su mirada no sabría abarcar el fin que me propuse, ¡y para perdonarme es demasiado libertino! ¡Es una locura, Broghill!

(LORD BROGHILL vuelve á su sitio. Los demás ocupan de nuevo sus puestos.)

Hablad, Desborough.

EL MAYOR GENERAL DESBOROUGH, levantándose

Mi buen cuñado: Meditáis en la sombra un designio temerario. ¡Nosotros de la realeza volver á sufrir la afrenta! ¡Nada de rey, sea cual fuere! Los soldados saludarán á Cromwell con gritos de amor y á Oliverio con anatemas. ¡Mueran los cortesanos, los doctores, los sistemas!

CROMWELL

Desborough, lucháis contra una palabra, contra un nombre. Si ese pueblo inocente quiere un rey, ¿por qué negárselo? Ese nombre de rey, proscripto por vuestro orgullo fantástico, ¿qué es para un soldado? Un penacho en su casco.

(Hace seña á WHITELOCKE para que hable. WHITELOCKE se levanta y DESBOROUGH se sienta.)

WHITELOCKE, aparte, mirando á DESBOROUGH

¡Ese mozo de labranza levantarse antes que yo!

(Alto.)

Milord, seré sincero, suceda lo que quiera. No hay pueblo sin ley, no hay ley sin monarca. Escuchad; el argumento merece ser atendido... (Aparte.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Desborough antes que yo! *¡Homuncio!* ¡Hombre grosero!

(Alto.)

El rey fué en todo tiempo llamado *legislator, lator,* portador; *legis,* de leyes; de donde deduzco que un príncipe es para la ley lo que Adán es para Eva. Por consiguiente, si el rey es de las leyes el padre y el jefe, no hay pueblo sin rey, lo digo de nuevo; ved, para confirmar mi doctrina cierta, á Moisés, Aarón, Saint-John, Glynn, Cicerón, Fountaine y Selden, libro tres, capítulo de los Abusos: *Quid de his censetur modo codicibus.* ¡Milord, debéis reinar! *Dixi.*

(Se sienta.)

CROMWELL, felicitando á WHITELOCKE con el gesto y la mirada

¡Cómo raciocina! ¡Qué bien sienta en un discurso la sazón latina! Escuchemos á Wolseley.

SIR CARLOS WOLSELEY, levantándose

Milord, sin rodeos, me atreveré á desengañar á vuestra alteza á mi vez. El jefe de un pueblo libre es, según el profeta, *Tanquam in medio positus,* no en la cima. Ese jefe, en cualquier sitial donde se siente, es *major singulis, minor universis;* por lo tanto, el título de rey rompe nuestro privilegio *Rex violat legem.*

(Se sienta.)

CROMWELL

¡Argumentos de colegio! ¡Tengo poca costumbre de vuestras frases latinas; malas razones!

(A PIERPOINT.)

¿Vos?

PIERPOINT, levantándose

Milord, poderoso pilar de Israel, que por vos domina la tierra, he aquí lo que digo: Este pueblo de Inglaterra, cuyo alto Parlamento se llama imperial, tiene el derecho glorioso, santo, inmemorial, de tener por jefe á un rey; su dignidad lo exige. Acepte vuestra alteza ese título, aunque le aflija; se lo debéis al pueblo. Sí, milord, me parece que es faltarle, reinar sobre él sin ser rey.

(Se sienta.)

CROMWELL

¿El señor Lenthall?

WILLIAM LENTHALL, levantándose ...

Milord, el Parlamento preside á la nación, en quien reside la realeza. Manda á los pequeños así como á los más altos. Si, pues, el Parlamento os hace rey, debéis, según el derecho romano y según el decálogo, obedecer y reinar.

CROMWELL, aparte

¡Cortesano demagogo!

WILLIAM LENTHALL, aparte

Se dejará nombrar, y espero que entonces no me olvidará para la Cámara de los lores.

THURLOE, bajo á CROMWELL

Milord, el Parlamento sigue esperando...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL, bajo, con impaciencia

¡Silencio!

THURLOE, siempre bajo á CROMWELL

Pero...

CROMWELL, bajo á THURLOE

Antes de aceptar, hace buen efecto parecer indeciso.

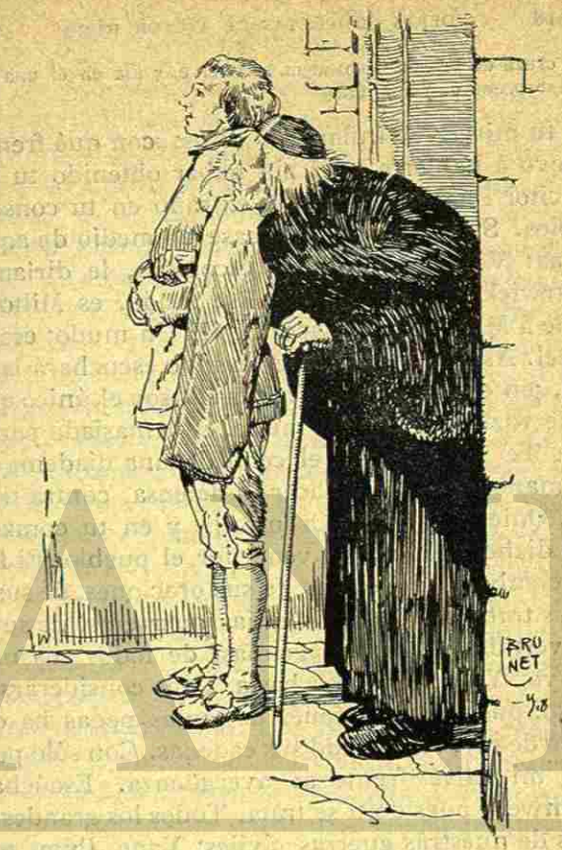
FLETWOOD, levantándose

¡Ah, milord, rehusad! Por vos, por vuestro honor, me atrevo...

CROMWELL, despidiéndolos á todos con una señal

¡Id todos á orar y á buscar al Señor!

(Todos salen lentamente y como en procesión. MILTON, que va el último, se detiene en el umbral de la puerta, los deja salir y vuelve con su guía hacia CROMWELL, quien, habiendo bajado de su sillón, se ha colocado en el centro del teatro, pero en primer término.)



ESCENA CUARTA

CROMWELL y MILTON

MILTON, aparte

¡No, no puedo contenerme! He de abrir mi alma.

(Camina hacia CROMWELL.)

¡Mírame, Cromwell!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(Se cruza de brazos. CROMWELL se vuelve, y fija en él una mirada sorprendida y altanera.)

Ya tu mirada se inflama, y dirás: ¿con qué frente me atrevo á hablarte aquí sin haber obtenido tu beneplácito? Pues mi puesto es extraño en tu consejo de sabios. Si alguien me buscase en medio de aquellas caras: Ved esos oradores escogidos, le dirían; son Warwick, son Pierpoint. Ese mudo, es Milton. Se tiene á Milton; ¿qué hacer de él? Un mudo; ese es su papel. Así, yo, de quien el mundo escuchará la palabra, ¡en el Consejo de Cromwell, soy el único que no tiene voz! Pero ciego y mudo, es demasiado para esta vez. Te pierden con el cebo de una diadema fatal, hermano, y vengo á hacer tu defensa, contra ti mismo. Quieres ser rey, Cromwell, y en tu corazón te has dicho: Por mí es vencedor el pueblo. El fin de sus combates y el objeto de sus oraciones, de sus piadosos trabajos, de sus vigilias guerreras, de su sangre vertida, de tantas lágrimas, de todos sus males, soy yo. Yo reino y eso basta. Debe considerarse dichoso, puesto que después de tantas penas ha cambiado de rey, renovando sus cadenas. Con sólo pensar eso, mi calva frente se avergüenza. Escúchame, Cromwell, pues de tí se trata. Todos los grandes motores de nuestras guerras civiles; Vane, Pym, quien con una palabra ponía en movimiento á las ciudades, tu yerno Iretón, sí, mártir de nuestros derechos, á quien tu orgullo destierra en el sepulcro de los reyes, Sydney, Hollis, Martyn, Bradshaw, juez austero, que leyó la sentencia de muerte á Carlos de Inglaterra, y aquel Hampden, tan joven al sepulcro llevado, trabajaban para Cromwell en su muchedumbre perdido. Tú eres quien de ambos campos dispone los funerales, y despojas á los muertos en el campo de batalla. Así, desde hace quince años por tí solo sublevado, el pueblo en tu provecho juega á la libertad. En sus grandes intereses tú sólo viste un negocio, y en la muerte del rey una herencia que aprovechar. No es que yo quiera rebajarte aquí, no. Nadie más que tú mismo hubiera podido eclipsarte. Poderoso por el pensamiento y poderoso por la espada, fuiste tan grande que en tí creí hallar mi ensueño, mi héroe. Te amaba entre todo Israel, y nadie te colocaba como yo, tan allá en el cielo. Y por un título, una palabra tan vacía como sonora, el apóstol, el héroe, el santo se deshonra. En sus profundos designios eso es lo que buscaba, la púrpura, ¡harapo vil! ¡El cetro, juguete vano! En la del estado arrojado por la tempestad, embriagado por tu destino, quieres adornarte la cabeza con ese brillo de los reyes para nosotros desvanecido. ¡Tiembla! Porque queda cegado el que se deslumbra. ¡Oliverio, de Cromwell te pido cuentas y de tu gloria también, que se convierte en vergüenza! ¡Oh, anciano! ¿Qué hiciste de tu joven virtud? Te dices: Es grato, cuando se ha combatido, adormecerse en un trono, rodeado de homenajes; ser rey; poblar cien lugares con su imagen. Se recibe, al levantarse, á numerosos cortesanos; se va en un hermoso carro á Westminster, y á rezar á Temple-Bar; se pasa en cortejo por entre una muchedumbre servil; os dan la bienvenida los concejales de la ciudad; se llevan florones al rededor de la cimera... ¿Es eso todo, Cromwell? Acuérdate de Carlos primero. ¿Te atreves, recogiendo la corona entre su sangre, con su cadalso edificarte un trono? ¡Cómo! ¡Quieres ser rey, Cromwell! ¡Quién lo pensara! ¿No temes que algún día, de luto revestido, ese mismo White-Hall, donde se exhibe tu grandeza, vuelva á abrir su ventana fatal? ¡Ríes! Pero en tu estrella ¿tienes tanta fe? ¡Acuérdate de Carlos Estuardo! ¡Acuérdate, acuérdate! Cuando ese rey debió morir, cuando el hacha estuvo lista, un verdugo enmascarado hizo caer la cabeza.

Rey, ante todo su pueblo pereció sin socorro; sin saber siquiera quién desataba sus días. Por el mismo camino marchas á tu pérdida, Cromwell; también se cubre con un velo tu fortuna. ¡Teme que se parezca á aquel espectro enmascarado, que sobre un cadalso aparece en día fijo! ¡De los sueños del orgullo desenlace formidable! Cromwell, por un solo lado se llega al trono, subiendo á él; y por el otro se baja á la tumba. Teme ver, si coges esa púrpura hecha jirones, reunirse algún día, en esta misma sala, una corte de la cual entonces ya no fueras miembro. Pues es posible, créeme, que al fin alarmado contra un cetro nuevo, empuñando tu vieja espada, ese pueblo al cual tu ejemplo siempre decide, piense en tu realeza menos que en tu regicidio. ¿No retrocedes? ¡Ah! ¡Arroja lejos de tí ese cetro de histrión y esa careta de rey! Sigue siendo Cromwell. Mantén al mundo en equilibrio. Haz que sobre las naciones reine un pueblo libre; no reines sobre él. Salva su libertad. ¡Oh! ¡Cómo se avergonzó ese pueblo en su altivez, cuando en ese Parlamento vió tu genio mendigar á precio de oro un poco de tiranía! Desmiente á tus viles aduladores, preséntate noble y grande. Juez, legislador, apóstol, conquistador. Sé más que un rey. Sube á tu altura primera. ¡Bastó una palabra para crear la luz; tú vuelve á ser Cromwell por la voz de Milton!

(Se echa á los pies de CROMWELL.)

CROMWELL, levantándolo con un ademán desdeñoso

¡El buen hombre lo toma en un tono singular! Vamos, maestro Juan Milton, secretario intérprete del Consejo de Estado, sois demasiado poeta. Habéis, en el ardor de un transporte lírico, olvidado que se me llama *vuestra alteza y milord*. Mi humildad aguanta ese título frívolo; pero el pueblo que reina y

por el cual me sacrifico, con harto sentimiento mío, quiere que sea así. Me he resignado; ¡resignaos también vos!

(MILTON se yergue con dignidad y sale. CROMWELL solo.)

En el fondo, tiene razón. Sí, pero me importuna. ¿Carlos I...? Pero, no, ves mal mi fortuna; los reyes como Oliverio no tienen ese fin, Milton; los asesinan, pero no los juzgan. Lo pensaré, sin embargo. ¡Siniestra alternativa!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA QUINTA

CROMWELL y LADY FRANCISCA

CROMWELL, viendo entrar á lady Francisca

¡Ah, Francisca! Diríase que, á mis males atenta, radiante, viene á encantar mis negros enojos, como un astro nuevo que brilla en la profunda obscuridad de la noche. ¡Ven, hija mía! Siempre, ángel con figura humana, cerca de mí, cuando sufro, un instinto te trae. Siempre que te veo, soy feliz; tus ojos vivos y brillantes, tu pura y dulce voz, tienen un encanto para mí que me vuelven á mi juventud. ¡Ven, hija! ¡Renazca tu padre junto á tí! Sólo tú aquí del mundo ignoras las negruras. ¡Bésame! Te amo más que á todas tus hermanas.

(LADY FRANCISCA, besándole con alegría.)

Decidme, padre mío, ¿es verdad que restablecéis el trono?

CROMWELL

Así lo dicen.

LADY FRANCISCA

¡Día próspero! Inglaterra, milord, os deberá su dicha.

CROMWELL

Siempre fué ese mi propósito.

LADY FRANCISCA

¡Ay, padre y señor! ¡Cuán contenta estará vuestra buena hermana! ¡Vamos á ver al fin, después de ocho años de espera, á nuestro Carlos Estuardo!

CROMWELL, sorprendido

¡Qué!

LADY FRANCISCA

¡Qué bueno sois!

CROMWELL

No es un Estuardo.

LADY FRANCISCA, sorprendida

¿Cómo? ¿Será un Borbón? Pero no tienen derecho al trono de Inglaterra.

CROMWELL

Lo mismo pienso.

LADY FRANCISCA

¿Quién se atreve á tocar al cetro hereditario?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL, aparte

¿Qué contestar, en efecto? Me pesa decir mi nombre, y me parece una fechoría.

(Alto.)

Francisca mía, otros tiempos exigen otra raza. ¿No hubiérais podido pensar, para desempeñar ese cargo..?

LADY FRANCISCA

¿En quién?

CROMWELL, con dulzura

Por ejemplo, ¿en tu padre? ¿En Cromwell?

LADY FRANCISCA

¡Castígueme el cielo si lo he pensado!

CROMWELL, aparte

¡Ah!

LADY FRANCISCA

Padre mío, ¿yo injuriaros así? ¿Creeros usurpador, sacrílego y perjuro?

CROMWELL

Hija, juzgas demasiado bien mi virtud.

LADY FRANCISCA

Estáis investido de un poder pasajero; es una desgracia de estos tiempos, que también sufrís. Pero ¡tomar vos del rey mártir la corona! ¡Uniros á sus verdugos! ¡Reinar sobre su muerte! ¡Ah!

CROMWELL

¿Sabes quién causó su muerte?

LADY FRANCISCA

No lo sé. Muy joven, educada en la soledad, sufrí nuestras desdichas, pero sin estudiarlas.

CROMWELL

¿No te leyeron nunca, en el proceso del rey, la lista de la corte de justicia..., de los jueces..., de los...?

LADY FRANCISCA

¿De los regicidas?

CROMWELL

¡Sí, Francisca, de los regicidas!

LADY FRANCISCA

Nadie me ha dicho quiénes fueron los pérfidos. Maldije su crimen, pero ignoré sus nombres. No se hablaba de ellos en el lugar de donde venimos.

CROMWELL

¿Mi hermana no os hablaba nunca de mí?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LADY FRANCISCA

¡Padre! ¿Quién ha dicho eso? Aprendí á amaros...

CROMWELL

Lo creo... Sí. Pero ¿odias mucho á esos atrevidos que condenaron al rey Carlos?

LADY FRANCISCA

¡Malditos sean todos!

CROMWELL

¿Todos?

LADY FRANCISCA

¡Sí, todos!

CROMWELL, aparte

¡Cómo! ¡Herido por mi misma familia! ¡Vendido por mi hijo y maldecido por mi hija!

LADY FRANCISCA

¡Cada uno de ellos se parece á Caín, el desterrado!

CROMWELL, aparte

¡Implacable inocencia! ¡Hay quien me cree impune! Mi hija, la más joven y la más querida, parece como una conciencia que encarnizada me sigue los pasos. El candor de una niña, su puro mirar, su voz,

hacen temblar á Cromwell, espanto de los reyes. Ante su pureza se agotan todas mis fuerzas. ¿Debo perseverar? ¿Debo apoderarme del imperio? Prosternado bajo el trono donde estaré sentado, el mundo callaría; pero ¿qué diría Francisca? ¿Qué diría su mirada tan dulce como su palabra, que me encanta aunque me desconsuele? ¡Querida hija! ¡Con cuánto horror sabría su corazón que soy regicida y que me atrevo á ser rey! A su provincia obscura es preciso que vuelva; al objetivo de mi destino he de sacrificar mi alegría; ¡privemos mis últimos años de sus cuidados que tanto hubiera amado! No entristezcamos sobre todo, no desengañemos jamás al único ser que me quiere, aún prescindiendo de mi poder, y que en el mundo entero cree en mi inocencia. ¡Angel feliz! ¡Que mi suerte no toque la suya! Es preciso, seamos rey sin que lo sepa ella.

(Alto á FRANCISCA.)

¡Conserva ese corazón puro; así es como te quiero, hija mía!

(Se va.)

LADY FRANCISCA, siguiéndole con la vista

¿Qué tiene? ¡He visto en sus ojos brillar una lágrima! ¡Buen padre, me ama tanto!

(Entran la señora GUGGLIGOY y ROCHESTER.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA SEXTA

LADY FRANCISCA; LORD ROCHESTER; LA SEÑORA GUGGLIGOY

LA SEÑORA GUGGLIGOY, á ROCHESTER, en el fondo del teatro

¡Está sola, venid!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Cuántos atributos dió el diablo á los doblones! Gracias á su poder, he logrado que sean menos austeros una dueña condenada y varios santos mosqueteros. La dueña cedió pronto; y creí al principio menos tiernos á esos soldados, pilares del monte Tabor. ¡Bah! En cuanto un poco de oro toca á esos dragones apóstoles, esos cabezas redondas giran mejor que las otras. Están cansados de Cromwell, quien los tiene esclavizados. Ya avisé á Ormond que la puerta del parque nos será entregada esta tarde. Ahora á Francisca. De ella está embriagada mi alma. Tengo para el buen éxito secretos soberanos; puedo sembrar á manos llenas los doblones de oro y los madrigales. Probemos la ocasión.

(Se adelanta hacia LADY FRANCISCA, la cual no le ve y parece concentrada en una distracción profunda.)

LA SEÑORA GUGGLIGOY, mirando una bolsa que oculta en la mano

¡Bien redonda es la suma!

(Aparte mirando á ROCHESTER.)

¡Es muy guapo este hidalgo! ¡Disfrazarse así, exponerse á todo por amor! ¡A esa edad están locos! ¡Ay! ¡A cada uno le toca su vez! Así lo hubiera hecho el señor Amadís de Gaula. Sin embargo, ¿debo permitir?... ¿Es ese mi papel? Y luego, ese caballero no tiene ni una frase para mí; dinero, nada más.

(Detiene á ROCHESTER, que está á punto de dirigirse á FRANCISCA. Bajo.)

Señor, un instante.

LORD ROCHESTER, volviéndose

¿Qué?

LA SEÑORA GUGGLIGOY, llevándoselo hacia el otro extremo del teatro

¡Un instante!

LORD ROCHESTER

¿Qué?

LA SEÑORA GUGGLIGOY, sonriendo

¿No tenéis nada más que decirme?

LORD ROCHESTER, aparte

Pues la bolsa era pesada y debería bastarle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA SEÑORA GUGGLIGOY, aparte

Con tal de que no vuelva á humillarme con más doblones...

LORD ROCHESTER, poniendo las manos sobre sus bolsillos vacíos

¡Diablo! Vamos, no tengo más oro, ¡ni un cuarto! Tomémosla por la debilidad de las viejas y con palabras dulces recreemos sus oídos. (Alto.)

¡Ah! ¿Y quién pudiera dejar de hablar con vos? ¡Ay! Sin el motivo urgente que aquí me trae...

LA SEÑORA GUGGLIGOY, retrocediendo

¡Poco á poco! Me aduláis...

LORD ROCHESTER

Nada de eso. Pero el tiempo urge.

(Da un paso hacia FRANCISCA y la dueña le detiene.)

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Ya veo que no tenéis ojos más que para mi ama.

LORD ROCHESTER

Sois encantadora, y si hubiese de escoger...

(Aparte.)

¿Querrá que á su lado haya de enmohecer?

LA SEÑORA GUGGLIGOY, aparte

Tiene buen gusto. Merezco aún que se me mire, cuando primero arreglo mi tocado. En realidad no

soy tan digna de desdén, si me pongo la falda color de rosa y mi verdugado, mis lazos de amor, con los brazos guarnecidos de hermosas mangas y mis dos toneletes ajustados á las caderas. (Alto.)

¿Os parece?

LORD ROCHESTER, volviéndose hacia FRANCISCA

Pero permitid...

LA SEÑORA GUGGLIGOY, reteniéndole

Señor, tengo remordimiento; mi empleo consiste en guardar á la hija de milord.

LORD ROCHESTER

Vuestros ojos, señora, allá en sus días, hubieran vuelto infiel á Galaor, y á Esplandián inconstante.

LA SEÑORA GUGGLIGOY, que sigue reteniéndole

Soy culpable. Además, pueden sorprenderos.

LORD ROCHESTER

Sir Pandarus de Troya hubiera usado vuestros colores.

LA SEÑORA GUGGLIGOY, aparte

Habla como un gran señor.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Qué ridículos somos los dos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Os juro que tengo escrúpulos; tengo mil estremecimientos que me hielan.

(Coge á ROCHESTER de la mano.)

LORD ROCHESTER

Vuestras manos son de terciopelo. (Aparte.)

Habrá que gastar con esta vieja loca, de manos disecadas, todos cuantos encantos exquisitos guardan los amores? ¿Qué me quedará para Francisca?

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Dejadme.

LORD ROCHESTER

Marte hubiera dejado á Venus, si hubiese visto á Guggligoy.

LA SEÑORA GUGGLIGOY, aparte

¡Me sofoco! ¿No se diría que me ama? (Alto.)

Sólo quiero un marido si me habla de ese modo.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Quiere un marido! ¡Merecería compasión! Pero para verse adulada va á permanecer aquí. ¡Oh, vieja testaruda, que únicamente hallaría émulos en España, país de dueñas y de mulas!

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Señor, vos que parecéis ser hombre de gusto, decidme con franqueza...

LORD ROCHESTER, aparte

¡Otra vez! Me hierve la sangre.

LA SEÑORA GUGGLIGOY, enseñándole á FRANCISCA

¿Qué tienen para encantaros esas jóvenes abanicadas?

LORD ROCHESTER

Pero...

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¿Qué ha podido tentar vuestros ardores? ¿Qué atractivos veis en el aire de esa carita?

LORD ROCHESTER, aparte

¡De veras! ¡Con su tez de mandarín chinesco!

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Tienen juventud, que sólo es tener belleza del diablo.

LORD ROCHESTER, aparte

Y tú su fealdad. ¿De qué medio valerme ¡cielos! para librarme de esta mujer? (Alto.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dejadme un instante con Francisca, y después de hablar con ella, mi querido botón de rosa, por mi fe de caballero os prometo algo, sí, algo que no podéis adivinar.

(Aparte.)

Una entrada en Bedlam.

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Está bien. Me pondré á dos pasos de aquí.

LORD ROCHESTER, respirando

¡Por fin!

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Sed discreto. Y, sobre todo, suceda lo que quiera, no me nombréis jamás, porque me quemarían viva.

LORD ROCHESTER

Estad tranquila. Id á pasearos un poco...

(Aparte, viéndola marchar.)

¡Sin duda tiene los huesos tan secos, que harían muy buen fuego!

ESCENA SÉPTIMA

LADY FRANCISCA y LORD ROCHESTER

LORD ROCHESTER, aparte

¡Ya estoy libre de ella! ¡Atrevámonos á probar la aventura!

(Mirando á FRANCISCA, que sigue inmóvil y pensativa.)

¡Cuánta gracia y qué encantos! ¡Oh divina criatura! Primero rodeemos la plaza antes de atacarla; una muchacha es como un fuerte, según he observado. Los guiños de ojos, el vestir elegante, los tiernos cuidados, las frases galantes, son la trinchera que se adelanta y penetra; la declaración es el asalto; el madrigal una capitulación. No puedo en este caso seguir las reglas ordinarias; vamos, por consiguiente, á romper con los preliminares.

(Se adelanta hacia FRANCISCA. Alto é inclinándose.)

Señorita... ¡Señora!

LADY FRANCISCA, volviéndose sorprendida

¡Señor!...

LORD ROCHESTER, aparte

Su mirada me sobrecoge.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dejadme un instante con Francisca, y después de hablar con ella, mi querido botón de rosa, por mi fe de caballero os prometo algo, sí, algo que no podéis adivinar.

(Aparte.)

Una entrada en Bedlam.

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Está bien. Me pondré á dos pasos de aquí.

LORD ROCHESTER, respirando

¡Por fin!

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Sed discreto. Y, sobre todo, suceda lo que quiera, no me nombréis jamás, porque me quemarían viva.

LORD ROCHESTER

Estad tranquila. Id á pasearos un poco...

(Aparte, viéndola marchar.)

¡Sin duda tiene los huesos tan secos, que harían muy buen fuego!

ESCENA SÉPTIMA

LADY FRANCISCA y LORD ROCHESTER

LORD ROCHESTER, aparte

¡Ya estoy libre de ella! ¡Atrevámonos á probar la aventura!

(Mirando á FRANCISCA, que sigue inmóvil y pensativa.)

¡Cuánta gracia y qué encantos! ¡Oh divina criatura! Primero rodeemos la plaza antes de atacarla; una muchacha es como un fuerte, según he observado. Los guiños de ojos, el vestir elegante, los tiernos cuidados, las frases galantes, son la trinchera que se adelanta y penetra; la declaración es el asalto; el madrigal una capitulación. No puedo en este caso seguir las reglas ordinarias; vamos, por consiguiente, á romper con los preliminares.

(Se adelanta hacia FRANCISCA. Alto é inclinándose.)

Señorita... ¡Señora!

LADY FRANCISCA, volviéndose sorprendida

¡Señor!...

LORD ROCHESTER, aparte

Su mirada me sobrecoge.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LADY FRANCISCA, sonriendo

¡Ah, es el capellán!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Traje maldito! Por más que adopte las actitudes más elegantes del mundo, sólo ve en mí á un pedante cabeza redonda.

LADY FRANCISCA

Santo hombre, dadme la bendición. ¿Qué texto vais á predicarme?

LORD ROCHESTER

La pasión.

LADY FRANCISCA

Mi corazón se estremece del celo que os guía. Tenéis ante vos á una humilde pecadora, padre.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Su padre! ¿Tengo algo sospechoso? (Alto.)
Hija mía, escuchadme.

LADY FRANCISCA

Escucho con respeto.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Podría ser más desgraciado cuando hasta tengo el aire respetable! (Alto.)
Hija mía, escuchadme. No es caritativo ir sembrando á vuestro alrededor estragos espantosos.

LADY FRANCISCA, sorprendida

¿Yo?

LORD ROCHESTER, prosiguiendo

Una sola de vuestras miradas hace cien desgraciados.

LADY FRANCISCA

Os equivocáis.

LORD ROCHESTER

¡Ah, no!

LADY FRANCISCA

¿Pero cuáles son mis crímenes?

LORD ROCHESTER

Tenéis ante vos á una de vuestras víctimas.

LADY FRANCISCA

¿Vos? ¿Qué os he hecho? Si os he ofendido en algo, corro á rogar á mi padre...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ROCHESTER

¡Ah! No temáis, pues sois inocente de los daños que causáis.

LADY FRANCISCA

No os entiendo.

LORD ROCHESTER

¡Interesante candor!

LADY FRANCISCA

Pero, si os he hecho daño sin saberlo, quisiera repararlo.

LORD ROCHESTER, llevándose la mano al corazón

¡Ah!

LADY FRANCISCA

Hasta es un deber.

LORD ROCHESTER

¿Qué escucho? ¿Accederíais á mis deseos? ¡Me llenáis de júbilo, princesa adorable!

(Trata de coger la mano de FRANCISCA, pero ésta retrocede.)

LADY FRANCISCA

No soy princesa... Sólo se adora á Dios... ¡Me asustáis! (Quiere retirarse.)

LORD ROCHESTER, reteniéndola por el vestido

¡Francisca, no te vayas!

LADY FRANCISCA

¡Me tutea!

(Acercándose á ROCHESTER con aire compasivo.)

¿Tendrá la cabeza algo mala?

LORD ROCHESTER

No, el corazón.

LADY FRANCISCA

¡Pobre hombre!

LORD ROCHESTER, aparte

Probemos el escalo. Parece compadecerme; el amor no debe de andar lejos.

(Alto.)

¡Ah! ¡Devolvedme la vida!

LADY FRANCISCA

Sí, necesitaríais á un médico. ¡No hay duda, está delirando!

LORD ROCHESTER

Pronto hará cuatro años que os sigo á todas partes...

(Aparte.)

¡Hace buen efecto mentir un poco!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LADY FRANCISCA

¿Qué queréis?

LORD ROCHESTER

¡Morir! ¡Sólo vuestros ojos que me han herido podrían curarme!

LADY FRANCISCA, que sigue retrocediendo

¡De veras me da miedo!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Es lisonjero!

(Alto y cruzando las manos en ademán de súplica.)

¡Oh, reina mía! ¡Mi todo! ¡Mi deidad! ¡Mi ninfa! ¡Mi sirena!

LADY FRANCISCA, asustada

¿Qué son esos nombres? Me llamo Francisca.

LORD ROCHESTER

¡Ah, princesa! Por vos me abraso y de frío me pasmo. Debajo de este disfraz, el amor hacia vos me guía; soy un caballero, pero no un druida. ¡Quisiera poderos ofrecer el cetro de las Indias! ¡Seréis tan dura, teniendo ojos tan dulces, para un amor tan tierno que alienta en mí desde hace doce años, como la sacerdotisa de Ofis lo fué para Tiridato! Yo hubiera atravesado el Asia atraído por vuestros encantos. ¡Cruel! Huís, pero no me contestáis. Voy lejos á morir del amor que me oprime; pero no, decid una palabra, adorable visión, una palabra y seréis para vuestro dichoso esclavo, del más constante amor el celestial objeto.

LADY FRANCISCA, abriendo los ojos sorprendida

¿Qué dice?

LORD ROCHESTER, aparte

Perfectamente. Permanece extática. ¡Lo cree! Mi arenga está tomada, casi palabra por palabra, de *Ibrahim ó el Ilustre Bassa,* tal cual la dirigió el turco Lisandro á la bella Zulmis. ¡Es Scudery puro! Continuemos.

(Alto.)

¡Ingrata!

(Reteniendo á FRANCISCA, que parece quererse marchar.)

¡Ah! ¡No os marchéis ó voy á tirarme al Eufrates!

LADY FRANCISCA, riendo

¡Al Eufrates!

LORD ROCHESTER

Ó mejor, seguid vuestro propósito. Sí, ¡tomad esta espada y atravesadme el pecho!

(Lleva la mano al cinto como para buscar la espada. Aparte.)

¡No hay espada! ¡Ah! ¿Con este traje, cómo hacer creer que uno se mata, según es costumbre? ¡No hay medio de proseguir un diálogo galante! Pero á falta de acero, ¡el madrigal! ¡Excelente cosa! ¡Si no la convenzo y doblego, quiero que Dios me condene!

(Alto.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Escuchad á vuestro esclavo, ¡oh divina Mandana!

(Presentándole un pergamino enrollado, atado con una cinta de color de rosa.)

Este papel, de mi corazón os trazará el cuadro. ¡Hubiera sido destruído por las llamas ó por el agua, si mi fuego no hubiese consumido mis lágrimas, y si mi llanto, á su vez, no hubiese apagado mi llama! ¡Tomad, leed, juzgad mi ardiente amor!

(Se echa á los pies de LADY FRANCISCA.)

LADY FRANCISCA, arrojando el pergamino y retrocediendo con dignidad

Os comprendo, caballero. ¡Sois un imprudente! ¡Os atrevéis á penetrar así en casa de mi padre!

LORD ROCHESTER, aparte

La niña no es muy fácil de seducir.

LADY FRANCISCA

¡Levantaos ó voy á llamar!

LORD ROCHESTER, sigue de rodillas

¡Ah, permanezco á vuestros pies!

LADY FRANCISCA

Vuestras insolentes palabras serían harto expiadas si...

ESCENA OCTAVA

Los mismos, CROMWELL

CROMWELL, viendo á ROCHESTER á los pies de FRANCISCA

¿Por qué casualidad, maestro, á los pies de mi hija?

LORD ROCHESTER, aterrorizado y sin cambiar de postura. Aparte.

¡Dios mío! ¡Cromwell! ¡Soy muerto! ¡Es duro que le ahorquen á uno por un pecadillo! ¡Cogido en flagrante delito! ¡No tendrá para mí castigo bastante grande!

CROMWELL

¡Muy bien, mi capellán!

LADY FRANCISCA, aparte

Hay que ser indulgente, ¡está loco!

CROMWELL, á ROCHESTER, que está consternado

¡No habéis contado con mi venganza!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LADY FRANCISCA, aparte

¡Mi padre le mataría, pobre desdichado!

CROMWELL

¡Ese bribón se atreve á enamorarse de mi hija! ¡Y mi Eva escuchaba su lengua de víbora! ¡Cómo, Francisca! ¿Permitís...?

LADY FRANCISCA, con encogimiento

Perdonad, padre y señor; no se refería á mí este caballero.

CROMWELL

¿Pues de quién os hablaba á vuestros pies?

LADY FRANCISCA

Me rogaba que coronase su amorosa llama otorgándole la mano de una de mis servidoras.

LORD ROCHESTER, aparte, levantándose sorprendido

¿Qué dice?

CROMWELL

¿De cuál?

LADY FRANCISCA, sonriendo

De madama Guggligoy.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Ah, traidora!

CROMWELL, calmado

Entonces, es otra cosa.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Qué! ¡La dueña ó la horca! ¡Mejor hubiera hecho, en esta angustiosa crisis, dejándome escoger!

CROMWELL, á ROCHESTER

¿Por qué no hablar en seguida, querido? Puesto que os quedan aún inclinaciones á la carne...

LORD ROCHESTER, aparte

¡Carne! ¡Piel pegada á unos huesos de dueña!

CROMWELL

Se hará vuestro deseo. Detesto que se me tema. Estoy satisfecho de vos; podré daros vuestra bella.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Mi bella! ¡Un viejo espectro condenado! ¡Un cuerpo capaz de dar náuseas á las bestias carniceras! ¡Una cara propia para hacer abortar á las brujas!

CROMWELL, aparte

Creí que tenía mejor gusto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(Alto.)

Sí, quiero casaros.

LORD ROCHESTER, inclinándose

¡Milord es demasiado bueno!

CROMWELL

Todos vuestros votos quedarán colmados.

(Entra la señora GUGGLIGOY.)

ESCENA NOVENA

Los mismos; LA SEÑORA GUGGLIGOY

LA SEÑORA GUGGLIGOY, asustada, aparte

¡El padre y los amantes juntos! ¡Todo está perdido!

CROMWELL, viendo á la señora GUGGLIGOY

¿Sois vos, buena dama?

LA SEÑORA GUGGLIGOY, aparte

Estoy temblando.

CROMWELL

Hacéis falta aquí.

LA SEÑORA GUGGLIGOY, sorprendida

¿Yo, milord...?

CROMWELL

¿Sabíais el amor del capellán?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(Alto.)

Sí, quiero casaros.

LORD ROCHESTER, inclinándose

¡Milord es demasiado bueno!

CROMWELL

Todos vuestros votos quedarán colmados.

(Entra la señora GUGGLIGOY.)

ESCENA NOVENA

Los mismos; LA SEÑORA GUGGLIGOY

LA SEÑORA GUGGLIGOY, asustada, aparte

¡El padre y los amantes juntos! ¡Todo está perdido!

CROMWELL, viendo á la señora GUGGLIGOY

¿Sois vos, buena dama?

LA SEÑORA GUGGLIGOY, aparte

Estoy temblando.

CROMWELL

Hacéis falta aquí.

LA SEÑORA GUGGLIGOY, sorprendida

¿Yo, milord...?

CROMWELL

¿Sabíais el amor del capellán?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA SEÑORA GUGGLIGOY, aparte

¡Gran Dios!

CROMWELL

¿Lo aprobabais?

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¿Sabía?... ¿Aprobaba?... ¿Yo, milord? Os juro...

(Aparte.)

Pero ¿me ha vendido? ¡Ah perjuro! Fácilmente deja ver, su aire consternado, que una desgracia...

CROMWELL

Lo sé todo.

LA SEÑORA GUGGLIGOY, aparte

Lo había sospechado.

(Pausa. LA SEÑORA GUGGLIGOY, parece petrificada. FRANCISCA mira sonriendo á ROCHESTER, quien á su vez pasea la vista sucesivamente desde la joven á la dueña.)

LORD ROCHESTER, aparte

Vaya, la transición es imprevista y ruda.

LA SEÑORA GUGGLIGOY, echándose á los pies de CROMWELL

¡Perdón, milord, perdón!

CROMWELL, volviéndose

¡Quiere aparecer gazmoña!

(Le hace una señal para que se levante.)

El maestro Obededom es uno de nuestros buenos amigos, y lo que tiene en el corazón es perfectamente lícito.

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¿Podrá aspirar á la belleza que ama?

CROMWELL

¿Tan alto es lo que ama? ¿Vos?

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¿Yo?

CROMWELL

Vos misma. Preguntadle.

(A ROCHESTER.)

¿No es verdad? Hablad.

LORD ROCHESTER, vacilando

No hay duda...

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¡Ardéis de amor por mí! ¿Será cierto?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ROCHESTER, aparte

¡Ah, si yo fuese el infierno!

(Alto.)

Señora...

CROMWELL

Vamos, maestro, dejad que con todo su fuego vuestro amor estalle. Os lo permito. Contad á la señora Guggligoy que pedíais su mano á los pies de mi hija...

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¿Yo?

(A ROCHESTER admirado.)

¿De modo que era para eso?... ¡Pero es admirable! ¡Sin mi consentimiento!

LORD ROCHESTER, lanzando una mirada de reconvención á FRANCISCA, que se ríe

¡Sin duda soy imperdonable!

(A LA SEÑORA GUGGLIGOY.)

¡Señora!

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¡Audaz, temed mi cólera!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Con su cabello cano que antes fué rojo!

LA SEÑORA GUGGLIGOY, aparte

¡Pero, en verdad, es muy guapo!

(Alto.)

¿Conque me amáis, gran temerario?

LORD ROCHESTER

No puedo deciros lo contrario.

(Aparte.)

¡Ah, Wilmot! ¡Cómo se divertirá contigo el rey viéndote entre lady Seymour y la señora Guggligoy!

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¿Me amáis?

LORD ROCHESTER, aparte

¡Si no nos oyese Cromwell! Pero, bajo pena de la vida, he de volverme tierno.

(Alto.)

Os amo.

LA SEÑORA GUGGLIGOY, coqueteando

¡Vaya, vaya, es grande cosa!

LORD ROCHESTER

¡Ya lo creo!

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¿Tratáis de casaros conmigo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ROCHESTER, mordiéndose los labios, aparte

Eso es.

(Alto con indecisión.)

No diré que...

LA SEÑORA GUGGLIGOY, indignada por la vacilación

Sabed que el honor... ¡Qué afrenta! ¡Infame concupiscencia!

(Llora.)

CROMWELL, á ROCHESTER

¡Pero apaciguadla! ¡No la queréis por mujer!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Ah!

(Alto á la señora Guggligoy.)

Consentid...

(Aparte.)

¡Vieja piel achicharrada en los sábados de las brujas!

LA SEÑORA GUGGLIGOY, suspirando y bajando los ojos

Me resuelvo.

(Le alarga la mano negra que estrecha con desagrado.)

LORD ROCHESTER, aparte

¡Y yo también me resuelvo!

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Soy buena, y consiento que el insolente me bese.

LORD ROCHESTER, aparte

¡Un favor! ¡Quiero el suplicio y mi indulto!

(La señora Guggligoy le presenta una mejilla, en la cual se resigna á dar un beso haciendo una mueca.)

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Os permito aun la otra mejilla.

LORD ROCHESTER

¡Ah, gracias!

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¿Estáis enojado?

LORD ROCHESTER

No por cierto.

CROMWELL

Que no haya escándalo aquí. Debéis casaros. Terminemos el asunto, pues no debe diferirse vuestra felicidad. Voy á contentaros á los dos en el acto.

LORD ROCHESTER

Pero...

CROMWELL

El amor lleva prisa. ¡Esto enternece! Venid, guardias.

(Entran tres mosqueteros.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ROCHESTER, aparte

¿Quién se figuraría que estoy de boda?

CROMWELL, al jefe de los mosqueteros

Di á Cam Biblechan, uno de los videntes de Escocia, que case en seguida, en el libro de la fe, á miser Obededom con la señora Guggligoy.

(A ROCHESTER y á LA SEÑORA GUGGLIGOY.)

Seguidles.

(A ROCHESTER.)

Cam es anabaptista como vos.

LORD ROCHESTER, inclinándose despechado, aparte

¡Encantadora atención!

CROMWELL

Sé que sois dogmático.

LADY FRANCISCA, sonriendo y mirando hacia ROCHESTER que la saluda

¡Cuál ha sido su engaño!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Qué mala partida me há jugado esta Francisca! Pero sigo amándola lo mismo. Adoro esa mezcla de candor y picardía, su malicia infantil unida á su bondad angelical. ¡Arrebatarme á su padre! ¡Unirme á su dueña! ¡Y en mi misma salvación hallar medio de castigarme!

LA SEÑORA GUGGLIGOY, á ROCHESTER

Venid, pues, amor mío; os quedáis inmóvil.

LORD ROCHESTER, suspirando, aparte

Sigamos á esta sibila hasta el infierno del himeneo.

(Sale con la SEÑORA GUGGLIGOY y los mosqueteros.)

CROMWELL, á LADY FRANCISCA

Os dejo. Voy á oir un sermón de Lockyer sobre Roma y los sacerdotes de Ammón.

(Se va.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ESCENA DÉCIMA

LADY FRANCISCA, sola

Mi pobre caballero tenía triste figura. Sí, el castigo es quizás un poco duro. ¡Casarse así, sin saber por qué y tener que enamorar á la señora Guggligoy! Está mal hecho; me arrepiento. Pero ¿acaso podía hacer otra cosa? No cabe duda de que mi padre hubiera sido aún más severo.

(Reparando en el pergamino enrollado que ha permanecido en el suelo.)

Pero ahí está su billete... ¿Qué me escribiría? No lo leeré.

(Mira hacia el pergamino con deseo y curiosidad.)

¿Cómo, no hay perdón, no hay piedad? Veamos. ¿Lo leeré? ¿Qué importa? Volveré á colocarlo luego como está... Le debo el leerlo. ¡Bastante castigado ha sido ya!

(Coge el pergamino, lo desata y lo abre. Deteniéndose.)

¿Leeré? ¿Es obrar mal? No; además, todo ha concluído. Leamos.

(Lee.)

«Milord...» ¡Milord! ¡Qué hombre tan raro! ¡Me llamaba princesa, objeto, ninfa, reina, ángel, y ahora me llama milord! ¡Loco!

(Continuando la lectura.)

«¡Todo va bien!...» Escribe como habla, y no se le entiende. Todo va bien. ¿Qué? Prosigamos.

(Leyendo.)

«Hoy, á las doce de la noche, presentaos en la puerta del parque.» Me ama. ¿Sería un rapto?

(Leyendo.)

«Toda la guardia está comprada.» Eso es. El insolente temía que yo le rechazase.

(Leyendo.)

«El santo y seña está dado. Resultado seguro.» ¡Qué modesto!

(Continuando.)

«Les diréis Colonia; ellos contestarán lo demás...» No es tan claro.

(Leyendo.)

«Podréis, gracias á su ayuda amistosa,

(Aquí su voz adquiere un acento de terror.)

apoderaros de Cromwell, dormido gracias á mi narcótico.

»El capellán del diablo.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Ah! ¿Qué acabo de leer? La venda cae de mis ojos. ¡Sólo contra mi padre trabaja ese malvado!

(Examinando el pergamino con atención.)

He aquí las señas: «Á Bloum, en el Strand, hôtel del *Ratón*.» Por equivocación me entregó el traidor esta carta. Avisemos á mi padre. ¡Infernal empresa! Alguien viene. Vamos deprisa. Quizás es el asesino.

(Sale precipitadamente, llevándose el pergamino. Entra DAVENANT.

ESCENA DÉCIMAPRIMERA

DAVENANT; luego LORD ROCHESTER

DAVENANT, solo

El protector me manda venir; ¿con qué objeto? No será nada grave; ¡pura curiosidad!

(Entra ROCHESTER.)

DAVENANT, viendo á ROCHESTER

Pero ¿quién es esa cucaracha? ¡Dios mío, qué bonita figura! ¿Será un santo? Algún puritano aullador.

LORD ROCHESTER, aparte, sin ver á DAVENANT

¡En fin, ya está hecho! ¡Me han casado!

(Se adelanta por la escena y reconoce á DAVENANT.)

¡Davenant!

DAVENANT, aparte

¡Sabe mi nombre!

(Alto.)

Caballero... ¡Pero me parece reconocer á milord Rochester!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ROCHESTER

¡Silencio!

(Se estrechan la mano.)

DAVENANT

Os disfrazáis admirablemente; y aunque estuvieseis casado, vuestra mujer no os reconocería con ese...

LORD ROCHESTER, suspirando, aparte

¡Ojalá fuese cierto!

(Alto.)

Davenant, dejaos de bromas.

DAVENANT

Es la primera vez que se hace de rogar vuestra señoría para reirse de los maridos.

LORD ROCHESTER, aparte

Pero ¿es posible á un tiempo mismo casarse y reir? ¡Quisiera verle á él!

(Alto.)

No prosigamos. Querido poeta, ¿por qué casualidad estáis en nuestra casa? Vuestro aspecto me tiene inquieto.

DAVENANT, riendo

¡En nuestra casa! ¡Eso es hablar con toda libertad! Milord se ha aclimatado pronto á este infierno. Tranquilizaos; Cromwell acostumbra á llamarme siempre que regreso de viaje. ¿Cómo os halláis con él?

LORD ROCHESTER

Yo, muy bien. Protegido por Milton, Cromwell me quiere bien y me colma de favores á su manera.

(Aparte.)

Le hubiera dispensado con gusto del último.

(Alto.)

Sabed que he venido á tiempo. Hay entre los nuestros un traidor, un espía desconocido que se lo decía todo; pero gracias á mi gran habilidad, Ormond se oculta en el Strand, y yo en casa del mismo Cromwell.

DAVENANT

¡Cobarde espía! ¡Willis hubiera querido desollarle! A él le hemos encomendado que lo busque.

LORD ROCHESTER

Felizmente teníamos preparada la contramina.

(Señalando á su cuerpo.)

Tengo vuestro pomito aquí. Esta noche todo concluye.

DAVENANT

¿Nada ha sabido Cromwell de esta atrevida conjuración?

LORD ROCHESTER

No. Sólo éramos tres cuando la concebimos.

DAVENANT

¿Está comprada la guardia?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ROCHESTER

Sí.

DAVENANT

Era difícil.

LORD ROCHESTER

El espíritu puritano se muere; el oro hace dóciles á los santos.

DAVENANT

¿Noll no sospecha de mí? ¿Qué os parece?

LORD ROCHESTER

No. Estaríais preso si le hubiesen dado vuestro nombre.

ESCENA DÉCIMASEGUNDA

DAVENANT, LORD ROCHESTER;
LA SEÑORA GUGGLIGOY

LA SEÑORA GUGGLIGOY, á ROCHESTER

¿Cómo es eso, caballero, huís ya de vuestra amante?

DAVENANT, retrocediendo

¿Contra quién se expresa así?

LA SEÑORA GUGGLIGOY, á ROCHESTER

¡Ay! Me lamento, llamo, languidezco, lloro, me muero, lanzo clamores que enternecerían á una roca, y no venís. ¡Ay, pobre abandonada! ¿Vuestro ardor ha concluído ya? ¡Ved mi llanto, ved! ¡Mi corazón se deshace en agua!

LORD ROCHESTER, apartando la vista, aparte

¡Ah, qué horrible mueca! ¿Es esto triste ó bufo?

(Bajo á DAVENANT, enseñándole la GUGGLIGOY.)

¿Qué os parece?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ROCHESTER

Sí.

DAVENANT

Era difícil.

LORD ROCHESTER

El espíritu puritano se muere; el oro hace dóciles á los santos.

DAVENANT

¿Noll no sospecha de mí? ¿Qué os parece?

LORD ROCHESTER

No. Estaríais preso si le hubiesen dado vuestro nombre.

ESCENA DÉCIMASEGUNDA

DAVENANT, LORD ROCHESTER;
LA SEÑORA GUGGLIGOY

LA SEÑORA GUGGLIGOY, á ROCHESTER

¿Cómo es eso, caballero, huís ya de vuestra amante?

DAVENANT, retrocediendo

¿Contra quién se expresa así?

LA SEÑORA GUGGLIGOY, á ROCHESTER

¡Ay! Me lamento, llamo, languidezco, lloro, me muero, lanzo clamores que enternecerían á una roca, y no venís. ¡Ay, pobre abandonada! ¿Vuestro ardor ha concluído ya? ¡Ved mi llanto, ved! ¡Mi corazón se deshace en agua!

LORD ROCHESTER, apartando la vista, aparte

¡Ah, qué horrible mueca! ¿Es esto triste ó bufo?

(Bajo á DAVENANT, enseñándole la GUGGLIGOY.)

¿Qué os parece?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DAVENANT, también bajo

¿Quién es este espectro?

LORD ROCHESTER, siempre bajo

Es mi mujer.

DAVENANT, riendo

¿Vuestra mujer?

LORD ROCHESTER

Sí, de veras. Pronto un epitalamio, ¡oh, mi querido poeta!

DAVENANT

¿Milord quiere reir?

LORD ROCHESTER

No, seguramente. No es caso de risa.

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¡Traidor! ¿Y vuestros ardientes juramentos?

DAVENANT, bajo á ROCHESTER

Vuestra amada, en su género, es de lo que no abunda; os felicito, en verdad, por vuestra buena dicha.

LORD ROCHESTER, bajo á DAVENANT

¡Buena dicha! Es mi mujer y nada más. ¡Me afrentáis!

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Mi llanto es inútil. ¡No quiere escucharme!

DAVENANT, bajo á ROCHESTER

Mientras dice desatinos, explicadme...

LORD ROCHESTER, bajo á DAVENANT

Cromwell me la ha dado y le otorga el dote; todo ello por pura bondad.

LA SEÑORA GUGGLIGOY, tirándole de la manga

¡Cómo! ¡Mi querido marido!

DAVENANT, bajo á ROCHESTER, que procura apartar á la SEÑORA GUGGLIGOY

Pero ¿de qué modo?

LORD ROCHESTER, bajo á DAVENANT

Os lo referiré. Sabed por ahora que la sibila está en su derecho dándome ese título. Es un hecho. Un cuerpo de guardia sirvió de capilla; el tambor fué nuestro ruidoso sermón, y un cabo nos casó. Temí por un momento que, al final, la ley marcial no trocase la tarima del campamento, para mí, en lecho nupcial. Felizmente...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DAVENANT, riendo

¡Cuánto hubiera deseado ver á la dueña y el limosnero unidos por un soldado!

LORD ROCHESTER, bajo

Así es como aquí se hacen esas cosas.

DAVENANT

Para desenlace de una obra dramática, á veces son buenos esos casamientos. Un cabo une á la bella con el amante, y todo queda terminado.

LA SEÑORA GUGGLIGOY, con acrimonia

¿De quién habláis en voz baja? Basta. ¿Habrá sido preciso que cayese tan bajo, yo que no soy mal parecida, y guardo en oro de muy buena ley doscientos jacobos viejos, que están nuevos todavía?

DAVENANT, á ROCHESTER

¡Diablo! Pero si este partido vale el de muchas herederas. ¡Doscientos jacobos viejos y dos dientes casi enteros!

LA SEÑORA GUGGLIGOY, á ROCHESTER

Vosotros que todos me prodigáis amables epítetos...

LORD ROCHESTER, á DAVENANT

¡Lo ha soñado! (A la señora GUGGLIGOY.)

Dejadnos en paz. Dios os confunda. (La rechaza.)

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Todos son iguales esos infames. Tiernos con sus amantes y duros con sus mujeres. Gatos antes de la boda y tigres después.

(A ROCHESTER.)

¡Cómo, bárbaro! ¡Cambiar nuestros mirtos en cipreses! ¡Dejar á tu joven esposa!

LORD ROCHESTER

¡Ah, vieja aventurera! Si hubiese muerto el diablo, tú fueras su viuda.

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¡Qué lenguaje para un santo!

LORD ROCHESTER, aparte

A propósito, lo olvidaba... (Alto.)
¡Oh, mujer! He hecho voto... (Aparte.)
Tomemos un aire tonto. (Alto.)
De castidad.

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¡Cómo!

LORD ROCHESTER, bajando los ojos

En vano será que me digáis: ¡Dormid conmigo!...
Nada de voluptuosidades malditas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¡Despedirme sin piedad del lecho conyugal!

LORD ROCHESTER

Señora, quedaos en él, que eso poco me interesa, pues á mí solo es á quien despido.

LA SEÑORA GUGGLIGOY, furiosa

¡A mí tamaño ultraje! ¡Serpiente, monstruo, pérfido, áspid! ¡Teme mi rabia!

LORD ROCHESTER, retrocediendo

¡Cuidado con mis ojos, que el hada tiene las uñas encorvadas!

LA SEÑORA GUGGLIGOY, llorando

Puesto que al fin tenéis derechos de esposo...

LORD ROCHESTER

¡Ay, Dios mío!

LA SEÑORA GUGGLIGOY

¡Qué hielo reemplaza á tu llama! ¿Por qué huir de mí? ¿Cuál es el demonio que te ciega?

LORD ROCHESTER

¿Me lo preguntáis?

LA SEÑORA GUGGLIGOY

Siéntate junto á mí. ¡Me pego á ti!

LORD ROCHESTER, huyendo

¡Cielos! ¿Qué haré esta tarde?

(Se va.)

LA SEÑORA GUGGLIGOY, persiguiéndole

¡Ingrato!

(Se va.)

DAVENANT, solo; se encoge de hombros

Wilmot está loco. ¿Qué es esta correría? ¿Unir á una tragedia semejante mojiganga?

(Se adelanta hacia el fondo del teatro siguiéndoles con la vista. Entra CROMWELL.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA DÉCIMATERCERA

DAVENANT y CROMWELL

CROMWELL, con el pergamino de ROCHESTER en la mano, sin ver á DAVENANT y sin que éste le vea

¡Otra celada... en que pude caer! En mi propio palacio iban á cogerme. A fuerza de locura quizás hubieran triunfado. A no ser por mi hija, ¡una niña!, los reyes perdían á su amo. ¡Insolentes, sin combatir á la luz del día, venir á Londres mismo á escamotear á Cromwell! ¿Cómo prever tan delirante audacia? Sólo siendo insensato como ellos... Por más que leo este billete, únicamente encuentro un aviso incompleto. Felizmente para mí están locos de remate. ¡Vamos, cortejar á la hija y destronar al padre! ¡Poner una trampa al león hasta en su misma cueva y jugar á su vista con los cachorros! Si no fuesen tan locos se les tendría por más tontos. «¡El capellán del diablo!...» ¡Ah, cabeza con dos caras! De modo que ese Obededom es santo de conveniencia. ¿Quién es? Será un jefe de los malditos caballeros. ¿Cuál? ¿Wilmot Rochester ó Buckingham Williers? ¡Galante con Francisca y conmigo buen apóstol! Será Wilmot ó Williers, uno ú otro. ¡Mis soldados seducidos! Ya no soy querido. Veremos. Tengo formado mi plan... Sólo siento, para hacerles morder mejor el anzuelo,

no saber más que la mitad del santo y seña. En fin. Espero á Ormond y á los episcopales.

(DAVENANT vuelve al primer término de la escena y repara en CROMWELL.)

DAVENANT, aparte

¡Es Cromwell!

(Alto, inclinándose.)

¡Milord!

CROMWELL, con aire de sorpresa agradable

Bien. Llegáis á propósito, señor Davenant.

DAVENANT, inclinándose de nuevo

Dispuesto á servir á vuestra alteza.

CROMWELL, sonriendo

¿Seguís viviendo en casa de la misma posadera, en *La Sirena*?

DAVENANT

Sí, milord.

CROMWELL

Es un buen sitio. ¿Y cómo os va, con la ayuda de Dios?

DAVENANT, inclinándose

Muy bien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL

Habréis hecho, sin duda, un buen viaje. ¿Estáis satisfecho de él?

DAVENANT

Sí, milord.

(Aparte.)

¡Habladuría!

CROMWELL

¿Teníais algún motivo para ausentaros? ¿Negocios? ¿Placer?...

DAVENANT

De salud.

CROMWELL

¿De salud?

(Aparte.)

Dudo que mejore con esas carreras.

(Alto.)

Es bueno á veces dejar su casa y tomar el aire. ¿Qué puntos habéis recorrido?

DAVENANT, con indecisión

Pero... el norte de Francia...

CROMWELL

¡Ah, es muy poca cosa! Dicen que las orillas del

Rhin son muy hermosas. He deseado siempre ir por allí. ¿Las habéis visto?

DAVENANT, cuya turbación aumenta

Sí.

CROMWELL

Os apruebo del todo. ¿Y sin duda Tréveris, Maguncia y Francfort? ¿Colonia?...

DAVENANT, aparte

Con su aire afable me espanta.

(Alto.)

Sí, milord.

CROMWELL

¡Ah, Colonia! Ciudad de sabios. País de San Bruno y de Cornelio Agripa.

DAVENANT, inquieto; aparte

Pasemos pronto.

(Alto.)

He visto á Bremen y visitado Spa...

CROMWELL

¡No, volvamos á Colonia!

(Aparte.)

Quisiera estar en Bremen.

(Alto.)

La Universidad ¿es del siglo...?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DAVENANT

Catorce.

CROMWELL

Para un talento cultivado es sitio interesante, ¿no es verdad? ¿Habréis visto de paso...?

DAVENANT, aparte

¡Dios mío! ¿Acaso sabría?

(Alto.)

¡Yo, nada! ¿Ver qué?

CROMWELL

La catedral. Sobre todo se admira la puerta lateral. ¿La habéis visto?

DAVENANT, aparte

No sabe nada.

(Alto.)

Sí, milord; pero el conjunto es de bastante mal gusto.

CROMWELL

¡Mal gusto, mal gusto! Eso es fácil de decir. Es un hermoso edificio digno de ser admirado. Nada desluciría á ese templo, aunque antiguo, si no le manchase el culto egipcio.

(Después de una pausa.)

¿Y no visteis nada más en aquella ciudad?

DAVENANT

No, milord.

CROMWELL, sonriendo

¿No hicisteis visita de cortesía, por ejemplo, á cierto Estuardo?

DAVENANT, aparte

¡Golpe imprevisto!

(Alto.)

Os juro, milord, que no le he visto.

CROMWELL

Sé que los papistas son fieles á sus juramentos. Pero decidme, ¿quién apagó las bujías? ¿No fué lord Mulgrave?

DAVENANT, aparte

¡Lo sabe todo!

CROMWELL

Os creo; sé que en realidad no habéis visto al rey. Usáis un sombrero de forma singular. Excusad mis maneras, algo familiares; ¿querríais, caballero, cambiarlo por el mío?

DAVENANT, aparte

¡Estoy vendido! (Alto.)
Milord...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL, cogiéndole el sombrero

Dadme. Gracias.

(Registra precipitadamente el sombrero y saca el despacho del rey, que despliega y lee con avidez. La lectura queda entrecortada por exclamaciones de triunfo.)

¡Muy bien! ¡El capellán del diablo es Rochester! La cosa estaba perfectamente arreglada. ¡Maravilloso! Se supone que no es difícil cerrarme los ojos. Me engañan, me duermen, me cogen; todo queda bien.

(A DAVENANT.)

Nada debe igualar vuestras tragicomedias, si vuestras obras, caballero, están á la altura de vuestras perfidias.

(A THURLOE, que entra.)

Thurloe, mandad el señor á la Torre de Londres.

(THURLOE sale y vuelve acompañado por seis mosqueteros puritanos, en medio de los cuales se coloca DAVENANT, consternado y sin ofrecer resistencia. CROMWELL lo despide con risa amarga é irónica.)

Carlos os dió el sombrero y yo os doy alojamiento. ¡Consérveos el cielo la alegría!

DAVENANT, aparte

¡Oh siniestro desenlace!

(Sale con los guardias.)

THURLOE, á CROMWELL

Milord; el Parlamento, á quien un santo ministro dirigió, cumpliendo vuestra orden, una exhortación, trae diversas leyes para vuestra sanción, y especialmente la que os concede la corona.

CROMWELL

Que entre.

(Sale THURLOE. Solo.)

¡Ah, tenebroso asunto! Con sus propios artificios quedan perdidos. Quiero cogerlos en las mismas redes que me tendieron.

(Mira sucesivamente el pergamino de ROCHESTER y el mensaje de DAVENANT.)

Ahora lo tengo todo en la mano.

(Haciendo el gesto de cerrar con violencia las dos manos.)

¡Sólo me resta que triturarlo todo! Dios me manifiesta su apoyo. ¡Ah! Es el Parlamento.

(El Parlamento, conducido por THURLOE, entra vistiendo traje de gala. Al frente de los miembros camina el orador, con traje largo, seguido de los procuradores del Parlamento, precedidos de los sargentos de la Cámara, de los maceros con sus mazas, y del ujier de vara negra. CROMWELL sube á su sillón protectoral, y el Parlamento se detiene unos pasos antes de llegar á él, fuera del límite que forma la línea de los taburetes.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA DÈCIMACUARTA

CROMWELL, EL PARLAMENTO,
EL CONDE DE CARLISLE, WHITELOCKE,
STOUPE y THURLOE

A una seña de CROMWELL, CARLISLE y THURLOE se acercan al protector.)

CROMWELL, bajo al CONDE DE CARLISLE

Lord Carlisle, prended en el acto á los soldados que están de guardia en el puesto de la puerta del parque.

(LORD CARLISLE se inclina y sale. Bajo á THURLOE, entregándole el pergamino de ROCHESTER.)

Lleva esto en seguida á Bloum, en el Strand.

(Señalando las señas de la carta.)

Aquí hallarás el lugar donde vive. Y para que mis designios se realicen mejor, toma como mensajero á Ricardo Willis. ¡Ve!

THURLOE, coge el pergamino inclinándose

¡Comprendo, milord!

(Sale.)

CROMWELL, aparte

Ese nombre de Bloum debe ocultar al viejo Ormond, á quien va á entregarme mi estrella.

(Se sienta y se cubre.)

¡Ah!

(WHITELOCKE y STOUPE se colocan á su derecha é izquierda. Alto.)

Ahora os escuchamos, señores.

EL ORADOR DEL PARLAMENTO, descubierto y de pie, lo mismo que los demás asistentes

Milord, os traemos estas leyes del Parlamento. Vuestra alteza verá, en lo que le propone, lo mucho que amamos á la buena y vieja causa. Dignaos sancionar nuestras leyes.

CROMWELL

Vamos á ver.

EL ORADOR, volviéndose hacia el pasante ú oficial

Oficial del Parlamento, cumplid vuestro cometido.

EL OFICIAL DEL PARLAMENTO, con voz alta y teniendo abierto el registro de las deliberaciones

El veinticinco de junio, año noveno de la libertad que Dios nos ha dado. He aquí las últimas leyes votadas por el Parlamento. *Primero*. Considerando que por imprudencia se puede, como Noé, pecar por el fruto de la viña y jurar en nombres santos sin voluntad malvada, quiere el Parlamento, con objeto de suavizar sobre este punto la legislación, que se limi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ten á castigar con misericordia, á los borrachos con el látigo, y á los que juren con la cuerda.

CROMWELL

Es muy poco. El que blasfema del Dios á quien rogamos, vale igual que el asesino ó que el histrión. ¿Por qué darles menor castigo? Esas leyes son transitorias; por ello consentimos.

(El orador y los miembros del Parlamento se inclinan.)

EL OFICIAL, continuando la lectura

Segundo. Las victorias que acaba de obtener el almirante Roberto Blake, recibirán el honor de un ayuno general. La Cámara, después de consultar atentamente los libros sagrados, le regala un diamante del precio de quinientas libras; y manda, además, que hechos tan heroicos se inmortalicen en los anales parlamentarios.

CROMWELL

Lo consentimos.

Los presentes se inclinan. Entra THURLOE, quien ocupa su puesto junto al protector.)

THURLOE, bajo á CROMWELL

Está hecho.

EL OFICIAL, prosiguiendo

Tercero. Los tumultos que excitan en York malevolencias ocultas, han llenado de santo horror á los corazones ingleses; el Parlamento, poniendo sin tardanza fuera de la ley civil á los rebeldes de York, lanza un *quo warranto* sobre las franquicias y fueros de la ciudad.

CROMWELL, bajo á THURLOE

Veinte soldados valdrían más que cien *quo warranto*. Ya lo arreglaré yo.

(Alto.)

Consentimos.

(Todos se inclinan.)

EL OFICIAL, prosiguiendo

Cuarto. La Cámara, para llenar las cajas vacías del Estado, entiende que cada inglés, en sus faltas pasadas, tratando de rescatar cualquier enorme atentado, ayune un día por semana en provecho de la nación. Manera rara, y conforme con las santas ordenanzas, de procurarse la salvación ayudando á la hacienda.

CROMWELL

Consentimos.

(Todos se inclinan de nuevo.)

EL OFICIAL, prosiguiendo, con voz fuerte

Quinto. HUMILDE PETICIÓN Y SÚPLICA AL HÉROE DE SIÓN.

(Todos los miembros del Parlamento hacen un profundo saludo á CROMWELL, quien les corresponde con una inclinación de cabeza.

Habiendo considerado que es costumbre antigua concluir con un rey cualquier debate intestino; que Dios mismo, después de dar leyes á su pueblo, cambió la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cátedra en trono y los jueces en reyes; oídos los oradores en pro y en contra, á milord protector el Parlamento observa que el pueblo necesita como jefe á un solo individuo, que reciba de los antiguos reyes el título esplendente, y suplica á Oliverio, protector de Inglaterra, que acepte la corona con carácter hereditario.

EL ORADOR DEL PARLAMENTO, á CROMWELL

Milord, pido la palabra.

CROMWELL

Hablad.

EL ORADOR

Milord; en todos los tiempos, recientes ó lejanos, los reyes gobernaron las naciones del mundo. El libro primitivo, abundante en sabiduría, en todas partes dice, con palabras indudables: *Reges gentium*. A Gabaón, meditando, se ve á Accio, pues cuando en el seno de un pueblo se produce una lucha, resulta un nudo gordiano que sólo una espada desata. Esa espada se vuelve cetro, y demuestra á la fe que todas las cuestiones se resuelven por un rey. Sé que hay grandes sabios que adoptan como sistema que, asistido por sus santos, Cristo puede reinar por sí mismo; pero el regulador de los eternos destinos no es ningún rey visible para pueblos carnales; las reinos terrenales necesitan reyes de carne; *Rex substantialis*, dicen los axiomas. Estos argumentos no pueden negarse. La forma de república es la última de todas. El pueblo ha de poder descansar sobre un rey, pues el pueblo es igual, milord, digan cuanto quieran y supongan,

al martinete, que sólo duerme descansando sobre una pata. Y el martinete que duerme, ¿acaso está lisiado? El pueblo es como ese pájaro, que para vengar sus agravios tiene por pico al ejército, y á las Cámaras por alas. Pero cuando la barca al fin se junta con el anillo, ¡que duerma sobre un pie! *Stans pede in uno*. El argumento es tan claro que no necesita explicación. Extienda, pues, vuestra alteza sobre Europa la espada de Judas y la vara de Aarón, siendo rey de Inglaterra y pie del martinete. Invocamos leyes que existen en el mundo entero. *Dixi quid dicendum*, hablando por la Cámara.

(El orador se calla y se inclina. CROMWELL, absorbido por sus ideas, guarda un breve silencio de recogimiento; por último, vuelve la vista al cielo, cruza los brazos sobre el pecho y suspira profundamente.)

CROMWELL

Lo examinaremos.

(Sorpresa general.)

EL ORADOR DEL PARLAMENTO, aparte

¡Qué escucho!

WHITELOCKE, bajo á THURLOE

¿Qué dice? ¿Rehusa?

THURLOE

Vacila. Teme algún peligro.

CROMWELL, bajo á THURLOE

¡Es preciso! Aplacemos. Contra los caballeros que

se lanzan en esta lucha, opongamos la neutralidad de los puritanos, y no busquemos una doble dificultad, dos espinas en el pie, dos fardos en los brazos. Escapemos primero de las redes que me tiende Ormond; tiempo me quedará para apoderarme de la corona. Calmemos á los puritanos huyendo de semejante honor.

(Alto á los asistentes.)

¡Id en paz! ¡Buscad la gracia del Señor!

(Todos, menos THURLOE, se retiran entre profundos saludos y señales de sorpresa.)

ESCENA DÈCIMAQUINTA

CROMWELL y THURLOE

THURLOE, aparte

Algo ha ocurrido aquí desde hace una hora.

CROMWELL, aparte

Está bien. Hasta mañana les engañará mi negativa.

(Ambos permanecen un momento inmóviles y silenciosos. CROMWELL, apoyado en los brazos de su sillón, parece meditar. Por fin THURLOE se adelanta y se inclina.)

THURLOE

Milord, es tarde.

CROMWELL

Manda sonar el toque de queda.

THURLOE

¿No necesitáis tomar algún descanso?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL

Sí. Pero no tengo mucho deseo de dormir.

THURLOE

¿Dónde se acuesta milord esta noche?

CROMWELL, aparte

¡Qué vida! ¡Ocultarme todas las noches como un ladrón que huye! ¡Reinad, pues, para cambiar de cama cada noche! ¡En todas partes, á nuestro alrededor, y en nosotros mismos, siempre el temor!

(Alto á THURLOE.)

Que pongan aquí mi cama.

THURLOE

¡Cómo! ¿En la cámara pintada? Los jueces de Carlos...

CROMWELL, aparte

¡Ah! ¡Siempre el mismo recuerdo!

THURLOE

Pero aquí fué, milord, donde vieron reunirse...

CROMWELL, aparte

¡Ese Carlos!... (Alto.)
¡Tenéis, señor, demasiada memoria! Obedeced.

(THURLOE baja la cabeza, sale, y vuelve seguido de criados que preparan una cama y traen dos candelabros. CROMWELL, que ha permanecido silencioso, se acerca á THURLOE, así que los criados se han retirado.)

Además, cuando la noche esté bien obscura, si en este sitio hay un espectro, no me verá.

(Estrechando la mano de THURLOE y enseñándole el lecho.)

Esa cama no es para mí.

THURLOE, sorprendido

¿Para quién, pues?

CROMWELL, á media voz

Habla más bajo. El que se acostará allí no teme á los fantasmas de reyes ni á los espectros.

THURLOE

Pero ¿qué secreto?...

CROMWELL

Callad. Haced lo que se os dice; todo lo sabréis después.

THURLOE, aparte

Estoy atónito. De ese modo usa de nosotros. Nos lo calla todo. Ejecutar sus planes sin conocer el misterio. Unas veces ser mudo, sordo, ciego; y otras tener cien ojos, cien voces y cien brazos, si hacen falta.

(Alto á CROMWELL.)

Milord, perdonad si me atrevo... ¿Os amenaza un peligro? ¿Cuál?...

(Señalando el lecho.)

¿Quién debe tomar vuestro puesto aquí?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL

¡Calla! Mucho tarda en venir mi capellán.

(Aparte, paseándose por la escena en primer término.)

¡Qué contentos están todos! ¡Les parece que ya me tienen! Ormond se ríe por un lado, Rochester por el otro. ¡Bueno! Su ingenio viene á las manos con el nuestro. Según su estrecha medida, cavan su propia tumba.

(Se detiene ante la mesa en la cual arden dos bujías, y, como deslumbrado por su resplandor, se dirige con dureza á THURLOE.)

¿Para qué tanta luz? Basta con una; póngase un poco de economía en mis gastos.

(Apaga una de las bujías.)

Así se apaga una vida enemiga. ¡Un soplo y todo queda dicho! ¡Ah, mi capellán!

(Entra ROCHESTER, acompañado por un paje que lleva en un plato de oro un vaso también de oro, en el cual se ve sobrenadar una ramita de romero.)

THURLOE

Aquí llega precisamente.

CROMWELL

¡Por fin!

(Se restrega las manos con alegría.)

ESCENA DÉCIMASEXTA

Los mismos; LORD ROCHESTER

LORD ROCHESTER, aparte

El vaso está lleno. Es preciso que Noll lo beba. ¡Va á dormir de veras! Puse todo el líquido del pomito. Pero así sirvo al buen hombre arrancándole á los remordimientos; gracias á mis cuidados de amigo, hará mucho tiempo que no habrá dormido tan bien.

(Toma el plato de manos del paje, quien se retira, y lo presenta á CROMWELL inclinándose. Alto.)

Milord...

(Aparte.)

Hay que ser ceremonioso.

(Alto.)

Bebed este licor por mis manos bendecido.

CROMWELL, con ironía

¡Ah! ¿Lo habéis bendecido?

LORD ROCHESTER

Sí.

(Aparte.)

¡Qué mirada!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

CROMWELL

¡Calla! Mucho tarda en venir mi capellán.

(Aparte, paseándose por la escena en primer término.)

¡Qué contentos están todos! ¡Les parece que ya me tienen! Ormond se ríe por un lado, Rochester por el otro. ¡Bueno! Su ingenio viene á las manos con el nuestro. Según su estrecha medida, cavan su propia tumba.

(Se detiene ante la mesa en la cual arden dos bujías, y, como deslumbrado por su resplandor, se dirige con dureza á THURLOE.)

¿Para qué tanta luz? Basta con una; póngase un poco de economía en mis gastos.

(Apaga una de las bujías.)

Así se apaga una vida enemiga. ¡Un soplo y todo queda dicho! ¡Ah, mi capellán!

(Entra ROCHESTER, acompañado por un paje que lleva en un plato de oro un vaso también de oro, en el cual se ve sobrenadar una ramita de romero.)

THURLOE

Aquí llega precisamente.

CROMWELL

¡Por fin!

(Se restrega las manos con alegría.)

ESCENA DÉCIMASEXTA

Los mismos; LORD ROCHESTER

LORD ROCHESTER, aparte

El vaso está lleno. Es preciso que Noll lo beba. ¡Va á dormir de veras! Puse todo el líquido del pomito. Pero así sirvo al buen hombre arrancándole á los remordimientos; gracias á mis cuidados de amigo, hará mucho tiempo que no habrá dormido tan bien.

(Toma el plato de manos del paje, quien se retira, y lo presenta á CROMWELL inclinándose. Alto.)

Milord...

(Aparte.)

Hay que ser ceremonioso.

(Alto.)

Bebed este licor por mis manos bendecido.

CROMWELL, con ironía

¡Ah! ¿Lo habéis bendecido?

LORD ROCHESTER

Sí.

(Aparte.)

¡Qué mirada!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

CROMWELL

Perfectamente. ¿Ese brebaje, no es verdad, debe hacerme bien?

LORD ROCHESTER

Sí; para dormir tranquilo, milord, el hipocrás posee una virtud suprema.

CROMWELL

Entonces bebedlo vos.

(Toma el vaso y se lo ofrece rápidamente.)

LORD ROCHESTER, retrocediendo con espanto

¡Milord!...

(Aparte.)

¡Qué golpe inesperado!

CROMWELL, con sonrisa equívoca

¡Cómo! ¿Quizás vaciláis? Acostumbraos, joven amigo, á mis bondades, que otras mayores aún os esperan. Tomad, maestro, dominad el respeto que probablemente os turba; bebed.

(Obliga á ROCHESTER, confuso, á coger el vaso.)

¿No sabíais lo mucho que os queremos? ¡Que vuestras bendiciones caigan sobre vos mismo!

LORD ROCHESTER, aparte

¡Estoy hundido!...

(Alto.)

Pero, milord...

CROMWELL

¡Bebed, os digo!

LORD ROCHESTER, aparte

Desde hace poco ha ocurrido aquí algún prodigio.

(Alto.)

Os juro...

CROMWELL

Bebed; ya juraréis después.

LORD ROCHESTER, aparte

¿Y nuestra gran conjura? ¿Y nuestros sabios preparativos?

CROMWELL

¡Bebed ya!

LORD ROCHESTER, aparte

Noll nos sobrepuja en malicia.

CROMWELL

¿Os hacéis de rogar?

LORD ROCHESTER, aparte

¡Bebamos, pues, este cáliz!

(Bebe.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL, con risa sardónica

¿Qué tal os parece? ¿Os ha gustado?

LORD ROCHESTER, colocando el vaso en la mesa

¡Que Dios salve al rey!

(Aparte.)

En cuanto á mí, me salvo de la señora Guggligoy. Que Noll haga de mí lo que quiera. ¿Qué me importa? Mi nueva mitad me aguarda en la puerta. ¡Caigo, pero mi naufragio es menos cruel, de Escila en Caribdis, de mi mujer en Cromwell! Uno os obliga á dormir, la otra á librar batalla. He cambiado de demonio, nada más. Bostezo... ¿Ya?...

(Se sienta en una de las sillas de tijera con respaldo.)

THURLOE, á CROMWELL

¿Es veneno lo que ha bebido?

LORD ROCHESTER, bostezando

¡A fe mía que lo qué dice es honroso para Cromwell y para mí!

CROMWELL, bajo á THURLOE

Ya veremos.

THURLOE, aparte, mirando á ROCHESTER

¡Pobre hombre!

LORD ROCHESTER, bostezando

¡Ah!... Tengo la cabeza trastornada.

(Bostezando otra vez.)

Cuando todo el día se ha representado una comedia, ayunado, rezado, predicado mucho, jurado muy poco, llevado careta de santo y hasta usado un nombre hebreo, en los textos de la Biblia, del viejo Noll sufrido los apóstrofes... ¡Vamos, que es duro...

(Bosteza.)

dormirse al llegar la catástrofe!

(Bosteza de nuevo.)

¡Con tal de que no me despierte en la horca! ¡Al mismo tiempo que yo, Ormond estará perdido! Eso es lo único que siento. Ahuyentemos este triste sueño.

(Bosteza.)

¡Pomito infernal! Apenas puedo sostener la cabeza... Buenas noches, señor Cromwell. ¡Que Dios salve al rey!

(Se inclina su cabeza y queda dormido.)

CROMWELL, mirando á ROCHESTER dormido

¡Qué adhesión y qué cariño! ¿Quién haría otro tanto por mí? (A THURLOE.)

Llevémosle á la cama.

(Ambos llevan á ROCHESTER á la cama, sin que despierte. Se oye llamar á una puerta baja que da á uno de los corredores laterales de la cámara pintada.)

THURLOE, inquieto á CROMWELL

Llaman á esa puerta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL

Abre; sé quién es.

THURLOE, abriendo la puerta

¡El rabino!

ESCENA DÉCIMASÉPTIMA

CROMWELL, THURLOE, MANASSÉS-BEN-ISRAEL; LORD ROCHESTER, dormido

CROMWELL, á MANASSÉS, que al entrar se prosterna en el umbral de la puerta

¿Qué me trae el judío?

(MANASSÉS se levanta y con aire misterioso dice á CROMWELL:)

MANASSÉS, bajo á CROMWELL

Dinero.

(Abre su vestido y enseña al protector un saco que le cuesta llevar.)

CROMWELL, á THURLOE

Sal.

(Bajo.)

Pero no te alejes.

(THURLOE se inclina y sale.)

MANASSÉS, á CROMWELL

El barco sueco es nuestro, y vengo en el acto para traer á monseñor su parte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL

Abre; sé quién es.

THURLOE, abriendo la puerta

¡El rabino!

ESCENA DÉCIMASÉPTIMA

CROMWELL, THURLOE, MANASSÉS-BEN-ISRAEL; LORD ROCHESTER, dormido

CROMWELL, á MANASSÉS, que al entrar se prosterna en el umbral de la puerta

¿Qué me trae el judío?

(MANASSÉS se levanta y con aire misterioso dice á CROMWELL:)

MANASSÉS, bajo á CROMWELL

Dinero.

(Abre su vestido y enseña al protector un saco que le cuesta llevar.)

CROMWELL, á THURLOE

Sal.

(Bajo.)

Pero no te alejes.

(THURLOE se inclina y sale.)

MANASSÉS, á CROMWELL

El barco sueco es nuestro, y vengo en el acto para traer á monseñor su parte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL, examinando el saco

¡Cómo! ¡Vaya un cuento! ¿Eso es mi parte?

MANASSÉS, mordiéndose los labios

Señor, es decir, á cuenta.

CROMWELL

Bien.

(Coge el saco y lo coloca sobre la mesa, cerca de sí.)

MANASSÉS, aparte

Nada se oculta á esa vista de lince. Al menos á los caballeros es fácil engañarles; les tomo su buque y les abro mi banco. De ese modo, gracias á mí, carecen de recursos, y luego, según lo convenido, con buen interés, les vuelvo á vender el dinero que les he robado; pues robar á los cristianos es acción meritoria.

CROMWELL

¿Qué sabes de nuevo, cara de purgatorio?

MANASSÉS

Nada, sino que circula la noticia en Londres de que han ahorcado á un astrólogo en Douvres.

CROMWELL

Bien hecho. ¿Y tú no eres astrólogo?

MANASSÉS, después de breve vacilación

No levantarás falso testimonio, ha dicho el Decálogo. Sí, comprendo ese libro, obscuro para el demonio, en el cual deletreaba Zoroastro y leía Salomón. Sí, sé leer en el cielo vuestras dichas y vuestros desastres.

CROMWELL, aparte, sin dejar de mirar al judío

¡Cosa extraña! ¡Ser espía de los hombres y de los astros! ¡Astrólogo arriba, espía aquí abajo!

MANASSÉS, aproximándose con viveza á una ventana abierta, por la cual se ve el firmamento

Mirad. Precisamente ahí, cerca del Escorpión, veo en este momento, señor...

CROMWELL

¿Qué?

MANASSÉS, sin dejar de mirar al cielo

Vuestra estrella.

(Volviéndose hacia CROMWELL con solemnidad.)

Vuestro porvenir para mí puede descorrer su velo.

CROMWELL, estremeciéndose

¿De veras? ¿Podrías...? Pero no; ¡mientes, anciano! ¿No temes probar la punta de mi puñal?

MANASSÉS, con gravedad

¡Si miento, que la muerte, cuyos golpes nos

confundan, cierre los ojos á quien contesten las estrellas!

CROMWELL, pensativo, aparte

¿Podría ser? Correr la cortina del destino; leer allá en el cielo un porvenir lejano; descifrar cada vida y cada carácter; ver la llave del enigma y la palabra del misterio, esa palabra que un dedo supremo, invisible para nuestros ojos, traza con soles en el libro de los cielos. ¡Qué poder es compartir la corona de Dios, yo que me contentaba de no sé cuál trono! Ufano de brillar en la cúspide donde lucieron algunos reyes, despreciaba á este judío. ¿Qué soy, comparado con él? ¿Qué significa mi poder, comparado con su imperio? Con relación al término que posee, ¿qué es el término á qué aspiro? Su reino es el mundo y no tiene horizonte. Pero no, es imposible. La razón... ¡La razón! ¡Sima donde se tira todo y de donde nada devuelve! ¡Duda ciega que niega cuando no puede comprender! El imbécil la invoca y se ríe; así concluye más pronto. Sin embargo, ¿de dónde procedería ese poder, en efecto? Dios señala un fin único á cada criatura. Seres, cuya cadena abarca toda la naturaleza, permanecen cada uno en su esfera, en su centro, en su sitio. La bestia ignora al hombre, y el hombre ignora á Dios. Los cielos tienen su secreto, y nosotros tenemos el nuestro. ¿Puede el alma ver de un mundo á otro, llevando á los muertos la antorcha de los vivos? ¿Queda siempre el alma hacia el lado de las tumbas? ¿Puede, después de la muerte, salir de las catacumbas, ó penetrar desde aquí en el interior de las tumbas? Quién sabe. ¿Debe negarse todo lo que no se ve? ¿Todo lazo queda roto por la muerte? ¿No se han visto acaso cosas espantosas? ¡Pero el hombre abrir del cielo las páginas resplandecientes! ¿Quién sabe lo que pone Dios en el

alma cuando la crea? Pero ¡cómo! Ese hombre impuro, ese judío, ese incrédulo, quiere en su sentido simbólico interpretar el mundo. Registrar hasta el fondo al santo de los santos con su inmunda mirada. ¿Por qué no? Quién sabe. Todo es misterioso. Razón de más, quizá. ¡Si pudiese de mi astro explicarme el lenguaje! ¡Decirme dónde concluirá la lucha que he emprendido! ¡Vamos! Estamos solos, sin testigos. Probemos.

(Alto á MANASSÉS.)

¡Judío!

MANASSÉS, que no ha dejado de mirar al cielo, se vuelve y se inclina

¡Señor!

CROMWELL

Si es cierto que esos rayos divinos alumbran á tu alma con su mística claridad, y ofrecen á tus ojos un poder profético...

(Se detiene y parece vacilar un momento.)

MANASSÉS, prosternándose

¿Qué queréis, mi amo, de vuestro servidor?

CROMWELL, bajando la voz

El porvenir.

MANASSÉS, levantándose é irguiéndose

¡Cómo! ¡Qué! ¿Hasta esas alturas elevas tus mira-

CAPILLA ALFONSINA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L. UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

das, incircunciso? ¡Tu alma vería, á pesar de sus barreras de llamas, esos astros, arena de oro, polvo de diamantes, que en su sima insondable giran los firmamentos! ¡Quisieras penetrar ese cielo, palacio de gloria, tenebroso santuario, ardiente laboratorio donde vela Jehová, quien jamás se separa del inmutable pilar y del eterno compás! ¡Penetrar en los tres centros, la llama, el éter, la onda, triple velo de los cielos, triple pared del mundo! ¡Y saber qué soles son las letras de fuego, que allá en el fondo de la noche brillan en la tiara de Dios! ¡Tú leer el porvenir! ¿Acaso pudieras, profano, aguantar sin perecer, el aspecto del grande arcano? Tú, á quien un terrenal cuidado preocupa siempre, ¿qué has hecho, para lograrlo, de tus días, de tus noches? ¿Qué misterio entrevisto? ¿Qué prueba sufrido? Mira mi frente pálida y desnuda; tengo la edad de Tobías. He pasado por este mundo estrecho, engañoso, sin separar ni un instante mi vista del otro mundo. ¡Piensa! En un siglo entero, ni un solo día, ni una hora. ¡Cuántas veces por la noche abandoné mi casa para ir á escuchar á las puertas de las tumbas, para molestar á un gusano que roía impuros jirones! ¡Cuán feliz era yo, soberano del sombrío reino, cuando podía cambiar un cadáver en fantasma, y obligar á algún muerto desatado de la horca á balbucir una palabra del celestial alfabeto! Los muertos me han revelado el problema de los mundos, y casi llegué á entrever al ser de los profundos esplendores que, en la pared del cielo, como en los pliegues del sudario, inscribe su nombre fatal, que sólo él conoce. ¡Pero tú! Para tu mirada, que murió en su primera noche, las constelaciones son un fuego sin luz. ¿Has visto, en la grande obra que ardiente te absorbe, blanquear tu barba y caerse tus cabellos? ¿Has, aunque igualando á los magos venerables, pasado días proscriptos, despreciables, miserables?...

CROMWELL, interrumpiéndole impaciente

Basta. Te pago aquí para que me sirvas.

MANASSÉS

Te equivocas. El hombre puede esclavizarse al hombre, sí; mientras vivo una vida incompleta, puesto que, en fin, esta carne cubre aún mi esqueleto, mi vista sirve aquí abajo á tus planes ambiciosos; pero ¿cuándo te prometió espiar el cielo?

CROMWELL, aparte

No, un hipócrita no habla de este modo. ¡Cree en su ciencia y la alaba estando proscripta!

(Alto á MANASSÉS, con energía.)

Dime si mi planeta se presenta propicio á mis deseos. ¡Obedece!

MANASSÉS

No puedo.

CROMWELL

¡Lo mando!

MANASSÉS

¿Lo mandas?

CROMWELL, llevando la mano á su puñal

Si no te hace hablar, este acero te hará enmudecer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

MANASSÉS, después de breve vacilación

¿No te atemorizarás si durante el misterio mezclo el cielo con el infierno y el Talmud con el Alcorán?

CROMWELL

No.

MANASSÉS

El espíritu cede al puñal y el mago al tirano. Habla, hijo mío.

CROMWELL

Revela á mi alma sorprendida el secreto de mi vida y de mi destino. Escucha. Siendo niño tuve una visión. Había sido expulsado, por plebeyo, de aquellos nobles céspedes que tanta nombradía tienen en Oxford y que sólo los hidalgos pueden pisar. De vuelta en mi celda, indignado el corazón, lloré, maldiciendo la humilde alcurnia en que hube de nacer. Llegó la noche; velaba sentado junto á mi lecho. De pronto se hielan mis carnes al aliento de una boca, y oigo cerca de mí, entre mortal turbación, una voz que decía: *¡Honor al rey Cromwell!* Aquella voz casi apagada, tenía á un mismo tiempo acento de amenaza y acento de queja. En la obscuridad, pálido y preso de terror, me levanté, buscando al que me hablaba así. Miro. Era una cabeza cortada. Con resplandores blanquecinos rodeada, lívida, llevaba en la frente amarillenta una aureola... sí, de color de sangre, mezclándose con un resto de corona. Inmóvil, anciano, mira, ¡por ello me estremezco! Me contemplaba con risa cruel, murmurando muy quedo: *¡Honor al rey Cromwell!* Di un paso. ¡Todo huyó, sin dejar más vestigio que el de mi corazón helado para siempre por tal prodigio! *¡Honor al rey Cromwell!* ¡Cromprendes, Manassés! ¿Qué dices? Aquella obscuridad y esos fuegos erráticos en la sombra, una cabeza horrible, un trozo de fantasma, entre una risa sangrienta prometiendo un reino... ¡Ah, es espantoso! ¿No es verdad, Manassés? ¡Aquella cabeza!... Después un día nebuloso y frío, un día de invierno, en el seno de inquieta muchedumbre, la volví á ver, pero estaba muda. Escucha, ¡colgaba de la mano del verdugo!

MANASSÉS, pensativo

¿De veras? Ezequiel y el yerno de Jetró tuvieron visiones, hijo mío, menos temibles. La de Baltasar, en la embriaguez de las mesas, ni siquiera la iguala; y el Toldos Jeschut, no refiere ninguna comparable á la tuya. De un rey vivo aun ver aparecer la cabeza, ¡es extraño!

CROMWELL

¡Nada hay tan espantoso!

MANASSÉS, reflexionando

Quizás... No. Los espectros de que conservo recuerdo se vengaban de lo pasado; el tuyo, del porvenir. ¿No estabas dormido?

CROMWELL

No.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MANASSÉS

¡Sin igual visión! Pues á no haberla tenido estando en vela, sólo hubiera sido un sueño, y conozco otros más hermosos.

(Cae de nuevo en su meditación.)

¡Unico espectro que no haya salido de las tumbas! Nada semejante he visto durante mi larga vida.

(Se vuelve hacia CROMWELL.)

¿Qué olor se produjo después que desapareció?

CROMWELL, bruscamente

¿Qué me importa? ¿Qué quiere decir mi visión? Habla. ¿Es verdad ó no es más qué ilusión? *¡Honor al rey Cromwell!* ¿Debo ser rey? Descorre el velo de mi destino ante mi vista.

MANASSÉS, mirando al cielo

¡Sí, esa es la estrella! Sabría reconocerla del cenit al nadir; fija, al contemplarla parece que se la ve crecer; es brillante, pero tiene en el centro una mancha.

CROMWELL, impaciente

Hace ya bastante tiempo que mirás allá arriba. Dime, ¿seré rey?

MANASSÉS

Hijo mío, en vano quisiera adularte; no se puede mentir al firmamento. Inútil fuera ocultarte que en

su marcha elíptica tu astro no hace el triángulo místico con la estrella Jod y la estrella Zaín.

CROMWELL

¿Qué me importa tu triángulo? Vamos, hijo de Caín, explícame el oráculo de la cabeza cortada. ¿Habré de ser rey algún día? ¡Habla!

MANASSÉS

No, salvo un milagro.

CROMWELL, descontento y brusco

¿Qué entiendes por milagro?

MANASSÉS

Un milagro...

CROMWELL

Y bien, ¿qué?

MANASSÉS

Un milagro.

CROMWELL

Veamos, ¿soy un milagro yo?

MANASSÉS, pensativo

Quizás.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL

Entonces me anuncias el trono.

MANASSÉS

No; me es imposible cambiarte las respuestas del cielo.

CROMWELL

¡No! Entonces ¿qué es esa visión? ¿Fué alguna burla de la muerte? Pero vosotros más bien creo que sólo sois impostores que en la tierra explotan los planetas.

MANASSÉS, con gravedad

Hijo, dame tu mano y no blasfemes.

(CROMWELL, como subyugado por la autoridad del astrólogo, le presenta la mano. MANASSÉS se apodera de ella, la examina y canta muy quedo, sin dejar de mirarlo.)

¡Lejos de aquí los genios más malvados,
Y brujas que la edad cambian joviales
Con jugos en un filtro envenenados,
Los dragones y espíritus lunares,
Y secas hilanderas centenarias
Que soplando hacen nudos las falsarias!

¡Lejos toda fantasma que vestida
De blanco va, la gula arrebatando
A los cuervos su presa corrompida,
Demonios que las almas van cazando;
Los monstruosos enanos y las llamas
Que brotan de las tumbas cual fantasmas!

De púrpura el efod ponte y la túnica
De color escarlata bien teñida,

La almocela, la mitra casi cónica,
Con anillos de oro bien prendida,
Cúbrete con el traje patriarcal
Y ajustado su cinto zodiacal.

(Alto á CROMWELL después de un corto silencio.)

Un peligro te amenaza.

CROMWELL

¿Cuál?

MANASSÉS

La muerte. Si quieres ser rey, hijo mío, tu muerte es segura.

CROMWELL

¡Segura! ¿Mi muerte?

MANASSÉS, señalando con un dedo el corazón de CROMWELL

Ahí estará tu herida.

CROMWELL, llevándose la mano al corazón

¿Aquí?

MANASSÉS, con un signo afirmativo

Ahí.

CROMWELL

¿Cuándo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MANASSÉS

Mañana.

CROMWELL

¿No mientes?

MANASSÉS

¡Hijo de Ammón! ¡Mentir! ¿Quieres que evoque aquí á tu demonio? Pero has de decir conmigo, para someterlo, ocho versículos que empiezan todos con la misma letra.

(CROMWELL parece indeciso en aceptar esa proposición. En aquel momento, ROCHESTER se vuelve en el lecho y lanza un suspiro.)

MANASSÉS, turbado

Pero... alguien nos escucha...

(Se aproxima á la cama y ve á ROCHESTER dormido.)

Sí, queda roto el encanto. ¡Todo lo ha oído!

CROMWELL

¿Crees que ha podido oirnos?

MANASSÉS

Sin duda.

CROMWELL

¡Pues bien, ha de morir!

(CROMWELL desenvaina su puñal y se acerca á ROCHESTER, que sigue durmiendo.)

MANASSÉS

¡Hiere! No puedes hacer mejor acción.

(Aparte.)

Por una mano cristiana matar á un cristiano.

CROMWELL

Si ha oído la conversación de Cromwell con el judío, ¡que muera!

(Levanta el puñal sobre ROCHESTER y se detiene.)

Pero duerme, sin embargo.

MANASSÉS, empujándole el brazo

¿Y bien?

CROMWELL, que sigue indeciso

¡Es tan joven!

MANASSÉS

¡Hoy es sábado! ¡Hiere!

CROMWELL, estremeciéndose

¡Es día de ayuno! ¿Qué hago? Un día de vela y de descanso divino, ¡iba á cometer un crimen, y escucho á un adivino!

(Arroja el puñal. A MANASSÉS.)

¡Vete, judío!

(Llamando.)

¡Thurloe!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

THURLOE, acudiendo

¡Milord!

MANASSÉS, sorprendido

¡Señor!

CROMWELL, á MANASSÉS

¡Te digo que salgas!

MANASSÉS, aparte

¿Algún vértigo súbito habrá turbado su espíritu?

CROMWELL, se acerca al judío y le dice en voz baja

Tu sentencia de muerte está ya pronunciada si dices una sola palabra de lo que ha pasado aquí.

(El judío se prosterna y sale. A THURLOE.)

¡Sálvame de ese judío! ¡Sálvame de mí mismo, Thurloe!

THURLOE, con inquietud

¿Qué tenéis, milord?

CROMWELL, serenándose el rostro

¿Yo? Nada. Te quiero, Thurloe.

THURLOE

Decíais... Parecíais turbado.

CROMWELL

¿He dicho algo?

THURLOE

Sí, habéis hablado.

CROMWELL, bruscamente

¡De nada! ¡Calla y sígueme!

THURLOE

¡Dios mío, qué pálido estáis!

CROMWELL, sonriendo con amargura

¡Es la claridad sepulcral de esa luz! Ven, te necesito.

(THURLOE sigue á CROMWELL y se para al pasar junto al lecho de ROCHESTER.)

THURLOE

¡Mirad como duerme!

CROMWELL

Sí, con sueño profundo y cercano de la muerte.

(Salen.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ACTO CUARTO

EL CENTINELA

PUERTA DEL RASTRILLO DEL PARQUE DE WHITE-HALL

A la derecha árboles espesos; en el fondo también árboles, sobre los cuales se destacan, en un cielo sombrío, las góticas techumbres del palacio. Á la izquierda, el portillo del par-

que, de estilo ojival, con muchos adornos esculpidos. Es de noche cerrada.

ESCENA PRIMERA

CROMWELL, disfrazado de soldado, con un mosquete pesado al hombro, peto de búfalo, sombrero de anchas alas y alta forma cónica, grandes botas.

(Se pasea de arriba abajo frente al rastrillo, con la actitud de un soldado de guardia. Poco después de levantado el telón, se oye el grito lejano de un centinela.)

¡Centinela alerta! ¡Alerta está!

CROMWELL, coloca el mosquete en el suelo y repite

¡Centinela alerta! ¡Alerta está!

CROMWELL, después de corto silencio

Sí. Estoy alerta y vigilo por todos. Traído aquí por prudentes cuidados, quiero á mis asesinos abrirles yo mismo la puerta.

(Se oye un ruido lejano de pasos y de voces.)

¿Ya? No; todavía no han dado las doce. Es alguno que pasa.

(Se distingue como un canto inarticulado.)

¡Cantos! ¡Ese bribón ha ayunado mal!

(La voz se aproxima y se oye cantar con una tonada monótona las siguientes palabras:)

Tú que buscando fortuna
Vas marchando á sol poniente,

Ten cuidado, que inconsciente
No te vayas á caer.
Pues la tierra vuelve bruna
La noche al aparecer.

Mientras que el Océano inmenso
Cubre de vapor la duna,
No verás casa ninguna
Aunque tu vista remonte
El velo tupido y denso
Del dilatado horizonte.

Te sigue más de un ladrón,
De noche en general
Es cosa muy natural;
Las damas que al rededor
Van del bosque, con tesón
Á veces guardan rencor.

De la noche en el capuz
Van errantes al azar.
¡Cuidado con encontrar
En tu ceguedad alguna!
Los diablillos á la luz
Bailan de argentada luna.

(La voz se aproxima cada vez más, y calla.)

CROMWELL

¡Vaya! Es uno de mis bufones que canta; Elespurú, si no me equivoco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA SEGUNDA

CROMWELL, TRICK, GIRAFF, ELESPURÚ, GRAMADOCH

(Los bufones, guiados por GRAMADOCH, entran con precaución y á tientas.)

ELESPURÚ, tarareando

Los diablillos á la luz
Bailan de argentada luna.

GIRAFF, bajo á ELESPURÚ

Elespurú, ¡calla! ¿Estás acaso loco?

GRAMADOCH, á los otros señalándoles un banco de césped detrás de los árboles de una alameda

Ocultémonos todos aquí.

CROMWELL, sin verlos

Sí, es mi bufón que regresa.

(Los cuatro bufones se sientan y ocultan en el banco de césped.)

GRAMADOCH, bajo á sus compañeros

La acción del drama se concentra en este punto, y desde aquí lo veremos todo.

TRICK, bajo

Sería preciso tener vista de clérigo. ¿Ver? ¡En el horno del diablo sí que debe haber mayor claridad!

ELESPURÚ, bajo

Si los actores, sea cuales fueren, nos encontrasen aquí, ¡caro nos harían pagar el precio de nuestros asientos!

GRAMADOCH, bajo

Llegamos á tiempo, pues no han comenzado aún.

GIRAFF, bajo

Pero, ¿queréis callar, sí ó no?

(Todos callan y permanecen inmóviles.)

CROMWELL

El bufón ha pasado, sin saber ni darse cuenta que en estos sitios, donde cantaba su delirio, van á ver decidirse el destino de un imperio. ¡Qué feliz es ese bufón! Hasta en White-Hall, crea á su alrededor un mundo ideal. No tiene súbditos ni trono; es libre. No late en su corazón una doliente fibra. Jamás lleva sobre su corazón inocente una coraza de acero; ¿quién pediría su sangre? ¿Para qué necesita corte, cortejo ni guardia? Canta, ríe, pasa y nadie le mira. ¿Qué le importa el porvenir? Siempre tendrá para vestirse en invierno un retazo de terciopelo, un aposento, un poco de pan pedido, mendigado por la risa, sin necesidad de defender su vida contra emboscadas y esbirros; duerme toda la noche y no tiene sueños espan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

tosos, despierta y no piensa en nada. ¡Qué feliz es! Su palabra sólo es ruido; su existencia un ensueño. ¡Y cuando llegará al término donde todo concluye, aquella hoz de la muerte, de que nadie se escapa, será únicamente un juguete para ese anciano niño! Mientras tanto, si se ha de llorar ó reir, su voz da el sonido que se quiere, lanza el grito que se le pide, discurre porque sí, y canta por cualquier motivo. Su agitación cubre un descanso profundo. Viviente juego de otros, cabeza hueca y sonora, que habla como el agua murmura y se evapora, el menor choque le hace vibrar conmovido, con mayor prontitud que los cascabeles de plata que tiemblan en su frente. Jamás ese bufón tomó, cual yo, la insensata pena de encerrar el mundo en su pensamiento; jamás frases profundas, suspiros elocuentes brotan de su corazón, como un fuego de los volcanes. Su alma, pero ¿tiene alma?, vive en eterna somnolencia. No sabe hoy lo que hizo ayer. No tiene memoria. ¡Ay, cuán feliz es! Nunca le turban de noche ideas tenebrosas; no temió, apresurando el paso bajo alguna bóveda sombría, volver la cabeza y entrever una sombra. ¡No desea que se le pueda olvidar, y que el año no tuviese jamás un treinta de enero! ¡Ah! ¡desdichado Cromwell! Tu bufón te causa envidia. Eres todopoderoso, ¿qué has hecho de tu vida?

(Pausa.)

Reinas y prevaleces sobre el mundo asustado. Pero ¡cuán caro pagas todo ese fastuoso brillo! Los partidos te han dejado, el pueblo reniega de ti, tu familia lucha siempre contra tu genio, ¡y convirtiendo sus caprichos en ley, te persigue en todos sentidos por tu manto real! Tu mismo hijo... ¡Ah! ¡Dios mío! Todo me odia, todo me abomina. Tengo enemigos poseídos de un rencor implacable, que me persiguen en la tierra y quizás fuera de ella. ¡Hasta el fondo de la

tumba! ¡Vamos! Puede que volvamos á ver mejores días. ¡Mejores días! ¿Qué digo? Desde hace quince años mi suerte marcha como un prodigio. ¿Qué deseo he tenido que no haya visto realizado? Los pueblos se han doblegado bajo mi yugo; para ser rey mañana bastará que diga una palabra. ¿Acaso soñé algo más durante mi delirio? Juez, reformador, potentado, conquistador, ¿no tengo también mi felicidad? Si, ¡hermoso resultado es hacer aquí de arquero que vigila y á quien se paga! ¡Cuánta pompa fuera! ¡Dentro cuánta llaga!

(Nueva pausa.)

¡La noche está helada! Pronto serán las doce, hora en que de sus ataúdes huyen los espectros, enseñando á los verdugos su mano con sangre enrojecida, la herida incurable cada vez mayor, y alguna mancha horrible del sudario destacada. Pero ¿qué estoy soñando? ¡Lo que es estar solo! ¿Soy acaso algún niño? ¡Oh! ¡Cómo quisiera serlo! Con estas visiones que ha evocado, ese judío maldito me deja un recuerdo espantoso. Me ha trastornado; tiemblo... ¡Hace tanto frío! ¿Si, para neutralizar sus sacrílegos discursos, repitiese el versículo contra los sortilegios...?

(La campana de la atalaya toca lentamente las doce. Estremeciéndose.)

Pero ¿qué ruido?... ¡La campana de la atalaya! ¡Es el momento esperado!

(Escucha.)

Jamás la había oído á esta hora. ¡Es como el toque de agonía, como una voz que llora!

(Se detiene y sigue escuchando.)

¡Es el mismo que señaló la última hora de un mártir!

(Después de las últimas campanadas del reloj.)

¡Las doce! ¡Y estoy solo! ¿Y si invocase á los santos?...

(Ruido de pasos detrás de los árboles.)

¡Ya puedo estar tranquilo; ahí están mis asesinos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA TERCERA

Los mismos, LORD ORMOND, LORD DROGHEDA, LORD ROSEBERRY, LORD CLIFFORD, EL DOCTOR JENKINS, SEDLEY, SIR PETERS DOWNIE, SIR WILLIAM MURRAY.

(Los caballeros entran sin ruido; LORD ORMOND y LORD ROSEBERRY marchan á la cabeza. Grandes sombreros de ala caída, anchas capas negras levantadas por largas espadas. Hablan entre sí en voz baja. CROMWELL lleva el mosquete al hombro y se coloca debajo de la ojiva del portillo.)

LORD ROSEBERRY, á los otros

Aquí es.

LORD ORMOND

Sí, reconozco el lugar.
(Enseñando el portillo cuya sombra oculta á CROMWELL.)
Por ahí entraba, en otro tiempo, la caza del rey.

CROMWELL, con el mosquete al hombro, aparte

Ellos son. ¡Por fin tengo á quién hablar!

SIR PETERS DOWNIE, á LORD ORMOND

Wilmot debía esperarnos aquí.

CROMWELL, aparte, encogiéndose de hombros

¡Es muy listo!

LORD DROGHEDA, á DOWNIE

¿Acaso puede hacerlo? ¿No tiene que cumplir los deberes de su cargo? ¿Te parece que su cuello se mueve en un collar muy ancho?

CROMWELL, aparte

¡Asesinos! Todos pronto le tendréis igual, y la horca de Amán no es demasiado alta para vosotros.

LORD ORMOND, á los caballeros

Luego hubiera comprometido el buen éxito de la conspiración; ya que lo retienen, me felicito de ello.

CROMWELL, aparte

Yo también.

LORD ORMOND

Siempre tiemblo con Wilmot; pero vamos á concluir.

CROMWELL, aparte

¡Concluir! Esa es la palabra.

LORD ORMOND, á los caballeros

Ved hasta donde llega la locura de Rochester. El

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viejo Noll tiene, según dicen, una hija muy hermosa; y Wilmot se ha enamorado de ella, cosa que no me interesa.

CROMWELL, aparte

¡Insolente!

LORD ORMOND, continuando

Escribió para ella un madrigal. ¡Un Wilmot convertirse en rimador! Pero, hay más aún, pues olvidando lo que se debe á mi edad y á mi rango, ¿no se empeñó en leerme sus versos? Recibí aquella afrenta como lo requería mi dignidad, y sin embargo, hace poco, mientras aguardaba, de su parte me entregaron una carta que me dijeron ser importante. ¡La abro impaciente, y hallo dentro la cuarteta, celebrando las gracias de la pequeña de Cromwell!

CROMWELL, aparte

¡Mi Francisca! ¡En mi presencia hablar de ella en esa forma!

LORD ROSEBERRY, riendo, á LORD ORMOND

¡La persecución, milord, me parece excesiva!

SIR PETERS DOWNIE, riendo

¡Hacer leer sus versos casi de orden del rey! ¡Es ser demasiado poeta!

LORD ORMOND

Pues bien, atendedme. Después de esos versos, sellados con gran prudencia, recibí de Wilmot un segundo mensaje; el aviso que nos ha traído aquí en este momento, y venía en un pergamino abierto, atado con una cinta color de rosa.

TODOS LOS CABALLEROS

¿De veras?

LORD ORMOND

Ved cuánto nos expone ese loco.

LORD CLIFFORD

¡Es espantoso! ¡Si le parecen bonitos esos juegos!

LORD ORMOND

Es verdad que el mensaje fué confiado á Willis. Pero pudo haber caído en manos desleales...

LORD ROSEBERRY

Y hubiéramos tenido que huir á escape.

EL DOCTOR JENKINS

¡Sobre qué apoyos tan inseguros descansan á veces las cosas! ¡Me estremezco pensando cuántas cosas puede equilibrar la suerte en la cabeza de un loco! ¡Cuando cambia el menor viento, cuando vibra el menor ruido, el espantable edificio se hunde, y, así, en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

la obscuridad de la noche, se desvanece un trono, un pueblo, un mundo!

SEDLEY

Me parece también que nos falta Davenant.

LORD ORMOND

¡Davenant! ¡Un poeta, un pedante, un saltimbanquis! Se oculta. ¡Contad con tales groseros y mal educados!

DOWNIE

Á propósito, nuestro amigo Ricardo, hijo del intruso, está en la cárcel. Señores, ¿lo sabéis? Un pérfido...

LORD DROGHEDA

¡Sí, el pobre Ricardo!

CROMWELL, aparte

¡Ese pobre parricida!

LORD ROSEBERRY

¡Es un buen vividor!

CROMWELL, aparte

¿Sí?

SEDLEY, á ROSEBERRY

Creo que su padre supo que esta madrugada bebió á la salud del rey.

(ROSEBERRY contesta con un signo afirmativo.)

CROMWELL, aparte

¡Traidor!

LORD ORMOND, á los caballeros

Hablando perdemos el tiempo. ¿Empecemos?

CROMWELL, aparte

Á mi vista se desarrolla su conspiración. Á todas esas ratas de Egipto, á ese partido real, como en una ratonera, hay que entrarlo en White-Hall. Rochester es el cebo, y Cromwell es la trampa que se cierra bruscamente para que nadie escape.

LORD ORMOND, bajo á los caballeros

Hablemos al soldado.

(Alto, acercándose á CROMWELL.)

¡Hola!

CROMWELL, presentando el mosquete

¿Quién va?

LORD ORMOND, bajo á CROMWELL

Hermano, ¡Colonia!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL, aparte

¡Ah! ¡No tengo la contraseña! ¿Qué hacer?

LORD ORMOND

¡Colonia!

CROMWELL, aparte

¿Qué contestar?

(LORD ORMOND, sorprendido por el silencio del centinela, retrocede con desconfianza.)

LORD ROSEBERRY, á LORD ORMOND

¿Qué ocurre?

LORD ORMOND, enseñándole á CROMWELL

Se calla.

LORD ROSEBERRY

¿Y si Cromwell tuviese noticia de nuestra conjuración y hubiese hecho cambiar la guardia?

LORD ORMOND, los caballeros inquietos se agrupan á su alrededor

En cuanto se lanza uno en semejantes proyectos, retroceder es una derrota segura. Es preciso; adelantemos.

(Vuelve á acercarse á CROMWELL.)

CROMWELL, aparte

El dar facilidades fuera crear sospechas.

(Á ORMOND que se encamina hacia él.)

¿Quién está ahí?

LORD ORMOND

¡Colonia!

CROMWELL, aparte

¡Ah! ¿Cómo engañarlos? Sin esa contraseña, ¿cómo cogerlos en la celada?

LORD ORMOND, bajo á los caballeros que se han retirado á un extremo del teatro

¡Continúa el mismo silencio!

LORD CLIFFORD, bajo y vivamente

Pues bien, ¡matemos al centinela!

JENKINS, bajo á CLIFFORD

¡Cómo! ¿Enviar un alma á Dios sin que se la permita decir una oración?

LORD CLIFFORD, bajo á JENKINS

¿Qué importa?

LORD ORMOND, bajo á CLIFFORD

¡Pero herir á un hombre por la espalda!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
UANL

LORD CLIFFORD, bajo á ORMOND

Hay que pasar, milord. Lo siento por él.

TODOS, bajo á ORMOND

Sí. ¡Matemos al soldado!

JENKINS, bajo á los caballeros

¡Manchado con el pecado, enviarlo así á su juez!

TODOS, bajo á JENKINS

Es preciso. ¡Sí, que muera!

CROMWELL, aparte

¿Qué están diciendo?

(Los caballeros desenvainan los puñales y se adelantan hacia CROMWELL. SIR WILLIAM MURRAY los detiene.)

SIR WILLIAM MURRAY

Salvo mejor opinión, no tenéis razón. Ese hombre es de los nuestros, no cabe duda; de otro modo, viéndonos agrupados ante esta pared, hace ya tiempo que hubiera pedido refuerzos. Es probable, señores, que un poco de oro acabará de desarmarlo. Aquí sólo peligran nuestros doblones; calla, es que quiere algunos más. Si no atiende á vuestro santo y seña, es que posee el espíritu de rapiña de los puritanos. Debemos preferir pagar un nuevo salvoconducto que matarlo, porque esto haría mucho ruido.

LORD ROSEBERRY

Sir William tiene razón. El groserote, además, no dejaría de gritar que le mataban.

LORD CLIFFORD, suspirando

Está bien. Dejémonos desollar.

SIR PETERS DOWNIE

Por desgracia, no estamos bien de fondos.

SEDLEY

¡Ese Cromwell es ladrón! ¡Confiscar nuestro barco como contrabando! ¡Y en el trono inglés se sienta ese capitán de bandidos!

LORD ORMOND

El viejo cercenador de escudos, el rabino Manassés, me ha prestado algún dinero, pero ya está agotado. Esperad, he recibido una bolsa de Wilmot...

(Registra su corpiño.)

Aquí está precisamente.

(Saca una bolsa que enseña á los caballeros.)

LORD ROSEBERRY

¡Excelente recurso!

LORD CLIFFORD, señalando á CROMWELL

¡Pagar en buenos escudos una cuenta á ese hipó-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

crita soplón, cuando se la podría saldar con una puñalada! ¡Es duro!

LORD ORMOND, entregando la bolsa á SIR WILLIAM MURRAY

William Murray, encargaos de tratar. De esos santos, mejor que nosotros, conocéis el temperamento.

SIR WILLIAM MURRAY, cogiendo la bolsa

Estad tranquilo.

CROMWELL, viendo que SIR WILLIAM se adelanta; aparte

Vamos, han celebrado consejo. Por una nonada, por una palabra, ¡qué dificultad! Ellos quieren entrar y yo deseo introducirlos. Deberíamos entendernos.

SIR WILLIAM MURRAY, aparte

Hay que hacer la cosa con habilidad.

CROMWELL, á SIR WILLIAM, que se le acerca

¿Quién va?

SIR WILLIAM MURRAY

Hermano, un santo.

CROMWELL, aparte

¡Hipócrita!

SIR WILLIAM MURRAY

¡Bendito sea el acero que os ciñe!

CROMWELL, aparte

¡Es un placer verse uno bendecido por los realistas!

SIR WILLIAM MURRAY, aparte

Hay que hablarles en su lengua á estos evangelistas. (Alto á CROMWELL.)
Hermano. Sión tenia arqueros en su torre, que velaban, llamándose de día y de noche. Sois como ellos.

CROMWELL

Gracias.

SIR WILLIAM MURRAY

La noche es fresca.

CROMWELL

Sí.

SIR WILLIAM MURRAY

El pájaro duerme en el nido y el buey en su establo. Todo duerme; sólo vos veláis.

CROMWELL

Se cumple mi destino.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIR WILLIAM MURRAY

Fuera mejor para vos descansar en un buen lecho.

CROMWELL, aparte

Para ti, más bien.

SIR WILLIAM MURRAY

En pie sobre las heladas losas, solo, con un pesado mosquete al hombro, veláis; mientras vuestro jefe, Cromwell, duerme profundamente.

CROMWELL

¿Lo crees? No es posible; Cromwell no duerme cuando yo velo.

SIR WILLIAM MURRAY

¡Con qué engañosos discursos se apodera de vuestro ánimo!

CROMWELL

¿Crees, pues, que duerme?

SIR WILLIAM MURRAY

Estoy seguro de ello. A vos es á quien debe esa calma feliz y ese sueño tan dulce. Él disfruta de todo el placer y os deja la pena.

CROMWELL

En el fondo no obra bien.

SIR WILLIAM MURRAY, aparte

Nuestro negocio es seguro, pues está descontento.

(Alto.)

Y después de tanto sacrificio, ¿acaso sabe Cromwell ni siquiera vuestro nombre?

CROMWELL

Debe saberlo.

SIR WILLIAM MURRAY, encogiéndose de hombros

¡Vaya, vaya, qué cándido sois!

CROMWELL, aparte

Y él ¡qué bribón es!

SIR WILLIAM MURRAY

Desde su trono espléndido, ¿habia Oliverio de hacer bajar una mirada hasta vos? No, querido; ni aun conoce vuestro nombre. ¡Es seguro!

CROMWELL, aparte

Está seguro de todo, menos de conservar mañana su cabeza. Cualquiera diría que me ha hecho.

SIR WILLIAM MURRAY

Me parecéis honrado; pero queréis saber las cosas mejor que yo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL

Hago mal.

SIR WILLIAM MURRAY

Envejecí en la corte del difunto rey.

CROMWELL, aparte

¡Imbécil! Se olvida de su papel y al puritano mézclase el caballero.

SIR WILLIAM MURRAY

Querido, todas las cortes son iguales en el fondo. Apuesto á que lo ignoráis también.

CROMWELL, aparte

¡Es profundo!

SIR WILLIAM MURRAY

¿Consagráis vuestra vida á Cromwell?

CROMWELL

Sin duda.

SIR WILLIAM MURRAY

Pues bien, derramad por él vuestra sangre gota por gota, que le importará tanto como el agua que corre bajo esos puentes.

CROMWELL

¡Ah! Creo que algo más se interesaría por mí.

SIR WILLIAM MURRAY, riendo

¡Qué bueno sois! ¿Qué le importa en su esfera que estéis vivo ó que estéis muerto?

CROMWELL

¿Qué sabes tú de eso?

SIR WILLIAM MURRAY

¿Es que vuestra vida tiene algo que ver con su suerte? ¿En qué?

CROMWELL, aparte

Por tu desgracia, sí, ¡más de lo que crees!

SIR WILLIAM MURRAY

¿No esperáis de él premios y recompensas? ¿No fuera ya tiempo de que os los otorgase? ¡Es escandaloso que sólo seáis soldado! Y, sin embargo, siempre estáis cerca de él.

CROMWELL

Siempre.

SIR WILLIAM MURRAY

¿Habéis tomado parte en todas sus guerras?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

CROMWELL

Sí.

SIR WILLIAM MURRAY

¡Cuántos son sargentos que no valen lo que vos!

CROMWELL, aparte

Para cautivar mi corazón es ese un buen paso. (Alto.)
¡Adulador!

SIR WILLIAM MURRAY

No. ¡Trataros con altanería! ¿Acaso se tiene por uno de esos grandes capitanes...?

CROMWELL, aparte

¡Impertinente!

SIR WILLIAM MURRAY

Veamos; para tener palacios, carrozas, guardias y lacayos, ¿ha hecho algo ese Cromwell? Es un soldado como vos.

CROMWELL

Nada más.

SIR WILLIAM MURRAY, aparte

Nuestra causa está ganada. (Alto.)
Creedlo, no es más que vos.

CROMWELL

Es exacto.

SIR WILLIAM MURRAY

Entonces ¿por qué serviros de rodillas?

CROMWELL

No le sirvo.

SIR WILLIAM MURRAY, aparte

¡Muy bien se coge entre mis lazos! (Alto.)
¿Por qué no tendréis como él ese puesto?

CROMWELL

En verdad, no se notaría el cambio.

SIR WILLIAM MURRAY

¡Ni lo más mínimo! ¡Un soldado por un soldado! ¿Cómo podéis llenar ese deber que me asusta? Para un trabajo tan duro, ¿cuál es vuestra paga?

CROMWELL

No se me paga.

SIR WILLIAM MURRAY

¿No se os paga? Ved, pues. ¡Dejar así abandonado á un viejo soldado! Os compadezco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL, aparte

¡Me compadece!

SIR WILLIAM MURRAY, aparte

¡Tenerle sin salario! ¡Cromwell es un tirano!

CROMWELL, aparte

Ya estamos.

SIR WILLIAM MURRAY

¡La cólera me ahoga!

CROMWELL, aparte

Es conmovedor.

SIR WILLIAM MURRAY, cogiéndole la mano

Quiero aliviaros. Y, oidme, quizás también vengaros.

CROMWELL

¿Vengarme?

SIR WILLIAM MURRAY

De Cromwell.

CROMWELL

¿De Cromwell?

SIR WILLIAM MURRAY, acercándose á su oído

Abridnos el portillo, dejad que hiera Holofernes á Judit.

CROMWELL

Es decir, que Judit hiera á Holofernes; citáis la Biblia al revés.

SIR WILLIAM MURRAY

Decís bien.

CROMWELL

¡Pero para una Judit es muy negra vuestra barba!

SIR WILLIAM MURRAY, aparte

¿Por qué diablo he ido á recordar esa historia? Judit es una mujer, en realidad. Pero no importa.

(Alto.)

Amigo, déjanos llegar hasta Cromvell, que duerme; serás recompensado.

CROMWELL

¿Lo crees?

SIR WILLIAM MURRAY

¿Qué te importa que cinco ó seis personas pasen por esa puerta? La fortuna, querido, en este momento te llega, por decirlo así, durmiendo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

CROMWELL

¿Durmiendo?

SIR WILLIAM MURRAY, presentándole una bolsa

Toma esto á cuenta. Aquí no tienes más trabajo que contestar WHITE-HALL á quien te diga COLONIA.

CROMWELL, aparte

La palabra es WHITE-HALL.

SIR WILLIAM MURRAY

Toma este dinero, porque nosotros pagamos.

CROMWELL, aparte

Y yo pago también.

(Alto á MURRAY, cogiendo la bolsa.)

Gracias, amigo, es una deuda que contraigo.

SIR WILLIAM MURRAY

Vigilarás aquí por nosotros durante el entreacto.

CROMWELL

Vigilaré.

SIR WILLIAM MURRAY

Muy bien.

(Alargándole la mano.)

Toca ahí, ¡voto al cielo!; es un valiente.

CROMWELL

A propósito, dime: cuando tendréis á Cromwell, ¿qué haréis de él?

SIR WILLIAM MURRAY

Pero primero,—supongo, sí,—que lo mataremos. Nada más.

CROMWELL

Poca cosa.

SIR WILLIAM MURRAY

Nos contentaremos de una rápida y dulce muerte. Ninguno de nosotros es cruel.

CROMWELL, aparte

Tampoco lo seré yo más que vosotros.

SIR WILLIAM MURRAY

¿Asunto concluído?

CROMWELL

Tú lo dices.

SIR WILLIAM MURRAY, á los caballeros que le esperan en el ángulo del teatro

Venid pronto. Se entra en el santuario pagando al levita; ya lo sabía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

LORD ORMOND á SIR WILLIAM MURRAY

¿Está ya convenido?

SIR WILLIAM MURRAY

Sí.

LORD ORMOND, á los caballeros

Marchemos.

(Los caballeros se colocan de dos en dos y se adelantan hacia CROMWELL, quien presenta su mosquete.)

CROMWELL

¿Quién va?

LORD ORMOND

COLONIA.

CROMWELL

WHITE-HALL. Pasad.

LORD ORMOND, aparte

¡Bueno!

CROMWELL, mirando á los caballeros que entran bajo el portillo

Eso es.

LORD ORMOND, bajo á SIR WILLIAM MURRAY

Murray, permaneced aquí para vigilar á ese hombre.

(A CROMWELL.)

Hermano, ¿dónde encontraremos á Cromwell?

CROMWELL

En la sala llamada *Cámara pintada*.

LORD ORMOND, á CROMWELL

Aunque vuestros pasos están disimulados por la noche, no dejéis de velar bien.

CROMWELL

Estad tranquilo. Podéis ir.

LORD ORMOND, con alegría

¡Al fin! Voy á lograr mi propósito, y mis años van á verse coronados por un triunfo completo. ¡Tengo á Cromwell! Voy á cogerlo bajo el dosel. Esta es la ocasión que pedí al cielo. ¡Cromwell duerme en mi mano, el cielo me lo entrega!

CROMWELL, aparte, siguiéndole con la vista

Lo que se pide al cielo, á veces lo da el infierno.

(ORMOND va al portillo por donde han entrado ya todos los caballeros, excepto SIR WILLIAM MURRAY.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

ESCENA CUARTA

CROMWELL; SIR WILLIAM MURRAY; LOS CUATRO BUFONES, continuarán en su escondite

CROMWELL, mirando al portillo por donde entraron los caballeros

¡Ya están!

SIR WILLIAM MURRAY, frotándose las manos

¡Al fin hemos llegado! Ese gran Cromwell, sin igual en el mundo; ese famoso general; ese profundo político, para quien entona Europa un cántico eterno; ese amo; ese héroe, para el cual considera el mundo ligero el cetro y estrecho el trono, se deja coger, por fin, como un pájaro sin alas, por ocho locos, que entre todos no tienen dos cerebros, ya que yo soy el único que lo tiene bueno. Sin mí, nada se hacía. Cromwell, un vagabundo, un pequeño aventurero, que casi no es hidalgo, ¡vaya!, ¡reinar sobre los reyes como un César de Roma! ¡Qué lección, sin embargo, damos á esos reyes! El que por su poder humillaba todos sus derechos, ¡sorprendido en su palacio por nosotros! ¡Ignominia! ¡Y hace quince años que se le tiene por un genio!

(Volviéndose hacia CROMWELL, que le escucha impasible.)

¿Lo concebís, querido, por qué ganó no sé qué combates?

CROMWELL, aparte

En los que no estuviste.

SIR WILLIAM MURRAY, prosiguiendo

Porque con palabras, sermones y muecas, sabe agradar á las muchedumbres y agitar á las masas, el mundo se prosterna, en vez de darle una grita: ¡Si es un rústico; no sabe ni saludar!

CROMWELL, aparte

Podrá ser que no lo sepa; pero lo enseña á los demás.

SIR WILLIAM MURRAY

Es exacto. Sus modales casi se parecen á los vuestros.

CROMWELL

¿Casi?

SIR WILLIAM MURRAY

Para un soldado tenéis las maneras que conviene; pero vuestra ambición, al fin, no pasa de ahí. Tenéis tanta gracia como un soldado suizo, para dar bien una carga y hacer el ejercicio.

CROMWELL

Es demasiada bondad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIR WILLIAM MURRAY

No; cada hombre tiene su oficio. No pretenderíais, ante un pueblo entero, tomar aire de cortesano y erguiros hasta el trono; la tela de Cromwell se mide con vuestra vara. Juzgad cuán ridículo era Noll haciéndose ver en el estrado real. Su fortuna es un gran despilfarro de la suerte. ¡Ayer en la audiencia se le veía tan torpe!...

CROMWELL

¿De modo que tú también asistías?

SIR WILLIAM MURRAY

No me tuteéis, amigo. No podemos marchar parejos. Soy un gran señor de Escocia. Un hombre como vos corre delante de mi carroza. ¿Sabéis que ostento un lobo en mi cimera? Tenía, además, querido, en tiempo del difunto Jacobo I, el honor de ser azotado en vez del príncipe de Gales.

CROMWELL

Sí, señor; nuestra condición no es igual.

SIR WILLIAM MURRAY

¡Felizmente!

CROMWELL

Volvamos á lo que decíamos. ¿De manera que ibais alguna vez á casa de ese Cromwell, objeto de vuestra burla?

SIR WILLIAM MURRAY

Para hacer algo. No es posible luchar siempre, como Montrose.

CROMWELL

Sí; al tirano pediais algún empleo mientras llegaba el momento de venderlo por el rey.

SIR WILLIAM MURRAY

¡Con qué crudeza hablas!

CROMWELL

Desconozco el lenguaje bello y urbano.

SIR WILLIAM MURRAY, aparte

¡Mamarracho!

CROMWELL

Apuesto á que Cromwell os recibió mal; rehusó..

SIR WILLIAM MURRAY

¡Él! ¡Nada de eso!

CROMWELL, aparte

¡Cómo miente!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

SIR WILLIAM MURRAY

Al contrario, para mí el oso se hizo amable. Comprendió la honra que me dignaba concederle, y me dejó la elección entre las gracias que otorga.

CROMWELL, aparte

La elección entre la puerta ó la ventana, sí.

(Alto.)

Entonces, ¿por qué os volvéis en contra suya?

SIR WILLIAM MURRAY

He reflexionado. ¿Cómo servir á un insigne rústico que reina como un sargento que dice una consigna? ¡Pesadote zopenco que quiere sonreir y os enseña los dientes, devolviendo un saludo con las rodillas para dentro!

CROMWELL

Lo comprendo.

SIR WILLIAM MURRAY

Luego supe que su caída estaba preparada.

CROMWELL

¿Y el derecho de los Estuardos os volvió á la cabeza?

SIR WILLIAM MURRAY

Sí, el derecho de los Estuardos y la rusticidad de

Cromwell; empujado por mis amigos, y estando seguro del buen éxito contra semejante triste personaje, entré en la conjuración.

CROMWELL

Me adhiero á vuestras razones.

SIR WILLIAM MURRAY

¡Lo comprendéis, querido! Ahí están los principios. Guillermo el Normando en otro tiempo los violó; pero todo lo arregló con un precoz casamiento entre su hijo, Enrique I, con Maude de Escocia. Los Estuardos son descendientes de aquéllos y de los Atheling; de donde veis el linaje que continúa hasta Carlos II, nacido de la doble raza, que une en su persona los derechos de la normanda y también de la sajona.

CROMWELL

Es claro.

(Aparte.)

No comprendo bien su hermoso raciocinio.

SIR WILLIAM MURRAY

Sed vos el juez.

CROMWELL, aparte

Pues elige bien, en verdad.

SIR WILLIAM MURRAY

De nuestro joven rey el derecho es manifiesto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL

Sin duda.

SIR WILLIAM MURRAY

Y, sin embargo, un Cromwell lo niega. ¿No es inaudito que ese pavo-gavilán por el nido del águila deje su corral? ¡Si tuviese talento, bueno! Pero, lo repito, es un Jericó que se viene abajo sin trompetas.

CROMWELL, aparte

¡Buena comparación!

SIR WILLIAM MURRAY

Su destino como rey parece ir adelante; pero es un fantasma vano que se cae al tocarlo.

CROMWELL, con ironía

¡Ídolo con cabeza de oro y pies de cera!

SIR WILLIAM MURRAY

Siempre creí que es un pobre ser. A mí no me engañan las reputaciones. Yo había juzgado á Cromwell. ¡Y ese quiere ser rey! ¿En qué tiempos vivimos? ¡Ni siquiera sabe deshacer una conjuración, prever una estratagema! Vos tenéis un juicio cien veces más agudo que el tonto á quien en este instante sorprenden en su lecho.

CROMWELL, aparte

¡Si supiese este imbécil hasta qué punto acierta!

SIR WILLIAM MURRAY

¿Acaso se figura que es fácil reinar? ¡Él rey! Ni aun cortesano le haría yo.

CROMWELL

Tendríais mucha razón.

SIR WILLIAM MURRAY

Convengamos en que quizás tiene talento para hacer buena cerveza. Puede ostentar bacinete y pernera, cuando más. Su nobleza es de pueblo, y su nombre no vale el nombre de su Milton.

CROMWELL, aparte

¡Insolente!

SIR WILLIAM MURRAY

En vez de ser un cervecero de fama, se empeña en ser un grande hombre, en echárselas de tirano y remedar á los héroes. ¡Qué divertidos son esos hidalguillos! Aprendió á refrenar al pueblo, á domar á la hidra, á gobernar al mundo, fabricando cidra.

CROMWELL, aparte

¡Necio!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

SIR WILLIAM MURRAY

¡Y porque le favoreció la casualidad, se juzga un Capeto, un Moisés, un César! Lo que me confunde es que un Warwick descienda hasta tratar como á primo á ese rey de contrabando.

CROMWELL, aparte

¡Camaleón que aun ayer se arrastraba ante mí!

SIR WILLIAM MURRAY, como herido por una idea súbita

¡Hasta yo mismo me vuelvo algo simple!

CROMWELL

¿Qué?

SIR WILLIAM MURRAY

Mientras que nuestros halcones cogen arriba su presa, me dejan aquí para que si se conceden recompensas, como es probable, sólo las haya para ellos.

CROMWELL, aparte

¡Miserable estafador!

SIR WILLIAM MURRAY

¿Me reservarán acaso la porción congrua? ¡Vaya! ¿Yo, viejo gavilán, tener que montar la guardia? ¡No! Quiero merecer también los dones del rey.

CROMWELL

No se os olvidará, creedme.

SIR WILLIAM MURRAY

Quiero, como ellos, poner la mano sobre el viejo diablo.

CROMWELL, aparte

¡Ve, pues!

SIR WILLIAM MURRAY, estrechándole la mano

Nos prestas un servicio inapreciable. Pero cuando se pagará la deuda general, no te olvidaré; ¡serás cabo!

(Sale.)

CROMWELL, solo, encogiéndose de hombros

¡Ve, busca! ¡Un enano de corte medirme por su regla! ¡Ganso que hace la rueda, mofarse del vuelo del águila!

(Entra MANASSÉS, caminando con precaución y llevando una linterna sorda en la mano.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

ESCENA QUINTA

CROMWELL y MANASSÉS

MANASSÉS, sin ver á CROMWELL

Puritanos, caballeros, Cromwell, Carlos II, todos cristianos.

CROMWELL, viendo á MANASSÉS, sobre quien se proyecta un rayo de su linterna

¡Dios mío, es el hediondo judío! ¿Qué viene á hacer aquí? ¿Sale de alguna tumba?

MANASSÉS, sin ver á CROMWELL que le escucha

De ambos partidos rivales poco importa que sucumba uno ú otro. Siempre correrá sangre cristiana á mares; por lo menos así lo espero; eso tienen de bueno las conjuraciones. Que Ormond mate á Oliverio ó que Oliverio le engañe, aquí es donde se desatará el destino de los dos. Yo quiero ver lo que ocurre. Todo amenaza á Cromwell.

CROMWELL, aparte

¡Traidor!

MANASSÉS, prosiguiendo y mirando hacia el cielo

Todo, excepto las estrellas del cielo. Se aproxima su muerte, según parece, y su planeta brilla, sin embargo, aun en el cenit puro y limpio. Por más que combino las líneas de su mano, no veo peligro real hasta mañana.

CROMWELL, aparte

¡Hasta mañana! ¿Qué dice? Esos malditos astrólogos son charlatanes hasta en sus mismos monólogos.

MANASSÉS, prosiguiendo

¿Qué importa? Es preciso que Ormond ó Cromwell sean destruídos. Van á degollarse.

(Mirando al cielo estrellado.)

¡Qué hermosa noche!

CROMWELL, aparte

Después del cortesano hablador, ¡este judío impío! Es el inmundo cuervo reemplazando á la garza. Acude sin piedad, sin asco, sin remordimientos, para pedir al combate su pasto de muertos.

MANASSÉS, mirando al cielo con su anteojo

Mientras espero que lleguen aquí los conjurados, estudiemos un poco las curvas que describen los satélites de He en la órbita de Tau. Llamemos en el umbral del templo con el martillo santo.

(Aplica la vista al anteojo y se para.)

¡Prestar al doce por ciento! En este momento de re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

vueltas, hubiera podido, sobre Ormond, ganar el doble.

CROMWELL, aparte

¡Espía de Cromwell, banquero de los caballeros!

MANASSÉS, mirando al cielo con el anteojo

La línea se encorva como un cuerno de carnero... Pero tengo los carolus enviados de Colonia; buenos carolus; hasta cuando se les cercena ganan... Entonces el eclipse tendría lugar en ese caso... Once sobre los dollares y nueve en los ducados. Sí, á Cromwell y á Ormond los engaño á la vez.

(En ese instante se oye el grito lejano del centinela:)

¡Centinela alerta!

CROMWELL, con impaciencia, aparte

¡Interrumpirme en este momento! Su grito no asusta más que á los buhos. Sin embargo, contestemos:

(Alto.)

¡Alerta está!

(Al oír la voz se vuelve el judío con sobresalto.)

MANASSÉS, aparte

¡Jacob! ¡Si no había visto al centinela! ¡Con un velo espeso la edad ha cubierto mi pupila!

(La voz de otro centinela lejano vuelve á repetir:)

¡Centinela alerta!

MANASSÉS, acercándose á CROMWELL con respeto

Buenas noches, señor soldado.

CROMWELL, aparte

¡Lástima que ese grito le haya intimidado! ¡Cómo iba demostrándose tal cual es! (Alto.)
¡Buenas noches, judío!

MANASSÉS, saludando de nuevo

¿Estáis puesto aquí por lord Ormond?

CROMWELL

Hijo de los profetas, ¿por qué necesitas que se te conteste? Sí.

MANASSÉS

Me regocija el pensar en nuestro triunfo. Por fin cae Cromwell, y yo os felicito.

CROMWELL

Gracias.

MANASSÉS, saludando

Resucita el poder de los antiguos reyes. ¡Qué dicha para vosotros!

CROMWELL

¡Ah!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

MANASSÉS

Os doy la enhorabuena; sin duda esperáis un buen ascenso.

CROMWELL

Sí, quieren nombrarme cabo.

MANASSÉS

¡Es un buen grado! ¡Seréis cabo, está bien, compañero! Un cabo manda á cuatro hombres, ¡es magnífico!, y lleva galones.

CROMWELL

¡Es encantador!

MANASSÉS

Me complace que, con la alegría general, la caída de Cromwell sea vuestra fortuna, señor soldado.

CROMWELL, aparte

¡Pérfido!

MANASSÉS

¡Al fin, Cromwell maldecido, vas á expiar tu edicto contra los judíos! ¡Fanático, hipócrita, avaro!

(Dirigiéndose á CROMWELL.)

¡Qué vergüenza! Ese protector, ese rey, examinaba las cuentas. ¡Ah! ¡No me habléis de burgueses coronados! En un círculo ínfimo sus espíritus están limitados. Nada de festines brillantes, ni de juegos, ni fiestas. ¡Jamás se hacen empréstitos! ¡Vaya un comercio que se hace! Si embargáis un barco sueco, os registran los bolsillos y os miran hasta los dedos; y por todos los peligros que representaba la empresa, apenas si os dejan las tres cuartas partes de la presa.

CROMWELL

¡Pero eso es desollaros!

MANASSÉS

Exactamente. ¡Reyes mezquinos! ¡Hasta saben distinguir entre besantes y cequíes!

CROMWELL

¡Es horrible!

MANASSÉS

¡Ese Cromwell! ¿Pues no me multó una vez porque, prestando á no sé qué tasa, en una operación doble coloqué honradamente mis pobres capitales?

CROMWELL

Es deplorable.

MANASSÉS

Señor, ¡eso es matar la industria! ¿En qué cosas se mezclaba ese tirano? Decid: ¿Con qué derecho cerraba, para complacer á sus devotos, los teatros, los juegos, conciertos, bailes y carreras de caballos, don-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de entregados al placer que en esos sitios existe, se arruinaban alegremente los mayorazgos de las familias? ¿No es ilegal privarles de ese derecho? Huraño, rencoroso, feroz, económico, frugal ¡es un monstruo! Por vosotros, Inglaterra podrá respirar. ¡Vuestro generoso brazo la libra del peor tirano que jamás inventó el infierno! Lo que os acabo de decir no es para adularos.

CROMWELL

De ello estoy convencido.

MANASSÉS encogiéndose de hombros y mirando á CROMWELL por debajo, aparte

Estas máquinas de guerra se dejan conquistar el corazón con el incienso más vulgar.

CROMWELL, aparte

¡Cuántas caretas ocultaba ese rostro odioso! Hagamos que caigan todas sucesivamente ante mi vista.

(Alto.)

A propósito, judío, dime la buenaventura.

MANASSÉS, inclinándose

Os mostraré aquí vuestra futura grandeza. Pero, señor cabo, es para mí demasiado honor.

(Aparte.)

¡Un bribón de soldado!

(Alto.)

Os encaminái á la dicha.

(Aparte.)

¡Es mirar una vela con un telescopio!

(Alto.)

Vamos, dulce señor, voy á echar vuestro horóscopo. Es lo que llamamos en un latín culto, hacer una experiencia *in anima vili*.

(Aparte.)

En latín puede uno reirse en las barbas de este ignorante.

(Alto.)

Entregadme vuestra mano. Es preciso que os narre... Ese infame Cromwell...

(Examinando á la luz de su linterna la mano que le presenta CROMWELL.)

¡Qué mano! ¡Soy muerto!

(Cae prosternado á los pies de CROMWELL.)

CROMWELL, sonriendo

Pero ¿qué haces, judío? ¿Qué diablo te ha mordido?

MANASSÉS, tocando el suelo con la frente

¡Estoy muerto!

CROMWELL

¿Sabes, pues, quién soy, judío inmundo?

MANASSÉS, con voz apagada

¡Ah! No cabe duda de que es esa mano capaz de contener al mundo. ¡Bien las reconozco esas líneas en que el cielo no inscribió más nombre que el de Cromwell! Vuestro astro no había mentido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

Escucha, anciano. Eres un miserable, y sin duda podría á mi vez, probando en tí este bruñido acero, hacer un experimento *in anima vili*. Pero no aplasto por mí mismo á una lombriz del suelo. ¡Levántate!

(Manassés se levanta. Cromwell le enseña un banco de piedra junto á la puerta.)

Siéntate ahí.

(El judío se sienta, aterrado, en el ángulo obscuro del banco.)

Sobre todo no hables. Si pronuncias una sola palabra, tu alma irá lejos de tu cuerpo á completar tu alfabeto de los muertos.

(El judío inclina la cabeza sobre el pecho. Cromwell vuelve al primer término del teatro mirándole de soslayo.)

¡Ese judío servir á Ormond! ¡La suerte que me lo envía mezcla un pájaro nocturno con esas aves de presa!

(Se pasea, dejando escapar de vez en cuando algunas palabras.)

Á lo que parece, mis crímenes son, pues, saludar mal y contar bien. ¡Pero ni de Carlos I, ni de la Carta inglesa, se oye una palabra!

(Llevando la mano al bolsillo de su casaquilla.)

¿Qué tengo aquí que me molesta y me pesa?

(Saca la bolsa que le entregó Murray.)

¡Ah, es el precio de la sangre! Sí. Había olvidado que, para poder asesinarme, esos señores me pagaron. Veamos si tienen derecho á mi gratitud; contemos; juzguemos su munificencia. La cabeza de Cromwell, ¿cuánto vale? Si no me hubiesen pagado bien, demostrarían poca urbanidad.

(Toma la linterna de manos de Manassés y á su luz examina la bolsa. Retrocede horrorizado después de haberla visto.)

¡Dios mío! ¡El nombre de mi hijo está bordado en esta bolsa! ¡De él procedía, pues, el oro parricida!

(Examinándola de nuevo con atención.)

¡No me engaño, éste es su escudo! ¿Qué prueba falta

ya á su traición? ¡Ah, miserable hijo! ¡Ah, miserable padre! ¡Cómo! ¡No les bastaba tener en su impura cueva, su parte en la conjuración, su parte en los festines, alentando sus empresas, brindar por mi muerte, y era preciso que mi hijo pagase los gastos de la fúnebre fiesta! ¡Les daba su oro para comprar mi cabeza! ¡Y, cómplice sin remordimientos de todos sus placeres, al fin, como un banquete, les pagaba mi muerte!

(Lanza la bolsa al suelo con desprecio.)

¡Sus prodigalidades van hasta el parricidio!

(Entra Ricardo Cromwell, quien busca el camino á tientas en la obscuridad.)

Me parece que alguien viene.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA SEXTA

Los mismos y RICARDO CROMWELL

RICARDO CROMWELL, se adelanta hasta el proscenio

La noche no está clara.

CROMWELL, sin que le vea

¿Cómo es posible? ¡Mi hijo aquí!

RICARDO CROMWELL

¡Al fin estoy libre!

CROMWELL, aparte

Por los bandidos sin duda á quienes me has vendido. Une tus manos fraternales á sus ensangrentadas manos.

RICARDO CROMWELL, sin ver á su padre

¡Lo que es haber pagado bien al centinela!

CROMWELL, aparte

Él lo dice.

RICARDO CROMWELL

¡Estoy libre!

CROMWELL, aparte

¿Por qué precio, infame?

RICARDO CROMWELL

Me cuesta caro; pero tengo odio á la ingratitud.

CROMWELL, aparte

¡Ah! ¡Odias, ser ingrato, con el vil sicario que te deja á tus anchas asesinar á tu padre!

RICARDO CROMWELL

¡Esto es otra calaverada!

CROMWELL, aparte

¡En qué tono tan ligero este Joas disoluto habla de degollarme!

RICARDO CROMWELL

Mi padre duerme, sin embargo.

CROMWELL, aparte

¡Duerme!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

RICARDO CROMWELL

No sabe nada.

CROMWELL, aparte

¡Él está en vela y él quien te escucha!

RICARDO CROMWELL, riendo

¡Cómo voy á sorprenderle!

CROMWELL, aparte

¡Qué risa y qué traición! El infame viene á preguntar aquí: ¿Está hecha la cosa? ¿Por qué no le castigo yo mismo?

RICARDO CROMWELL, riendo

¡Vamos, valor! Cuando mañana no vean al pájaro en la jaula, ¡qué mal rato pasarán los santos!

CROMWELL, aparte

¡Debo acuchillarlo con mi propia mano!

(Saca el puñal y da un paso hacia RICARDO CROMWELL, que se pasea en el primer término del teatro, y detrás de quien se halla. Levanta el puñal para herir y se detiene.)

¡Es mi hijo!

RICARDO CROMWELL

¡Cómo se reirán los caballeros de este enredo!

CROMWELL, aparte

¡Eso es mofarse de mi propia sangre! (Da un paso.) ¿Hiero?

RICARDO CROMWELL

El desenlace es feliz, á fe mía.

CROMWELL, aparte

¡Sí!

RICARDO CROMWELL

Creo que mi padre jamás me habría perdonado; pero de este modo escapo á su cólera.

CROMWELL, aparte

¡No te escaparás, traidor! Debo herir. ¡Que no haya piedad!

(Se adelanta hacia RICARDO, y luego vacila.)

Pero ¡cómo! ¡Mi hijo mayor! En un día de felicidad me lo dió Dios. ¡Es mi sangre lo que este acero va á hallar en sus venas! Siendo niño, ¡cuántos males me ha causado, cuántos cuidados, cuántas penas! ¡Y también cuánta dicha! Cada vez que me veía, de pronto radiante y alegre, alargaba sus bracitos hacia mis paternales manos, todo su cuerpo se estremecía como si hubiese tenido alas. ¡Cuando me sonreía, parecíame que un astro había brillado ante mi vista!

RICARDO CROMWELL

En fin, peor para él. ¡Mi padre es un tirano!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

CROMWELL, aparte

¡Ah! Esta palabra acaba de decidirme, porque se deja de ser hijo cuando se es parricida.

(Camina detrás de su hijo con el puñal levantado.)

¡Muere, traidor!

(Se oye ruido de pasos por el portillo. CROMWELL se detiene y se vuelve.)

Pero ¡qué ruido por esas obscuras escaleras! Es Ormond que regresa con sus caballeros. Sigamos viendo entre sus filas la perfidia de mi hijo; después pondré un desenlace á toda esta tragedia.

(Envaina el puñal. Entran los caballeros espada en mano, llevando con ellos á LORD ROCHESTER dormido, y con un pañuelo que le oculta la cara.)

ESCENA SÉPTIMA

Los mismos, LORD ORMOND, LORD CLIFFORD, LORD DROGHEDA, LORD ROSEBERRY, SIR PETERS DOWNIE, SIR WILLIAM MURRAY, SEDLEY, EL DOCTOR JENKINS, LORD ROCHESTER.

(Al entrar los caballeros, CROMWELL vuelve á su sitio, y RICARDO queda sorprendido.)

RICARDO CROMWELL, sin ser visto por los caballeros

Estas gentes parecen sospechosas. Retirémonos de aquí.

(Se coloca á la izquierda del teatro entre los arbustos.)

SIR WILLIAM MURRAY, á CROMWELL, con aire de triunfo

¡Ese protector ni siquiera tiene un lecho de brocado! Sobre su mesa se acababa una pobre bujía: casi no se veía. Gracias á su letargia, no se movió cuando nos apoderamos de él; le amordazamos sin ruido, y ahí está.

CROMWELL

¿Es él?

RICARDO CROMWELL, aparte

¿Qué es esto?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

CROMWELL, aparte

¡Ah! Esta palabra acaba de decidirme, porque se deja de ser hijo cuando se es parricida.

(Camina detrás de su hijo con el puñal levantado.)

¡Muere, traidor!

(Se oye ruido de pasos por el portillo. CROMWELL se detiene y se vuelve.)

Pero ¡qué ruido por esas obscuras escaleras! Es Ormond que regresa con sus caballeros. Sigamos viendo entre sus filas la perfidia de mi hijo; después pondré un desenlace á toda esta tragedia.

(Envaina el puñal. Entran los caballeros espada en mano, llevando con ellos á LORD ROCHESTER dormido, y con un pañuelo que le oculta la cara.)

ESCENA SÉPTIMA

Los mismos, LORD ORMOND, LORD CLIFFORD, LORD DROGHEDA, LORD ROSEBERRY, SIR PETERS DOWNIE, SIR WILLIAM MURRAY, SEDLEY, EL DOCTOR JENKINS, LORD ROCHESTER.

(Al entrar los caballeros, CROMWELL vuelve á su sitio, y RICARDO queda sorprendido.)

RICARDO CROMWELL, sin ser visto por los caballeros

Estas gentes parecen sospechosas. Retirémonos de aquí.

(Se coloca á la izquierda del teatro entre los arbustos.)

SIR WILLIAM MURRAY, á CROMWELL, con aire de triunfo

¡Ese protector ni siquiera tiene un lecho de brocado! Sobre su mesa se acababa una pobre bujía: casi no se veía. Gracias á su letargia, no se movió cuando nos apoderamos de él; le amordazamos sin ruido, y ahí está.

CROMWELL

¿Es él?

RICARDO CROMWELL, aparte

¿Qué es esto?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

LORD CLIFFORD

Ya le tenemos. ¡Victoria!

RICARDO CROMWELL, aparte

¿Qué dice?

SIR PETERS DOWNIE

¡Lo más difícil está hecho! La noche os obscura. ¡Vamos, no perdamos tiempo, marchemos!

(A DROGHEDA, ROSEBERRY, SEDLEY y CLIFFORD, que llevan al preso dormido y se han detenido.)

¿Qué hacéis?

LORD ROSEBERRY, á DOWNIE

Eso lo dice fácilmente quien no lleva ninguna carga.

SEDLEY, á DOWNIE

Como para llegar al fin que nos proponemos no hay punto de parada, es bueno que descansemos.

RICARDO CROMWELL, aparte

Reconozco esas voces.

LORD ORMOND, mirando al bulto que los caballeros dejaron en el suelo

¡Ahí está ese Cromwell! ¡Castigo solemne de su crimen inaudito! ¡Ahí está, en nuestras manos, ese coloso de gloria, en quien, más áun que en Dios, parecía creer el mundo! Él es, y ¿qué espacio ocupa á nuestros pies? En adelante, nada habrá con bastante fuerza, nada suficientemente sutil para arrebatar á este culpable de la acción de sus jueces. Todo huía ante él, y aquí está sin amparo. ¡Ah, desdichado soldado! ¿De qué te sirvió tener dominado á un pueblo durante quince años, haber combatido tanto y perforado tantas corazas, substituído tu nombre al nombre de las antiguas razas, y reinado por el odio, el horror, el espanto, convirtiendo á White-Hall en calvario de un rey? ¡Cómo esos crímenes, sellados con la diadema, se vuelven para tí en pesada carga al llegar la hora suprema! ¡Cromwell, qué cuenta habrás de dar! ¿Cómo habrás de hacerlo? Te odiaba poderoso y te compadezco abatido. ¿Por qué no te vencí en el combate? ¡Qué caída! ¡Cogerte sin vencerte! ¡Un triunfo sin lucha! Resignémonos. La espada ha cedido su puesto al puñal. Para inclinarla hacia el lado de los Estuardos, ¡qué cabeza echa la suerte en el platillo de la balanza!

RICARDO CROMWELL, aparte

¿Qué escucho? Sigamos oyendo y guardemos silencio.

CROMWELL, aparte

Estimo á ese Ormond que habla con nobleza. El corazón de un soldado verdadero no se desmiente nunca.

SIR WILLIAM MURRAY, á LORD ORMOND, designándole al preso

¡Cuánto hónor al bribón otorga aquí vuestra gracia!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CROMWELL, aparte

¡Vil cortesano!

DOWNIE, á los que llevan al preso

Marchemos sin tardar.

LORD DROGHEDA

¡Un instante, por favor! Es que ya pesa tanto como si estuviese muerto.

SEDLEY

Es muy molesto llevar á buen puerto esta carga. Deliberemos; ¿qué hacemos de ella?

LORD CLIFFORD

¡Matemos aquí á nuestro hombre y concluyamos el asunto!

LORD DROGHEDA

¡Eso es; matemos!

SEDLEY

Sí, es más expeditivo.

RICARDO CROMWELL, aparte

¡Esto es un consejo de demonios! ¿Quién es el cautivo?

CROMWELL, aparte

El arpón está bien cogido; dejemos correr la cuerda.

MANASSÉS, que lo ha observado todo en silencio, levantando la cabeza, aparte

Este espectáculo mitiga el dolor que me anonada; van á degollarse unos á otros, y por lo menos eso me consuela.

LORD CLIFFORD, blandiendo su espada sobre ROCHESTER, á los caballeros

¿Estamos prontos?

EL DOCTOR JENKINS, deteniendo á CLIFFORD

Cómo, señores; ¿sin jueces, sin testigos, sin veredicto del jurado, sin ley, sin procedimiento? ¡Eso es un asesinato! La expresión es dura; pero, en fin, ¿sois por mandato especial una corte de justicia, un consejo marcial? ¿Dónde están, para que las leyes no sean violadas, vuestras cartas de asesores autorizadas con el sello real? ¿Quién es fiscal y quién presidente? No veo aquí á dos abogados, uno para ese acusado, otro para la corona. ¿Qué aparato legal os rodea? ¿Conocéis acaso tan sólo el latín para juzgar? ¿Cómo confrontar á los testigos é interrogarlos? ¿Dónde están los textos formales sobre que asentar una sentencia que condene á ser arrastrado ó á subir al patíbulo? ¿En qué día estáis de vuestra audiencia? ¿Cómo fechar la sentencia de la condena? ¿Cuál es el cuerpo del delito? ¿Dónde están los cómplices? ¿Sobre qué estado de crímenes basaréis los suplicios? Aquí con esto defien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

do á las leyes, no á Cromwell. Él, aunque no esté juzgado, lo tengo por criminal; se olvidó de la sumisión que debía al rey su amo; caso previsto por la ley que castiga en su venganza, *qui lædit in rege majestatem Dei*. En una palabra, faltó á las leyes de Inglaterra. Que para hacer brillar las leyes en su majestad sagrada, sepárese del tronco la cabeza del traidor; pero se necesitan formas también. Señores, no podéis condenarlo de ese modo. Os apropiáis derechos que jamás marchan unidos. Ser acusadores y testigos á un mismo tiempo; ser juez y verdugo, es absurdo, y mi voz contra ese atentado protesta en nombre de las leyes.

CROMWELL, aparte

Reconozco á Jenkins, el magistrado íntegro.

LORD CLIFFORD, á los caballeros, encogiéndose de hombros

¿Qué diablos viene á contarnos con esa voz tan agria?

LORD DROGHEDA, con aire molesto, á JENKINS

Doctor, me parece que nos tomáis por leguleyos...

SIR PETERS DOWNIE

¿Creéis estar presidiendo la Corte del banco del rey?

SEDLEY, riendo

¿Desde cuándo el buho dice á su compadre el azor:
(Imita la voz y la actitud de JENKINS.)
«¡Comencemos la sesión, y juzguemos á la víbora!»

LORD ROSEBERRY, riendo

¡Nos habla en latín!

SIR WILLIAM MURRAY

¡Malhayan los discursos necios!

LORD CLIFFORD

¡Mi daga es la que juzga y no hay apelación!

CROMWELL, aparte

Dejemos herir.

TODOS LOS CABALLEROS

¡Concluyamos!

(LORD CLIFFORD se adelanta con la espada levantada hacia el preso, que sigue siempre atado.)

JENKINS, con solemnidad

¡Protesto!

RICARDO CROMWELL, aparte

¡Dios! ¡Qué escena tan horrible! ¿Es un sueño funesto?

LORD CLIFFORD, separando á JENKINS

¡Protestad cuanto queráis!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

LORD ORMOND, deteniendo á CLIFFORD

Un instante, lord Clifford, el doctor tiene razón; lo apruebo por completo. La orden precisa del rey me manda entregarle vivo nuestro cautivo; servíos someteros á ella.

LORD CLIFFORD, á LORD ORMOND

Pero mañana habrá que sostener cien combates para llevárnoslo.

SIR PETERS DOWNIE

Y luego, cuando esté allá vivo, ¿os parece que el rey querrá ponerlo con un rótulo en su casa de fieras?

LORD DROGHEDA

Vale más que le demos el animal embalsamado.

LORD CLIFFORD, á LORD ORMOND

Milord, cuando ha brillado la espada desenvainada, es preciso herir. No tenemos nuestro más que este momento; aprovechémoslo. Cromwell está en nuestras manos, ¡que muera!

TODOS LOS CABALLEROS, excepto ORMOND y JENKINS

¡Sí! (Se abalanzan espada en mano hacia el preso.)

JENKINS, con solemnidad

¡Protesto!

RICARDO CROMWELL, aparte y fuera de sí

¡Van á matar á mi padre! ¡Oh cielos!

(Se echa en medio de los caballeros.)

¡Deteneos, asesinos!

TODOS LOS CABALLEROS

¡Gran Dios! ¡Ricardo Cromwell!

CROMWELL, aparte

¿Qué hace?

RICARDO CROMWELL, á los caballeros

¡Deteneos! ¡Ah! ¡Por piedad tened clemencia, si nuestra amistad en vuestros corazones ha dejado algún rastro! ¡Roseberry, Sedley, Downie, escuchadme!

SIR WILLIAM MURRAY, con impaciencia

¡Diablo!

RICARDO CROMWELL

¡Perdonad á mi padre!

SEDLEY

¿Acaso perdonó él á su rey?

RICARDO CROMWELL

¡Ah! ¿De qué me habláis? Fué, sin duda, un crimen; pero ¿tengo yo la culpa? ¿He de ser víctima por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

ello? ¡Amigos, si le heris, también me heriréis á mí!

CROMWELL, aparte

¿Es éste aquel Ricardo, parricida endurecido? No lo entiendo.

LORD ROSEBERRY, á RICARDO CROMWELL

Os amamos como hermano, Ricardo; pero tenemos un ineludible deber que cumplir.

RICARDO CROMWELL

¡No; no mataréis á mi padre!

CROMWELL, aparte

¡Me defiende! ¡Ah, qué dicha! Había juzgado mal á mi hijo.

RICARDO CROMWELL, á los caballeros

Para traerme á este detestable fin, ¿es para lo que me invitabais á vuestra mesa? ¿Para eso lo compartíamos todo, juegos, placeres, locuras? ¿Y para ello se abría mi bolsa á vuestros deseos? ¡Comparad ahora lo que hice por vosotros y lo que hacéis por mí!

LORD ROSEBERRY, bajo á los caballeros

¿Tiene culpa?

JENKINS, á RICARDO

Joven, habéis hablado bien. Pero insistid sobre el

vicio radical, pues en este punto carecen de derecho. ¡Defended la causa, defendedla!

RICARDO CROMWELL, á JENKINS

¡Señor!

JENKINS

Tanto como vos, me opongo...

RICARDO CROMWELL, cruzando las manos, á los caballeros

¡Amigos míos!

CROMWELL, aparte

Veo las cosas con mayor serenidad y justicia. ¡Cuán injusto fui con mi hijo! No cabe duda de que de una trama tan negra, sólo conocía de la conjura la parte relativa á beber y á divertirse.

LORD ORMOND, á RICARDO

Vuestro padre con nosotros se exponía mucho; ambos jugábamos la cabeza, pero él ha perdido.

RICARDO CROMWELL

¡Gran Dios! ¡En presencia del hijo asesinar al padre! (Grita con fuerza.)
¡Asesinos! (A los caballeros.)
Sólo confío en mí.
¡Asesinos! ¡A mí, soldados! (Grita de nuevo.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

SIR WILLIAM MURRAY, interrumpiéndole

Los soldados están con nosotros.

RICARDO CROMWELL

¡Pues me basto para haceros frente á todos!

(Lleva la mano al costado para buscar la espada.)

¡Pero si hasta el acero vengador falta á mi mano engañada! Padre mío, ¿por qué me quitaste mi espada?

CROMWELL, aparte

¡Pobre Ricardo!

LORD ORMOND, á RICARDO

Señor, os compadezco. Creedme, retiraos y dejad hacer á los agentes del rey.

RICARDO CROMWELL

¡Dejaros hacer, ay cielos! ¡No quiero clemencia ni perdón; matadme con él sobre su cuerpo que abrazo!

(Se precipita sobre LORD ROCHESTER dormido, y le estrecha fuertemente entre sus brazos.)

CROMWELL, aparte

¡Mi hijo lo toma con demasiado empeño, y fuera cruel que se hiciese acuchillar por un falso Cromwell!

LORD ROSEBERRY, procurando calmar á RICARDO

Ricardo...

RICARDO CROMWELL, abrazado siempre á ROCHESTER

¡No! ¡Heridme sin piedad, porque quiero salvarle!

(Los caballeros procuran separar á RICARDO del cuerpo de ROCHESTER. Lucha con ellos y resiste con violencia. Durante todo este incidente, CROMWELL espía todos los movimientos de los caballeros, como dispuesto á ayudar á su hijo. MANASSÉS levanta la cabeza y observa atentamente sin proferir ni una palabra.)

LORD ROCHESTER, despertando sobresaltado y forcejeando á su vez

¡Me ahogáis, qué diablos!

(Todos se detienen como petrificados.)

LORD ORMOND

¡Dios mío! ¿Qué voz es esa?

(LORD ROCHESTER se arranca el pañuelo que le cubre el rostro, y CROMWELL envía al mismo tiempo, sobre su cara, la luz de la linterna sorda.)

RICARDO CROMWELL, retrocediendo

¡El espía!

TODOS LOS CABALLEROS

¡Rochester!

LORD ROCHESTER, á RICARDO CROMWELL

¿Sois el verdugo? ¡Me ahogáis, querido, sí, como si hubiese tenido dos almas que entregar! ¿No hay medio, amigo, de ir con mayor cuidado, obrando de acuerdo con el paciente, para no estrecharle con tanta fuerza?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ORMOND, anonadado

¡Rochester!

LORD ROCHESTER, medio despierto, tocando el pañuelo que le rodea el cuello

Tengo la cuerda pasada al cuello, pero no veo ninguna horca por aquí. ¿Querrán colgarme de algún clavo como á un simple murciélago!

LORD ORMOND

¿Dónde está Cromwell?

CROMWELL, irguiéndose y con voz de trueno

¡Aquí está! ¡Salid de las tiendas, Jacob, Israel, fuera de las tiendas!

(Después de este grito de CROMWELL, los caballeros se vuelven sorprendidos, y ven el fondo del teatro ocupado por multitud de soldados que llevan hachas encendidas, que salen de diversos puntos del jardín y de varias puertas del palacio. Entre ellos se ve á THURLOE y á LORD CARLISLE. Todas las ventanas de White-Hall se alumbran súbitamente y dejan ver soldados armados de todas armas, en todos lados. CROMWELL, espada en mano, se destaca de ese conjunto brillante.)



ESCENA OCTAVA

Los mismos; EL CONDE DE CARLISLE, THURLOE, mosqueteros, partesaneros, gentileshombres, guardas de corps de Cromwell.

SIR WILLIAM MURRAY, espantado

¡Cromwell! ¡Cuántos soldados! ¡Cuántas armas brillantes! ¡Soy muerto!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

LORD ORMOND, anonadado

¡Rochester!

LORD ROCHESTER, medio despierto, tocando el pañuelo que le rodea el cuello

Tengo la cuerda pasada al cuello, pero no veo ninguna horca por aquí. ¿Querrán colgarme de algún clavo como á un simple murciélago!

LORD ORMOND

¿Dónde está Cromwell?

CROMWELL, irguiéndose y con voz de trueno

¡Aquí está! ¡Salid de las tiendas, Jacob, Israel, fuera de las tiendas!

(Después de este grito de CROMWELL, los caballeros se vuelven sorprendidos, y ven el fondo del teatro ocupado por multitud de soldados que llevan hachas encendidas, que salen de diversos puntos del jardín y de varias puertas del palacio. Entre ellos se ve á THURLOE y á LORD CARLISLE. Todas las ventanas de White-Hall se alumbran súbitamente y dejan ver soldados armados de todas armas, en todos lados. CROMWELL, espada en mano, se destaca de ese conjunto brillante.)



ESCENA OCTAVA

Los mismos; EL CONDE DE CARLISLE, THURLOE, mosqueteros, partesaneros, gentileshombres, guardas de corps de Cromwell.

SIR WILLIAM MURRAY, espantado

¡Cromwell! ¡Cuántos soldados! ¡Cuántas armas brillantes! ¡Soy muerto!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

LOS CABALLEROS

¡Traición!

LORD ORMOND, mirando alternativamente á LORD ROCHESTER y al protector

¡Cromwell y Rochester!

LORD ROCHESTER, restregándose los ojos

¿Estoy ya ahorcado? ¿Estaré en el infierno? ¡Este palacio resplandeciente, esos espectros, esos ejércitos de demonios que llevan antorchas encendidas, son el infierno! Pues Wilmot no esperaba mucho en el cielo.

(Mirando al protector.)

¡Sí, ese es Satanás; se parece á Cromwell!

CROMWELL, enseñando los caballeros á THURLOE y al CONDE DE CARLISLE

¡Prended á esos señores!

(Varios soldados puritanos se echan sobre los caballeros y los desarman antes de que hayan podido resistirse.)

LORD ORMOND, rompiendo su espada con la rodilla

¡Ninguno tendrá mi espada!

RICARDO CROMWELL, aparte

¿Qué significa todo esto? Por mi nueva calaverada me impondrá mi padre un nuevo castigo. He salido de mi encierro. ¡Estoy perdido!

LORD ROCHESTER, paseando á su alrededor la vista atónita

¡Cómo! Pero aquí están Drogheda, Roseberry, Downie; á lo menos me asarán en buena compañía. ¡Mira! ¡El judío Manassés que rescataba á Clifford! Sin duda le harán cocer en su caja de caudales. Me parece que todos estamos muertos y, además, condenados.

(A los caballeros.)

¡Buenas noches, amigos! ¿Burlémonos de Satanás que nos reune; demos el infierno al diablo y riamos en sus narices?

LORD ORMOND

¡En qué trampa fatal nos vemos arrastrados!

LORD ROCHESTER, á los caballeros

Nuestros buenos proyectos han tenido mal éxito; Cromwell en nuestro vino pone agua del Cocito.

(CROMWELL habrá permanecido silencioso en su triunfo, con los brazos cruzados sobre el pecho, y mirando con altivez á los caballeros confundidos y desesperados.)

CROMWELL, aparte y mirando á ORMOND

No conocía á Ormond. Su aspecto, sin saber por qué, me inspira respeto.

LORD ORMOND, mirando á CROMWELL

¡Cómo nos ha engañado! ¡Cuánta astucia y cuánta audacia!

CROMWELL, aparte

Sólo Ormond se atreve aun á mirarme cara á cara.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

¡Es un noble adversario! Tenía una orden y la quería cumplir. Hablemos con ese soldado.

(Se aproxima á ORMOND y le mira con orgullo. Alto.)

¿Tu nombre?

LORD ORMOND

Bloum.

(Aparte.)

Al morir, no quiero que sepa que fué amo de Ormond.

CROMWELL, aparte

Por orgullo oculta su título.

(Alto.)

¿Qué eres?

LORD ORMOND

Nada más que un súbdito contra tí sublevado por la vieja Inglaterra y por su Majestad.

CROMWELL

¿Qué piensas de mí?

LORD ORMOND

¿De tí, Cromwell?

CROMWELL

Concluye.

LORD ORMOND

Cosas que sólo se escriben con la punta del acero.

CROMWELL

Argumento perentorio, que sólo tiene un defecto, y es que á veces al puñal le contesta el cadalso.

LORD ORMOND

¿Qué importa?

CROMWELL, cruzando los brazos

¡Aquí, pues, la sed de sangre te traía!

LORD ORMOND

Con el acero venía á castigar al regicida.

CROMWELL

¡Castigar! ¿Qué derecho tienes?

LORD ORMOND

El derecho del talión.

CROMWELL

¿Te atrevías á penetrar en el antro del león?

LORD ORMOND

Quieres decir del tigre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

CROMWELL

¿En el sitio mismo donde reside el protector...?

LORD ORMOND

Cromwell, di mejor el regicida.

CROMWELL

¡Regicida! Siempre. ¡Esa es su palabra, su razón, lanzada continuamente y en todas las estaciones! ¿Acaso lo merezco ese nombre de regicida? Sus pueblos rechazaban un subsidio ilegal; fuí severo y puro, Carlos fué imprudente. Su caída fué un bien, su muerte un accidente. Tenía virtudes; las venero. En suma, tuve que herir al rey, sin dejar de orar por el hombre.

LORD ORMOND

¡Vé de aquí, hipócrita, no logras engañarme!

CROMWELL

Sobre este punto veo que somos de distinta opinión.

LORD ORMOND

Junto á Ravaillac tienes reservado un puesto.

CROMWELL

Por el odio va tu alma arrastrada muy lejos. Anciano, tu cabello blanco debería inspirarte mejor.

¡Cromwell un Ravaillac! ¿Puedes comparar acaso la mano que mueve al mundo, con esa mano vulgar, y el hacha de un pueblo al cuchillo de un sicario? Se viene al mismo punto del infierno y del cielo; la sangre que manchaba á Caín, adornaba á Samuel.

LORD ORMOND

¡Pues qué! ¿Ese Ravaillac, de execrable memoria, no tiene lo que se necesita para compartir tu gloria? Como tú fué causa de la muerte de un rey justo; ¿qué le falta, pues?

CROMWELL

Hirió demasiado bajo; á los reyes sólo se les hiere en la cabeza.

LORD ORMOND

¡Ay, amo mío! ¡Oh, Carlos! ¡Con todo su esplendor acaba de aparecerme!

(Á CROMWELL, rechazándolo.)

Os lo vuelvo á decir: ¡alejaos de mí, vos cuya mano se atrevió á tocar la majestad de un rey!

CROMWELL

La sangre unas veces mancha y otras purifica.

(Aparte.)

Pero ¡cómo! ¡Me acusa y yo me justifico! ¡Le dejo exponer sin doblar la rodilla su virtud de imbécil y su honor de demente! Su conciencia ignora adonde, en su tiranía, el destino á veces arrastra al genio. ¡Dejemos á ese incurable!

(Vuelve la espalda á ORMOND y se acerca á JENKINS.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

¡Cómo, doctor Jenkins,

(Señalando á ORMOND y á MURRAY.)

estáis entre esos insensatos!

(Señalando á SEDLEY, CLIFFORD y ROCHESTER.)

¡Y entre esos bribones! ¿Vos el sabio y el justo?

EL DOCTOR JENKINS, con gravedad

Sí, sois dueño de hablar de ese modo y quizás peor aun.

CROMWELL

Habéis preferido, Jenkins, á mis favores, el honor de compartir con algunos alucinados un castigo que debe ser ejemplar.

EL DOCTOR JENKINS

¡Ah! Distingamos, señor Cromwell, sin disgustaros. Os podréis vengar, pero no castigarnos. Es importante, en todo, definir las palabras: *Tyrannus non judex*, el tirano no es juez. Si gracias á algún traidor, ayudado de un tránsfuga, fuisteis en la lucha el más hábil, si tenéis la fuerza, á nosotros nos queda el derecho. Violentamente podéis escapar á las leyes, ¿qué importa? Moriremos, pero de muerte arbitraria, y solamente de hecho. Consultad sobre este punto á vuestros mismos abogados, Whitelocke, Pierpoint, Maynard. Me someto á vuestros propios consejeros, aunque Whitelocke tenga un sistema falso, y que á veces Pierpoint y el sargento Maynard contra el gallinero defienden á la zorra.

CROMWELL

Pues bien, os repartiréis la horca.

EL DOCTOR JENKINS

Bueno. Pero mirad la ventaja que tenemos sobre vos. Iremos al patíbulo de un déspota irritado, pero vos iréis á la picota de la posteridad.

(CROMWELL se encoge de hombros.)

LORD ROCHESTER, que sigue medio dormido

¿Dónde tengo el espíritu? Si no duermo, es cierto que estoy muerto. Ese Cromwell, sin embargo, me desconcierta. ¡Aquí ya! Ayer le dejé allá arriba.

(Dirigiéndose á los soldados que le rodean.)

¿No podríamos cambiar de ensueño ó de infierno? ¡Libradme de Noll! Me parecéis unos buenos diablos.

CROMWELL, después de breve meditación, cruza los brazos y se dirige sonriendo á los caballeros

Veo que meditabais proyectos increíbles. ¡Coger á Oliverio Cromwell en trampas de niños! ¡Degollarlo! Porque, señores, vuestros triunfantes puñales no me hubieran tratado delante de ese portillo, como David trató á Saúl en la caverna; ninguno de vosotros hubiera limitado el uso de su cuchillo á cortar tranquilamente la orilla de mi capa; bien lo sé. La cosa es sencilla y os apruebo; pero, aprobándoos, á decir verdad, me parece que vuestro plan podía estar mejor concebido, y en fin, que vuestra trama es de un tejido débil. Desgraciadamente no supe la cosa á tiempo, hermanos, para comunicaros sobre este punto mis luces; no me queráis mal por eso. Habéis sudado mu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

cho para inventar todo eso. Yo, como Josué, á quien poco molestaba el choque de veinte reyes unidos, corté las corvas de vuestros caballos de guerra. Todos hemos obrado como debimos; vosotros me atacasteis, yo me defendí. En cuanto á vuestro proyecto en sí mismo, confieso que me agradan esos arranques del corazón que se sacrifica; el valor me complace y la audacia me gusta. Aunque vuestro éxito no haya sido completo, no por eso os coloco menos alto en mi idea. Vuestra alma está poseída por un sentimiento fuerte; marcháis atrevidamente, con andar firme y acompasado; no habéis vacilado, ni palidecido, ni temblado; sois para mí, aceptad mis cumplidos más sinceros, enemigos escogidos y dignos adversarios; nada veo en vosotros que haya de desdeñarse, y os estimo demasiado para salvaros. Este aprecio hacia vosotros quiere demostrarse en público, y os lo pruebo haciéndoos ahorcar á todos. No hay que agradecérmelo; excusadme más bien si mezclo en el mismo cadalso

(Señalando á SIR WILLIAM MURRAY anonadado.)

á ese fanfarrón lloroso, ese cobarde que me escucha; aunque no valga ni la cuerda que me cuesta, debe daros gracias, pues sin vosotros, no hubiera tenido el honor de despertar mi cólera.

(Señalando á MANASSÉS, que sigue inmóvil.)

Permitid que os agregue á este fétido judío. ¡Es duro mezclar entre cristianos á un deicida! ¡Con los buenos ladrones confundir á Barrabás! Pero arreglaré la cosa; lo colgarán más bajo. Perdonadme de pagaros tan mal; os doy lo que tengo. ¡Lo que hago por vosotros, comprendo que es muy poco! Id; preparaos á dar cuenta á Dios; todos somos pecadores, hermanos. Dentro de algunas horas, cuando el naciente día blanqueará estas paredes, ¡todos estaréis colgados! Id, rezad por mí.

(Los guardias, con LORD CARLISLE al frente, se llevan á los presos, que todos, excepto MURRAY y el judío, conservan una actitud arrogante y despreciativa. CROMWELL permanece un instante pensativo y luego se vuelve rápidamente hacia THURLOE, á quien dice:)

¡Disponlo todo en Westminster! ¡Soy rey!

(Entra en White-Hall por el portillo, y Thurloe, después de un profundo saludo, sale por el parque.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

ESCENA NOVENA

LOS CUATRO BUFONES

En el momento en que CROMWELL y THURLOE salen, GRAMADOCH saca la cabeza fuera del escondrijo de los bufones; luego sale con cuidado, mirando á su alrededor si queda alguien; después hace seña á los otros bufones para que le sigan, y los cuatro, reunidos en el centro de la escena, se miran unos á otros riéndose á carcajadas.

GRAMADOCH, á sus compañeros

¡Qué tal! ¿Qué os parece?

GIRAFF, riéndose

Cada vez más risible.

ELESPURÚ

Escena del otro mundo visible en éste.

TRICK

Algo enteramente loco, bufo, desconocido.

GIRAFF

Un espectáculo sorprendente, divertido. ¡Ver á

Cromwell desnudo! ¡Ver el fuego sin humo y á Belcebú sin careta!

GRAMADOCH

Entre todos los actores de ese drama fantástico, ¿cuál es el más loco? Veamos, demos el premio.

TRICK

Es Murray, quien, lanzando su desprecio sobre Cromwell, gira desde Noll á Carlos haciendo una pirueta, y toma por bandera una veleta.

GIRAFF

La palma corresponde á Ricardo, hijo de Belial, exponiéndose á morir con Rochester por puro amor filial.

TRICK

Si, empujado por su manía, Cromwell hubiese muerto á Ricardo, bueno y grande habría sido el efecto.

GIRAFF

Sí; pero la obra hubiera concluído.

TRICK

¡Lástima grande!

GRAMADOCH

¿De modo que otorgáis á Ricardo el sonajero de honor, la palma de nuestro arte?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

ELESPURÚ

Me agrada más de Jenkins el candor doctoral.

TRICK

¿Y Ormond dando á Cromwell lecciones de moral? ¿No es un caso divertido? Yo preferiría enseñar justicia á cualquier hombre de ley, peinar á un oso del Polo, ordeñar á una pantera ó deshollinar el cráter del ardiente Vesubio.

GIRAFF

¡Y ese judío, que no es lo menor de la novela! ¡Ese rabino espía, usurero, nigromántico, quien, sin dejar de meditar acerca de la belleza de los doblones, viene aquí con su linterna á examinar los astros!

ELESPURÚ

Animal anfibio, ajeno á los dos campos, venía el judío á este sitio, como esos murciélagos que revolotean en la obscuridad de una tumba.

GIRAFF

La comparación es tanto más exacta, cuanto que Noll, en alguna cruz ó enfrente de algún portal, va á mandarlo clavar para que sirva de espantajo.

TRICK

Cromwell castiga la jactancia de los caballeros,y tiene, amigos, más de una cuerda en sus horcas.

GRAMADOCH

Y, sin embargo, aunque lleva un mundo en sus hombros, de todos cuantos hablamos, Cromwell es el más loco. Piensa todavía convertirse en rey; ¡la muerte está esperando á su puerta!

(Estas palabras llaman la atención de los bufones, quienes se acercan á GRAMADOCH.)

GIRAFF, á GRAMADOCH

¿Qué hay, pues?

GRAMADOCH

Ya veréis.

TRICK, á GRAMADOCH

Pero di...

GRAMADOCH

Más tarde.

ELESPURÚ, á GRAMADOCH

¿Qué te importa?

GRAMADOCH, moviendo la cabeza

El misterio es un huevo, servíos escuchar, que no se debe romper cuando se quiere tener un pollo. Esperad; ese Cromwell, para quien todo es propicio, si da este último paso se echa en el abismo. ¡La muerte le aguarda! ¡Venid á su coronación y veréis! ¡Ya po-

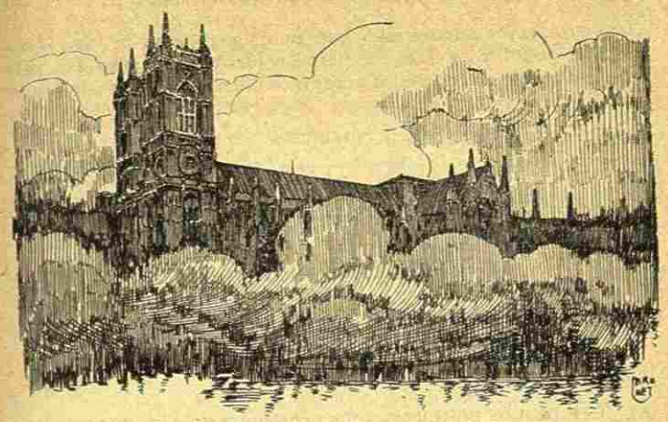
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

dréis reir! Cromwell es, con seguridad, mucho más loco que esos enanos á quienes aplasta al paso; ¡y tanto más loco, cien veces, cuanto que se cree el más cuerdo de todos!

TRICK

Para cerrar el concurso, en esto diré que los más locos, aún incluyendo á Cromwell, señores, somos nosotros. ¿Acaso hay sensatez perdiendo en este asunto un tiempo que podríamos emplear en no hacer nada, durmiendo, cantando al eco nuestro fastidio ó contemplando la luna en el fondo de un pozo?

(Se van.)



ACTO QUINTO

LOS OBREROS

GRAN SALA DE WESTMINSTER

A la izquierda, hacia el fondo, la puerta principal de la sala vista oblicuamente. En el fondo, escaños ó gradas semicirculares que se elevan á bastante altura. Ricos tapices y colgaduras llenan los intervalos de los pilares góticos que rodean la sala, y no dejan ver más que los capiteles y las cornisas. A la derecha un maderaje revestido de tablas figura las gradas del estrado de un trono. Varios obreros están ocupados trabajando en él al levantarse el telón; unos acaban de clavar las tablas de los escalones, mientras que otros las cubren con una rica alfombra de terciopelo encarnado con franjas de oro, ó levantan sobre el estrado un dosel del mismo género y color, con las armas del protector bordadas en oro. Varios utensilios de carpintero y de tapicero se ven por el suelo, y las escalas arrimadas á los pilares demuestran que se acaba de concluir el trabajo. Frente al trono, un púlpito. Al rededor de la sala algunas tribunas y huecos con adornos suntuosos. Son las tres de la madrugada; la luz del día comienza á apuntar, y proyecta, á través de los cristales y de la puerta entre-

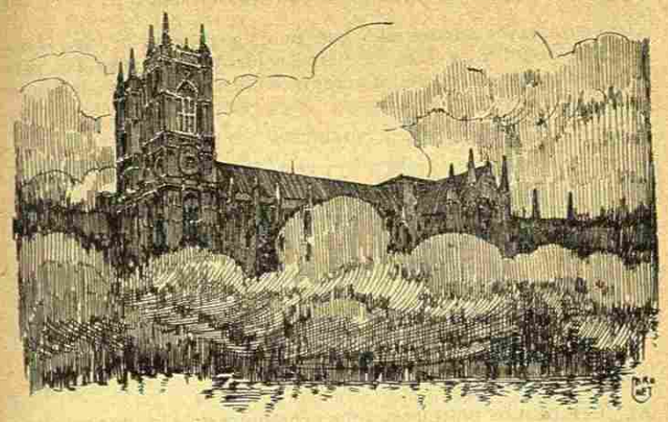
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

dréis reir! Cromwell es, con seguridad, mucho más loco que esos enanos á quienes aplasta al paso; ¡y tanto más loco, cien veces, cuanto que se cree el más cuerdo de todos!

TRICK

Para cerrar el concurso, en esto diré que los más locos, aún incluyendo á Cromwell, señores, somos nosotros. ¿Acaso hay sensatez perdiendo en este asunto un tiempo que podríamos emplear en no hacer nada, durmiendo, cantando al eco nuestro fastidio ó contemplando la luna en el fondo de un pozo?

(Se van.)



ACTO QUINTO

LOS OBREROS

GRAN SALA DE WESTMINSTER

A la izquierda, hacia el fondo, la puerta principal de la sala vista oblicuamente. En el fondo, escaños ó gradas semicirculares que se elevan á bastante altura. Ricos tapices y colgaduras llenan los intervalos de los pilares góticos que rodean la sala, y no dejan ver más que los capiteles y las cornisas. A la derecha un maderaje revestido de tablas figura las gradas del estrado de un trono. Varios obreros están ocupados trabajando en él al levantarse el telón; unos acaban de clavar las tablas de los escalones, mientras que otros las cubren con una rica alfombra de terciopelo encarnado con franjas de oro, ó levantan sobre el estrado un dosel del mismo género y color, con las armas del protector bordadas en oro. Varios utensilios de carpintero y de tapicero se ven por el suelo, y las escalas arrimadas á los pilares demuestran que se acaba de concluir el trabajo. Frente al trono, un púlpito. Al rededor de la sala algunas tribunas y huecos con adornos suntuosos. Son las tres de la madrugada; la luz del día comienza á apuntar, y proyecta, á través de los cristales y de la puerta entre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

abierta, rayos horizontales que amortiguan la luz de varias lámparas de cobre de cinco mecheros, colocadas ó suspendidas, para el trabajo nocturno de los obreros, en distintos puntos de la sala.

ESCENA PRIMERA

LOS OBREROS

EL JEFE DE LOS OBREROS, anima con un gesto á los que colocan el dosel

El trabajo adelanta. ¡Vamos! Ese dosel es bastante ancho.

(A un obrero que está en pie con una Biblia en la mano.)

Hermano, podéis edificaros. Leed.

EL OBRERO, leyendo

«Y el santo templo tuvo un artesonado de cedro y un suelo de pino...»

EL JEFE, á los obreros

Hermanos, alimentémonos con este pan celestial.

EL LECTOR, continuando

«Salomón lo apuntaló de trecho en trecho, con planos de cinco lados y estacas de cuatro caras, cubrió con hojas de oro su obra inmortal, y colocó en el oráculo, al lado del altar, dos querubines de pie, con las alas desplegadas.»

UN OBRERO, echando una mirada sobre los preparativos

Nuestras manos esta noche se emplearon bien. Salomón, para dejar trabajos más completos, empleó siete años en construir su templo y quince en su palacio. Nosotros, para todos estos aprestos, tuvimos suficiente con una hora.

EL JEFE

Bien dicho, Enoch.

(A los obreros que arreglan el dosel.)

Mirad, esta escala es mejor.

(A ENOCH.)

Nunca se lleva demasiada prisa...

(A los obreros que atan las cortinas del dosel.)

Bien, á esa altura.

(A ENOCH.)

Cuando se levanta un trono á milord protector.

UN SEGUNDO OBRERO

¿La ceremonia es, pues, para hoy?

EL JEFE

Sí. Felizmente el estrado está casi concluído.

(A ENOCH.)

¡Ah! Jamás hemos tenido...

(A los obreros que clavan las tablas.)

Cuidado. No hagáis tanto ruido.

(A ENOCH.)

Nada se ha hecho con tanta prisa, sino aquella otra noche...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

ENOCH

¿Qué noche?

EL JEFE

¿Lo habéis olvidado ya? Hace más de ocho años, una noche fría y obscura, la del 29 al 30 de enero. Trabajábamos también para milord Oliverio.

EL SEGUNDO DE LOS OBREROS

¿No construíamos el cadalso del rey Carlos aquella noche?

EL JEFE

Sí, Tomás. Pero ¿así es como se habla del Barrabás real, del Faraón inglés?

ENOCH, como reuniendo sus recuerdos

Ya estoy. Se arrimó el cadalso al palacio. ¡Ah! No era un grosero andamiaje propio para colgar rabinos ó quemar brujas, sino un cadalso negro, bien construído, según correspondía. Hallábase al nivel de una ventana; no había escaleras que bajar. ¡Oh, era muy cómodo!

EL JEFE

¡Y tan sólido, que hubiera podido sostener el peso de todos los hijos de Herodes! Imposible hubiese sido hallar mejores maderas, y se podía morir uno allí sin ningún temor.

TOMÁS, en el estrado

Este trono es menos firme; subiendo á él se tambalea.

ENOCH

El cadalso tardó más en construirse, me parece.

EL OBRERO, que tiene la Biblia, moviendo la cabeza

En aquella noche, hermano, no quedó concluído.

ENOCH

¿Qué?

EL OBRERO, señalando al trono

Al cadalso está unido este teatro. Es una grada más alta desde donde Cromwell nos domina. La obra comenzada entonces concluye hoy; este trono completa el patíbulo de Estuardo.

TOMÁS

¡Ah! ¡Nahum el Inspirado ve las cosas desde lo alto!

NAHUM, con la mirada fija en el trono

Sí, tablado por tablado, aun prefiero el otro. Aquella fué la vez de Carlos; hoy es la nuestra. Cromwell sobre el paño negro sólo mataba al rey; pero sobre esta púrpura, matará al pueblo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

EL JEFE, á NAHUM

¡Cómo os atrevéis á hablar así! Pudieran escucharos.

NAHUM

¿Qué me importa? Visto el saco de ceniza. Quisiera, por el mismo Cromwell, que pudiese oírme. Si quiere ser rey, ¡caerá! Será maldecido. ¡Le predigo su muerte, yo, pobre y miserable; pero que valgo más que ese hombre, execrable en su gloria, pues el Señor prefiere el desierto á Tiro, el racimo de Efraim á la cepa de Abiecer!

EL JEFE, mirando á NAHUM que permanece extático

¡Imprudente!

(Á ENOCH.)

Nos queda que colocar en el estrado el gran sillón real. ¡Ayudad, compañero!

(Ambos suben las gradas, llevando un sillón con adornos de oro y cubierto de tela escarlata, que luce en el testero el escudo de armas del protector, bordado en relieve. Colocan el sillón en el centro del estrado.)

TOMÁS, mirando al sillón regio

¡Hermoso sillón! Sentado ahí, estará como un rey.

ENOCH, concluyendo de arreglar el sillón, al jefe del taller

La noche de que habláis, dispuse yo para Carlos un hermoso tajo de encina, provisto de dos grapas y su doble cadena, casi nuevo, pues sólo había servido para lord Strafford.

OTRO TERCER OBRERO

¿Quién vino á pedirnos que no hiciésemos tanto ruido con los martillos?

EL JEFE

Fué Thomlinson, coronel de servicio. Nos dijo que no comenzásemos el suplicio, y que el ruido desordenado de nuestros martillos impedía al condenado dormir su último sueño.

NAHUM

¡Dormía! Es extraño.

UN CUARTO OBRERO

En aquellas horas fúnebres, si alguien nos hubiese visto, ocultos en las tinieblas, construir un cadalso á la luz de las antorchas, como sepultureros que cavan una huesa, ó como unos demonios que, por sus maleficios, levantan en una noche edificios infernales, aquel testigo hubiera, sin duda, sentido un espantoso miedo.

ENOCH

Me agradan mucho esos trabajos de noche; los pagan bien. Con mis diez hijos, criaturas humanas, viví perfectamente durante dos semanas del producto de aquel cadalso.

UN QUINTO OBRERO

Veremos si Cromwell obrará como debe, y si pagará el trono con el precio del patíbulo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

TOMÁS

Sólo para el tapicero, el maestro Barebone, es bueno este negocio, no para nosotros. Vende esas cortinas, esos asientos, esos brocados, y de nuestro salario se queda tres cuartas partes.

NAHUM

¡Es un mercader del templo!

UN QUINTO OBRERO

¡Un medo!

UN CUARTO OBRERO

¡Un verdadero hijo de Eva que camina ciegamente sobre el filo de la espada!

NAHUM, continuando

¡Y que, pilar del arca, arbotante de Babel, coloca un pie en el infierno y otro en el cielo!

TOMÁS

¡Silencio! Nos despediría, si llegase á saber que lo tratamos como él trata á su amo. Aquí llega; callemos.

(Entra BAREBONE. Todos los obreros se ponen á trabajar en silencio. Sólo NAHUM permanece inmóvil, con los ojos fijos en la vieja Biblia usada que tiene abierta.)

ESCENA SEGUNDA

Los mismos y BAREBONE

BAREBONE, lanzando una mirada al trabajo de sus obreros

Todo va bien.

(A los obreros.)

Estoy satisfecho de vosotros. No hay nada más que hacer.

(Aparte.)

Me alegro en el alma que hayan concluído tan pronto esta obra infame. Nuestros conjurados, que van á venir, podrán á lo menos celebrar aquí consejo sin estorbos ni testigos, reconocer el local, y ver por qué vía se puede herir á Noll con golpe más certero en medio de su gloria. ¡Qué suerte, para entrar en casa del tirano proscripto, que sea yo el tapicero de ese mismo anticristo! Despidámoslos pronto.

(Alto á los obreros.)

Id, queridos hermanos. Sed contrarios siempre del espíritu tentador. Amad á vuestro prójimo, aunque sea malo.

(Al jefe de taller.)

¡Señor Nehemías!

(El jefe de taller se aproxima á BAREBONE, mientras que los obreros recogen sus herramientas y cargan con lámparas y escaleras de mano.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sería urgente, para milord protector, á quien Dios tenga en su ayuda, terminar esta coraza de búfalo de Toledo.

(Bajo y acercándose al oído del jefe de taller.)

Con el cuero que quede, sin que nadie lo vea, haréis para mis santos vainas de sus puñales.

(El jefe de taller inclina la cabeza en signo de asentimiento.)

ESCENA TERCERA

BAREBONE, solo

(Se coloca en forma de contemplar el trono)

¡Ahí está, pues, ese trono! Execrable edificio, en que Cromwell nos ofrece el sacrificio de Nesroch, donde se transforma en rey ese jefe que hemos bendecido durante tanto tiempo; en el cual va á cambiar de piel la serpiente rejuvenecida. Ahí cuenta, en fin, apoyar su imperio el falso Zorobabel, en quien Nemrod respira; ese sacerdote del infierno, ese vil envenenador que, prostituyéndose la iglesia del Señor, quiere, en los negros proyectos que combina su orgullo, convertir en concubina á la esposa de los santos; ese opresor de Dios, á quien hizo traición su alma, ¡ese hombre peor que Estharnabuzai! He aquí su trono impuro cargado de anatemas, eso es; seis pies de alto por nueve de ancho. Y todo ello cubierto de terciopelo carmesí. Se necesitan diez piezas para vestirlo así. Pues no basta á ese hijo de la blasfemia ejercer un poder que usurpa al mismo Dios; tronchar á Israel como á una caña seca; haber, glotón gigante, dormido sobre Europa, más poderoso y temible que Adonibezec, ¡con sesenta reyes que comen las migajas caídas de su mesa! No; necesita un trono. ¡Y qué trono! Un montón de franjas, de plumeros, de raso, de damasco, ¡donde, como se ha escrito del sagrado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

lampadario, el arte del escultor se une y hermana con el arte del lapidario! Cromwell quiere también rodearse de ese brillo de relumbrón; pero es oro muy bueno, oro virgen de Hungría, y esas borlas magníficas podrían costear los gastos de cuatro repúblicas; yo soy quien las procuro; y si fuesen menos pesadas, su mezquino esplendor desluciría este terciopelo. ¡Terciopelo de España! Vamos, que reine, pero que muera; ¡que la corona aquí sea su último adorno! Probemos en su frente el clavo de Sísara.

(Mira los cojines del trono.)

Terciopelo que pagué á cinco pesos la vara; lo venderé por diez, según la costumbre antigua. Este Aod es, sin embargo, un buen cliente. Sí; pero su avaricia... Se acerca su fin. Estos escalones reales van á romperse bajo sus pisadas, bajo ese dosel triunfal, bajo esas mismas colgaduras, donde su blasón burgués usurpa una diadema. ¡Cuán bueno es este sitio para acuchillarlo!

(Se pasea delante del trono, y su rostro pasa del furor á la admiración por la riqueza de los adornos que lo decoran.)

¡Pero aun es capaz de regatear! ¡De hacer, por Maynard, rebajar mi factura! Cercenar los brocados de oro, despreciar el moaré; luego, si me atrevo á quejarme, entonces su buena fe presta sus hombres de guerra á sus hombres de ley. ¡Servid á esos faraones! Siempre la ingratitud es, de sus corazones secos, el primer hábito. Debería, sin embargo, estar contento de mí. Para bien parodiar la majestad de un rey, nada falta en ese trono, abominable al mundo, á este repugnante teatro, á este altar inmundo. ¡Es magnífico! En fin, nada economicé. Para adornar á Moloch me he resignado, y expongo á los peligros que lleva consigo el anatema, los tapices de Turquía y mi cuero de Bohemia. ¡Jebuseano! ¡Que muera!

(Como herido por una idea súbita.)

Sí, pero ¿quién me pagará cuando no exista? La augusta Débora no dejó su clavo en la frente del impío; Sansón no exponía nada, cuando su fuerza adormecida hizo caer, para su despertar, todo un templo enemigo; Judit, que triunfó de Holofernes dormido, huyendo, adornada todavía, de la sangrienta fiesta, sin perder ni una joya, supo llevarse la cabeza. Pero á mí ¿quién me indemniza? ¿Y qué provecho real podrá compensarme la muerte de Cromwell? ¿No habré de dejar algo á mi viuda? La cuestión así presentada me parece nueva. Pensémoslo. Pero ahí vienen nuestros buenos amigos los santos.

(Entran los puritanos conjurados, con LAMBERT á la cabeza. Todos envueltos en anchas capas, llevan grandes sombreros cónicos cuyas alas muy anchas caen sobre sus rostros sombríos y siniestros. Caminan con paso lento, como absortos en profundas contemplaciones. Algunos parecen murmurar una oración. Se ven lucir los puños de las dagas debajo de las capas entreabiertas.)

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA CUARTA

BAREBONE, LAMBERT, JOYCE, OVERTON, PLINLIMMON, HARRISON, WILDMAN, LUDLOW, SYNDERCOMB, PIMPLETON, PALMER, GARLAND, PRIDE, JEROBOÁN D'EMER y otros conjurados cabezas redondas.

LAMBERT, á BAREBONE

¿Qué tal?

(BAREBONE, sin contestar, le enseña con la mano el trono y el decorado de los atributos de la realeza, que los conjurados miran con indignación. LAMBERT se vuelve hacia la asamblea, y dice gravemente:)

Lo veis. Fiel á sus propósitos, hermanos, Cromwell prosigue su obra de reprobación. Westminster está listo; el estrado en su sitio, y esas son las gradas donde el vil Parlamento, á los pies de un Oliverio, vendrá á jurar. Aprovechemos para obrar el instante que nos queda; juzguemos á ese otro rey. Su crimen es evidente y manifiesto; ¡ahí está su trono!

OVERTON

No. Ese es su cadalso. Á él subirá para caer desde más alto. El mismo Cromwell, amigos, señaló su última hora. Esta pompa imitada de la tumba de los reyes, será su pompa fúnebre, y nuestro puñal unirá hoy su sombra á la sombra de Estuardo. ¡Ah! Ese

déspota hipócrita exhume ahora en provecho propio la realeza proscripta, y para arrancar á Carlos un cetro ensangrentado, registra aquel sepulcro donde nuestras manos le pusieron. Cromwell se atreve á arrebatar la corona á la tumba. Arrastrando á Cromwell, vuelva también á ella la corona, y si en adelante algún otro se atreve á reinar solo, conviértase siempre en sudario el manto de los reyes.

LAMBERT, aparte

Va demasiado lejos.

OVERTON, prosiguiendo

¡Anatema sea!

TODOS

¡Anatema!

OVERTON, prosiguiendo

Todo conspira con nosotros, todo, y Cromwell nos ayuda. Sí, señores; su fortuna le ciega, semejándose á un Atila hecho por Maquiavelo. Si no nos ayudase, nuestra vana cólera se consumiría en destruir su poder popular; él mismo es quien se pierde, no comprendiendo que cambia el terreno en que apoyaba sus pasos; que sale del suelo natal para morir, y que en suma, convirtiéndose en rey, Cromwell no es más que un hombre. Con ese título de muerte, se ofrece á todos los golpes. La muchedumbre, que era su sostén, le deja y se viene con nosotros; él solo entre ambos es quien firma un fatal divorcio, y dándonos el pueblo, nos da la fuerza. Quiere uno ser oprimido y pisoteado, según la ley, por un lord protector, pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

jamás por un rey. El pueblo acepta á un tirano plebeyo; Oliverio, protector, aunque fuese peor que Herodes, le parece ser el único cuya frente sin diadema puede llevar el peso vacilante del estado. Pero, si esa misma frente ciñe una corona, todo cambia, y ya no es, para ese pueblo que le ama, más que la cabeza de un rey, buena para ser despojo del verdugo.

TODOS, excepto LAMBERT y BAREBONE que desde la llegada de los conjurados parece absorto en profundas reflexiones.

¡Muy bien dicho!

JOICE

¡Nuestra espada no será envainada hasta que por segunda vez esté bañada en humeante sangre de un rey!

PRIDE

Cromwell viene, pues, en busca de su tumba á Westminster. Era gran sacerdote de su secta infiel prometida al infierno, y ahora quiere ser el ídolo; pues bien, que en su propio altar se le sacrifique.

LUDLOW

Wolsey, Goffe, Skippon, jefes de su guardia, con nosotros también le herirán, y á nuestros aceros vengadores nada podrá sustraerlo. Su yerno, Fletwood y su cuñado Desbourough, le dejarán caer, pues firmes en la fe, sus corazones republicanos prefieren verlo muerto que rey.

HARRISON

¡Honor á Fletwood y á Desbourough! ¡Sus almas no tienen temores de niño ni compasiones mujeriles!

GARLAND, que hasta entonces ha permanecido con la mirada fija en los primeros rayos de la aurora.

¡Jamás un sol tan hermoso lució ante mi vista, hermanos; qué víctima hemos de herir hoy! ¡Jamás había experimentado tanto orgullo ni tal alegría sintiendo que me encamino adonde el Señor me envía! Ni cuando Strafford colocó su cabeza á nuestro antojo entre la espada santa y el tajo sagrado; ni cuando murió aquel Laud, más execrable aún, de la cámara estrellada fugaz meteoro, prelado que, de su templo donde renacía Bethel, volvía hacia el oriente el sacrílego altar, y, de nuestro sábado burlón incendiario, prostituía en el juego los días de oración; ¡ni aún cuando Estuardo, orgulloso de sus antiguos derechos, por rayos de Dios tomó los florones de los reyes, y con su realeza soberbia y secular vino á arrodillarse ante el hacha popular! En cada uno de ellos, había, según está escrito, creído bajo su forma humana sacrificar el anticristo; pero veo hoy que, triunfante Sión, hiere al fin en Cromwell al fatal sicofante, y, desde las gradas de un trono inseguro, le hunde de nuevo en el Tofet, de donde le vomitó Satanás. ¡Qué día! ¡Qué Goliat, espanto de Inglaterra, echado desde lo alto sobre el polvo de la tierra!

SYNDERCOMB

¡Qué hermosa puñalada!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIDE

¡Qué honor para los que combatirán los combates del Señor!

JOICE, señalando el trono

¡Cómo va á correr su sangre por la púrpura donde le aguarda nuestra celada!

(Después de estas palabras de JOYCE, BAREBONE, que hasta entonces lo ha escuchado todo en silencio, se estremece como agitado por súbita inquietud.)

BAREBONE, golpeándose la frente, aparte

¿En qué estoy pensando? ¡Van á manchar mi trono con su sangre! ¿En qué emplearlo después? La tela perderá veinte por ciento.

(Alto, después de un instante de recogimiento.)

Vuestros discursos para mi alma tienen la suavidad del ámbar; soy el último miembro de la comunidad, hermanos; pero escuchad. Sometidos á los santos textos, queréis acuchillar á Cromwell. ¿Es esto permitido? Acordaos de Malco, cuya oreja cortada, hizo que Jesús maldijese la espada de Pedro. ¿No está prohibido, en nombre del Todopoderoso, herir con el acero y verter la sangre? Si respecto de este punto queda en vuestros corazones alguna duda, abrid el GÉNESIS, capítulo nueve, y los NÚMEROS, capítulo treinta y cinco.

(Explosión de sorpresa y de indignación entre los cabezas redondas.)

JOYCE

¡Cómo! ¿Quién habla así?

LUDLOW

Barebone, ¿quién hasta ese extremo os ha calmado?

GARLAND

¿Queréis salvar al anticristo?

BAREBONE, balbuceando

Al contrario... No digo eso...

SYNDERCOMB

¿Seríais acaso un falso hermano?

HARRISON

¿Somos bandidos á quienes se haya de condenar? ¿Asesinos?...

OVERTON

Matar no es asesinar. Ante el altar donde brilla purísima llama, el impuro macho cabrío se convierte en víctima sagrada, y el carnicero se vuelve sacrificador; Samuel mata á Agag, y nosotros al protector. Somos ministros del Altísimo y del pueblo.

JOYCE, á BAREBONE

Señor, nada bueno espero de vuestras siniestras miradas. Queríais salvar á Cromwell. Nada más.

BAREBONE

¡Barebone, gran Dios, proteger á Atila!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

SYNDERCOMB, lanzando una mirada de indignación sobre BAREBONE

¡Es un fereceo, ó por lo menos un guebro!

GARLAND

¿De dónde le viene en favor de Cromwell esa piedad fúnebre?

BAREBONE

¡Pero verter su sangre es violar la ley!

SYNDERCOMB, tocándole en el hombro

¿No habrá que teñir al fin la púrpura de ese rey?

PRIDE

¡Barebone está loco!

WILDMAN

¿Es que retrocedes, hermano?

LUDLOW, levantando la cabeza

¡Hay traiciones que se disfrazan con escrúpulos!

BAREBONE, asustado

¿Pensaríais que...?

SYNDERCOMB, furioso, á BAREBONE

¡Silencio!

GARLAND, á BAREBONE

¿Has bebido acaso agua del mar Muerto?

HARRISON

Apoya á Baltasar.

OVERTON

¿Seríais un Achán venido á nuestros valles para turbar el reposo de las tribus desoladas?

PRIDE

¡No reconozco ya á Barebone! ¿Será que algún demonio se aparece con su rostro para socorrer á Ammón?

GARLAND

¡Eso es! Esta noche tuve un mal sueño.

SYNDERCOMB, sacando su daga

Sometamos su magia á la prueba del acero.

(Al ver brillar el arma, BAREBONE, que hasta entonces no ha podido hacerse escuchar, grita con nuevo esfuerzo.)

BAREBONE

¡Pero oidme!

LAMBERT

Habla.

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
U. A. N. L.

BAREBONE, asustado

Amigos, no quiero salvar al Aod inglés de una muerte harto justa; pero se le puede matar sin cometer un sacrilegio, estrangularlo, envenenarlo, acogotarlo, ¿qué sé yo?

SYNDERCOMB, envainando el puñal

Está bien.

GARLAND, estrechando la mano á BAREBONE

Vamos, lo comprendí mal.

WILDMAN, á BAREBONE

Me alegro de ver que vuelves á los buenos sentimientos.

OVERTON, á BAREBONE

Aunque la sangre vertida sea una falta enorme, no tenemos tiempo para matarlo con las formas debidas.

BAREBONE, cediendo con mal agrado

En buen hora. Haced como os agrade, acuchillad al maldito.

(Aparte.)

¡Sin embargo, es terrible!

GARLAND

El sable de Judit es hermano de los cuchillos que

van á herir su cabeza. En el arsenal del cielo su puesto está ya dispuesto.

HARRISON

Hermanos, tributemos gracias al Señor Dios. Él es quien de los viles caballeros nos libra; su ayuda hubiera manchado la obra y empañado nuestra gloria. Pero Dios, que sólo para nosotros reserva la victoria, de Ormond y de Oliverio confundiendo los designios, echa á Ormond sobre Cromwell y entrega á Cromwell á los santos.

TODOS, agitando sus puñales

¡Bendito sea el Señor!

LAMBERT

Señores, corre el tiempo. El pueblo á Westminster va á venir en numerosa muchedumbre. ¿Y si nos sorprendieran?

OVERTON, bajo á JOYCE

Lambert siempre tiene miedo.

LAMBERT

No nos abandonemos á una engañosa esperanza. ¿En qué quedamos? Concluyamos pronto.

SYNDERCOMB

Hay que herir á Cromwell en punto vulnerable de la armadura; nada más.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LAMBERT

Pero ¿dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

OVERTON

Escuchad. Colocados en la fila de los espectadores ó de los actores, prestemos todos atención á la ceremonia, y sin cesar tengamos la mano puesta en la daga. Primero oiremos hablar á muchos retóricos, arengas de concejales y de predicadores; luego Cromwell recibirá en su efímero trono la púrpura de Warwick, la espada del lord mayor, los sellos de Whitelocke, y, para infringirla de nuevo, de Tomás Widdrington, la Biblia con broches de oro; finalmente, de Lambert tomará la corona. Ese será el instante decisivo. Entonces se le rodeará; y así que sobre la frente luzca la impura cimera, ¡que se le mate!

TODOS

Amén.

LAMBERT

Pero ¿quién herirá primero?

SYNDERCOMB

¡Yo!

PRIDE

¡Yo!

WILDMAN

¡Yo!

OVERTON

Ese honor me corresponde.

GARLAND

Yo lo reclamo. Para no errar el golpe, he bendecido este acero.

HARRISON

¡Yo comenzaré! Mi daga al viejo envenenador debe un golpe por cada uno de los cien nombres del Señor; y desde hace quince días, puedo decirlo sin reparo, se ejercita hiriendo á un Cromwell de cera.

LUDLOW

La gloria de ese hecho es grande, y concibo que cada uno de nosotros la quiera para sí. Yo mismo, si alguna vez mi oración constante solicitó del cielo una gracia brillante, fué el honor de matar á Cromwell yo solo. Quería que mis hijos dijesen de su abuelo: De los Estuardos y de Cromwell venció el genio, y Ludlow dos veces mató la tiranía. Pero ese mismo Ludlow, ciudadano desinteresado, primero que la suya, quiere la felicidad del pueblo. Lambert es entre nosotros el más elevado por la categoría y llevará la corona, estando en el estrado mejor que todos colocado para herir con seguridad.

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAMBERT, alarmado, aparte

¿Qué quiere decir?

LUDLOW, prosiguiendo

Conviene que en tal circunstancia, por el interés público, todos se sacrifiquen. Imitadme. Ludlow abandona y encarga el honor del primer golpe al general Lambert.

LAMBERT, aparte

¿Y quién se lo pide? ¡Me mata! ¡Me pierde!

PRIDE

Está bien; me someto á las razones de Ludlow.

SYNDERCOMB

Me sacrifico.

(A LAMBERT.)

Heriréis.

LAMBERT, balbuciente

Señores, tanto honor me consuela en mis aflicciones...

(Aparte.)

¡Qué horrible contrariedad!

WILDMAN, á LAMBERT

¡Derribaréis á Cromwell! ¡Ah, qué feliz sois!

GARLAND

¡Como el Arcángel, vais á subir sobre Satanás!

LAMBERT, turbado

¡Hermanos, estoy confuso!...

OVERTON, bajo á JOYCE

¡Ved cómo cambia!

JOYCE, bajo á OVERTON

¡Cobarde!

LAMBERT, prosiguiendo

Estoy encantado... (Aparte.)
¡Estoy desesperado! ¿Qué hacer? ¡Ah! ¡Ese Ludlow! (Alto.)
Honrado con tal elección, no acierto á deciros sin alegría...

OVERTON, bajo á JOYCE

¡Está pálido!

LAMBERT, prosiguiendo

Pero...

GARLAND, á LAMBERT

¡Que el Dios de los fuertes se muestre en vuestras manos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

SYNDERCOMB, á LAMBERT

Vuestro papel será tan fácil como hermoso.

(Sube al estrado y señala el sillón.)

Ahí se sentará Cromwell, mejor dicho, Nabo, ya que Cromwell y Nabo fueron siempre un solo y mismo diablo.

(Adelanta un paso é indica el lugar que LAMBERT ocupará en el trono.

Estaréis aquí.

LAMBERT, aparte

¡Es irremediable!

SYNDERCOMB, prosiguiendo la demostración

Y podréis sin trabajo, separándole el manto, al darle la corona, hundirle el puñal. Os envidio.

LAMBERT, á SYNDERCOMB

Amigo, como buen hermano, os cedo el honor de herir.

LUDLOW, con viveza á LAMBERT

No, sois necesario. Sois el único que tiene un sitio propio para dar bien el golpe. Encargárselo á Syndercomb fuera exponerlo todo.

LAMBERT, insistiendo

Pero soy el menos digno...

OVERTON

¡Cómo! ¿Lambert vacila?

LAMBERT, aparte

¡Vamos!...

(Alto.)

¡Heriré!

TODOS, agitando los puñales

¡Muera el amalecita! ¡Muera Oliverio Cromwell!

BAREBONE, con aire de súplica

¡Escuchadme por favor, hermanos! Al librar á Israel de un falso rey, al acuchillar á Cromwell, no destrocéis el trono. Ese terciopelo es caro, y vale diez pesos la vara.

(Al oir estas palabras de BAREBONE, todos los puritanos retroceden y le miran escandalizados. BAREBONE prosigue sin hacer caso de ello.)

¡Tened cuidado, al herir, de no manchar las cortinas! Haced lo que podáis para que caiga de espaldas, de modo que la sangre de ese Moloch vivo, sobre mis tapices de Alepo se extienda lo menos posible.

(Nuevas manifestaciones de indignación entre los conjurados.)

SYNDERCOMB, mirando á BAREBONE de soslayo

¿Quién es ese publicano?

PRIDE

¡Cómo! ¿Otra vez Barebone?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GARLAND

¡Me parece oir hablar á Nabucodonosor!

WILDMAN, á BAREBONE

¿Del rico malvado has aprendido la parábola?

LUDLOW

¡Cuando sacrificamos nuestras vidas, vos contáis vuestro óbolo!

OVERTON, riendo

Eso es. El señor tapicero de Cromwell, para salvar su terciopelo, haciendo hablar al cielo, bajo la protección de Dios ponía su mercancía.

GARLAND

Mezclar tales cosas, es pedir que caigan rayos y centellas, si están ociosos.

WILDMAN

¡Es un abominable erastianismo!

BAREBONE, aparte

¡Ay! ¡En el fondo esa es la verdad!

(Alto.)

Permitid que me explique. ¿Es uno rebelde á Dios, traidor á la república, no desdeñando los bienes que en su bondad Dios da al hombre, los consuelos concedidos á la carne? (Señalando al trono.)

Desde la base al dosel, ese trono tiene diez codos. ¿No puedo echar de menos este rico mueblaje? Todo cuanto poseo está aquí.

HARRISON, lanzando miradas ávidas hacia el espléndido decorado que indica BAREBONE

¡Pero verdaderamente es muy hermoso! ¡Si no me daba cuenta de ello! ¡Esas bellotas y borlas son de oro, de oro puro! ¡Mira, Syndercomb, mira! Tan sólo ese sillón forrado de brocado vale mil jacobos.

BAREBONE

¡A lo menos!

HARRISON, á SYNDERCOMB

¿Qué te parece?

SYNDERCOMB, mirando atentamente el sillón

¡Qué botín!

BAREBONE, estremeciéndose

¿Qué ha dicho?

SYNDERCOMB, á los otros conjurados

El Dios que nos apoya, hermanos, da á sus santos todos los bienes de este mundo. Esto nos pertenece. Muerto Cromwell á nuestras manos, podremos repartir sus despojos entre nosotros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BAREBONE

¡No! ¡Cielos, mi paño de oro, mis cortinas, mi seda!

SYNDERCOMB

¡El vellocino de oro es presa de las águilas del Líbano!

BAREBONE

¡Águilas! ¡Dí cuervos más bien! ¿Tú quisieras...?

OVERTON, separándolos

¡Señores, primero debemos matar; después liquidaremos!

TODOS

¡Amén!

BAREBONE, aparte

¡Maldición! ¡Pero son unos piratas! ¡El saqueo es su propósito! ¡Bandidos! ¡Almas ingratas! ¿Qué hacer? ¡Me volverían infiel para con Sión! ¡Repartirse entre ellos lo que es mío! ¡Maldición!

(BAREBONE se separa del centro de los conjurados y parece sumido en amargas reflexiones.)

OVERTON, á los cabezas redondas que le rodean

¡Hermanos! Mientras Israel sobre su trono y cuerpo á cuerpo ataca al rey de Babilonia, y levanta por

nuestras manos contra Oliverio I el estandarte en que revive el arpa y la palmera, seis de los nuestros permanecerán en la sala de los guardas.

TODOS

¡Bien!

OVERTON, prosiguiendo

Ocultando sus puñales ante las alabardas, doce se colocarán en las gradas de la escalinata, donde Ricardo puso la espuela á Norfolk; cuatro en los Ayudantes y cuatro en el patio de las Tutelas. Los demás, dispersos por las capillas de los viejos Plantagenet, de los Estuardos y de los Tudores, guardarán las escaleras y cerrarán el paso de los corredores; y ya sea que Oliverio gane ó pierda la ventaja, pudiendo impedirle ó abrirnos paso, deberán por sus discursos propagar el ardor que entre la multitud ha de alentar ocultamente, y, de las santas tribus aumentando la cólera, apresurar la erupción del volcán popular.

TODOS, excepto BAREBONE, agitando los puñales

¡Que devore á Abirón! ¡Que consuma á Datán!

GARLAND, se arrodilla en medio del círculo de los puritanos, y exclama levantando su daga hacia el cielo

¡Oh, Dios!, que creaste el átomo y el leviatán, apoya en tu bondad nuestra santa empresa. Haz, para manifestar tu poder que algunos desprecian, que del seno de Cromwell salga humeante este acero. ¡Guía nuestros golpes, Dios bueno! ¡Dios salvador! ¡Dios clemente! Que así tus enemigos sean pasados á de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

güello. Puesto que te rendimos este piadoso testimonio, en nuestras manos, en nuestras frentes, haz resplandecer, ¡oh Dios!, tus dagas flamígeras y tus espadas de fuego.

(Se levanta, y los puritanos, inclinados durante un momento, parecen orar con él.)

BAREBONE, aparte

La abominación habita en su mente. ¡Repartirse mi bien!

LAMBERT

Señores, ha pasado la hora. Salgamos.

(Aparte.)

¿Cómo dar ese golpe?

LUDLOW

No hablemos más, ¡matemos! ¡Que el maldito figure entre los elegidos!

(Todos los conjurados, excepto Barebone, se van con la misma gravedad de procesión que tuvieron al entrar. En el instante en que Lambert va á pasar el umbral de la puerta, Overton le retiene por el brazo.)

ESCENA QUINTA

LAMBERT, OVERTON, BAREBONE

(Durante toda la escena, Barebone, que parece meditar dolorosamente, está ocultado á la vista de los dos compañeros por el estrado del trono.)

OVERTON

¿Milord general?

LAMBERT

¿Qué?

OVERTON

Por favor, una palabra.

LAMBERT

Escucho.

(Ambos vuelven al primer término de la escena y permanecen un instante frente á frente. Lambert en el silencio del que espera y Overton como sin saber de qué lado hacer explosión.)

OVERTON

¿Tenéis la mano segura?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

güello. Puesto que te rendimos este piadoso testimonio, en nuestras manos, en nuestras frentes, haz resplandecer, ¡oh Dios!, tus dagas flamígeras y tus espadas de fuego.

(Se levanta, y los puritanos, inclinados durante un momento, parecen orar con él.)

BAREBONE, aparte

La abominación habita en su mente. ¡Repartirse mi bien!

LAMBERT

Señores, ha pasado la hora. Salgamos.

(Aparte.)

¿Cómo dar ese golpe?

LUDLOW

No hablemos más, ¡matemos! ¡Que el maldito figure entre los elegidos!

(Todos los conjurados, excepto Barebone, se van con la misma gravedad de procesión que tuvieron al entrar. En el instante en que Lambert va á pasar el umbral de la puerta, Overton le retiene por el brazo.)

ESCENA QUINTA

LAMBERT, OVERTON, BAREBONE

(Durante toda la escena, Barebone, que parece meditar dolorosamente, está ocultado á la vista de los dos compañeros por el estrado del trono.)

OVERTON

¿Milord general?

LAMBERT

¿Qué?

OVERTON

Por favor, una palabra.

LAMBERT

Escucho.

(Ambos vuelven al primer término de la escena y permanecen un instante frente á frente. Lambert en el silencio del que espera y Overton como sin saber de qué lado hacer explosión.)

OVERTON

¿Tenéis la mano segura?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LAMBERT

¿Lo dudáis?

OVERTON

Lo dudo, sí.

LAMBERT, con altanería

¡Cómo!

OVERTON

Escuchadme. Para derribar á Cromwell, se fía á vuestro brazo la espada de Israel; os han escogido para rasgar la trama y para cortar el nudo de tan terrible drama. Recibísteis este honor con un corazón temeroso, cuando yo lo hubiera pagado con el precio de mi sangre. Hubiérais preferido que alguien por vos hiciese ese cometido. Os conozco á fondo. ¡Ambicioso y cobarde!

(LAMBERT bosqueja un gesto de indignación. OVERTON le detiene.)

Dejadme decir. Aquí dejo aparte vuestros planes, ocultos con una careta que no se ajusta bien. No os diré que mi vista os penetra, que siento, aunque en realidad haya de nacer aun, en la conjuración común surgir vuestra conjura; contáis por nuestras manos, milord, salir á flote. Pensáis, y así es como calcula vuestro orgullo, que se reemplaza un gigante con un enano ridículo. Queréis sencillamente heredar á Cromwell, y ni siquiera el peso de su carga os hace vacilar, y, sin embargo, milord, es para vos demasiado. Veo la mano que coge y no el brazo que lleva. Pero nada hay tan cándido como esos arreglos en que atribuís la suerte de vuestros deseos. ¡Pretendéis que en todo

el pueblo os ayuda, como si se viese en la historia del mundo, cuando sobre cabezas libres se deja caer un yugo, que un tirano pese menos sólo por ser más pequeño!

LAMBERT, furioso

¡Coronel Overton! Esa injuria...

OVERTON

Como queráis, os contestaré. Por el momento servíos oir mi voz, la ruda verdad. ¡Todavía no sois rey para que se os adule! Pues bien; sin volver á ocuparme en vuestros sueños de imperio, he aquí lo que mi espíritu me obligaba á deciros. Tenéis que dar un golpe del cual tembláis; entre los espectadores allí reunidos, estaré junto á vos. Si vuestra mano vacila, si de Cromwell I castigando la insolencia, así que lleve la corona á su frente, no le acuchilláis, yo seré más rápido. Mirad este cuchillo.

(Enseña su daga á LAMBERT.)

Este acero, á falta de otro, para ir á su corazón pasará por el vuestro.

(LAMBERT retrocede como herido de estupor y de cólera.)

Ahora os dejo entre dos cobardías. Elegid.

(Se va.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA SEXTA

LAMBERT, BAREBONE, siempre en el rincón del teatro

LAMBERT, temblando de rabia y siguiendo á OVERTON hasta la puerta grande

¡Os atrevéis!... ¡Insolente! ¡Escuchad!... Se va. ¡Y sobre mi frente un carmín ardiente acusa á esta mano tardía en castigarlo! ¡Se va! ¿No me ha humillado bastante el traidor? ¡A qué locos furiosos me han atado mis proyectos! ¡Ay! ¿Cuál es mi suerte desde que conspiro? ¡Arrojado sin cesar lejos del objetivo á que aspiro, amenazado con perderlo todo en el momento en que venceremos, y entre mil peligros empujado por mil afrentas! ¡Pisoteado por el tirano, despreciado por los esclavos! ¿Retroceder? ¡Hacia el abismo! ¿Adelantar? ¡Sobre ardientes lavas! ¡Overton ó Cromwell! ¡O víctima ó verdugo! ¡Cómo! ¿Contra mi desenvainar la espada? ¡Es capaz de hacerlo! ¡Será preciso herir!

BAREBONE, sin ser visto ni oído por LAMBERT

¡Esa raza culpable me saquearía!

LAMBERT, pensativo

¡Herir á Cromwell entre los suyos! ¡Ante sus guardias! ¡Él, que me colmó de bienes! ¡Es una ingratitud! Y luego ¿si falla el golpe?

BAREBONE, pensativo

¡Saquear un capital que bastaría para fundar un banco!

LAMBERT

¡Fatal ambición, me llevaste demasiado alto! ¡Mi pie buscaba un trono y tropieza con un tajo!

(Se pasea vivamente agitado y lanza una mirada fuera de Westminster.)

Alguien viene. Salgamos. La muchedumbre se reune; vamos á vestirnos para la ceremonia.

(Se marcha.)

BAREBONE

¡Falsos hermanos! ¡Tenéis envidia de mis bienes! ¡Ay de vosotros! ¡Ay de mí! ¡Ay de todos!

(Se va.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA SÉPTIMA

TRICK, GIRAFF, ELESPURÚ; luego GRAMADOCH

(Los tres bufones entran en la gran sala por la puerta principal, y miran de soslayo á BAREBONE que sale.)

TRICK

¡Barebone!

GIRAFF

No parece estar alegre.

ELESPURÚ

¡Tonto fanático!

TRICK

¡Samuel de mostrador! ¡Jeremías de tienda!

ELESPURÚ

Él es quien para Cromwell procuró todo esto.

TRICK

Le roba.

GIRAFF

Hace más, le asesina.

TRICK

De modo que su sed de sangre y de oro sobre Noll queda saciada; quiere cogerle á la vez la bolsa y la vida.

ELESPURÚ

¿Qué nos importa?

GIRAFF

Vamos, ¿dónde nos colocaremos?

TRICK, señalando un palco estrecho detrás del trono, en un tramo

En esta tribuna.

ELESPURÚ

Sí, todos cabremos allí.

(Los tres bufones pasan por debajo de los cortinajes y reaparecen luego en la tribuna.)

TRICK

Se está muy bien aquí.

GIRAFF

Veremos perfectamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ELESPURÚ, estirándose sobre un cojín y bostezando

Buen puesto para dormir á pierna suelta. Bien lo necesito. Trick, hicimos mal pasando la noche en vela bajo los emparrados de los cenadores, exponiéndonos á coger un resfriado ó una gota serena.

TRICK

Cromwell nos resarcirá en su coronación. Gramadoch nos promete un extraño desenlace.

GIRAFF

¡Gramadoch! Vamos á verle en todo su esplendor, llevando la cola del manto y la vara de marfil.

ELESPURÚ

¿Esplendor? Como queráis, amigos. Yo no quisiera, yo, vil bufón, llevar la cola de Cromwell rey. ¡Qué vergüenza! Ante la ciudad y los suburbios, ser visto así, tirando al diablo de la cola.

TRICK

Canta

A Oliverio con tesón
Amo mucho. ¿A qué negar?
Y Gramadoch el bufón,
Los extremos á la par
De igual género que son.

Encontrar un caso igual
Y creerlo, es cosa dura,
En grave ceremonial
Del genio ver la locura,
Depender de un manto real.

GIRAFF

Por poca dignidad y nobleza que en su aire afecte Gramadoch, parecerá siempre que el representante de la locura lleva á un cuerdo del cabestro.

ELESPURÚ

¡El loco irá delante!

TRICK

Pero, en fin, ¿por qué Cromwell se hace llevar la cola de su manto?

ELESPURÚ

¡Qué agudo es Trick! Es para impedir que su traje real no se arrastre por el lodo, barriendo la sala.

TRICK

Comprendo; el motivo me parece natural. Pero ¿quién impedirá que se arrastre por encima de Cromwell?

GIRAFF

Ormond lo hubiera hecho.

ELESPURÚ

Sí; pero Cromwell le manda al diablo, descalzo, con la cuerda al cuello, á pedir perdón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GIRAFF

¡Pobre hombre! ¿Está ahorcado ya?

TRICK

No.

GIRAFF

Mejor. Cuando hayamos concluído aquí este drama fastidioso, saldremos quizás á tiempo para verle colgar. ¡Bien hay que divertirse un poco!

TRICK

Señores, pensándolo bien, creo que podríamos reir igualmente aquí. La muerte representará en Westminster también su papel. Si tengo buena vista, Cromwell se encamina derecho á su pérdida. Su fortuna, indignada al fin, ya le abandona. He recorrido Londres en todos sentidos, y los transeuntes se saludan con tristeza. He visto en Temple-Bar, en el Strand, en Gate-House, á la milicia celosa, rugir con sólo oir pronunciar la palabra rey. Contra Oliverio, cambiando en la obscuridad sus misteriosas señales, los partidos comenzaron de nuevo su obra. Todo amenaza.

ELESPURÚ

¿Y el pueblo?

TRICK

Observa, y se parece al leopardo que ve á dos lobos luchar á la vez. Espera, y les deja destrozarse en

paz. Contento con poder devorar al vencido; pero la mina está preparada, y si no me equivoco, bajo los pies de Oliverio habrá de estallar aquí.

GIRAFF, contento

¡Qué ruido van á hacer juntos los locos y los santos; chocarán los aceros y batiremos palmas!

ELESPURÚ

Canta

¡Oliverio, amo mío, ten cuidado!
Un traidor á otro encuentra en su camino.
El demonio tal vez ha fabricado
Ese trono flamante y purpurino.
La muerte levantó soberbio estrado
Que puede convertirse por tu mal,
Si el destino se muestra despiadado,
En sombría y cruel cama imperial.
Tu estrella á no dudar habrá mentido.
Sobre el muro fatal de ese edificio
De pompa y esplendor en que has vivido,
Hoy se cierne secreto maleficio.
Las brujas en redor de ese palacio,
Sumidas en profunda obscuridad,
Han escrito tu sino en el espacio
En mágico alfabeto sin piedad.
Bajo esas fundas de color violeta,
Bajo el dosel que sin cesar relumbra,
Hallarán esqueletos, si violenta
La púrpura cayera en la penumbra.
Sobre esas gradas de oropel prendidas,
Ese bello tapiz de pliegue hermoso
Va ocultando á tus pasos regicidas
La escala de un cadalso pavoroso.

TRICK Y GIRAFF, aplaudiendo

¡Es preciosa la canción!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TRICK

A propósito, señores, una idea. Mientras que Gramadoch, que tiene más de un codo de altura, sostendrá gravemente la cola del manto de Cromwell, á la vista del Parlamento, en el instante solemne, en las barbas de los ujieres y maceros, hemos de hacerle reir á fuerza de muecas.

ELESPURÚ, batiendo palmas

¡Perfectamente!

GIRAFF, brincando

¡Bueno!

UNA VOZ FUERA, canta

Cuando baja la abadesa
Sus ojos para mirar,
Su mirada encantadora
Mintiendo está sin cesar.

En vano en recinto santo
Arde ya su corazón,
Pues á Cupido lo ha dado
Antes con loca pasión.

Lo que vende la abadesa
De este convento, no son
Reliquias tiernas y frías
Llenas de sagrada unción.

¡Amor!, cuando se es canóniga.
¿Será sólo que pensó
Pronunciar esta palabra
Por saber tu nombre? ¡No!

(Entra GRAMADOCH.)

TRICK

¡Pero si es él! ¡Él mismo que regresa!

GIRAFF, á GRAMADOCH

¿Qué te trae hoy entre nosotros?

TRICK, á GRAMADOCH

¿Desde cuándo se ve en la tierra, delante de su amo, ir al caudatorio?

GRAMADOCH

Para adular con más lustre al nuevo rey, el hijo de lord Roberts ha pedido mi empleo; y en vista de que un gran señor quiere ser mi compañero, por hoy sólo seré portacola honorario.

ELESPURÚ

¡El hijo de un lord llevar la cola de Oliverio! ¡Lo que fué nuestra vergüenza constituye su gloria! ¡Se digna envidiarla! Dejémosle su cargo. Amigo, he de abrazarte. Para honor de los bufones, mi orgullo le da las gracias.

(GRAMADOCH sube á la tribuna y sus compañeros le rodean.)

GIRAFF

A nuestra alegría, hermano, le faltaba tu chispa.

TRICK

Sí; cuantos más locos se juntan, como dice el otro,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

más se ríe uno. Me agrada que los cuatro nos cobijemos bajo un mismo techo.

ELESPURÚ

Es placer de los dioses cuando todos los bufones estamos reunidos.

GRAMADOCH

Eso es lo que me agrada.

(Entra MILTON.)

Aquí llega el maestro Milton; ya estamos todos.

ESCENA OCTAVA

LOS CUATRO BUFONES y MILTON

MILTON, acompañado por su guía, se adelanta lentamente y se vuelve hacia el trono, como abatido por sombría desesperación

Es preciso. ¡La suerte está echada! Apuremos todo el cáliz; aceptemos el suplicio sin perder ni uno solo de sus tormentos. Veamos hacer este rey. El teatro está preparado, y antes que concluya el día, ó habrá bajado á la tumba, ó caído sobre un trono.

TRICK, bajo á GRAMADOCH

¡El cantor de Satanás sabe hacer bien una plática!

MILTON, prosiguiendo

¡Ah! Que muera ó que reine, sí, en este día de luto, ahí es donde Cromwell va á cavarse la tumba! ¡Ay! A Cromwell rey, Cromwell héroe se sacrifica, y por la corona deja la aureola; ¡así se ven inclinarse hasta el rebajamiento las frentes más sublimes! ¡Cromwell quiere ser príncipe! Da su gloria por un rango y su nombre por un título.

GRAMADOCH, bajo á TRICK

¡Para no tener mitra, no predica mal!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

más se ríe uno. Me agrada que los cuatro nos cobijemos bajo un mismo techo.

ELESPURÚ

Es placer de los dioses cuando todos los bufones estamos reunidos.

GRAMADOCH

Eso es lo que me agrada.

(Entra MILTON.)

Aquí llega el maestro Milton; ya estamos todos.

ESCENA OCTAVA

LOS CUATRO BUFONES y MILTON

MILTON, acompañado por su guía, se adelanta lentamente y se vuelve hacia el trono, como abatido por sombría desesperación

Es preciso. ¡La suerte está echada! Apuremos todo el cáliz; aceptemos el suplicio sin perder ni uno solo de sus tormentos. Veamos hacer este rey. El teatro está preparado, y antes que concluya el día, ó habrá bajado á la tumba, ó caído sobre un trono.

TRICK, bajo á GRAMADOCH

¡El cantor de Satanás sabe hacer bien una plática!

MILTON, prosiguiendo

¡Ah! Que muera ó que reine, sí, en este día de luto, ahí es donde Cromwell va á cavarse la tumba! ¡Ay! A Cromwell rey, Cromwell héroe se sacrifica, y por la corona deja la aureola; ¡así se ven inclinarse hasta el rebajamiento las frentes más sublimes! ¡Cromwell quiere ser príncipe! Da su gloria por un rango y su nombre por un título.

GRAMADOCH, bajo á TRICK

¡Para no tener mitra, no predica mal!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

MILTON, prosiguiendo

¡Cuánto me cuesta odiar á ese arcángel mortal, cuyo nombre hubiera esculpido yo en las piedras de un altar! ¡Cómo supo entretenernos con un error engañoso el hombre en quien adoré á la verdad viviente! ¡Ah! Para siempre aquí vengo á decirte adiós, rey fatal, rebelado contra el pueblo y contra Dios. Coge, pues, la realeza de César y de Guisa. La corona se dora y el puñal se afila.

(Se retira á un rincón del teatro, hacia el lado opuesto del palco de los bufones, y permanece inmóvil.)

ESCENA NOVENA

Los mismos, pueblo. Luego WILLIS; luego OVERTON, SYNDERCOMB y los conjurados puritanos

(Entra un grupo de gente del pueblo, hombres, mujeres, ancianos, con traje de puritanos. Todos parecen pertenecer á diversas profesiones. Se distingue en medio de ellos á un viejo soldado reformado. Llegan en tumulto y precipitadamente; los que entran primero llaman á los que les siguen y les gritan:)

¡Por aquí!

MILTON, á su paje

¿Quién viene ahí?

EL PAJE

Gente del pueblo.

MILTON, con amargura

¡Ah, sí! ¡El pueblo! Siempre sencillo y siempre deslumbrado, viene á una escena á su costa adornada, á ver como otros juegan el destino de lo que le pertenece.

UN BURGUÉS

¡Aún no hay guardias!

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OTRO BURGUÉS

Felizmente somos los primeros.

TERCER BURGUÉS

Coloquémonos pronto en los primeros puestos.

(Todos se colocan cerca del trono. Entra RICARDO WILLIS envuelto en una capa.)

TRICK, enseñando á los burgueses y á WILLIS á sus compañeros

Ved esos buenos burgueses y aquel hombre de mirada falsa, es distinto el objeto que los trae aquí; ellos vienen para ver, él para observar; es Willis el espía.

GIRAFF

¿Por qué reprobarlo? No sólo de vanas palabras se ha de alimentar el sabio. Son curiosos de diferente especie; nada más.

(Entran OVERTON y SYNDERCOMB, confundiéndose entre los grupos reunidos ya.)

PRIMER BURGUÉS, enseñando el estrado á su vecino

Será magnífico.

SEGUNDO BURGUÉS

¡Soberbio!, amigo.

TERCER BURGUÉS

Oliverio no hace las cosas á medias.

UNA MUJER

¡Ese trono es de oro macizo!

OTRA MUJER

¡Esas franjas son perfectas!

UNA TERCERA MUJER

¡Por fin tendremos juegos, espectáculos, fiestas!

UN MERCADER, desde un grupo

Ese Barebone tiene suerte, de veras. ¡Lo que es haber tenido un hermano en el Parlamento!

EL PRIMER BURGUÉS, al mercader

Sí, en la *Rabadilla* hacía triste papel.

EL MERCADER, examinando la colgadura de un pilar

¡Es que les vende eso como tela de China! ¡Tapicero de la corte! Si tal suerte tuviese, en mi Biblia, de rodillas colocaría el nombramiento. Debe ganar aquí el oro á toneladas.

SEGUNDO BURGUÉS

¡Viva Oliverio rey!

PRIMERA MUJER

Concluyeron los predicadores monótonos. Volveremos á ver los bailes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

SEGUNDO BURGUÉS

Las carreras de caballos.

TERCERA MUJER

Y los cómicos burlándose de los prebostes.

SEGUNDA MUJER

Y esos egipcios, que por bandadas venían al jardín del Moral á bailar la zarabanda.

(El soldado viejo, que hasta entonces permaneció inmóvil, adelanta un paso hacia las mujeres, y exclama con voz de trueno:)

¡Que callen las mujeres!

(Movimiento de sorpresa en el grupo.)

PRIMER BURGUÉS

¡Cómo! Parece un soldado, según creo.

SEGUNDO BURGUÉS

¿Qué tiene que decir á las mujeres de los burgueses?

EL SOLDADO, á los burgueses

¡Callad, mujeres!

LOS BURGUESES

¿Nosotros mujeres?

EL SOLDADO

¡Sí, mujeres! ¡Vosotros aun más que ellas!

(Señalando á las mujeres.)

Son pobres almas; pero ¿qué decir de vosotros, que las sobrepujáis en loca alegría y en insensatas risas?

OVERTON, dando una palmada en el hombro del soldado

Bien. ¿Sin duda os ha alimentado de injusticias? Como á nosotros, después de viejos servicios, ¿os dejaron de reemplazo? ¿Os quitaron vuestro empleo?

EL SOLDADO

Más que eso todavía; hay quien quiere reinar sobre mí.

OVERTON, á la muchedumbre

Tiene razón, amigos. En efecto, ¿es oportuno reir cuando Dios truena y cuando llora Israel? ¿Cuando un hombre que oprime á los que le protegieron, viene á imponer un trono al esquilmado pueblo? ¿Cuando se agrian los males que padece Inglaterra?

PRIMER BURGUÉS

Está bien. Pero el soldado tiene la palabra dura.

(La muchedumbre va aumentando poco á poco. Entra el obrero NAHUM.)

OVERTON

¡Ah! Hermanos, perdonad á ese noble mártir el acento de un corazón turbado ante las pompas de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Tiro; dejadle que sólo aquí mezcle su queja amarga con los gritos de la patria. ¡Ay de nuestra madre, á quien destroza hoy el nacimiento de un rey!

TERCER BURGUÉS

¡Un rey! Esa palabra me hiere sin saber por qué.

SEGUNDO BURGUÉS

Todo cuanto he pensado, este señor me lo explica.

NAHUM

¡Un rey es un tirano!

SEGUNDO BURGUÉS

¡Viva la república!

OVERTON

¿Y qué rey? ¡Ese Cromwell! ¡Un hipócrita! ¡Un opresor! ¿Qué era ayer?

EL SOLDADO

Un soldado.

EL MERCADER

Un cervecero.

TERCER BURGUÉS

¿Quién nos librará de esta fiesta horrible?

PRIMER BURGUÉS

¡Cromwell usurpar, eso es terrible!

NAHUM

¡Se atreve á nombrarse rey! Es una impiedad.

SEGUNDO BURGUÉS

Un crimen.

PRIMER BURGUÉS

Se ha proscripto la realeza.

OVERTON

Todos tenéis derechos á ese trono.

PRIMER BURGUÉS

Sin duda. ¿Por qué él más bien que nosotros?

OVERTON

El infierno señala su camino. ¡Resucitar á los reyes con los antiguos abusos!

NAHUM

¡Devolver á Jerusalén su antiguo nombre de Jebo!

OVERTON

¡Aplastarnos con el peso de un trono abominable!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMERA MUJER

¿No dicen que ha pactado con el diablo?

SEGUNDA MUJER

Refieren que de noche sus ojos parecen ascuas.

TERCERA MUJER

Se asegura que en la boca tiene tres hileras de dientes.

(Entran poco á poco todos los conjurados puritanos, excepto LAMBERT. Se dan la mano al encontrarse y se confunden entre el pueblo.)

NAHUM

Es el monstruo anunciado por san Juan.

SEGUNDO BURGUÉS

Es la bestia del Apocalipsis.

EL SOLDADO

Sí.

OVERTON

Cromwell sobre nuestras cabezas lanza las nueve plagas.

NAHUM

¡Es un asirio!

OVERTON

Sí, nuestros males están en el colmo.

EL MERCADER

¡No vendo nada!

EL SOLDADO

Sin pan, andar descalzo y dormir en el suelo duro será lo que nos espera, mientras que Noll colgará su cifra de esos pilares.

OVERTON

¡Iríamos á la puerta á esperar sus limosnas!

NAHUM

Lo que le falta á Cromwell, no son tronos: es la horca de Amán ó la cruz de Barrabás.

SYNDERCOMB

¡Muera Cromwell!

WILLIS, entre la muchedumbre

¡Sí, muera!

MILTON, estremeciéndose al oir la voz de WILLIS, á los conjurados puritanos

Señores, hablad más bajo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

WILLIS

¡Muera el usurpador!

EL SOLDADO

¡Hablar más bajo! ¿Qué importa? Iré á decirle: ¡muere! hasta el umbral de su puerta.

NAHUM, al soldado

Las sentencias de Dios se proclaman en alta voz. Soldado, tu boca es pura.

EL SOLDADO, á NAHUM

Sí; aquí donde me ves, pobre y como barro olvidado, puesto á descubierto por la ola de la fortuna humana, si puedo ver castigado á ese hijo de Sirah, moriré tranquilo y consolado.

OVERTON, llevándole aparte y enseñándole un puñal

Hermano, se os consolará.

(El soldado hace un movimiento de alegría y de sorpresa que OVERTON reprime.)

¡Silencio!

(Entra un destacamento de soldados del regimiento de Cromwell, con uniforme encarnado, corazas y mosquetes, y la partesana al hombro.)

Vienen á poner la guardia y es preciso callar.

(Los soldados echan á los dos lados de la sala al pueblo que la ocupa.)

EL JEFE DEL DESTACAMENTO, en voz alta

Plaza á las Cotas de Hierro del león de Inglaterra!

(Rechazando á unos burgueses.)

¡Vamos, vosotros!

UNO DE LOS BURGUESES, bajo al otro

Bien se ve por su aspecto altanero que son del regimiento de milord protector.

(Los soldados forman carrera desde el trono hasta la puerta.)

EL SOLDADO VIEJO, bajo á OVERTON, señalando al oficial

¡Esos oficiales de Achab llevan jubón de seda!

UN JOVEN CENTINELA, rechazándole hasta un montón

Poneos en vuestro sitio.

OVERTON, bajo al soldado viejo

¡Vaya un modo de trataros! Los sicarios adoptan las formas del tirano, y ya el recluta insulta al veterano.

EL SOLDADO, estrechándole la mano

¡Paciencia!

EL JEFE DEL DESTACAMENTO, á su tropa

Soldados. El Espíritu Santo nos reune. Por nuestro general roguemos todos á Dios.

OVERTON, al jefe de la tropa

¿Por vuestro general? Decid por vuestro rey.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL JEFE DEL DESTACAMENTO

¿Él nuestro rey? ¿Quién se atreve á insultarle así?

OVERTON

Yo.

EL JEFE DEL DESTACAMENTO

¡Mentís!

OVERTON

No.

EL JEFE DEL DESTACAMENTO

¡Cromwell rey! ¡Líbrele Dios de ello!

OVERTON

Hoy lo será.

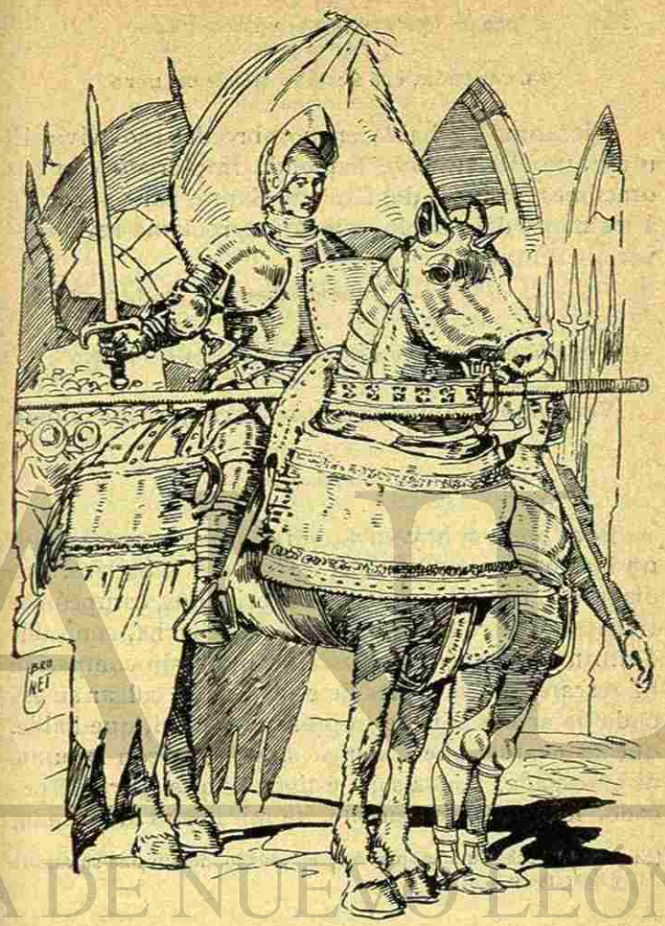
EL JEFE DEL DESTACAMENTO

¿Quién te lo ha dicho?

(Entra el campeón de Inglaterra, armado de todas las piezas, á caballo, y rodeado de cuatro alabarderos que llevan delante la bandera con las armas del protector.)

OVERTON

Mira.



ESCENA DÉCIMA

Los mismos, EL CAMPEON DE INGLATERRA

EL SOLDADO VIEJO, bajo á OVERTON

Veamos lo que va á decir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

EL JEFE DEL DESTACAMENTO

¿Él nuestro rey? ¿Quién se atreve á insultarle así?

OVERTON

Yo.

EL JEFE DEL DESTACAMENTO

¡Mentís!

OVERTON

No.

EL JEFE DEL DESTACAMENTO

¡Cromwell rey! ¡Líbrele Dios de ello!

OVERTON

Hoy lo será.

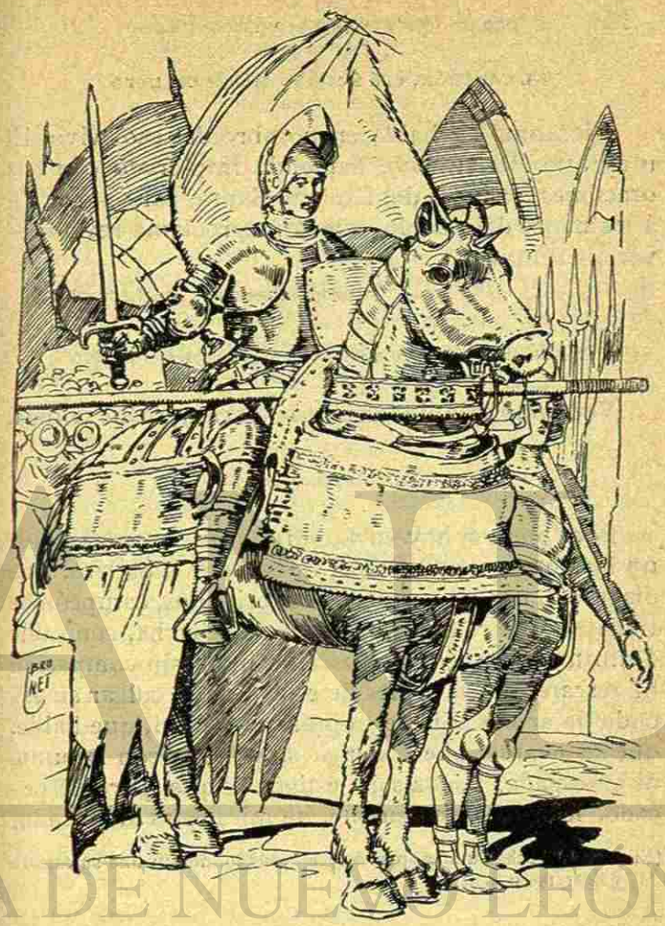
EL JEFE DEL DESTACAMENTO

¿Quién te lo ha dicho?

(Entra el campeón de Inglaterra, armado de todas las piezas, á caballo, y rodeado de cuatro alabarderos que llevan delante la bandera con las armas del protector.)

OVERTON

Mira.



ESCENA DÉCIMA

Los mismos, EL CAMPEON DE INGLATERRA

EL SOLDADO VIEJO, bajo á OVERTON

Veamos lo que va á decir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

EL CAMPEÓN, está á caballo delante del trono

¡Hosanna! Os hablo en nombre del Dios vivo. El muy alto Parlamento, habiendo implorado con sus oraciones las luces del Espíritu Santo, para poner fin á los males del pueblo y de la fe, proclama rey á Oliverio Cromwell.

(Murmullos entre la muchedumbre.)

TRICK, bajo á sus compañeros enseñándoles el pueblo

Ved como se indignan todos esos cantores de salmos.

EL CAMPEÓN, prosiguiendo

Pues bien; si hay en Londres, ó en los tres reinos, un hombre, joven ó viejo, burgués ó caballero, que dispute su derecho á milord Oliverio, nos, campeón de Inglaterra, le retamos con daga, con hacha, con sable ó cimitarra, y queremos, sacrificándolo sin compasión ni rescate, de las crines de este caballo colgar su escudo de armas. Si ese hombre está aquí, que hable, que se levante, que sostenga su palabra con la punta de su espada. Todos sois testigos de que, puro de pecado, le arrojo este guante, de mi diestra arrancado.

(El campeón echa su manopla ante el pueblo, desenvaina su espada y la agita en lo alto.)

EL ABANDERADO Y LOS ALABARDEROS DEL CAMPEÓN

¡Hosanna!

(Silencio y estupor del pueblo; todos miran hacia la manopla.)

EL CAMPEÓN

¿Nadie habla?

OVERTON, aparte

¡Ah! ¿Por qué es preciso callar?

MILTON, en alta voz

¿Por qué un solo guante, campeón de Inglaterra? Vuestro amo hubiera debido, si tales son sus proyectos, arrojar tantos guantes cuantos súbditos cree tener.

(Manifestación de aplauso en la muchedumbre.)

EL CAMPEÓN

¿Quién habla? ¡Ese ciego! Alejaos, buen hombre.

(Los soldados empujan á MILTON. OVERTON se acerca al oficial que manda la guardia y le interroga con la vista.)

EL OFICIAL, bajando los ojos y con aire sombrío

Toda va mal.

OVERTON, bajo á SYNDERCOMB

Todo va bien.

EL CAMPEÓN, paseando una mirada por el pueblo

En fin, ¿nadie se nombra?

OVERTON, bajo á MILTON estrechándole la mano

Mandaremos á Cromwell juntarse aquí con su guante.

MILTON, aparte

¡Ay!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL CAMPEÓN

Espero.

EL SOLDADO VIEJO, aparte, mirando al campeón

¡Bellaco! ¡Satélite! ¡Arrogante!

SYNDERCOMB, bajo á OVERTON

No sé quién me retiene para no castigarle.

(Da un paso hacia la manopla; OVERTON le detiene.)

OVERTON, bajo á SYNDERCOMB

Seamos prudentes.

GRAMADOCH, bajo á sus compañeros, enseñándoles el grupo de los conjurados puritanos

Esos locos van á enredarlo todo. Si recogen el guante, concluyó el desenlace. Hay que impedir que lo pierdan todo.

TRICK

¿Cómo?

(GRAMADOCH levanta la cabeza con suficiencia.)

EL CAMPEÓN, siempre con la espada en alto

¿Nadie contesta, pues?

GRAMADOCH, saltando desde su palco al tablado

¡Sí por cierto, yo! (Sorpresa en el pueblo.)

EL CAMPEÓN, admirado

¿Recoges esa manopla?

GRAMADOCH, recogiéndola

Sí.

EL CAMPEÓN

¿Qué eres?

GRAMADOCH

Un vendedor de muecas, como tú. Nuestras caretas respectivas engañan. Mi mueca hace reir y la tuya da miedo; nada más.

EL CAMPEÓN

Me pareces un ser extraño.

GRAMADOCH

Y tú á mí lo mismo.

EL CAMPEÓN, á los alabarderos

Es un bufón.

GRAMADOCH

Precisamente. Por gusto y por sistema pertenezco á la corte en calidad de bufón; tú lo has dicho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VOZ ENTRE LA MUCHEDUMBRE

El arlequín expone en esto su pescuezo. Es un bufón de Noll. ¡El paso es atrevido! Un loco de veras.

MILTON

¿Qué significa esta parodia?

(Carcajadas en la tribuna de los bufones.)

GRAMADOCH

Vamos, tomemos campo.

EL CAMPEÓN

¡Desdichado danzante! Márchate ó te mando azotar.

GRAMADOCH

¡Qué orgulloso desdén! Maniquí como yo, tu mueca no es tan alegre. Lo repito, amigo, Cromwell nos paga á los dos para hacer un poco de ruido en este concierto grotesco, en que tu voz es la campana y mi voz el cascabel.

EL CAMPEÓN

¡Tunante!

GRAMADOCH

Sin desdoro podemos, me parece, en pro ó en contra de Oliverio, medirnos los dos; yo soy su *portacola*, y tú su *portavoz*.

EL CAMPEÓN, con cólera

¿Qué arma eliges?

GRAMADOCH

¿Yo?

(Desenvaina su listón.)

Este sable de madera.

(Lo agita con aire marcial.)

Es el arma que conviene contra un guerrero de paja. ¡En guardia, capitán!

(A la muchedumbre.)

¡Ah! ¡Batalla! ¡Batalla!

(Al campeón.)

Veamos si somos comparables á Dunbar, y si tu tizona vale lo que la mía.

(Al pueblo.)

Vosotros venid á ver,

(Señalando á MILTON.)

dicho sea sin molestar á este ciego, cómo luchan Falstaff, que canta, con Estentor, que brama. Venid á ver cómo un bufón da una paliza á un espadachín.

OVERTON, bajo á SYNDERCOMB

Me parece que esta escena está preparada adrede.

GRAMADOCH, pavoneándose delante del campeón

¿Y bien, mi campeón? ¿Qué tienes? ¿Dudas? ¡Tú que querías romper innumerables lanzas! En dos saltos voy á hacerte pedazos, y podrás recogerlos después por ahí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL CAMPEÓN, señalando á GRAMADOCH

¡Que prendan á ese loco!

(Los guardias rodean á GRAMADOCH y se apoderan de él.)

GRAMADOCH, forcejea riéndose interiormente

Estoy en mi derecho. ¡Cobarde! ¡Tiene miedo! Si me enfado le hago intentar una acción de *quare impedit*.

(Los bufones le aplauden riendo desde la tribuna.)

EL CAMPEÓN, con voz solemne

Pueblo: no habiendo nadie contestado á lo que dije, fuera de un ciego y un loco, ante toda la tierra proclamo á Oliverio Cromwell rey de Inglaterra.

LOS SATÉLITES DEL CAMPEÓN

¡Dios salve á Oliverio rey!

(Profundo silencio entre el pueblo y en la tropa.)

EL CAMPEÓN

Continuemos.

(Sale lentamente con su acompañamiento.)

SYNDERCOMB, bajo á OVERTON, señalando á GRAMADOCH, que se ríe

Sí, sí; era para divertir al pueblo.

OVERTON, lo mismo, señalando al pueblo consternado

Amenaza y se calla.

ESCENA DÉCIMA PRIMERA

LA MULTITUD

VOCES ENTRE LA MUCHEDUMBRE

¡Cuánto tarda el viejo Noll!—¿Cuándo os parece que saldrá de White-Hall?—Es pesado esperar de este modo.

(Se oye fuera un gran repique de campanas. Cañonazos lejanos se mezclan, con intervalos iguales, al sonido de las campanas.)

—¡Silencio! ¿Oís las campanas y el cañón? Ahora sale.—¿Pasará por Old-Bayley?—No, por Piccadilly.—¡Dios mío, cuánto pueblo hay en la plaza! ¡Pueblo! ¡Bien está ahí; cuando más es populacho!—¡Cuántas cabezas allá abajo! ¡Cuántas allá arriba! Todo hormiguea.—No hay, aunque hace mucho calor, una teja de los techos, ni una piedra de las calles, que no se vean cubiertas por algún rostro incongruente.—Sé allí de balcones que se alquilaron á gran precio.—¡Para ver á Cromwell! ¡Para ver una cara de carne y hueso! Esos babilonios están locos.—¡Asístame Dios! ¡Me ahogo!—¡Atención! La comitiva desemboca en la plaza.—¡Por fin!—¡Ah!

(Movimiento en la multitud. Todas las miradas se dirigen hacia la puerta principal.)

Decidme, ¿quién marcha á la cabeza?—El mayor Skippon.—¡Cómo! ¿Skippon?—¡Un buen soldado de excelente fama!—Fué en Worcester el primero del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

EL CAMPEÓN, señalando á GRAMADOCH

¡Que prendan á ese loco!

(Los guardias rodean á GRAMADOCH y se apoderan de él.)

GRAMADOCH, forcejea riéndose interiormente

Estoy en mi derecho. ¡Cobarde! ¡Tiene miedo! Si me enfado le hago intentar una acción de *quare impedit*.

(Los bufones le aplauden riendo desde la tribuna.)

EL CAMPEÓN, con voz solemne

Pueblo: no habiendo nadie contestado á lo que dije, fuera de un ciego y un loco, ante toda la tierra proclamo á Oliverio Cromwell rey de Inglaterra.

LOS SATÉLITES DEL CAMPEÓN

¡Dios salve á Oliverio rey!

(Profundo silencio entre el pueblo y en la tropa.)

EL CAMPEÓN

Continuemos.

(Sale lentamente con su acompañamiento.)

SYNDERCOMB, bajo á OVERTON, señalando á GRAMADOCH, que se ríe

Sí, sí; era para divertir al pueblo.

OVERTON, lo mismo, señalando al pueblo consternado

Amenaza y se calla.

ESCENA DÉCIMA PRIMERA

LA MULTITUD

VOCES ENTRE LA MUCHEDUMBRE

¡Cuánto tarda el viejo Noll!—¿Cuándo os parece que saldrá de White-Hall?—Es pesado esperar de este modo.

(Se oye fuera un gran repique de campanas. Cañonazos lejanos se mezclan, con intervalos iguales, al sonido de las campanas.)

—¡Silencio! ¿Oís las campanas y el cañón? Ahora sale.—¿Pasará por Old-Bayley?—No, por Piccadilly.—¡Dios mío, cuánto pueblo hay en la plaza! ¡Pueblo! ¡Bien está ahí; cuando más es populacho!—¡Cuántas cabezas allá abajo! ¡Cuántas allá arriba! Todo hormiguea.—No hay, aunque hace mucho calor, una teja de los techos, ni una piedra de las calles, que no se vean cubiertas por algún rostro incongruente.—Sé allí de balcones que se alquilaron á gran precio.—¡Para ver á Cromwell! ¡Para ver una cara de carne y hueso! Esos babilonios están locos.—¡Asístame Dios! ¡Me ahogo!—¡Atención! La comitiva desemboca en la plaza.—¡Por fin!—¡Ah!

(Movimiento en la multitud. Todas las miradas se dirigen hacia la puerta principal.)

Decidme, ¿quién marcha á la cabeza?—El mayor Skippon.—¡Cómo! ¿Skippon?—¡Un buen soldado de excelente fama!—Fué en Worcester el primero del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ejército que pasó el río Severn en el puente de barcas. —¡Los santos aquel día manejaron bien los cuchillos! —Menos bien que en White-Hall, el 30 de enero! —Dices eso con un tono que merecería un correctivo. Calla.—Me río.—¡Calla! Reir no es hablar.—Si no me ahogasen, iria á estrangularte.—¡Haya paz! Ahora llega el lord alcalde.

(Entra el lord alcalde con los aldermán, los ujieres de la ciudad y los alguaciles del municipio con trajes de gala. El lord alcalde y el municipio se detienen á la izquierda de la puerta grande.)

—Admirad en la fila á Pack el aldermán, á quien Noll, para honrar á la ciudad, hizo caballero con el palo de un haz.—Se presenta muy tieso sobre sus espolones.—A propuesta suya, nombran rey á este Pilatos.

(Entran las cortes procesionalmente. La corte de justicia se sienta en los escaños más elevados del fondo de la sala.)

—¡Ah! Los barones de las cortes con trajes escarlatas. —¡Viva el gran juez Hale!—¡Viva el sargento Wallop! —Ahí van los coroneles que pasan á galope!—¡Cómo! ¿No bastan los guardias pagados? Las corporaciones con toga forman el cordón.—¡Noll es un tirano! ¡Noll es un usurpador! ¡Un titán que quiere remontar hasta los cielos! La fuerza es el único derecho de este segundo Encelada. Cromwell no sube al trono, lo escala.—¡Silencio al escapado de Oxford! ¡Mirad qué pedante! ¡Pues no habla latín!—¡Eh, estoy en mi derecho, sin embargo, maldiciendo á Apio en su silla curul!—¡Cree que matará á Cromwell con una palmeta!

UN UJIER, vestido de negro, grita desde el umbral

¡Paso al Parlamento! ¡Paso!

(Entra el Parlamento en dos filas, precedido del orador; delante van los maceros, los ujieres, los escribientes y los alguaciles de la Cámara. Movimiento de atención en la multitud. Mientras el Parlamento se sienta en los primeros escaños del fondo, continúan las conversaciones en el pueblo.)

VOCES EN LA MULTITUD

¡Ah! ¿Cómo se llama el orador?—Creo que es sir Tomás Widdrington.—Hermoso hombre. ¡Un Judas!

OVERTON, bajo á WILDMAN

El pueblo tiene sus rencores. Ved, nadie ha gritado: ¡Que Dios guarde á los comunes!

WILDMAN, bajo á OVERTON señalando al Parlamento

¡Que Dios los confunda! Todos están vendidos al intruso. Adoran á Cromwell y á Belatucadro.

TRICK, mirando á la asamblea desde el palco de los bufones

Las cortes, los aldermán, el cuerpo parlamentario. Sí. ¡Ahí están todos los dioses de la pobre Inglaterra! Eson son.

GIRAFF

¡Alegres dioses!

ELESPURÚ

¿Qué decís, hermanos?

GIRAFF

Son dioses casi como nosotros somos locos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

TRICK

Ya quisiera ver estallar la borrasca en ese grave Olímpo.

GIRAFF

Sí, Trick, mi espíritu fantástico prefiere el *pandemonium* al panteón; lo mismo que tú.

ELESPURÚ, enseñándoles á GRAMADOCH que, detenido entre cuatro guardias, en un rincón de la sala, hace contorsiones

Gramadoch nos hace señas.

GRAMADOCH, haciendo muecas á sus compañeros

¡Hum!

(Los bufones se ríen.)

ELESPURÚ

La broma fué algo pesada.

TRICK

¿Cómo saldrá de ahí?

GIRAFF

¿Qué nos importa?

ELESPURÚ

Nos ha hecho reir, y con eso basta por ahora.

UN UJIER, desde una gran tribuna ricamente decorada, frente al trono

¡Milady protectora!

(El cuerpo municipal se levanta, se descubre y saluda profundamente á la protectora, quien se presenta acompañada de sus cuatro hijas, vestida cada una de un modo diferente. La protectora, MISTRESS FLETWOOD y LADY CLEYPOLE visten de negro, con aderezos de azabache; LADY FALCONBRIDGE con gran traje de corte, manto de brocado de oro, basquiña de terciopelo jengibre con bordados de Venecia, gargantilla y corona de pairesa; FRANCISCA con traje de gasa escarchada de plata. La protectora corresponde con una reverencia al saludo del lord alcalde y de los aldermán; luego se sienta con sus hijas en la parte delantera de la tribuna, cuyo fondo ocupan personas del séquito.)

TRICK, á los bufones

¡Qué felicidad es que ese rostro no tome aún el nombre de reina!

UN SOLDADO, á la tribuna de los bufones

¡Silencio y paz, señores!

TRICK, burlándose

No hay como un guerrero para predicar la paz.

(El soldado hace un gesto de amenaza; TRICK se sienta encogiéndose de hombros. Al entrar la familia de CROMWELL, se produjo un gran movimiento en la asamblea, y todas las miradas se fijaron en aquella tribuna.)

VOCES EN LA MULTITUD

¡Cómo! ¡Es la protectora!—Parece muy ordinaria.—Hija de un tal Bourchier.—Realiza un hermoso sueño.—Señor, ¿quién es aquella joven Eva que está á su derecha?—¿Aquí?—No, allí.—Es lady Francisca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—¿Su hija?—Sí.—¿El viejo Noll tiene, pues, cinco ó seis?—No, cuatro. Ya lo veis.—La más joven es encantadora.—¡Qué calor!—¡Qué mal se está aquí!—La muchedumbre sigue creciendo.—Estamos prensados como aquellos hijos del infierno cuyo número igualaba á las arenas del mar.—¡Qué felices son los pájaros con sus alas!—¡Me aplastan!

(De pronto se oye un cañonazo cerca de Westminster, en la plaza.)

SYNDERCOMB, bajo al grupo de los conjurados

¡Ya llega!

(Segundo cañonazo. Gran rumor fuera, en la plaza. Vivo murmullo de atención en la sala.)

OVERTON, bajo á los conjurados

¡A vuestros puestos, leales!

Los conjurados se escalonan entre la muchedumbre. Los cañonazos continúan en intervalos iguales. Se oye el ruido de la trompetería y de las aclamaciones. La municipalidad sale para recibir al protector.)

VOCES EN LA MULTITUD

—¡Ahí está!—¡Él es!—¡Veamos!—Él mismo!—¡El Acán de las naciones!—¡Faraón Necao!—Va solo en la carroza.—Mira su reloj.—El alcalde y los *sherifs* salen á su encuentro.—Señor, vos que lo veis, ¿cómo va vestido?—De terciopelo negro.—Vecino, tenéis el codo puntiagudo.—El alcalde le habla.—¡Ah!...—El carruaje se detiene.—Le dirigen una arenga.—Hace una señal con la cabeza.—Le entregan un memorial que pasa á lord Broghill.—El alcalde vuelve á hablar.—¿Cuándo acabará? Está casi de rodillas.—¡Eunuco de Holofernes! Siempre pronuncia discursos, gobierne quien gobierne.—El protector contesta.

¡Escuchad!—¡Escuchemos!—¡Desengaño! El lobo sermonea á las ovejas.—Noll tenía en Dunbar la barba un poco más sucia.—Ahora baja.—¿Adónde va?—A rogar á Dios en la sala de la cancillería.—¡Va á rogar al infierno!—¡Cómo camina rodeado de sus Cotas de Hierro!—¡Vana precaución! Su guardia está descontenta de guardar á un rey.—¡Silencio!—¡Vamos, otra espera!—¿Cómo le encontráis?—Está sombrío.—Está alegre, pesado y majestuoso.—Envejecido.—No, cansado.—El sol le molestaba.—Creo que tiene gota.—Arrastrado por ocho caballos, ese monstruo me causa náuseas. Es llevar estiércol en un carro triunfal.—Ya vuelve.—He aquí al portaespada, y luego al portacola.—El reverendo ministro con su capa azul.—¿No es Lockyer?—Sí.—Los pasantes del palacio, los guardias de la corte, los pajes, los lacayos.—El lord alcalde á caballo precede la carroza, la espada desenvainada y descubierto.—¡Usurpador feroz!—¡Los aires de los antiguos reyes!—¡Muera Oliverio el último!—¡Dejadme ver un poco, señor partesanero!—¡Aquí está!

(Cromwell, rodeado de su séquito, aparece en el umbral de la puerta grande. Prolongado estremecimiento en la muchedumbre. Toda la asamblea se levanta y se descubre en actitud respetuosa. El protector viste de terciopelo negro, sin espada y sin capa. Su séquito forma un círculo brillante de oro y de acero á corta distancia detrás de él. Delante él más cerca del protector está el lord alcalde, con la espada alta, y detrás Lord Carlisle, con la espada alta también. En el séquito figuran los generales Desborough y Fletwood, Thurloe, Stoupe, los secretarios de Estado y los secretarios particulares de gabinete, Ricardo Cromwell, Aníbal Sesthead, con su lujo de brocado de oro, de pajes y de perros daneses, muchos generales y coroneles, cuyos trajes brillantes y resplandecientes corazas, contrastan con la capa azul y el traje pardo del predicador Lockyer, que va con ellos. A la derecha de la puerta, un grupo de grandes dignatarios que deben figurar en la ceremonia, llevan sobre cojines de terciopelo carmesí: lord Warwick, el traje de púrpura; lord Broghill, el cetro; el general Lambert, la corona; Whitelocke, los sellos del Estado; un alderman, por el lord alcalde, la espada; un empleado de los comunes, por el orador del Parlamento, la Biblia.)

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA DÉCIMA SEGUNDA

CROMWELL, su familia, su séquito, la muchedumbre

(En el instante en que CROMWELL aparece en el umbral de Westminster-Hall, entre el ruido de los cañonazos, de las campanas, de la trompetería y de los tambores, se distinguen las aclamaciones que le acompañan desde fuera.)

VOCES FUERA

¡Viva el lord protector de Inglaterra!

OVERTON, bajo á GARLAND

Esos aulladores son pagados; pero los haremos callar. Así fué como Noll, en Grocers-Hall, convirtió á Tomás Viner en baronet muy leal, por su dinero aplaudido en Cheapside.

(CROMWELL se detiene un momento en la puerta y saluda varias veces al pueblo, que está fuera.)

VOCES EN LA MULTITUD

¡Cromwell!—¿Ese es Cromwell?—¡Ese rey!—¡Ese regicida!—¡Es muy feo!—¡Qué pequeño es para ser héroe!—Me parecía más alto.—Le creía menos grueso.—¡Cómo me molesta este hombre con su gran sombrero!—Quitaos el sombrero.—¿Yo? ¿Desde cuándo, señora, se quita uno el sombrero al pasar el anticristo?

(CROMWELL se vuelve hacia la muchedumbre, que está dentro. Profundo silencio.)

CROMWELL, andando algunos pasos

En nombre del Padre, en nombre del Hijo y del Espíritu, la paz sea con vosotros.

(Silencio en la asamblea. Las aclamaciones continúan en la plaza.)

LAS VOCES DE FUERA

¡Oliverio, que Dios os ayude!—¡Viva para siempre Cromwell!

(CROMWELL se vuelve y saluda al pueblo, que está en la plaza.)

THURLOE, bajo á CROMWELL

Todo os sonríe; todo á vuestra voluntad se dobla. ¡Cuántas aclamaciones! ¡Qué arranques! ¡Qué hermoso día!

CROMWELL, con amargura, bajo á THURLOE

Sí. Ese pueblo innumerable, feliz, ebrio de amor, que de mi alto destino parece poderoso cómplice, aplaudiría otro tanto si me llevasen al suplicio. Ve en mi triunfo un espectáculo brillante, acude á él, disfruta, y nada hay que tanto pueda agradarle como verme coronar, salvo el ver ahorcarme. ¡Buen pueblo! ¡Mira aquí qué silencio!

THURLOE, bajo

Ese pueblo está trabajado por los santos niveladores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALERE FLAMMAM VERITATIS

(El Parlamento, con el orador al frente, se adelanta hacia CROMWELL en dos filas. Saluda respetuosamente al protector, quien se quita el sombrero y vuelve á ponérselo.)

EL ORADOR DEL PARLAMENTO, á CROMWELL

Milord; cuando Samuel ofrecía sacrificios, guardaba para Saúl el lomo de las terneras, para demostrar á ese rey, bajo el sagrado cortinaje, que un pueblo es para un hombre una pesada carga. De lo cual decía á menudo Maximiliano que cuesta mucho gobernar un imperio. Se ven pocos mortales, dueños de los partidos, que sepan mandar como conviene á las naciones. Rueda pesadamente, este gran carro en que estamos, arrastrado por los acontecimientos y cargado de hombres, y, para guiarlo bien por los ásperos caminos, se necesita un brazo firme y poderosas manos. A veces, marchando de noche á la luz de un cielo poco propicio, para huir del carril se cae en el precipicio; pues ese carro, cuyo eje oye crujir la tierra, ni se desengancha ni puede detenerse. ¡Es preciso que ande! ¡Es necesario que ruede! ¡Es preciso que vaya! Hay que verlos, ardientes como en día de batalla, cocear á pesar del látigo, y correr, á pesar del freno, á los corceles que Dios unció á su lanza de bronce, y que al fin su rueda ciega pasa por todo, arrasando á reyes, pueblos y capitales. Cuando se abandona á la casualidad la marcha del pesado carro, en su hondo surco corre tanta sangre, que los perros sedientos van á calmarse en ella. El mundo entonces vacila y los reinos se inclinan. Por eso ¡cuánto cuidado es preciso para elegir el cochero! Un doble llamamiento debió llevarlo á la cúspide. Elegido por dos poderes, sobre su cabeza la elección del pueblo ha de unirse á la de Dios; la diadema á la lengua de fuego. Entonces se le cuenta entre los raros mortales á quienes siguen los pueblos como á luminosos faros. Pero

rudos trabajos son precisos para adquirir ese rango. Su espíritu ha de velar por todas partes, parecido á los soles que Dios tan sólo pudo crear, que giran, arrastrando mundos en su esfera, cuyos rayos alumbran las cimas del cielo, y que, brillando siempre, no descansan jamás. De todo cuanto he dicho, este pueblo ha de deducir que un solo brazo basta para gobernar el Estado, necesitando un eje que se eleve entre todos. El mundo ha menester de un hombre, y ese hombre sois vos.

(El Parlamento y toda la asamblea se inclinan.)

Milord, guiadnos, pues, en todas nuestras fortunas, y dignaos aceptar la lealtad de vuestros comunes.

(Profundo silencio en la multitud.)

OVERTON, bajo á MILTON

¡Sus comunes!

CROMWELL, al orador

Señor, estoy agradecido. Este imperio es próspero, según deseo del Todopoderoso. En Irlanda, á pesar de las discordias civiles, la fe adelanta penetrando en las ciudades. La úlcera papista, encarnizada ahora, con el fuego y con la espada, Harry, mi lugarteniente, extirpa con una mano y cauteriza con la otra. Armag arde. En sus muros, Roma no tiene apóstoles. En Escocia, los clanes han vuelto á su deber. En el exterior todo marcha bien. Dunkerque no tiene defensa, y la vieja Inglaterra, aliada á Francia, tiene en su amplia mano á España humillada. Nuestro comercio en la India realiza felices progresos; celoso el castellano se consume en pesares, y Dios demuestra, ayudándonos, que nuestra causa es buena. Hemos hecho verter en Madrid y en Lisboa mucha sangre y

mucho oro, para sus revoluciones. Blake, en nuestro tesoro, vacía sus galeones. Hacia Jamaica mandé dos escuadras, y mientras tanto el ejército llena sus antiguos cuadros. Los toscanos se arrepienten; serán perdonados. Y cuando á nuestro alrededor todo haya concluído, podremos, puesto que nos llama y á ello nos invita, de las hordas del sultán salvar á los moscovitas. Si tenemos un deseo, Dios le atiende en seguida. En fin, ya lo veis, ningún pueblo está tan alto. Vivamos, pues, seguros en el favor del cielo; pero para que el Señor sobre nosotros se manifieste, hay que inclinar la frente y doblar la rodilla. Roguemos, y que el espíritu descienda entre nosotros.

(CROMWELL se arrodilla; todo su séquito, el Parlamento, el municipio, las cortes de justicia y los soldados se arrodillan también. Un momento de silencio y de recogimiento, durante el cual sólo se oyen las campanas, los cañonazos, las charangas y el ruido de la multitud fuera.)

SYNDERCOMB, bajo á OVERTON y á GARLAND, que se han ido acercando al trono

Todos están arrodillados, el tirano y su guardia; las espadas están bajadas; nadie nos mira, ¿por qué no herimos?

GARLAND, rechazándole indignado

¡Dios!

SYNDERCOMB

¿Por qué gritar así?

GARLAND

¡Matarle cuando reza!

SYNDERCOMB

¿Y qué hacer?

GARLAND

Rezar. Rezar en contra de él. ¡Tregua para los furores de muerte! Dejemos que Dios elija entre las dos plegarias.

(Los conjurados puritanos se inclinan y rezan. Pausa.)

CROMWELL, levantándose

¡Vamos!

(Toda la asamblea se levanta. El CONDE DE WARWICK se adelanta lentamente hacia el protector, pone una rodilla en tierra, y le presenta la túnica de púrpura rodeada de armiño.)

EL CONDE DE WARWICK, á CROMWELL

Dignaos vestir esta púrpura, milord.

(CROMWELL, ayudado por WARWICK, se pone la túnica.)

OVERTON, bajo á los puritanos

¡Amigos, amigos! Se viste la mortaja.

GARLAND, bajo

Vedle ahora. Es el hijo escarlata de Tiro prostituída.

WILDMAN, bajo

¡Oh! ¡Que estalle el rayo!

(CROMWELL, vestido con la túnica de púrpura, cuya cola lleva el joven LORD ROBERTS, ricamente adornado, se adelanta gravemente hacia

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el trono. El CONDE DE WARWICK le precede, con la espada desenvainada, cuya punta mira hacia suelo.)

SYNDERCOMB, aparte

¡Qué brillante cortejo hijo de los infiernos! Púrpura, armiño, señores dorados, soldados de hierro, un trono empenachado con altivo dosel coronado, mujeres sin pudor y hombres sin vergüenza, Fausto, poder, triunfo, nada le falta. Va nadando entre orgullo y alegría. Pues bien; para que todo eso se desvanezca como un sueño, como la sombra de un carro, como el brillo de un acero, ¿qué necesita Dios, qué le falta al Señor?

(Estrecha el puñal en su seno.)

Un poco de hierro en la mano de un desdichado pecador.

(CROMWELL, después de haber atravesado lentamente la sala en medio de un profundo silencio, llega al pie del trono y se dispone á subir. Los conjurados se mezclan con la multitud y rodean el estrado.)

MILTON, desde el público, con voz potente

¡Ten cuidado, Cromwell!

CROMWELL, volviéndose hacia el pueblo

¿Quién habla?

SYNDERCOMB, bajo á GARLAND

¡Que Dios confunda al ciego, cuya voz previene á todo el mundo!

MILTON, á CROMWELL

¡Acuérdate de los idus de Marte!

OVERTON, bajo á MILTON

¡No digas nuestros secretos!

CROMWELL, á MILTON

Milton, explicaos.

MILTON, á CROMWELL

MANE, TECEL, PHARES.

(CROMWELL se encoge de hombros y sube al trono.)

OVERTON, bajo á GARLAND

¡Sube! ¡Ya respiro!

GARLAND, bajo

¡Ah! El aviso era duro.

(CROMWELL se sienta en el trono. Los condes de WARWICK y de CARLISLE se colocan en pie, con la espada desenvainada, detrás de su sillón; THURLOE y STOUPE á derecha é izquierda. El lord alcalde, seguido de sus aldermán, se adelanta hasta el pie del trono, llevando el cojín donde está colocada la espada; sube algunas gradas, dobla una rodilla y presenta la espada á CROMWELL.)

EL LORD ALCALDE, á CROMWELL

Lord Oliverio, esto que deposito en vuestras manos es la espada. No teniendo yunque, su acero lo forjó un pueblo entero sobre la frente de los tiranos. La hoja tiene dos filos para hacer con ella la espada de la guerra y la espada de la justicia, que terrible en el combate, en el santo lugar, brille en manos del soldado y centellee en las de Dios. La honorable ciudad de Londres os la entrega.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(CROMWELL se ciñe la espada, la desenvaina, la levanta sobre su cabeza y la devuelve al lord alcalde, quien la envaina y se retira reculando.)

WHITELOCKE, acercándose á CROMWELL con el mismo ceremonial que el lord alcalde

Milord, he aquí los sellos.

(CROMWELL coge los sellos y luego los devuelve á WHITELOCKE, quien se retira. El orador del Parlamento, seguido de los oficiales de los comunes, se adelanta á su vez, llevando la Biblia con cierres de oro.)

EL ORADOR DEL PARLAMENTO, con una rodilla en tierra ante CROMWELL

Milord, he aquí el libro.

(CROMWELL coge la Biblia, y el orador se retira con profundas reverencias. El general LAMBERT, pálido é inquieto, se aproxima llevando la corona en un rico cojín de terciopelo carmesí. OVERTON se abre paso y se coloca junto á él.)

LAMBERT, arrodillado en las gradas del estrado de CROMWELL

Milord...

OVERTON, bajo á LAMBERT

¡Soy yo! ¡Valor!

LAMBERT, aparte

¡Está á mi lado!

(A CROMWELL, balbuciendo.)

Recibid la corona...

OVERTON, sacando el puñal, bajo á LAMBERT

¡Y la muerte!

(Todos los conjurados diseminados entre la multitud llevan á la vez la mano á sus puñales.)

CROMWELL, como despertando de repente

¡Deteneos! ¿Qué quiere decir esto? ¿Para qué esa corona? ¿Qué se quiere que haga con ella y quién me la da? ¿Es un sueño? Lo que veo, ¿es realmente la diadema? ¿Con qué derecho vienen á confundirme con los reyes? ¿Quién mezcla tal escándalo á nuestras piadosas fiestas? ¡Cómo! ¡La corona á mí que hago caer sus cabezas! ¿Se han engañado respecto de estas solemnidades? Milores, señores, ingleses, hermanos que me escucháis, no vengo aquí para ceñir una diadema, sino á vigorizar mi título en el mismo seno del pueblo, á rejuvenecer mi poder y renovar mis derechos. La escarlata sagrada estaba teñida dos veces. Esta púrpura es del pueblo, y con alma leal la recibí de él. Pero ¡la corona real! ¿Cuándo la he pedido? ¿Y quién dice que la quiero? No daría uno de mis cabellos, de estos cabellos encanecidos en el servicio de Inglaterra, por todos los florones de oro de los príncipes de la tierra. ¡Quitad eso de aquí! ¡Llevaos, llevaos ese sonajero ridículo entre las vanidades! ¡No esperéis que pisotee esas miserias! ¡Qué mal me conocen los hombres faltos de sinceridad que se atreven á insultarme queriendo ceñirme la corona! He recibido de Dios más de lo que ellos pueden darme, la gracia inadmisible; y soy dueño de mí mismo. El que es hijo del cielo, ¿puede dejar de serlo? De nuestras prosperidades el universo está celoso. ¿Qué más puedo desear que la felicidad de todos? Os lo he dicho. Este pueblo es el pueblo de escogidos. Europa, de esta isla

es el humilde satélite. Todo cede á nuestra estrella; y el impío es maldito. Viendo eso, parece que el Señor haya dicho: —¡Inglaterra, crece y sé mi hija mayor! Entre las naciones mis manos te han coronado; sé mi muy amada, y camina á mi lado. Desarrolla sobre nosotros abundantes bondades; cada día que concluye, cada día que comienza, se añade un anillo de oro á esa cadena inmensa. Diríase que ese Dios, terrible para los filisteos, como un obrero compuso nuestros destinos; que su brazo, sobre un eje indestructible al tiempo, de ese vasto edificio selló los engranajes, obra misteriosa, cuyos largos esfuerzos para siglos, quizás dieron fuerza á los muelles. Así camina todo. La rueda, con la rueda encadenada, muerde con su diente de hierro á la máquina arrebatada; los balancines macizos, las antenas, las pesas, laberinto viviente, se mueven á la vez; la espantosa máquina cumple, sin descanso, su andar inexorable y su poderoso cometido; y pueblos enteros, cogidos en sus mil brazos, desaparecerían hechos pedazos, si no se contuviesen. ¡Y me opondría á Dios, cuya ley saludable nos otorga una suerte especial dentro de la suerte de la tierra! ¡Iría, del pueblo elegido, pisoteando el antiguo derecho, á colocar mi interés en el lugar del suyo! ¡Piloto, largaría las velas al viento contrario!

(Alzando la cabeza.)

No; no otorgo esa alegría á los mentidos hermanos. ¡El viejo barco inglés sigue siendo rey de las olas! El coloso está en pie. ¿Qué significan obscuras conjuraciones contra los altos destinos de la Gran Bretaña? ¿Qué es, qué significa dar con el pico un golpe al pie de una montaña?

(Paseando una mirada de lince á su alrededor.)

¡Aviso á los malévolos! Se sabe todo cuanto hacen; la ola es transparente, aunque el abismo sea profundo. Se ve el fondo de la trampa por donde se arrastra su

pensamiento. La víbora con su mismo dardo se hiere algunas veces. En el fuego que uno enciende suele quemarse también, y los ojos del Señor van corriendo de aquí para allí. ¿Quién del pueblo y de los reyes ha firmado el divorcio? Yo. ¿Podrán creer cogerme con ese vano cebo? ¡Una diadema! Ingleses, las he roto otras veces, y sin haberlas llevado, conozco bien su peso. ¿Dejar por una corte el campo que me rodea? ¿Cambiar mi espada en cetro y mi casco en corona? ¡Vamos! ¿Soy algún niño? ¿Creen que nací ayer? ¿No sé acaso que el oro pesa más que el hierro? ¡Edificarme un trono! ¡Eso es cavar mi tumba! Cromwell, para subirlo, sabe demasiado cómo se cae de él. Y, además, ¡cuántos pesares se amontonan sobre esas frentes que se arrugan adornadas de florones! Cada uno de esos florones oculta una ardiente espina. La corona los mata; un negro temor los mina; aquélla convierte en tirano al mortal más bondadoso, y pesando sobre el rey, hace que éste pese sobre todos. El pueblo los admira, y abdicándose él mismo, cuenta todos los rubíes que lucen en la diadema; pero ¡cómo se estremecería por ellos de su carga, si les mirase á la frente y no á la corona! A los reyes su cargo les turba, y sus manos soberanas no tardan del estado vacilante en confundir las riendas. ¡Ah! ¡Llevaos ese signo execrable, odioso! ¡Más de una vez se le ve caer desde la frente hasta los ojos!

(Lloroso.)

Por fin, ¿qué haría yo de la corona? No nací para el poder; soy sencillo de corazón y vivo en la inocencia. Si con la honda en la mano he velado sobre el aprisco, si ante el escollo empuñé el timón, he tenido que sacrificarme por la causa de todos. ¡Cuánto envejecí en mi humilde fortuna! ¡Cuántos tiranos ví caer desesperados, á la sombra de mi cabaña y de mi bosquecillo! ¡Ay! Hubiese preferido, bien lo sabe el cielo,

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los campos donde se respira, á los cuidados del imperio; y Cromwell hubiera hallado cien veces mayor satisfacción y contento guardando sus ovejas que destronando reyes.

(Llorando.)

¿Por qué hablan de cetro? ¡Ah! Equivoqué mi vida. Esa barra reluciente no me atrae. Compadeceos de mí, hermanos, en vez de envidiar á vuestro viejo general, á este anciano Oliverio. Siento que mi brazo se debilita y que se acerca mi fin. ¿No hace ya bastante tiempo que estoy atado á la cadena? Soy viejo, estoy cansado; pido tregua y merced. Ya es tiempo de descansar para mí también. Todos los días llamo á la bondad divina, y ante el Señor, humilde me golpeo el pecho. ¡Yo habría de ser rey! ¡Tan débil y tener tanto orgullo! Este proyecto, lo juro frente á la tumba, me es extraño, hermanos; soy ajeno á él, como la luz del sol al niño que está en el seno de su madre. ¡Lejos ese nuevo poder presentado á mi vista! Nada acepto de él, nada más que la herencia. Y aun voy á llamar, para que lea en mi alma, á un teólogo, lumbrera de la Iglesia. A dos consultaré sobre ese punto, si es preciso. De nuestra libertad debo cuenta al Altísimo, y quiero por su ley, siendo mi ley suprema, cumplir lo que previene el salmo ciento diez.

(Estallan aclamaciones y aplausos por todas partes. El pueblo y los soldados, cuya hostilidad ha desvanecido el discurso de Cromwell, dan rienda suelta á su entusiasmo. Estupefacción en el Parlamento y en el séquito del protector. Cromwell se yergue y hace un gesto imperativo á la multitud, que calla.)

Dicho esto, rogamos á Dios, con corazón humilde y sumiso, que os tenga en su santa y digna guarda, amigos. Os hemos puesto de manifiesto nuestra alma entera, pidiéndoos perdón, como último ruego, por haber, en un día tan cálido, pronunciado un discurso tan extenso.

(Se sienta. Las aclamaciones populares estallan de nuevo. Los conjurados puritanos, desconcertados, guardan sombrío silencio.)

OVERTON, bajo á GARLAND

¡Morirá en su cama!

GARLAND, bajo

Puesto que le quieren, ya le tienen.

LA MULTITUD

¡Viva!

WILDMAN, bajo

¡Conque es hereditario! ¡Escamoteador!

LA MULTITUD

¡Viva el protector de Inglaterra! ¡Viva Oliverio Cromwell! ¡Gloria al vencedor de Tiro!

OVERTON, bajo á los puritanos

¡Cómo se ha burlado de nosotros! Han debido avisarle. Algunos nos han vendido; es una traición.

BAREBONE, aparte

Era el único medio de cobrar mi cuenta.

(La mayor parte de los conjurados puritanos se dispersan entre la muchedumbre, que continúa las aclamaciones. Lambert, pálido y petrificado, se dispone á bajar del estrado. Cromwell le detiene.)

CROMWELL

Lambert, comeréis hoy con nosotros.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(Bajo á LAMBERT, que se vuelve sorprendido.)

¿Por qué tembláis aún? Ya no está ahí.

LAMBERT, balbuceando

¿Quién?

CROMWELL, siempre bajo

Él, Overton, que debía empujar tu mano insegura.

(Con risa sardónica.)

Pertenecíais á la conjura.

LAMBERT

Yo, milord, os juro...

CROMWELL

No juréis en vano.

LAMBERT

Pero, milord...

CROMWELL

Tengo testigos. Erais el jefe.

LAMBERT

¡El jefe!

CROMWELL

Por lo menos de nombre. Pero teníais miedo de

vuestra propia audacia, y no os hubierais atrevido á matarme cara á cara.

LAMBERT

Milord...

(Aparte.)

Para este tirano de golpe de vista rápido y seguro, todos los hombres llevan en la frente escrito lo que piensan.

CROMWELL, alto á LAMBERT, sonriendo

¿Es cierto, milord, lo que me han dicho? Una voz discreta asegura que amáis el retiro y que adoráis las flores.

(Bajo y rechinando los dientes.)

Me devolveréis vuestro nombramiento.

(Le despide con un gesto. LAMBERT baja del estrado y forma parte del séquito. En ese instante, CROMWELL advierte el cetro que lord BROGHILL dejó en una de las gradas del trono.)

CROMWELL, con voz poderosa

¿Qué? ¡Un cetro! Llevad de ahí ese sonajero.

(Volviéndose hacia TRICK.)

Para ti, mi bufón.

(Aumentan las aclamaciones en el pueblo y la milicia.)

TRICK, desde su palco

¡No; que lo coja otro más loco!

(Entra un ujier de la ciudad. Se inclina ante el trono y se dirige á CROMWELL.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

EL UJIER, á CROMWELL

Milord, el alto sherif.

CROMWELL

Que entre.

(Entra el alto sherif seguido de dos sargentos de armas.)

CROMWELL

¿Qué?

EL ALTO SHERIF, saludando

Milord, ese Bloum, esos presos, esos sentenciados á muerte.

CROMWELL, estremeciéndose

¡Cómo! ¿Está ya hecho?

EL ALTO SHERIF

No, milord, todavía.

CROMWELL

Perfectamente.

EL ALTO SHERIF

Hewlet desde la aurora preparó la horca para ellos en Tyburn. Yendo al sitio fatal desean, milord, comparecer ante vos. ¿Debemos ejecutar ó diferir?

CROMWELL

¿Qué alegan?

EL ALTO SHERIF

Que han de hacer una solicitud.

CROMWELL

Pues bien, que los traigan aquí.

EL ALTO SHERIF

¿Aquí, milord?

CROMWELL

Aquí.

(A una seña de CROMWELL, el sherif se inclina y sale. CROMWELL permanece un instante silencioso en medio de las aclamaciones del pueblo y de los cuchicheos de los generales y del Parlamento; luego se dirige con viveza al doctor LOCKYER, que está entre el séquito.)

Maestro Lockyer, ¿no habéis sido elegido para edificarnos con la santa palabra? Se espera. El tiempo huye, la gracia vuela.

(El doctor LOCKYER sube lentamente al púlpito colocado frente al trono.)

LOCKYER

Milord, he aquí mi texto... (Vacila y parece turbado.)

CROMWELL

Vamos, hablad, hablad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LOCKYER, leyendo en una Biblia que tiene en la mano

«Un día, para elegir rey, los árboles reunidos dijeron al olivo: Sed nuestro rey...»

CROMWELL, interrumpiéndole colérico

Hermano, ¿de dónde sacáis eso? El texto es temerario.

LOCKYER

De la Biblia, milord.

CROMWELL

¿Qué?

LOCKYER, presentándole el libro

Ved como nosotros. JUECES, capítulo nueve, versículo octavo.

CROMWELL

¡Callad! ¿Qué relación tiene ese texto con las conjeturas? ¿No se lee nada mejor en las Santas Escrituras? ¿No podíais hallar un capítulo, un versículo más apropiado á lo que ocurría? Por ejemplo, escuchad: «¡Maldito quien en su camino engaña al ciego errante!» «El verdadero sabio se atreve y duda.» «El arcángel fué á atar al demonio al desierto.» Luego hay asuntos que un orador diserto puede emprender aun, y esta circunstancia hubiera aumentado el precio y la importancia. Así: «¿El hombre es doble?» O: «¿Los ángeles de Dios, para venir hasta nosotros, cambian

de medio?» O bien: «¿Qué sucederá si, verdaderamente dogmáticos, los whiggamores fuesen antipedobaptistas?» ¡Bien! Eso á lo menos se comprende. Podíais, para ese pueblo instruído, piadoso y grande, tratar esas cuestiones y otras veinte. ¿Qué sé yo? ¡Ah! ¡Estoy cansado de oir á los predicadores de colegio, sermonear, hablando con la nariz, alabar con el mismo tono al sol y á la luna, y á milord Englington! Id con Dios.

(Nuevas aclamaciones. LOCKYER, confuso, baja del púlpito y se desvanece entre la muchedumbre. Entra un ujier del municipio que se detiene en el umbral de la puerta grande, y exclama:)

Milord, los presos.

CROMWELL

Que entren.

(Entran los caballeros presos, con lord ORMOND á la cabeza. Van precedidos por el alto sherif, y están rodeados de arqueros y sargentos de armas.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA DÉCIMA TERCERA

Los mismos; LORD ORMOND, LORD ROCHESTER, LORD ROSEBERRY, LORD CLIFFORD, SIR PETERS DOWNIE, LORD DROGHEDA, SEDLEY, SIR WILLIAM MURRAY, EL DOCTOR JENKINS, MANASSÉS-BEN-ISRAEL, todos con las manos atadas á la espalda, descalzos y con una cuerda al cuello. El alto sherif, arqueros de la ciudad, sargentos de armas.

(Al entrar los caballeros, la muchedumbre se aparta con un murmullo de sorpresa y de curiosidad.)

LOS SARGENTOS DE ARMAS

¡Sitio! ¡Sitio!

(Los caballeros se detienen frente al trono de CROMWELL, con ORMOND y ROCHESTER á la cabeza. Su actitud es firme y tranquila; MURRAY y MANASSÉS son los únicos que parecen abatidos. CROMWELL lanza una mirada satisfecha sobre los presos; la asamblea y la multitud disfrutando del silencio y ansiedad que le rodea. Durante toda la escena, ROCHESTER hace telégrafos á FRANCISCA, á quien ha visto en la tribuna al entrar.)

CROMWELL, cruzando los brazos, á los caballeros

¿Qué queréis?

(Aparte.)

¡Si me pidiesen perdón!

LORD ORMOND, con voz firme

Somos hombres de corazón, y no pretendemos ni

piedad, ni clemencia, ni favores, ni perdón. Moribundos como nosotros, se enorgullecen de su suplicio; nada les turba ni les envilece. Además, ¿qué se puede esperar de vos, de un vasallo que, cargando su escudo plebeyo con la cimera, el manto y el cetro hereditario, pone en él por cuarteles las armas de Inglaterra?

CROMWELL, interrumpiéndole

¿Qué me queréis, pues?

LORD ORMOND

Una palabra, señor Cromwell. ¿Qué camino se elige para llevarnos al cielo? Se nos conduce á la horca; pero ¿se sabe quiénes somos?

CROMWELL

Bandidos condenados á muerte.

LORD ORMOND

Hidalgos. Lo ignoráis, sin duda, y os lo participamos. El patíbulo no se ha hecho para los que llevan nuestros nombres. Y por pequeña, en fin, que sea vuestra nobleza, la cuerda que nos mancha os hiere tanto como á nosotros. No se hace uno colgar entre gentes de buen gusto y personas de calidad. Reclamamos.

CROMWELL

¿Es todo?

(Aparte.)

Piden la vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LORD ORMOND

Sí. Pesad la petición.

CROMWELL

¿Qué deseáis, pues?

LORD ORMOND

¡Que nos corten la cabeza, lejos la horca y sus indignidades! Todos tenemos derecho á ser decapitados.

CROMWELL, bajo á THURLOE

¡Qué hombres tan extraños! Mira. No tienen miedo, y el orgullo con ellos sube hasta el patíbulo. Su preocupación les acompaña ante la eternidad, y para ellos el tajo es una vanidad.

(A los caballeros con sonrisa sarcástica.)

Comprendo. Al entrar en el cielo, os importa que de par en par os abran la puerta; y para el cáñamo impuro fuera demasiado honor ahogar á un alto y poderoso señor. Sin embargo, ya se ha visto eso. Luego en vuestras filas, maestros, veo á quien se colgaría sin molestar á sus antepasados. No los tiene. Ese judío, ese magistrado burgués...

EL DOCTOR JENKINS

No he sido juzgado. No tenéis ningún derecho para aplicarme la muerte, la cárcel ó la multa. Soy libre; y leo en la carta normanda: *Nullus homo liber imprisionetur*.

LORD ROCHESTER, riendo, á SEDLEY

Bueno. ¡Pues no le cita ahora leyes del rey Arturo!

CROMWELL, á los caballeros

Señores, os tenemos; jefes, lugartenientes, cómplices, ¡todos! Habéis caído en vuestras propias redes. Ha sonado la hora; el brazo se alza para castigar. Escogéis mal el tiempo para obtener favores...

LORD ORMOND, interrumpiéndole

¡Favores, señor! ¡No lo quiera Dios! Reclamamos un derecho de la nobleza inglesa. ¿Lo entendéis? ¡Un derecho! ¡Favores! ¿Un tajo? ¿Un hachazo?

CROMWELL

¡Silencio, vos que habláis tan alto! Vinísteis esta noche, ceñidos con espada, á mi casa, la guardia reducida ó engañada, creísteis cogerme en mi cama sin testigos. ¿Qué me preparabais?

LORD ORMOND

No la horca, por lo menos.

CROMWELL

Sí, teníais prisa. El puñal es más breve. Hoy, que en mis manos el cielo os precipita, señores asesinos míos, ¿qué queréis de mí?

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD ORMOND

Morir como caballeros, morir por nuestro rey.

LORD ROCHESTER

Sí, muramos por Rowland.

(Bajo á ROSEBERRY.)

Yo siempre le presto; ayer mi dinero, hoy mi cabeza. ¡Una deuda más en mi cuenta!

CROMWELL, después de un instante de reflexión, á LORD ORMOND

Anciano, juzgaos vos mismo. Veamos; si la casualidad os hubiese colocado en mi lugar, me hubiese encadenado con vuestros grillos, hablad, ¿qué haríais?

LORD ORMOND

No os perdonaría.

CROMWELL

Pues yo os perdono.

(Movimiento de sorpresa en la asamblea.)

TODOS LOS CABALLEROS

¿Cómo?

CROMWELL

Quedáis en libertad.

LOBD ORMOND

¡Dios mío!

(A CROMWELL.)

Si supieseis mi nombre...

CROMWELL, interrumpiéndole

No me interesa.

(Bajo á THURLOE.)

Si dice su nombre no podría responderse del pueblo.

(Se vuelve de repente hacia LORD BROGHILL, que continúa silencioso en el séquito.)

Uno de vuestros antiguos amigos, lord Broghill, está en Londres.

(LORD ORMOND y LORD BROGHILL se vuelven sorprendidos.)

LORD BROGHILL

¿Quién, milord?

CROMWELL

Ormond.

(Aparte.)

¡Dios mío! ¿Acaso sabría?...

CROMWELL

Hace cinco días que está aquí, querido Broghill.

(Busca en el jubón y saca el pliego sellado que quitó á DAVENANT.)

Aquí hay un pliego que le interesa, su nombre está escrito en él. ¿Sabéis su dirección?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LORD BROGHILL, turbado

No, milord.

CROMWELL

Bloum, en el Strand, *Hotel del Ratón*.

LORD BROGHILL, balbuciendo

¿Por qué?

LORD ORMOND, examinando el pergamino que tiene CROMWELL, aparte

¡El traidor es Davenant! ¡Esa es la carta del rey!

CROMWELL, dando el paquete á BROGHILL

Devolvedlo á lord Ormond de parte mía; si esta carta hubiese caído en otras manos, habría podido comprometerle. Decidle que se vaya pronto y que no piense en volver. Si necesita dinero, dádselo.

LORD ROSEBERRY, bajo á ORMOND

¡Dinero! ¡Sois un hombre feliz! ¡Si sólo quisiese responder de mis deudas!

LORD ROCHESTER, felicitando á ORMOND, bajo

La acción es delicada, y me alegro de veras, que os libre de la afrenta de ser nombrado aquí.

CROMWELL, con voz alta y ruda

¡Milord Rochester!

LORD ROCHESTER, con estremecimiento de sorpresa

¿Qué?

CROMWELL

Os perdono. ¡Id al diablo!

LORD ROCHESTER, bajo á ROSEBERRY

Conmigo es menos amable. No importa. Es Proteo. Es mágico. Se le aproxima uno y cree ver á un león real. Bueno; tratad de adormecerle. ¡Bah! Un golpe de varilla y el león que dormía se vuelve gato que os espía; el gato se convierte en tigre de roncos rugidos; y luego las garras se cambian en patas de terciopelo, donde se oculta quizás la hipócrita garra.

CROMWELL

Mi docto capellán, sufrid que os invite á no prolongar vuestra presencia entre nosotros.

LORD ROCHESTER, aparte

Os creo.

CROMWELL, prosiguiendo

Gracias á una multa, impuesta con razón, resulta muy caro el jurar, santo hombre, en Inglaterra. Pues bien; por más que hagáis, no os podéis callar, y, penado por la ley á cada instante, pronto os arruinaríais sólo con juramentos.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ALERE FLAMMAM VERITATIS DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

LORD ROCHESTER

Gracias por el buen consejo.

(Al pueblo, que le persigue con risas y burlas.)

¡Aplaude, raza infame!

CROMWELL

Esperad aún, doctor. Llevaos á vuestra mujer.

LORD ROCHESTER, temblando

¡Mi mujer!

CROMWELL

¡Milady Rochester!

(La señora Guggligoy baja apresuradamente de la tribuna de la protectora y corre á abrazar á Rochester. Silbidos en la multitud.)

LA SEÑORA GUGGLIGOY, abrazando á ROCHESTER

¡Querido esposo!

LORD ROCHESTER, procurando rechazarla

¡Ayuda de Dios!

CROMWELL

Vivid unidos. ¿Qué diríamos viendo que una parte sin la otra se ha marchado?

(A la señora Guggligoy.)

Seguid á vuestro marido.

(La señora Guggligoy coge del brazo á Rochester, quien se resigna con pena.)

RORD ROCHESTER, aparte

¡Wilmot! ¡Qué amnistía! ¿No eres de los más tontos y de los más castigados? Mira el grotesco efecto que ofrecen tus dos mitades, una con este traje, la otra con ese rostro. ¡Y Francisca que nos está mirando! ¡Estoy á punto de volverme prudente!

CROMWELL, señalando á SIR WILLIAM MURRAY en el grupo de los caballeros

Murray recibirá los azotes que ha merecido por conjura de niños, pobremente abortada, Carlos, vulgarmente llamado príncipe de Gales.

(Aplausos en el pueblo. Dos arqueros y ayudantes del verdugo se apoderan de Murray, quien se oculta la cara con las manos, y parece sumido en desesperación y vergüenza. Cromwell se dirige al rabino.)

Este judío, que tanto hubiera adornado la horca, queda libre...

(Manassés levanta la cabeza con alegría. Cromwell continúa volviéndose á Barebone, qne se halla junto al trono.)

Sólo que para rescatar su carne, Barebone, él será quien pagará tu cuenta.

Barebone saca del bolsillo un largo pergamino que entrega á Manassés.)

MANASSÉS, examinando la cuenta

¡Es cara!

CROMWELL, á los otros presos

Quedáis libres todos.

(Los arqueros desatan á los caballeros.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

THURLOE, bajo á CROMWELL

¡Todos! Pero las circunstancias son graves...

CROMWELL, bajo

Tengo á ese pueblo; ¿de qué servirían diez horcas?

(SIR WILLIAM MURRAY, á quien se llevan los arqueros, se echa á los pies de CROMWELL en actitud de súplica.)

SIR WILLIAM MURRAY

¡Perdón, milord!...

CROMWELL

¿De los azotes? Vamos, concluyamos. ¿No es ese empleo de tu espalda cortesana? Además, ¡azotado por tu rey! Sirves á la buena causa. ¡Te llamarás mártir! ¡Imitarás á Montrose!

(Hace una seña, y los arqueros se llevan á MURRAY. El protector se dirige entonces á la multitud con aire imperioso é inspirado.)

CROMWELL, al pueblo

Pueblo santo, perdonemos á nuestros enemigos que vienen arrastrándose; el elefante desprecia aplastar á las culebras. ¡Que el cielo os libre siempre así de todo engaño, vasos de elección!

LORD ROCHESTER, bajo á SEDLEY

Los vasos son cántaros.

(El pueblo contesta al protector con largas aclamaciones. Las hace cesar con una seña, y continúa.)

CROMWELL

Por mi clemencia, ingleses, quiero señalar este día.

(Al alto sherif.)

Que vayan á buscar á Carr, preso en la Torre.

(El alto sherif sale. CROMWELL, apoyado en los brazos de su sillón, parece meditar. Silencio en el auditorio. WILLIS, que estuvo algún tiempo ausente y acaba de regresar, se dirige á ORMOND en el grupo de los caballeros.)

SIR RICARDO WILLIS, saludando á LORD ORMOND

Os felicito, milord.

LORD ORMOND, sorprendido

¡Cómo! ¿Sois vos, Willis, libre también? ¡Ese hombre es un problema! Al perdonarnos de ese modo toma aires de rey.

(Estrechando la mano á WILLIS.)

Pero se lo agradezco, sino por mí, á lo menos por vos.

(Se acerca con misterio al oído de SIR RICARDO.)

¡Davenant es el traidor! ¡Ah! ¡Si alguna vez le encuentro!...

SIR RICARDO WILLIS

¿Lo creéis? Hay razones en pro y en contra. Desconfiad de él, bueno. Habéis escapado del peligro, sed prudente.

LORD ORMOND, estrechándole la mano de nuevo

¡Ay, Willis! ¡Cómo le engañan á uno!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CROMWELL, saliendo de sus reflexiones y señalando los caballeros á STOUPE

¡Stoupe! Embarcarán mañana en el Támesis á esos locos á quienes he perdonado.

(Apostrofa con rudeza á ANÍBAL SESTHEAD, que exhibe su suntuoso séquito por las gradas del trono.)

¡Sir Aníbal Sesthead! Aunque primo de un rey, sabed que soy dueño en mi casa. Pertenecéis á esas gentes de costumbres ligeras; habéis aprendido en las cortes extranjeras maneras que no cuadran á los pueblos elegidos. Llevadlas, pues, á otro lugar. Id, no pequéis más.

ANÍBAL SESTHEAD, aparte

Perdona mejor una conjuración que un sarcasmo. Yo soy el único á quien castiga.

(Sale con sus pajes y sus perros. La muchedumbre aplaude á CROMWELL.)

OVERTON, bajo á GARLAND

Ved el entusiasmo del pueblo. Un discurso, una nonada le ha cambiado.

LORD ROCHESTER, bajo á ROSEBERRY

Contra el protector Dios nos ha protegido. No pasemos de ahí.

GARLAND, bajo á OVERTON

Con una palabra hizo pedazos nuestras armas.

CROMWELL, viendo á GRAMADOCH entre sus guardas

¿Qué hace ahí mi bufón entre cuatro gendarmes?

GRAMADOCH, con desparpajo

Son guardabufones.

UN ARQUERO

Ese enano extravagante, milord, recogió el guante de vuestra alteza.

CROMWELL, irritado, á GRAMADOCH

¡Bribón!

GRAMADOCH

Como era un bufón, milord, sólo él pudo hacerlo.

CROMWELL, sonriendo y haciendo seña á los arqueros que lo desaten

¡Vete! ¡Vete!

GRAMADOCH va á encontrar en el palco á sus compañeros, quienes le abrazan. El protector se dirige á MILTON.)

¿Milton está contento?

MILTON

Espero.

CROMWELL

Hermano, estoy satisfecho de vos. Hablad hoy; ¿tenéis algo que pedirme?

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MILTON

Sí.

CROMWELL

¿Qué?

MILTON

Un perdón.

CROMWELL

Amigo, hablad, os lo concedo.

MILTON

Vuestra alteza perdona á todos sus enemigos; sólo uno queda olvidado.

CROMWELL

¿Cuál?

MILTON

Davenant.

CROMWELL

¡Cómo! ¡Davenant! ¡Ese papista! ¡Un espía del rey! Pedid otra cosa.

MILTON

¡Ah! Permitid que insista. Pertenecía á la conjura, no cabe duda; es papista, no hay que negarlo; conspiraba contra vuestra vida; pero desde entonces habéis perdonado á aquéllos.

CROMWELL

No puedo.

MILTON

Sé que intervino en esas tramas urdidas...

CROMWELL, con impaciencia

No me habléis más de él. Hace comedias.

(MILTON se aparta disgustado. CROMWELL le vuelve á llamar con más amabilidad.)

Nos ha parecido bien, Milton, que os creasen poeta laureado.

MILTON

¡Poeta laureado! Sólo puedo aceptar, milord, en supervivencia. El empleo no está vacante.

CROMWELL, sorprendido

¿Quién lo tomó por anticipado?

MILTON

Davenant.

CROMWELL, alzando los hombros

¡Lo obtuvo en tiempo del difunto Jacobo I!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL ®
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ALERE FLAMMAM VERITATIS

MILTON

Ya que conserva los grillos, dejémosle su laurel.

CROMWELL

Eso es. ¡Vaya unas razones de poeta! Frases de un codo de largo. ¡Qué ampuloso sois! ¡Y queréis regir y reprender siempre á los que gobiernan los Estados, vosotros que empleáis el tiempo atormentando á las palabras con metros frívolos!

MILTON

Salomón compuso cinco mil parábolas.

(CROMWELL le vuelve la espalda y llama á su hijo RICARDO.)

CROMWELL, á RICARDO CROMWELL

Ricardo, mi heredero, os quiero llevar á la milicia y al Parlamento. Os nombro coronel, par de Inglaterra y miembro del consejo privado.

RICARDO CROMWELL, saludando á su padre con embarazo

Pero... los trabajos de la Cámara... mis aficiones... Sois demasiado bueno, padre y señor, y me confunde verdaderamente tanto honor. Si me lo permitís, os diré, sin embargo, que tengo más de lo que valgo y de lo que deseo. Me agradan los bosques, los prados, el ocio, el descanso; me gusta cazar los gamos y los ciervos á manadas, y me atraen mis campos, donde no temo más motines que entre los halcones, los gerifaltes y las traíllas.

(CROMWELL, descontento y desconcertado, le despide con un gesto.)

CROMWELL, con amargura, aparte

¡Si el otro fuese el mayor! ¿De qué sirve lo que hago?

(Entra CARR acompañado del alto sherif. Pasa lentamente por entre la muchedumbre, considera con indignación el aparato de la realeza que le rodea, y se adelanta con gravedad hacia el trono de CROMWELL.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA DÈCIMA CUARTA

Los mismos; KARR

CARR, cruzando los brazos y mirando á CROMWELL con fijeza

¿Qué me quieres? Tirano por derecho de tus infamias, ¿los calabozos ni siquiera son un refugio contra ti? ¿Qué me quiere el apóstata, qué me quiere el tránsfuga?

VOCES EN LA MULTITUD

¡Que calle el furioso!

CROMWELL, al pueblo

Dejadle hacer, amigos. El cielo quiere poner á prueba á David, y ha permitido al hijo de Semeí decirle anatema.

(A CARR.)

Prosigue.

CARR

¡Hipócrita! Sí. Ese es tu sistema. ¡Cubrir con bellas formas tus planes falaces! ¡Sobre tu frente infernal poner un velo de los cielos! ¡Burlarte torturando! ¡Pintar con colorete tu triste tiranía! ¡Y sobre un corazón que se desangra dejar correr la ironía! Pero,

para romper tu cetro y tu careta á la vez, el Señor me tuvo oculto en su carcaj. Me dijo: —Coge mi laúd y da vuelta á la ciudad. Del templo de Cromwell arroja á un pueblo servil, haz polvo el altar, echa el ídolo á las llamas, y diles: ¡El egipcio es hombre, no es Dios! —Ya estás, pues, Cromwell, en tu trono de gloria. ¡Tiembla, que después de la luz radiante viene la noche negra! Acuérdate de Nemrod el cazador. El Señor, vencedor, rompió su arco de hierro como juguete de niño. Acuérdate de Isboseth. Este rey, vano é imprudente, fué el primero que mandó formar el pueblo ante su paso; puso á caballo cien guerreros de Isacar, que sin cesar corrían delante de su carro. Mas Dios hace nacer siempre, para espanto del alma, la desgracia de la felicidad, la ceniza de la llama. Isboseth cayó como fruta abortada, como ruido sin eco que el viento arrastra. Acuérdate de Salmanasar. Sobre sus rápidos corceles, ese rey, rodeado de los grandes argiráspides, pasó como en verano, bajo la nube encadenado, pasa el relámpago de la tarde sin llegar á oir el trueno. Acuérdate de Senaquerib, que venía de Asiria, llevando tras su tienda un ejército aguerrido; novecientos mil soldados, tan fieros, tan furiosos, que su aliento bastaba para empujar las nubes de los cielos; mágicos impuros; horribles onocentauros; árabes tocando sonoros timbales; bueyes, leopardos acostumbrados al freno; carros de guerra armados con hoces de bronce; ardientes caballos amamantados por tigres; y seiscientos elefantes, movientes fortalezas, que en las legiones andaban pesadamente llevando torres sobre sus monstruosos lomos. Por todas partes camellos, búfalos, cebras, de un mundo extinguido prodigiosos ejemplares, rugiente mezcla, donde se cruzaban las ruedas con acerados dientes de los carros con escamas de oro. De noche el campamento parecía incendiada llanura, y cuando despertaba aquel innu-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ALERE FLAMMAM VERITATIS DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

merable ejército, el pescador que preparaba su barquilla de cañas creía oir desde lejos el mugido de las aguas torrenciales. Todo relampagueaba al rededor del rey soberbio; sus yeguas volaban asolando los sembrados; luego pasaba él, dominando con la frente estrellada, desde su carro piramidal, tirado por elefantes, y detrás se confundían estandartes, gallardetes y banderas, semejantes á los astros de oro que arrastran cabelleras. Pero el cielo se compadeció de veinte pueblos temblorosos. Dios sopló sobre aquel cometa de brillantes crines, y de repente se apagó la espantosa maravilla, como una lámpara entre las manos de una viuda que trabaja. ¿Te crees acaso más grande, fatal sicofante, que aquellos grandes reyes, soles del mundo oriental? ¿Puedes caer á tu antojo, como el águila que se cierne, sobre Damasco, Carcamis, Samaria ó Calana? Como la arena, ¿has invadido el bazar y destruído á Socot-Benot y á Teglat-Falazar? Tus caballos y tus carros, ruidosa multitud, ¿del viejo Líbano turbaron la soledad? No. Nada de eso. Amo de los potentados, tu brazo arrancó los linderos de los Estados; la muchedumbre al verte retrocede y se estrecha; guardas como una presa todo un mundo en tu garra; nada más. En tu marcha y en tus grandes combates, Dios te sostuvo desde arriba y el pueblo desde abajo. Nada eres por ti mismo. Instrumento de cólera, eres el mayal que bate el trigo en la era. ¿Dónde están los dioses de Emat? ¿Dónde los dioses de Ava? ¿Qué puede Sefarvaín tocado por Jehová? Sus ídolos reinaban; tú pasarás como ellos, como un cascabel colgado al cuello de una camella. Pronto en su capa los santos harán un pliegue. Gad, Zabulón, Aser, Benjamín, Neftalí, subirán al monte Hebal para maldecirte. Las mujeres, los niños, te perseguirán con sus risas. Para tus pasos, para tus ojos, que cegará el infierno, el cielo será de bronce y la tierra

de acero. Un lecho de púrpura adormece tus soberbios párpados; pero Dios te aplastará la cabeza entre dos piedras, y veremos algún día los pueblos grandes al fin, con tus huesos blanqueados, lapidar á los tiranos; pues se ha visto, Cromwell, sobre más de un trono impío, á Faraones de Memfis, y sultanes de Etiopía, papas, duques, emperadores, déspotas empurpurados, usar como de un juego ensangrentado de los pueblos torturados. Pero entre todas esas calamidades que el Señor nos envía, Cromwell, un hombre, un mago, un monarca, un sátrapa, tan audaz como tú, cruel y astuto, es lo que jamás se vió bajo el sol de los cielos. ¡Maldito seas!

CROMWELL

¿Habéis concluído?

CARR

No, todavía. ¡Maldito seas por poniente, maldito por la aurora! ¡Maldito seas en tu carro, maldito en tu corcel! ¡En tus armas de madera, en tus armas de acero!

CROMWELL

¿Es eso todo?

CARR

¡En el aire que el céfiro te trae! ¡En el techo de tu cama, en el umbral de tu puerta! ¡Maldito seas!

CROMWELL

¿Has concluído, en fin?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CARR

No. ¡Maldito seas!

CROMWELL

Os destrozáis el pulmón. ¿Queda ya todo dicho? Escuchadme. Víctima de una antigua sentencia, estáis en la cárcel. Hermano, os vuelvo á la libertad. Id. Rompo vuestros grillos.

CARR

¿Con qué derecho, tirano? ¿No cometes bastantes iniquidades en el año? ¿De tus infamias quieres aumentar la lista? ¿Por qué contra mi torre tiras con tu ballesta? ¿Arrancarme á los calabozos donde transcurren mis días? Pero, ¿para romper mis cadenas, di, acaso las forjaste tú? ¡Me concedes perdón! ¡Ah, déspota implacable! ¡Lo mismo que tu rabia, es preciso que tu clemencia anonade! Por el Parlamento largo fuí llevado á la cárcel. La había merecido por una traición; del yugo sagrado rechacé las dificultades; había señalado dos partes en el botín de los valientes. Estoy castigado. Vivo en el fondo de una torre donde las rejas cruzadas aprisionan la luz; la araña en mi cama suspende su tela frágil, donde el murciélago tropieza con las alas; del sepulcro por la noche oigo surgir al gusano; tengo hambre, tengo sed; en verano tengo calor, y frío en invierno. Está bien. Me inclino y doy ejemplo. Pero tú, Noll, ¿con qué derecho vas á tocar el templo? ¿Podrías tan sólo desarreglar una columna? ¿Lo que ataron los santos, puedes tú desatarlo? ¿Hay medio de borrar el rastro que dejó el rayo? Los santos me condenaron, nadie tiene derecho

de absolverme; y entre ese pueblo vil camino con orgullo, único vestigio vivo de su autoridad. Pino caído, expongo en el fondo del precipicio de mi abatida frente la augusta cicatriz. ¡Quieres romper por fuerza mis grillos! ¡Ingleses, ved qué desenfrenado tirano os pisotea! Ve, prefiero aun, yo, Carr, yo que te reto, la argolla del cautivo que el collar del esclavo. ¿Qué digo? ¡Prefiero mi suerte á tu destino, mi torre á tu palacio repleto de botín; no diera yo mi pena por tu crimen, por tu cetro usurpado mi cadena legítima! Pues, criminales los dos, Dios, así que hayamos muerto, contará tus infamias y pesará mis remordimientos. ¡Abre de nuevo mi cárcel! O si me quieres libre, absolutamente, restablece el equilibrio del Estado, devuélvenos el Parlamento. Después veremos. Vendrás conmigo; inclinaremos nuestras frentes, ambos ceñidos de una cuerda y con el rostro manchado, acudiremos á su barra para implorar perdón. Cromwell, mientras llega ese día tan deseado, devuélveme mis grillos; respeta á lo menos mi libertad.

(Carcajadas en el auditorio.)

¡Manda que calle la traílla! En mi calabozo, quizás soy el único inglés de quien no eres amo; sí, ¡el único libre! Allí te maldigo, Cromwell; allí, á los dos ofrezco en holocausto al cielo. ¡Mi cárcel! En vano me condenas á infringirla. ¡Mi cárcel! Y si es preciso citar leyes profanas y textos mundanos á vuestros corazones corrompidos, vuelvo á ella, en virtud del *habeas corpus*.

CROMWELL

Como queráis. Invoca un bill que está en vigor.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TRICK, en la tribuna de los bufones

¡Su cárcel! Se equivoca; quiere decir su palco.

(CARR sale con fiereza entre los gritos del pueblo.)

SYNDERCOMB, bajo á GARLAND

Carr es entre nosotros el único que sea hombre.

VOCES EN LA MULTITUD

¡Hosanna! ¡Gloria á los santos! ¡Gloria al Cristo! ¡Gloria al Dios del Sinaí! ¡Larga vida disfrute el protector!

(SYNDERCOMB, exasperado por las imprecaciones de CARR y las aclamaciones del pueblo, desenvaina su puñal y se lanza hacia el estrado.)

SYNDERCOMB, tremolando el puñal

¡Muera el rey de Sodoma!

LORD CARLISLE, á los alabarderos

¡Prended al asesino!

CROMWELL, apartando á la guardia con el gesto

Dejad pasar á ese hombre.

(A SYNDERCOMB.)

¿Qué queréis?

SYNDERCOMB

Tu muerte.

CROMWELL

Id en libertad; id en paz.

SYNDERCOMB

Soy el vengador suscitado. Si tu séquito impuro no me sellase los labios...

CROMWELL, haciendo seña á los soldados para que le dejen libre

¡Hablad!

SYNDERCOMB

¡Ah! No es un discurso lo que te afecta. Pero si no contuviesen mi brazo...

CROMWELL

Herid.

SYNDERCOMB, dando un paso y levantando la daga

¡Muere, pues, tirano!

(El pueblo se precipita sobre él y lo desarma.)

VOCES EN LA MULTITUD

¡Qué, con la muerte corresponde al perdón! ¡Perezca el asesino! ¡Muera el parricida!

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ALERE FLAMMAM VERITATIS DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS UANL ®

(El pueblo, indignado, se apodera de SYNDERCOMB, quien se defiende; pero es llevado fuera de la sala.)

CROMWELL, á THURLOE

Ved lo que hacen con él. (THURLOE sale.)

VOCES DEL PUEBLO

¡Matad á ese pérfido!

CROMWELL

Hermanos, lo perdono. No sabe lo que hace.

VOCES DEL PUEBLO, fuera

¡Al Támesis! ¡Al agua! (Entra THURLOE.)

THURLOE, á CROMWELL

El pueblo está satisfecho. El Támesis recibió en su seno al furioso apóstol.

CROMWELL, aparte

La clemencia es, al fin, un medio como otro cualquiera. Siempre hay uno menos. Pero que no se acostumbre el pueblo á semejante muerte.

(Pausa. Se oyen exclamaciones de alegría y de triunfo. CROMWELL, sentado en el trono, parece saborear pacíficamente las delirantes aclamaciones de la multitud y del ejército.)

OVERTON, bajo á MILTON

¡Una víctima humana inmolada al ídolo! Todo le

pertenece, el ejército y ese pueblo frívolo. ¡Nada le falta, en fin! Tiene lo que necesita. Nuestros esfuerzos sólo han servido para colocarle más alto. Es inútil retarle, es inútil combatirle. Puede ahora troncharnos uno tras otro; sabe inspirar amor y sabe inspirar espanto. Debe estar contento.

CROMWELL, pensativo

¿Cuándo llegaré á ser rey?





CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

NOTAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1828

—

NOTA ACERCA DE ESTAS NOTAS

Estas notas fueron, lo mismo que el prólogo, arrancadas al autor. Entre ellas hay algunas, sin embargo, que dependen del prólogo, que forman parte integrante de él, y que llevaba naturalmente consigo; esas, no siente el autor haberlas escrito. Las otras, que sólo se refieren al drama, están de más. Hay pocos versos en esta obra que no puedan dar motivo á extractos históricos, á manifestaciones de ciencia local, y algunas veces á rectificaciones. Con alguna buena voluntad, el autor hubiera podido ensanchar y dilatar esta obra hasta tres tomos en 8.º Pero ¿qué hacer de los ochenta ó cien volúmenes (1) que ha tenido que leer y exprimir en éste, más que caudatarios del presente libro? Lo que pretende dar aquí es obra de poeta, no labor de erudito. Después que se ha expuesto ante el espectador la decoración del teatro, ¿para qué llevarle detrás del telón y enseñarle las cuadrillas y las garruchas? ¿Gana algo el mérito poético de la obra con esos testimonios de la historia? El que dude buscará. En las

(1) Sin contar todas las Memorias acerca de la revolución de Inglaterra, *State Papers*, *Memoirs of the protectoral House*, *Hudibras*, *Acts of the Parliament*, *Ey-kon Basiliké*, etc., etc., el autor ha podido consultar algunos documentos originales, unos muy raros y otros hasta inéditos, *Cromwell politique*, libelo flamenco; *El hombre del demonio*, libelo español; *Cromwell and Cromwell*, y el *Connaught-Regicister*, que tuvo la bondad de comunicarnos un noble par de Irlanda, á quien dirige aquí públicas gracias.

producciones de la imaginación no hay *documentos justificativos*. Da pena ver así á la poesía herméticamente enterrada bajo las notas; es el plomo del ataúd.

No se encontrará probablemente, pues, en estas notas lo que se buscará. Son numéricamente bastante incompletas. El autor las ha sacado al azar de un enorme montón de restos y materiales; tomó, no las más importantes, sino las primeras que encontró. Poco dispuesto para este trabajo, lo hizo mal. No importa; ahí están tales cuales son. Se verá, después de haberlas leído, que era preferible quemar todas esas virutas.

PREFACIO

I.—Pág. 10

... Sin embargo, las naciones comienzan á estar demasiado estrechas en el globo. Se molestan y se querellan; de ahí los choques, los imperios, la guerra.

La Ilíada.

II.—Pág. 10

Se desbordan unas sobre otras; de ahí las emigraciones de los pueblos, los viajes.

La Odisea.

III.—Pág. 17

«... ¡De modo que hace usted de lo *feo* un tipo de imitación, de lo *grotesco* un elemento del arte!»

¡Sí, no cabe duda; otra vez sí, y siempre sí! Aquí debo dar las gracias á un ilustre escritor extranjero que ha tenido la bondad de ocuparse del autor de este libro, y demostrarle nuestra estimación y nuestra gratitud recogiendo un error en que nos parece haber incurrido. El honorable crítico *toma nota*, tal es su expresión textual, de la declaración hecha por el autor en el prefacio de otra obra, de que: «No hay ni *clásico ni romántico;* pero en literatura, como en todas las cosas, dos solas divisiones, lo bueno y lo malo, lo bello y lo deforme, lo verdadero y lo falso.» Tanta solemnidad para reconocer esta profesión de fe, no era necesaria. El autor no se ha salido ni se saldrá jamás de ella. Puede conciliarse perfectamente con la que «hace de lo *feo* un tipo de imitación, de lo *grotesco* un elemento del arte.» Una no está en contradicción con la otra. La división de lo bello y de lo feo en el arte, no es simétrica con la de la naturaleza. Nada hay en las artes bello ni feo más que por la ejecución. Una cosa deforme, horrible, asquerosa, transportada con verdad y poesía al dominio del arte, se volverá bella, admirable, sublime, sin perder nada de su monstruosidad; y, por otra parte, las más bellas cosas del mundo, falsa y sistemáticamente arregladas en una composición artificial, serán ridículas, burlescas, híbridas, *feas*. Las orgías de Callot, la *Tentación* de Salvador Rosa con su espantoso demonio, su *Refriega* con todas sus formas repugnantes de muerte y de carnicería, el *Tribulet* de Bonifacio, el mendigo comido por gusanos de Murillo, las cinceladuras en que Benvenuto Cellini hace reir á tan asquerosas figuras entre arabescos y acantos, son cosas feas, según la naturaleza, pero bellas, según el arte; mientras que nada hay tan *feo* como todos esos perfiles griegos y romanos, ese bello ideal de piezas de relación que expone, bajo sus colores violáceos y algodonados, la segunda escuela de David. Job y Filoctetes, con sus llagas saniosas y fétidas, son bellos; los reyes y reinas de Campistrón son muy feos con su púrpura y su corona de oropel. Una cosa bien hecha y una cosa mal hecha, eso es lo que constituye lo bello y lo feo en materia de arte. El autor había explicado ya su pensamiento asimilando esta distinción á la de lo *verdadero* y de lo *falso*, de lo *bueno* y de lo *malo*. Por lo demás, en el arte, lo mismo que en la naturaleza, lo grotesco es un elemento, pero no el objetivo. Lo que sólo es grotesco no está completo.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.—Pág. 18

Cerca de los colosos homéricos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, ¿qué son Aristófanes y Plauto?

Estos dos últimos nombres se hallan aquí reunidos, pero no confundidos. Aristófanes está incomparablemente por encima de Plauto; Aristófanes tiene un lugar aparte en la poesía de los antiguos, como Diógenes en su filosofía.

Se comprende por qué Terencio no figura en este pasaje, al mismo tiempo que los dos cómicos populares de la antigüedad. Terencio es el poeta del salón de los Escipiones, un cincelador elegante lleno de coquetería, bajo cuya mano acaba de borrarse la vieja rusticidad cómica de los antiguos romanos.

V.—Pág. 19

Él es, por último, quien, dando color sucesivamente al mismo drama de la imaginación del Mediodía y la imaginación del Norte, hace brincar á Leporelo *(Esganarelle)* al rededor de Don Juan y arrastrarse á Mefistófeles al rededor de Fausto.

Ese gran drama del hombre que se condena, domina todas las imaginaciones de la Edad media. Polichinela, á quien se lleva el diablo, con gran alegría de nuestros arrabales, es sólo una forma trivial y popular de ello. Lo que sorprende singularmente cuando se comparan esas dos comedias gemelas: *Don Juan* y el *Fausto*, es que *Don Juan* es el materialista, *Fausto* el espiritualista. Aquél ha probado todos los placeres, éste todas las ciencias. Los dos han atacado el árbol del bien y del mal; uno arrancó los frutos, el otro escudriñó las raíces. El primero se condena para gozar, el segundo para conocer. Uno es un gran señor, el otro un filósofo. Don Juan es el cuerpo, Fausto es el espíritu. Esos dos dramas se completan uno con otro.

VI.—Pág. 21

... Los ogros, los alisos, los psilos, etc.

No se refieren á los alisos, como se cree generalmente, las supersticiones que inspiraron la balada romana *El rey de los Alisos*. Los Alisos (en baja latinidad *alcunæ)* son á manera de duendes que representan cierto papel en las tradiciones húngaras.

VII.—Pág. 23

... Echa de golpe en el umbral de la poesía moderna tres Homeros bufos.

Esta expresión sorprendente de *Homero bufo*, pertenece á M. Charles Nodier, quien la creó para Rabelais, y quien nos perdonará que la hagamos extensiva á Cervantes y á Ariosto.

VIII.—Pág. 24

La oda canta la eternidad, la epopeya solemniza la historia, el drama pinta la vida.

Pero se dirá que el drama pinta también la historia de los pueblos. Sí; pero como *vida*, no como *historia*. Deja al historiador la exacta serie de los hechos generales, el orden de las fechas, las grandes masas que remover, las batallas, las conquistas, la desmembración de los imperios, toda la parte exterior de la historia. Recoge la interior. Lo que la historia olvida ó desdeña, los pormenores del traje, de las costumbres, de fisonomías, la parte baja ó inferior de los acontecimientos, la vida, en una palabra, le pertenecen; y el drama puede ser inmenso de aspecto y de conjunto cuando esas pequeñas cosas son manejadas por una mano grande, *prensa manu magna*. Pero no hay que buscar la historia pura en el drama, aunque sea *histórico*. Escribe leyendas y no fastos. Es crónica y no cronología.

IX.—Pág. 28

Los dos tipos, separados así y entregados á sí mismos, tomarán cada uno por su lado, dejando entre ellos lo real, uno á su derecha, el otro á su izquierda.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

¿De dónde procede que Molière sea más verdadero que nuestros trágicos?

Digamos más: ¿de dónde procede que casi siempre sea verdadero? Es que, impresionado como está por los prejuicios de su tiempo del lado de acá de lo patético y de lo terrible, no deja de mezclar por eso á sus grotescos escenas de gran sublimidad, que completan á la humanidad en sus dramas. También sucede esto porque la comedia está mucho más cerca de la naturaleza que la tragedia. Se concibe, en efecto, tal acción, cuyos personajes, sin dejar de ser naturales, podrán reir constantemente ó excitar á la risa; y aun los personajes de Molière lloran algunas veces. Pero ¿cómo concebir un acontecimiento, por terrible y limitado que sea, en el cual los principales actores no tengan jamás ni siquiera una sonrisa en los labios, aunque sea de sarcasmo y de ironía, pero en el que no habrá ningún ser humano que tenga un acceso de risa y de naturaleza humana? Molière, en fin, es más verdadero que nuestros trágicos, porque explota el principio nuevo, el principio moderno, el principio dramático, lo grotesco, la comedia; mientras que los otros agotan su fuerza y su ingenio, entrando de nuevo en ese antiguo círculo épico que está cerrado, molde viejo y gastado, cuya verdad, propia de nuestros tiempos, no podría salir, porque no tiene la forma de la sociedad moderna.

X.—Pág. 40

Guárdese mucho el poeta de copiar, sea á quien sea, ni á Shakespeare, ni á Molière, ni á Schiller, ni á Corneille.

Tampoco arreglando novelas, aunque fueran de Walter Scott, para la escena, se logrará que el arte realice grandes progresos. Eso podrá ser bueno la primera ó la segunda vez, sobre todo cuando los que acomoden ese trabajo tienen otros títulos más sólidos; pero en el fondo únicamente conduce á sustituir una imitación á otra.

Por lo demás, al decir que no se debe copiar ni á Shakespeare ni á Schiller, nos referimos á esos imitadores torpes que, buscando reglas donde aquellos poetas pusieron verdadero genio, reproducen su forma sin su espíritu, su corteza sin su savia; y no traducciones hábilmente hechas que otros verdaderos poetas podrían realizar. Madama Tastu ha traducido de un modo excelente varias escenas de Shakespeare. M. Emile Deschamps reproduce en este momento para nuestro teatro el *Romeo y Julieta*, y es tal la prodigiosa flexibilidad de su talento, que vierte á todo Shakespeare en sus versos como antes virtió á todo Horacio. Esto es, sin duda, también un trabajo de artista y de poeta, una labor que no excluye ni la originalidad ni la vida, ni tampoco la creación. Así fué como los salmistas tradujeron á Job.

XI.—Pág. 41

El arte... estudia la manera de reproducir la realidad de los hechos, sobre todo la de las costumbres y de los caracteres, menos entregados á la duda y á la contradicción que los hechos.

Queda uno sorprendido leyendo en Goëthe las siguientes líneas: «No hay, propiamente hablando, personajes históricos en poesía; únicamente, cuando el poeta quiere representar el mundo que ha concebido, concede á varios individuos que encontró en la histora el honor de pedirles prestados sus nombres para aplicarlos á los seres que creó su fantasía.—*Ueber Kunst und Alterthum* (acerca del Arte y la Antigüedad).» Se comprende hasta dónde conduciría esta doctrina, tomada en serio: derecho á lo falso y á lo fantástico. Felizmente, el ilustre poeta, á quien algún día debió parecer cierta por un lado, puesto que se le escapó, no la practicaría con seguridad. No compondría un Mahoma como un Werther, un Napoleón como un Fausto.

XII.—Pág. 47

... Y cuando le ocurriese ser *bello*, siéndolo sólo por casualidad, á pesar suyo y sin saberlo.

El autor de este drama hablaba de su obra un día con Talma, y en una conversación que escribirá más adelante,

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuando no se pueda suponer en él la intención de apoyar su trabajo ó sus asertos en autoridades, y exponía al gran actor algunas de sus ideas acerca del estilo dramático.—¡Ah, sí!, exclamó Talma interrumpiéndole con viveza, es lo que no ceso de decirles: ¡Nada de hermosos versos!—*¡Nada de hermosos versos!* Es el instinto del genio quien hallaba ese precepto profundo. Son, en efecto, los *hermosos versos* lo que acaba con las más bellas obras dramáticas.

XIII.—Pág. 61

Si se le ocurre tarde corregirlos, es que le repugna volver, después de hecha, sobre una obra enfriada ya.

Esta es otra contravención del autor á las leyes de Despreaux.

No es culpa suya si no se somete á los artículos: *Veinte veces en el telar*, etc., y *Pulimentadlo sin cesar*, etc. Nadie es responsable de sus enfermedades ó de su impotencia. Además, siempre seremos los primeros en estar dispuestos á rendir tributo á ese Nicolás Boileau, á ese raro y excelente espíritu, á ese jansenista de nuestra poesía. No es culpa suya, tampoco, que los profesores de retórica le hayan adornado con el ridículo mote de *legislador del Parnaso*. No puede evitarlo.

Es indudable que si se examinase en concepto de código el notable poema de Boileau, hallaríanse en él extrañas cosas. ¿Qué decir, por ejemplo, de la censura que dirige á un poeta porque

> Hace hablar á sus pastores *como se habla en el pueblo?*
> *(Fait parler ses bergers «comme on parle au village)».*

¿Habrá que hacerlos hablar como se habla en la corte? Ahí están los pastores de ópera convertidos en tipos. Digamos también que Boileau no ha comprendido á los dos únicos poetas originales de su tiempo, Molière y La Fontaine. Del uno dice:

> *C'est par là que Molière, illustrant ses écrits,*
> *«Peut-être» de son art «eût» remporté le prix...*

> Por ahí es como Molière, ilustrando sus escritos,
> «Quizás» de su arte «hubiera» podido conseguir el premio...

No se digna siquiera mencionar al otro. Es verdad que Molière y La Fontaine no sabían ni *corregir* ni *pulimentar*.

1828

ACTO PRIMERO

LOS CONJURADOS

XIV.—Pág. 66

Esa es la taberna; y es el mismo lugar que Carlos, abandonado de Dios en Worcester, solo, defendiendo su cabeza después de su diadema, había elegido, para huir de Cromwell, en el mismo Londres.

«Los dos, en efecto (el rey y lord Wilmot), habíamos convenido en reunirnos en Londres, en las *Tres Grullas*, en el mercado del vino, y preguntar por William Ashburnham.»

(Memorias de Carlos II acerca de su huida de Worcester.)

XV.—Pág. 86

«Así, leal á mi doble deber, supe hablar al rey sin tener por eso que verle.»

Todos los pormenores de ese hecho, y las consecuencias que tiene en este drama, son históricos.

XVI.—Págs. 88-89

¿Sabéis, Davenant?, en el *Rey carbonero*.

Obra de aquella época.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII.—Pág. 99

Ese Carr es un sectario, una vieja ave de presa; en la rebelión, asistido por Strachan, del campo parlamentario separó su campamento.

Algunos contemporáneos escriben *Strauwghan*. Recordaremos aquí que ese extraño carácter de Carr está, al igual que todos los otros, perfectamente ajustado á la historia.

XVIII.—Pág. 114

El maldito Barebone, inspirado zurrador.

Los fanáticos de esa clase tenían por costumbre reemplazar su nombre de bautismo con algún apodo religioso, tomado casi siempre de la Biblia ó que expresase una reflexión piadosa. El hermano de ese *Praise-God* (Alaba á Dios), Barebone, miembro del Parlamento, se llamaba: *Si-Cristo-no-hubiese-muerto-por-vosotros,-vosotros-hubierais sido-condenados-Barebone*, y el pueblo, para concluir más pronto, le llamaba el *Condenado-Barebone*.

(*Memorias de Ludlow*. Nota, tomo II, pág. 216.)

XIX.—Pág. 115

Allí declama el raptor del rey, Joyce.

El corneta Joyce, en un principio sastre, asistido de cuarenta caballeros, se había apoderado de Carlos I, en el castillo de Holmby, condado de Northampton, donde le custodiaban los comisarios del Parlamento (1644). Aquello fué el principio de su fortuna.

XX.—Pág. 140

¡Bebo á la salud del rey Carlos!

Histórico. Además, para evitar al lector la fastidiosa

repetición de esta palabra, le diremos que aquí, lo mismo que en el palacio de Cromwell, que en la gran sala de Westminster, el autor no ha aventurado ningún pormenor, por extraño que pueda parecer, cuyo germen ó cuya analogía no procedan de la historia. Las personas que conocen á fondo la época, le otorgarán reconocer que todo cuanto ocurre en este drama ha tenido efecto, ó, lo que es igual, ha podido tener efecto en la realidad,

ACTO SEGUNDO

LOS ESPÍAS

XXI.—Pág. 152

A. S. A. monseñor el protector de la república de Inglaterra, etcétera.

Esta carta es un documento exacto de la diplomacia de Mazarino, presentada únicamente dentro de las proporciones que exige la escena. Toda la escena de los embajadores, hasta en sus menores incidentes, es historia pura y auténtica.

XXII.—Pág. 161

¡Cromwell no quiere aliarse á Baltasar!

«Cromwell no pudo jamás desprenderse de la rudeza de su educación y de su carácter. Habló siempre de un modo difuso y con mal gusto. El entusiasmo y el disimulo estaban tan mezclados á la mayor parte de sus actos, que era difícil saber exactamente cuál de estos dos sentimientos dominaba más en él, si el fanatismo ó la hipocresía. Es que efectivamente los poseía ambos en un alto grado, según se lo oí decir á Wilkins y á Tillotson. El primero se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

había casado con su hermana, el segundo con su madre.»

(BURNET, *Historia de mi tiempo.*)

XXIII.—Pág. 162

¿De mi cólera el enviado portugués logró sustraer á su hermano?

Poco tiempo antes había hecho decapitar, por homicidio de un súbdito inglés en una riña, al hermano del embajador de Portugal, don Pantaleón Sà.

XXIV.—Pág. 171

Milady protectora y la señora de Cromwell.

Isabel Bourchier, en efecto, no pudo acostumbrarse á sus títulos ni adquirir el hábito de su fortuna. Su sorpresa, respecto de este punto, le duró toda la vida.

XXV.—Pág. 173

Alteza. El marqués gran preboste quiere rendirse.

El marqués de Argyle, gran preboste hereditario de las islas Hébridas.

XXVI.—Pág. 177

De Manning, vuestro agente cerca de Carlos.

Es conocido el trágico fin de este desdichado capitán Manning.

XXVII.—Pág. 178

... «Dos mil á lo menos murieron; la sangre corre por todas partes; ¡y vengo de la iglesia de dar gracias á Dios!»

Textual.

XXVIII.—Pág. 189

¡Tranquilízate; no temas, amigo! Recuerda las noticias falsas con que tantas veces atormentaron nuestras cabezas.

«... Este trató el aviso de cosa baladí. Dijo que todos los días se recibían otros iguales, con el objeto de hacer creer al mundo que el protector había de temer por su vida; y que, prestándoles una atención demasiado escrupulosa, tendría un aire de temor que no sentaba bien en hombre tan grande.»

(BURNET, *Historia de mi tiempo.*)

XXIX.—Pág. 221

... Tenía yo el privilegio único, y no era corto, de recibir los azotes que merecía su alteza.

Ese William Murray, gentilhombre de cámara, que en su infancia fué llamado á la corte para recibir los azotes cada vez que el príncipe de Gales (Carlos I) lo merecía, era hermano de sir Roberto Murray, coronel al servicio de Francia en tiempo de Richelieu, hombre de cabeza y de valor. Hay á veces en las familias extremos que se tocan así.

ACTO TERCERO

LOS BUFONES

XXX.—Pág. 274

GRAMADOCH

¿Basta tener cuernos para ser diablo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Es inútil recordar al lector que este género de bromas de mal gusto se usaba con frecuencia en aquella época.

XXXI.—Pág. 276

¡Estamos en siglo extraño! El muy paciente Job, etc.

Las personas á quienes esta canción parecerá rara, podrán ver en ella también una muestra del gusto de la época, un enigma á la manera de nuestro poeta Teófilo, importado á Inglaterra con los otros modelos del gusto francés.

Ese mismo Teófilo, tan alabado por Escuderi con detrimento de Corneille, y que valía más de lo que esta recomendación dejaría creer, que escribía en su destierro: «¿Qué puedo echar de menos? El cielo está tan cerca de aquí como de París.» Madama de Stael era menos poeta cuando, cerca del lago de Ginebra, exclamaba, por el contrario: *¡Ah, mi querido Talma, el arroyo de la calle de Saint-Honoré!*

XXXII.—Pág. 279

Silfos que vais en buenas cabalgatas, etc.

El San Pablo de Londres actual tiene una cúpula, y, á pesar de toda su fama, no es más que una bastarda imitación del San Pedro de Roma, como nuestro Panteón. La antigua catedral de San Pablo, destruída con su admirable flecha en un gran incendio (el de 1665, si recordamos bien), era uno de esos monumentos góticos tan maravillosos y tan irreparables.

XXXIII.—Pág. 279

Decid: ¿cuál es el más diablo,
el viejo Nick ó el viejo Noll?

El diablo familiar, el diablo del pueblo, en Inglaterra, se llama *El viejo Nick*. Esta canción es también de un mal

gusto enteramente histórico. Véase, como arquetipo, entre las canciones de los caballeros, *La marcha de David Lindsay*.

XXXIV.—Pág. 290

THURLOE

Milord, el Parlamento espera en la sala del trono.

CROMWELL

¡Bueno, que espere!

La frase es histórica. El Parlamento aguardó tres horas, durante las cuales Cromwell visitaba los caballos frisones que le había regalado el duque de Holstein.

XXXV.—Pág. 294

... el sol con traje de gala.

Pintura exacta, según una lámina de la época, de la época, posee el autor un raro y curioso ejemplar.

XXXVI.—Pág. 311

Su mirada no sabría abarcar el fin que me propuse, y para perdonarme es demasiado libertino.

La proposición y la respuesta son ambas históricas. *Es demasiado condenablemente libertino*, dijo Cromwell, *para perdonarme la muerte de su padre*. Por lo demás, cada una de las opiniones expuestas en ese consejo privado resume fielmente una de las opiniones de los hombres de aquella época, acerca de la cuestión de nombrar rey á Cromwell.

XXXVII.—Pág. 377

Os traemos estas leyes del Parlamento.

Todos los textos de esas leyes son realmente exactos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXXVIII.—Pág. 380

Se ve, meditando, á Gabaón y Accio, etc.

El combate por la regencia, entre las tropas de David y las de Isboset, hijo de Saúl, se efectuó cerca de la piscina de Gabaón.

XXXIX.—Pág. 400

... Siendo niño, tuve una visión.

El hecho de la visión es verdadero, aunque casi olvidado en la historia. Esa visión dominó toda la vida de Cromwell. Hablaba de ella sin cesar, unas veces con burla, otras con terror, y decía que en su infancia fué castigado por haberse vanagloriado de haberle sido predicho que sería rey. Esta dramática circunstancia proyecta una luz demasiado nueva sobre el alma de Cromwell para que el autor la desdeñase. Era necesario hacerla resaltar; y únicamente la necesidad ha podido decidirle á atreverse á tal bosquejo, después de la visión de Macbeth.

XL.—Pág. 404

Y secas hilanderas centenarias
que soplando hacen nudos las falsarias.

Estos ininteligibles versos están traducidos textualmente de las suras del Corán contra los encantadores y los mágicos. Parece que se les suponía gran virtud, puesto que los grababan en los amuletos. El autor ha tenido que traducirlos á ciegas; pero declara aquí, como el primero, que no ha entendido ni una palabra de ellos.

ACTO CUARTO

EL CENTINELA

XLI.—Pág. 412

CROMWELL, disfrazado de soldado

Esos disfraces eran cosa frecuente en el protector; los usaba á menudo para darse cuenta de la lealtad de su guardia.

ACTO QUINTO

LOS OBREROS

XLII.—Pág. 529

Y levanta por nuestras manos contra Oliverio I el estandarte en que revive el arpa y la palmera.

Las monedas y las banderas de la república inglesa llevaban por un lado una arpa y una palmera, y por el otro una cruz y un laurel.

XLIII.—Pág. 549

Si, en la rabadilla hacía triste papel.

Esta alegría de mal gusto da precisamente la fecha de la época y el color del país. Al Parlamento le llamaba *La Rabadilla (The Rump)*. Un Barebone había ejercido el cargo de orador, y *Barebone* significa *flaco espinazo*.

El autor no ha creído deber negar á la fidelidad histó-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

rica y local de su drama la reproducción franca, ó, si se quiere, brutal, de este género de *lazzi inglés*, que á veces necesitan una explicación para ser inteligibles.

XLIV.—Pág. 550

Y esos egipcios, que por bandadas venían á bailar la zarabanda al jardín del Moral

Lugar público frecuentado, durante los reinados precedentes, por los barqueros y mujeres prostituídas.

XLV.—Pág. 556

¡Plaza á los *Cotas de hierro* del león de Inglaterra!

Se daba ese nombre al regimiento de Cromwell.

XLVI.—Pág. 565

¡Veamos si somos comparables á Dunbar, y si tu tizona vale lo que la mía!

Dos nombres de espadas famosas en los heroicos tiempos de la caballería. Durandal era la espada de Orlando, y Escalibar la espada de Esplandián, si tenemos buena memoria.

XLVII.—Pág. 568

¡Viva el gran juez Hale!

Mateo Hale era muy popular, aunque enteramente entregado á la causa de los Estuardos.

XLVIII.—Pág. 576

¡Milord! Cuando Samuel ofrecía sacrificios, guardaba para Saúl el lomo de las terneras.

Ved ese discurso conservado en las actas de aquel tiempo: «Milord, se ha observado á menudo que cuando Samuel ofrecía un sacrificio, reservaba para Saúl los lomos de las víctimas, con el objeto de mostrarle cuál era el peso del gobierno. La consideración de esta verdad ha hecho decir á Maximiliano que ninguno de los que, etc., etc.»

XLIX.—Pág. 577

Con el fuego y con la espada, Harry, mi lugarteniente, extirpa con una mano, cauteriza con la otra.

El coronel Harry, hijo segundo de Cromwell, lord lugarteniente de Irlanda. Tan firme y tan decidido, como Ricardo era blando é indolente, Harry Cromwell era de esos hombres que, como Napoleón, son siempre, sea cual fuere el orden de su nacimiento, los primogénitos de su familia.

L.—Pág. 583

¡Deteneos! ¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué esta corona?

Todo ese discurso está en germen, y á veces en los mismos términos, en la arenga difusa, enfática, obscura, interminable, que Cromwell dirigió al pueblo en ese crítico instante de su vida. Hemos conservado escrupulosamente las palabras características.

LI.—Pág. 585

Y los ojos del Señor van corriendo de aquí para allí.

Hay en ese verso una irregularidad que el «sudé *sangre y agua*» de Racine autorizaría si fuese preciso, pero que está justificada por la necesidad de conservar aquí á Cromwell su expresión textual y pintoresca. Es el caso de dejar gritar á Richelet.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LII.—Pág. 590

Hewlet desde la aurora preparó la horca para ellos en Tyburn.

El lector adivina, sin duda, que ese Hewlet era el verdugo. El mismo que después representó un papel tan dramático en el proceso de los regicidas.

1881

—

NOTA PRIMERA

En el manuscrito original, cada acto, al lado del título, tiene un subtítulo en la forma siguiente:

Acto I. Los conjurados.—La taberna.
Acto II. Los espías.—La ventana.
Acto III. Los bufones.—El lecho.
Acto IV. El centinela.—El portillo.
Acto V. Los obreros.—El trono.

NOTA SEGUNDA

Cromwell fué escrito en los últimos meses de 1826. Las fechas en que cada acto fué comenzado y concluído están indicadas del modo siguiente en el manuscrito:

El acto primero, comenzado el 6 de agosto, concluído el 24 de agosto.

El acto segundo, comenzado el 31 de agosto, concluído el 20 de septiembre.

El acto tercero, comenzado el 22 de septiembre, concluído el 9 de octubre.

El acto cuarto, comenzado el 11 de octubre, concluído el 25 de octubre.

El acto quinto, comenzado el 28 de octubre. La fecha en que concluyó no está indicada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

INDICE

		Páginas.
PREFACIO (¿PRÓLOGO?)		VII
CROMWELL		
Acto I.	Los conjurados	65
Acto II.	Los espías	147
Acto III.	Los bufones	273
Acto IV.	El centinela	411
Acto V.	Los obreros	497
NOTAS		625

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

OBRAS COMPLETAS DE VÍCTOR HUGO

MARÍA TUDOR

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

VÍCTOR HUGO

MARÍA TUDOR

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL
DE
FRANCISCO CASANOVAS

—

ILUSTRACIONES
DE
LORENZO BRUNET

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA
F. SEIX-EDITOR

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

Edición española sobre la definitiva hecha en París á la vista de los manuscritos originales.

Tipolit. Seix, S. Agustín, 1 á 7, Barcelona Gracia).—Teléfono 3.541

Hay dos maneras de apasionar á la multitud en el teatro: con lo grande y con lo verdadero. Lo grande se apodera de las masas, lo verdadero sobrecoge al individuo.

La finalidad del poeta dramático, cualquiera que sea el conjunto de sus ideas sobre el arte, debe ser, ante todo, buscar lo grande, como Corneille, ó lo verdadero, como Molière; más aun, y en esto consiste la más alta cumbre á que puede ascender el genio, alcanzar á un tiempo lo grande y lo verdadero, lo grande en la verdad, la verdad en la grandeza, como Shakespeare.

Porque, y hemos de notarlo de paso, fuele concedido á Shakespeare, y esto es lo que determina la soberanía de su genio, conciliar, unir, amalgamar de continuo en su obra esas dos cualidades, la verdad y la grandeza, cualidades casi opuestas, ó por lo menos tan distintas, que el defecto de cada una de ellas constituye lo contrario de la otra. El escollo de lo verdadero es lo pequeño; el escollo de lo grande es lo falso. En todas las obras de Shakespeare se encuentra lo grande verdadero y lo verdadero grande. En el centro de todas sus creaciones se encuentra el punto de intersección de la grandeza y la verdad; y allí, en donde se cruzan las cosas grandes y las cosas verdaderas, el arte es completo. Shakespeare, como Miguel Angel, parece haber sido creado para resolver ese extraño problema cuya simple enunciación parece absurda: permanecer siempre en la naturaleza, saliendo de ella alguna vez. Shakespeare exagera las proporciones, pero mantiene las rela-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ciones. ¡Admirable poderío del poeta! Hace cosas más altas que nosotros, que viven como nosotros. Hamlet, por ejemplo, es tan verdadero como cada uno de nosotros, y más grande. Hamlet es colosal y, sin embargo, es real. Y es que Hamlet no es como tú, como yo, sino como todos nosotros. Hamlet no es un hombre, es el hombre.

Hacer que se desprenda perpetuamente lo grande á través de lo verdadero, lo verdadero á través de lo grande; tal es, según el autor de este drama y manteniendo por lo demás todas las otras ideas que haya podido desenvolver en otras partes acerca estas materias, tal es el objeto del poeta en el teatro. Y estas dos palabras, *grande* y *verdadero*, lo encierran todo. La verdad contiene la moralidad, la grandeza contiene lo bello.

Nadie podrá suponer que tenga la presunción de haber alcanzado jamás dicha finalidad, ó de que pueda alcanzarla jamás; pero al menos se le permitirá que se atribuya públicamente á sí mismo el testimonio de que nunca ha buscado otra en el teatro hasta hoy. El nuevo drama que acaba de hacer representar, es un esfuerzo más hacia esa resplandeciente finalidad. ¿Cuál es, en suma, la idea que ha intentado realizar en María Tudor? Hela aquí. Una reina que sea mujer. Grande como reina. Verdadera como mujer.

Lo ha dicho ya en otra parte: el drama, según lo siente; el drama, según desea verlo creado por un hombre de genio; el drama, según el siglo XIX, no es la tragicomedia altiva, desmesurada, española y sublime de Corneille; no es la tragedia abstracta, amorosa, ideal y discretamente elegíaca de Racine; no es la comedia profunda, sagaz, penetrante, pero demasiado implacablemente irónica, de Molière; no es la tragedia de intención filosófica de Voltaire; no es la comedia de acción revolucionaria de Beaumarchais; no es sólo esto, sino todo esto á la vez; ó, por decirlo mejor, no es nada de esto. No es, como ocurre con esos grandes hombres, exponer sistemática y perpetuamente á la luz un solo aspecto de las cosas, sino verlo todo á un tiempo y bajo todas sus facetas. Si existiera en la actualidad un hombre que pudiera realizar el drama

según lo comprendemos, ese drama sería el corazón humano, el cerebro humano, la pasión humana, la voluntad humana; sería el pasado resucitando en provecho del presente; sería la historia realizada por nuestros padres, comparada con la historia realizada por nosotros; sería la mezcolanza en la escena de todo lo que se mezcla en la vida; sería una sublevación allí y una conversación de amor aquí, y en la conversación de amor una lección para el pueblo, y en la sublevación un grito para el corazón; sería la risa y sería el llanto; sería el bien, el mal, la bajeza, la fatalidad, la Providencia, el genio, el azar, la sociedad, el mundo, la naturaleza, la vida; ¡y por encima de todo esto, se cerniría un no sé qué de grande!

A ese drama, que sería para la muchedumbre una enseñanza perpetua, le sería permitido todo, porque en su esencia residiría el no abusar de nada. Sería tan notoria su lealtad, su elevación, su utilidad y su justa conciencia, que no se le acusaría nunca de buscar el efecto y el bombo donde sólo habría buscado una moralidad y una lección. Podría llevar á Francisco I á casa de Maguelonne sin ser sospechoso; podría, sin alarmar á los severos, hacer brotar del corazón de Didier la compasión hacia Marión; podría, sin que se le tachase de enfático ó de exagerado, como el autor de María Tudor, exponer extensamente en escena, en toda su terrible realidad, este formidable triángulo que aparece con frecuencia en la historia: una reina, un favorito y un verdugo.

Al hombre que cree ese drama le serán necesarias dos cualidades: conciencia y genio. El autor que habla aquí, ya sabe que sólo posee la primera. No por ello dejará de proseguir lo comenzado, deseando que otros lo hagan mejor que él. Un inmenso público, cada día más inteligente, simpatiza hoy con todas las tentativas serias del arte. La crítica más elevada ayuda hoy y anima al poeta. El resto de los juzgadores importa poco. ¡Venga, pues, el poeta! En cuanto al autor de este drama, seguro del porvenir que reside en el progreso, seguro de que en defecto del talento se le tendrá en cuenta un día su perseverancia, posa una serena, confiada y tranquila mirada en la mu-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chedumbre que cada noche rodea esta obra tan incompleta de tanta curiosidad, ansiedad y atención. Al contemplar aquella muchedumbre, comprende la responsabilidad que sobre él pesa, y la acepta con calma. Jamás, en sus trabajos, pierde un solo instante de vista al pueblo á quien el teatro civiliza, la historia á quien el teatro explica, y el corazón humano á quien el teatro aconseja. Mañana dejará la obra hecha por la obra que tiene que hacer, y saldrá de esa muchedumbre para entrar en su soledad; soledad profunda á donde no llega ninguna mala influencia del mundo exterior, y á donde la juventud, su amiga, va alguna vez á estrecharle la mano, en donde se halla solo con su pensamiento, su independencia y su voluntad. Y más que nunca le será cara su soledad, pues sólo en la soledad se puede trabajar para la multitud. Y más que nunca alejará su espíritu, su obra y su pensamiento de toda camarilla, pues conoce algo más grande que las camarillas, y son los partidos; algo más grande que los partidos, y es el pueblo; algo más grande que el pueblo, y es la humanidad.

17 de noviembre de 1833.

PERSONAJES

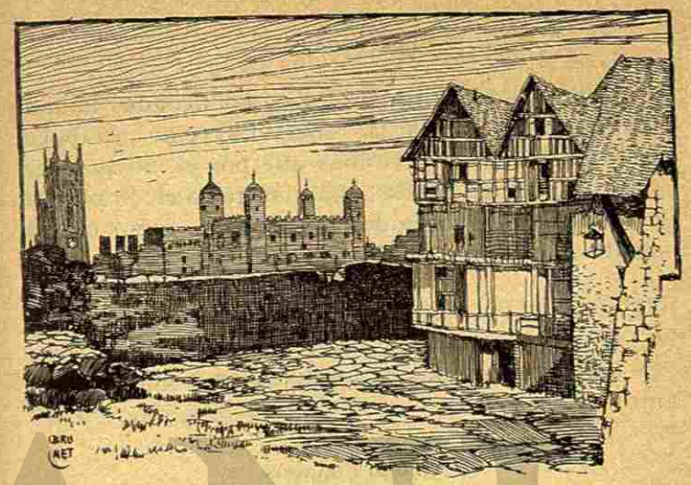
MARÍA, reina.
JUANA.
GILBERTO.
FABIANO FABIANI.
SIMÓN RENARD.
JOSHUA FARNABY.
UN JUDÍO.
LORD CLINTON.
LORD CHANDOS.
LORD MONTAGU.
MAESE ENEAS DULVERTON.
LORD GARDINER.
UN CARCELERO.

Señores, Pajes, Guardias, el Verdugo.

Londres, 1553.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



PRIMERA JORNADA

EL HOMBRE DEL PUEBLO

A orillas del Támesis.—Una playa desierta.—Un viejo y ruinoso pretil oculta el borde del agua.—A la derecha, una casa de pobre apariencia.—En la esquina de dicha casa, una estatuita de la Virgen, al pie de la cual arde una estopa en una parrilla de hierro.—En el fondo, más allá del Támesis, Londres, entre cuyos edificios se distinguen la torre de Londres y Westminster.—Empieza á caer la tarde.

ESCENA PRIMERA

Varios hombres agrupados aquí y allá en la playa, entre los cuales están SIMÓN RENARD; JOHN BRIDGES, barón de Chandos; ROBERTO CLINTON, barón de Clinton; ANTHONY BROWN, vizconde de Montagu.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD CHANDOS

Tenéis razón, milord. Ese condenado italiano habrá embrujado á la reina. La reina no puede pasarse sin él; no vive más que por él, no se alegra más que con él, no escucha más que á él. Si pasa un día sin verle, languidecen sus ojos, como cuando amaba al cardenal Pablo. ¿Os acordáis?

SIMÓN RENARD

Muy enamorada, es cierto, y, por consiguiente, muy celosa.

LORD CHANDOS

¡El italiano la ha hechizado!

LORD MONTAGU

A decir verdad, es fama que los de su nación poseen filtros para ello.

LORD CLINTON

Los españoles son hábiles en los venenos que matan; los italianos en los venenos que hacen amar.

LORD CHANDOS

Fabiani entonces es español é italiano á un tiempo. La reina está enamorada y enferma. Le habrá hecho tomar de los dos.

LORD MONTAGU

Pero, en realidad, ¿es español ó italiano?

LORD CHANDOS

Parece cosa cierta que nació en Italia, en la Capitanata, y que ha sido educado en España. Asegura que está enlazado con una altísima familia española. Lord Clinton sabe al dedillo estas cosas.

LORD CLINTON

Un aventurero. Ni español, ni italiano, ¡y menos aún inglés, á Dios gracias! Esos hombres que no son de ningún país, no sienten piedad alguna para los países cuando llegan á ser poderosos.

LORD MONTAGU

¿No decíais que la reina está enferma, Chandos? Esto no le impide entregarse á los mayores placeres con su favorito.

LORD CLINTON

¡Placeres! ¡Placeres! En tanto que la reina ríe, el pueblo llora, y el favorito se harta. ¡Ese hombre come plata y bebe oro! ¡La reina le ha regalado los bienes de lord Talbot, del gran lord Talbot! ¡La reina le ha hecho conde de Clanbrassil y barón de Dinasmonddy, á ese Fabiano Fabiani que dice pertenece á la familia española de Peñalver, mintiendo descaradamente! ¡Es par de Inglaterra como vos, Montagu, como vos, Chandos, como Stanley, como Norfolk, como yo, como el rey! ¡Posee la jarretera como el infante de Portugal, como el rey de Dinamarca, como Tomás Perey, séptimo conde de Northumberland! ¡Y qué tirano ese tirano que nos gobierna desde su lecho! Jamás yugo tan duro ha pesado sobre Ingla-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

terra. ¡Y que no he visto poco, á mi edad! En Tyburn hay setenta horcas nuevas; las hogueras son siempre brasas y nunca cenizas; el hacha del verdugo se afila todas las mañanas y se mella todas las tardes. Cada día cae la cabeza de algún noble. Anteayer era Blantyre, ayer Northcurry, hoy South-Reppo, mañana Tyrconnel. La semana próxima seréis vos, Chandos, y el mes que viene seré yo. Milores, milores, ¡es una vergüenza y una impiedad que todas esas honradas cabezas inglesas caigan así por el capricho de cualquier miserable aventurero que no es siquiera de este país! ¡Es horrible é insoportable pensar que un favorito napolitano pueda sacar tantos tajos como quiera de debajo el lecho de esta reina! Decís que se entregan juntos á los placeres. ¡Por el cielo, que es cosa infame! ¡Ah! ¡Los amantes se divierten, mientras que el verdugo á sus puertas hace viudas y huérfanos! ¡Oh! ¡Su guzla italiana se acompaña demasiado con el ruido de las cadenas! ¡Señora reina! Vos hacéis venir algunos cantores de la capilla de Aviñón, todos los días tenéis en vuestro palacio comedias, teatros, estrados llenos de músicos. Pardiez, señora, menos alegría en vuestra casa, si os place, y menos luto en la nuestra; menos danzantes aquí, y menos verdugos allá; ¡menos espectáculos en Westminster, y menos cadalsos en Tyburn!

LORD MONTAGU

Cuidado. Nosotros somos súbditos leales, milord Clinton. Nada sobre la reina, todo sobre Fabiani.

SIMÓN RENARD, poniendo la mano en el hombro de LORD CLINTON

¡Paciencia!

LORD CLINTON

¡Paciencia! Esto es muy fácil de decir, señor Simón Renard. Sois bailío de Amont en el Franco Condado, súbdito del emperador y su legado en Londres. Vos representáis aquí al príncipe de España, futuro esposo de la reina. Vuestra persona es sagrada para el favorito. Para nosotros, la cosa es distinta. ¿Veis? Para vos, Fabiani es el pastor; para nosotros, el verdugo.

(La noche ha cerrado completamente.)

SIMÓN RENARD

Ese hombre no me molesta menos que á vosotros. Vosotros sólo teméis por vuestra vida. Yo temo por mi crédito. Ya veis que es mucho más. Yo no hablo, obro. Siento menos cólera que vos, milord; pero siento más odio. Yo destruiré al favorito.

LORD MONTAGU

¡Oh! Pero ¿cómo? No pienso en otra cosa todo el día.

SIMÓN RENARD

De día no se hacen y deshacen los favoritos de las reinas, sino de noche.

LORD CHANDOS

Esta no puede ser más negra y horrible.

SIMÓN RENARD

A mí me parece hermosa por lo que pienso hacer de ella.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD CHANDOS

¿Qué queréis hacer?

SIMÓN RENARD

Ya veréis. Milord Chandos, cuando reina una mujer, reina el capricho. En este caso la política no es cosa de cálculo, sino de azar. No se puede contar con nada seguro. El día de hoy no nos conduce con más lógica que el de mañana. Los negocios no se juegan ya al ajedrez, sino á las cartas.

LORD CLINTON

Todo esto me parece bien, pero vengamos á lo práctico. Señor bailío: ¿cuándo nos libraréis del favorito? Esto corre prisa. Mañana decapitan á Tyrconnel.

SIMÓN RENARD

Si encuentro esta noche un hombre igual al que busco, Tyrconnel cenará con vos mañana por la noche.

LORD CLINTON

¿Qué queréis decir? ¿Qué será de Fabiani?

SIMÓN RENARD

¿Tenéis buenos ojos, milord?

LORD CLINTON

Sí, aun cuando soy viejo y está obscura la noche.

SIMÓN RENARD

¿Véis Londres al otro lado del río?

LORD CLINTON

Sí. ¿Por qué?

SIMÓN RENARD

Mirad bien. Desde aquí se ve lo más alto y lo más bajo de la fortuna de todo favorito. Westminster y la Torre de Londres.

LORD CLINTON

¿Y qué más?

SIMÓN RENARD

Si Dios me ayuda, hay un hombre que, mientras hablamos, está allí todavía,

(Mostrando Westminster)

y que mañana, á la misma hora, estará allá.

(Señalando la Torre)

LORD CLINTON

¡Que Dios sea con vos!

LORD MONTAGU

El pueblo no le odia menos que nosotros. ¡Qué fiesta en Londres el día de su caída!

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LORD CHANDOS

Nos hemos puesto en vuestras manos, señor bailío. Disponed de nosotros. ¿Qué hay que hacer?

SIMÓN RENARD, mostrando la casa junto al río

Todos veis esta casa. Es la casa de Gilbert, el cincelador. No la perdáis de vista. Dispersaos con vuestras gentes, pero sin separaros demasiado. Sobre todo, nada intentéis sin mí.

LORD CHANDOS

Entendidos.

(Todos salen por distintos lados)

SIMÓN RENARD, solo

Un hombre como el que necesito no es fácil de encontrar.

(Sale. Entran JUANA y GILBERTO, del brazo; se dirigen al lado de la casa. JOSHUA FARNABY les acompaña embozado en una capa.)

ESCENA SEGUNDA

JUANA, GILBERTO, JOSHUA FARNABY

JOSHUA

Yo os dejo aquí, mis buenos amigos. Ha cerrado ya la noche, y es necesario que vuelva á reanudar mi servicio de llavero en la Torre de Londres. ¡Ah! ¡No soy libre como vosotros! Ya lo veis; un portero de cárcel, es una especie de prisionero. Adiós, Juana. Adiós, Gilberto. ¡Alabado sea Dios! Amigos míos, ¡cuánto me alegra veros dichosos! ¡Ah! Oye, Gilberto. ¿Y cuándo será la boda?

GILBERTO

Dentro de ocho días. ¿Verdad, Juana?

JOSHUA

¡Por mi vida! Pasado mañana es Navidad. Día de felicitaciones y de regalos. Pero yo nada tengo que regalaros. Es imposible desear más hermosura á la novia y más amor al novio. ¡Qué felices sois!

GILBERTO

¡Buen Joshua! ¿Y tú, no eres feliz acaso?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

LORD CHANDOS

Nos hemos puesto en vuestras manos, señor bailío. Disponed de nosotros. ¿Qué hay que hacer?

SIMÓN RENARD, mostrando la casa junto al río

Todos veis esta casa. Es la casa de Gilbert, el cincelador. No la perdáis de vista. Dispersaos con vuestras gentes, pero sin separaros demasiado. Sobre todo, nada intentéis sin mí.

LORD CHANDOS

Entendidos.

(Todos salen por distintos lados)

SIMÓN RENARD, solo

Un hombre como el que necesito no es fácil de encontrar.

(Sale. Entran JUANA y GILBERTO, del brazo; se dirigen al lado de la casa. JOSHUA FARNABY les acompaña embozado en una capa.)

ESCENA SEGUNDA

JUANA, GILBERTO, JOSHUA FARNABY

JOSHUA

Yo os dejo aquí, mis buenos amigos. Ha cerrado ya la noche, y es necesario que vuelva á reanudar mi servicio de llavero en la Torre de Londres. ¡Ah! ¡No soy libre como vosotros! Ya lo veis; un portero de cárcel, es una especie de prisionero. Adiós, Juana. Adiós, Gilberto. ¡Alabado sea Dios! Amigos míos, ¡cuánto me alegra veros dichosos! ¡Ah! Oye, Gilberto. ¿Y cuándo será la boda?

GILBERTO

Dentro de ocho días. ¿Verdad, Juana?

JOSHUA

¡Por mi vida! Pasado mañana es Navidad. Día de felicitaciones y de regalos. Pero yo nada tengo que regalaros. Es imposible desear más hermosura á la novia y más amor al novio. ¡Qué felices sois!

GILBERTO

¡Buen Joshua! ¿Y tú, no eres feliz acaso?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

JOSHUA

Ni feliz, ni desgraciado. Ya he renunciado á todo. ¿Ves? Gilberto,

(Entreabre la capa y enseña un manojo de llaves que le cuelga del cinturón)

estas llaves de prisión que suenan sin cesar en el cinto, parece que hablan, que expresan toda suerte de ideas filosóficas. En mi juventud, era como cualquier otro, todo el día enamorado, todo el mes ambicioso, loco todo el año. Reinaba entonces Enrique VIII. ¡Qué hombre más singular era Enrique VIII! Un hombre que cambiaba de mujeres como una mujer cambia de vestidos. Repudió á la primera, hizo cortar la cabeza á la segunda, mandó abrir el vientre á la tercera; en cuanto á la cuarta, otorgóle la gracia y la arrojó; pero en desquite, hizo cortar la cabeza á la quinta. No creáis que os relate el cuento de Barba Azul, bella Juana, sino la historia de Enrique VIII. Yo, en aquel tiempo, me ocupaba en las guerras de religión, y me batía por unos y otros. Era lo mejor que podía hacerse entonces. La cuestión, por otra parte, era muy espinosa. Tratábase de declararse en favor ó en contra del papa. Los soldados del rey colgaban á los que iban á favor, pero quemaban á los que iban contra. Los indiferentes, los que no se declaraban por unos ni otros, eran quemados ó colgados, indiferentemente. Se salía del paso como se podía. Sí, la cuerda. No, la hoguera. Ni sí, ni no, la hoguera ó la cuerda. Yo, que os estoy hablando, sentí con frecuencia la chamusquina, y no estoy seguro todavía de si me colgaron dos ó tres veces. Excelentes tiempos aquellos, poco más ó menos como estos. Sí, yo me batía por todo aquello. Lléveme el diablo si sé ahora por quién y por qué me batía. Cuando me hablan de maese Lutero y del papa Pablo III, me encojo de hombros. Mira, Gilberto, cuando se encanecen los cabellos, no hay que recordar por quién se hacía la guerra y las mujeres á quienes se hacía el amor á los veinte años. Mujeres y opiniones os parecen muy feas, muy viejas, muy achacosas, muy desdentadas, muy arrugadas y muy tontas. Es mi idea fija. Ahora ya me he retirado de los negocios. No soy soldado del rey ni del papa, sino carcelero en la Torre de Londres. No me bato por nadie, y guardo á todo el mundo bajo llave. Soy portero y soy viejo. Tengo un pie en una prisión y otro en la huesa. Yo soy el que recojo los pedazos de todos los ministros y de todos los favoritos que se quiebran en el palacio de la reina. La cosa es divertida. Y, además, tengo un nietecito á quien quiero con toda mi alma, y os quiero también á vosotros, y si sois dichosos, lo seré también.

GILBERTO

¡En este caso, ya puedes ser dichoso, Joshua! ¿Verdad, Juana?

JOSHUA

Yo nada puedo por tu dicha; pero Juana lo puede todo. ¡Y tú la quieres! Ni siquiera podré prestarte ningún servicio en mi vida. Tú, afortunadamente, no eres tan gran señor que necesites nunca del llavero de la Torre de Londres. Juana satisfará mi deuda al propio tiempo que la suya. Pues ella y yo te lo debemos todo. Juana no era más que una pobre niña, una huérfana abandonada; tú la recogiste y criaste. Yo, me ahogaba un día en el Támesis; tú me sacaste del agua.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

GILBERTO

¿A qué mentar siempre esas cosas, Joshua?

JOSHUA

Pues para decirte que mi deber y el de Juana, es quererte, yo como un hermano, y ella... pues... ¡no como una hermana!

JUANA

No, como una mujer. Os comprendo, Joshua.

(Vuelve á quedar absorta)

GILBERTO, bajo á JOSHUA

¡Mírala, Joshua! ¿No te parece bella y encantadora y digna de un rey? ¡Si supieras! ¡No puedes figurarte cuánto la adoro!

JOSHUA

Ándate con cuidado. No seas imprudente. No hay que amar á una mujer hasta ese punto. Si fuese un niño, menos mal.

GILBERTO

¿Qué quieres decir?

JOSHUA

Nada. Dentro de ocho días participaré de vuestra boda. Espero que entonces los negocios de Estado

me dejarán alguna libertad, y que todo habrá terminado.

GILBERTO

¿Cómo? ¿Por qué habrá terminado todo?

JOSHUA

¡Ah! Tú no te ocupas de esas cosas, Gilberto. Tú estás enamorado. Tú eres del pueblo. ¿Y qué te importan las intrigas de allá arriba, cuando tan dichoso eres aquí abajo? Mas ya que me lo preguntas, te diré que se espera, para de aquí á ocho días, tal vez antes de veinticuatro horas, que Fabiano Fabiani se vea reemplazado en el favor de la reina por algún otro.

GILBERTO

¿Quién es Fabiano Fabiani?

JOSHUA

Es el amante de la reina, un favorito muy célebre y muy simpático, un favorito que hace cortar la cabeza á un hombre que le enoje en menos tiempo que una medianera de amores dice *ave*, el mejor favorito que el verdugo de la Torre de Londres ha tenido en diez años. Pues ya sabes que el verdugo recibe por cada cabeza de gran señor diez escudos de plata, y alguna vez el doble, cuando la cabeza es altamente considerable. La caída de ese Fabiani es muy deseada. Verdad es que en mis funciones en la Torre, casi no oigo hablar mal de él más que á personas de muy mal humor, á personas á quienes se cortará la cabeza de aquí á un mes, á descontentos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

GILBERTO

¡Devórense los lobos entre sí! ¿Qué nos importa á nosotros la reina y el favorito de la reina; verdad, Juana?

JOSHUA

¡Oh! Hay una fiera conspiración contra Fabiani. Si sale bien de ella, podrá darse por muy dichoso. No me sorprendería que esta misma noche se intentara un golpe de mano. Acabo de ver rondar por allí á maese Simón Renard muy absorto.

GILBERTO

Y ese Simón Renard, ¿quién es?

JOSHUA

¡Cómo! ¿No lo sabes? Es el brazo derecho del emperador en Londres. La reina debe casarse con el príncipe de España, cuyo legado es Simón Renard. La reina le odia, pero le teme, y nada puede contra él. Ha destruído ya á dos ó tres favoritos. Su instinto le lleva á destruir favoritos. De vez en cuando limpia el palacio. Un hombre sutil y muy malicioso, que sabe todo lo que pasa, y que socava continuamente dos ó tres galerías de intrigas subterráneas debajo todos los acontecimientos. En cuanto á lord Paget,—¿no me has preguntado también quién era lord Paget?—es un gentilhombre de sutil ingenio, que intervino en los negocios en tiempos de Enrique VIII. Es miembro del consejo estrecho. Su ascendiente es tal, que los demás ministros no se atreven á respirar en su presencia. Excepción hecha del canciller, milord Gardiner,

que le detesta. Hombre violento, el tal Gardiner, y muy bien nacido. En cuanto á Paget, es un cualquiera. El hijo de un remendón. Y van á hacerle barón Paget de Beaudesert en Stafford.

GILBERTO

¡Qué bien enterado está de todas esas cosas este Joshua!

JOSHUA

¡Pardiez! A fuerza de oir hablar á los prisioneros de Estado.

(SIMÓN RENARD aparece en el fondo.)

Ya lo ves, Gilberto, el hombre que está mejor enterado de la historia de estos tiempos, es el portero de la Torre de Londres.

SIMÓN RENARD, que ha oído las últimas palabras desde el fondo

Os engañáis, compadre. Es el verdugo.

JOSHUA, bajo á JUANA y á GILBERTO

Alejémonos de aquí.

(SIMÓN RENARD se aleja lentamente. Cuando SIMÓN RENARD ha desaparecido.)

Es precisamente maese Simón Renard.

GILBERTO

Todas esas gentes que rondan por las inmediaciones de mi casa me disgustan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

JOSHUA

¿Qué diablos viene á hacer por aquí? Tengo que marcharme corriendo. Yo creo que me prepara trabajo. Adiós, Gilberto. Adiós, bella Juana. ¡Pensar que os he visto así de alta!

GILBERTO

Adiós, Joshua. Pero dime, ¿qué es lo que escondes bajo la capa?

JOSHUA

¡Ah! Yo también fraguo mi complot.

GILBERTO

¿Qué complot?

JOSHUA

¡Oh! ¡Esos enamorados lo olvidan todo! Acabo de recordaros que pasado mañana es el día de los regalos y de las felicitaciones. Los señores se unen en complot para dar una sorpresa á Fabiani; yo conspiro por mi parte. La reina se regalará tal vez un nuevo favorito. Yo voy á dar una muñeca á mi nieto.

(Saca una muñeca de debajo la capa.)

También nueva. Veremos cuál de los dos romperá antes su juguete. ¡Dios os guarde, amigos míos!

GILBERTO

¡Hasta la vista, Joshua!

(JOSHUA se aleja. GILBERTO toma la mano de JUANA y la besa con pasión.)

JOSHUA, desde el fondo

¡Oh, qué grande es la Providencia! Da á cada cual su juguete: la muñeca al niño, el niño al hombre, el hombre á la mujer, ¡y la mujer al diablo!

(Sale.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA TERCERA

GILBERTO y JUANA

GILBERTO

Yo también debo dejaros. Adiós, Juana. Dormid tranquila.

JUANA

¿No volveréis á casa conmigo esta noche, Gilberto?

GILBERTO

No puedo. Ya sabéis, pues antes os lo he dicho, que esta noche he de terminar un trabajo en mi taller. Un mango de puñal que he de cincelar para un tal lord Clanbrassil, á quien jamás he visto, y que me lo ha hecho pedir para mañana á primera hora.

JUANA

Entonces, buenas noches, Gilberto. Hasta mañana.

GILBERTO

No, Juana, un instante aun. ¡Ah, Dios mío! ¡Cuánto me cuesta separarme de vos, aunque sólo

sea por pocas horas! ¡Cuán cierto es que sois mi vida y mi encanto! Pero es preciso que vaya á trabajar. ¡Somos tan pobres! No quiero entrar porque me quedaría; y, no obstante, no puedo marcharme; ¡tan débil soy! Ea, sentémonos algunos minutos á la puerta, en este banco. Me parece que me será menos difícil marcharme que si entraba en la casa, y sobre todo en vuestro aposento. Dadme la mano.

(Se sienta y le toma ambas manos entre las suyas, mientras ella está de pie.)

Juana, ¿me amas?

JUANA

¡Oh! ¡Todo os lo debo, Gilberto! Lo sé, aun cuando me lo habéis ocultado por mucho tiempo. Muy pequeña aun, casi en la cuna, fuí abandonada por mis padres, y vos me recogisteis. Durante diez y seis años, vuestros brazos han trabajado por mí como los de un padre, vuestros ojos han velado por mí como los de una madre. ¡Qué sería de mí sin vos, Dios mío! Todo cuanto tengo, vos me lo habéis dado; todo cuanto soy, es obra vuestra.

GILBERTO

Juana, ¿me amas?

JUANA

¡Cuánto cariño el vuestro, Gilberto! Trabajáis día y noche por mí, os quemáis los ojos, os matáis. Y como si no fuera bastante, hoy también perdéis la noche. Y jamás una queja, jamás una palabra dura, jamás un ímpetu de cólera. Y, á pesar de ser tan pobre, tenéis compasión hasta de mis pequeños ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

prichos de mujer, y los satisfacéis. Gilberto, siempre que pienso en vos se me saltan las lágrimas. Vos habéis carecido de pan alguna vez; yo nunca he carecido de adornos.

GILBERTO

Juana, ¿me amas?

JUANA

Gilberto, besaría vuestras plantas.

GILBERTO

¿Me amas? ¿Me amas? ¡Oh! Todo eso no me dice que me amas. ¡Necesito esta palabra, Juana! ¡Gratitud, siempre gratitud! ¡Oh! ¡Yo la pisoteo esa gratitud! Quiero amor ó nada. ¡Morir! Juana, hace diez y seis años que eres mi hija, y ahora vas á ser mi mujer. Te había adoptado, quiero casarme contigo. De aquí á ocho días, ya lo sabes, tú me lo has prometido. Tú has consentido. Eres mi novia. ¡Oh! Cuando me lo prometiste, me amabas. ¡Oh, Juana! Hubo un tiempo, ¿te acuerdas?, en que me decías ¡te amo!, levantando los bellos ojos al cielo. Así te quiero siempre. Mas, hace algunos meses, me parece que algo ha cambiado en ti, y especialmente desde hace tres semanas en que el trabajo me obliga á ausentarme algunas noches. ¡Oh, Juana! Quiero que me ames. Ya estoy acostumbrado á ello. Tú, antes tan risueña, estás ahora siempre triste y preocupada, no fría, pobre niña, pues haces lo posible por no estarlo; pero comprendo bien que las palabras de amor no acuden á tus labios tan dulces y naturales como antes. ¿Qué tienes? ¿Es que ya no me amas? Yo soy un hombre

honrado, un buen obrero, no cabe duda alguna; pero preferiría ser un ladrón y un asesino, y ser amado por ti. ¡Juana! ¡Si supieras cuánto te amo!

JUANA

Ya lo sé, Gilberto, y lloro.

GILBERTO

¿De alegría, verdad? Dime que es de alegría. ¡Oh! Necesito creerlo. En el mundo no hay más que una cosa: ser amado. Yo no soy más que un pobre corazón de obrero, pero es preciso que mi Juana me ame. ¿Por qué me hablas siempre de lo que he hecho por ti? Una sola palabra de amor tuya, Juana, deja toda la gratitud de mi parte. Yo me condenaré y cometeré un crimen cuando quieras. ¿Tú serás mi mujer, verdad, y me amas? Mira, Juana; por una mirada tuya yo daría mi trabajo y mi inquietud, por una sonrisa mi vida, por un beso mi alma.

JUANA

¡Qué noble corazón el vuestro, Gilberto!

GILBERTO

Escucha, Juana. ¡Ríete, si quieres; pero estoy loco, estoy celoso! O creo estarlo. No te ofendas. De algún tiempo á esta parte, me parece que veo á algunos jóvenes señores rondar por aquí. ¿No sabes, Juana, que tengo treinta y cuatro años? ¡Qué desdicha para un miserable obrero torpe y mal vestido como yo, que ya no es joven, que no es gallardo, amar á una bella y encantadora niña de diez y siete años,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

que atrae á los apuestos y jóvenes nobles dorados y emperifollados, como la luz atrae las mariposas! ¡Oh! ¡Cuánto sufro! ¡Jamás te ofendo ni de pensamiento, tan honrada, tan pura, tú, cuya frente apenas han rozado mis labios! Sólo encuentro alguna vez que te deleita demasiado el ver pasar los cortejos y las cabalgatas de la reina, y todos esos vistosos trajes de raso y terciopelo bajo los cuales hay tan pocos corazones y tan pocas almas. ¡Perdona! ¡Dios mío! ¿Por qué han de venir por aquí tantos jóvenes caballeros? ¿Por qué no he de ser yo joven, gallardo, noble y rico? No soy más que Gilberto, el cincelador. ¡Ellos se llaman lord Chandos, lord Gerard, Fitz Gerard, el conde de Arundel, el duque de Norfolk! ¡Oh! ¡Cuánto les odio! Y paso la vida cincelando para ellos empuñaduras de espada cuya hoja quisiera hundir en su pecho.

JUANA

¡Gilberto!...

GILBERTO

Perdón, Juana. ¿Verdad que el amor vuelve malos á los hombres?

JUANA

No, los hace buenos. Vos sois bueno, Gilberto.

GILBERTO

¡Oh! ¡Cuánto te amo! Cada día más. Yo quisiera morir por ti. Ámame ó no me ames, tú eres mi dueño. Yo estoy loco. Perdóname por todo lo que he dicho.

Es tarde. Tengo que dejarte. ¡Adiós! ¡Señor! ¡Qué triste es dejarte! Entra en tu casa. ¿Tienes la llave?

JUANA

No. Hace algunos días no sé qué es de ella.

GILBERTO

Toma la mía. Hasta mañana. Juana, no lo olvides. Hoy todavía soy tu padre; dentro de ocho días seré tu esposo.

(La besa en la frente y sale.)

JUANA, sola

¡Mi esposo! ¡Oh, no! ¡Yo no cometeré ese crimen! ¡Pobre Gilberto! Ese me ama, y el otro... ¡Habré preferido acaso la vanidad al amor! ¡Desdichada de mí! ¿De quién dependo ahora? ¡Oh! ¡No se puede ser más ingrata ni más culpable! Oigo pasos. Corro á encerrarme.

(Entra en la casa.)

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA CUARTA

GILBERTO; UN HOMBRE embozado en una capa y con un gorro amarillo en la cabeza.

(El hombre tiene asido á GILBERTO por la mano.)

GILBERTO

Sí, ya te reconozco; eres el mendigo judío que hace unos días ronda esta casa. Mas ¿qué quieres de mí? ¿Por qué me has asido de la mano y me has traído aquí?

EL HOMBRE

Porque lo que tenía que deciros, sólo podía decirlo aquí.

GILBERTO

Pues bien; ¿de qué se trata? Habla. Despacha.

EL HOMBRE

Escuchad, joven. Hace diez y seis años, la misma noche en que lord Talbot, conde de Waterford, fué decapitado á la luz de las antorchas, por cuestiones de papismo y de rebelión, sus partidarios fueron

destruídos en Londres mismo por los soldados del rey Enrique VIII. El tiroteo de los arcabuces duró toda la noche por las calles. Aquella noche, un joven obrero, mucho más ocupado en su tarea que en los azares de la guerra, trabajaba en su tiendecita. La primera á la entrada del puente de Londres. Una puerta baja á la derecha. Hay restos de una antigua pintura encarnada en la pared. Serían las dos de la madrugada. Batíanse por allí cerca. Las balas cruzaban el Támesis silbando. De pronto llamaron á la puerta de la tienda, por entre cuyas rendijas se filtraba la luz de la lámpara del relojero. El artesano abrió. Un hombre desconocido para él entró. Aquel hombre llevaba en brazos una niña envuelta en pañales, muy asustada y llorosa. El hombre le puso la niña sobre la mesa y dijo:—Esta criatura no tiene padre ni madre.—Luego salió lentamente y cerró la puerta tras de sí. Gilberto, el obrero, tampoco tenía padre ni madre. El obrero aceptó á la niña; el huérfano adoptó á la huérfana. La tomó, la veló, la vistió, la alimentó, la guardó, la educó y la amó. Entregóse completamente á aquella pobre criatura que la guerra civil arrojaba en su barraca. Por ella lo olvidó todo; su juventud, sus amores, sus placeres, é hizo de aquella niña el objeto único de su trabajo, de sus afecciones, de su vida, y hace diez y seis años que la cosa dura. Gilberto, el obrero, erais vos; la niña...

GILBERTO

Era Juana. Todo lo que dices es cierto; pero, ¿á dónde vas á parar?

EL HOMBRE

Olvidaba decir que entre las mantillas de la niña

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

había un papel prendido con un alfiler, en el que habían escrito estas palabras: *Tened compasión de Juana.*

GILBERTO

Estaban escritas con sangre. He conservado ese papel. Y le llevo siempre conmigo. Pero tú me torturas. ¿A dónde vas á parar?

EL HOMBRE

A esto. Ya veis que conozco vuestros asuntos. Gilberto, vigilad vuestra casa esta noche.

GILBERTO

¿Qué quieres decir?

EL HOMBRE

Ni una palabra más. No vayáis al trabajo. Quedaos en los alrededores de esta casa. Vigilad. No soy amigo ni enemigo vuestro, pero os doy este aviso. Ahora, para no perjudicaros vos mismo, dejadme. Marchaos por este lado, y acudid si oís que pido auxilio.

GILBERTO

¿Qué significa esto?

(Sale lentamente)



ESCENA QUINTA

EL HOMBRE, solo

La cosa queda así bien arreglada. Yo necesitaba á algún hombre joven y robusto que pudiera socorrerme en caso urgente. Ese Gilberto es el hombre que me convenía. Me parece que oigo rumor de remos y de guzla en el río. Sí.

(Se acerca al pretil. Se oye una guzla y una voz lejana que canta:)

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando cantas, mecida
De noche entre mis brazos,
¿No oyes mi pensamiento
Que habla bajo, muy bajo?
Tu canto me recuerda
Mi día más feliz...
¡Canta, mi bella;
Canta, sin fin!

Al reirte, en tu boca
Entreábrese el amor,
Y la feroz sospecha
Se trueca en ilusión.
¡Ah! que la risa fiel
No cabe en pecho ruín...
¡Ríete, mi bella;
Ríete, sin fin!

Cuando duermes, tranquila,
De tu lecho en la sombra,
Se escapan de tu aliento
Palabras armoniosas.
Descúbrese tu cuerpo,
Sin velos, ante mí...
¡Duerme, mi bella;
Duerme, sin fin!

Cuando me dices: ¡Te amo!
Bella adorada, creo...
¡Creo que el cielo mismo
Se entreabre á mi deseo!
Se inflaman tus pupilas
De ardiente frenesí...
¡Ama, mi bella;
Ama, sin fin!

¿Lo ves? Toda la vida
En cuatro ideas cabe,
Los bienes más ansiados,
¡Los bienes sin los males!
Todo cuanto seduce,
Cuanto puede agradar:
¡Cantar, reir,
Dormir, amar!

EL HOMBRE

Ya desembarca. Bien. Despide al barquero. ¡A maravilla!

(Viniendo al proscenio)

Ya viene.

(Entra Fabiano Fabiani embozado en su capa. Se dirige hacia la puerta de la casa.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA SEXTA

EL HOMBRE y FABIANO FABIANI

EL HOMBRE, deteniendo á FABIANI

Una palabra, si os place.

FABIANI

Me parece que me hablan. ¿Será este perillán? ¿Quién eres?

EL HOMBRE

Lo que os plazca que sea.

FABIANI

Este farol alumbra mal. Pero llevas gorro amarillo, si bien distingo, un gorro de judío. ¿Eres acaso un judío?

EL HOMBRE

Sí, un judío. Tengo algo que deciros.

FABIANI

¿Cómo te llamas?

EL HOMBRE

Yo sé vuestro nombre, y vos no sabéis el mío. Tengo sobre vos esta ventaja. Permitidme que la conserve.

FABIANI

¿Que tú sabes mi nombre? No es verdad.

EL HOMBRE

Sé vuestro nombre. En Nápoles, os llamaban *signor* Fabiani; en Madrid, don Fabiano; en Londres, os llaman lord Fabiano Fabiani, conde de Clanbrassil.

FABIANI

¡Llévete el diablo!

EL HOMBRE

¡Guárdeos Dios!

FABIANI

Te haré apalear. No quiero que nadie sepa mi nombre cuando voy solo de noche.

EL HOMBRE

Sobre todo cuando vais á donde vais.

FABIANI

¿Qué quieres decir?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

EL HOMBRE

¡Si la reina lo supiese!

FABIANI

Yo no voy á parte alguna.

EL HOMBRE

¡Sí, milord! Vais á casa la bella Juana, la novia de Gilberto, el cincelador.

FABIANI, aparte

¡Diablo! El hombre es peligroso.

EL HOMBRE

¿Queréis que os diga algo más? Vos habéis seducido á esa muchacha, y de un mes á esta parte os ha recibido de noche dos veces en su casa. Hoy es la tercera. La bella os aguarda.

FABIANI

¡Cállate! ¿Quieres dinero para callarte? ¿Cuánto quieres?

EL HOMBRE

Luego lo veremos. Entre tanto, milord, ¿queréis que os diga por qué habéis seducido á esa muchacha?

FABIANI

¡Pardiez! Porque estaba enamorado de ella.

EL HOMBRE

No. Vos no estabais enamorado.

FABIANI

¿Que no estaba enamorado de Juana?

EL HOMBRE

Ni más ni menos que de la reina. Por amor, no; por cálculo.

FABIANI

¡Ah, perillán! ¡Tú no eres un hombre, eres mi conciencia vestida de judío!

EL HOMBRE

Pues voy á hablaros como vuestra conciencia, milord. Ahí va toda vuestra trama. Sois el favorito de la reina. La reina os ha concedido la jarretera, el condado y el señorío. ¡Todo cosas hueras! La jarretera es un cintajo, el condado una palabra, el señorío el derecho á ser decapitado. Necesitabais algo más substancioso. Necesitabais, milord, buenas tierras, buenas bailías, buenos castillos y buenas rentas en buenas libras esterlinas. Ahora bien; el rey Enrique VIII había confiscado los bienes de lord Talbot, decapitado hace diez y seis años. Vos os habéis hecho conceder por la reina María los bienes de lord Talbot. Pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

para que la donación fuese válida, precisaba que lord Talbot hubiese muerto sin posteridad. Si existiese un heredero ó una heredera de lord Talbot, como lord Talbot murió por la reina María y por su madre Catalina de Aragón, como lord Talbot era papista, y como la reina es papista, no es dudoso que la reina María os quitaría los bienes, por muy favorito que fueseis, milord, y los entregaría, por deber, por gratitud y por religión, al heredero ó heredera. Por este lado estabais tranquilo. Lord Talbot no había tenido más que una niña, que desapareció de la cuna en tiempo de la ejecución de su padre, y que toda Inglaterra creía muerta. Pero vuestros espías descubrieron últimamente que, durante la noche en que fueron exterminados por Enrique VIII lord Talbot y su partido, había sido depuesta misteriosamente una niña en casa de un obrero cincelador del puente de Londres, y que era probable que aquella niña, criada con el nombre de Juana, fuese Juana Talbot, la niña desaparecida. Es cierto que no existían pruebas escritas de su nacimiento; pero cualquier día podían encontrarse. El incidente hubiera sido fastidioso. ¡Verse tal vez obligado algún día á devolver á una niña Shrewsbury, Wexford, que es una hermosa ciudad, y el magnífico condado de Waterford! La cosa era un poco dura. ¿Qué hacer entonces? Pues habéis buscado un medio de destruir y anular á la muchacha. Un hombre honrado la habría hecho asesinar ó envenenar. Vos, milord, lo habéis hecho mejor, la habéis deshonrado.

FABIANI

¡Insolente!

EL HOMBRE

Habla vuestra conciencia, milord. Otro hubiera

quitado la vida á la muchacha; vos le habéis quitado el honor, y, de consiguiente, el porvenir. La reina María es gazmoña, aun cuando tenga amantes.

FABIANI

¡Ese hombre llega al fondo de todo!

EL HOMBRE

La reina no gasta buena salud; la reina puede morir, y entonces vos, favorito, caeríais en ruinas sobre su tumba. Las pruebas materiales del estado de la joven pueden encontrarse, y entonces, si la reina ha muerto, por más que la hubierais deshonrado, Juana sería reconocida por heredera de Talbot. Pues bien, vos habéis previsto ese caso; vos sois un joven caballero de buen aspecto, os habéis hecho querer de ella, y ella se os ha entregado; en la peor hipótesis, os casaríais. No os defendáis de ese plan, milord, pues lo encuentro sublime. Si yo no fuese yo, quisiera ser vos.

FABIANI

Gracias.

EL HOMBRE

Habéis conducido la cosa con destreza. Empezasteis por ocultar el nombre. Así estáis á cubierto de la reina. La pobre niña cree haber sido seducida por un caballero del país de Somerset, llamado Amyas Pawlet.

FABIANI

¡Lo sabe todo! ¡Todo! Ea, vamos ahora á lo positivo. ¿Qué quieres de mí?

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL HOMBRE

Milord, si alguien tuviera en su poder los papeles que acreditaran el nacimiento, la existencia y los derechos de la heredera de Talbot, os dejaría pobre como mi antepasado Job, y no os quedarían más castillos, don Fabiano, que los castillos de naipes, lo que os contrariaría bastante.

FABIANI

Sí. Pero nadie posee esos papeles.

EL HOMBRE

Sí.

FABIANI

¿Quién?

EL HOMBRE

Yo.

FABIANI

¡Bah! ¡Tú, miserable! No es verdad. Judío que habla, boca que miente.

EL HOMBRE

Tengo esos papeles.

FABIANI

Mientes. ¿Dónde?

EL HOMBRE

En el bolsillo.

FABIANI

No te creo. ¿Están en regla? ¿No falta nada?

EL HOMBRE

No falta nada.

FABIANI

Entonces los quiero.

EL HOMBRE

Calma.

FABIANI

Judío, dame esos papeles.

EL HOMBRE

Muy bien. Judío, miserable mendigo que pasas por la calle, dame la ciudad de Shrewsbury, dame la ciudad de Wexford, dame el condado de Waterford. ¡Una limosna, por Dios!

FABIANI

Esos papeles lo son todo para mí, y nada son para ti.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

EL HOMBRE

¡Simón Renard y lord Chandos me los pagarían á caro precio!

FABIANI

Simón Renard y lord Chandos son los dos perros entre los cuales te haré colgar.

EL HOMBRE

¿No tenéis nada más que proponerme? Adiós.

FABIANI

¡Aquí, judío! ¿Qué quieres por esos papeles?

EL HOMBRE

Algo que vos lleváis encima.

FABIANI

¿La bolsa?

EL HOMBRE

¡Qué diantre! ¿Queréis la mía?

FABIANI

Entonces ¿qué?

EL HOMBRE

Hay un pergamino que nunca os deja. Es una

firma en blanco que os dió la reina, jurando por su corona católica que concedería al que se la presentase la gracia que le pidiese, sea la que fuere. Dadme esa firma en blanco, y tendréis los títulos de Juana Talbot. Papel por papel.

FABIANI

¿Que harás de esa firma en blanco?

EL HOMBRE

Veamos. Juego á cartas vistas, milord. Os he dicho antes vuestros asuntos; ahora voy á deciros los míos. Yo soy uno de los principales plateros judíos de la calle Kantersten, en Bruselas. Presto dinero. Es mi oficio. Presto diez, y me devuelven quince. Presto á todo el mundo; prestaría al diablo, y prestaría al papa. Hace diez meses, uno de mis deudores murió sin haberme pagado. Era un antiguo servidor desterrado de la familia Talbot. El pobre hombre no dejó más que algunos andrajos. Yo los hice secuestrar. Entre aquellos andrajos encontré una caja, y en aquella caja, algunos papeles. Los papeles de Juana Talbot, milord, con toda su historia contada en detalle y apoyada con pruebas para mejores tiempos. La reina de Inglaterra acababa precisamente de otorgaros los bienes de Juana Talbot. Ahora bien; precisamente yo necesitaba de la reina de Inglaterra para un préstamo de diez mil marcos de oro. Comprendí que podía realizar un negocio con vos. Me vine á Inglaterra bajo este disfraz. Espié vuestros pasos yo mismo, espié á Juana Talbot yo mismo, pues todo lo hago por mí mismo. Así, lo averigüé todo, y aquí me tenéis. Vos tendréis los papeles de Juana Talbot si me entregáis la firma en blanco de la reina. Encima escribiré que

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la reina me entregue diez mil marcos de oro. Aún se me debe algo aquí, en la Administración de los Impuestos, pero no quiero regatear. Diez mil marcos de oro, ni más ni menos. Ya veis que no os pido la suma á vos, puesto que sólo puede pagarla una testa coronada. Creo que esto es hablar claro. Comprenderéis, milord, que dos hombres tan astutos como vos y yo nada pueden ganar engañándose uno al otro. Si la franqueza se hubiese desterrado de la tierra, no podría encontrarse más que en el coloquio de dos bribones.

FABIANI

Imposible. No puedo darte esa firma en blanco. ¡Diez mil marcos de oro! ¿Qué diría la reina? Y después, mañana puedo verme en desgracia, y esa firma en blanco será mi salvaguardia; esa firma en blanco es mi cabeza.

EL HOMBRE

¿Y qué me importa á mí?

FABIANI

Pídeme otra cosa.

EL HOMBRE

Quiero eso.

FABIANI

Judío, dame los papeles de Juana Talbot.

EL HOMBRE

Milord, dadme la firma en blanco de la reina.

FABIANI

¡Ea, maldito judío! Hay que ceder á tu imposición.

(Saca un papel del bolsillo)

EL HOMBRE

Mostradme la firma en blanco de la reina.

FABIANI

Muéstrame los papeles de Talbot.

EL HOMBRE

Después.

(Ambos se acercan al farol. FABIANI, colocado detrás del judío, con la mano izquierda sostiene el papel ante sus ojos. EL HOMBRE lo examina.)

EL HOMBRE, leyendo

«Nos, María, reina...» Está bien. Ya veis que soy como vos, milord. Todo lo he calculado. Todo lo he previsto.

FABIANI, saca con la diestra el puñal y lo clava en la garganta del judío

Excepto esto.

EL HOMBRE

¡Traidor!... ¡A mí!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(Cae. Al caer, arroja en la sombra, detrás de sí, sin que FABIANI se aperciba, un paquete lacrado)

FABIANI, inclinándose sobre el cuerpo

¡Por mi vida, creo que le he matado! ¡Pronto, los papeles!

(Registra al judío)

¿Qué es eso? ¡Si no tiene nada! ¡No lleva nada encima! ¡Ni un papel, el viejo descreído! ¡Mentía! ¡Me engañaba! ¡Me robaba! ¡Lo ves, condenado judío! ¡Oh! ¡No tiene nada, está visto! Y le he muerto para nada. Son todos así esos judíos. ¡Mentira y robo, tal es el judío! Ea, desembaracémonos del cadáver, pues no puedo dejarlo ante esa puerta.

(Dirigiéndose al fondo)

Veamos si el batelero está aún allí para que me ayude á arrojarlo al Támesis.

(Baja y desaparece detrás del pretil)

GILBERTO, entrando por el lado opuesto

Me ha parecido oir un grito.

(Divisa el cuerpo tendido en tierra bajo el farol)

¡Uno á quien han asesinado! ¡El mendigo!

EL HOMBRE, incorporándose á medias

¡Ah! Llegáis demasiado tarde, Gilberto.

(Designa con el dedo el lugar en donde ha arrojado el paquete)

Tomad aquello. Son papeles que prueban que Juana, vuestra novia, es hija y heredera del último lord Talbot. Mi asesino es lord Clanbrassil, el favorito de la reina. ¡Ah! Me ahogo. Gilberto, ¡véngame y véngate!

(Muere)

GILBERTO

¡Muerto! ¿Que me vengue? ¿Qué querrá decir? ¡Juana, hija de lord Talbot! ¡Lord Clanbrassil, el favorito de la reina! ¡Oh! ¡Mi razón se obscurece!

(Sacudiendo el cadáver)

¡Habla, una sola palabra! Está completamente muerto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA SÉPTIMA

GILBERTO y FABIANI

FABIANI, viniendo otra vez

¿Quién va?

GILBERTO

Acaban de asesinar á un hombre.

FABIANI

No, á un judío.

GILBERTO

¿Quién ha matado á este hombre?

FABIANI

¡Pardiez! Vos ó yo.

GILBERTO

¡Qué decís!

FABIANI

No hay testigos. Un cadáver en tierra. Dos hombres á su lado. ¿Cuál es el asesino? Nada prueba que sea el uno más bien que el otro, yo más bien que vos.

GILBERTO

¡Miserable! El asesino sois vos.

FABIANI

¡Pues bien, sí, cierto! Soy yo. ¿Y después?

GILBERTO

Voy á llamar á los condestables.

FABIANI

Vos vais á ayudarme á arrojar el cuerpo al agua.

GILBERTO

Os haré prender y castigar.

FABIANI

Vos me ayudaréis á arrojar el cuerpo al agua.

GILBERTO

¡Qué impudente!

FABIANI

Creedme; borremos toda huella de esto. Más os interesa á vos que á mí.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GILBERTO

¡Esto es enorme!

FABIANI

Uno de los dos ha dado el golpe. Yo soy un gran señor, un noble lord. Vos sois un transeunte, un plebeyo, un hombre del pueblo. Un noble que mata á un judío, paga cuatro sueldos de multa; un hombre del pueblo que mata á otro, es colgado.

GILBERTO

Os atreveríais...

FABIANI

Si vos me denunciáis, os denuncio. Seré más creído que vos. En todo caso, las ventajas son desiguales. Cuatro sueldos de multa para mí, la horca para vos.

GILBERTO

¡Ni testigos! ¡Ni pruebas! ¡Oh! ¡Pierdo la cabeza! ¡Es cierto, el miserable me tiene en su mano!

FABIANI

¿Me ayudaréis á arrojar el cadáver al agua?

GILBERTO

¡Sois el mismo demonio!

(GILBERTO toma el cuerpo por la cabeza; FABIANI por los pies, y lo llevan hasta el pretil.)

FABIANI

Sí. Por mi vida, amigo, que no sé cuál de los dos ha muerto á este hombre.

(Bajan detrás del pretil. FABIANI reaparece.)

Ya está hecho. Buenas noches, camarada. Id á vuestros asuntos.

(Se dirige hacia la casa y se vuelve, viendo que GILBERTO le sigue.)

Y bien; ¿qué más queréis? ¿Una propina por vuestro trabajo? En conciencia, nada os debo; pero tomad.

(Da una bolsa á GILBERTO, cuyo primer movimiento es rehusar; mas luego acepta con ademán de un hombre que cambia de parecer.)

Y ahora, marchaos. ¿Qué esperáis ahí?

GILBERTO

Nada.

FABIANI

Por mi vida, que podéis quedaros ahí, si así os parece. Para vos el relente, para mí la compañía de una bella. ¡Dios os guarde!

(Y se dirige hacia la puerta de la casa, como disponiéndose á abrir.)

GILBERTO

¿A dónde vais?

FABIANI

¡Pardiez! A mi casa.

GILBERTO

¡Cómo! ¡A vuestra casa!

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FABIANI

Sí.

GILBERTO

¿Quién sueña de los dos? ¿Hace un instante me decíais que el asesino del judío era yo, y ahora me decís que esta casa es la vuestra?

FABIANI

O la de mi querida, que para el caso es lo mismo.

GILBERTO

¡Repetidme lo que acabáis de decir!

FABIANI

Decía, amigo, puesto que deseáis saberlo, que esta casa es la de una hermosa muchacha llamada Juana, que es mi querida.

GILBERTO

¡Y yo, milord, digo que mientes! ¡Y digo que eres un falsario y un asesino! ¡Y digo que eres un perillán desvergonzado! ¡Y digo que estas palabras que acabas de pronunciar son fatales, y por ellas moriremos los dos, tú por haberlas dicho, y yo por haberlas oído!

FABIANI

¡Diantre! ¿Quién diablos será ese hombre?

GILBERTO

Yo soy Gilberto el cincelador. Juana es mi novia.

FABIANI

Y yo soy el caballero Amyas Pawlet. Juana es mi querida.

GILBERTO

¡Mientes, digo! Tú eres lord Clanbrassil, el favorito de la reina. ¡Imbécil! ¿Presumes que no lo sabía?

FABIANI, aparte

¡Todo el mundo me conoce esta noche! Otro hombre peligroso, del que tendré que deshacerme.

GILBERTO

Dime en seguida que has mentido como un vil, y que Juana no es tu querida.

FABIANI

¿Conoces su letra? (Saca un billete del bolsillo.)
Lee.
(Aparte, mientras GILBERTO despliega convulsivamente el papel.)
Importa que vuelva á su casa y que busque pendencia á Juana; esto dará tiempo para que lleguen mis gentes.

GILBERTO, leyendo

«Esta noche estaré sola; podéis venir.» ¡Maldición!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

¡Milord, tú has deshonrado á mi novia; tú eres un infame! ¡Me darás cuenta del ultraje!

FABIANI, poniendo mano á la espada

Con mucho gusto. ¿Y tu espada?

GILBERTO

¡Oh, rabia! ¡Pertenecer al pueblo y no llevar encima ni espada ni puñal! Vete; te esperaré de noche en cualquier esquina, y te hundiré mis uñas en el cuello, y te asesinaré, ¡miserable!

FABIANI

¡Diantre! ¡Sois muy violento, camarada!

GILBERTO

¡Oh, milord! ¡Me vengaré de ti!

FABIANI

¡Tú, vengarte de mí! ¡Tú, tan bajo, y yo tan alto! ¡Estás loco! Te desafío á que lo hagas.

GILBERTO

¿Me desafías?

FABIANI

Sí.

GILBERTO

Lo verás.

FABIANI, aparte

Es necesario que el sol de mañana no amanezca para ese hombre.

(En alta voz.)

Amigo, créeme, vuélvete á tu casa. Me sabe mal que hayas descubierto eso; pero te cedo la bella. Mi intención, por otra parte, no era llevar más lejos este amorío. Vuélvete á casa.

(Echa una llave á los pies de GILBERTO.)

Si no tienes llave, ahí va una. O, si lo prefieres, da cuatro golpes al postigo, Juana creerá que soy yo y te abrirá. Buenas noches.

(Se va.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA OCTAVA

GILBERTO, solo

¡Se marchó! ¡Ya no está ahí! ¡Y no he aplastado, pisoteado á ese hombre! ¡Y he tenido que dejarle partir! ¡No llevar ni un arma!

(Divisa en el suelo el puñal con que LORD CLANBRASSIL ha matado al judío, y lo recoge con ímpetu furioso.)

¡Ah! ¡Llegas demasiado tarde! ¡Probablemente sólo podrás matarme á mí! Es igual; que hayas caído del cielo ó te haya vomitado el infierno, yo te bendigo. ¡Oh! ¡Juana me ha engañado! ¡Juana se ha entregado á ese infame! ¡Juana es la heredera de lord Talbot! ¡Juana está perdida para mí! ¡Oh, Dios eterno! ¡Han pasado en una hora más cosas terribles para mí que las que mi cerebro puede soportar!

(SIMÓN RENARD aparece entre la obscuridad, en el fondo.)

¡Oh! ¡Vengarme de ese hombre! ¡Vengarme de ese lord Clanbrassil! ¡Si voy al palacio de la reina, los lacayos me arrojarán á puntapiés como á un perro! ¡Oh! Estoy loco. ¡Mi cabeza estalla! ¡Oh! ¡Poco me importa morir, mas antes quisiera vengarme! ¡Daría mi sangre por la venganza! ¿No hay nadie en el mundo que quiera hacer este contrato conmigo? ¿Quién quiere vengarse de lord Clanbrassil y tomar mi vida en pago?

ESCENA NOVENA

GILBERTO y SIMÓN RENARD

SIMÓN RENARD, adelantando un paso

Yo.

GILBERTO

¡Tú! ¿Quién eres tú?

SIMÓN RENARD

Soy el hombre que deseas.

GILBERTO

¿Sabes quién soy?

SIMÓN RENARD

Eres el hombre que necesito.

GILBERTO

Yo no tengo más que una idea, ¿sabes? Ser vengado de lord Clanbrassil y morir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

SIMÓN RENARD

Serás vengado de lord Clanbrassil y morirás.

GILBERTO

¡Gracias, quien quiera que seas!

SIMÓN RENARD

Sí, tendrás la venganza que deseas. Pero no olvides á qué condición. Necesito tu vida.

GILBERTO

Tómala.

SIMÓN RENARD

¿Convenido?

GILBERTO

Sí.

SIMÓN RENARD

Sígueme.

GILBERTO

¿Adónde?

SIMÓN RENARD

Ya lo sabrás.

GILBERTO

¡Piensa que has prometido vengarme!

SIMÓN RENARD

¡Piensa que me has prometido morir!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



JORNADA SEGUNDA

LA REINA

Un aposento en las habitaciones de la reina. Un Evangelio abierto encima de un reclinatorio. La corona real sobre un escabel. Puertas laterales. Una gran puerta en el fondo. Una parte del fondo oculta por una alta tapicería.

ESCENA PRIMERA

LA REINA, espléndidamente vestida, recostada en un lecho de reposo; FABIANO FABIANI, sentado junto á ella en un taburete de tijera. Traje magnífico. Lleva la jarretera.

FABIANI, canta, acompañándose con la guzla

Cuando duermes, tranquila,
De tu lecho en la sombra,
Se escapan de tu aliento
Palabras armoniosas.
Descúbrese tu cuerpo
Sin velos, ante mí...
¡Duerme, mi bella,
Duerme sin fin!

Cuando me dices: ¡Te amo!
Bella adorada, creo...
¡Creo que el cielo mismo
Se entreabre á mi deseo!
Se inflaman tus pupilas
De ardiente frenesí...
¡Ama, mi bella,
Ama sin fin!

¿Lo ves? Toda la vida
En cuatro ideas cabe,
Los bienes más ansiados,
¡Los bienes sin los males!
Todo cuanto seduce,
Cuanto puede agradar:
¡Cantar, reir,
Dormir, soñar!

(Deja la guzla en el suelo.)

¡Oh! ¡Os amo más de lo que sé decir, señora! ¡Mas ese Simón Renard! ¡Ese Simón Renard, más poderoso aquí que vos misma, le odio!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA REINA

Bien sabéis que nada puedo contra él, milord. Él es aquí el legado del príncipe de España, mi futuro esposo.

FABIANI

¡Vuestro futuro esposo!

LA REINA

Ea, milord, no hablemos más de eso. Os amo, ¿qué más queréis? Y, además, es hora de que os marchéis.

FABIANI

María, ¡un instante más!

LA REINA

Es la hora en que debe reunirse el consejo. Aquí, hasta ahora, no ha habido más que la mujer; hay que dejar entrar la reina.

FABIANI

Yo quiero que la mujer haga esperar á la reina á la puerta.

LA REINA

¡Queréis! ¡Queréis! Miradme, milord. ¡Tu juvenil cabeza es adorable, Fabiano!

FABIANI

¡Vos, sí, sois bella, señora! Vuestra sola belleza os haría todopoderosa. Hay algo en vuestra cabeza que dice que sois la reina; pero ese algo está más bien escrito en vuestra frente que en vuestra corona.

LA REINA

¡Cómo me lisonjeáis!

FABIANI

Te amo.

LA REINA

¿Me amas, verdad? ¿A mí sola? Repítelo otra vez, con esos ojos. ¡Ay! Nosotras, pobres mujeres, no sabemos jamás exactamente lo que pasa en el corazón de un hombre. Nos vemos obligadas á dar crédito á vuestros ojos, y los más bellos, Fabiano, son á veces los más mentirosos. Pero en los tuyos, milord, hay tanta lealtad, tanto candor, tanta buena fe, que no pueden mentir, ¿verdad? Sí, tu mirada es inocente y sincera, mi gallardo paje. ¡Ah! Tomar unos ojos celestiales para engañar, sería infernal. O tus ojos son los de un ángel ó los de un demonio.

FABIANI

Ni demonio ni ángel. Un hombre que os ama.

LA REINA

Que ama á la reina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

FABIANI

Que ama á María.

LA REINA

Escucha, Fabiano, yo también te amo. Tú eres joven, y hay muchas mujeres hermosas que te miran tiernamente, lo sé. Uno se cansa de una reina como de otra mujer. No me interrumpas. Si alguna vez te enamoras de otra mujer, quiero que me lo digas. Tal vez te perdone si me lo dices. Te digo que no me interrumpas. Tú no sabes cuánto te amo. Yo misma no lo sé. Hay momentos, la verdad, en que preferiría verte muerto que dichoso en brazos de otra; pero hay otros momentos en que te preferiría dichoso. ¡Dios mío! No sé por qué se obstinan en crearme reputación de mala.

FABIANI

Sólo puedo ser dichoso contigo, María. No amo á nadie más que á ti.

LA REINA

¿Estás seguro? Mírame. ¿Estás seguro? ¡Oh! ¡Me voy poniendo por momentos más celosa! Yo me figuro—¡á qué mujer no se le ocurren esas ideas!—yo me figuro alguna vez que tú me engañas. Entonces quisiera ser invisible, y poderte seguir, y saber siempre lo que haces, lo que dices, en dónde estás. Hay en los cuentos de hadas una varilla mágica que hace invisible; yo daría mi corona por aquella varilla. Sin cesar imagino que vas á ver á las bellas muchachas que hay en la ciudad. ¡Oh! No debieras engañarme, ¿entiendes?

FABIANI

Desechad esas ideas de la imaginación, señora. ¡Yo engañaros, mi dama, mi reina, mi bondadosa dueña! ¡Debería ser el más ingrato y miserable de los hombres para ello! ¡Ningún motivo os he dado para creer que soy el más ingrato y miserable de los hombres! ¡Yo te amo, María! ¡Yo te adoro! ¡No me sería posible siquiera mirar á otra mujer! ¡Te aseguro que te amo! ¿No lo lees acaso en mis ojos? ¡Oh, Dios mío! Hay un acento de verdad que debería persuadirte. Veamos, mírame bien, ¿te parece si tengo cara de engañarte? Cuando un hombre engaña á una mujer, se conoce en seguida. Las mujeres ordinariamente no se equivocan. ¿Y qué momento escoges para decirme semejantes cosas, María? ¡El momento de mi vida en que te amo más tal vez! Es cierto; me parece que no te he amado nunca tanto como hoy. Ahora no hablo á la reina. ¡Pardiez! ¡Me burlo de la reina! ¿Qué puede hacerme la reina? Puede cortarme la cabeza. ¿Qué más da? Pero tú, María, puedes despedazarme el corazón. No amo á Vuestra Majestad, sino á ti. ¡Es tu bella mano blanca y suave la que yo beso y adoro, no vuestro cetro, señora!

LA REINA

Gracias, mi Fabiano. Adiós. ¡Dios mío, milord, cuán joven sois! ¡Qué hermosos rizos negros y qué linda cabeza! Volved dentro una hora.

FABIANI

¡Lo que vos llamáis una hora, yo lo llamo un siglo!

(Sale. Apenas ha salido, LA REINA se levanta presurosamente, se dirige á una puerta disimulada, la abre é introduce á SIMÓN RENARD.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA SEGUNDA

LA REINA y SIMÓN RENARD

LA REINA

Entrad, señor bailío. ¿Qué decís? ¿Habéis permanecido allí? ¿Le habéis oído?

SIMÓN RENARD

Sí, señora.

LA REINA

¿Y qué opináis? ¡Oh! ¡Es el más astuto y más falso de los hombres! ¿Qué os parece?

SIMÓN RENARD

Yo digo, señora, que se ve bien que ese hombre lleva un nombre acabado en *i*.

LA REINA

¿Estáis seguro que va por la noche á casa de esa mujer? Lo habréis visto.

SIMÓN RENARD

Yo, Chandos, Clinton, Montagu. Diez testigos.

LA REINA

¡Es verdaderamente infame!

SIMÓN RENARD

Por otra parte, la cosa podrá probarse aun mejor á la reina dentro un instante. La muchacha está ahí, según he dicho á Vuestra Majestad. Esta noche la hice prender en su casa.

LA REINA

Mas ¿no os parece suficiente crimen para hacer cortar la cabeza de ese hombre?

SIMÓN RENARD

¿Por haber pasado la noche en casa de una muchacha? No, señora. Vuestra Majestad mandó juzgar á Trogmorton por un delito igual. Y Trogmorton fué absuelto.

LA REINA

También castigué á los jueces de Trogmorton.

SIMÓN RENARD

Procurad no tener que castigar á los jueces de Fabiani.

UANL
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA REINA

¡Oh! ¿Cómo podré vengarme de ese traidor?

SIMÓN RENARD

¿Vuestra Majestad sólo quiere la venganza de cierta manera?

LA REINA

La única que sea digna de mí.

SIMÓN RENARD

Trogmorton fué absuelto, señora. Sólo hay un medio. Ya lo he dicho á Vuestra Majestad. El hombre que espera allí.

LA REINA

¿Y hará cuanto yo quiera?

SIMÓN RENARD

Sí, si hacéis lo que él querrá.

LA REINA

¿Dará la vida?

SIMÓN RENARD

Pondrá condiciones. Pero dará la vida.

LA REINA

¿Sabéis lo que quiere?

SIMÓN RENARD

Lo que vos misma queréis. Vengarse.

LA REINA

Decid que entre y permaneced allí al alcance de mi voz. ¡Señor bailío!

SIMÓN RENARD

¡Señora!

LA REINA

Decid á milord Chandos que permanezca en la estancia inmediata con seis hombres de mi servicio, dispuestos á entrar. ¡Y la mujer también, pronta á entrar! Salid.

(SIMÓN RENARD sale. LA REINA sola.)

¡Oh! ¡Será terrible!

(Una de las puertas laterales se abre, y entran SIMÓN RENARD y GILBERTO.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ESCENA TERCERA

LA REINA, GILBERTO y SIMÓN RENARD

GILBERTO

¿Ante quién estoy?

SIMÓN RENARD

Ante la reina.

GILBERTO

¡La reina!

LA REINA

Así es, la reina. Sí, soy la reina. No nos queda tiempo para sorprendernos. Vos sois Gilberto, un artífice cincelador. Vivís allá en la orilla del río, con una tal Juana, vuestra novia, que os engaña, y que tiene por amante á un tal Fabiano, que me engaña á mí. Vos queréis vengaros y yo también. Para ello he de disponer de vuestra vida á capricho mío. Necesito que digáis lo que yo os mande decir, sea lo que quiera. Necesito que no haya para vos mentira ni verdad, bien ni mal, justicia ni injusticia, nada más que mi

venganza y mi voluntad. Necesito que me dejéis hacer y que dejéis hacer. ¿Consentís?...

GILBERTO

Señora...

LA REINA

Tú quedarás vengado. Pero te prevengo que deberás morir, ya lo sabes. Dí tus condiciones. Si tienes madre, y conviene cubrir su mesa de lingotes de oro, habla y lo haré. Véndeme tu vida tan cara como quieras.

GILBERTO

Es que... no estoy decidido á morir, señora.

LA REINA

¡Cómo!

GILBERTO

Oid, señora; he reflexionado toda la noche. Nada me ha sido probado todavía en este asunto. He visto á un hombre que se vanagloriaba de ser el amante de Juana. ¿Quién me asegura que no ha mentido? He visto una llave. ¿Quién me asegura que no le ha sido robada? He visto una carta. ¿Quién me asegura que no se la han hecho escribir por fuerza? Además, no puedo jurar siquiera si era su letra; la noche era obscura, yo estaba perturbado y no sé lo que he visto. No puedo dar la vida, que es la suya, así como así. Yo nada creo; no estoy seguro de nada. No he visto aun á Juana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LA REINA

¡Bien se ve que la amas! Tú eres como yo, te resistes á todas las pruebas. Y si ves á Juana, si la oyes confesar su crimen, ¿harás lo que yo quiero?

GILBERTO

Sí. Con una condición.

LA REINA

Ya me la dirás más tarde.

(A SIMÓN RENARD.)

Esa mujer aquí, en seguida.

(SIMÓN RENARD sale. LA REINA acompaña á GILBERTO tras de una cortina que ocupa una parte del fondo.)

Escóndete ahí.

(Entra JUANA, pálida y temblorosa.)



ESCENA CUARTA

LA REINA, JUANA, GILBERTO, detrás de la cortina

LA REINA

Acércate, muchacha. ¿Sabes quiénes somos?

JUANA

Sí, señora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LA REINA

¡Bien se ve que la amas! Tú eres como yo, te resistes á todas las pruebas. Y si ves á Juana, si la oyes confesar su crimen, ¿harás lo que yo quiero?

GILBERTO

Sí. Con una condición.

LA REINA

Ya me la dirás más tarde.

(A SIMÓN RENARD.)

Esa mujer aquí, en seguida.

(SIMÓN RENARD sale. LA REINA acompaña á GILBERTO tras de una cortina que ocupa una parte del fondo.)

Escóndete ahí.

(Entra JUANA, pálida y temblorosa.)



ESCENA CUARTA

LA REINA, JUANA, GILBERTO, detrás de la cortina

LA REINA

Acércate, muchacha. ¿Sabes quiénes somos?

JUANA

Sí, señora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LA REINA

¿Sabes quién es el hombre que te ha seducido?

JUANA

Sí, señora.

LA REINA

Te engañaba. ¿Se hacía pasar por un caballero llamado Amyas Pawlet?

JUANA

Sí, señora.

LA REINA

¿Sabes ya ahora que es Fabiano Fabiani, conde de Clanbrassil?

JUANA

Sí, señora.

LA REINA

Esta noche, cuando han ido á prenderte en tu casa, ¿le habías dado cita? ¿Le esperabas?

JUANA, uniendo las manos

¡Por Dios, señora!

LA REINA

Responde.

JUANA

Sí.

LA REINA

¿Sabes que nada hay que esperar ni para él ni para ti?

JUANA

Sólo la muerte. Siempre es una esperanza.

LA REINA

Cuéntame toda la aventura. ¿Dónde encontraste á ese hombre por primera vez?

JUANA

La primera vez que le vi, era... ¿Pero para qué seguir? Una desdichada hija del pueblo, pobre y vana, loca y coqueta, amante de joyas y de adornos, que se deja deslumbrar por la buena cara de un gran señor. Eso es todo. Fuí seducida, deshonrada, perdida. Nada tengo que añadir. ¡Dios mío! ¡No veis que cada palabra que pronuncio me mata, señora!

LA REINA

Está bien.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

JUANA

¡Oh! Vuestra cólera es terrible, lo sé, señora. Mi cabeza se baja ya para recibir el castigo que me preparáis.

LA REINA

¡Castigarte á ti! ¿Acaso me ocupo de ti, loca? ¿Quién eres, desdichada criatura, para que la reina se ocupe de ti? No, mi objeto es Fabiano. En cuanto á ti, mujer, otro será el que se encargue de castigarte.

JUANA

Pues bien, señora; sea quien quiera el encargado, sea el que quiera el castigo, lo sufriré todo sin lamentarme, y hasta os daré las gracias, si acogéis una súplica que quiero haceros. Hay un hombre que protegió mi orfandad desde la cuna, que me adoptó, que me crió, que me nutrió, que me amó, y que me ama todavía; un hombre de quien soy indigna, por quien he sido criminal, y cuya imagen sigue grabada en el fondo de mi corazón, querida, augusta y sagrada como la de Dios; un hombre que, sin duda, en este momento que os hablo, halla su casa vacía y abandonada, y devastada, y no comprende lo que pasa y se arranca los cabellos de desesperación. Pues bien; lo que pido á Vuestra Majestad, señora, es que no comprenda jamás lo que ha sido de mí, ni lo que he hecho, ni lo que de mí haréis. ¡Ay, Dios mío! No sé si lograré hacerme comprender; pero debéis adivinar que es para mí un amigo, un noble y generoso amigo; ¡pobre Gilberto! ¡Oh, sí, es muy cierto que me estima y que me cree pura, y que no quiero me odie y me desprecie!... ¿No es verdad que

me comprendéis, señora? La estima de ese hombre vale para mí mucho más que la vida. Además, esto le causaría un dolor inmenso. ¡Qué sorpresa! Al principio no lo creería. No, no lo creería. ¡Dios mío! ¡Pobre Gilberto! ¡Oh, señora! Tened piedad de él y de mí. Él nada os ha hecho. ¡Haced que lo ignore todo en nombre del cielo! ¡En nombre del cielo! Que no sepa que soy culpable, pues se mataría. Que no sepa que he muerto, pues se moriría.

LA REINA

El hombre de quien habláis está allí y os escucha, os juzga y os castigará.

(GILBERTO aparece.)

JUANA

¡Cielos! ¡Gilberto!

GILBERTO, á la reina

Mi vida es vuestra, señora.

LA REINA

Está bien. ¿Tenéis que ponerme alguna condición?

GILBERTO

Sí, señora.

LA REINA

¿Cuál? Os damos nuestra palabra de reina que la suscribimos por adelantado.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GILBERTO

Oid, señora. Nada más simple. Es una deuda de gratitud que satisfago á un señor de vuestra corte que me ha hecho trabajar mucho en mi oficio de cincelador.

LA REINA

Hablad.

GILBERTO

Ese señor tiene una relación secreta con una mujer con quien no se puede casar, porque pertenece á una familia proscripta. Esa mujer, que ha vivido oculta hasta ahora, es la hija única y heredera del último lord Talbot, decapitado en tiempo de Enrique VIII.

LA REINA

¡Cómo! ¿Estás seguro de lo que dices? ¿Juan Talbot, el buen lord católico, el leal defensor de mi madre Catalina de Aragón, dices que dejó una hija? Por mi corona, si esto es cierto, esa niña es como si fuese hija mía. Y lo que Juan Talbot hizo por la madre de María de Inglaterra, María de Inglaterra lo hará por la hija de Juan Talbot.

GILBERTO

¿Entonces será, sin duda, una dicha para Vuestra Majestad devolver á la hija de lord Talbot los bienes de su padre?

LA REINA

Cierto, y quitarlos á Fabiani. Pero, ¿existen pruebas de que esa heredera existe?

GILBERTO

Existen.

LA REINA

Por otra parte, si no existieran pruebas, las inventaríamos. No en vano somos la reina.

GILBERTO

Vuestra Majestad devolverá á la hija de lord Talbot los bienes, los títulos, el rango, el nombre, las armas y la divisa de su padre. Vuestra Majestad la relevará de toda proscripción y le garantizará la vida salva. Vuestra Majestad la casará con ese señor, que es el único hombre que pueda casarse con ella. Con esas condiciones, señora, podréis disponer de mí, de mi libertad, de mi vida y de mi voluntad, á gusto vuestro.

LA REINA

Está bien. Haré lo que acabáis de decir.

GILBERTO

¿Vuestra Majestad hará lo que acabo de decir? ¿La reina de Inglaterra jura ante mí, Gilberto el cincelador, sobre su corona que está aquí, y sobre el Evangelio que está allí?

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA REINA

Sobre la corona y sobre el Evangelio, ¡lo juro!

GILBERTO

Queda cerrado el pacto, señora. Haced preparar una tumba para mí y un lecho nupcial para los esposos. El señor de que hablaba es Fabiani, conde de Clanbrassil. La heredera de Talbot, es ésta.

JUANA

¿Qué dice?

LA REINA

¿Será un insensato? ¿Qué significa esto? Maestro, fijaos bien en que es un atrevimiento burlarse de la reina de Inglaterra, en que los aposentos reales son lugares donde hay que ir con cuidado con las palabras que se pronuncian, y en que hay ocasiones en que la lengua hace caer la cabeza.

GILBERTO

Mi cabeza es vuestra. ¡Yo poseo vuestro juramento!

LA REINA

Vos no habláis seriamente. ¡Ese Fabiano! ¡Esa Juana!... ¡Ea!

GILBERTO

Esa Juana es la hija y heredera de lord Talbot.

LA REINA

¡Visión! ¡Quimera! ¡Locura! ¿Tenéis pruebas?

GILBERTO

Completas.

(Saca un paquete del pecho.)

Dignaos leer estos papeles.

LA REINA

¿Tengo tiempo acaso de leer vuestros papeles? ¿Os he pedido por ventura vuestros papeles? ¿Qué me importa de vuestros papeles? Por mi vida que, si prueban algo, los arrojaré al fuego, y no quedará nada de ellos.

GILBERTO

Quedará vuestro juramento, señora.

LA REINA

¡Mi juramento! ¡Mi juramento!

GILBERTO

¡Por la corona y el Evangelio, señora! Esto es, por vuestra cabeza y vuestra alma, por vuestra vida en este mundo y por vuestra vida en el otro.

LA REINA

Pero, ¿qué quieres? ¡Te juro que estás demente!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

GILBERTO

¿Qué quiero? Juana ha perdido su rango, ¡devolvédselo! Juana ha perdido el honor, ¡reštituídselo! ¡Proclamadla hija de Talbot y esposa de lord Clanbrassil, y tomad mi vida!

LA REINA

¡Tu vida! ¿Y qué quieres que haga de tu vida ahora? ¡Sólo la necesitaba para vengarme de ese hombre, de Fabiano! ¿No me comprendes todavía? Pues yo tampoco te comprendo. ¡Tú hablabas de venganza! ¿Y así te vengas? ¡Esos hombres del pueblo son unos estúpidos! Y, además, ¿te figuras que doy crédito á tu ridícula conseja de una heredera de Talbot? ¡Los papeles! ¡Me enseñas los papeles! No quiero verlos. ¡Ah! ¡Te engaña una mujer y te haces el generoso! Como te plazca. ¡Yo no soy generosa! Tengo la ira y el odio en el corazón. Y me vengaré, y tú me ayudarás. ¡Este hombre está loco! ¡Loco! ¡Loco! ¡Dios mío! ¿Por qué le habré necesitado? ¡Es desesperante tener que tratar con esas gentes en negocios serios!

GILBERTO

Tengo vuestra palabra de reina católica. ¡Lord Clanbrassil ha seducido á Juana, y se casará con ella!

LA REINA

¿Y si se niega á casarse?

GILBERTO

Le obligaréis á ello, señora.

JUANA

¡Oh, no! ¡Gilberto, tened piedad de mí!

GILBERTO

Pues bien; si el infame rehusa, Vuestra Majestad hará de él y de mí lo que mejor le cuadre.

LA REINA, con alegría

¡Ah! ¡Eso es todo cuanto quiero!

GILBERTO

Si llegase ese caso, con tal que la corona de condesa de Waterford sea colocada solemnemente por la reina en la cabeza sagrada é inviolable de Juana Talbot aquí presente, haré todo cuanto la reina me imponga.

LA REINA

¿Todo?

GILBERTO

Todo. Hasta un crimen, si necesitáis un crimen; hasta una traición, lo que es más que un crimen; hasta una vileza, lo que es más que una traición.

LA REINA

¿Dirás lo que haya que decir? ¿Morirás de la muerte que te exijan?

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GILBERTO

De la muerte que me exijan.

JUANA

¡Dios mío!

LA REINA

¿Lo juras?

GILBERTO

Lo juro.

LA REINA

La cosa entonces puede arreglarse. Esto basta. Tengo tu palabra, tú tienes la mía. Entendidos.

(Reflexiona un momento. A JUANA.)

Vos sois inútil aquí; salid. Luego se os llamará.

JUANA

¡Oh, Gilberto! ¿Qué habeis hecho? ¡Oh, Gilberto! ¡Soy una miserable, y no me atrevo á levantar los ojos hasta vos! ¡Oh, Gilberto! Sois más que un ángel, pues tenéis á la vez las virtudes de un ángel y las pasiones de un hombre.

(Sale.)

ESCENA QUINTA

LA REINA, GILBERTO; luego SIMÓN RENARD, LORD CHANDOS y los guardias

LA REINA, á GILBERTO

¿Tienes un arma? ¿Un cuchillo, un puñal, cualquier cosa?

GILBERTO, sacando del pecho el puñal de LORD CLANBRASSIL

¿Un puñal? Sí, señora.

LA REINA

Bien. Tenlo en la mano.

(Le agarra vivamente el brazo.)

¡Señor bailío d'Amont! ¡Lord Chandos!

(Entran SIMÓN RENARD, LORD CHANDOS y los guardias.)

Asegurad á este hombre. Ha levantado el puñal sobre mí, y he podido asirle el brazo en el momento que iba á herirme. ¡Es un asesino!

GILBERTO

¡Señora!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

GILBERTO

De la muerte que me exijan.

JUANA

¡Dios mío!

LA REINA

¿Lo juras?

GILBERTO

Lo juro.

LA REINA

La cosa entonces puede arreglarse. Esto basta. Tengo tu palabra, tú tienes la mía. Entendidos.

(Reflexiona un momento. A JUANA.)

Vos sois inútil aquí; salid. Luego se os llamará.

JUANA

¡Oh, Gilberto! ¿Qué habeis hecho? ¡Oh, Gilberto! ¡Soy una miserable, y no me atrevo á levantar los ojos hasta vos! ¡Oh, Gilberto! Sois más que un ángel, pues tenéis á la vez las virtudes de un ángel y las pasiones de un hombre.

(Sale.)

ESCENA QUINTA

LA REINA, GILBERTO; luego SIMÓN RENARD, LORD CHANDOS y los guardias

LA REINA, á GILBERTO

¿Tienes un arma? ¿Un cuchillo, un puñal, cualquier cosa?

GILBERTO, sacando del pecho el puñal de LORD CLANBRASSIL

¿Un puñal? Sí, señora.

LA REINA

Bien. Tenlo en la mano.

(Le agarra vivamente el brazo.)

¡Señor bailío d'Amont! ¡Lord Chandos!

(Entran SIMÓN RENARD, LORD CHANDOS y los guardias.)

Asegurad á este hombre. Ha levantado el puñal sobre mí, y he podido asirle el brazo en el momento que iba á herirme. ¡Es un asesino!

GILBERTO

¡Señora!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LA REINA, bajo á GILBERTO

¿Olvidas ya nuestras combinaciones? ¿Así cumples lo pactado? (En alta voz.) Vosotros sois testigos de que aun tenía el puñal en la mano. Señor bailío, ¿cómo se llama el verdugo de Londres?

SIMÓN RENARD

Es un irlandés llamado Mac Dermoti.

LA REINA

Que lo traigan aquí. Tengo que hablarle.

SIMÓN RENARD

¿Vos misma?

LA REINA

Yo misma.

SIMÓN RENARD

¿La reina hablará con el verdugo?

LA REINA

Sí. La reina hablará con el verdugo. ¡Ea, que vayan á buscarlo! (Sale un guardia.) Milord Chandos, y vosotros, señores, me respondéis de este hombre. Guardadlo ahí, entre vuestras filas, detrás de vosotros. Van á pasar aquí cosas que es necesario que él las vea. Señor teniente d'Amont, ¿está en el palacio lord Clanbrassil?

SIMÓN RENARD

Está allí, en la sala pintada, esperando que la reina se complazca en llamarle.

LA REINA

¿No sospecha nada?

SIMÓN RENARD

Nada.

LA REINA, á LORD CHANDOS

Que entre.

SIMÓN RENARD

Toda la corte está esperando también allí. ¿No se introducirá á nadie antes que á lord Clanbrassil?

LA REINA

¿Cuáles de nuestros señores odian á Fabiani?

SIMÓN RENARD

Todos.

LA REINA

¿Cuáles le odian más?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

SIMÓN RENARD

Clinton, Montagu, Somerset, el conde de Derby, Gerardo Fitz-Gerard, lord Paget y el lord canciller.

LA REINA, á LORD CHANDOS

Introducid á todos esos, excepto al lord canciller. Salid.

(CHANDOS sale. A SIMÓN RENARD.)

El digno obispo canciller no quiere á Fabiani más que los otros, pero es un hombre lleno de escrúpulos.

(Divisando los papeles que GILBERTO ha dejado sobre la mesa.)

¡Ah! Tengo que dar una ojeada á esos papeles.

(Mientras los examina, se abre la puerta del fondo, y entran haciendo profundas reverencias los señores designados por la reina.)

ESCENA SEXTA

Los mismos; LORD CLINTON y los demás señores

LA REINA

Buenos días, señores. ¡Dios os tenga en su guarda, milores!

(A LORD MONTAGU.

Anthony Brown, jamás olvido que os opusisteis dignamente á Juan de Montmorency y al señor de Tolosa en mis negociaciones con el emperador mi tío. Lord Paget, vos recibiréis hoy mismo vuestras cartas de barón, barón Paget de Beaudesert en Stafford. ¡Ah! ¡sois nuestro antiguo amigo lord Clinton! Nos somos siempre vuestra buena amiga, milord. Vos sois quien exterminó á Tomás Wyat en la llanura de San James. Recordémoslo todos, señores. Aquel día la corona de Inglaterra fué salvada por un puente que permitió á mis tropas llegar hasta los rebeldes, y por un muro que impidió á los rebeldes llegar hasta mí. El puente es el puente de Londres. El muro es lord Clinton.

LORD CLINTON, en voz baja á SIMÓN RENARD

Hacía seis meses que la reina no me hablaba. ¡Qué amable está hoy!

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIMÓN RENARD, en voz baja á CLINTON

Paciencia, milord. La encontraréis aun mejor de ahí á poco.

LA REINA, á LORD CHANDOS

Puede entrar milord Clanbrassil.

(A SIMÓN RENARD.)

Pocos minutos después que haya entrado...

(Le habla al oído y le designa la puerta por donde salió JUANA.)

SIMÓN RENARD

Es suficiente, señora.

(Entra FABIANI.)

ESCENA SÉPTIMA

Los mismos, FABIANI

LA REINA

¡Ah! ¡Aquí está!

(Vuelve á hablar bajo á SIMÓN RENARD)

FABIANI, aparte, saludado por todos los presentes y mirando en torno suyo

¿Qué quiere decir esto? Aquí sólo hay enemigos míos, esta mañana. La reina habla en voz baja á Simón Renard. ¡Diablo! ¡Se ríe! ¡Mala señal!

LA REINA, graciosamente á FABIANI

¡Dios os guarde, milord!

FABIANI, besándole la mano

Señora...

(Aparte)

Me ha sonreído. El peligro no es contra mí.

LA REINA, siempre graciosamente

Tengo que hablaros.

(Viene con él al proscenio)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

SIMÓN RENARD, en voz baja á CLINTON

Paciencia, milord. La encontraréis aun mejor de ahí á poco.

LA REINA, á LORD CHANDOS

Puede entrar milord Clanbrassil.

(A SIMÓN RENARD.)

Pocos minutos después que haya entrado...

(Le habla al oído y le designa la puerta por donde salió JUANA.)

SIMÓN RENARD

Es suficiente, señora.

(Entra FABIANI.)

ESCENA SÉPTIMA

Los mismos, FABIANI

LA REINA

¡Ah! ¡Aquí está!

(Vuelve á hablar bajo á SIMÓN RENARD)

FABIANI, aparte, saludado por todos los presentes y mirando en torno suyo

¿Qué quiere decir esto? Aquí sólo hay enemigos míos, esta mañana. La reina habla en voz baja á Simón Renard. ¡Diablo! ¡Se ríe! ¡Mala señal!

LA REINA, graciosamente á FABIANI

¡Dios os guarde, milord!

FABIANI, besándole la mano

Señora...

(Aparte)

Me ha sonreído. El peligro no es contra mí.

LA REINA, siempre graciosamente

Tengo que hablaros.

(Viene con él al proscenio)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

FABIANI

Y yo también tengo que hablaros, señora. Tengo que reconveniros. ¡Alejarme, desterrarme por tanto tiempo! ¡Ah! No sería así, si durante las horas de ausencia pensarais en mí como pienso en vos.

LA REINA

Sois injusto. Desde que nos hemos separado, sólo me ocupo de vos.

FABIANI

¿Será verdad? ¿Merezco tanta dicha? Repetídmelo.

LA REINA, siempre sonriente

Os lo juro.

FABIANI

¿Entonces me amáis como yo os amo?

LA REINA

Sí, milord. Cierto, sólo he pensado en vos. Tan cierto es, que he pensado en prepararos una sorpresa agradable para cuando vinierais.

FABIANI

¡Cómo! ¿Una sorpresa?

LA REINA

Una visita que os gustará.

FABIANI

¿Una visita? ¿De quién?

LA REINA

Adivinadlo. ¿No lo adiviná is?

FABIANI

No, señora.

LA REINA

Volved la cabeza.

(Se vuelve y ve á JUANA en el dintel de la puertecita entreabierta)

FABIANI, aparte

¡Juana!

JUANA, aparte

¡Es él!

LA REINA, siempre sonriendo

Milord, ¿conocéis á esa muchacha?

FABIANI

¡No, señora!

LA REINA

Muchacha, ¿conocéis á milord?

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JUANA

La verdad antes que la vida. Sí, señora.

LA REINA

¿De modo, milord, que no conocéis á esa mujer?

FABIANI

Señora, quieren perderme. Estoy rodeado de enemigos. Esa mujer está ligada con ellos, sin duda alguna. ¡Yo no la conozco, señora! ¡No sé quién es, señora!

LA REINA, levantándose y azotándole el rostro con el guante

¡Eres un vil! ¡Ah! ¡Engañas á la una y reniegas de la otra! ¡Ah! ¡Conque no sabes quién es! ¿Quieres que te lo diga yo? Esta mujer es Juana Talbot, hija de Juan Talbot, el buen señor católico muerto en el patíbulo por mi madre. ¡Esta mujer es Juana Talbot, mi prima; Juana Talbot, condesa de Shrewsbury, condesa de Wexford, condesa de Waterford, par de Inglaterra! ¡Ya sabéis quién es esta mujer! Lord Paget, en calidad de comisario del sello privado, tomaréis nota de mis palabras. La reina de Inglaterra reconoce solemnemente á la joven aquí presente por Juana, hija única y heredera del último conde de Waterford.

(Mostrando los papeles)

He aquí los títulos y las pruebas, que haréis sellar con el gran sello. Tal es nuestro gusto.

(A FABIANI)

¡Sí, condesa de Waterford! ¡Y con pruebas! ¡Y tú devolverás los bienes, miserable! ¡Ah! ¡Tú no conoces

á esta mujer! ¡Ah! ¡Tú no sabes quién es esta mujer! Pues bien, ya te lo digo yo: ¡es Juana Talbot! ¿Quieres que te lo repita?...

(Mirándole cara á cara, en voz baja, entre dientes)

¡Vil! ¡Es tu querida!

FABIANI

Señora...

LA REINA

Así es. Y ahora, oye lo que eres tú. ¡Tú eres un hombre sin alma, un hombre sin corazón, un hombre sin inteligencia! ¡Tú eres un malvado y un miserable! Tú eres... Por Dios, señores, que no tenéis necesidad de alejaros. ¡Nada me importa que oigáis lo que voy á decir á este hombre! Me parece que no bajo la voz. Fabiano, tú eres un miserable, un traidor para conmigo, un vil para ella, un lacayo embustero, el más vil de los hombres, ¡el último de los hombres! Y, á pesar de todo, te he hecho conde de Clanbrassil, barón de Dinasmonddy, ¿qué más?, barón de Darmouth en Devonshire. Pero ¡es que estaba loca! Yo os pido perdón, milores, de haberos hecho codear con ese hombre. ¡Tú, caballero! ¡Tú, gentilhombre! ¡Tú, señor! ¡Compárate con estos que están aquí, miserable! ¡Mira, contémplalos á tu alrededor los verdaderos gentileshombres! Aquí está Bridges, barón de Chandos; aquí está Seymour, duque de Somerset; ¡aquí los Stanley, que son condes de Derby desde el año mil cuatrocientos ochenta y cinco! ¡Aquí los Clinton, que son barones de Clinton desde el mil doscientos noventa y ocho! ¿Crees por ventura parecerte á esas personas? Te supones enlazado con la familia española de Peñalver; pero no es verdad: tú no eres más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

que un mal italiano, nada ¡menos que nada! ¡Hijo de un calcetero de la aldea de Larino! Sí, señores, ¡hijo de un calcetero! Yo lo sabía, y no lo decía, y lo ocultaba, y hacía semblante de creer á ese hombre cuando hablaba de su nobleza. Porque así somos las mujeres. ¡Oh, Dios mío! Yo quisiera que hubiere mujeres aquí, pues sería una lección para todas. ¡Ese miserable! ¡Ese miserable engaña á una mujer y reniega de la otra! ¡Infame! ¡No puede ser más infame! ¡Cómo! ¿Me oye y aún no se ha caído de rodillas? ¡De rodillas, Fabiani! ¡Milores, haced arrodillar á ese hombre á la fuerza!

FABIANI

Vuestra Majestad...

LA REINA

¡Ese miserable, á quien he colmado de beneficios! ¡Ese lacayo napolitano, á quien he hecho caballero dorado y conde libre de Inglaterra! ¡Ah! ¡Debía esperar lo que sucede! Ya me habían dicho que esto acabaría así. Pero yo soy siempre lo mismo, me obstino, y luego comprendo mi culpa. Es mi defecto. ¡Italiano, quiere decir pillastre! ¡Napolitano, quiere decir vil! Cada vez que mi padre se sirvió de un italiano, tuvo que arrepentirse. ¡Ese Fabiani! ¡Ya lo ves, lady Juana, á qué hombre te entregaste, desdichada niña! ¡Pero yo te vengaré! ¡Oh! Debía saberlo antes; ¡del bolsillo de un italiano sólo se puede sacar un puñal, y del alma de un italiano sólo la traición!

FABIANI

Señora, os juro...

LA REINA

¡Pues no va á perjurar ahora! Será vil hasta el fin. ¡Nos hará ruborizar hasta los ojos, delante de esos hombres, á las pobres mujeres que le hemos amado! ¡No levantará siquiera la cabeza!

FABIANI

Sí, señora, la levantaré. Estoy perdido, bien claro lo veo. Mi muerte está decidida. Y vos emplearéis todos los medios, el puñal, el veneno...

LA REINA, tomándole las manos y atrayéndole vivamente al proscenio

¡El veneno! ¡El puñal! ¿Qué dices, italiano? ¡La venganza traidora, la venganza vergonzosa, la venganza por detrás, la venganza como en tu país! No, señor Fabiani; ni puñal, ni veneno. ¿Tengo acaso que ocultarme? ¿He de buscar las esquinas de las calles por la noche, y he de empequeñecerme para vengarme? ¡No, vive Dios! Yo quiero la luz del día, el esplendor del sol, la plaza pública, el hacha y el tajo, la multitud en la calle, la multitud en las ventanas, en los techos, ¡cien mil testigos! Quiero que tengan miedo, ¡oyes, milord! Que lo encuentren espléndido, espantable y magnífico, y que se digan: ¡Una mujer fué ultrajada, mas la reina se venga! Este envidiable favorito, este gallardo joven insolente, á quien he cubierto de terciopelo y raso, quiero verlo doblado en dos, asustado y tembloroso, de hinojos en una alfombra negra, descalzo, atadas las manos, silbado por el pueblo, en manos del verdugo. En ese blanco cuello, donde yo había colgado un collar de oro, pondré una cuerda. Ya he visto qué efecto hacía Fabiani en un trono; quiero ver el efecto que hará en un patíbulo.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FABIANI

Señora...

LA REINA

¡Ni una palabra! ¡Ah! ¡Ni una palabra! Estás verdaderamente perdido, créeme. Subirás al patíbulo, como Suffolk y Northumberland. Es una fiesta como cualquier otra que daré á mi buena ciudad de Londres. Ya sabes cuánto te odia mi buena ciudad. ¡Pardiez! ¡Qué hermoso es, cuando uno necesita vengarse, ser María, señora y reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII y dueña de los cuatro mares! Y cuando te halles en el cadalso, Fabiani, podrás, si así te place, dirigir una larga arenga al pueblo, como Northumberland, ó una larga oración á Dios, como Suffolk, para dar tiempo á que llegue la divina gracia. ¡El cielo me es testigo que tú eres un traidor y que la gracia no llegará! ¡Y ese miserable truhán me hablaba de amor y me trataba de «tú» esta mañana! ¡Eh! ¡Qué diantre, señores! Parece que os sorprende que hable así delante de vosotros; pero, os lo repito, ¿qué me importa?

(A lord Somerset.)

Milord duque, como condestable de la Torre, pedid la espada á ese hombre.

FABIANI

Hela aquí, pero protesto. Admitiendo que se pruebe que yo haya engañado ó seducido á una mujer...

LA REINA

¡Eh! ¿Qué me importa que hayas seducido á una mujer? ¿Acaso me ocupo de ello? ¡Esos señores son testigos de que me es indiferente!

FABIANI

Seducir á una mujer no es un crimen capital, señora. Vuestra Majestad no pudo hacer condenar á Trogmorton por una acusación igual.

LA REINA

¡Ahora nos desafía, según parece! El gusano se convierte en serpiente. ¿Y quién te ha dicho que te acuso de esto?

FABIANI

Entonces ¿de qué se me acusa? Yo no soy inglés, no soy súbdito de Vuestra Majestad. Soy súbdito del rey de Nápoles y vasallo del Padre santo. Yo requeriré á su legado, el eminentísimo cardenal Pablo, á que me reclame. Yo me defenderé, señora. Soy extranjero. No se me puede encausar si no he cometido un crimen, un verdadero crimen. ¿Cuál es mi crimen?

LA REINA

¿Preguntas cuál es tu crimen?

FABIANI

Sí, señora.

LA REINA

Ya habéis oído todos la pregunta que se me hace,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

milores. Vais á oir la respuesta. Prestad atención, y meditad cuantos aquí estáis, pues vais á ver que sólo he de golpear el suelo con el pie para hacer brotar un patíbulo. ¡Chandos! ¡Chandos! ¡Abrid de par en par esta puerta! ¡Toda la corte! ¡Todo el mundo! ¡Haced entrar á todo el mundo!

(La puerta del fondo se abre. Entra toda la corte.)

ESCENA OCTAVA

Los mismos; el LORD CANCILLER, toda la corte

LA REINA

Entrad, entrad, milores. Me produce verdaderamente una gran satisfacción el veros hoy aquí. Bien, muy bien; los hombres de justicia por aquí, más cerca, más cerca. ¿Dónde están los ministros de armas de la Cámara de los lores, Harriot y Herbet? ¡Ah! Estáis ahí, señores. Sed bien venidos. Sacad las espadas. Bien. Colocaos á derecha é izquierda de este hombre. Es prisionero vuestro.

FABIANI

Señora, ¿cuál es mi crimen?

LA REINA

Milord Gardiner, mi sabio amigo, á vos, que sois el canciller de Inglaterra, os hacemos saber que debéis reuniros con toda diligencia, vos y los doce comisarios de la Cámara estrellada, que lamentamos no ver aquí. Ocurren cosas muy extrañas en este palacio. Escuchad, milores. Madama Isabel ha suscitado ya más de un enemigo á nuestra corona. Ha habido el complot de Pietro Caro, que promovió el movimiento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

milores. Vais á oir la respuesta. Prestad atención, y meditad cuantos aquí estáis, pues vais á ver que sólo he de golpear el suelo con el pie para hacer brotar un patíbulo. ¡Chandos! ¡Chandos! ¡Abrid de par en par esta puerta! ¡Toda la corte! ¡Todo el mundo! ¡Haced entrar á todo el mundo!

(La puerta del fondo se abre. Entra toda la corte.)

ESCENA OCTAVA

Los mismos; el LORD CANCILLER, toda la corte

LA REINA

Entrad, entrad, milores. Me produce verdaderamente una gran satisfacción el veros hoy aquí. Bien, muy bien; los hombres de justicia por aquí, más cerca, más cerca. ¿Dónde están los ministros de armas de la Cámara de los lores, Harriot y Herbet? ¡Ah! Estáis ahí, señores. Sed bien venidos. Sacad las espadas. Bien. Colocaos á derecha é izquierda de este hombre. Es prisionero vuestro.

FABIANI

Señora, ¿cuál es mi crimen?

LA REINA

Milord Gardiner, mi sabio amigo, á vos, que sois el canciller de Inglaterra, os hacemos saber que debéis reuniros con toda diligencia, vos y los doce comisarios de la Cámara estrellada, que lamentamos no ver aquí. Ocurren cosas muy extrañas en este palacio. Escuchad, milores. Madama Isabel ha suscitado ya más de un enemigo á nuestra corona. Ha habido el complot de Pietro Caro, que promovió el movimiento

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Exeter, y que correspondía secretamente con madama Isabel por medio de una cifra tallada en un laúd. Ha habido la traición de Tomás Wyat, que sublevó el condado de Kent. Ha habido la rebelión del duque de Suffolk, que fué preso en el hueco de un árbol después de la derrota de los suyos. Hoy se ofrece un nuevo atentado. Escuchad todos. Hoy, esta mañana, se ha presentado un hombre á mi audiencia. A las pocas palabras ha levantado un puñal sobre mí. Yo detuve su brazo á tiempo. Lord Chandos y el señor bailío de Amont prendieron á aquel hombre, el cual ha declarado que cometía el crimen impulsado por lord Clanbrassil.

FABIANI

¿Por mí? ¡Oh! ¡Eso es espantoso! Ese hombre no existe. Nadie presentará á ese hombre. ¿Quién es? ¿Dónde está?

LA REINA

Aquí.

GILBERTO, saliendo de entre los soldados, entre los cuales ha permanecido oculto hasta entonces

Soy yo.

LA REINA

A consecuencia de las declaraciones de este hombre, nos, María, reina, acusamos por ante la Cámara de las estrellas á este otro hombre, Fabiano Fabiani, conde de Clanbrassil, de alta traición y de regicidio sobre nuestra sagrada é imperial persona.

FABIANI

¡Yo regicida! ¡Es monstruoso! ¡Oh! ¡Mi cerebro se extravía, mi vista se nubla! ¿Qué lazo es éste? ¿Quién quiera que seas, miserable, osas afirmar que es verdad lo que ha dicho la reina?

GILBERTO

Sí.

FABIANI

¿Yo te he inducido al regicidio?

GILBERTO

Sí.

FABIANI

¡Sí; siempre sí! ¡Maldición! ¡Señores, no podéis imaginar hasta qué punto esto es mentira! Este hombre sale del infierno. ¡Desdichado! Quieres perderme, pero ignoras que tú te pierdes al mismo tiempo. El crimen que me atribuyes recae también sobre ti. Tú harás que yo muera, pero tú morirás. Con una sola palabra, insensato, haces caer dos cabezas, la mía y la tuya. ¿Lo sabes tú?

GILBERTO

Lo sé.

FABIANI

Milores, este hombre ha sido sobornado...

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GILBERTO

Por vos. Está es la bolsa llena de oro que me habéis dado por el crimen. En ella están bordados vuestro blasón y vuestra cifra.

FABIANI

¡Justo cielo! Pero nadie presenta el puñal con que ese hombre dicen que quería matar á la reina. ¿Dónde está el puñal?

LORD CHANDOS

Aquí.

GILBERTO, á FABIANI

Es el vuestro. Me lo habéis dado para esto. En vuestra casa se encontrará la vaina.

EL LORD CANCILLER

Conde de Clanbrassil, ¿qué tenéis que responder? ¿Reconocéis á este hombre?

FABIANI

No.

GILBERTO

En efecto, sólo me ha visto de noche. Permitidme que le diga dos palabras al oído, señora. Esto le avivará la memoria.

(Acércase á FABIANI.)

¿De modo que hoy no reconoces á nadie, milord, ni al hombre ultrajado ni á la mujer seducida? ¡Ah! La reina se venga, pero el hombre del pueblo se venga también. ¡Tú me desafiaste! ¡Preso estás entre las dos venganzas, milord! ¿Qué te parece? ¡Yo soy Gilberto el cincelador!

FABIANI

Sí, os reconozco. Reconozco á este hombre, milores. Y puesto que tengo que habérmelas con este hombre, no tengo más que decir.

LA REINA

¡Confiesa!

EL LORD CANCILLER, á GILBERTO

Según la ley normanda y el estatuto vigésimo quinto del rey Enrique VIII, en caso de atentado contra el primer jefe, la confesión no salva al cómplice. No olvidéis que es un caso en que la reina no tiene el derecho de gracia, y que moriréis en el patíbulo como aquel á quien vos acusáis. Reflexionad. ¿Confirmáis todo cuanto habéis dicho?

GILBERTO

Sé que moriré, y lo confirmo.

JUANA, aparte

¡Dios mío! ¡Si esto es un sueño, no puede ser más horrible!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U.A.N.L.

EL LORD CANCILLER, á GILBERTO

¿Consentís en reiterar vuestras declaraciones con la mano sobre el Evangelio?

(Presenta el Evangelio á GILBERTO, el cual pone la mano encima)

GILBERTO

Juro, con la mano puesta sobre el Evangelio, y con mi próxima muerte ante los ojos, que este hombre es un asesino; que este puñal, que es el suyo, ha servido para el crimen; que esta bolsa, que es suya, me ha sido dada por él para el crimen. ¡Que Dios me asista! ¡Es la verdad!

EL LORD CANCILLER, á FABIANI

Milord, ¿qué teneis que decir?

FABIANI

Nada. ¡Estoy perdido!

SIMÓN RENARD, bajo á LA REINA

Vuestra Majestad ha mandado venir al verdugo. Está allí.

LA REINA

Está bien. Que venga.

(Las filas de los nobles se abren, y se ve aparecer al verdugo, vestido de encarnado y negro, llevando al hombro una larga espada envainada.)

ESCENA NOVENA

Los mismos, EL VERDUGO

LA REINA

Milord duque de Somerset, esos dos hombres á la Torre. Milord Gardiner, nuestro canciller, empiécese desde mañana el proceso ante los doce pares de la Cámara de las estrellas, y que Dios salve á la vieja Inglaterra. Nos, deseamos que entrambos hombres sean juzgados antes de que partamos para Exford, donde abriremos el Parlamento, y para Windsor, donde celebraremos las pascuas.

(Al verdugo)

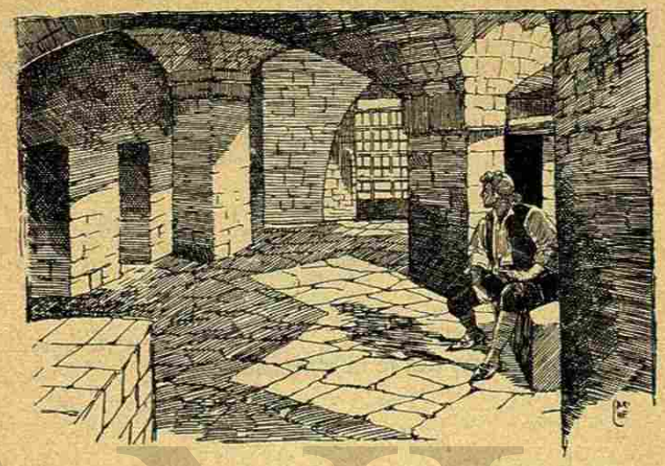
Acércate. Me alegro de verte. Tú eres un buen servidor. Eres viejo y has visto ya tres reinados. Es costumbre que los soberanos de este reino te hagan un regalo, lo más magnífico posible, á su advenimiento al trono. Mi padre Enrique VIII te dió el broche de diamantes de su manto. Mi hermano Eduardo VI te dió una copa de oro cincelado. Hoy llega mi turno. Aún no te he dado nada. Tengo que hacerte un presente. Acércate.

(Mostrando á FABIANI)

¿Ves esta cabeza, esta juvenil y simpática cabeza, esta cabeza que esta mañana era aún para mí lo más bello, caro y precioso del mundo? Pues bien, esta cabeza, dí, ¿la ves bien? ¡Yo te la regalo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALFONSINA



JORNADA TERCERA

¿CUÁL DE LOS DOS?

PRIMERA PARTE

Sala en el interior de la Torre de Londres. Bóveda ojival sostenida por dos gruesos pilares. A derecha é izquierda, las dos puertas bajas de dos calabozos. A la derecha, una lumbrera, que se supone da sobre el Támesis; á la izquierda, otra lumbrera, que se supone da á la calle. A cada lado, una puerta disimulada en la pared. En el fondo, una galería con una especie de gran balcón cerrado por vidrieras que mira á los patios exteriores de la Torre.

ESCENA PRIMERA

GILBERTO y JOSHUA

GILBERTO

¿Y así?

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JOSHUA

¡Ay!

GILBERTO

¿Ninguna esperanza?

JOSHUA

Ninguna esperanza. (Gilberto va á la ventana)
¡Oh! ¡Nada verás desde la ventana!

GILBERTO

¿Te has informado, verdad?

JOSHUA

Estoy más que seguro.

GILBERTO

¿Es para Fabiani?

JOSHUA

Es para Fabiani.

GILBERTO

¡Qué feliz es ese hombre! ¡Maldición sobre mí!

JOSHUA

¡Pobre Gilberto! Ya te llegará el turno. Hoy le toca á él, mañana á ti.

GILBERTO

¿Qué quieres decir? Yo creo que no nos entendemos. ¿De qué me hablas?

JOSHUA

Del patíbulo que están levantando en este momento.

GILBERTO

Y yo, hablo de Juana.

JOSHUA

¿De Juana?

GILBERTO

¡Sí, de Juana! ¿Qué me importa lo demás? ¿Lo has olvidado ya? ¿No recuerdas entonces que hace un mes, pegado á los barrotes de mi calabozo desde donde se distingue la calle, la veo rondar de continuo, pálida y enlutada, al pie de esta Torre que encierra á dos hombres, á Fabiani y á mí? ¿No recuerdas ya mis angustias, mis dudas, mis incertidumbres? ¿Por cuál de los dos viene? Yo, ¡pobre miserable!, me hago esta pregunta día y noche; y á ti también, Joshua; y ayer me prometiste que procurarías verla y hablarle. ¡Oh! Dí, ¿sabes algo? ¿Viene por mí ó por Fabiani?

JOSHUA

Supe que Fabiani debía decididamente ser decapitado hoy y tú mañana, y confieso que desde aquel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

momento estoy como loco, Gilberto. El patíbulo ha borrado á Juana de mi memoria. Tu muerte...

GILBERTO

¡Mi muerte! ¿Qué entiendes tú por esta palabra? Mi muerte es que Juana ya no me quiere. Desde el día en que dejó de amarme, estoy muerto. ¡Oh! ¡Verdaderamente muerto, Joshua! Lo que de mí sobrevive desde entonces, no vale la pena de que me lo tomen mañana. ¡Ah! ¡Tú no tienes idea de lo que es un hombre que ama! Si hace dos meses me hubiesen dicho: Juana, vuestra Juana sin tacha, vuestra Juana tan pura, vuestro amor, vuestro orgullo, vuestro lirio, vuestro tesoro, se entregará á otro, ¿la querríais después? Yo hubiera dicho: ¡No, no la querré! ¡antes mil veces la muerte para ella y para mí! Y hubiera pisoteado al que me hubiese hablado así. ¡Pues bien, sí, la quiero! Ya ves, hoy Juana no es la Juana sin tacha que poseía mi adoración, la Juana cuya frente apenas me atrevía á rozar con mis labios; Juana se ha dado á otro, á un miserable, lo sé; pero lo mismo da, ¡la amo! ¡Tengo el corazón destrozado, pero la amo! ¡Yo besaría la orla de su vestido, y le pediría perdón si ella me quisiera, y aunque la encontrara en medio de la calle entre otras desgraciadas, yo la recogería y la estrecharía contra mi corazón, Joshua! Joshua, yo daría, no cien años de vida, puesto que sólo tengo un día, sino la eternidad que tendré mañana, para verla sonreirme una vez más, una sola vez antes de morir, y oirla decir esta adorada frase que me decía antes: ¡Te amo! Joshua, Joshua, así es el corazón de un hombre que ama. ¿Os figuráis que mataréis á la mujer que os engaña? No, pues no la mataréis, y os humillaréis á sus pies como antes, sólo que estaréis triste. ¿Me encuentras débil? ¿Qué habría ganado con matar á Juana?

¡Oh! ¡Mi corazón rebosa de insoportables ideas! ¡Ah! Si me amase aún, ¿qué me importa todo lo que he hecho? ¡Pero ama á Fabiani! ¡Ama á Fabiani! ¡Viene por Fabiani! ¡Lo único cierto es que yo quisiera morir! ¡Ten compasión de mí, Joshua!

JOSHUA

Fabiani será ajusticiado hoy.

GILBERTO

Y yo mañana.

JOSHUA

Dios sobre todo.

GILBERTO

Hoy yo quedaré vengado de él. Mañana él quedará vengado de mí.

JOSHUA

Hermano mío, llega el segundo condestable de la Torre, maese Eneas Dulverton. Tienes que volverte al calabozo. Hermano mío, te veré esta noche.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GILBERTO

¡Ah! ¡Morir sin ser amado! ¡Morir sin ser llorado! ¡Juana!... ¡Juana!... ¡Juana!...

(Vuelve al calabozo.)

JOSHUA

¡Pobre Gilberto! ¡Dios mío! ¿Quién me había de decir lo que iba á suceder?

(Sale. Entran SIMÓN RENARD y maese ENEAS.)

ESCENA SEGUNDA

SIMÓN RENARD y maese ENEAS DULVERTON

SIMÓN RENARD

Es muy singular, como vos decís; pero ¿qué queréis?, la reina está loca y no sabe lo que quiere. Con ella no hay modo de contar sobre algo seguro, es mujer. Yo os pregunto: ¿qué viene á hacer aquí? El corazón de la mujer es un enigma cuya leyenda ha escrito Francisco I en las vidrieras de Chambord:

Mucho la mujer varía,
Loco está el que en ella fía.

Escuchad, maese Eneas, nosotros somos antiguos amigos. Es necesario que esto acabe hoy. Todo aquí depende de vos. Si os encargan...

(Habla bajo al oído de ENEAS.)

Dilatad la cosa lo más posible, hacedla fracasar con destreza. Si esta noche dispongo apenas de dos horas para mí, quedará todo hecho; mañana, sin el favorito, yo seré omnipotente, y pasado mañana vos seréis barón y lugarteniente de la Torre. ¿Habéis comprendido?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

MAESE ENEAS

Comprendido.

SIMÓN RENARD

Bien. Alguien se acerca. No conviene que nos vean juntos. Salid por allí. Yo voy al encuentro de la reina.

(Se separan.)

ESCENA TERCERA

UN CARCELERO entra con precaución, luego introduce á LADY JUANA

(JUANA se desabrocha la pulsera de diamantes y la da al carcelero.)

JUANA

Tomadla.

EL CARCELERO

Gracias. No me comprometáis.

(Sale.)

JUANA, sola

¡Dios mío! ¿Cómo hacerlo? Yo le he perdido, yo debo salvarle. Mas no podré. Una mujer nada puede. ¡El patíbulo! ¡El patíbulo! ¡Es horrible! Ea, no más llanto, precisa obrar. ¡Mas no podré! ¡No, no podré! ¡Señor, tened piedad de mí! Alguien viene. ¿Quién habla allí? Reconozco esa voz. Es la voz de la reina. ¡Ah! ¡Todo está perdido!

(Se oculta tras de un pilar. Entran LA REINA y SIMÓN RENARD.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA CUARTA

LA REINA, SIMÓN RENARD; JUANA, oculta

LA REINA

¡Ah! ¡Os sorprende mi cambio! ¡No os parezco yo misma! Pues bien, ¿qué me importa? Es así. ¡Ahora no quiero que muera!

SIMÓN RENARD

Vuestra Majestad, empero, decretó ayer que la ejecución tendría lugar hoy.

LA REINA

Como anteayer había decretado que la ejecución tendría lugar ayer. Como había decretado el domingo que la ejecución tendría lugar el lunes. Pues hoy decreto que la ejecución tenga lugar mañana.

SIMÓN RENARD

En efecto; desde el segundo domingo de adviento en que la Cámara estrellada pronunció la sentencia, volviendo ambos condenados á la Torre, precedidos del verdugo, con el hacha vuelta hacia su cara, hace

de esto tres semanas, Vuestra Majestad remite cada día la cosa al día siguiente.

LA REINA

Pues bien; ¿y vos no comprendéis lo que esto significa? ¿Habrá que decíroslo todo; será preciso que una mujer ponga ante vos su corazón al desnudo, porque es reina, la desdichada, y vos representáis aquí al príncipe de España, mi futuro esposo? Por Dios, vosotros los hombres ignoráis que el corazón de la mujer tiene su pudor como el cuerpo. Pues bien; sí, ya que queréis saberlo, ya que mostráis semblante de no comprender nada, sí, yo remito todos los días la ejecución de Fabiani al día siguiente, porque cada mañana, sabedlo, me faltan las fuerzas á la idea de que la campana de la Torre de Londres va á anunciar la muerte de ese hombre, porque me siento desfallecer á la idea de que se está afilando un hacha para ese hombre, porque me siento morir á la idea de que van á clavar un ataúd para ese hombre, porque soy mujer, porque soy débil, porque estoy loca, porque amo á ese hombre, ¡pardiez! ¿Os parece bastante? ¿Estáis satisfecho? ¿Habéis comprendido? ¡Oh! ¡Ya hallaré medio algún día de vengarme de vos por todo lo que me hacéis decir!

SIMÓN RENARD

Sería hora, empero, de acabar con Fabiani. Vais á casaros con mi real señor el príncipe de España, señora.

LA REINA

Si el príncipe de España no está contento, que lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

diga, y nos casaremos con otro. No nos faltarían pretendientes. El hijo del rey de los romanos, el príncipe del Piamonte, el infante de Portugal, el cardenal Pablo, el rey de Dinamarca y lord Courtenay, son tan perfectos caballeros como él.

SIMÓN RENARD

¡Lord Courtenay! ¡Lord Courtenay!

LA REINA

Un barón inglés, vale un príncipe español. Por otra parte, lord Courtenay desciende de los emperadores de Oriente. Y después ¡enojaos si queréis!

SIMÓN RENARD

Fabiani se ha hecho odiar de todo aquel que tenga corazón en Londres.

LA REINA

Excepto de mí.

SIMÓN RENARD

Los artesanos participan de la opinión de los nobles respecto á ese hombre. Si hoy mismo no es ejecutado, como ha prometido Vuestra Majestad...

LA REINA

Seguid...

SIMÓN RENARD

Se amotinarán los vasallos.

LA REINA

Tengo mis lansquenetes.

SIMÓN RENARD

Conspirarán los nobles.

LA REINA

Tengo el verdugo.

SIMÓN RENARD

Vuestra Majestad juró sobre el libro de horas de su madre que no le perdonaría.

LA REINA

Ved aquí una firma en blanco que él me ha hecho entregar, y en la cual yo juro por mi imperial corona que le perdonaré. La corona de mi padre bien vale el libro de horas de mi madre. Un juramento destruye el otro. Por otra parte, ¿quién os dice que le perdonaré?

SIMÓN RENARD

¡Os ha engañado audazmente, señora!

LA REINA

¿Qué me importa? Todos los hombres hacen lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismo. No quiero que muera. Mirad, milord... digo, señor bailío; ¡Dios mío! ¡De tal modo me perturbáis, que ya no sé á quién hablo! Mirad, sé todo lo que me vais á decir. Que es un vil, un cobarde, un miserable. Lo sé como vos, y me da vergüenza. Pero le amo. ¿Qué queréis que haga? Tal vez querría menos á un hombre honrado. Además, ¿qué sois vosotros, todos los que le odiáis? ¿Valéis más que él? Vos me diréis que es un favorito, y que la nación inglesa no quiere favoritos. ¿Creéis que ignoro que queréis derribarlo para poner en su lugar al conde de Kildare, ese fatuo, ese irlandés? ¡Que hace cortar veinte cabezas al día! ¿Y á vos, qué os importa? Y no me habléis del príncipe de España. ¡Bien os burláis de él! No me habléis del descontento del señor de Noailles, embajador de Francia. El señor de Noailles es un tonto, y se lo diré en su cara. Además, yo soy mujer, quiero y no quiero, no soy hecha de una pieza. La vida de ese hombre es necesaria á mi vida. No toméis ese aspecto de candor virginal y de buena fe, os lo suplico. Conozco todas vuestras intrigas. Entre nosotros, vos sabéis tanto como yo, que no ha cometido el crimen por el que ha sido condenado. Convenido. No quiero que Fabiani muera. ¿Soy ó no soy la reina? Ea, señor bailío, hablemos de otra cosa, si os parece.

SIMÓN RENARD

Yo me retiro, señora. Toda vuestra nobleza ha hablado por mi voz.

LA REINA

¿Qué me importa la nobleza?

SIMÓN RENARD, aparte

Probemos el pueblo.

(Sale con una profunda reverencia)

LA REINA, sola

Se ha marchado de un modo singular. Ese hombre es capaz de promover alguna sedición. Precisa que vaya en seguida á la Casa municipal. ¡Hola! ¡Venga alguno!

(Aparecen maese ENEAS y JOSHUA)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA QUINTA

Los mismos, menos SIMÓN RENARD; MAESE ENEAS, y JOSHUA

LA REINA

¿Sois vos, maese Eneas? Es necesario que ese hombre y vos os encarguéis de hacer evadir inmediatamente al conde de Clanbrassil.

MAESE ENEAS

Señora...

LA REINA

Ea, ya no me fío de vos; ahora recuerdo que sois enemigo suyo. ¡Dios mío! Sólo estoy rodeada de enemigos de ese hombre á quien amo. Apuesto á que este llavero, á quien no conozco, también le odia.

JOSHUA

Es cierto, señora.

LA REINA

¡D ios mío! ¡Dios mío! Más rey es ese Simón Renard que yo reina. ¡Qué! ¿No hay nadie aquí de quien pueda fiarme? ¿Nadie á quien conceder plenos poderes para hacer evadir á Fabiani?

JUANA, saliendo de detrás del pilar

Sí, señora, ¡yo!

JOSHUA, aparte

¡Juana!

LA REINA

¡Tú! ¿Quién, tú? ¿Sois vos, Juana Talbot? ¿Cómo estáis aquí? ¡Ah! Lo mismo da, el caso es que estáis y venís á salvar á Fabiani. Gracias. Yo debería odiaros, Juana, debería estar celosa de vos, tengo mil razones para ello. Pero, no, os quiero porque le queréis. Ante el cadalso, no más celos, nada más que amor. Vos sois como yo, le perdonáis, bien lo veo. Los hombres no comprenden esto. Lady Juana, ayudémonos. Las dos somos muy desdichadas, ¿verdad? Hay que hacer evadir á Fabiani. Sólo tengo á vos, y de vos he de valerme. Al menos estoy segura de que pondréis en ello vuestro corazón. Hacedlo. Señores, obedeceréis entrambos á lady Juana en todo lo que os prescriba, y me respondéis con vuestras cabezas de la ejecución de sus órdenes. ¡Un beso, niña!

JUANA

El Támesis baña el pie de la Torre por este lado. Por allí he observado una salida secreta. Una barca en esa salida, y la evasión podría hacerse por el Támesis; sería lo más seguro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAESE ENEAS

Imposible llevar una barca allí antes de una hora.

JUANA

Largo es.

MAESE ENEAS

Pasa en seguida. Además, dentro una hora habrá cerrado la noche. Esto será mejor, si Su Majestad quiere que la evasión sea secreta.

LA REINA

Tal vez tengáis razón. Pues bien, sea dentro de una hora. Yo os dejo, lady Juana. Tengo que ir al Palacio de la ciudad. ¡Salvad á Fabiani!

JUANA

¡Marchad tranquila, señora!

(La Reina sale. Juana la sigue con los ojos.)

JOSHUA, en el proscenio

Gilberto tenía razón, ¡no piensa más que en Fabiani!

ESCENA SEXTA

Los mismos, menos la REINA

JUANA, á maese Eneas

Ya habéis oido la voluntad de la reina. Una barca al pie de la Torre, las llaves de los pasillos secretos, un sombrero y una capa.

MAESE ENEAS

Imposible tener todo esto antes de la noche. Dentro una hora, milady.

JUANA

Está bien. Salid. Dejadme con este hombre.

(Maese Eneas sale. Juana le sigue con los ojos.)

JOSHUA, aparte, en el proscenio

¡Este hombre! ¡Cosa más simple! Quien ha olvidado á Gilberto ya no reconoce á Joshua.

(Se dirige al calabozo de Fabiani y se dispone á abrirlo)

JUANA

¿Qué hacéis?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JOSHUA

Me adelanto á los deseos de milady. Abro esta puerta.

JUANA

¿Qué puerta es ésta?

JOSHUA

La puerta del calabozo de milord Fabiani.

JUANA

¿Y ésta?

JOSHUA

La del calabozo de otro.

JUANA

Y ese otro, ¿quién es?

JOSHUA

Otro condenado á muerte, cierta persona á quien vos no conocéis, un obrero llamado Gilberto.

JUANA

¡Abrid esta puerta!

JOSHUA, después de abrir

¡Gilberto!

ESCENA SÉPTIMA

JUANA, GILBERTO y JOSHUA

GILBERTO, desde el interior del calabozo

¿Quién me llama?

(Aparece en el umbral, ve á JUANA y se apoya vacilante en la pared.)

¡Juana! ¡Lady Juana Talbot!

JUANA, de hinojos, sin levantar los ojos hasta él

Gilberto, vengo á salvaros.

GILBERTO

¡A salvarme!

JUANA

Escuchad. Compadecedme, no me anonadéis. Sé todo lo que vais á decirme. Es justo, mas no me lo digáis. Necesito salvaros. Todo está dispuesto. La evasión es segura. Dejad que os salve yo como si fuera otra persona. No os pido nada más. No me reconozcáis después. No sabréis más de mí. No me perdonéis, pero dejad que os salve. ¿Queréis?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

JOSHUA

Me adelanto á los deseos de milady. Abro esta puerta.

JUANA

¿Qué puerta es ésta?

JOSHUA

La puerta del calabozo de milord Fabiani.

JUANA

¿Y ésta?

JOSHUA

La del calabozo de otro.

JUANA

Y ese otro, ¿quién es?

JOSHUA

Otro condenado á muerte, cierta persona á quien vos no conocéis, un obrero llamado Gilberto.

JUANA

¡Abrid esta puerta!

JOSHUA, después de abrir

¡Gilberto!

ESCENA SÉPTIMA

JUANA, GILBERTO y JOSHUA

GILBERTO, desde el interior del calabozo

¿Quién me llama?

(Aparece en el umbral, ve á JUANA y se apoya vacilante en la pared.)

¡Juana! ¡Lady Juana Talbot!

JUANA, de hinojos, sin levantar los ojos hasta él

Gilberto, vengo á salvaros.

GILBERTO

¡A salvarme!

JUANA

Escuchad. Compadecedme, no me anonadéis. Sé todo lo que vais á decirme. Es justo, mas no me lo digáis. Necesito salvaros. Todo está dispuesto. La evasión es segura. Dejad que os salve yo como si fuera otra persona. No os pido nada más. No me reconozcáis después. No sabréis más de mí. No me perdonéis, pero dejad que os salve. ¿Queréis?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UANL
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

GILBERTO

Gracias; es inútil. ¿A qué salvar mi vida, lady Juana, si ya no me amáis?

JUANA, con alegría

¡Oh! Gilberto, ¿es esto lo que me pedís? Gilberto, ¿y os dignáis ocuparos aun de lo que pasa en el corazón de la pobre niña? Gilberto, ¿es posible que el amor que yo pueda sentir por otro os interese todavía y os parezca valga la pena de enteraros? ¡Ah! Yo creía que todo eso os era indiferente, y que me despreciabais demasiado para preocuparos de lo que yo hiciera de mi corazón. Gilberto, ¡si supierais qué efecto me producen las palabras que acabáis de pronunciar! ¡Son como un inesperado rayo de sol, en la obscuridad de mi noche! ¡Oh! Siendo así, escuchadme. Si me atreviera á acercarme á vos; si osara tocar vuestra ropa; si osara tomar vuestra mano entre las mías; si osara levantar los ojos hasta vos y hasta el cielo, como antes, ¿sabéis lo que os diría, prosternada de hinojos, llorando á vuestros pies, con sollozos en la garganta y el gozo de los ángeles en el corazón? Yo os diría: ¡Gilberto, te amo!

GILBERTO, asiéndola entre sus brazos con arrebato

¡Tú me amas!

JUANA

¡Sí, te amo!

GILBERTO

¡Tú me amas! ¡Dios mío, me ama! ¿Será verdad, es ella quien lo dice, es su boca la que ha hablado, Dios del cielo?

JUANA

¡Gilberto mío!

GILBERTO

¿Dices que lo has preparado todo para mi evasión? ¡Pronto! ¡Pronto! ¡La vida! ¡Quiero la vida! ¡Juana me ama! Esta bóveda se apoya en mi cabeza y la aplasta. Necesito aire. ¡Aquí me ahogo! ¡Huyamos pronto! ¡Vámonos, Juana! ¡Quiero vivir! ¡Soy amado!

JUANA

Aun no. Se necesita una barca. Hay que esperar la noche. Pero tranquilízate, estarás en salvo. Antes de una hora nos hallaremos fuera; la reina está en la Casa municipal y no volverá tan pronto. Aquí soy ahora la dueña. Ya te lo explicaré todo.

GILBERTO

¡Qué larga de esperar es una hora! ¡Oh! ¡Cuánto me tarda recobrar la vida y la felicidad! ¡Juana, Juana, tú estás aquí! ¡Yo viviré! ¡Tú me amas! ¡Yo vuelvo del infierno! Tenme, porque cometería alguna locura. Reiría y cantaría. ¿De veras me amas?

JUANA

¡Sí, te amo! ¡Sí, te amo! Y mira, Gilberto, créeme, te digo la verdad como si estuviera en trance de muerte, ¡nunca he amado á nadie más que á ti! Hasta en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mi falta, hasta en el fondo de mi crimen, ¡te amaba! ¡Apenas hube caído en brazos del demonio que me perdió, lloré á mi ángel!

GILBERTO

¡Queda olvidado! ¡Perdonado! No me hables más de eso, Juana. ¡Oh! ¿Qué me importa el pasado? ¿Quién resistiría á tu voz? ¿Quién obraría diversamente de mí? ¡Ah! Sí. Todo te lo perdono, mi amada niña. El fondo del amor es la indulgencia, el perdón. Juana, los celos y la desesperación han quemado las lágrimas en mis ojos; pero te perdono, te doy las gracias; tú eres para mí la única cosa resplandeciente de este mundo; ¡á cada palabra que pronuncias, siento que muere un dolor y que nace una alegría en mi alma! Juana, levantad la cabeza, erguíos y miradme. Yo os digo que sois mi hija.

JUANA

¡Siempre generoso! ¡Siempre, mi amado Gilberto!

GILBERTO

¡Oh! ¡Yo quisiera estar fuera, en fuga, muy lejos, libre contigo! ¡Oh! ¡Y esta noche que no llega! ¡Aun no ha venido la barca! Juana, dejaremos Londres en seguida, esta misma noche. Dejaremos Inglaterra. Iremos á Venecia. Los obreros de mi oficio ganan mucho dinero allí. Tú estarás conmigo... ¡Oh, Dios mío! ¡Soy un insensato! ¡Olvidaba el nombre que llevas! ¡Es demasiado hermoso, Juana!

JUANA

¿Qué quieres decir?

GILBERTO

¡Hija de lord Talbot!

JUANA

Yo sé uno más hermoso.

GILBERTO

¿Cuál?

JUANA

Esposa del obrero Gilberto.

GILBERTO

¡Juana!...

JUANA

¡Oh! ¡No, no! No creas que te pida esto. ¡Oh! Bien sé que soy indigna de ello. No levantaría tan alto los ojos. No abusaría hasta ese punto de tu perdón. El pobre cincelador Gilberto no contraerá un enlace desigual con la condesa de Waterford. Yo, yo te seguiré, te amaré, no me separaré de ti jamás. Me tenderé de día á tus pies, de noche á tu puerta. Miraré como trabajas, te ayudaré, te daré lo que necesites. Seré para ti algo menos que una hermana y algo más que un perro. Y si tú te casas, Gilberto,—pues, Dios mediante, acabarás por encontrar una mujer pura y sin tacha y digna de ti,—pues bien, si te casas, y si tu mujer es buena, y si ella quiere, yo seré la criada de tu mujer. Si no quiere verme, me iré, iré á morirme

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

donde pueda. Sólo te seguiré en ese caso. Si no te casas, me quedaré contigo, seré buena y viviré resignada, ya verás; y si alguien piensa mal al verme contigo, que piense lo que quiera. De nada tengo que avergonzarme ya contigo, ¡soy una pobre niña!

GILBERTO, cayendo á sus pies

¡Tú eres un ángel! ¡Tú eres mi esposa!

JUANA

¡Tu esposa! ¡Tú perdonas, como Dios, purificando! ¡Ah! ¡Bendito seas, Gilberto, que así coronas mi frente!

(GILBERTO se levanta y la estrecha entre sus brazos. Mientras permanecen abrazados, JOSHUA se acerca y toma la mano de JUANA.)

JOSHUA

Soy Joshua, lady Juana.

GILBERTO

¡Buen Joshua!

JOSHUA

Hace un momento no me habéis reconocido.

JUANA

¡Ah! Es que debía empezar por él.

(JOSHUA le besa las manos.)

GILBERTO, estrechándola entre sus brazos

¡Qué felicidad! Pero ¿será cierta esta felicidad?

(Por instantes se oye fuera un rumor lejano, gritos confusos, un tumulto. Va obscureciendo.)

JOSHUA

¿Qué rumor es ese?

(Va á la ventana que da á la calle.)

JUANA

¡Ah! ¡Dios mío! ¡Mientras no ocurra alguna contrariedad!

JOSHUA

Se ve una enorme muchedumbre. Llevan azadones, picas y antorchas. Los pensionarios de la reina á caballo y en orden de batalla. ¡Cómo gritan! ¡Ah! ¡Diablo! Parece un motín popular.

JUANA

¡Mientras no vaya contra Gilberto!

GRITOS LEJANOS

¡Fabiani! ¡Muera Fabiani!

JUANA

¿Oís?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JOSHUA

Sí.

JUANA

¿Qué dicen?

JOSHUA

No lo distingo.

JUANA

¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío!

(Entran presurosamente por la puerta disimulada MAESE ENEAS y un batelero.)



ESCENA OCTAVA

Los mismos; MAESE ENEAS, UN BATELERO

MAESE ENEAS

¡Milord Fabiani! ¡Milord! ¡No hay que perder un instante! Se ha sabido que la reina quería salvar vuestra vida, y se ha promovido un motín popular en Londres contra vos. Dentro de un cuarto de hora seréis despedazado. ¡Milord, salvaos! Tomad, una capa y un sombrero. Estas són las llaves. Os acompaña este batelero. No olvidéis que me lo debéis todo á mí. Milord, apresuraos.

(En voz baja al batelero.)

No te des prisa.

JUANA, cubre presurosamente á GILBERTO con la capa y el sombrero. Bajo á JOSHUA

¡Cielos! Mientras ese hombre no reconozca...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAESE ENEAS, mirando á GILBERTO á la cara

¡Qué es eso! ¡Este no es lord Clanbrassil! ¡Vos no ejecutáis las órdenes de la reina, milady! ¡Hacéis evadir á otro!

JUANA

¡Todo se ha perdido! ¡Debía haberlo previsto! ¡Ah, Dios mío! Sí, es verdad, tened compasión...

MAESE ENEAS, bajo á JUANA

¡Silencio! ¡Haced lo que os plazca! No he dicho nada, no he visto nada.

(Se retira al fondo con ademán de indiferencia.)

JUANA

¿Qué dice? ¡Ah! ¡La Providencia entonces está por nosotros! ¡Todo el mundo quiere salvar á Gilberto!

JOSHUA

No, lady Juana. Todo el mundo quiere perder á Fabiani.

(Durante esta escena, por fuera aumenta la gritería.)

JUANA

¡Apresurémonos, Gilberto! ¡Corramos!

JOSHUA

Dejadle partir solo.

JUANA

¡Dejarle!

JOSHUA

Por un instante. No conviene que vaya ninguna mujer en la barca, si queréis que llegue á puerto. El día está aun demasiado claro. Vais vestida de blanco. Pasado el peligro, volveréis á encontraros. Venid conmigo por aquí. Él por allí.

JUANA

Joshua tiene razón. ¿Dónde te encontraré, Gilberto mío?

GILBERTO

Bajo el primer arco del puente de Londres.

JUANA

Bien. Vete en seguida. El griterío aumenta. ¡Ya quisiera verte lejos!

JOSHUA

Tomad las llaves. Hay que abrir y cerrar doce puertas de aquí al borde del agua. Necesitáis un cuarto de hora largo.

JUANA

¡Un cuarto de hora! ¡Doce puertas! ¡Es horrible!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GILBERTO, abrazándola

Adiós, Juana. Pocos instantes más de separación, y nos reuniremos para toda la vida.

JUANA

¡Para la eternidad! (Al batelero.)
Buen hombre, os lo recomiendo.

MAESE ENEAS, bajo al batelero

Por si pudiera ocurrir algún accidente, no te apresures.

(GILBERTO sale con el batelero.)

JOSHUA

¡Ya está en salvo! ¡Ahora á nosotros! Hay que cerrar el calabozo.

(Cierra el calabozo de GILBERTO.)

Ya está. ¡Venid pronto por aquí!

(Sale con JUANA por la otra puerta disimulada.)

MAESE ENEAS, solo

¡Fabiani cayó en la trampa! ¡Vaya una mujercita astuta que maese Simón Renard hubiera pagado á buen precio! Pero ¿cómo lo tomará la reina? ¡Mientras no recaiga todo sobre mí!

En tran á grandes pasos por la galería SIMÓN RENARD y LA REINA. El tumulto exterior ha seguido aumentando siempre. La noche ha cerrado casi completamente. Gritos de muerte, antorchas, hachones, ruido del oleaje de la multitud. Choque de armas, tiros, patear de caballos. Varios nobles, con la daga en puño, acompañan á la reina. Entre ellos el heraldo de Inglaterra, Clarence, llevando la bandera real, y el heraldo de la Orden de la Jarretera, Jarretier, llevando la bandera de la Orden.)

ESCENA NOVENA

LA REINA, SIMÓN RENARD, MAESE ENEAS, LORD CLINTON, los dos heraldos, señores, pajes, etc.

LA REINA, bajo, á MAESE ENEAS

¿Se ha evadido Fabiani?

MAESE ENEAS

Aun no.

LA REINA

¡Aun no!

(Le mira fijamente con ademán terrible.)

MAESE ENEAS, aparte

¡Diablo!

GRITOS DEL PUEBLO, fuera

¡Muera Fabiani!

SIMÓN RENARD

Es preciso que Vuestra Majestad se decida inme-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GILBERTO, abrazándola

Adiós, Juana. Pocos instantes más de separación, y nos reuniremos para toda la vida.

JUANA

¡Para la eternidad! (Al batelero.)
Buen hombre, os lo recomiendo.

MAESE ENEAS, bajo al batelero

Por si pudiera ocurrir algún accidente, no te apresures.

(GILBERTO sale con el batelero.)

JOSHUA

¡Ya está en salvo! ¡Ahora á nosotros! Hay que cerrar el calabozo.

(Cierra el calabozo de GILBERTO.)

Ya está. ¡Venid pronto por aquí!

(Sale con JUANA por la otra puerta disimulada.)

MAESE ENEAS, solo

¡Fabiani cayó en la trampa! ¡Vaya una mujercita astuta que maese Simón Renard hubiera pagado á buen precio! Pero ¿cómo lo tomará la reina? ¡Mientras no recaiga todo sobre mí!

En tran á grandes pasos por la galería SIMÓN RENARD y LA REINA. El tumulto exterior ha seguido aumentando siempre. La noche ha cerrado casi completamente. Gritos de muerte, antorchas, hachones, ruido del oleaje de la multitud. Choque de armas, tiros, patear de caballos. Varios nobles, con la daga en puño, acompañan á la reina. Entre ellos el heraldo de Inglaterra, Clarence, llevando la bandera real, y el heraldo de la Orden de la Jarretera, Jarretier, llevando la bandera de la Orden.)

ESCENA NOVENA

LA REINA, SIMÓN RENARD, MAESE ENEAS, LORD CLINTON, los dos heraldos, señores, pajes, etc.

LA REINA, bajo, á MAESE ENEAS

¿Se ha evadido Fabiani?

MAESE ENEAS

Aun no.

LA REINA

¡Aun no!

(Le mira fijamente con ademán terrible.)

MAESE ENEAS, aparte

¡Diablo!

GRITOS DEL PUEBLO, fuera

¡Muera Fabiani!

SIMÓN RENARD

Es preciso que Vuestra Majestad se decida inme-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diatamente, señora. El pueblo quiere la muerte de ese hombre. Londres arde. La Torre es asaltada. El motín es formidable. Los nobles de facción han sido despedazados en el puente de Londres. Los pensionarios de Vuestra Majestad aguantan todavía; pero Vuestra Majestad no ha dejado de verse perseguida de calle en calle, desde la Casa municipal hasta la Torre. Los partidarios de madama Isabel se mezclan con el pueblo. Se comprende que fomentan la malignidad del motín. Todo eso es muy sombrío. ¿Qué manda Vuestra Majestad?

GRITOS DEL PUEBLO

¡Fabiani! ¡Muera Fabiani!

(Cada vez óyense más fuertes y más cerca.)

LA REINA

¡Muera Fabiani! Milores, ¿oís á ese pueblo que aúlla? Hay que arrojarle un hombre. El populacho quiere comer.

SIMÓN RENARD

¿Qué manda Vuestra Majestad?

LA REINA

¡Por Dios, milores, que estáis temblando todos ante mí, según parece! Por mi alma, ¿ha de ser una mujer la que os enseñe vuestro deber de caballeros? ¡A caballo, milores, á caballo! ¿Acaso os intimida la canalla? ¿Acaso las espadas temen á los palos?

SIMÓN RENARD

No dejéis que las cosas vayan más lejos. Ceded, señora, mientras estáis á tiempo. Todavía podéis decir la canalla; dentro de una hora os veréis obligada á decir el pueblo.

(Los gritos aumentan, el rumor se aproxima.)

LA REINA

¡Dentro una hora!

SIMÓN RENARD, yendo á la galería y volviendo

Dentro un cuarto de hora, señora. El primer recinto de la Torre está forzado. Un paso más y el pueblo estará aquí.

EL PUEBLO

¡A la Torre! ¡A la Torre! ¡Fabiani! ¡Muera Fabiani!

LA REINA

¡Bien dicen que el pueblo es una cosa horrible! ¡Fabiano!

SIMÓN RENARD

¿Queréis que lo despedacen ante vuestros ojos dentro un instante?

LA REINA

¿Sabéis que es una infamia que ninguno de vos-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otros se mueva, señores? ¡En nombre del cielo, defendedme!

LORD CLINTON

A vos sí, señora; á Fabiani, no.

LA REINA

¡Ah, cielos! Pues bien, sí. Lo proclamo muy alto, y salga lo que saliere, ¡Fabiano es inocente! Fabiano no ha cometido el crimen por que ha sido condenado. Soy yo, y éste, y el cincelador Gilberto los que lo hemos hecho todo, inventado todo, supuesto todo. Pura comedia. ¿Osaréis desmentirme, señor bailío? Y ahora, señores, ¿le defenderéis? ¡Os he dicho que es inocente! ¡Por mi cabeza, por mi corona, por mi Dios, por el alma de mi madre, juro que es inocente del crimen! Esto es tan cierto, como cierto es que os encontráis aquí, lord Clinton. Defendedle. Exterminad á esos, como habéis exterminado á Tom Wyat, mi valiente Clinton, mi viejo amigo, ¡mi buen Roberto! Os juro que es falso que Fabiano haya querido asesinar á la reina.

LORD CLINTON

Hay otra reina á la que ha querido asesinar, Inglaterra.

(Continúan fuera los gritos.)

LA REINA

¡El balcón! ¡Abrid el balcón! ¡Quiero probar yo misma al pueblo que no es culpable!

SIMÓN RENARD

Probad al pueblo que no es italiano.

LA REINA

¡Cuando pienso que es un Simón Renard, una hechura del cardenal de Granvelle, quien osa hablarme así! Pues bien, ¡abrid esa puerta! ¡Abrid ese calabozo! Fabiano está allí. Quiero verle, quiero hablarle.

SIMÓN RENARD, bajo á la reina

¿Qué hacéis? Por interés suyo, es inútil enterar á todo el mundo en donde está.

EL PUEBLO

¡Muera Fabiani! ¡Viva Isabel!

SIMÓN RENARD

¿Oís? Gritan ya viva Isabel.

LA REINA

¡Dios mío! ¡Dios mío!

SIMÓN RENARD

Escoged, señora.

(Designa con la mano la puerta del calabozo.)

O esa cabeza al pueblo,

(Designa con la otra mano la corona que lleva puesta la reina)

ó esta corona á madama Isabel.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PUEBLO

¡Muera Fabiani! ¡Viva Isabel!

(Una pedrada rompe un vidrio al lado de la reina.)

SIMÓN RENARD

Vuestra Majestad se pierde sin salvarle. El segundo patio está forzado. ¿Qué quiere la reina?

LA REINA

¡Sois todos unos cobardes! ¡Y Clinton el primero! ¡Ah, Clinton, me acordaré de ello, amigo!

SIMÓN RENARD

¿Qué quiere la reina?

LA REINA

¡Verse abandonada de todos! ¡Haberlo confesado todo sin obtener nada! ¿De qué sirven, pues, esos nobles? ¡Pueblo infame! Quisiera aplastarlo bajo mis pies. ¡De modo que hay casos en que una reina no es más que una mujer! ¡Cara me la pagaréis, señores!

SIMÓN RENARD

¿Qué quiere la reina?

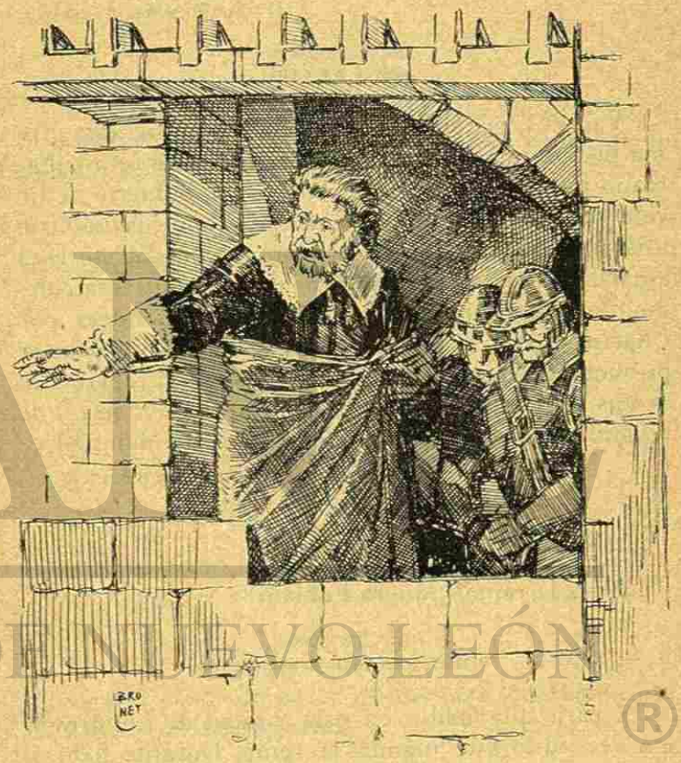
LA REINA, abrumada

Lo que gustéis. Haced lo que gustéis. ¡Sois un asesino! (Aparte.)
¡Oh, Fabiano!

SIMÓN RENARD

¡Clarence! ¡Jarretière! ¡A mí! Maese Eneas, abrid el gran balcón de la galería.

(Ábrese el balcón del fondo. SIMÓN RENARD se asoma á él, con CLARENCE á la derecha y JARRETIERE á la izquierda. Inmenso rumor fuera.)



EL PUEBLO

¡Fabiani! ¡Fabiani!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIMÓN RENARD, en el balcón de cara al pueblo

¡En nombre de la reina!

LOS HERALDOS

¡En nombre de la reina!

(Profundo silencio fuera.)

SIMÓN RENARD

Vasallos, la reina os hace saber que hoy, esta misma noche, una hora después del toque de retiro, Fabiano Fabiani, conde de Clanbrassil, cubierto de un velo negro de la cabeza á los pies, amordazado con una mordaza de hierro, con una antorcha de cera amarilla del peso de tres libras en la mano, será conducido con antorchas desde la Torre de Londres, por Charing-Cross, al Mercado Viejo de la City, para ser públicamente confesado y decapitado, en reparación de sus crímenes de alta traición al primer jefe y de regicidio sobre la imperial persona de Su Majestad.

(Fuera estalla un inmenso palmoteo.)

EL PUEBLO

¡Viva la reina! ¡Muera Fabiani!

SIMÓN RENARD, prosiguiendo

Y para que nadie en esta ciudad de Londres lo ignore, oid lo que manda la reina. Durante todo el trayecto que recorrerá el condenado desde la Torre de Londres al Mercado Viejo, tocará la campana mayor de la Torre. En el momento de la ejecución se dispararán tres cañonazos; el primero, cuando suba al cadalso; el segundo, cuando se tenderá sobre el paño negro; el tercero, cuando caiga su cabeza.

(Aplausos.)

EL PUEBLO

¡Luces! ¡Luces!

SIMÓN RENARD

Esta noche la Torre y la ciudad de Londres serán iluminadas con luminarias y antorchas en señal de alegría. He dicho.

(Aplausos.)

¡Dios guarde la antigua carta de Inglaterra!

LOS DOS HERALDOS

¡Dios guarde la antigua carta de Inglaterra!

EL PUEBLO

¡Muera Fabiani! ¡Viva María! ¡Viva la reina!

(Ciérrase el balcón y SIMÓN RENARD se aproxima á LA REINA.)

SIMÓN RENARD

Lo que acabo de hacer no me será perdonado jamás por la princesa Isabel.

LA REINA

Ni por la reina María. ¡Dejadme!

(Despide con un ademán á todos los presentes.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIMÓN RENARD, bajo, á MAESE ENEAS

Maese Eneas, vigilad la ejecución.

MAESE ENEAS

Descansad en mí.

(SIMÓN RENARD sale. Cuando está para salir MAESE ENEAS, la reina corre hacia él, le agarra por los brazos y le arrastra con violencia al proscenio.)

ESCENA DÉCIMA

LA REINA, MAESE ENEAS

GRITOS FUERA

¡Muera Fabiani! ¡Fabiani! ¡Fabiani!

LA REINA

¿Cuál de las dos cabezas crees que vale más en este momento, la de Fabiano ó la tuya?

MAESE ENEAS

Señora...

LA REINA

¡Eres un traidor!

MAESE ENEAS

Señora... (Aparte.)
¡Diablo!

LA REINA

No quiero explicaciones. Lo juro por mi madre; si muere Fabiano, morirás.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAESE ENEAS

Mas, señora...

LA REINA

Salva á Fabiano y te salvarás. No hay otro camino.

GRITOS

¡Muera Fabiani! ¡Fabiani!

MAESE ENEAS

¡Salvar á lord Clanbrassil! ¿No veis que el pueblo está ahí? ¿Con qué medio?...

LA REINA

Busca.

MAESE ENEAS

¿Cómo hacerlo, Dios mío?

LA REINA

Hazlo como para ti.

MAESE ENEAS

El pueblo seguirá en armas hasta después de la ejecución. Para apaciguarle, ha de decapitarse á alguien.

LA REINA

El que tú quieras.

MAESE ENEAS

¡El que yo quiera! Esperad, señora. La ejecución se hará de noche, á la luz de las antorchas; el condenado irá cubierto con un velo negro, amordazado; el pueblo permanecerá alejado del cadalso por los lanceros, como siempre. Sólo necesito una cabeza para hacerla caer. La cosa es posible. ¡Mientras el barquero esté todavía allí! Yo bien le he dicho que no se apresurara.

(Va á la ventana, desde donde se ve el Támesis.)

¡Allí está todavía! Llego apenas á tiempo.

(Se asoma á la lumbrera, con una antorcha en la mano, y después de agitar el pañuelo, se vuelve á LA REINA.)

Está bien. Os respondo de milord Fabiani, señora.

LA REINA

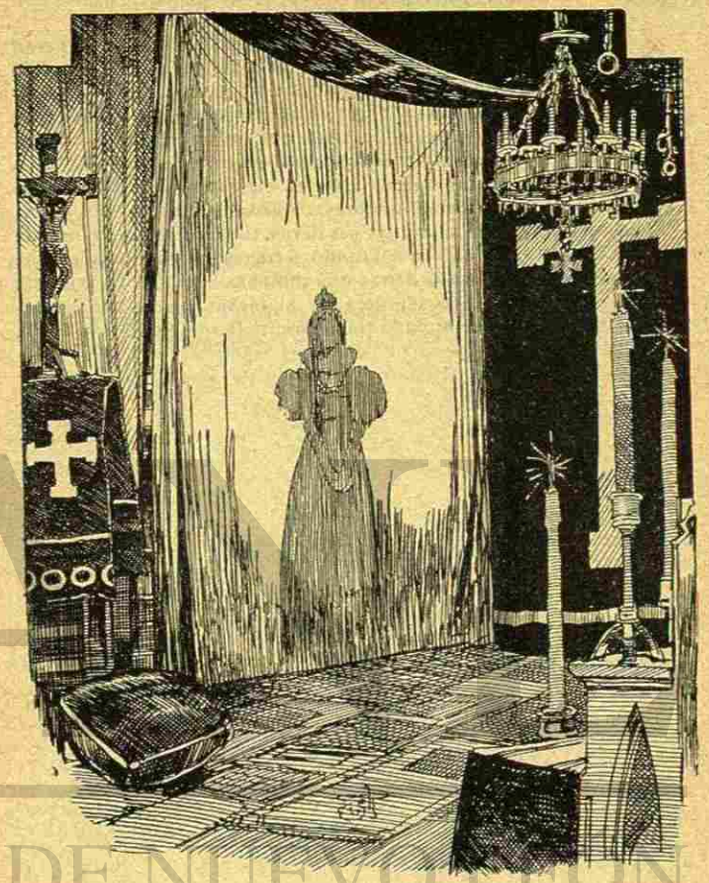
¿Con tu cabeza?

MAESE ENEAS

Con mi cabeza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SEGUNDA PARTE

Una especie de sala en la que terminan dos escaleras, una que sube y otra que baja. La entrada de cada una de dichas escaleras ocupa una parte del fondo de la escena. La que sube se pierde en las bambalinas; la que baja se pierde en el foso. No se distingue de dónde parten ambas escaleras ni á dónde conducen.

La sala está colgada de luto de un modo particular; la pared de la derecha, la de la izquierda y el techo de paño negro, cortado por una gran cruz blanca; el fondo, frente al espectador, de paño blanco con una gran cruz negra. Los paños negros y blancos se prolongan, hasta perderse de vista, por ambas escaleras. A derecha é izquierda, un altar tapizado de negro y blanco, decorado como para unos funerales. Grandes cirios. No hay sacerdotes. Algunas pocas lámparas fúnebres, colgadas en las bóvedas, alumbran débilmente la sala y las escaleras. Lo que aclara realmente la sala, es el paño blanco del fondo, á través del cual pasa una luz rojiza, como si hubiera detrás una inmensa hoguera. La sala está pavimentada con losas sepulcrales. Al levantarse el telón se dibuja en negro sobre el paño transparente la sombra inmóvil de la reina.

ESCENA PRIMERA

JUANA y JOSHUA

(Entran con precaución, levantando una de las cortinas negras por entre una puertecita practicada allí.)

JUANA

¿En dónde estamos, Joshua?

JOSHUA

En la gran meseta de la escalera por donde bajan los condenados que van al suplicio. Así se tapizó en tiempo de Enrique VIII.

JUANA

¿No hay medio de salir de la Torre?

JOSHUA

El pueblo guarda todas las salidas. Quiere estar seguro esta vez de su condenado. Nadie podrá salir antes de la ejecución.

JUANA

La proclamación hecha desde lo alto de aquel balcón resuena aun en mis oídos. ¿La habéis oído, mientras estábamos abajo? ¡Qué horrible es todo eso, Joshua!

JOSHUA

¡Ah! ¡No he visto pocas!

JUANA

¡Habrá podido evadirse Gilberto! ¿Le creéis en salvo, Joshua?

JOSHUA

¡En salvo! Estoy segurísimo.

JUANA

¿Estáis segurísimo, Joshua?

JOSHUA

La Torre no ha sido atacada por el lado del río. Y, además, cuando ha debido partir, el motín no había llegado á lo que fué después. ¡Y en verdad que el motín ha sido serio!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JUANA

¿Estáis seguro de que se halla en salvo?

JOSHUA

Y que os espera, á estas horas, en el primer arco del puente de Londres, en donde os reuniréis con él antes de media noche.

JUANA

¡Dios mío! ¡Qué impaciente estará él también!

(Divisando la sombra de LA REINA.)

¡Cielos! ¿Qué es esto, Joshua?

JOSHUA, bajo, tomándole la mano

¡Silencio! Es la leona que espía.

(Mientras JUANA considera la silueta, se oye una voz lejana, que parece venir de arriba, y que pronuncia distintamente estas palabras:)

LA VOZ

El que viene detrás de mí, cubierto con este negro velo, es el muy alto y poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clanbrassil, barón de Dinasmonddy, barón de Devonshire, el cual va á ser decapitado en el Mercado de Londres por crimen de regicidio y de alta traición. ¡Dios tenga misericordia de su alma!

OTRA VOZ

¡Rogad por él!

JUANA, temblorosa

¡Joshua! ¿Habéis oído?

JOSHUA

Sí. Son cosas que oigo todos los días.

(En lo alto de la escalera aparece un cortejo fúnebre, que va desenvolviéndose por los peldaños á medida que baja. Al frente, un hombre vestido de negro, llevando una bandera blanca con cruz negra. Luego maese ENEAS DULVERTON, con gran capa negra y su bastón blanco de condestable. Luego un grupo de alabarderos vestidos de encarnado. Luego el verdugo, con el hacha al hombro y el filo vuelto al que le sigue. Después un hombre completamente cubierto con un gran velo negro que arrastra sobre sus pies. Sólo se ve de ese hombre el brazo desnudo, que pasa por una abertura hecha en la mortaja, sosteniendo un cirio de cera amarilla encendido. Al lado de ese hombre, un sacerdote en traje del día de difuntos. Luego un grupo de alabarderos encarnados. Por fin, un hombre vestido de blanco, llevando una bandera negra con cruz blanca. A derecha é izquierda, dos filas de alabarderos llevando antorchas.)

JUANA

¿Veis, Joshua?

JOSHUA

Sí. Todos los días veo esas cosas.

(En el momento de entrar en escena el cortejo se detiene.)

MAESE ENEAS

El que va detrás de mí, cubierto con negro velo, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clanbrassil, barón de Dinasmonddy, barón de Darmouth en Devonshire, el cual va á ser decapitado en el Mercado de Londres por crimen de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

regicidio y alta traición. ¡Dios tenga misericordia de su alma!

LOS DOS PORTABANDERAS

¡Rogad por él!

(El cortejo atraviesa lentamente el fondo de la escena.)

JUANA

Es terrible lo que vemos, Joshua. Me hiela la sangre.

JOSHUA

¡Ese miserable Fabiani!

JUANA

¡Paz, Joshua! ¡Muy miserable, pero muy desgraciado!

(El cortejo llega á la otra escalera. SIMÓN RENARD, que desde hace pocos instantes ha aparecido en esta escalera observándolo todo, se aparta para dejarlo pasar. El cortejo se hunde bajo la bóveda de la escalera, por donde desaparece poco á poco. JUANA lo sigue con los ojos llena de terror.)

SIMÓN RENARD, después que ha desaparecido el cortejo

¿Qué significa esto? ¿Será realmente Fabiani? Me parecía menos alto. ¿Acaso maese Eneas?... Me parece que la reina se ha quedado con él á solas un instante. Veamos.

(Baja la escalera en seguimiento del cortejo.)

VOZ, que va alejándose

El que va detrás de mí, cubierto con negro velo, es el muy alto y muy poderoso señor Fabiano Fabiani, conde de Clanbrassil, barón de Dinasmonddy, barón de Darmouth en Devonshire, el cual va á ser decapitado en el Mercado de Londres por crimen de regicidio y alta traición. ¡Dios tenga misericordia de su alma!

OTRAS VOCES, casi indistintas

¡Rogad por él!

JOSHUA

La campana mayor va á anunciar en seguida su salida de la Torre. Ahora os será posible escaparos. Voy á ver el medio de lograrlo. Esperadme aquí; vuelvo luego.

JUANA

No me dejéis, Joshua. Voy á tener miedo aquí sola. ¡Dios mío!

JOSHUA

No podríais recorrer toda la Torre conmigo sin peligro. Precisa que os haga salir de la Torre. Pensad que Gilberto os espera.

JUANA

¡Gilberto! ¡Todo por Gilberto! Idos.

(JOSHUA sale.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Oh, qué espantoso espectáculo! ¡Cuando pienso que hubiera sido lo mismo para Gilberto!

(Se arrodilla en las gradas de uno de los altares.)

¡Oh, gracias! ¡Sí, vos sois el Dios salvador! ¡Vos habéis salvado á Gilberto!

(El paño del fondo se entreabre y aparece LA REINA. Esta avanza algunos pasos hacia el proscenio, sin ver á JUANA, que se vuelve.)

¡Dios santo! ¡La reina!



ESCENA SEGUNDA

JUANA y LA REINA

(JUANA se adosa aterrada contra el altar y clava en LA REINA una mirada de estupor y espanto.)

LA REINA

(Permanece algunos instantes en silencio junto al proscenio, con la mirada fija, pálida, como absorta en un sombrío pensamiento. Al fin exhala un gran suspiro.)

¡Oh, el pueblo!

(Pasea una mirada al rededor con inquietud y se fija en JUANA.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Oh, qué espantoso espectáculo! ¡Cuando pienso que hubiera sido lo mismo para Gilberto!

(Se arrodilla en las gradas de uno de los altares.)

¡Oh, gracias! ¡Sí, vos sois el Dios salvador! ¡Vos habéis salvado á Gilberto!

(El paño del fondo se entreabre y aparece LA REINA. Esta avanza algunos pasos hacia el proscenio, sin ver á JUANA, que se vuelve.)

¡Dios santo! ¡La reina!



ESCENA SEGUNDA

JUANA y LA REINA

(JUANA se adosa aterrada contra el altar y clava en LA REINA una mirada de estupor y espanto.)

LA REINA

(Permanece algunos instantes en silencio junto al proscenio, con la mirada fija, pálida, como absorta en un sombrío pensamiento. Al fin exhala un gran suspiro.)

¡Oh, el pueblo!

(Pasea una mirada al rededor con inquietud y se fija en JUANA.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Alguien ahí! ¡Eres tú, niña! ¡Sois vos, lady Juana! Os doy miedo. ¡Ea, no temáis! El conserje Eneas nos ha engañado, ¿sabéis? Mas nada temáis. Niña, ya te lo he dicho, nada tienes que temer de mí. Lo que hace un mes hubiera causado tu pérdida, hoy es tu salvación. Tú amas á Fabiano. Sólo tú y yo bajo el cielo tenemos hecho así el corazón; sólo tú y yo que le amamos. Somos hermanas.

JUANA

Señora...

LA REINA

Sí, tú y yo, dos mujeres, esto es lo que le queda á ese hombre. ¡Contra él todo el resto! ¡Toda una ciudad, todo un pueblo, todo un mundo! ¡Lucha desigual del amor contra el odio! El amor por Fabiano está triste, asustado, desolado; tiene tu pálida frente, tiene mis ojos arrasados en llanto, se oculta junto á un fúnebre altar, ora por tu boca, maldice por la mía. El odio contra Fabiani es iracundo, radiante, triunfante, está armado y es victorioso, tiene la corte, tiene el pueblo, tiene masas de hombres en la calle, masca á la vez gritos de muerte y gritos de alegría, es soberbio, es altanero y todopoderoso, alumbra toda una ciudad al rededor de un cadalso. El amor, helo aquí: dos mujeres enlutadas en una tumba. El odio, helo allí.

(Tira violentamente del paño blanco del fondo, que, separándose, deja ver un balcón, y más allá de ese balcón, hasta perderse de vista, en una noche obscura, toda la ciudad de Londres espléndidamente iluminada. Lo que se ve de la Torre de Londres está iluminado igualmente. JUANA fija sus sorprendidos ojos en aquel deslumbrador espectáculo, cuya reverberación ilumina la escena.)

¡Oh, ciudad infame! ¡Ciudad amotinada! ¡Ciudad maldita! ¡Ciudad monstruosa que baña su ropa de fiesta en sangre y que aguanta la antorcha al verdugo! ¿Verdad, Juana, que te da miedo? ¿No te parece, como á mí, que se mofa vilmente de nosotras, y que nos mira con sus cien mil llameantes pupilas; á nosotras, débiles y abandonadas mujeres, perdidas y solas en este sepulcro? Juana, ¿oyes como ríe y aúlla esa ciudad horrible? ¡Oh, Inglaterra! ¡Inglaterra á quien destruya Londres! ¡Cómo me gustaría cambiar esas antorchas en llamaradas, esas luces en hogueras, esa ciudad iluminada en una ciudad presa del incendio!

(Un inmenso rumor estalla fuera. Aplausos, gritos confusos: —¡Aquí está! ¡Aquí está Fabiani!—Se oye el toque de la campana mayor de la Torre de Londres. Al oir ese rumor, LA REINA se echa á reir con risa terrible.)

JUANA

¡Santo Dios! Ya sale el desdichado... ¿Os reís, señora?

LA REINA

Sí, me río.

(Se ríe.)

Sí. ¡Y tú también vas á reirte! Pero antes tengo que correr esta cortina. Siempre me parece que no estamos solas y que esa horrenda ciudad nos ve y nos oye.

(Corre la cortina blanca y vuelve al sitio donde está JUANA.)

Ahora que ya ha salido, ahora que ya no hay peligro, puedo decírtelo. Pero ríete, riámonos las dos de ese execrable pueblo sediento de sangre. ¡Oh! ¡Es magnífico! Juana, ¿tiemblas acaso por Fabiano? Tranquilízate y ríete conmigo, te repito. Juana, el hombre que se llevan; el hombre que va á morir; el hombre que toman por Fabiano, ¡no es Fabiano!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

JUANA

¿No es Fabiano?

LA REINA

No.

JUANA

¿Quién es entonces?

LA REINA

El otro.

JUANA

¿Y quién es el otro?

LA REINA

Bien lo sabes, puesto que le conoces; ese obrero, ese hombre... Mas ¿qué te importa?

JUANA, temblando de pies á cabeza

¿Gilberto?

LA REINA

Sí, Gilberto. Ese hombre.

JUANA

Señora. ¡Oh, no, señora! ¡Decid que esto no es así,

señora! ¡Gilberto! ¡Sería demasiado horrible! ¿No se ha evadido?

LA REINA

Efectivamente, se evadía cuando le han preso. Y le han puesto en lugar de Fabiano bajo el velo negro. Es una ejecución nocturna. El pueblo no lo verá. Tranquilízate.

JUANA, con un grito desgarrador

¡Ah, señora! ¡El hombre á quien amo es Gilberto!

LA REINA

¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Has perdido la razón? ¿Tú también me engañabas? ¡Ah! ¿Es ese Gilberto á quien amas? Pues bien, ¿qué me importa?

JUANA

(Abrumada, á los pies de La Reina, sollozando, arrastrándose de hinojos, con las manos juntas. La campana mayor sigue tañendo durante toda esta escena.)

¡Señora, por piedad! ¡Señora, en nombre del cielo! ¡Señora, por vuestra corona, por vuestra madre, por los ángeles! ¡Gilberto! ¡Gilberto! ¡Esto me enloquece! ¡Señora, salvad á Gilberto! Ese hombre es mi vida, ese hombre es mi esposo; ese hombre... ya os he dicho que lo ha hecho todo por mí, me ha criado, me ha adoptado, ha reemplazado junto á mi cuna á mi padre, que murió por vuestra madre. Señora, ya veis que no soy más que una pobre miserable y que no hay que ser severa conmigo. Lo que acabáis de decirme ha sido para mí un golpe tan terrible, que no sé

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como tengo fuerzas de hablaros. Digo lo que puedo, creedme. Pero es necesario que hagáis suspender la ejecución. Dejar la cosa para mañana. El tiempo de meditar, nada más. Ese pueblo bien podrá esperar á mañana. Entretanto, veremos lo que hay que hacer. No, no meneéis la cabeza. Vuestro Fabiano no corre ningún peligro. Me pondréis á mí en su lugar, bajo el velo negro. De noche ¿quién lo sabrá? ¡Pero salvad á Gilberto! ¿Qué os importa á vos que sea él ó yo? ¡Si deseo morir! ¡Oh, Dios mío! ¡Esa campana, esa horrible campana! Cada golpe de esa campana es un paso hacia el cadalso. Cada golpe de esa campana repercute en mi corazón. Hacedlo, señora. ¡Compasión! No hay peligro para vuestro Fabiano. Dejad que bese vuestras manos. Yo os amo, señora. No os lo he dicho todavía, pero os amo con todo mi corazón. Sois una gran reina. Ved como beso vuestras manos. ¡Oh! ¡Una orden para suspender la ejecución! Aun estáis á tiempo. Os aseguro que es posible. Andan muy lentamente. De la Torre al Mercado hay mucha distancia. El hombre del balcón ha dicho que pasarían por Charing-Cross. Hay un camino más corto. Un hombre á caballo llegaría aun á tiempo. ¡En nombre del cielo, señora, tened compasión! Poneos en mi lugar; suponed que soy la reina y vos la pobre muchacha; lloraríais como yo, y yo os concedería la gracia. ¡Concededme vuestra gracia, señora! ¡Oh! Esto es lo que temía, que las lágrimas me impidiesen hablar. ¡Oh! En seguida. Que suspendan la ejecución. En esto no hay inconveniente, señora. No hay peligro alguno para Fabiano, os lo juro. ¿Es que verdaderamente no halláis razón para hacer lo que os pido, señora?

LA REINA, enternecida, levantándola

Bien quisiera, desdichada. ¡Ah! Tú lloras, sí, como

yo lloraría; lo que tú sientes acabo de sentirlo; mis angustias me hacen compadecer las tuyas. Mira, ya ves que yo también lloro. ¡Cuán desdichada eres, pobre niña! Sin duda que hubieran podido tomar á otro, á Tyrconnel, por ejemplo; pero es demasiado conocido; se necesitaba un nombre obscuro. No había otro bajo mano. Te explico esto para que lo comprendas. ¡Oh, Dios mío! Hay cosas fatales. Uno se encuentra preso en el lazo. Y no hay remedio.

JUANA

Sí, os escucho, señora. Yo también tendría muchas cosas que deciros. Pero yo quisiera que estuviese ya firmada la orden de suspensión y el hombre en camino. Será cosa hecha, ¿comprendéis? Luego hablaremos con más calma. ¡Oh, esa campana! ¡Siempre esa campana!

LA REINA

Lo que deseas es imposible, lady Juana.

JUANA

Sí, es posible. Un hombre á caballo. Hay un camino muy corto. Por el muelle. Iré yo misma. Es posible. Es fácil. Ya veis que hablo con dulzura.

LA REINA

Pero el pueblo no querría. Y vendría á la Torre, pasándolo todo á cuchillo. Y Fabiano está aun. ¿Me comprendes ahora? ¡Tiemblas, pobre niña! Yo soy como tú, tiemblo también. Ponte á tu vez en mi lugar. En fin, yo podría muy bien dejar de explicarte todo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esto. Ya ves que hago lo que puedo. ¡No pienses más en ese Gilberto, Juana! Todo ha terminado. ¡Resígnate!

JUANA

¡Terminado! ¡No, no ha terminado aun! ¡No! ¡Mientras esa horrible campana toque, no habrá terminado! ¡Resignarme á la muerte de Gilberto! ¿Creéis que dejaré morir así á Gilberto? No, señora. ¡Ah! ¡Pierdo el tiempo! ¡No me escucháis! Pues bien, si la reina no me escucha, el pueblo me escuchará. ¡Ah! ¡Todavía hay almas buenas allí! El pueblo está todavía en este patio. Después haréis de mí lo que queráis. Pero voy á decirle que le engañan, y que es Gilberto, un obrero como ellos, y no Fabiani.

LA REINA

¡Detente, miserable niña!

(La agarra del brazo y la mira fijamente con ademán formidable.)

¡Ah! ¡Tú lo tomas así! ¡Ah! ¡Soy buena y dulce y lloro contigo, y te me pones loca furiosa! Mi amor es tan grande como el tuyo y mi mano más fuerte que la tuya. Tú no te moverás de aquí. ¡Ah, es tu amante! ¿Y qué me importa de tu amante? ¡Pues no faltaba más que todas las muchachas de Inglaterra se creyeran ahora con derecho á pedirme cuentas de sus amantes! ¡Pardiez! Yo salvo al mío como puedo y á expensas de lo que encuentro. ¡Vigilad por los vuestros!

JUANA

¡Dejadme! ¡Oh! ¡Yo os maldigo, mala mujer!

LA REINA

¡Silencio!

JUANA

¡No, no callaré! ¿Queréis que os diga una idea que se me ocurre? No creo que el que va á morir sea Gilberto.

LA REINA

¿Qué dices?

JUANA

No sé; mas le he visto pasar bajo aquel velo negro, y me parece que si hubiese sido Gilberto, algo se hubiera removido en mí, algo se habría revuelto, algo se habría sublevado en mi corazón, gritándome: ¡Es Gilberto! ¡Gilberto! Mas como nada he sentido, ¡no es Gilberto!

LA REINA

¿Qué dices? ¡Ah, Dios mío! Tú eres una insensata; lo que dices es una locura, ¡y, sin embargo, me espanta! ¡Ah! Has logrado remover una de las más secretas inquietudes de mi corazón. ¿Por qué ese motín ha venido á impedir que lo vigilara todo por mí misma? ¿Por qué he encargado á otros la salvación de Fabiano? Eneas Dulverton es un traidor. Simón Renard tal vez estaba allí. ¡Mientras no me hayan engañado otra vez los enemigos de Fabiano! ¿Y si fuera realmente Fabiano? ¡Hola! ¡Pronto! ¡Venga alguno!

(Aparecen dos carceleros. Al primero.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Id corriendo. Este es mi anillo real. Decid que suspendan la ejecución. ¡Al Mercado Viejo! ¡Al Mercado Viejo! ¿Decías, Juana, que hay un camino más corto?

JUANA

Por el muelle.

LA REINA, al carcelero

Por el muelle. Un caballo. ¡Corriendo!

(El carcelero sale. Al segundo carcelero.)

Vos id inmediatamente á la torrecilla de Eduardo el Confesor. Hay allí los dos calabozos de los condenados á muerte. En uno de esos calabozos hay un hombre. Traedlo aquí inmediatamente.

(El carcelero sale.)

¡Ah, tiemblo! Mis pies vacilan; no tendría fuerzas para ir yo misma. ¡Ah! ¡Me has puesto loca como tú! ¡Miserable niña! ¡Me has hecho desgraciada como tú! ¡Yo te maldigo como me maldices! ¡Dios mío! ¿Llegará á tiempo aquel hombre? ¡Qué horrible ansiedad! Nada veo. Todo es obscuridad en mi espíritu. Y esa campana ¿por quién tañe? ¿Será para Gilberto? ¿Será para Fabiano?

JUANA

La campana se detiene.

LA REINA

Es que el cortejo llega á la plaza de la ejecución. El hombre no habrá tenido tiempo de llegar.

(Se oye un cañonazo lejano.)

JUANA

¡Cielos!

LA REINA

Sube al cadalso.

(Segundo cañonazo.)

Se arrodilla.

JUANA

¡Es horrible!

(Tercer cañonazo.)

LAS DOS

¡Ah!

LA REINA

No queda más que uno vivo. Dentro un instante sabremos cuál. ¡Dios mío, haced que el que va á entrar sea Fabiano!

JUANA

¡Dios mío, haced que sea Gilberto!

(La cortina del fondo se abre y aparece SIMÓN RENARD, llevando de la mano á GILBERTO.)

¡Gilberto!

(Se arrojan en brazos una del otro.)

LA REINA

¿Y Fabiano?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIMÓN RENARD

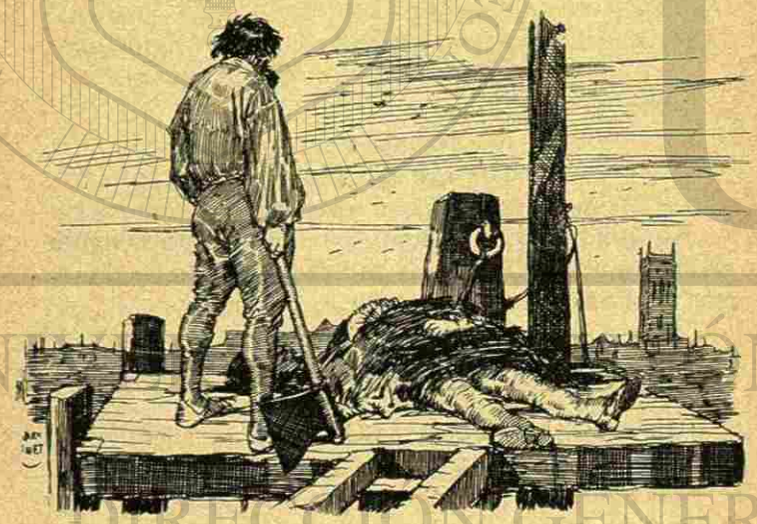
Muerto.

LA REINA

¡Muerto!... ¡Muerto! ¿Y quién ha osado?...

SIMÓN RENARD

Yo. He salvado á la reina de Inglaterra.



NOTAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTAS

DE

MARÍA TUDOR

1832

12 de noviembre de 1833.

El autor cree necesario avisar á los señores directores de teatros de provincias que Fabiani no canta más que dos coplas en el primer acto, y una solamente en el segundo. Para todos los detalles de *mise en scene*, harán bien en imitar, lo más exactamente posible, la del teatro de la *Porte-Saint-Martin*, donde la obra ha sido puesta con un cuidado y un gusto extremados.

En cuanto al modo como representan la obra los actores del teatro de la *Porte-Saint-Martin*, el autor se felicita aquí de poder agregar sus aplausos á los del público entero. Esta es la segunda vez en el mismo año que pone á prueba el celo é inteligencia de esa excelente compañía. La felicita y le da las gracias.

M. Lockroy, que había sido tan espiritual, tan imponente y tan sutil á un tiempo en el don Alfonso de *Lucrecia Borgia*, ha probado en Gilberto una rara y maravillosa ductilidad de talento. Según las necesidades del papel, se muestra enamorado y terrible, tranquilo y violento, cariñoso y celoso; un obrero ante la reina, un artista á los pies de Juana. Su juego escénico, de tan delica-

dos matices y tan bien proporcionado en sus efectos, reune la ternura melancólica de Romeo y la sombría gravedad de Otelo.

La señorita Julieta, aun cuando aquejada á la primera representación de una indisposición tan grave que no le permitió representar el papel de Juana los siguientes días, ha demostrado en ese papel un talento lleno de porvenir, un talento dúctil, gracioso, verdadero, patético y simpático á un tiempo, inteligente y candoroso. El autor cree necesario expresarle su reconocimiento, lo mismo que á la señorita Ida, que la ha substituído, y que ha desplegado en Juana notables cualidades de energía y viveza.

En cuanto á la señorita Georges, sólo cabe decir una palabra: sublime. El público ha vuelto á encontrar en María la gran actriz y la gran trágica de *Lucrecia*. Desde la exquisita sonrisa con que empieza el segundo acto, hasta el grito desgarrador con que cierra la obra, no hay una sola de las gradaciones de su talento que no ponga admirablemente á la luz en el curso de su papel. Crea en la creación misma del poeta algo que sorprende y entusiasma al propio autor. Acaricia, espanta, enternece, y es un milagro de su talento que la misma mujer que acaba de haceros estremecer con tanta fuerza os haga llorar tanto.

1836

—

NOTA PRIMERA

Para que los lectores puedan darse cuenta, una vez por todas, de la mayor ó menor verosimilitud histórica contenida en las obras del autor, así como de la cantidad y calidad de las investigaciones hechas por él para cada uno de sus dramas, cree necesario imprimir aquí, como resumen, la lista de los libros y documentos que ha consultado al escribir MARÍA TUDOR. Y podría publicar un catálogo semejante para cada una de sus obras.

Historia et Annales Henrici VII, por Franc. Baronum.

Henrici VIII, Eduardi VI et Mariæ, por Franc. Godwin.—Londres, 1676.

Id. auct., por Morganum Godwin.—Londres, 1630.

Traducido al francés por el señor de Loigny.—París, 1647.

In 4.°—*Anales ó cosas memorables bajo Enrique VIII, Eduardo VI y María*, traducidas de un autor anónimo por el señor de Loigny.—París, Rocolet, 1647.

Historia del divorcio de Enrique VIII y Catalina de Aragón, por Joaquín Legrand.—París, 1688. 3 vol en 12.°

In 4.°—*Conclusiones Romæ agitatæ in consistorio coram Clementi VII, in causa matrimoniali inter Henricum VIII et Catharinam*, etc.

In 4.°—*Historia de la Reforma*, por Burnet, segunda parte, bajo Eduardo VI, María é Isabel, desde 1547 hasta 1559.—Traducido de Burnet, en francés, por Rosemond.

In 4.°—*Varios documentos para la historia de Inglaterra*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bajo Enrique VIII, Eduardo VI y *María*.—En inglés, en un paquete.

In 8.°—*Historia del cisma de Inglaterra*, de Sandarus, traducida al francés é impresa en 1587.

In 8.°—*Opuscula varia de rebus anglicis, tempore Henrici VIII. Eduardi VI et Mariæ reginæ. Uno fasciculo.*

In folio.—*El viaje de Don Felipe II. desde España*, etc., por Juan Christoval Calveté de Estrella.—Amberes, 1552.

In folio.—*Historia de Felipe II*, por Luis Cabrera de Córdova.—Madrid, 1619.

In 4.°—*Relaciones de Antonio Pérez, secretario de Estado de Felipe II, en sus cartas españolas y latinas*.—París, 1624.

In 4.°—*Testimonio auténtico y verdadero de las cosas notables que pasaron en la muerte del rey Felipe II*, por el licenciado Cervera de la Torre, su capellán.—Valencia, 1519.

In 8.°—*Dichos y hechos de Felipe II*, por Baltasar Parreño.—Sevilla, 1639.

El libro de Antonio Pérez, secretario de Estado de Felipe II.

Vista sobre las monedas de Inglaterra, desde los primeros tiempos hasta el presente, con figuras. Snelling. 1 vol. in folio.

The history of the reigns of Edward V, Mary and Elizabeth, by Shawn Turner. London, Longman, 1829. 1 vol. in 4.°

Aclaraciones de la biografía y las costumbres de Inglaterra bajo Enrique VIII, Eduardo VI, María, Isabel y Jacobo I, extraídas de los papeles originales encontrados en los manuscritos de las nobles familias Howard, Talbot y Cecil, por Edmundo Lodge.—Londres, G. Nicol., 1791. 3 vol. in 4.°, adornados con retratos.

Rerum anglicarum, Henrico VIII. Eduardo VI et Maria regnantibus, annales.—Londini, Juan Billins, 1628. 1 vol. in 4.°

Historia sucinta de la sucesión de la corona de Inglaterra, desde el principio hasta la actualidad, con observaciones y un plano. Trad. del inglés. 1714. In 12.°

The Baronetage of England, by Anth. Collins. Lond., Taylor, 1720. 8 vol. in 8.°

Estado de la Gran Bretaña, listas de todos los oficios de la corona, por Juan Chamberlayne, dos partes. Lond., Midwniker, 1737. 1 vol. in 8.°

Sucesión de los coroneles ingleses, desde el origen hasta la actualidad, y lista de los bajeles. Lond., J. Millán, 1742.

Historia del Parlamento de Inglaterra, por el abate Raynal. Lond., 1748. In 12.°—Edic. 1751, mejor. 2 vol. in 8.°

Panegírico de María, reina de Inglaterra, por Abbadie. Ginebra, 1695.

Carta de M. Burnet á M. Chevenot, conteniendo una corta crítica de la historia del divorcio de Enrique VIII, escrita por M. Legrand. Nueva edición. París, viuda Edme Martín, 1688. 1 vol. in 12.°

Colecciones históricas de varios escritores serios protestantes, concernientes al cambio de religión y á la extraña confusión que siguió bajo Enrique VIII, Eduardo VI, María é Isabel. Londres, N. Hiles, 1686. 1 vol. in 12.°

Peerage of England, por M. Kimber. Londres, 1769. 1 vol. in 12.°

The english Baronetage. Londres. Th. Woolton, 1741. 5 vol. in 8.°

Nuevas aclaraciones acerca María, hija de Enrique VIII, dirigidas á M. David Hume. París, Delatour, 1766. In 12.° (Por el P. Griffet).

Historia del cisma de Inglaterra, de Sanders, traducida por Maucroix. Lyon, 1685. 2 vol. in 12.°

Tomo II del *Cisma*, ó las vidas de los cardenales Pablo y Campege, por Maucroix. Lyon, 1685. In 12.°

Historia del divorcio de Enrique VIII y de Catalina de Aragón, por el abate Legrand. Amsterdam, 1763. In 12.°

Consultar la colección exacta y completa de los despachos de M. Noailles, embajador de Francia en Inglaterra bajo Eduardo VI y una parte del reinado de María.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTA SEGUNDA

JORNADA PRIMERA, ESCENA PRIMERA

Las hogueras son siempre brasa y nunca ceniza, etc.

Bajo el cortísimo reinado de María, de 1553 á 1558, fueron decapitados: el duque de Northumberland, Juana Grey, reina diez y ocho días, su esposo el duque de Suffolk, Tomás Gray, Tomás Stafford, Stucklay, Bradford, etcétera; fueron ahorcados: Tomás Wyat y cincuenta cómplices suyos, Bret y sus cómplices, William Fetherston, supuesto Eduardo VI, Anthony Kingston y sus cómplices (por saqueo), Carlos, barón de Sturton (con una cuerda de seda), y cuatro lacayos suyos con él (acusados de asesinato), etc.; fueron quemados vivos: los obispos John Cooper, de Glocester; Robert Ferrare, de San David; Ridlay, Latimer (Cranmer asiste á esos suplicios desde su prisión); Cranmer, arzobispo de Cantorbery, que se quemó primero la mano diestra renegada; los doctores Roland, Taylor, Laurens Sanders, John Rogers, prebendado teólogo y predicador ordinario de San Pablo de Londres (éste dejaba mujer y diez hijos), John Bradford, ochenta y cuatro sectarios en 1556, etc., etc. De ahí el apodo casi grandioso, á fuerza de horrores, de *María la Sanguinaria*.

NOTA TERCERA

JORNADA PRIMERA, ESCENA SEGUNDA

Se colgaba á los que iban en pro; pero se quemaba á los que iban en contra.

Suspenduntur papistæ, comburuntur antipapistæ.

NOTA CUARTA

JORNADA SEGUNDA, ESCENA SÉPTIMA

Italiano, quiere decir malvado; napolitano, quiere decir vil, etc.

Si no se hubiesen despertado por este pasaje honrosas susceptibilidades nacionales, el autor consideraría inútil hacer notar aquí que es la reina la que habla, y no el poeta. Injuria de mujer encolerizada, y no opinión de escritor. El autor no es de los que arrojan un anatema sobre una nación en masa; y, además, sus simpatías de poeta, de filósofo y de historiador, le han hecho inclinar en todo tiempo hacia esa Italia tan ilustre y tan desgraciada. Y se ha complacido siempre en predecir en su pensamiento un gran porvenir á ese noble grupo de naciones que han tenido un pasado tan grande. Dentro de poco, así lo esperamos, Italia volverá á resplandecer. Italia es una tierra de grandes cosas, de grandes ideas, de grandes hombres, *magna parens*. Italia tiene Roma, que ha tenido al mundo. Italia tiene á Dante, Rafael y Miguel Angel, y comparte con nosotros á Napoleón.

NOTA QUINTA

JORNADA SEGUNDA, ESCENA SÉPTIMA

Ha habido el complot de Tomás Wyat, etc.

Con sus cuatro mil sublevados, Wyat hizo bambolear por un momento á María, apoyada en Londres. Fué derrotado, preso y ahorcado, por haber perdido tiempo en arreglar una cureña de cañón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1882

—

NOTA PRIMERA

Según las indicaciones del manuscrito, la jornada primera de María Tudor, empezada el 12 de agosto de 1833, fué terminada el 16.

La jornada segunda, empezada el 17 de agosto, fué terminada el 22, á las 12 y tres cuartos de la noche.

La jornada tercera, empezada el 25 de agosto, quedó terminada el 1.° de septiembre, á las ocho de la noche.

NOTA SEGUNDA

VARIANTES

JORNADA PRIMERA, ESCENA CUARTA

GILBERTO, UN HOMBRE

. . . . . .

GILBERTO

¿A dónde vas á parar?

EL HOMBRE

A esto. Gilberto, esa niña que tú has adoptado desde la más tierna infancia; esa niña que has criado; esa niña por la que trabajas día y noche desde hace diez años; esa niña que tú amas; esa niña que deseas hacerla tu esposa...

GILBERTO

¡Acaba!

EL HOMBRE

Hoy, esta noche, en este momento en que te estoy hablando, espera á un amante.

GILBERTO

¡Judío! ¡Eres un judío! ¡Un miserable judío! ¡Mientes!

EL HOMBRE

Esta misma noche.

GILBERTO

¡Judío! Lo que acabas de decir, has de probármelo, ó te tomaré la cabeza entre mis manos, así, y te cortaré la lengua entre los dientes.

EL HOMBRE

Escucha..

GILBERTO

Ni una palabra más. ¡La prueba! ¡La prueba!

EL HOMBRE

La tendrás.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GILBERTO

¿Cuándo?

EL HOMBRE

Ahora mismo.

GILBERTO

¡Oh! Si esto es falso, ¡maldito seas! Si es cierto, ¡también te maldigo! Pero eso no es verdad. ¡Tú mientes! ¡Juana! ¡Mi adorada Juana! ¡Cómo mienten esos infames judíos!

EL HOMBRE

¿Oyes un rumor de remos en el río?

GILBERTO

Sí.

EL HOMBRE, yendo al pretil

Es él, es el hombre á quien ella espera. Desembarca, despide al barquero, viene hacia nosotros.

GILBERTO

¡Oh! Yo te juro que tu denuncia es la muerte de uno de los dos; si es falso, la tuya; si es cierto, la mía.

EL HOMBRE

Ocúltate allí, entre la obscuridad, de modo que nos oigas y me puedas ayudar si es necesario.

ESCENA QUINTA

FABIANI, EL HOMBRE

. . . . . .

FABIANI

Así, ¿tú sabes todos mis secretos?

EL HOMBRE

Saber los secretos de todo el mundo es mi ocupación, mi vida y mi oficio.

FABIANI

Y ¿cómo lo haces?

EL HOMBRE

Este es mi propio secreto, y hago de manera que nadie lo sepa.

JORNADA TERCERA.—PARTE PRIMERA

ESCENA PRIMERA

GILBERTO, JOSHUA

. . . . . .

GILBERTO

... Quisiera morir. Ten piedad de mí, Joshua.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

JOSHUA

¡Estás loco, Gilberto! No pienses ya en esa mujer que ha perdido á dos hombres. ¡Ay! Poco tiempo te queda para pensar en ello. Gilberto, no hay que pensar ahora en una mujer, sino en Dios.

GILBERTO, hablando consigo mismo

El calabozo de Fabiani está allí, el mío aquí. ¿Por quién viene ella? ¡Bah! ¡Por Fabiani! El día de nuestra condena á muerte, Joshua, cuando atravesamos para regresar á la Torre aquel largo corredor atestado de gente, íbamos andando, según la ceremonia, con el verdugo que nos precedía, vuelto el filo del hacha á nosotros, como se hace para los condenados á muerte, cuando al llegar al ángulo del corredor, se oyó un grito á nuestro paso, un grito desgarrador, el grito de una mujer. Bien lo reconocí aquel grito, ¡era de Juana! ¿Para cuál de los dos era aquel grito? Tú meneas la cabeza, Joshua. ¡Para Fabiani!

ESCENA SÉPTIMA

GILBERTO, JUANA, JOSHUA

GILBERTO

¡Juana! ¡Lady Juana Talbot!

JUANA, temblorosa

Señor Gilberto, ya nada soy para vos, cuando apartáis de mí los ojos; y tenéis razón, yo no soy para vos más que una mujer á quien tal vez se ha conocido en otro tiempo, y á quien ya no se mira, una persona que se ha visto pasar por la calle... ¡Oh! No meneéis así la cabeza. Sí, comprendo que mi vista os es odiosa; pero escuchad, dejad solamente que ponga vuestra vida en seguro. Os juro que no intentaré volveros á ver. Mañana, esta noche ya no me veréis. No me veréis más, nunca más, señor Gilberto. ¡Oh! No lo dudéis, os lo juro, ¡Dios mío!

. . . . . .

JUANA

... ¡Apenas caí en brazos del demonio que me ha perdido, lloré á mi ángel! Hoy mismo aun no comprendo cómo pude ser seducida por aquel hombre, ¡yo, á quien Gilberto se dignaba amar! ¡Ah! ¡He sido una miserable criatura!

GILBERTO

¡Por qué me hablas de eso, cuando te he dicho por tres veces que te perdonaba! ¿No has oído? Me amas, pues queda olvidado todo.

JUANA

¡Siempre generoso! ¡Siempre! ¡Ah! ¡Sois el único que sea así! ¡Que si os amo! ¡Dios mío, dadme palabras para decírselo! ¡Ah! ¡Vos no sabéis cuán profundo, exclusivo y desesperado es un amor que tenga culpas de que reconvenirse! El día en que os sacrificasteis por mí; el día en que os condujeron á la Torre; el día en que oí pronunciar la sentencia de muerte, que era también mi propia sentencia... Pero ¿á qué recordarlos uno tras otro? Todos los días, todos los días, sin exceptuar uno sólo, me he sentido llena de vos, ¡llena de amor, llena de remordimientos, llena de inefable dolor! De noche, me despertaba. Apoyaba la cabeza contra la pared y pensaba en vos. ¡Permanecía todo el día al pie de la Torre con esta única idea, la fuga, la evasión, la vida, Gilberto! Había momentos en que debía hacer á los que me veían el efecto de una estatua. Algunas veces los transeuntes querían llevárseme, porque lloviá. ¡Oh! Gilberto, te amo, créeme. Te encuentro gallardo y noble. Todos los hombres nada son á tu lado, bien lo sabes. ¡Dios mío! ¡Te amo! Tal vez no me crees. Como te he engañado una vez. Te he ofendido tanto. No obstante, lo que te digo es sincero. ¡Oh!, responde: ¿verdad que todavía me crees? ¡Oh! Palabras, palabras, esto no es nada, Gilberto; yo quisiera que pudiera abrirse una puerta en el corazón y decir al hombre amado: ¡Mira! ¡Tendría tantas cosas que decirte en mi situación, que siento y no puedo expresar! ¡No hay medio de hacerte comprender hasta qué punto lo eres todo para mí, hasta qué punto estoy confundida, arrepentida y de hinojos ante ti! Quisiera que el sonido de mi voz fuese una caricia que te hiciera feliz. ¡Oh! ¡Tú no morirás! ¡Nos salvaremos juntos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Tú eres mío! ¡Nos amamos! ¿Quién me lo hubiera dicho esta mañana? ¡Qué cambio! ¡Dios mío! Estoy loca ¿verdad? Gilberto, me desprecio y me odio tanto, que me parece imposible que me estimes y me ames. ¡Tú no sabes cuán desdichada he sido! Dame la mano. ¡Te amo! ¡Te amo! Mírame á los ojos, y verás que dicen que te amo. Mira mis lágrimas, y te dicen que soy dichosa. ¡Oh! Incítame á hablarte así. Es mi corazón que se entreabre, el corazón de la pobre niña perdida. Antes yo tenía alas como tú. Ya no las tengo. ¿Cómo es posible que aun me quieras? ¿Cómo es posible que aun desees mi amor? ¿Y es verdad que lo deseas, di? ¿No es por compasión únicamente que lo dices? ¿Es cierto que me amas? ¡Tú me amas! Dios me es testigo que colmas de gozo mi corazón. Tú vienes del cielo, Gilberto.

GILBERTO

¡Oh, Juana! ¡Nada puedo contestar á tus palabras, dichas como las dices! El corazón se derrite. Me parece que voy á morirme de felicidad. ¡Oh! ¿Qué me importa el pasado? ¿Quién se resistiría á tu voz? ¿Quién obraría de otro modo que yo? ¡Oh, sí! ¡Te lo perdono todo, mi adorada niña!

. . . . . .

GILBERTO, va á la ventana y mira

¡La barca no está allí!

JUANA

El hombre que debía proporcionarla ha pedido una hora ¿te acuerdas?

GILBERTO

¡Oh! ¡Esa hora se compone de años y no de minutos! ¡Ya quisiera estar fuera! ¡Sí, quisiera ya estar fuera! No quiero morir ahora. Esos hombres que preparan un cadalso no sé dónde, me hacen estremecer. Me has vuelto cobarde diciéndome que me amas.

JUANA

¡Gilberto, si tú murieras, yo moriría!

NOTA TERCERA

LAS REPRESENTACIONES

María Tudor fué representada por primera vez en el teatro de la *Porte-Saint-Martin*, siendo director M. Harel, el 6 de noviembre de 1833.

El drama fué repetido en el mismo teatro, bajo la dirección de M. M. Ritt y Larochelle, el 27 de septiembre de 1873.

	1833	1873
PERSONAJES	ACTORES	ACTORES
MARÍA, reina	Mlles Georges.	Mme Marie Laurent.
JUANA	Juliette.	Mlle Dica Petit.
GILBERTO	MM. Lockroy.	MM. Dumaine.
FABIANO FABIANI . .	Delafosse.	Regnier.
SIMÓN RENARD. . . .	Provost.	Taillade.
JOSHUA FARNABY . .	Valmore.	Mangin.
UN JUDÍO.	Chilly.	Frédéric Lemaitre
LORD CLINTON. . . .	Auguste.	Laray.
LORD CHANDOS . . .	Monval.	Perrier.
LORD MONTAGU . . .	Tournan.	Renot.
ENEAS DULVERTON.	Delaistre.	Machanette.
LORD GARDINER. . .	Héret.	Bouyer.
UN CARCELERO. . . .	Vissot.	Néraut.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	Páginas.
Prefacio	v
Jornada primera.	11
» segunda	66
» tercera	115
Notas	183

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS